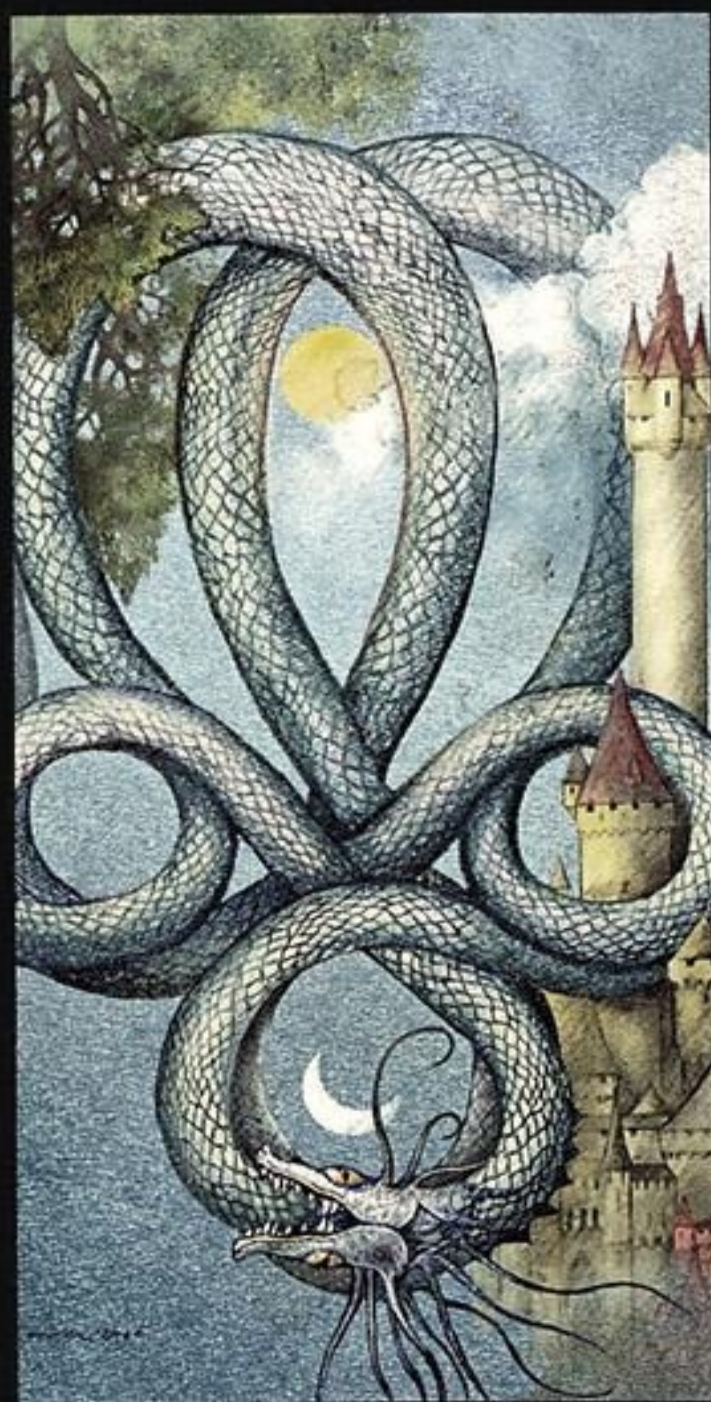


E. R. Eddison



La serpiente
Uróboros

Lectulandia

Más allá de los reinos oscuros, hay un mundo donde dos grandes potencias se preparan para una guerra de reino contra reino, guerrero contra brujo y honor contra traición. Los señores de Demonlandia, más que humanos y desgarrados por pasiones superiores a las que pueden conocer los simples mortales, tendrán que enfrentarse a los crueles encantamientos del rey brujo Gorice XII. Entre la gloria y el terror, mientras las espadas se cruzan con rechinar de acero, emprenden su odisea hasta una montaña encantada e imponente donde los espera la salvación... o la perdición.

La obra maestra de E. R. Eddison destaca entre los grandes prototipos de ficción fantástica moderna. Esta obra épica de maravillas y magia transcurre en un mundo imaginado que plantea el conflicto primordial entre el bien y el mal, que transporta la imaginación a reinos visionarios y abrió caminos a otros autores.

Lectulandia

Eric Rücker Eddison

La serpiente Uróboros

ePub r1.1


Leddy 29.05.14

Título original: *The Worm Ouroboros*
Eric Rücker Eddison, 1922
Traducción: Alejandro Pareja
Ilustraciones: Keith Henderson
Diseño de cubierta: Xavier Martínez

Editor digital: Leddy
Co-editor: Castroponce
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

ric Rücker Eddison (1892-1945) puede ser considerado como el último bastión de la fantasía tradicional y, a la vez, el eslabón antecedente de un género de nuestro siglo, cuyos temas giran en torno a la épica heroica y la aventura. Eddison crea un mundo imaginario, Mercurio, cuyas características muestran la implausibilidad de la ciencia, alrededor de la polémica entre la utopía literaria y el desarrollo real de la tecnología en el nuevo siglo. El espíritu del autor está inmerso en un pasado de referencias mitológicas, y lo bello y lo sublime son piedras angulares de una trama donde la virtud gloriosa de los héroes —la batalla eterna simbolizada por Uróboros— intenta idealizar la miseria espiritual y la violencia inútil de la Gran Guerra. La obra del aristócrata inglés es una consecuencia del período entre las dos contiendas bélicas y, además, una defensa frente a una realidad alienada. Sus manifestaciones suponen la reconstrucción de un anhelo lejano, plagado de visiones oníricas que apuntalan los valores más profundos del ser humano. Ese interés por los sueños como elevada estética literaria le hace partícipe de la tradición de Lord Dunsany, el soñador por antonomasia. Analizaremos brevemente algunos de los autores que se relacionan con la utopía estilística decimonónica, hasta llegar a la creación moderna del fantasy, cuya eclosión definitiva supone J. R. R. Tolkien. Paralelamente, hay que considerar el nacimiento de la ciencia ficción norteamericana, tan ilusionada por la modernidad ilimitada de la ciencia.

E. Bulwer Lytton pertenece a la misma generación de Mary Shelley y Edgar Allan Poe. El *Frankenstein* (1818) de la enunciada Shelley puede parecer un intento de señalar la idea prometeica moderna del conocimiento científico; sin embargo, mantiene los valores del alma romántica: el deseo por la consecución del saber oculto llega a encarar las fuerzas elementales de la naturaleza, temibles y monstruosas, pero es conducido finalmente hacia la debilidad y la culpa. Bulwer Lytton publica, dos años antes de su muerte, *The Coming Race* (1871), cuyo contenido sí nos acerca hacia la Edad de la Tecnología en una especie de puente alternativo entre los viejos valores y los nuevos. Estamos ante una novela que trata de reconciliar un hipotético estado social moderno gracias a la aportación de una especie de misticismo antiguo. Lytton es partícipe de una literatura que se enfrenta a la utopía socialista.

Los escritores victorianos poseían una clara fascinación por la prehistoria y las civilizaciones perdidas. H. Rider Haggard (1856-1925), heredero de esta tradición y maestro de la aventura exótica, señala en *Ella* (1887) que el conocimiento de la diosa-mujer podría ser interpretado por las leyes de la naturaleza, una vez arrancados los velos del deseo humano. Arthur Machen (1863-1947), en cambio, con su literatura de realismo ocultista, se sumerge en las raíces de la propia tierra originaria, atento a un pasado oscuramente victorioso y plagado de reminiscencias celtas.

A la hora de dar una visión determinada de la utopía literaria de índole científica, es necesario referirnos al gran esteta y artista inglés William Morris. Además de su influencia sobre la pintura, la ilustración y el arte en general de la época, fue también un visionario, imbuido por la pasión de un medievo ideal como revulsivo de un mundo deshumanizado por la Revolución Industrial. Varias de sus obras literarias muestran esta inquietud, como, por ejemplo: *News from Nowhere* (1890), un viaje subjetivo hacia una Edad Media imaginaria, o *El bosque del fin del mundo*, con elementos de la novela de caballerías y la pasión romántica. Otro autor, Edward Bellamy, en su *Looking backward* (1888), realiza un viaje en espíritu hacia el año 2000, en que la ciencia ha subsumido los sentimientos humanos, y cuya conclusión final supone el despertar a la vida diaria, una vez abandonada la pesadilla.

El verdadero antecedente de E. R. Eddison es Lord Dunsany (1878-1957). Antes decíamos que Dunsany era el «soñador» por excelencia, creador de mitos, cuyas influencias nos llevan a las glorias normandas y célticas, y hacia los esplendores épicos y literarios de la Biblia, Herodoto y *Las mil y una noches*. El escritor irlandés pasó sus días entregado a la imaginación, gracias a una vida de aristócrata cultivado, al igual que Eddison, cuyos ejemplos creativos se muestran en algunas de sus mejores series de cuentos: *Los dioses de Pegana* (1905), *El tiempo y los dioses* (1906) y *Cuentos de un soñador* (1910).

Para centrar el tema en el autor que nos ocupa, E. R. Eddison, tenemos que hablar de una fantasía aristocrática de entreguerras, y de la búsqueda de ciertos ideales más cercanos a un pasado siempre ilimitado y maravilloso. Éste es el caso del escritor norteamericano James Blanch Cabell (1879-1958) y su novela *Jurgen* (1919). Si para Eddison lo heroico es un valor fundamental en su obra, para Cabell lo fantástico pasa por la instauración de un nuevo pragmatismo cínico, donde lo erótico es un elemento importante. Esta última consideración hizo que la obra anteriormente citada fuera retirada de la venta por la sociedad Americana para la Supresión del vicio, durante los años 1920 y 1921. En consecuencia, pasó de ser una narración elitista, influenciada por Dunsany, a convertirse en un best-seller popular de supuesta carga pornográfica. Otros escritores de esta época que mantienen esa superioridad estética militante, pero más cercanos a la ciencia ficción y a los últimos estertores de la utopía científica decimonónica, son los autores anglosajones David Lindsay (*Un viaje a Arturo*, 1920) y S. Fowler Wright (*The Amphibians*, 1924). También es necesario citar a H. G. Wells, el padre de la ciencia ficción anglosajona, que, con una de sus últimas obras, *Hombres como dioses* (1923), emula la ciencia como la única y verdadera esperanza para el hombre.

E. R. Eddison representa el emblema de la fantasía pura como género que irá enfrentándose a una ciencia ficción naciente y apegada a la modernidad. Pero la antorcha será finalmente recogida por J. R. R. Tolkien (1892-1973), que popularizará

y dará importancia definitiva al género fantástico. Para ello, utilizará ciertos temas populares del cuento infantil y de los arquetipos épicos de nuestra cultura. Sin embargo, cuando proporciona el protagonismo de la aventura a los hobbits, unos seres cuya sencillez es manifiesta, hace que descendamos de los valores nobles y estéticamente elevados hacia otros más cercanos a nuestra vida diaria.

Para hablar de la estructuración de la fantasía como género actual, tres son los autores fundamentales: Lord Dunsany, E. R. Eddison y J. R. R. Tolkien.

ALBERTO SANTOS CASTILLO

Abril de 1992

RECONOCIMIENTOS



La asociación de padres de alumnos de la Escuela Breck de Minneapolis me ha ayudado a sufragar mis tres viajes a Inglaterra y, sin su ayuda, yo no hubiera sido capaz de profundizar durante tanto tiempo en las notas, cartas, libros y manuscritos de E. R. Eddison. El personal de la Biblioteca Duke Humphrey, perteneciente a la Biblioteca Bodleian de la Universidad de Oxford, me recibía cada día con sonrisas y gestos de aprobación para ayudarme a manejar su colección de documentos relacionados con Eddison. La señora Anne Hamerton y el personal de la Biblioteca de la Taylor Institution, de Oxford, no sólo extrajeron de los depósitos, a petición mía, los libros del legado de Eddison al Trinity College, sino que también me facilitaron un lugar de trabajo cómodo para consultarlos. La biblioteca pública de Marlborough también me facilitó el acceso al fondo de libros legado por Eddison. La señora A. Heap y el personal de la sección de Historia Local de la Biblioteca Central de Leeds cargaron alegremente con las pesadas cajas que contenían los manuscritos de Eddison, y renunciaron a otras actividades para facilitar mis investigaciones. Doy gracias de todo corazón a todas esas personas de las instituciones citadas.

Mi agradecimiento a la Biblioteca Bodleian de la universidad de Oxford y a las bibliotecas municipales de Leeds por permitirme citar textos inéditos procedentes de sus fondos.

Mi agradecimiento a la Cambridge University Press por permitirme citar pasajes de la traducción de La saga de Egil realizada por E. R. Eddison. Mi agradecimiento a la University of Chicago Press por permitirme citar la traducción de la Ilíada por Richmond Lattimore. Y mi agradecimiento a la Oxford University Press por permitirme usar la primera y segunda ediciones de The Oxford English Dictionary para redactar muchas de mis notas explicativas.

Agradezco especialmente a Jeanne Cavelos, de Def, su entusiasmo constante por este proyecto y por mi propio papel en el mismo. Y agradezco, por encima de todos, a la hija de E. R. Eddison, señora Jean Gudrun Rücker Latham, y a su nieta, señora Anne Al-Shahi, su amistad y sus ánimos durante siete años, gracias a los cuales salió a la luz esta nueva edición.

P. E. THOMAS

PRÓLOGO DE DOUGLAS E. WINTER

La serpiente Uróboros, que se come su propia cola...



ace más de veinte años que leí por primera vez estas palabras. Me parecieron mágicas, una invocación de algo que estaba encerrado dentro de mí, muy hondo; de algo oscuro y peligroso, pero desesperadamente vivo. Todavía hoy me intrigan, me incitan, me desasosiegan; y yo se las presento con el encanto impaciente de un niño que quiere compartir un secreto especial. Tiene usted en sus manos la mejor novela de fantasía que se ha escrito jamás en lengua inglesa.

Eric Rücker Eddison (1882-1945) fue funcionario de la Cámara de Comercio británica, y también investigador de temas islandeses, apasionado de Homero y Safo, y montañero. Aunque todo parece indicar que se trataba de un caballero inglés correcto y con sombrero de hongo, Eddison era un soñador incurable que, en sus ratos perdidos a lo largo de treinta años, puso por escrito sus sueños. En 1922, muy poco antes de su cuadragésimo cumpleaños, se publicó *La serpiente Uróboros* en una corta tirada para bibliófilos. Esta edición fue seguida al poco tiempo por otras más amplias en Inglaterra y en América, y se formó cierta leyenda alrededor del libro. Éste era una joya oscura y carmesí de maravillas, compuesta a partes iguales de espectáculo y de fantasía, de intriga laberíntica, de violencia extravagante. Además, era la primera novela del señor Eddison.

Después de escribir una aventura que transcurría en la era de los vikingos, *Styrbiorn el Fuerte* (1926), y una traducción de la *Saga de Egil* (1930), Eddison dedicó el resto de su vida al género fantástico en una serie de novelas que transcurrían principalmente en Zimiamvia, el paraíso legendario de *La serpiente Uróboros*. Según Eddison, los libros de Zimiamvia «se escribieron hacia atrás»^[1] y, por lo tanto, se publicaron siguiendo el orden cronológico inverso de los sucesos: *Señora de señoras* (1935), *Cena de pescado en Memison* (1941) y *La puerta de Mezentia* (1958). (Este último libro quedó inconcluso a la muerte de Eddison, pero sus notas eran tan completas que su hermano, Colin Eddison, y su amigo George R. Hamilton fueron capaces de completar el libro para su publicación). Aunque los libros se consideran actualmente una trilogía, Eddison los escribió como serie abierta: se pueden leer y disfrutar por separado o en cualquier orden. Cada uno de ellos es una aventura metafísica, una complicada caja china con dobles fondos cuyos lances y peripecias ponen de manifiesto imágenes siempre envolventes de placer y de temor.

Las cuatro grandes fantasías de Eddison están relacionadas entre sí por el enigmático personaje Edward Lessingham —hidalgo rural, militar, hombre de estado, artista, escritor y amante, entre otras habilidades— y sus aventuras por el espacio y el tiempo dignas del barón Munchausen. Aunque, en *La serpiente Uróboros*,

Lessingham desaparece al cabo de pocas páginas, es personaje central en los libros siguientes. «Dios sabe —nos dice— que he soñado y he velado y he vuelto a soñar hasta que no sé bien lo que es sueño y lo que es realidad.»^[2] Uno de los placeres de leer a Eddison es que nosotros tampoco nunca estamos seguros. Quizá Lessingham sea un hombre de nuestro mundo; quizá sea un dios; quizá no sea más que un sueño..., o un sueño dentro de un sueño; y quizá, pero sólo quizá, sea todas esas cosas y más aún.

Eddison adoptó el género fantástico con extraordinaria plenitud; en su ficción no existe el imperativo lógico, la concesión a las relaciones de causa y efecto; tan sólo las verdades elegantes de la vocación superior del mito. Los personajes recorren las distancias y los decenios en un abrir y cerrar de ojos, los mundos cobran forma, engendran la vida, evolucionan durante miles de millones de años y son destruidos, todo ello durante una cena de pescado. Son sueños encarnados por mediación de un extraordinario soñador. «Había un hombre llamado Lessingham que vivía en una casa vieja y baja en Wasdale...». Así presenta La serpiente Uróboros a Lessingham y a su dama, Mary; es el primer atisbo de la aventura trágica que recorrerá las novelas de Zimiamvia. Lessingham se retira, solo, al misterioso salón del Loto, lugar de contemplación y de calma narcótica, para allí dormir, tal vez soñar. «El tiempo es», dice un pajarillo, y llega un carro reluciente, arrastrado por un hipogrifo, para llevar a Lessingham a Mercurio. Su destino no es el planeta más próximo al Sol, sino la pesadilla de nuestra propia Tierra soñada por un escandinavo medieval, «todo gris y frío, los colores cálidos calcinados», salvo uno: el carmesí de la sangre. Es un mundo torvo, habitado por demonios y brujos, duendes y trasgos, goblins y ghouls; todos ellos humanos, todos ellos en guerra. Los duelos a espada, los hechizos y las intrigas maquiavélicas están a la orden del día; las venganzas y las rencillas familiares, las traiciones y la efusión de sangre, son tan corrientes como la aurora.

Los héroes de esta aventura majestuosa son los demonios, gobernados y capitaneados por tres hermanos: los señores Juss y Spitfire y Goldry Bluszco, y por su primo Brándoch Dahá. Valientes en la guerra, corteses en su habla y en sus actitudes, son héroes en el sentido clásico del término; sobrehumanos, violentos, apasionadamente vivos, con el atractivo y el sino feroces de los ángeles caídos; si hay algo absolutamente seguro es que los que se hagan amigos suyos morirán. Los señores demonios son semidioses que luchan por una especie de nobleza salvaje, aspirando siempre a mantener un código de conducta sentimental y romántico que prefiere la palabra a las obras, la muerte a la deshonra. Sus pruebas son muchas, y están pintadas brillantemente con sangre.

Contra los señores demonios están en pie de guerra los brujos de Carcë, que producen una oscuridad «que no puede aclarar ninguna luz brillante de la mañana». Su rey es el astuto hechicero Gorice XII, un nigromántico «lleno de astucias y

ardides». Diestro en la magia negra, está siempre escondido al acecho en su ciudadela, que se alza «como un dragón somnoliento, del antiguo cieno, bajo, siniestro y monstruoso». A su lado están sus adalides: el valiente Córund, el zafio Corsus, el insolente Corinius y «el compendio de iniquidades», el goblin renegado Gro —filósofo, maquinador y traidor por naturaleza—. No se podría encontrar una caterva de canallas más negra ni más vil; pero la pasión que siente Eddison por ellos es evidente e intensa.

La lucha entre los demonios y los brujos no es menos que épica; las batallas de esta *Ilíada* moderna se libran en la tierra, en el mar y en el aire, y nos llevan desde las profundidades del océano hasta las altas cumbres de los cielos. Entre sus mejores episodios se cuentan la «lucha por Demonlandia», en la que se enfrentan Goldry Bluszco y el rey de los brujos, y que hace arder todo un mundo; el asedio entre la niebla en Eshgrar Ogo; la dura ascensión al Koshtra Pivrarcha y la lucha allí contra la bestia manticora; la batalla sangrienta en la ladera de Krothering; el vuelo del hipogrifo al pico desolado de Zora Rach, y el juego de las últimas cartas en la oscura ciudadela de Carcë.

La prosa de Eddison es arcaica y frecuentemente oscura; retrocede intencionadamente a la literatura dramática de las épocas de Isabel I y Jacobo I. Así, sus personajes resultan elocuentes pero prolijos; no hablan de matar a un hombre, sino de «enviarlo de la sombra a la casa de la oscuridad». En sus mejores pasajes, Eddison alcanza una belleza poética sostenida; escuchemos, por ejemplo, la premonición inquietante del goblin Gro: «Durmiendo yo hacia la hora más oscura, vino a mi lecho un sueño de la noche, y me contempló con una mirada tan torva que se me erizaron los pelos de la cabeza y me asió un terror pálido. Y vi que el sueño derribaba el techo sobre mi cabeza, y el techo bostezaba al aire desnudo de la medianoche, que paría portentos ardientes, y una estrella con cola viajaba por la oscuridad inhóspita. Y vi que el techo y las paredes eran una mancha de sangre. Y el sueño chillaba como el búho chillón, gritando: “¡Te arrancan de las manos a Brujolandia, oh rey!”».

En otros pasajes, el lector se siente prácticamente abrumado de palabras. Las debilidades privadas de Eddison eran los palacios y las armas; las describe con una grandeza tan recargada, que se dedican páginas y páginas a sus adornos. El lector no se deberá desanimar por la densidad de estos pasajes; la prosa de Eddison es como los vinos: cuesta llegar a cogerle el gusto, y exige paciencia y perseverancia por parte del lector, pero vale la pena. Son libros que se deben saborear; se leen mejor en las largas horas oscuras de la noche, cuando el viento bate en las ventanas y las sombras empiezan a caminar; son libros no para un momento, sino para siempre.

Se ha comparado, inevitablemente, a *La serpiente Uróboros* con la trilogía posterior y más popular, *El señor de los anillos*, de J. R. R. Tolkien; tienen poco en

común, aparte de su ambición narrativa y de su envergadura épica. (Eddison, igual que Tolkien, rechazó la idea de que estaba escribiendo algo más que un simple relato: «No es ni alegoría ni fábula, sino un relato que se debe leer por el gusto de leerlo». Pero, como advertirá sin duda el lector, no nos convence de ello ni mucho menos).

Si tenemos que establecer comparaciones, yo indicaría las influencias evidentes de Eddison (Romero y las sagas islandesas) y al más discutido de los dramaturgos del período de Jacobo I, John Webster, castigado por subvertir la sociedad y la religión con sus obras llenas de violencia y de caos, salpicadas de sangre (y que citan con profusión los personajes de Eddison). Se puede apreciar la sombra de Eddison, a su vez, no sólo en los libros modernos de fantasía heroica, sino también en las obras de sus descendientes más directos, soñadores del género fantástico oscuro, como Stephen King (cuyas obras épicas Apocalipsis y La torre oscura se pueden leer como cantos a Eddison) y Clive Barker (en cuyo libro The Great and Secret Show llama «lad Ouroboros» a las fuerzas del caos).

A Eddison le hubiera parecido esta línea de sucesores, como la popularidad cíclica de sus libros, el orden más natural de hechos: el círculo que siempre gira, como la serpiente Uróboros, que se come su propia cola, símbolo de la eternidad, «cuyo final siempre está en el principio, y cuyo principio siempre está en el final por siempre jamás».

Tiene usted en sus manos una obra maestra.

DOUGLAS E. WINTER
Alexandria, Virginia
Septiembre de 1990

INTRODUCCIÓN DE PAUL EDMUND THOMAS



uando entró en Inglaterra el año 1922, parecía un año poco propicio para la ficción fantástica sobre otros mundos. El gran autor prerrafaelista de fantasías William Morris había muerto hacía veinticinco años. Las novelas de ciencia ficción de H. G. Wells y los cuentos de hadas de Andrew Lang pertenecían a la generación anterior. C. S. Lewis escribía poesías narrativas sobre temas míticos, pero las islas flotantes y voluptuosas de Perelandra yacían en su imaginación futura, no soñadas todavía. J. R. R. Tolkien inventaba mitología y escribía prosa poética relatando su historia de los valar y los elfos, pero faltaban diez años para que leyese *El hobbit* a C. S. Lewis, y quince para que su imaginación forjara los anillos de poder. Mervyn Peake sólo tenía once años. H. Rider Haggard escribía aún, pero su estrella luminosa se iba apagando, y sólo le quedaban tres años de vida. Apenas los irlandeses Lord Dunsany y James Stephens y el americano James Branch Cabell atraían la atención popular inglesa con ficciones imaginarias del tipo al que, en las dos últimas generaciones, se le ha impuesto la etiqueta ambigua de literatura fantástica.

En 1922, los escritores modernos dominaban el ambiente literario. El salón de Gertrude Stein florecía en París, y alguna vez charlaron en su cuarto de estar Ernest Hemingway y Ezra Pound. James Joyce encontró en París un editor para su *Ulises*, que ya había aparecido por entregas. D. H. Lawrence viajaba por Australia y escribía *Canguro*. Virginia Woolf terminaba *El cuarto de Jacob*, y T. S. Eliot talló y colocó una piedra angular de la era moderna cuando escribió *Tierra baldía*.

Casi todas las generaciones tienen escritores que miran atrás, que no siguen a sus contemporáneos en la búsqueda de nuevas formas literarias, sino que se inspiran en escritores más antiguos. E. R. Eddison es uno de ellos. La labor literaria de Eddison, a pesar de ser en algunos sentidos tan moderna como la de Eliot y Pound, pertenece al siglo XIX, a la estética de los prerrafaelistas, de Swinburne, William Morris, Andrew Lang y Walter Pater. Eddison escribió su novela primera y más larga cuando ya tenía bien cumplidos los treinta años. Es un libro lleno de cuatro décadas de vivencias, de lecturas, estudios e imaginaciones. Contiene un relato extrañamente arcaico y fantástico de aventuras heroicas en el planeta Mercurio. Tiene poco en común con la literatura modernista que dominó aquella década, pero un joven editor intrépido llamado Jonathan Cape advirtió que tenía genio, y lo publicó en 1922. Esta novela es *La serpiente Uróboros*.

1. La serpiente Uróboros: «todo es uno»

Se llama uróboros (ουροβορος) a un antiguo símbolo griego que representa a una serpiente o dragón que devora su propia cola. Nadie conoce la antigüedad exacta del símbolo, pero sus primeras representaciones se encuentran en tratados de alquimia compuestos en Alejandría durante los siglos III y IV a. C.^[3] La alquimia, ciencia ahora obsoleta, se basaba en teorías casi opuestas a los principios de la química moderna. Los químicos han demostrado que la materia existe en más de cien formas elementales. Los alquimistas teorizaban que la materia tenía una forma perfecta compuesta de la unión en exacta proporción de cuatro elementos: la tierra, el agua, el aire y el fuego. Los alquimistas alejandrinos exploraban métodos para modificar las proporciones de los cuatro elementos en las sustancias, querían transmutar la materia desproporcionada en materia proporcionada o dorada^[4]. Los antiguos alquimistas solían utilizar la alegoría y el simbolismo en sus textos para describir los procesos técnicos. En sus tratados, el símbolo uróboros suele aparecer acompañado de la inscripción «Todo es Uno» (εν τον παν)^[5], y pretende simbolizar varias doctrinas importantes que querían demostrar los alquimistas: la unicidad última de la materia; la perfeccionabilidad de la materia imperfecta; el ciclo de la materia (nacimiento, crecimiento, descomposición, muerte y renacimiento), y el regreso circular de una sustancia impura a su fuente pura a través del proceso alquímico^[6].

**«No puedo menos de recordar tales cosas
Que fueron tan preciosas para mí»**

Sería difícil encontrar un símbolo más adecuado que el uróboros para representar el funcionamiento de la imaginación de E. R. Eddison. Cuando Eddison creaba, su imaginación se apoyaba en recuerdos de influencias y experiencias que habían entrado en su pensamiento activo de manera consciente o inconsciente. Recuerdos de relatos concebidos en la infancia, de colinas y prados que había recorrido en la región de los lagos y en los Peninos, de música orquestal que había oído en las salas de conciertos de Londres y de obras de arte que había visto en los museos de Londres, y, lo más importante de todo, de libros que había disfrutado y estudiado durante treinta años: la imaginación creadora de Eddison podía sustentar recuerdos de muchas cosas en cualquier momento dado. Así, el uróboros puede simbolizar el constante retorno de pensamientos antiguos a la imaginación de Eddison. Este esquema de pensamiento tiene la forma circular del uróboros, ya que abandona el tiempo presente, vuelve al pasado y regresa al presente con recuerdos. El círculo no tiene fisuras, como el dragón que se muerde la cola: el pensamiento actual de Eddison unifica los recuerdos

independientes que entran en su imaginación. Y como el dragón que se destruye a sí mismo pero sigue vivo, este proceso circular de recuerdo e imaginación resucita y revivifica el tiempo muerto y digerido de los pensamientos y experiencias pasados.

El proceso alquímico mismo nos sirve de metáfora del método creador de Eddison. Los recuerdos de lecturas y de otras experiencias que mantenía Eddison en su pensamiento consciente eran fundidos y hechos maleables, como los metales «bajos», por la imaginación de Eddison, de manera que encajasen en su prosa. Dado que combinaba varias influencias literarias de maneras nuevas y no intentadas antes, reformó verdaderamente las proporciones de los elementos en dichas influencias y creó materia nueva a partir de ellos. Y, cuando la imaginación alquímica de Eddison funciona a la perfección, no produce sólo materia pura, sino oro.

Una parte de la gran fuerza de Eddison como escritor radica en este método creador alquímico de combinar materiales literarios eclécticos. Si el lector conoce las fuentes de Eddison, sus ojos y oídos mentales verán sombras y oirán ecos de estas influencias al ir leyendo, pero sonreirá al darse cuenta de que, al advertir esas cosas, sólo está percibiendo las partes de un todo que, en su integridad, no es imitación, sino creación. Por ejemplo, uno de los personajes de Eddison puede tener las intenciones y actitudes de Aquileo, puede hablar como Macbeth, puede escribir como William Caxton, puede vestir como Enrique de Navarra y puede llevar armas como las de Lanzarote del Lago, pero no será una simple combinación de estos personajes, sino un personaje nuevo. Dado que en *La serpiente Uróboros* se utilizan fuentes de tipos tan variados, se resiste a la clasificación dentro de un género. Esta novela es en parte épica, en parte romance, en parte cuento de aventuras, en parte mito, en parte cuento de hadas y en parte fantasía.

La mejor manera de describir el carácter de esta novela ecléctica es compararla con las principales fuentes literarias que la inspiraron. Por supuesto, una gran parte de este libro surgió únicamente de la imaginación de Eddison y fue creciendo y desarrollándose durante treinta años. Pero también una gran parte procede de otras fuentes, como aseguró Eddison a Keith Henderson, su cuñado y el primer ilustrador de sus libros. «*La Serpiente...* tiene influencias a cada paso, conscientes o inconscientes, de todos los escritores cuya obra he estimado.»^[7] Por supuesto, no nos resulta posible estudiar aquí todas las influencias experimentadas durante cuatro decenios; por ello, si bien he documentado, en las notas al final del libro, muchas de las influencias menores, me centraré aquí en varias de las influencias más poderosas, aparte de la propia imaginación de Eddison: las sagas^[8] islandesas, la *Ilíada* de Homero y la literatura dramática de la época de Isabel I.

2. Los orígenes del relato: «El niño es padre del hombre»

«¡Oh, ten algún otro nombre!»

«¡Qué maravilloso talento tiene usted para la invención de nombres!», escribió H. Rider Haggard a Eddison cuando éste le envió un ejemplar del *Uróboros*^[9]. Haggard escribió estas palabras de alabanza cuando acababa de empezar a leer el libro, y quizá escribía con amabilidad por falta de conocimiento; o, si no fue así, puede que sea el único admirador de Eddison al que le han gustado los nombres inventados por éste. El gran problema de la mayoría de los nombres de Eddison es que dificultan nuestra fe en su Mercurio imaginado: cuando leemos una novela en la que el autor crea un mundo nuevo, diferente del que nos es familiar; mientras leemos, creemos en los sucesos y en los personajes, en los lugares y en los nombres, porque son consistentes con ese mundo creado y parecen apropiados para el mismo. Si el autor introduce algún elemento no consistente con los demás aspectos de ese mundo, reaccionamos con incredulidad en el mismo^[10]. Por desgracia, muchos lectores han reaccionado con incredulidad molesta a los nombres que dio Eddison a las razas que habitan en Mercurio: demonios, brujos, duendes, tragos, goblins y ghouls^[11]. Debido a sus significados en nuestro mundo familiar, ningún lector del *Uróboros* es capaz de aceptarlos fácilmente cuando Eddison los utiliza para nombrar a las razas guerreras magníficas, valientes y poderosas de su mundo inventado; para el lector moderno, la palabra witch (brujo, —a) tiene connotaciones de personaje femenino relacionado con la noche de difuntos y con Macbeth; y los términos duende, trago y goblin representan a las criaturas diminutas, traviesas, ágiles y sobrenaturales de cuentos de hadas como *El sueño de una noche de verano*. Es paradójico que algunos de los nombres sin sentido pero llenos de lirismo, como «Gaslark» o «Tivarandardale» tengan un sonido hermoso y resulten aceptados con facilidad por la mayoría de los lectores.

Parece que Eddison carecía de sistema etimológico para crear nombres y que inventaba la mayoría de ellos en el sentido más caprichoso de la palabra; pues ¿quién sería capaz de encontrar relaciones etimológicas a nombres como Fax Fay Faz, La Fireez, Gro, el Foliot Rojo y Spitfire? Como cabía esperar, al filólogo J. R. R. Tolkien, cuya creación de nombres elfos es el corazón de su mitología en *El Silmarillion* y se basa en esquemas lingüísticos sistemáticos, no le gustaron los nombres de Eddison: «Su nomenclatura me pareció torpe y muchas veces inadecuada. A pesar de todo lo cual, sigo considerándolo el más grande y más convincente autor de “mundos inventados” que yo haya leído»^[12].

¿Por qué lo hacía? ¿Por qué utilizaba Eddison, en algunos pasajes, nombres de extraño encanto y, en otros, nombres tontos e inadecuados cuyas asociaciones semánticas estropean su obra? La respuesta directa es que muchos de los personajes, episodios y parajes del *Uróboros* nacieron en la infancia de Eddison y, a pesar de que escribió la novela en los últimos años de la treintena, conservó en ella los nombres que había inventado de niño. Es lo que hizo, pero sus motivos para hacerlo se resisten al análisis sencillo. Quizá quería conservar o permanecer fiel a los recuerdos de su imaginación infantil. Quizá no fuera capaz de separar los nombres infantiles de los personajes de su mente adulta. Los motivos de Eddison tienen raíces demasiado profundas para ser extraídas e inspeccionadas aquí, y sería poco pertinente llegar a conclusiones fáciles. En cualquier caso, puedo afirmar con seguridad que esos nombres, por molestos que nos resulten a usted y a mí, mantuvieron en la imaginación de Eddison el valor suficiente para que los utilizara treinta años después.

«Ya entonces estabas escribiendo la Serpiente»

Arthur Ransome, el hombre que se hizo famoso cuando presencié la Revolución rusa y publicó sus crónicas de la misma en el *Daily News* de Londres y que aumentó su fama al escribir la serie de libros infantiles *Golondrinas* y *amazonas*, fue amigo de Eddison durante toda su vida. Ransome estaba con Eddison cuando éste inventó por primera vez muchos de los nombres y de los personajes, y Ransome pudo contribuir a esta creación. Escribió a Eddison en 1922 y dijo que la lectura del *Uróboros* transcurría «entre recuerdos sueltos de viejos cuadernos de ejercicios y de diseños teatrales realizados en los anchos alféizares del cuarto de jugar de St. Helens... Ya entonces estabas escribiendo la serpiente»^[13]. Ransome repitió estos pensamientos en su autobiografía:

El lenguaje, los topónimos y los nombres de los protagonistas fueron para mí un eco de los días lejanos cuando Ric y yo dirigíamos obras de teatro en un teatrillo de juguete, con actores de cartulina que llevaban esos mismos nombres y que hablaban con esa misma retórica. Gorice, lord Goldry Bluszco, Corinius, Brándoch Dahá: me parecieron viejos amigos cuando los conocí casi cuarenta años después^[14].

El pequeño «Ric» y Arthur compartían los profesores particulares, y pasaron muchos días aprendiendo y jugando juntos en St. Helens, la casa del padre de Eddison, Octavius, en el pueblo de Adel, que ahora es un barrio de las afueras de Leeds. Las horas que dedicaron a crear representaciones de teatrillo de títeres con retórica elocuente prepararon quizá el temperamento de Eddison para apreciar la literatura dramática del período isabelino. En cualquier caso, existía una relación entre las obras de teatro que producían Ric y Arthur y los dibujos de los «cuadernos de ejercicios».

**«Es mejor para invierno un cuento triste
Yo sé uno de espíritus y tragos»**

Sólo se ha conservado uno de los «cuadernos de ejercicios», archivado en la colección de papeles de Eddison de la Biblioteca Bodleian con el título *The Book of Drawings* (Libro de dibujos). El Libro de dibujos, que lleva escrita en grandes cifras a lápiz la fecha «1892» en la parte interior de la cubierta, contiene cincuenta y nueve dibujos a lápiz, muchos de ellos con textos, por suerte para el observador, que describen la escena e identifican a los personajes. En estos textos aparecen los nombres siguientes que luego formarían parte del *Uróboros*: Juss, Spitfire, Goldry Bluszco, Bránoch Dahá, Vizz, Volle, Zigg, Gaslark, La Fireez, Gro, Córund, Gorice, Gallandus, Corsus, Fax Fay Faz, Demonio, Brujo, Duende, Trasco, Demonlandia, Trasgolandia y Goblinlandia.

Cuatro de los cincuenta y nueve dibujos representan escenas tan cercanas al argumento de la novela que demuestran sin lugar a dudas que Eddison empezó a crear el relato cuando tenía alrededor de diez años. El primero de ellos, con el título «Asesinato de Gallandus por Corsus», representa el suceso central del capítulo XVIII y muestra a Corsus, con una daga en una mano y una linterna en la otra, acechando a Gallandus, que duerme, como Macbeth cuando se aproxima silenciosamente a Duncan. El segundo dibujo lleva el título: «El señor Goldry Bluszco arrojando a Gorice I de Brujolandia en el combate por Demonlandia», y representa el momento decisivo del capítulo II, cuando Goldry lanza al rey por encima de su cabeza. También es de notar que en este dibujo aparece el primero de varios personajes llamados Gorice, y por lo tanto sugiere la dinastía de reyes que reinan sobre Brujolandia: hay dibujos de Gorice I, II, VI, y cuatro dibujos de Gorice IV, entre ellos dos representaciones de su muerte. El tercer dibujo, con el título «El señor Juss y el señor Bránoch Dahá, presos por Gorice IV y atormentados por un banquete que se coloca fuera de su alcance», muestra a Juss y a Bránoch Dahá en exactamente la misma situación que describió Eddison treinta años después, en el capítulo VII. El último dibujo, muy hermoso y rico en detalles, se titula: «El señor Bránoch Dahá desafía al señor Córund», y representa una escena del capítulo XI. Aunque es posible que en 1892 Eddison no hubiera pensado escribir una novela, y aunque en aquella época los cuatro dibujos citados no le parecieran los más importantes de todos, sus relaciones inequívocas con la novela hacen innecesario que insistamos en su importancia.

Incluso los dibujos que no representan escenas de la novela tienen muchos paralelismos con los aspectos de los personajes. Las diversas posturas de acción, muchas veces violentas, recuerdan las escenas de batallas del libro. Además, los rasgos faciales de las figuras también se parecen a los de los protagonistas de la novela. Eddison dibujaba los rostros de perfil, y todos ellos tienen ojos grandes, cejas

feroces, una nariz grande, puntiaguda o ganchuda, cabello ondulado y revuelto, y bigote o barba o ambas cosas. Es de notar que todas las cabezas tienen también cuernos, rodeados de plumas ornamentales, como los de los heroicos demonios de la novela. Además, las figuras belicosas y armadas de los dibujos están adornadas de los ropajes espléndidos que llevan los aristócratas de la novela: calzas, golas, jubones, túnicas y capas.

Muchos de los textos que acompañan a los dibujos tienen importancia porque muestran la capacidad verbal del joven Eddison, la retórica elocuente de que habla Ransome. Algunos de los mejores textos son los que acompañan a dibujos del señor Goldry «Bluszco»:

Apareció una tropa de jinetes y, de pronto, Goldry surgió de entre ellos y, seguido de sus soldados, saltó al patíbulo y, atravesando de parte a parte al verdugo y derribando a uno de sus soldados que estaba al lado, salvó al señor Gro de una muerte terrible.

Goldry se lanzó adelante, con las plumas mustias y la cara llena de polvo y de sangre, y golpeó al campeón de boxeo elfo en plena cara, y le hizo derramar sangre por todas partes, y el campeón de boxeo elfo cayó, magullado y sangrando en el polvo.

Pero, antes de que pudiera descender la espada, Goldry bajó apresuradamente la colina abrupta, como un tornado, espada en mano.

La espada se rompió en un álamo, pero él siguió corriendo, y de un puñetazo dejó tendido sin vida al Elfo Rojo.

Gramaticalmente, estos textos son notables por sus cláusulas y oraciones subordinadas. No sólo muestran la capacidad del joven Eddison de redactar prosa complicada, también muestran su preferencia por las oraciones complicadas. Estilísticamente, los textos muestran la habilidad de Eddison con el lenguaje vívido y vigoroso, pues cada uno de ellos relata acciones rápidas y violentas, acompañadas de imágenes detalladas. Verbalmente, los textos nos muestran a un niño que ya ha empezado a leer activamente, pues el léxico que utiliza es literario y sofisticado.

Hojear el Libro de dibujos es como contemplar una colección de diapositivas de la imaginación infantil de Eddison. Se ven algunos personajes representados varias veces, y se atisban muchos sucesos diferentes. Cada dibujo registra, como una instantánea, un momento de un episodio más largo, y la gran cantidad de escenas diferentes nos da a entender que si bien Eddison tenía un grupo central de personajes, inventaba muchos relatos acerca de ellos. Considerados en conjunto, los cincuenta y nueve dibujos son la huella de una enérgica capacidad para el relato que se desarrollaba rápida y fructíferamente en el joven Ric. Las obras de teatro y relatos que inventó abundantemente permanecieron en la imaginación de Eddison durante más de treinta años, y algunos de ellos llegaron a las páginas del Uróboros.

3. Las sagas islandesas: «la lucha feroz entre la condenación y el barro cargado de pasiones»

«Mi primera locura por las sagas»

No hacía mucho tiempo que Eddison había estado inventando obras de teatrillo de títeres con Arthur Ransome y llenando las páginas del Libro de dibujos cuando descubría los dos corpus literarios que más influencia ejercerían sobre él: los poemas de Homero y las sagas islandesas. Eddison pudo empezar a leer a Homero a los once años, pues le regalaron en 1893 un ejemplar de la odisea en traducción de Lang y Butcher, y hacia la misma época empezó a leer La biblioteca de las sagas, de William Morris y Eiríkr Magnússon. No cabe duda de que a Eddison le encantaba Homero, pero las sagas islandesas las llevaba en lo más hondo de su corazón.

Cuando Eddison emprendía su segunda obra literaria de ficción, la novela histórica *Styrbiorn el Fuerte* [*Styrbiorn the Strong*, Londres, Jonathan Cape, 1926], comentó a una de sus mecanógrafas que su nueva novela estaría inspirada por «la era de la gran literatura clásica de las sagas nórdicas, que llevo veinte años estudiando, y que prefiero a todas las demás»^[15]. Eddison escribió una carta de presentación del libro dirigida a su hermano Colin, y dijo que quería dedicarle a él el libro porque «tú, siendo un niño más pequeño que yo, padeciste con mucho valor, hace muchos años, mi primera locura por las sagas»^[16]. Su loca pasión por las sagas, alimentada en primer lugar por *La biblioteca de las sagas*, impulsó a Eddison a aprender por su cuenta el islandés antiguo durante sus años de estudiante en Eton y en Oxford. Sus estudios continuados arrojaron como primer fruto *Styrbiorn el Fuerte*, y como rica cosecha la traducción de *La saga de Egil*, publicada en 1930 por la Cambridge University Press. Eddison decidió realizar esta traducción en 1926 y anotó cuidadosamente el momento de su decisión: «Caminando bajo una tempestad por el High Peak, en Sidmouth, el 3 de enero de 1926, cuando acababa de terminar de escribir *Styrbiorn el Fuerte*, pensé de pronto que mi próxima labor debería ser la traducción de una gran saga, y que ésta debía ser la de Egil. Así podría pagar en parte mi deuda con las sagas, a las que debo más de lo que puede contarse jamás»^[17].

«Contaré un cuento sencillo y sin adornos»

Influencia quiere decir algo más que admiración. ¿Qué debía Eddison a las sagas? ¿En qué consiste su deuda con ellas? Eddison responde a estas preguntas oscuras en su introducción a *La saga de Egil*, donde define lo que es una saga en función de sus elementos principales y sus aspectos sobresalientes. La definición descubre lo que

valora él en este corpus literario, de tal manera que, al arrojar luz sobre las sagas, también ilumina indirectamente la influencia de las sagas sobre el Uróboros.

Empieza con una sencilla definición del género: «Se puede definir una saga en términos generales como una narración en prosa que trata de manera dramática unos materiales históricos»^[18]. En la introducción a su cuarta novela, *Cena de pescado en Memison*, Eddison dice de su obra de ficción: «mi género es la narración dramática en prosa». Dejando aparte el entorno histórico de las sagas, estas descripciones de género y estilo son perfectamente paralelas entre sí. Pero, aparte de estas generalizaciones, el estilo de Eddison no es paralelo al de las sagas porque su fidelidad ecléctica a otras fuentes queridas suele hacer que su estilo se desvíe de las convenciones de la prosa de las sagas. Como en la mayoría de los aspectos del Uróboros, Eddison trabaja como un alquimista en el estilo de su prosa: mezcla esquemas de la prosa de las sagas con los de otras influencias literarias para crear una prosa que contiene proporciones diversas de varios estilos.

Eddison describe así el estilo de las sagas: «La mejor prosa islandesa es directa, sencilla y lacónica; usa el habla dura y curtida de los hombres que trabajan con las manos: habla directa, no afectada, de granjeros; no sofisticada, pero clásica y noble, porque es el habla de un pueblo que nace con instinto natural para el lenguaje y para la narración dramática». La única ocasión en que habla un granjero en el Uróboros es en el capítulo xxvi. He aquí algunas de las frases que dirige a su hija: «Eres una moza desobediente, y, si no es por ti, que venga espada o que venga fuego no se me da una paja; pues sé que no será sino una tormenta pasajera ahora que ha vuelto a casa mi señor». Todas las palabras del original, salvo *disobedient* (desobediente) y *passing* (pasajera), proceden etimológicamente del germánico del norte, y casi todas las palabras son sencillas, lacónicas, un «habla dura y curtida». Comparémosla con las palabras que dirige el señor Gro a la señora Mevrian: «En verdad que es mala cosa que tú, que no te has criado en la mendicidad ni en la pobreza, sino en la abundancia de honores y opulencias, tengas que ser fugitiva en tus propios dominios, y habitar con los zorros y las bestias de la montaña silvestre». Aquí, la sintaxis y las palabras de origen latino o francés son ajenas sin duda a las sagas. El granjero de Holt sólo mantiene la atención del lector durante tres páginas; los señores, damas, príncipes, reinas y reyes dominan otras cuatrocientas. Pero no siempre hablan los aristócratas con estos adornos isabelinos. Por ejemplo, Zeldornius pronuncia frases que podían haber sido pronunciadas por héroes islandeses como el Gunnar de la Saga de Njal: «Vuelve a mí el mundo, y con él este recuerdo: que los de Demonlandia decían verdad a amigos o enemigos y siempre tuvieron a vergüenza mentir y engañar». Las conversaciones del Uróboros tienen sus antecedentes más importantes en la literatura dramática isabelina, pero la tensión silenciosa del habla sencilla de las sagas también resuena en las voces, y la combinación da un resultado con ecos que no son

completamente ingleses.

En el ritmo de la acción narrada tampoco puede encontrarse una influencia dominante en la prosa de Eddison. Su definición de la saga arroja luz sobre este aspecto del *Uróboros* cuando compara el ritmo narrativo de las sagas al de Homero y a otra de sus fuentes de inspiración, el *Libro de las mil y una noches*, traducido al inglés por *Sir Richard Burton*:

(...) aunque el movimiento de Homero es rápido, la acción se detiene continuamente para la introducción de ornamentos poéticos, símiles o descripciones. La acción de la saga jamás se detiene, salvo para la introducción de datos genealógicos. [En Burton] (...) la acción se ralentiza a fin de dar tiempo para contemplar a placer todas las formas de la belleza sensual (...). Los nórdicos no dan mucha importancia a la belleza de la naturaleza (si podemos juzgarlos a la luz de las sagas); sí se la dan a la belleza física del hombre y de la mujer, pero se contentan con advertirla de manera objetiva y concisa: «era el más hermoso de ver de todos los hombres»; rara vez entran en detalles, y jamás permiten que interrumpa el ritmo del relato.

En este sentido, Eddison mantiene su eclecticismo, en vez de inspirarse únicamente en las sagas. Es capaz de narrar rápidamente sin «detenerse» para introducir «ornamentos poéticos», como suele hacer en casi todas las escenas de batallas o, por ejemplo, cuando Juss lucha con la manticora: «La asió tan estrechamente, que no podía alcanzarlo con sus dientes matadores, pero sus garras le arrancaron la carne desde la rodilla izquierda hacia abajo, hasta el hueso del tobillo, y cayó sobre él y lo aplastó sobre la roca, hundiéndole los huesos del pecho». Pero es más frecuente que la narrativa de Eddison «contemple todas las formas de la belleza sensual». Es capaz de «ralentizar» la acción para registrar «la belleza de la naturaleza», como cuando la compañía de demonios cabalga apaciblemente al paso hacia Krothering: «A la izquierda, un lago empedrado de lirios dormía fresco bajo olmos poderosos, con un cisne negro junto a la orilla y sus cuatro pollos sesteando en fila, con las cabezas metidas bajo el ala, de modo que parecían bolas de espuma gris pardusca que flotaban en el agua». Como los nórdicos, Eddison sí «daba importancia a la belleza física del hombre y de la mujer», pero, en lugar de advertir esta belleza «de manera objetiva y concisa», suele ofrecer detalles largos y complicados sobre ella, y permite que interrumpa completamente «el ritmo de su relato». Además, Eddison suele detener su narración activa para escribir largos párrafos que hablan de salas, ropas, mobiliario y armas. A lo largo de la mayor parte del libro, Eddison no sólo abandona los esquemas concisos mesurados de las sagas, sino que sobrepasa con mucho los «ornamentos poéticos» de sus otras influencias literarias: los símiles extensos de Homero suelen detener la acción durante menos de cinco líneas, pero las descripciones extensas de Eddison pueden detener la acción durante varias páginas.

En cuanto a los términos y expresiones generales, tampoco se aprecia un predominio claro de la saga en la prosa del *Uróboros*, como muestra Eddison al comparar las sagas con las leyendas galesas e islandesas:

(...) el antiguo relato celta es completamente opuesto al islandés en sus procesos; la figura y la expresión instintiva del primero es la retórica y la hipérbole; del segundo, la medida y la meiosis. Así, para el celta las palabras y las frases son materiales que debe derramar en un torrente de emociones elocuentes en sus grandes escenas; por el contrario, en la saga la expresión resulta más tensa y atemperada cuanto más elevada es la situación.

Con frecuencia, Eddison sigue exactamente el esquema de la saga en los momentos de violenta emoción. Cuando Juss, de pie sobre la estrecha cornisa de la montaña, ve a la horrible manticora, que se abalanza sobre él y sus amigos por la pared del precipicio, Eddison dedica un párrafo entero a describir la expresión facial de aquél, pero las únicas palabras que pronuncia Juss son: «Hay poco lugar para manejar la espada». Es más frecuente todavía que, en tales momentos, la expresión de Eddison tienda a la hipérbole y «se derrame en un torrente de emociones elocuentes». Brándoch Dahá, colgado por las muñecas del muro de la antigua sala de banquetes de Carcë, atormentado por el hambre y lleno de golpes y magulladuras recibidas en combate, todavía es capaz de saludar a su rescatador con una ráfaga aliterativa: «¡La Fireez! (...). Creí que eras un turón fingido formado en fienos y pantanos, engendro de Brujolandia, que volvías para dirigirnos burlas y rechiflas». Prezmyra, que ha tomado una determinación inflexible llena de desesperación orgullosa y ha decidido matarse tras la muerte de su marido, es capaz de rechazar elocuentemente la propuesta de paz de los demonios antes de beber la copa envenenada: «¿Dirá a la rosa, la escarcha heladora, cuando ha podrido y matado de hambre a todas las dulces flores del jardín, “vive conmigo”?, y ¿aceptará ella un pretendiente tan lobuno?». Y Juss, al borde de las lágrimas cuando Goldry ha sido capturado por los hechizos de Brujolandia, todavía es capaz de exclamar con voz alterada: «¿Qué hay en el mundo establecido que sea mío, cuando yo me quedo así en un momento sin el que era las entretelas de mi corazón, mi hermano, la fuerza de mi brazo, la ciudadela principal de mis dominios?». La comparación de Eddison de las sagas con la literatura celta y su decisión de abandonar los esquemas de limitación y tersura de las sagas no quieren decir que imite materiales celtas. Su exuberancia retórica no procede de los cuentos galeses del Mabinogion, ni de leyendas irlandesas como las del héroe Cuchulain, ni siquiera de la Morte d'Arthur de Malory; procede más bien del mismo tronco retórico que El gran Tamerlán, Ricardo II, Enrique V y La duquesa de Malfi.

El lenguaje de la literatura dramática del período de Isabel I domina tanto la prosa de Eddison, que resulta difícil advertir las sagas en las frases. La influencia de la saga está sumergida, y se aprecia más claramente en el tono de voz del narrador que en las expresiones y el vocabulario de los personajes. Eddison aclara este aspecto del Uróboros cuando compara la saga con la novela:

La novela, a través de sus cambios proteicos desde Proust hasta la novela detectivesca, es casi siempre analítica; quizá fuera más exacto decir que casi siempre

emplea procesos analíticos. Pero la saga nunca es analítica. El novelista suele ser introspectivo; la saga, nunca.

Cuando Eddison dice que la saga no es introspectiva y que no utiliza procesos analíticos, quiere decir que, en las sagas, la voz del narrador no juzga las personalidades ni los motivos de los personajes, y que no emite juicios de valor sobre la acción. Los narradores de las sagas son siempre omniscientes, pero se abstienen del examen psicológico de los personajes: la voz del narrador muestra los personajes al lector; no dice al lector lo que hace o piensa un personaje. Por ejemplo, el narrador de la Saga de Njal dedica muchos capítulos a la familia de Njal, pero no se pone de parte de Njal y de sus hijos cuando Flosi y sus hombres van a quemar la casa de Njal: se limita a contar lo que sucede. El narrador de la saga retransmite, no comenta. La visión de los personajes por parte del lector depende únicamente de su propia valoración de sus palabras y actos.

Así es el narrador del Uróboros. Usted y yo, como Ebenezer Scrooge en manos de los espíritus de la Navidad, acompañamos a todas partes al narrador; desde los valles soleados y llenos de flores de Demonlandia a los páramos de Duendelandia y hasta la cámara más secreta de la fortaleza negra de Carcë. Pero el narrador se mantiene distanciado y oscuro, como el Espíritu de las Navidades Venideras: se limita a señalar la acción y a mostrarla; no juzga, ni analiza, ni comenta. El narrador muestra con mayor frecuencia a los demonios, pero no los prefiere a los brujos, y presenta a Córund tan noble como Juss. La imparcialidad del narrador se advierte con máxima claridad cuando Lessingham, el observador terrestre trasladado a Mercurio, rechaza los comentarios de su guía virgiliano, el martinete. Durante los dos primeros capítulos del libro, el martinete hace de narrador secundario que responde a las preguntas de Lessingham y hace comentarios valoradores y autorizados sobre los personajes. Durante estos capítulos, el tono del narrador primario no se inmuta por la intromisión del martinete en su jurisdicción:

«Contempla, maravíllate y lamenta —dijo el martinete— que el ojo inocente del día esté obligado a contemplar a los hijos de la noche eterna, a Córund de Brujolandia y a sus hijos malditos».

«Lessingham pensó: “Mi pequeño martinete es un político ardiente; diablos condenados y ángeles: para él no hay término medio. Pero yo no bailaré a la música que ellos tocan, sino que esperaré a que se desarrollen estas cosas”».

Lessingham, y usted, y yo, escuchamos al martinete, pero Lessingham decide que prefiere evaluar por su cuenta las cosas: observará, escuchará y Juzgará la valía de los que desempeñan un papel en el relato, sin ayuda de otros que pueden disponer de más información. Cuando Lessingham toma esta decisión de rechazar un guía analítico, también la toma en nuestro nombre, y a partir de ese momento debemos observar, escuchar y juzgar por nuestra cuenta.

En las sagas, la voz reticente y desapercibida del narrador omnisciente coloca a

los personajes en el primer plano de la imaginación del lector. Ni usted ni yo advertimos al narrador; advertimos a los personajes. Presentan sus personalidades a través de sus palabras y de sus actos. Eddison dice que en las sagas «el interés se centra en personajes individuales, en sus caracteres, sus actos y sus destinos»; y «toda la vida y fuerza de la acción depende de las personalidades de sus personajes». La mayor parte de la deuda de Eddison con las sagas consiste en sus notables personajes. No en la prosa, sino en las personas. Los hombres y mujeres de las sagas encantaron a Eddison y merecieron su admiración durante toda su vida. Para él, las actitudes vivas que expresan esos hombres y mujeres muestran «mucho de lo mejor y más noble del espíritu humano».

«La flor y nata de la raza escandinava»

Eddison no es el único que piensa así, pues los personajes históricos celebrados en las sagas son dignos de atención. Los vikingos noruegos oyeron hablar por primera vez de Islandia en Irlanda, pues varios clérigos irlandeses habían estado allí en la década de 790. Buscando nuevas tierras, estos escandinavos marineros llegaron primero a las islas Feroe, y luego a Islandia hacia el año 860, y colonizaron la isla en las dos generaciones siguientes. Aparte de los motivos habituales de las expediciones vikingas (la ambición, la inquietud, la avaricia, el exceso de población y la escasez de tierra), lo que impulsó principalmente la colonización fue la conquista inexorable de Noruega por el rey Harald Fairhair. Muchos hombres notables de Noruega huyeron del país porque no disponían de efectivos humanos suficientes para enfrentarse a los ejércitos de Harald, y no eran capaces de someterse a él. Eddison respetaba a esos hombres: «los hombres que se asentaron en Islandia eran precisamente la flor y nata de la raza escandinava; eran precisamente aquéllos cuyo fiero espíritu de independencia y de libertad no toleraba la nueva “esclavitud” en Noruega, y prefirieron perder sus tierras y sus bienes, y desterrarse en un país desconocido, antes que someterse al cetro del rey Harald»^[19]. El profesor Gwyn Jones está conforme con esta opinión: «(...) la calidad de los colonos era apreciablemente alta, y entre ellos se contaba un porcentaje notable de hombres señoriales, bien nacidos, que no toleraban estar sujetos; vigorosos y con confianza en sí mismos; herederos, mantenedores y transmisores de una cultura vigorosa y con personalidad propia»^[20]. Los mismos poetas autores de las sagas compartían esta opinión, y fue dicha inspiración, combinada con el deseo de conservar la historia de Islandia, la que los impulsó a componer, cuatro siglos después, poemas épicos en prosa imaginarios pero con una base histórica, sobre las familias fundadoras de Islandia. Cierta escriba que copió en el siglo XIII la Saga de Thidrek expresó así su opinión sobre el valor de las sagas: «Vale la pena conocer las sagas que hablan de hombres de valía, porque nos muestran

hechos nobles y hazañas valerosas, mientras que las malas acciones son manifestaciones de la indolencia»^[21]. En la mente del escriba, los actos humanos ocupan el primer lugar dentro de las sagas. Tiene un valor especial la conducta humana, esos «hechos nobles y hazañas valerosas»; vive en las sagas asimilada al género, y queda grabada en la mayoría de sus lectores. Gwyn Jones escribe:

«(...) el concepto irlandés del personaje y de la acción era heroico. Los hombres y mujeres de las sagas tenían una visión relativamente sencilla del destino humano (...). Tenían, cabe decir, una apreciación estética de la conducta. Había una manera correcta de actuar: las consecuencias podían ser terribles, odiosas; pero la conducta era más importante que sus consecuencias»^[22].

Jones se hace eco de una opinión expresada varios años antes por E. V. Gordon:

«En ninguna otra literatura existe un sentido tal de la belleza de la conducta humana; en verdad, parece que a los prosistas islandeses, con la excepción de Snorri, no les ha importado la belleza de nada más que de la conducta y el carácter. Los mismos héroes y heroínas tenían una visión estética de la conducta; era su directriz principal ...»^[23]

Eddison cita las palabras de Gordon en la introducción de su traducción de La saga de Egil, que tiene como personaje central a un hombre cuyos actos satisfacen perfectamente el ideal estético de conducta: las palabras y las obras de Egil, correctas o incorrectas, admirables u odiosas, impresionan y fascinan al lector, y por ello tienen cierta belleza. Corinius fascina de la misma manera en el Uróboros.

Es imposible exagerar la importancia para la ficción de Eddison del énfasis notable de las sagas en los personajes y en la belleza de la conducta humana. «Lo único que hice fue escribir el mejor relato que pude, sobre las personas cuya compañía me agradaba más», escribió Eddison a un admirador de la novela^[24]. Como las sagas, el Uróboros cobra su fuerza a través de los personajes y de sus obras. La pregunta que debemos responder ahora es directa: ¿qué tipo de personas son los personajes que tanto agradaban a Eddison?

4. El héroe islandés, griego y mercuriano: «Abarca el estrecho mundo como un coloso»

«Personas como con las que prefiere jugar mi imaginación»

«Valerosos», «señoriales», «vigorosos», «con confianza en sí mismos», «con fiero espíritu de independencia y de libertad» y «con un concepto heroico del personaje y de la acción»: son los términos que han usado Eddison y otros autores para describir a los verdaderos colonos escandinavos de Islandia, cuyas contrapartidas en parte históricas y en parte ficticias viven en las páginas de las sagas. Todas esas cualidades se pueden aplicar sin vacilar a los demonios, brujos, goblins y tragos de Eddison. Pero los personajes de Eddison son algo más que simples imitaciones de personajes notables de las sagas. Una gran proporción de su carácter también procede de Homero. En su introducción a La saga de Egil, Eddison dice: «La saga se parece a Homero en cuanto que es heroica en temática y en espíritu»^[25]. Asoció durante toda su vida la saga con la épica; por ello, cuando se puso a escribir su propia prosa épica imaginada, bebió con naturalidad de ambas fuentes. Del mismo modo que la prosa del Uróboros, sus personajes son como una combinación alquímica de elementos eclécticos.

¿En qué medida influyeron ambas fuentes sobre su creación de personajes? ¿Dónde terminó la influencia de las sagas, y dónde empezó la de Homero? En una carta a su cuñado Keith Henderson, Eddison ofrece indicaciones sobre la naturaleza de la influencia de Homero sobre sus personajes cuando dice que su estilo está «adaptado particularmente para tratar escenas y personas grandes y tremendas; como con las que prefiere jugar mi imaginación». En la misma carta, Eddison habla de sus ambiciones para su novela histórica Styrbiorn el Fuerte: «muy diferente de la Serpiente en su alcance, su tono y su temática, pero se parece a ella en ser un relato grandioso, con personas y escenas tremendas»^[26]. La frase repetida, «personas y escenas tremendas», no indica directamente la inspiración homérica, pero muestra que Eddison consideraba que sus personajes eran grandiosos y magníficos, y es una frase descriptiva que resultaría excesiva e hiperbólica aplicada a los personajes de la saga. Los hombres y mujeres de las sagas nos impresionan por su nobleza heroica, y algunos de los héroes se comportan y hablan como Aquiles, Agamenón y Héctor, pero ninguno de ellos son personas «tremendas» cuya grandeza iguale a la de los héroes de Homero.

«La saga se parece a Homero en cuanto que es heroica en temática y en espíritu»

Una parte de la diferencia de magnitud entre las sagas y la épica homérica estriba en la disparidad de la intervención divina en los actos humanos. Si bien en las sagas ocurren sucesos sobrenaturales, los dioses nunca hablan ni se muestran a sí mismos, mientras que en la Ilíada los dioses se pasean por las llanuras de Troya. Zeus, Hera, Atenea, Afrodita, Apolo, Ares y Poseidón se interesan vivamente por la guerra, y todos ellos participan, unos más y otros menos, en los actos de los guerreros. Esta

atención divina reviste los pensamientos y los actos de los hombres de una importancia cósmica que no existe en las sagas. Las decisiones de Aquiles lo ilustran perfectamente. Después de soportar los insultos injustos de Agamenón, de arrojar su cetro y de decidir retirarse de los combates, Aquiles, amargamente airado, pide a su madre divina Tetis que convenza a Zeus de que conceda victorias a los troyanos y sufrimientos a los aqueos hasta que Agamenón se arrepienta de su trato insultante del más grande de los guerreros aqueos. A Zeus le molesta la petición, pero la concede. Así, las decisiones airadas de Aquiles mueven cielo y tierra, como refieren los primeros versos del poema, y tienen consecuencias devastadoras para un gran número de soldados. En las sagas se producen, con gran frecuencia, actos de ira y derramamientos de sangre, que pueden afectar a una familia o a toda una región, pero no resuena su eco por todo el Asgard.

En este sentido, el Uróboros de Eddison está en algún punto intermedio entre las sagas y la Ilíada. Los poderosos pueblos mercurianos adoran a los dioses griegos, pero, como en las sagas, los dioses no aparecen. Nadie duda de la existencia de los dioses ni del mundo sobrenatural. Los dioses se comunican con los mortales por señales, augurios y sueños, y los mortales pueden conversar con los espíritus por medio de los encantamientos. Lo que es más importante, los hombres y mujeres mercurianos de Eddison comparten con los hombres y mujeres de las sagas y de la Ilíada una actitud fatalista: los dioses decretan los sucesos de las vidas de los mortales y su duración. Dado que los dioses determinan el destino, los hombres y mujeres se consideran orgullosamente no iguales que los dioses, pero sí compañeros suyos en su aproximación a sus destinos finales; no se rebajan a humillarse ante las deidades ni por humildad ni por sentimientos de culpa, más allá de estas generalizaciones, la teología del Uróboros es delicada, pues el relato contiene elementos eclécticos que mantienen relaciones nebulosas con esas verdades generales: los de Duendelandia adoran a falsos dioses; las sílfides existen; los destinos de los dioses están gobernados unas veces por las Parcas, otras por los dioses o por las estrellas; la reencarnación se produce, pero sólo en los reyes de Brujolandia; los mercurianos invocan a veces a las Parcas o a Satán; se habla del cielo y del infierno; a Spitfire se le aparece Odín, y cuando Helteranius quiere acabar su vida, se le abre la tierra.

Existe gran diferencia de magnitud en cuanto a la disparidad de poder político individual. Los héroes homéricos son señores aristocráticos que gobiernan regiones y mandan ejércitos. Sus actos pueden producir tristeza o felicidad a muchos subordinados suyos. Los héroes de las sagas son aristocráticos por su espíritu y su temperamento, pero no en el sentido de que tengan un poder político tangible, y, aunque muchas veces se consideran a sí mismos iguales a los reyes y a los príncipes, son colonos pioneros sin provincias populosas ni ejércitos propios. Sus acciones no tienen consecuencias sobre muchas personas.

Los héroes «tremendos» de Eddison alcanzan la magnitud de los de Homero, pues gobiernan grandes regiones y son capaces de reunir ejércitos cuando los necesitan. Durante un consejo de guerra, el rey Gorice XII se pone de pie y contempla a Córund y a Corinius: «sus capitanes escogidos, grandes hombres de guerra que había elevado a reyes de dos de las cuatro partes del mundo». Además, los héroes de Eddison tienen ambiciones más que imperiales, pues, cuando se reúnen el rey Gorice XII y Juss, el narrador dice que «se reunieron estos dos hombres, por cuya ambición y orgullo el mundo era demasiado pequeño para contenerlos a ambos con paz entre los dos». Y sus actos cambian el mundo. Cuando Juss y Brándoch Dahá se escapan de Córund en Eshgrar Ogo, éste dice a Gro: «¿Crees que éstos pueden sobrevivir en la tierra sin formar un estrépito que se oiga de aquí a Carcë?».

Existe alguna diferencia de magnitud puramente material. Los héroes de las sagas se asentaron en las llanuras vacías y primigenias de Islandia. Construyeron estructuras funcionales de madera, piedra y césped: templos, salas comunales, granjas, establos y lecherías. Amaban el lujo, pero la construcción de palacios lujosos ni les favorecía ni les era posible. Los héroes de las sagas no tienen las viviendas espléndidas, los ejércitos, los barcos, las tierras, la riqueza ni las armaduras adornadas que poseen los reyes de Homero.

En lo que se refiere a la grandeza, a la riqueza y al poder, Eddison es sin duda más partidario de la escala de magnitud de Homero que de la de las sagas, pero el «tremendismo» material del Uróboros deja atrás incluso a Homero. No hace falta leer muchas páginas de la novela para advertir que el lujo espléndido de Galing supera con mucho la riqueza de Príamo y el esplendor de su palacio de Troya^[27]. Eddison inicia su larga descripción de la cámara de audiencias con una valoración de su esplendor: «Sin duda, ningún potentado de la tierra, ni Creso, ni el Gran Rey, ni Minos en su palacio real de Creta, ni todos los faraones, ni la reina Semíramis, ni todos los reyes de Babilonia y de Nínive tuvieron jamás un salón del trono cuya gloria se pudiera comparar al alto salón de audiencias de los señores de Demonlandia». Además, los ropajes de los aristócratas de Eddison sobrepasan las ropas de seda y las armaduras de bronce de los reyes de Homero. Para citar un ejemplo entre muchos posibles, los ropajes de Corinius para los banquetes de Estado ilustran la riqueza de Brujolandia: «Su amplio pecho estaba encerrado en un colete de ante sin teñir, recamado de escamas de plata, y llevaba un collar de oro lleno de esmeraldas y un largo manto de brocado de seda azul celeste, forrado de tejido de plata». Incluso las armaduras que llevan en combate son primorosas y están llenas de adornos, como ésta del señor Zigg: «Su armadura relucía de plata desde la barbilla hasta la punta de los pies, y brillaban las joyas en su gorguera [cuello de metal plateado] y en su tahalí, y en la empuñadura de su espada recta y larga». La armadura incrustada de joyas de los héroes de Eddison rivaliza incluso con la armadura que

forja Hefaisto para Aquiles cuando éste vuelve al combate al final de la *Iliada*.

«Nosotros pocos, nosotros pocos y bienaventurados, nosotros, una cuadrilla de hermanos»

La inspiración conjunta de esta novela en la *Iliada* y en las sagas sale a la luz con más fuerza al comparar la estructura social de éstas con la de Mercurio. El parentesco, el matrimonio y la alianza por amistad eran los vínculos sociales principales en la Grecia heroica y en la Islandia de los colonos, y existen en el Mercurio de Eddison, aunque no universalmente. El «Argumento con fechas» de Eddison nos dice que, antes de que se iniciara el relato, las «naciones corteses» de Demonlandia, Brujolandia y Goblinlandia formaron una alianza para declarar una «guerra santa» contra los ghouls. El capítulo v dice que Goldry Bluszco se promete en matrimonio con la prima del rey Gaslark de Goblinlandia, y que este matrimonio afirmará las relaciones entre Demonlandia y Goblinlandia, ya amistosas de por sí. El parentesco se aprecia con mayor claridad en la unión fraternal entre Juss y sus hermanos, Goldry Bluszco y Spitfire.

Aparte de estos ejemplos claros, resulta difícil colocar etiquetas estructurales, porque Eddison no explica con claridad las características propias de las diversas sociedades de Mercurio. Si bien los personajes principales son aristócratas, sin duda, Eddison nunca comenta las diferencias de clase ni las distinciones entre los príncipes y los demás nobles. No especifica la naturaleza de ninguno de los sistemas de gobierno de las diversas tierras o Estados, y no sabemos si las tierras tienen monarquías agnáticas, primogenéticas o electivas.

Brujolandia tiene una tiranía dinástica basada en el derecho indiscutible de la reencarnación: cuando muere un rey Gorice, su espíritu asume otra forma. En el primer capítulo, el rey Gorice XI, «cuyo poder y gloria se extienden por todo el mundo», envía un embajador a Demonlandia para que transmita este mensaje: «Ninguna ceremonia de homenaje o de lealtad han realizado ante mí los habitantes de mi provincia de Demonlandia». Al oír esto, Spitfire echa mano a la espada y grita: «¿Provincia? ¿No somos los demonios un pueblo libre?». Este diálogo es lo más parecido a una discusión política que se encuentra en el libro. A pesar de que Goldry Bluszco lucha contra Gorice XI por esta cuestión, Eddison no llega a explicar nunca la justificación de las pretensiones de Brujolandia. Se puede intuir, a partir del contexto, que Brujolandia ha conseguido la hegemonía sobre muchas tierras por medio de la conquista y la anexión forzosa, y que está empeñada en sojuzgar a Demonlandia desde el principio del relato. Brujolandia gobierna su «imperio» por el miedo y por la fuerza bruta de una flota extensa y de ejércitos masivos.

La sociedad de Demonlandia es más opaca que la de Brujolandia. Demonlandia

no tiene rey. Tiene señores dirigentes, pero entre ellos no existe una estructura jerárquica formalizada. Demonlandia no tiene parlamento ni asamblea formal. Aparte de Goldry Bluszco, que está prometido, no suceden ni se proponen matrimonios durante todo el relato, y, entre los siete señores demonios principales, sólo el señor Zigg está casado. No existen aristócratas más viejos que los señores dirigentes, ni se habla con detalle de los padres de ninguno. Así, sin vínculos comunes con un rey, sin vínculos parlamentarios, sin vínculos de matrimonio entre familias y dominios, y sin vínculos patriarcales ni matriarcales de relaciones familiares, nos preguntamos qué es lo que mantiene unida a Demonlandia y a esos señores solteros. Dentro de los vínculos filiales que existen entre los tres señores más poderosos, se reconoce a Juss la primacía, pero no queda claro si su autoridad procede del hecho de que es el mayor. Es el segundo hermano, Goldry Bluszco, el que propone el combate de lucha libre con el rey Gorice XI, y Juss y los otros señores demonios lo aceptan porque «les pareció bien a todos ellos». Pero cuando Juss propone el plan de la primera expedición a Duendelandia, Spitfire dice: «Eres nuestro hermano mayor; y te seguiré y te obedeceré en todo lo que hagas». Los otros señores demonios respetan a Juss por su sabiduría y siguen sus buenos consejos, pero no parece que tenga autoridad alguna para impartir órdenes a esos guerreros aristocráticos. Brándoch Dahá, Volle, Vizz y Zigg están aliados con Juss y sus hermanos por simple amistad. En el consejo de guerra final, todos los señores demonios, salvo Brándoch Dahá, creen que deben rescatar a Goldry Bluszco antes de atacar Carcë, y Brándoch Dahá se pone de pie y dice, saliendo de la cámara «Juss, amigo de mi corazón, me parece que todos sois de la misma opinión, y ninguno es de la mía. Entonces, me despido de vosotros». Juss, que lo ve salir, dice: «Su propio ser le hará volver a mí a su debido tiempo, pues ningún otro poder es capaz de oponerse a su voluntad; el cielo no puede doblegar por la fuerza su gran corazón». Cuando regresa Brándoch Dahá, dice: «Eres hombre afortunado en tus empresas, oh Juss, cuando tienes tal arte para inducir a tus amigos a que te sigan». La amistad es el vínculo social básico, pero es un vínculo indisoluble.

La sociedad anárquica y muy individualizada de Demonlandia recuerda a la alianza de reyes de la Ilíada. Homero no concreta con claridad las relaciones entre los muchos reyes y príncipes que se reúnen para atacar Troya, pero, aparte de Menelao, que quiere recuperar a Elena, la mayoría de los reyes se unieron a la alianza porque esperaban alcanzar riquezas durante la conquista, y porque valoraban la amistad de los poderosos Átridas. Homero sí llega a decir que Agamenón es el comandante en jefe de la alianza. A la vista de los datos del catálogo del canto II, se puede afirmar que Agamenón era el rey más poderoso de la península del Peloponeso^[28]. Pero Agamenón, como Juss, no tiene autoridad absoluta sobre los demás reyes; si la tuviera, la retirada de Aquiles en el canto I hubiera sido un acto de desertión y un delito merecedor de un castigo. Aquiles y los demás reyes han decidido participar en

la guerra, y se apoyan unos a otros por alianza amistosa y no por obligación.

Los señores amistosos de Demonlandia también se parecen a los islandeses del siglo X, que, con un sentido de la cooperación único en el mundo en aquella época, formaron un grupo unido cuyos individuos eran tan aristocráticos como los de la alianza aquea de Homero y la alianza de demonios de Eddison, pero más organizado que cualquiera de estos dos. Los primeros colonos de Islandia se limitaron a asignarse grandes superficies de tierra, muchas veces a gran distancia unas de otras. Al pasar el tiempo e ir creciendo las familias y llegando más colonos, los primeros terratenientes repartieron sus tierras en fincas para sus hijos y para sus amigos. También construyeron y conservaron en sus propias tierras lugares para el culto, normalmente de Tor y de Freya; así, con el tiempo, estos terratenientes más ricos alcanzaron la categoría y título de godi («divino»), que es una especie de sacerdote seglar. Antes de sesenta años después de la llegada de los primeros colonos en la década de 860, los hombres más ricos, los podar de Islandia, fundaron la institución del althing, una asamblea general anual que tenía lugar en un sitio fijo llamado el thingvellir («llanura de la asamblea»). El althing era una alianza de treinta y seis godi iguales, que formaban un parlamento con poder legislativo y judicial. El althing no era una institución destinada a hacer cumplir las leyes por vía ejecutiva; el mantenimiento de la ley y el orden dependía de los vínculos básicos de la sociedad: el parentesco, el matrimonio y la amistad. Pero en las sagas se encuentran con frecuencia los odios entre familias y la venganza privadas^[29]. Afortunadamente, estas rencillas domésticas violentas no destruyen la paz interna de Demonlandia.

«Cuando suene en nuestros oídos el toque de guerra, haz lo que hace el tigre»

La no existencia de una generación más vieja es quizá el aspecto más extraño de la sociedad de Demonlandia, sobre todo cuando sabemos que el señor demonio más viejo, Volle, sólo tiene cuarenta años al comienzo del relato, y cabría esperar que sobrevivieran algunos señores venerables más viejos, como el viejo Néstor y el rey Príamo en la Ilíada y Kveldulf en La saga de Egil. El silencio de Eddison sobre los padres de sus demonios me impide establecer hipótesis alguna sobre la transmisión agnática o primogenética del señorío en Demonlandia. En consecuencia, me pregunto cómo llegaron a ser señores esos hombres con cuernos y cómo mantienen su señorío. Los datos de la novela dan a entender que las hazañas militares son la base del poder aristocrático. El primer capítulo nos dice que Juss conoce el arte de la hechicería, «pero no usa de esas artes, pues agotan la vida y las fuerzas, y no se tiene por digno que un demonio confíe en esas artes, sino en su propia fuerza y valor». A diferencia de Juss, el rey Gorice XII no desprecia la hechicería como práctica indigna; confía y se apoya mucho en ella. Pero Gorice XII delega su autoridad imperial basándose en

las hazañas militares: recompensa con reinos a sus generales victoriosos, Córund y Corinius, cuando prueban su capacidad militar en conquistas sucesivas que amplían el imperio de Brujolandia. Para los antiguos griegos, una aristocracia era un Estado en el que gobernaban los mejores ciudadanos. Demonlandia y Brujolandia son aristocracias militares: gobiernan los mejores jefes militares.

Al dar tanta importancia a las virtudes militares, Eddison se aparta de la situación islandesa y forma sociedades más belicosas que las de la Ilíada. Los héroes de las sagas eran sobre todo agricultores o ganaderos. Algunos de esos hombres llevaban una doble vida: eran vikingos durante el verano y granjeros durante el resto del año. Pero en las sagas la lucha no es casi nunca el aspecto principal de la vida de un hombre: la fuerza y la identidad de los hombres de las sagas, y su derecho al liderazgo local, procedían de sus posesiones de tierras. Los reyes de Homero, aunque no cabe duda de que eran grandes guerreros, ostentaban el poder sobre sus regiones respectivas de Grecia porque una costumbre agnática aceptada había producido dinastías dirigentes en cada parte del Peloponeso, y la relación de parentesco de cada rey con la dinastía era lo que justificaba su posesión del reino.

La guerra lo es todo en Mercurio, sobre todo para los demonios. La lucha distingue e identifica a los señores. Cuando el pequeño martinete presenta a Lessingham a los señores demonios, distingue a cada uno en función de sus capacidades, hechos o atributos militares. Volle es «un gran capitán de la mar» y «prestó servicios a la causa de Demonlandia, y a todo el mundo, en las últimas guerras contra los ghouls». Zigg es el «afamado domador de caballos» y «hombre poderoso con sus manos cuando dirige a sus jinetes contra el enemigo». Spitfire es «impetuoso en la guerra». Goldry Bluszco lleva la espada «con la que mató al monstruo marino». Brándoch Dahá «fue tenido durante años por el tercer mejor hombre de armas de todo Mercurio, junto a éstos: Goldry Bluszco y Gorice X de Brujolandia. Y a Gorice lo mató hace nueve veranos en combate singular (...) y ahora nadie puede superar al señor Brándoch Dahá en hazañas de armas, salvo quizá Goldry». La lucha es la base de las amistades que son tan importantes para mantener unida la sociedad de los señores demonios. El profundo amor entre los tres hermanos y los otros señores se apoya en la admiración mutua por su capacidad militar. También son dignas de admiración las hazañas militares de los enemigos; esto es adecuado y necesario en una sociedad heroica, pues los demonios y los brujos no contendrían entre sí si no se respetasen mutuamente: un guerrero no puede alcanzar gloria derrotando a un enemigo que desprecia. En la batalla ante Carcë, Juss contempla la valerosa resistencia de Córund y dice: «Éste es el mayor hecho de armas que he visto en los días de mi vida, y tengo en mi corazón tan grande admiración y maravilla por Córund, que casi haría con él las paces». Todos los amores y lealtades entre amigos y todos los odios honrados entre enemigos están arraigados en las

hazañas militares.

**«Príamo llamó a Elena en voz alta: Ven aquí donde estoy, querida niña, y
siéntate junto a mí,
(...) dime el nombre de ese hombre que es tan tremendo»**

Las sociedades heroicas de las sagas y de la Ilíada tienen, comparadas con otros sistemas sociales, unos parámetros relativamente estrechos para las formas aceptables de actividad masculina. A los aristócratas sólo les resulta posible practicar una pequeña variedad de ocupaciones. En la Ilíada, todos los aqueos y troyanos importantes son guerreros y príncipes con gobierno. En las sagas, los hombres importantes son granjeros y terratenientes ricos, sacerdotes, juristas y vikingos; muchos de ellos se dedican a más de una de estas ocupaciones. En cada sociedad, los hombres importantes hacen cosas similares, mantienen actitudes y valores similares y piensan de manera similar. También ambas sociedades tienen parámetros estrechos para determinar la conducta moral aceptable. La gente mantiene estrictamente sus principios morales, y la conservación de la posición de un hombre dentro de la sociedad depende de su capacidad de comportarse de una manera que no desdiga de los ideales de conducta. Estas generalizaciones también se pueden aplicar a las sociedades del Uróboros. Pero las sociedades de Eddison, impulsadas por un sistema moral que se basa principalmente en las virtudes militares, son más sencillas y rigurosas que sus dos fuentes. Un brujo o demonio, para formar parte del grupo, debe ser como el grupo y ajustar su conducta a los modos militares aceptados.

Entre tanta uniformidad humana, ¿cómo puede el autor definir las diferencias humanas? ¿Cómo puede conseguir que los individuos tengan personalidades singulares y que destaquen entre el grupo? El método básico, usado de modos diversos, es la caracterización por medio de la acción. Los héroes de las sagas, de la Ilíada y del Uróboros son hombres de acción. Sus acciones sirven para definirlos como individuos. Aunque deben actuar ciñéndose a una serie de principios heroicos, rigurosos y muchas veces tácitos, se distinguen unos de otros actuando de manera diferente siempre dentro de dichos principios.

Sin duda, los actos únicos destacan a un hombre del grupo. Cuando Bolli mata a su mejor amigo, Kjartan, al final de la Saga de Laxdaela, cuando Diómedes hiere a Ares en el canto v de la Ilíada y cuando Goldry Bluszco vence a Gorice XI en el capítulo II del Uróboros: estos actos singulares distinguen a sus autores entre sus compañeros, pues ningún otro es capaz de llevar a cabo una acción comparable. Aunque este método no es exclusivo de los escritores de sagas, de Homero y de Eddison; es de uso frecuente por los dramaturgos, los novelistas y los autores de poesía narrativa. Pero existe un segundo método más particular que comparten

Homero y su discípulo, Eddison. A Homero y Eddison les resulta más difícil caracterizar a sus personajes que a los autores de las sagas, porque en la *Ilíada* y en el *Uróboros* se describe un enfrentamiento épico de troyanos contra aqueos y de demonios contra brujos. Mientras los escritores de sagas tratan de individuos enfrentados que, por su propio enfrentamiento, se distinguen a sí mismos dentro de la uniforme sociedad islandesa, Homero y Eddison tratan de grupos polarizados. Tanto Homero como su discípulo suelen usar la acción para crear personalidades individuales a base de mostrar las reacciones diferentes de diversos personajes ante una situación común.

Hacia el final del canto xv de la *Ilíada*, Héctor conduce a los troyanos al punto máximo de su avance cuando lleva el combate hasta los barcos aqueos varados en fila, agarra la proa de una de las naves y pide una antorcha para prenderle fuego (I. 704). Este suceso, uno de los más significativos del poema, brinda a Homero la oportunidad de desarrollar caracteres individuales, porque tres héroes aqueos responden al mismo, pero cada uno de ellos lo hace de manera diferente sin salirse de los principios heroicos. El enorme Ayax Telamón se niega a retroceder con los demás soldados aqueos, e incluso antes de que Héctor alcanzase su presa triunfal, Ayax «recorría a grandes pasos las cubiertas de los navíos. Blandía en las manos una gran pica de abordaje». (XV: 676-677). Ayax es el único entre los aqueos que toma la delantera, como una vanguardia unipersonal, y él solo mantiene a raya a los troyanos con una lanza que mide más de veinticinco pies (ocho metros). Mantiene su posición aunque se siente fatigado: «No podían hacer que se retirara, aunque amontonaban sobre él las armas arrojadas». (xvi: 107-108). Ayax muestra el valor sólido y torvo que caracteriza todos sus combates y que lo convierte en el mejor guerrero aqueo después de Aquiles. Otro guerrero, Patroclo, reacciona de una manera que parece algo extraña a nuestro concepto moderno de conducta heroica: llora con «lágrimas cálidas como un torrente turbio». (xvi: 3), pero, cuando suplica a Aquiles que vuelva al combate, parece que sus lágrimas no son maestra de cobardía, sino de su frustración por la negativa obstinada a luchar por parte de Aquiles, y de su pena por los hombres que tiemblan por la matanza de Héctor. El tercer guerrero, Aquiles, manifiesta a la vez su resentimiento terco, fruto de su discusión con Agamenón, y su condición pensativa y sensible, cuando responde a Patroclo. Dice que las palabras de Patroclo le han llevado «pena amarga» y que «en su corazón no estaba permanecer airado para siempre». (xvi: 60-61). Las decisiones de Aquiles, enfrentado con el sufrimiento de guerreros a los que quiere, le duelen mucho, y, después de pensárselo, decide satisfacer su honor manteniendo su actitud de no participar, y suavizar en parte su ira prestando a Patroclo su excelente armadura. En este momento significativo, las tres reacciones diferentes ayudan a crear tres personalidades individualizadas^[30].

Un ejemplo del uso de este método por Eddison son las reacciones de los señores

demonios ante el «envío de la serpiente del pozo» por el rey Gorice y su captura de Goldry Bluszco en el capítulo v. El rey Gaslark los encuentra en su barco roto y chamuscado, aturdidos y llorando de pena. Gaslark propone que naveguen rápidamente y ataquen Carcë por sorpresa, pues cree que han llevado allí a Goldry. Juss no está de acuerdo con el plan de Gaslark de un ataque por sorpresa: «Pero no se vencerá así a Brujolandia, sino tras largos días de trabajos, y de trazas, y de construir navíos, y de reunir huestes». Juss también cree que no es más que una «loca fantasía» que hayan llevado a Goldry a Carcë, y, aunque no se lo dice a Gaslark, cree que los goblins de Gaslark no pueden igualar con sus fuerzas a los brujos. Gaslark insiste, pero «ni con toda su insistencia, pudo Gaslark convencerle en lo más mínimo». Durante toda esta crisis, los actos de Juss manifiestan la circunspección y sabiduría que lo caracterizan como gran comandante en jefe. Pero Spitfire no es capaz de comprender lo que le parece una complacencia cobarde por parte de Juss, y salta renegando: «Con Goldry, se ha marchado de Demonlandia toda la hombría, y los que quedamos somos unos gallinas y dignos de burlas y de que nos escupan». Spitfire, cuya primera caracterización fue la frase «impetuoso en la guerra», actúa con la precipitación apasionada que suele impedirle ver la sabiduría. Mientras tanto, Brándoch Dahá, el señor demonio de fría elegancia, «caminaba de proa a popa por la cruzía, y se revolvía como hace la pantera enjaulada cuando se retrasa mucho la hora de su comida». Brándoch Dahá dice entonces a Gaslark que sufre una «perturbación cruel» y una «tempestad en su mente», y pide a Gaslark que luche con él: «La única cura de esto es el combate (...). Debo pelear, o esta pasión me matará del todo». Como reacción a la captura de Goldry Bluszco, cada uno de los personajes tiene sentimientos poderosos, pero son sentimientos diferentes y los expresan por medio de actos diferentes. Los hombres con cuernos actúan dentro de los ideales de conducta de su sociedad heroica, pero actúan de manera diferente.

La acción tiene más poder e importancia para distinguir caracteres que su uso narrativo por parte de los escritores. Para los héroes del relato, es una necesidad irrevocable. No cabe en ellos la holganza. No sólo deben actuar para ser héroes, sino para tener algo que puedan llamar suyo: para tener reputación. «Debo tener más grandes hechos...», dice el rey Gaslark. «Quisiera hacer algo que pasme y aturda al mundo (...) antes de que yo baje al silencio». Estos héroes están sometidos a la obligación de alcanzar éxitos. Como en la *Ilíada*, la gloria ganada es la cosa más deseada, y la deshonra ganada es la cosa más temida. La vergüenza de los fracasos engendra sentimientos suicidas de inutilidad. Spitfire, ardiendo de dolor y de ira después de que Corinius le venciese, exclama a Volle: «¿No se jactó de que es rey de Demonlandia? Y yo no le metí la espada por los ijares. ¿Y crees que viviré con deshonra? (...). Mejor muerto que huido de Corinius como un perrillo apaleado». Para Spitfire, es mejor la muerte al instante que una vida vergonzosa con el recuerdo

constante del fracaso en combate. Pero, con todo, como en la *Ilíada*, la derrota no resulta vergonzosa necesariamente. El héroe de Brujolandia Laxus, derrotado y capturado por los demonios, mira con orgullo a sus apresadores y les dice: «puede darnos dolor, pero no deshonra, ser vencidos tras una pelea tan igual y tan grandiosa». Pero hace falta «una pelea tan grandiosa» para que no se produzca la deshonra. «¡Oh, he perdido mi reputación!», exclama Michael Cassio con palabras de desesperación que comprenderían los hombres derrotados de Mercurio. «He perdido la parte inmortal de mí mismo, y lo que queda es bestial.»^[31]. Los actos victoriosos producen gloria, y en esa gloria se basa la reputación, que no sólo da sentido a la vida de un guerrero, sino que es su alma misma.

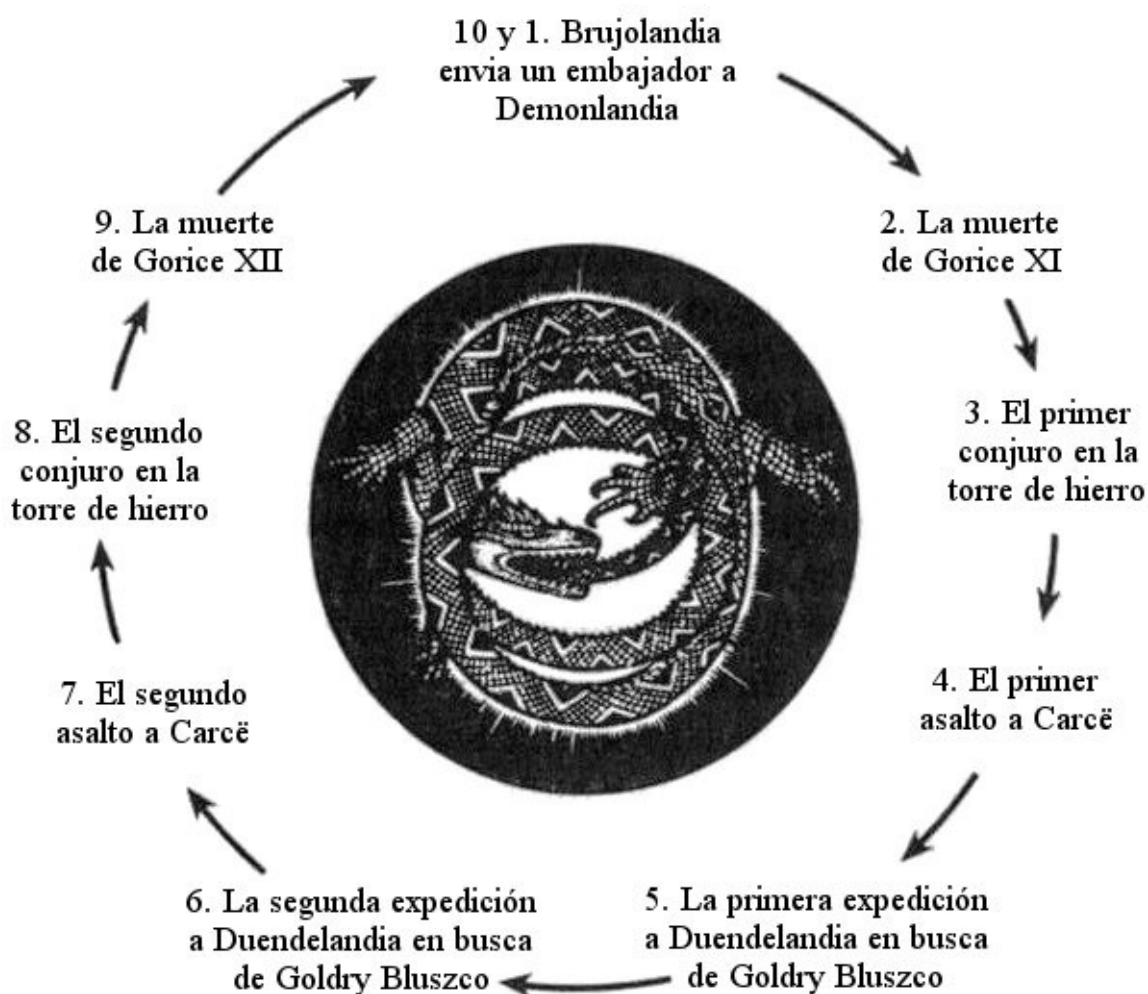
«El dragón que se come su propia cola»

Gloria en la victoria y deshonra en la derrota: son como la cara y la cruz de una moneda. Si los dioses toman esta moneda y la arrojan al aire, muy alta, irá girando presentando alternativamente una cara al sol y la otra a la sombra, pero acabará cayendo al suelo y quedándose quieta. Todas las guerras terminan con una batalla definitiva. Derrota definitiva y victoria definitiva, gloria definitiva y deshonra definitiva, y el fin de la reputación militar, todo ello se alcanza tras la batalla final. Cuando terminan los combates en las sagas y en los poemas homéricos, los hombres vuelven a sus hogares y reanudan sus ocupaciones domésticas o el desempeño de sus cargos en la vida civil. Esto no sucede en Mercurio. Allí, el final de la lucha supone el final de la identidad. Si terminase el guerrear, según Juss: «los que fuimos señores de todo el mundo debemos hacernos pastores y cazadores, no sea que nos volvamos simples gandules y pisaverdes». Lo que aman estos señores no es la victoria, es la pelea. Si la guerra resulta obsoleta, se perderán los esquemas de vida y la disciplina de toda empresa digna, se corromperán los cimientos de la civilización, y los mismos señores perderán su fama y su poder casi hasta el punto de hacerse despreciables. La guerra justifica y alimenta todas las cualidades deseables en la civilización de Mercurio.

Así, la guerra en Mercurio no puede cesar. Eddison evita el final de la guerra vivificadora y la triste descomposición de la civilización mercuriana por medio de una estructura argumental de impecable equilibrio, basada en el Uróboros. Eddison organiza simétricamente sus sucesos principales de manera que sucedan dos veces y que parezcan regresar al punto de partida.

El relato finaliza donde empieza y empieza donde finaliza. La estructura de Uróboros hace que el Mercurio de Eddison sea un mundo inacabable en que los ideales heroicos no decaen nunca. El señor Juss es quien mejor expresa esta visión de la utopía de un guerrero, cuando anhela una lucha interminable contra el rey Gorice:

«Déjame soñar un poco más —dice Juss— que mantenemos desde ahora, él y yo, los suyos y los míos, sin tiempo y sin muerte por siempre jamás, nuestra alta contienda, ya sea él o ya seamos nosotros los grandes señores de la tierra».



La última página de Eddison nos invita a volver a la primera y a empezar de nuevo el relato de las aventuras. Y así sucede con la lectura de todos los grandes libros: sólo tenemos que volver a tomar del estante nuestros libros favoritos: sus personajes y relatos, que habitan en el limbo oscuro de la tinta y el papel dentro de tapas cerradas, saltarán de nuevo a la vida en nuestra imaginación. Pero el Uróboros rodea algo más que la simple lectura. El dragón que se come su propia cola y siempre se renueva simboliza el esquema del amor a la belleza en nuestras mentes. Cuando experimentamos la belleza bajo cualquier forma, sólo tenemos que recordarla y volver a ella, y renacerá para que volvamos a amarla descubriendo en ella nuevas cosas dignas de ser amadas: otra mañana en el museo, otra velada en la sala de conciertos, otra tarde en el teatro, otra excursión al lago, otro paseo bajo los árboles favoritos, otra botella de ese vino preferido, otra mirada sonriente a esa cara que amamos por encima de todas.

PAUL EDMUND THOMAS

Minneapolis
Octubre de 1990

Dedico este libro
a W. G. E. y a mis amigos K. H. y G. C. L. M.

No es alegoría ni fábula, sino un relato que se debe leer por el gusto de leerlo.

He intentado simplificar la ortografía de los nombres propios. Carcë se pronuncia «Carcé», Krothering se acentúa en la primera sílaba. Gorice se pronuncia «Goráis»; Galing se pronuncia «Guéilin» y La Fireez se pronuncia «La Fairis». La ch de los nombres propios se pronuncia como la j española.

E. R. E.
9 de enero de 1922

LA SERPIENTE URÓBOROS



INDUCCION^[32]



había un hombre llamado Lessingham^[33] que vivía en una casa vieja y baja en Wasdale, en un viejo jardín gris donde florecían tejos que habían visto a los vikingos en Copeland cuando eran plantones. En los arriates florecían los lirios y las rosas, y en los cuadros ante el porche, begonias con capullos grandes como platos, rojas y blancas y rosadas y de color de limón. Rosas trepadoras, madreselvas, clematis y las flores del fuego escarlatas escalaban las paredes. Había bosques espesos a todos lados fuera del jardín, con un claro hacia el nordeste que daba al lago desolado y a los grandes fells que estaban tras él: el Gable, que dirigía al cielo su cabeza rodeada de despeñaderos desde detrás de la silueta límpida y recta de los Screes^[34].

Sombras largas y frescas se deslizaban a través de la pista de tenis. El aire era dorado. Las palomas murmuraban en los árboles; dos pinzones jugaban en el poste más próximo de los que sujetaban la red; un pequeño aguzanieves de agua corría por el sendero. Una puerta con cristaleras que daba al jardín estaba abierta, y mostraba oscuramente un comedor con las paredes revestidas de roble antiguo, su mesa Jacobo I brillante de flores y de plata y de cristal tallado y de platos de Wedgwood con montones de frutas: ciruelas claudias, melocotones y uvas moscatel verdes. Lessingham estaba recostado en una tumbona contemplando, a través del humo azul de un puro de después de la cena, la luz cálida que caía sobre las rosas Gloire de Dijon que se arracimaban alrededor de la ventana del comedor, más arriba. Tenía en su mano la de ella. Ésta era la Casa de ellos.

—¿Terminamos ese capítulo del Njal^[35]? —dijo ella.

Ella tomó el pesado volumen con su cubierta verde desvaída y leyó:

—«Salió por la noche del día del Señor, cuando quedaban todavía nueve semanas de invierno; oyó tan gran golpe, que creyó que temblaban el cielo y la tierra. Luego, miró al aire del oeste y le pareció que veía por allí un círculo de color ardiente, y dentro del círculo un hombre en un caballo gris. Pasó rápidamente junto a él y cabalgaba con prisa. Tenía en la mano una antorcha encendida, y cabalgó tan cerca de él que pudo verlo claramente. Era negro como la pez, y cantó esta canción con voz poderosa:

Aquí cabalgo un corcel veloz,
Sus ijares salpicados de escarcha,
Le gotea la lluvia de las crines,
Caballo poderoso para el daño;
Le relucen las llamas a cada lado,
Le brilla la hiel en el medio,

Así es con los planes de Flosi
Como vuela esta antorcha ardiente;
Y así es con los planes de Flosi
Como vuela esta antorcha ardiente.

»Luego le pareció que arrojaba la antorcha hacia el este, hacia las colinas que había ante él, y saltó a recibirla una llamarada tal que no pudo ver las colinas por la llamarada. Le pareció que el hombre cabalgaba al este entre las llamas y desaparecía allí.

»Después de aquello, se fue a la cama y perdió el sentido durante un largo tiempo, pero acabó por volver en sí. Llevaba en la cabeza todo lo que había sucedido, y se lo dijo a su padre, pero le pidió que se lo contara al hijo de Hjallti Skeggi. Y fue y se lo contó a Hjallti, pero él le dijo que había visto el “paseo del lobo”, y que éste siempre precede a grandes nuevas».

Guardaron silencio durante un rato; luego, Lessingham dijo de pronto:

—¿Te importa que durmamos esta noche en el ala este?

—¿Cómo, en el salón del loto?

—Sí.

—Estoy demasiado perezosa esta noche, querido —respondió ella.

—¿Te importa que vaya solo, entonces? Volveré para desayunar. Me gusta estar con mi señora; pero podemos volver cuando mengüe la próxima luna. Mi cariño no está asustada, ¿verdad?

—¡No! —dijo ella, riendo. Pero tenía los ojos un poco abiertos. Sus dedos jugaron con la cadena del reloj de él—. Preferiría —dijo al fin— que fueras más tarde y me llevaras contigo. Todo esto es tan raro todavía: la Casa, y todo esto; y lo quiero tanto... Y, al fin y al cabo, en el salón del loto, el camino es muy largo, y a veces pasan varios años, aunque todo se acaba a la mañana siguiente. Preferiría que fuéramos juntos. Si sucediera algo entonces, bueno, entonces la palmaríamos juntos y no importaría tanto, ¿verdad?

—¿La qué juntos? —dijo Lessingham—. Me temo que tu manera de hablar no es tan correcta como pudiera desearse.

—Bueno, ¡lo he aprendido de ti! —dijo ella, y ambos rieron.

Se quedaron allí sentados hasta que las sombras cruzaron el césped y subieron por los árboles, y las altas rocas de la estribación montañosa de más allá ardían de rojo con los rayos del atardecer. Él dijo:

—Si quieres pasear un poco subiendo la ladera de la colina, esta noche está visible mercurio. Podemos echarle una ojeada inmediatamente después de la puesta del sol.

Un poco más tarde, de pie en la ladera despejada y por debajo de los murciélagos halconeros^[36], buscaban con la vista el planeta pálido, que, por último, apareció bajo, hacia el oeste, entre la puesta del sol y la oscuridad.

—Es como si Mercurio me estuviese señalando con el dedo esta noche, Mary — dijo él—. Es inútil que intente dormir esta noche en otra parte que no sea el salón del loto.

El brazo de ella apretó el suyo con más fuerza.

—¿Mercurio? —dijo ella—. Es otro mundo. Está demasiado lejos.

Pero él se rió y dijo:

—Nada está demasiado lejos.

Volvieron cuando las sombras se hacían profundas. Mientras estaban de pie en la oscuridad del pórtico abierto que conducía de la colina despejada al jardín, sonaron en la casa las notas suaves y claras de una espineta. Ella levantó un dedo.

—Escucha —dijo—. Es tu hija, que toca *Les Barricades*.

Escucharon de pie.

—Le encanta tocar —dijo él—. Me alegro de que le enseñásemos a tocar.

Después volvió a susurrar:

—*Les Barricades Mystérieuses*^[37]. ¿Qué inspiraría a Couperin ese nombre encantado? Y sólo tú y yo sabemos lo que quiere decir de verdad. *Les Barricades Mystérieuses*.

Aquella noche, Lessingham yacía solo en el salón del loto. Sus ventanas se abrían al este, sobre los bosques dormidos y las laderas desnudas y dormidas de Illgill Head. Dormía de manera suave y profunda, pues aquélla era la Casa de Postmeridian^[38] y la Casa de la Paz.

A la hora profunda y muerta de la noche, cuando la luna menguante se asomaba sobre la estribación de la montaña, se despertó de pronto. Los rayos plateados brillaban a través de la ventana abierta sobre una forma posada en el pie de la cama: un pajarillo negro, de cabeza redonda, pico corto y alas largas y agudas, y con ojos como dos estrellas refulgentes. Habló, y dijo:

—El tiempo es.

Y Lessingham se levantó y se envolvió en una gran capa que estaba en una silla junto a la cama.

—Estoy preparado, mi pequeño martinete^[39] —pues ésta era la Casa del Deseo del corazón.

Los ojos del martinete llenaron con seguridad todo el salón de luz de estrellas. Era un salón antiguo, con lotos tallados en los paneles y en la cama, en las sillas y en las vigas del techo; y, bajo el brillo, las flores talladas ondulaban como nenúfares en un arroyo perezoso. Se acercó a la ventana, y el pequeño martinete se posó en su hombro. Un carro del color del cerco de la luna le esperaba junto a la ventana, suspendido en el aire y uncido a un extraño corcel. Parecía un caballo, pero tenía alas

como un águila, y sus patas delanteras tenían plumas y estaban armadas con espolones de águila en vez de cascos. Entró en la carroza, y el pequeño martinete se le posó en la rodilla.

El corcel salvaje saltó hacia el cielo con un aleteo. La noche que los rodeaba era como el tumulto de burbujas que rodean los oídos de un buzo que bucea en una poza profunda, bajo una roca lisa e inclinada en una cascada de montaña. El tiempo se disolvió en velocidad; el mundo daba vueltas; y sólo pasó un tiempo como el que transcurre entre dos suspiros profundos hasta que aquel corcel extraño extendió sus alas irisadas y descendió entre la noche sobre una gran isla que dormía en un mar dormido, con islas menores a su alrededor: un país de montañas rocosas, y pastizales en colinas y muchas aguas, todo reluciente a la luz de la luna.

Se posaron tras una puerta coronada de leones dorados. Lessingham bajó del carro, y el pequeño martinete negro voló en círculos alrededor de su cabeza indicándole una avenida de tejos que salía de la puerta. Lo siguió como en un sueño.

EL CASTILLO DEL SEÑOR JUSS

De las rarezas que había en el alto salón de audiencias,
bello y hermoso de contemplar,
y de las condiciones y cualidades de los señores de Demonlandia;
y de la embajada que les envió el rey Gorice XI,
y de la respuesta que a ella dieron.



Las estrellas de oriente palidecían ante la aurora cuando Lessingham siguió a su guía por el sendero de césped entre las hileras sombrías de tejos irlandeses, firmes como soldados misteriosos y a la espera en la oscuridad. La hierba estaba bañada en el rocío de la noche, y grandes lirios blancos que dormían a la sombra de los tejos cargaban de fragancia el aire del jardín. Lessingham no sentía el contacto del suelo bajo sus pies, y, cuando extendió la mano para tocar un árbol, su mano atravesó las ramas y las hojas como si fueran tan incorpóreas como un rayo de luna. El pequeño martinete, posándose en su hombro, se rió en su oído.

—Hijo de la tierra —dijo—, ¿crees que aquí estamos en el país de los sueños?

Él no respondió, y el martinete prosiguió:

—Esto no es un sueño. Tú, primero entre los hijos de los hombres, has venido a Mercurio, donde tú y yo viajaremos por aquí y por allá durante una temporada, para que te enseñe las tierras y los océanos, los bosques, las llanuras y las antiguas montañas, ciudades y palacios de este mundo, Mercurio, y los hechos de los que habitan en él. Pero aquí no puedes tocar nada, ni hacer que las gentes te perciban, aunque grites hasta quedarte ronco. Pues tú y yo caminamos por aquí impalpables e invisibles, como si fuéramos dos sueños ambulantes^[40].

Ya estaban en la escalinata de mármol que conducía desde la avenida de tejos hasta la plataforma que había frente a la gran puerta del castillo.

—A ti y a mí no nos hace falta que nos desatranquen las puertas —dijo el martinete; y pasaron bajo la oscuridad de aquel pórtico antiguo, grabado con símbolos extraños, y atravesaron limpiamente los enormes maderos de la puerta cerrada, con gruesos herrajes de plata, y llegaron al patio interior.

—Entremos en el alto salón de audiencias y pasemos allí un rato. La mañana está encendiendo lo más alto del aire, y pronto habrá movimiento de gente en el castillo, ya que en Demonlandia no se quedan largo tiempo en la cama cuando rompe el día. Pues has de saber, oh hijo de la Tierra, que esta tierra es Demonlandia, y que este castillo es el castillo del señor Juss, y que este día que nace es el de su cumpleaños; día en que los demonios celebran una gran fiesta en su honor y en el de sus hermanos,

Spitfire y Goldry Bluszco; y éstos gobiernan en Demonlandia como gobernaron sus padres antes de ellos, desde tiempos inmemoriales, y tienen el señorío sobre todos los demonios.

Eso dijo, y los primeros rayos bajos del sol atravesaron como jabalinas las ventanas orientales, y el frescor de la mañana sopló y brilló tembloroso en aquella alta cámara, postergando las sombras azules y tenebrosas a los rincones y resquicios y a las vigas del techo abovedado. Sin duda, ningún potentado de la Tierra, ni Creso^[41], ni el Gran Rey, ni Minos^[42] en su palacio real de Creta, ni todos los faraones, ni la reina Semíramis^[43], ni todos los reyes de Babilonia y de Nínive tuvieron jamás un salón del trono cuya gloria se pudiera comparar al alto salón de audiencias de los señores de Demonlandia^[44]. Sus paredes y su techo eran de mármol blanco como la nieve, y todas las venas del mismo estaban engastadas de piedras preciosas pequeñas: rubíes, corales, granates y topacios rosa. A cada lado, siete columnas sostenían la bóveda sombría del techo; la viga principal del techo y las laterales eran de oro, tallado con minuciosidad; el techo mismo era de madreperla. Detrás de cada hilera de columnas había una nave lateral, y siete pinturas en el lado occidental frente a siete amplias ventanas en el oriental. Al final del salón, sobre un estrado, había tres sitiales de honor; los brazos de cada uno estaban formados de dos hipogrifos^[45] trabajados en oro, con las alas abiertas, y las patas de los sitiales eran las patas de los hipogrifos; pero el cuerpo de cada sitial era una única joya de tamaño monstruoso: la del sitial de la izquierda era un ópalo negro, chispeante de fuego azul acerado; el siguiente era un ópalo de fuego, como un carbón ardiente; el tercer sitial era una alejandrita, púrpura como el vino por la noche, pero verde mar profundo de día. Había diez columnas más que formaban un semicírculo tras los sitiales de honor, que sostenían sobre ellos y sobre el estrado un palio de oro. Los bancos que corrían de un extremo a otro del alto salón eran de cedro, con incrustaciones de coral y marfil, y de lo mismo eran las mesas que estaban ante los bancos. El suelo del salón era de mosaico, y en cada cuadrado de turmalina estaba tallada la imagen de un pez: como el delfín, el congrio^[46], el siluro, el salmón, el atún, el calamar y otras maravillas de las profundidades. Había tapices colgados detrás de los sitiales, con figuras de flores: la serpentaria, la dragontea, la boca de dragón, y otras de esa manera; y el friso bajo las ventanas tenía relieves que representaban aves, fieras y reptiles.

Pero una gran maravilla de este salón, cosa prodigiosa de ver, era cómo el capitel de cada una de las veinticuatro columnas estaba formado de una sola piedra preciosa, tallada por mano de algún escritor de tiempos lejanos en la forma viviente de un monstruo: aquí había una arpía^[47] de boca chillona, tallada tan a maravilla en jade de color ocre, que admiraba no oírla chillar; allá, en topacio amarillo vinoso, un firdrago^[48] volador; allá, un basilisco^[49] formado de un único rubí; acullá un zafiro

de estrella, del color de la luz de la luna, tallado en forma de cíclope^[50], de modo que los rayos de la estrella temblaban en su único ojo; salamandras, sirenas, quimeras^[51], hombres salvajes de los bosques, leviatanes^[52], todos tallados en gemas sin defecto, tres veces mayores que el cuerpo de un hombre grande, zafiros negros como el terciopelo, crisólitos^[53], berilos^[54], amatistas^[55], y el circón amarillo, que es como oro transparente.

Para dar luz al salón de audiencias, había siete carbunclos^[56], grandes como calabazas, colgados en orden a lo largo del salón, y nueve hermosas piedras de la luna colocadas en orden sobre pedestales de plata entre las columnas del estrado. Estas joyas, que sorbían de día la luz del sol, la emitían durante las horas de la oscuridad en un resplandor de luz rosada y con un fulgor blanco como de rayos de luna. Y otra maravilla: la parte inferior del palio que cubría los sitios de honor estaba cuajada de lapislázuli^[57], y en esa fingida cúpula celeste ardían los doce signos del zodiaco, cada estrella un diamante que brillaba con su propia luz.

Empezaba a haber movimiento de gente en el castillo, y una veintena de servidores entraron en el salón de audiencias, con escobas y cepillos, zorros y paños, para barrerlo y adecentarlo, y para sacar brillo al oro y a las joyas del salón. Eran ágiles y sueltos, de tez fresca y de cabellos rubios. Tenían cuernos en la cabeza. Cuando cumplieron sus tareas, se retiraron; y el salón empezó a llenarse de invitados. Era un gozo ver aquel laberinto movedizo de terciopelos, pieles, labores de aguja curiosas y telas de tisú^[58], gasas^[59], encajes, gorgueras, cadenas y gargantillas^[60] de oro; aquel brillo de joyas y de armas; aquel bamboleo de las plumas que llevaban en el pelo los demonios, ocultando en parte los cuernos que crecían en sus cabezas. Algunos estaban sentados en los bancos o apoyados en las mesas pulidas, otros andaban de un lado a otro por el suelo reluciente. Había mujeres entre ellos, aquí y allá, mujeres tan hermosas que uno se habría dicho: «Sin duda ésta es Elena^[61] la de los blancos brazos; ésta, Atalanta de Arcadia^[62]; ésta, Friné^[63], la que sirvió de modelo a Praxíteles para la estatua de Afrodita; ésta, Tais, que hizo que el gran Alejandro quemase Persépolis para satisfacer su capricho; ésta, la que fue raptada por el Dios Oscuro de los campos floridos de Enna para que fuera para siempre reina entre los muertos que ya se fueron^[64]».

Hubo una conmoción junto a la puerta majestuosa, y Lessingham vio un demonio de complexión fornida y noble porte, ricamente vestido. Su cara era rojiza y algo pecosa; su frente, ancha sus ojos, tranquilos y azules como el mar. Su barba, espesa y rojiza, estaba partida en dos por el centro y peinada hacia arriba.

—Dime, mi pequeño martinete —dijo Lessingham—, ¿es éste el señor Juss?

—No es éste el señor Juss —respondió el martinete—, ni es tan digno de

veneración como él. El señor que ves es Volle, que habita bajo Kartadza, junto al mar salado. Es un gran capitán de la mar, que prestó servicios a la causa de Demonlandia, y a todo el mundo, en las últimas guerras contra los ghouls.

»Pero dirige tus ojos a la puerta, donde está de pie uno entre un corro de amigos, alto y algo cargado de hombros, con coselete de plata y capa de seda antigua con brocados, del color del oro viejo; se parece algo a Volle, pero es moreno y tiene bigotes negros y puntiagudos.

—Lo veo —dijo Lessingham—. Entonces ¿es el señor Juss!

—No es tal —dijo el martinete—. No es sino Vizz, hermano de Volle. Es el más rico en bienes de todos los demonios, aparte de los tres hermanos y del señor Bránoch Dahá.

—Y ¿quién es éste? —preguntó Lessingham, señalando a uno de pasos ligeros y rápidos y de mirada risueña, que en aquel momento se encontraba con Volle y lo apartaba para conversar a solas. Era hermoso de cara, aunque con la nariz algo larga y puntiaguda: era vivaz y duro, lleno de vida y de alegría de vivir.

—Contemplas aquí —respondió— al señor Zigg, afamado domador de caballos. Muy querido es entre los demonios, pues es de ánimo alegre, y hombre poderoso con sus manos cuando dirige a sus jinetes contra el enemigo.

Volle levantó la barba y rió con grandes risotadas alguna chanza que le había murmurado Zigg al oído, y Lessingham se inclinó hacia el salón para ver si por ventura podía oír lo que se decía. El murmullo de la charla ahogaba las palabras, pero Lessingham, inclinándose hacia delante, vio que se abría un momento el palio del estrado y entraba uno de porte principesco que dejó atrás los sitiales de honor y se adentró en el salón. Su andar era delicado, como el de una fiera ágil recién despertada de su sueño, y saludaba con cortesía perezosa a los muchos amigos que le recibían. Era un señor muy alto, y de complexión ligera, como la de una muchacha. Su túnica era de seda del color de la rosa silvestre, y bordada en oro con figuras de flores y de rayos. Brillaban las joyas en su mano izquierda y en los brazaletes dorados de sus brazos, y en la cinta que se enroscaba por los rizos dorados de su pelo, adornado con plumas del ave real del paraíso. Sus cuernos estaban teñidos de azafrán e incrustados de filigrana de oro. Sus borceguíes tenían encajes de oro, y de su tahalí colgaba una espada de hoja estrecha y afilada, con la vaina cuajada de berilos y de diamantes negros. Su apariencia y su complexión eran extrañamente ligeras y delicadas, pero daban la impresión de una fuerza interior dormida, como el pico delicado de una montaña nevada visto a los rayos bajos y rojos de la mañana. Su rostro era hermoso de contemplar, y de colores suaves como el de una muchacha, y su expresión era de dulce melancolía, con algo de desdén; pero en sus ojos se despertaban a veces brillos ardientes, y las líneas de decisión rápida le rondaban la boca bajo los bigotes rizados.

—Por fin —murmuró Lessingham—, por fin: ¡el señor Juss!

—Poca culpa tienes de tu error —dijo el martinete—, pues apenas se hallaría imagen tan señorial como la de éste para alegrarte los ojos. Pero éste no es Juss, sino el señor Bránoch Dahá, al que debe lealtad toda Demonlandia al oeste de Shalgreth y Stropardon: los ricos viñedos de Krothering, los anchos pastizales de Failze y todas las islas occidentales con la firmeza que les dan sus riscos. No creas, porque lleva seda y joyas como una reina, y se mueve con la ligereza y la elegancia de un abedul plateado en la montaña, no creas que su mano es blanda o que su valor es dudoso en la guerra. Fue tenido durante años por el tercer mejor hombre de armas de todo Mercurio, junto a éstos: Goldry Bluszco y Gorice X de Brujolandia. Y a Gorice lo mató hace nueve veranos en combate singular, cuando los brujos arrasaban Goblinlandia y Bránoch Dahá comandó a quinientos ochenta demonios para socorrer a Gaslark, rey de aquel país. Y ahora nadie puede superar al señor Bránoch Dahá en hazañas de armas, salvo quizá Goldry.

»Pero ¡mira! —dijo, mientras una música dulce y desenfrenada acariciaba los oídos, y los invitados se volvían hacia el estrado, y las colgaduras se abrían—. ¡Por fin, el señorío triple de Demonlandia! ¡Música, suena blandamente! ¡Parcas, sonreíd en este día de fiesta! Vuelve la mirada primero al que camina en medio, con majestad, con la túnica de terciopelo verde oliva adornada con figuras de significado oculto, en hilo de oro y cuentas de crisólito. Advierte cómo brillan de oro y ámbar los borceguíes que ciñen sus fuertes piernas. Advierte la capa oscura hilvanada en oro y forrada de seda de color rojo de sangre: es una capa encantada, hecha por las sílfides^[65] en tiempos olvidados, que da buena fortuna al que la lleva y hace que sea verdadero de corazón y no cobarde. Advierte al que la lleva, su tez dulce y oscura, el fuego violeta de sus ojos, el calor sombrío de su sonrisa, como los bosques de otoño a la luz del sol del atardecer. Éste es el señor Juss, señor de este castillo que recuerda las edades antiguas, más venerado que nadie en la ancha Demonlandia. Algo sabe de las artes mágicas, pero no usa de ellas, pues agotan la vida y las fuerzas, y no se tiene por digno que un demonio confíe en esas artes, sino en su propia fuerza y valor.

»Ahora, vuelve los ojos a ése que se apoya en el brazo izquierdo de Juss, más bajo que él pero quizá más grueso, vestido de seda negra que brilla de oro cuando se mueve, y coronado con plumas de águila negra entre sus cuernos y su pelo amarillo. Tiene el rostro salvaje y agudo como el de un águila marina, y, bajo sus cejas erizadas, sus ojos arrojan miradas penetrantes como una lanza reluciente. De su nariz abierta brota siempre una llama tenue, pálida como el fuego fatuo^[66]. Éste es el señor Spitfire, impetuoso en la guerra.

»Por último, contempla, a la derecha de Juss, a aquel señor cuya masa poderosa es como la de Hércules, pero que pisa ligero como una novilla. Los músculos y tendones de sus grandes miembros tiemblan al moverse bajo una piel más blanca que el marfil; su capa de tela de oro está cargada de joyas; su túnica de cendal^[67] tiene

labrados grandes corazones de rubíes en hilo rojo de seda. Un mandoble le cuelga de los hombros; su pomo es un enorme rubí de estrella tallado en figura de corazón, pues el corazón es su divisa y su señal. Ésta es la espada forjada por los elfos, con la que mató al monstruo marino, como puedes ver en la pintura de la pared. Es de rostro noble, muy parecido a su hermano Juss, pero el castaño de su pelo es más oscuro, y su tez es más roja y tiene los pómulos más marcados. Míralo bien, pues tus ojos nunca contemplarán un campeón más grande que el señor Goldry Bluszco, capitán de las huestes de Demonlandia.

Cuando concluyeron los saludos, y las notas de los laúdes y de las flautas suspiraron y se perdieron en la bóveda sombría del techo, los coperos llenaron de vino viejo grandes gemas talladas en forma de copas, y los demonios brindaron y bebieron largamente por el señor Juss en honor del día de su natalicio. Y después se prepararon para salir en parejas y en tríos a los parques y sitios de placer, algunos para divertirse en los hermosos jardines y estanques, otros para cazar entre las colinas cubiertas de bosques, otros para ejercitarse en el juego del tejo, o montando a caballo en el picadero, o en ejercicios marciales; para pasar todo el día como correspondía a una gran fiesta, con placeres y ejercicios y libres de cuidados, para luego festejar en el alto salón de audiencias hasta que la noche se hiciera vieja, entre comidas, bebidas y todo tipo de deleites.

Pero, cuando se disponían a salir, tocaron fuera una trompeta: tres tañidos estridentes.

—¿Qué aguafiestas es éste? —dijo Spitfire—. La trompeta sólo suena cuando llega un viajero extranjero. Siento en los huesos que viene a Galing algún bellaco, alguno que trae la mala fortuna en su bolsa y una sombra que oscurece el sol en este nuestro día de fiesta.

—No pronuncies palabras de mal agüero —respondió Juss—. Sea quien fuere, despacharemos su negocio de inmediato y seguiremos con nuestros placeres sin duda alguna. Que acuda alguien a la puerta y le haga pasar.

Un criado corrió y volvió, y dijo:

—Señor, es un embajador de Brujolandia con su séquito. Su barco atracó en la ría de Lookinghaven a la caída de la noche. Durmieron a bordo, y vuestros soldados los escoltaron hasta Galing al romper el alba. Solicita una audiencia ahora mismo.

—¿De Brujolandia, eh? —dijo Juss—. Estos humos suelen verse antes de los fuegos.

—¿Diremos al sujeto que espere hasta nuestra mejor conveniencia? —dijo Spitfire—. Es lástima que eche a perder nuestra alegría.

Goldry rió y dijo:

—¿A quién nos habrá enviado? ¿Creéis que a Laxus? ¿Para que nos pida las

paces otra vez tras ese vil papel que hizo contra nosotros ante Kartadza, faltando odiosamente a la palabra que nos había dado?

—Tú viste al embajador. ¿Quién es? —dijo Juss al criado.

—Señor —dijo él—, su cara me era extraña. Es pequeño de estatura y, con licencia de vuestra alteza, lo más distinto de un gran señor de Brujolandia que he visto en mi vida. Y, con vuestra licencia, a pesar del manto rico y suntuoso a maravilla que lleva, se parece mucho a una joya falsa en un rico estuche.

—Bueno —dijo Juss—, los tragos amargos no se endulzan dejándolos para más tarde. Llamadme al embajador.

El señor Juss se sentó en el sitio de honor que estaba en el centro del estrado, con Goldry a su derecha en el sitio de ópalo negro y con Spitfire a su izquierda entronizado en el de alejandrita. También se sentaron en el estrado los demás señores de Demonlandia, y los huéspedes de rango inferior se agolparon en los bancos y en las mesas pulidas cuando las anchas puertas se abrieron sobre sus bisagras de plata y el embajador, con pompa y ceremonia, recorrió el suelo reluciente de mármol y turmalina verde.

—¿Cómo, qué sujeto tan repugnante es éste? —dijo el señor Goldry al oído de su hermano—. Sus manos peludas le llegan a las rodillas. Se menea al andar como un asno con la traba entre las patas.

—No me gusta la cara sucia del embajador —dijo el señor Zigg—. Tiene la nariz chata en medio de la cara como una pella de arcilla, y por las ventanas de la nariz se le ve el interior de la cabeza hasta la distancia del camino de un día de verano. Que me pierda yo si su labio superior no dice de él que es un extremado surtidor de palabrería rancia. Si tuviera un dedo más de largo, podría metérselo en el cuello de la camisa para calentarse la barbilla en las noches de invierno.

—No me gusta el olor del embajador —dijo el señor Brándoch Dahá.

Y pidió pebeteros e hisopos de lavanda y de agua de rosas para purificar la cámara, y que abrieran las ventanas de cristal de roca para que pudieran entrar las brisas del cielo y purificarlo todo.

El embajador atravesó el suelo brillante y quedó de pie ante los señores de Demonlandia, que estaban sentados en los sitios de honor, entre los hipogrifos de oro. Llevaba un largo manto de escarlata forrado de armiño, con figuras de cangrejos, cochinillas y ciempiés labradas en hilo de oro. Iba tocado con una gorra de terciopelo negro con una pluma de pavo real sujeta con un broche de plata. Rodeado de su séquito y de sus asistentes, y apoyándose en su bastón de oro, pronunció con voz ronca su embajada:

—Juss, Goldry y Spitfire, y otros demonios: vengo ante vosotros como embajador de Gorice XI, muy glorioso rey de Brujolandia; señor y gran duque de Buteny y Estremerine; comandante de Shulam, Thramné, Mingos y Permio, y gran guardián de

las marcas de Esamocia; gran duque de Trace, alto rey de Beshtria y Nevria y príncipe de Ar, gran señor del país de Ojedia, de Maltraény y de Baltary y Toribia, y señor de muchas otras tierras, muy glorioso y muy grande, cuyo poder y gloria se extienden por todo el mundo, y cuyo nombre perdurará en todas las generaciones. Y os pido en primer lugar que respetéis la reverencia debida a mi misión sagrada de enviado del rey, que respetan todos los pueblos y todos los potentados, salvo los absolutamente bárbaros, a los embajadores y enviados.

—Habla y no temas —respondió Juss—. Tienes mi juramento. Y jamás se ha quebrantado, ni con brujo ni con ningún otro bárbaro.

El embajador extendió los labios formando con ellos una o, e hizo un gesto amenazador con la cabeza; después sonrió, descubriendo sus dientes afilados y mal puestos, y siguió:

—Esto dice el rey Gorice, grande y glorioso, y esto me encarga que os transmita a vosotros, sin añadir ni quitar palabra: «Recuerdo que ninguna ceremonia de homenaje o de lealtad han realizado ante mí los habitantes de mi provincia de Demonlandia...».

Hubo un movimiento entre los invitados como el susurro de las hojas secas en un patio enlosado cuando las mueve una brisa repentina. Y el señor Spitfire no fue capaz de contener su ira, sino que se puso de pie de un salto y empuñó la espada, como si pensara hacer daño al embajador.

—¿Provincia? —gritó—. ¿No somos los demonios un pueblo libre? ¿Y vamos a tolerar que Brujolandia envíe a este esclavo para que nos arroje insultos a la cara, y en nuestro propio castillo?

Se alzó un murmullo en la sala, y, aquí y allá, algunos se pusieron de pie. El embajador escondió la cabeza entre los hombros como una tortuga, enseñando los dientes y abriendo y cerrando los ojuelos. Pero el señor Brándoch Dahá, apoyando levemente la mano en el brazo de Spitfire, dijo:

—El embajador no ha concluido su mensaje, primo, y tú le has asustado. Ten paciencia y no echas a perder la comedia. No nos faltarán palabras para responder al rey Gorice; no, ni espadas tampoco, si las necesita. Pero no dirán de nosotros los de Demonlandia que bastó con un mensaje grosero para que olvidásemos nuestra antigua cortesía con los embajadores y los heraldos.

Así habló el señor Brándoch Dahá, como al descuido y medio burlándose, como el que responde perezosamente en una conversación; pero con claridad, de modo que lo oyeran todos. Y con ello cesaron los murmullos, y Spitfire dijo:

—Estoy tranquilo. Di con libertad tu embajada, y no pienses que te haremos responsable a ti de lo que digas, sino al que te envió.

—Cuya humilde voz soy —dijo el embajador, reuniendo algo de valor— y al que, dicho sea con la debida reverencia, no le falta voluntad ni poder para vengar las afrentas que se hacen a sus criados. Esto dice el rey: «Por lo tanto, os emplazo y os

mando a vosotros, Juss, Spitfire y Goldry Bluszco, a que os apresuréis a acudir a mí en mi fortaleza de Carcë en Brujolandia para besarme allí respetuosamente los pies, como muestra ante todo el mundo de que soy vuestro rey y señor, y señor legítimo de toda Demonlandia».

El señor Juss escuchaba al embajador con gravedad y sin expresión, recostado en su sitial con ambos brazos descansando sobre el cuello arqueado del hipogrifo. Goldry, sonriendo burlescamente, jugaba con la empuñadura de su gran espada. Spitfire estaba tenso y rojo de ira, y las chispas le saltaban de las ventanas de la nariz.

—¿Has dicho todo? —dijo Juss.

—Todo —respondió el embajador.

—Tendrás tu respuesta —dijo Juss—. Mientras tomamos consejo sobre ella, come y bebe —e hizo una seña al copero para que escanciara vino brillante al embajador.

Pero éste se disculpó diciendo que no tenía sed y que en su barco llevaba provisiones de comida y de vino que bastarían para sus necesidades y para las de su séquito.

Entonces dijo el señor Spitfire:

—No es maravilla que la ralea de Brujolandia tema la ponzoña en las copas. A los que suelen hacer tal villanía contra sus enemigos (testigo fue Recedor de Goblinlandia, al que Corsus mató^[68] con una bebida ponzoñosa) les tiemblan a ellos mismos las rodillas por miedo a que los destruyan con tales convites.

Y arrebató al copero la copa y la apuró hasta las heces, y la arrojó al suelo de mármol ante el embajador, de modo que se hizo pedazos. Y los señores de Demonlandia se levantaron y se retiraron tras las colgaduras floridas a una cámara aparte, para decidir su respuesta a la embajada que les enviaba el rey Gorice de Brujolandia. Cuando estuvieron reunidos en privado, habló Spitfire y dijo:

—¿Hemos de tolerar que el rey nos haga objeto de tales burlas y escarnios? ¿No podía haber enviado por lo menos a un hijo de Córund o de su embajador Corsus para que nos trajera su desafío, en lugar de a éste, el más bajo de sus domésticos, un enano tartajoso que sólo les sirve para reír y mofarse cuando están borrachos y casi sin sentido en sus certámenes de bebedores?

El señor Juss sonrió con cierto desdén.

—Con sabiduría y con previsión —dijo—, ha elegido Brujolandia el momento de actuar contra nosotros, sabiendo que treinta y tres de nuestros navíos bien contruidos se han hundido en el estrecho de Kartadza en la batalla contra los ghouls^[69], y que no nos quedan sino catorce. Ahora que se ha matado a los ghouls, a todos y cada uno, y que se han eliminado de este mundo, y así la gran maldición y peligro de todo este mundo se terminó sólo por la espada y por el gran valor de Demonlandia, ahora les parece buen momento para caer sobre nosotros a estos amigos, recientes y sólo en el

nombre. Pues ¿no tienen los brujos una armada poderosa de navíos, ya que toda su armada huyó de nuestro lado al principio de su lucha contra los ghouls, dejándonos a nosotros toda la carga? Y ahora han dado en esta nueva traición, para caer sobre nosotros traicioneramente y de improviso hallándonos en esta desventaja. Pues bien considera el rey que no podemos llevar ejército a Brujolandia ni hacer nada a su pesar, sino que debemos pasar largos meses construyendo naves. Y no dudéis que tiene una armada ya preparada en Tenemos, lista para navegar hacia aquí si recibe la respuesta que sabe que le enviaremos.

—Sentémonos en calma, entonces —dijo Goldry—, afilando nuestras espadas; y que envíe sus ejércitos al otro lado del mar salado. Ningún brujo tomará tierra en Demonlandia que no deje aquí su sangre y sus huesos para fertilizar nuestros campos y nuestras viñas.

—O mejor —dijo Spitfire—, tomemos preso a este bellaco, y hagámonos a la mar hoy mismo con los catorce barcos que nos quedan. Podemos sorprender al de Brujolandia en su fortaleza de Carcë, saquearla y entregarlo a los cuervos, antes de que advierta bien la rapidez de nuestra respuesta. Éste es mi consejo.

—No —dijo Juss—, no lo encontraremos dormido. No dudes que sus barcos están dispuestos y velando en los mares de Brujolandia, preparados contra cualquier ataque repentino. Sería una locura meter el cuello en el lazo y sería poco glorioso para Demonlandia esperar su venida. Éste es mi acuerdo, pues: retaré a Gorice a un desafío, y le ofreceré que deje al resultado del mismo la decisión de esta disputa.

—Buen acuerdo, si se pudiera hacer —dijo Goldry—. Aunque él jamás osará entrar en combate singular con armas contra ti ni contra ninguno de nosotros. Pero podrá hacerse. ¿No es Gorice un poderoso luchador sin armas, y no tiene en su palacio de Carcë las calaveras y los huesos de noventa y nueve grandes campeones que ha vencido y matado en ese ejercicio? Está hinchado sin medida por su vanagloria, y dicen las gentes que lamenta que no se haya encontrado a nadie desde hace mucho tiempo que se atreva a luchar con él, y sueña con vencer al centésimo. ¡Luchará un combate conmigo!

Y esto les pareció bien a todos ellos. Así, cuando lo hablaron algún tiempo y concluyeron lo que harían, los señores de Demonlandia, alegres de corazón, regresaron al alto salón de audiencias. Y allí habló el señor Juss y dijo:

—Demonios, habéis oído las palabras que nos ha enviado por boca de éste su embajador el rey de Brujolandia por el orgullo arrogante y la desvergüenza de su corazón. Oíd, pues, la respuesta quedará mi hermano, el señor Goldry Bluszco, y te encargamos a ti, oh embajador, que la transmitas fielmente, sin poner ni quitar palabra.

Y el señor Goldry habló y dijo:

—Nosotros, los señores de Demonlandia, te despreciamos absolutamente, rey

Gorice XI, como al mayor de los cobardes, pues huiste y nos abandonaste a nosotros, tus aliados jurados, en la batalla naval contra los ghouls. Nuestras espadas, que acabaron en tal batalla con aquella maldición y peligro tan grande para este mundo, no están embotadas ni rotas. Se envainarán en las tripas tuyas y de tus secuaces, a saber, Corsus, Córund y sus hijos y Corinius, y los otros malhechores que se refugian en la acuosa Brujolandia, antes de que el menor percibe que crece en los acantilados de Demonlandia te rinda pleitesía. Pero, para que puedas sentir un poco de nuestro poder, si quieres, yo, el señor Goldry Bluszco, te propongo esta oferta que tú y yo nos midamos en combate singular de lucha libre sin armas hasta tres caídas, en la corte del Foliot Rojo, que no se inclina hacia nuestro bando ni hacia el tuyo en esta disputa. Y nos vincularemos con juramentos poderosos a estas condiciones: que si yo te venzo, los demonios os dejarán en paz a vosotros los de Brujolandia, y vosotros a ellos, y los brujos renunciarán para siempre a sus pretensiones desvergonzadas sobre Demonlandia. Pero si tú, Gorice, te alzas vencedor, entonces llevarás la gloria de esa victoria, y con ella libertad plena para imponernos tus pretensiones por la espada.

Eso dijo el señor Goldry Bluszco, de pie con gran dignidad y esplendor bajo el palio estrellado y mirando con gesto terrible al embajador de Brujolandia, de manera que el embajador estaba aterrorizado y le temblaban las rodillas. Y Goldry llamó a su escriba y le hizo escribir en grandes caracteres el mensaje en un rollo de pergamino, y los señores de Demonlandia lo sellaron con sus sellos, y se lo entregó al embajador.

El embajador lo tomó y se apresuró a marcharse; pero, cuando hubo llegado al pórtico grandioso del salón de audiencias, y estaba cerca de la puerta y entre los suyos, y lejos de los señores de Demonlandia, cobró algo de valor, se volvió y dijo:

—Temerariamente y para tu segura perdición has retado al rey nuestro señor a que se mida contigo en la lucha, oh Goldry Bluszco: Pues, por poderoso que seas de fuerzas, él los ha derribado iguales y no lucha por divertirse, sino que acabará sin duda con tu vida, y guardará tus huesos con los huesos de los noventa y nueve campeones a los que ha derribado ya en aquel ejercicio.

Con eso, y viendo que Goldry y los otros señores le dirigían miradas terribles, y los invitados que estaban próximos a la puerta se ponían a abuchear y a llenar de improperios a los brujos, el embajador salió aprisa, y aprisa bajó los escalones relucientes y cruzó el patio, como el que huye por una calle en una noche oscura y ventosa, sin atreverse a volver la cabeza por miedo a ver alguna cosa que esté a punto de atraparlo. Corriendo así, tuvo que recogerse hasta las rodillas los pliegues de su manto de terciopelo ricamente bordado con cangrejos y seres que se arrastran; y salieron grandes gritos y carcajadas de entre la masa de gente del pueblo que estaba fuera cuando descubrió así, a sus miradas poco amistosas, su cola larga y sin nervio. Todos dieron en gritar lo mismo: «¡Su boca es fea, pero tiene linda cola! ¿No habéis visto su cola? ¡Hurra por Gorice, que nos ha enviado como embajador a un mono!».

Y, entre mofas y gritos destemplados, la multitud siguió amorosamente al embajador y a su séquito durante todo el camino, desde el castillo de Galing hasta los muelles. Por eso, le pareció una dulce llegada al hogar cuando subió a bordo de su barco bien construido y mandó que salieran a remo de Lookinghaven. Y, cuando hubieron pasado más allá de Lookinghavenness y estuvieron en alta mar, izaron velas y viajaron hacia Brujolandia sobre el mar profundo con un viento favorable.



Los señores Juss, Goldry Bluszco, Spitfire y Brándoch Dahá

LA LUCHA POR DEMONLANDIA

De los agüeros que preocuparon al señor Goro acerca del encuentro entre el rey de Brujolandia y el señor Goldry Bluszco; y de cómo se encontraron, y del resultado de su lucha.



ómo he podido quedarme dormido? —exclamó Lessingham—. ¿Dónde está el castillo de los demonios, y cómo hemos salido del gran salón de audiencias donde vieron al embajador?

Pues estaba de pie sobre unas lomas ondulantes que descendían hacia el mar, sin árboles hasta donde alcanzaba la vista por todas partes; y por tres partes relucía el mar, besado por el sol y embravecido por el viento salado y alegre que galopaba sobre las lomas, acarreando innumerables nubes a través de las alturas del aire sin límite.

—Mi hipogrifo viaja tan bien a través del tiempo como del espacio —le respondió el pequeño martinete negro—. Hemos dejado atrás días y semanas en lo que a ti te parece un abrir y cerrar de ojos, y estás en las islas de Foliot, tierra feliz bajo el gobierno suave de un príncipe pacífico, y hoy es el día señalado por el rey Gorice para luchar contra el señor Goldry Bluszco. Terrible será la lucha entre tales dos campeones, y dudoso su resultado. Y mi corazón teme por Goldry Bluszco, aunque es grande y fuerte e imbatido en la guerra; pues en todos los tiempos no se ha alzado un luchador como éste Gorice, que es fuerte, duro e incansable, hábil en todas las artes del ataque y de la defensa, además de ser astuto y cruel y mañoso como la serpiente.

Donde se hallaban ellos, la loma estaba interrumpida por un valle glaciar que bajaba al mar, y dominando el valle estaba el palacio del Foliot Rojo, bajo y tortuoso, con muchas torres y bastiones pequeños, construido de piedras arrancadas a la pared del valle, de modo que era difícil distinguir desde lejos lo que era palacio y lo que era piedra nativa. Detrás del palacio se extendía un prado, suave y llano alfombrado del césped tupido y rígido de las lomas. A cada lado del prado había tiendas de campaña; al norte, las tiendas de los de Brujolandia, y al sur las de los demonios. En la mitad del prado había un espacio de sesenta pasos de lado, marcado con mimbres, para que sirviera de terreno de lucha^[70].

Sólo los pájaros del aire y el viento del mar estaban fuera en aquel momento, salvo los que andaban armados ante las tiendas de los brujos: un grupo de seis, armados como para entrar en batalla, con lorigas^[71] de bronce reluciente, con grebas^[72] y escudos de bronce y yelmos que reflejaban el sol. Cinco de ellos eran

jóvenes hermosos y esbeltos, de los cuales el más, joven todavía no estaba barbado del todo; tenían las cejas cerradas y grandes mandíbulas; el sexto, grande como una res, les sacaba media cabeza. Los años habían salpicado de gris la barba que se extendía sobre su ancho pecho y llegaba a su cinturón, tachonado de clavos de hierro, pero había vigor de juventud en su mirada y en su voz, en los pasos de sus pies y en su puño que manejaba con tanta ligereza su gruesa lanza.

—Contempla, maravíllate y lamenta —dijo el martinete— que el ojo inocente del día esté obligado a contemplar a los hijos de la noche eterna, a Córund de Brujolandia y a sus hijos malditos.

Lessingham pensó: «Mi pequeño martinete es un político ardiente: diablos condenados y ángeles: para él no hay término medio. Pero yo no bailaré a la música que ellos tocan, sino que esperaré a que se desarrollen estas cosas^[73]».

Así andaban aquéllos, arriba y abajo como leones enjaulados, ante las tiendas de los brujos, basta que Córund se detuvo y, apoyándose en su lanza, dijo a uno de sus hijos:

—Ve y busca a Gro para que yo hable con él.

Y el hijo de Córund fue, y regresó al instante con el señor Gro^[74], que llegó con pasos furtivos pero era hermoso y agradable de ver. Su nariz era ganchuda como una hoz, y sus ojos eran grandes y hermosos como los ojos de un buey, e inescrutables como los de dicho animal. Su complexión era delgada y enjuta. Su tez era pálida, y pálidas eran sus manos delicadas, y su barba larga y negra estaba muy rizada^[75] y brillaba como el pelo de un perro perdiguero negro.

—¿Cómo le va al rey? —dijo Córund.

—Suspira por verse en ello; y, para pasar el tiempo, juega a los dados con Corinius, y la suerte está en contra del rey.

—¿Qué te parece eso? —preguntó Córund.

Y Gro dijo:

—La suerte de los dados no es la misma que la suerte en la guerra.

Córund gruñó tras su barba, y, poniendo su manaza en el hombro del señor Gro, le dijo:

—Habla conmigo a solas un poco.

Y, cuando estuvieron a solas:

—No escondas tu acuerdo a mí y a mis hijos —dijo Córund—. ¿No he sido como un hermano para ti estos cuatro años, y quieres guardar secretos con nosotros?

Pero Gro sonrió con una sonrisa triste y dijo:

—¿Por qué debemos dar con palabras de mal agüero otro golpe al árbol que vacila?

Córund suspiró.

—Los agüeros —dijo— caen sobre nosotros desde el momento en que el rey

aceptó el desafío, de manera malvada y totalmente opuesta a tus consejos y a los míos, y a los de todos los grandes del país. Sin duda, los dioses lo han marcado para la muerte, han ordenado su destrucción y nuestra humillación entre esos demonios.

—Los agüeros caen sobre nosotros, oh Gro —dijo el otro—. En primer lugar, el cuervo nocturno que rodeó el palacio de Carcë volando hacia la izquierda la noche en que el rey aceptó este desafío, y cuando estábamos todos borrachos de vino después de nuestro gran banquete y comida en sus salones. Después, el rey tropezó cuando subió a la popa del barco largo que nos trajo en este viaje a estas islas. Después, el copero bizzo que nos sirvió anoche. Y, todo el tiempo, el orgullo demoníaco y el espíritu fanfarrón del rey. Basta: está de muerte. Y los dados caen en su contra.

Gro habló y dijo:

—Oh Córund, no te ocultaré que mi corazón está tan pesado como el tuyo bajo la sombra de los males venideros. Pues, mientras yacía dormido entre las caricias de la noche, llegó a mi cama un sueño de la noche y me contempló con una mirada tan torva que me quedé espantado y temblando de miedo. Y me pareció que el sueño derribaba el tejado sobre mi cabeza, y el techo se abría y revelaba la oscuridad exterior, y en la oscuridad viajaba una estrella con cola, y la noche estaba llena de portentos ardientes. Y había sangre en el techo y grandes gotas de sangre en las paredes y en el dosel de mi cama. Y el sueño chillaba como el búho chillón, y gritaba: «¡Te arrancan de las manos a Brujolandia, oh rey!». Y me pareció que todo el mundo estaba iluminado con un brillo, y, dando una gran voz, me desperté del sueño.

—Eres sabio —dijo Córund—, y parece que el sueño es un sueño verdadero, que se te envía por la puerta de cuerno, y parece que augura cosas grandes y malas: para el rey y para Brujolandia.

—No lo reveles a los demás —dijo Gro—, pues nadie puede luchar contra el destino y alzarse con la victoria, y sólo serviría para encoger sus corazones. Pero es preciso que estemos preparados para los malos sucesos. Si sale algún mal de esta lucha sin armas (lo cual todavía pueden impedir los dioses), no dejéis ninguno de vosotros de tomar acuerdo conmigo antes de emprender cualquier empresa. «Desnuda está la espalda que no tiene hermano tras ella». Lo que hagamos, debemos hacerlo juntos.

—Tienes mi palabra firme de ello —dijo Córund.

Entonces empezó a salir una gran compañía del palacio y a tomar posiciones a ambos lados del terreno de lucha. El Foliot Rojo se sentaba en su carroza de ébano pulido, arrastrada por seis caballos negros con las crines y las colas al viento; delante suyo iban sus músicos, sus gaiteros y ministriles haciendo su oficio, y detrás suyo iban cincuenta soldados de a pie con picas, cargados de armaduras y de pesados escudos que los cubrían de la barbilla a la punta del pie. Sus armaduras estaban teñidas de rubia^[76] de tal modo que parecían bañados en sangre. El Foliot Rojo era de

aspecto amable, pero sin perder la dignidad de rey. Su piel era escarlata como la cabeza del picamaderos verde. Llevaba una diadema de plata y ropajes escarlatas bordeados de pieles negras.

Y, cuando se reunieron los foliots, uno de ellos salió con un cuerno por orden del Foliot Rojo y dio tres trompetazos. Entonces salieron de sus tiendas los señores de Demonlandia y sus hombres de armas, Juss, Goldry, Spitfire y Brándoch Dahá, todos armados para el combate salvo Goldry, que iba cubierto de un manto de tejido de oro con grandes corazones bordados sobre el mismo con hilo rojo de seda. Y salieron asimismo de sus tiendas los señores de Brujolandia, todos armados para el combate, y sus hombres de guerra, y poco amor había en las miradas que se cruzaron ellos y los demonios. En medio de ellos marchaba el rey, con los grandes miembros cubiertos con un manto, como Goldry, y el manto era de seda negra forrada de piel de oso negra y adornada con cangrejos hechos de diamantes. La corona de Brujolandia, en forma de cangrejo repugnante y tan engastada de joyas que no era posible distinguir el hierro de que estaba hecha, le ceñía la frente ceñuda. Su barba era negra e hirsuta, con forma de pala y cerrada; su pelo, muy recortado. Tenía el labio superior afeitado, dejando al descubierto su boca burlona, y de la oscuridad que había bajo sus cejas se asomaban unos ojos que mostraban una luz verde, como los de un lobo. Córund marchaba a su izquierda; su figura de gigante medía una pulgada menos que la del rey. Corinius^[77] iba a su derecha, llevando sobre su armadura reluciente una rica capa de tisú azul celeste. Corinius era alto y marcial, y joven, y agradable de ver, de andares contoneantes y de mirada insolente; tenía los labios gruesos y los rasgos algo cargados, y la luz brillaba luminosamente sobre sus mejillas afeitadas.

Y el Foliot Rojo volvió a hacer sonar el cuerno, y, puesto de pie en su carroza de ébano, leyó así las condiciones:

—Oh Gorice XI, muy glorioso rey de Brujolandia, y oh señor Goldry Bluszco, capitán de las huestes de Demonlandia, se ha acordado entre vosotros y se ha sellado con juramentos poderosos de los que yo, el Foliot Rojo, soy el fedatario, que lucharéis sin armas el uno con el otro hasta tres caídas, con las condiciones siguientes, a saber: que si el rey Gorice sale victorioso, será para él esa gloria, y con ella la libertad plena para imponer por la espada sus aspiraciones al señorío sobre Demonlandia, la de las muchas montañas; pero que si la victoria cae de la parte del señor Goldry Bluszco, entonces los demonios dejarán vivir en paz a los brujos, y éstos a aquéllos, y los brujos renunciarán para siempre a sus aspiraciones al señorío sobre los demonios. Y vos, oh rey, y vos, oh Goldry Bluszco, estáis también obligados por juramento a luchar limpiamente y a acatarme a mí, el Foliot Rojo, al que aceptáis y elegís como juez. Y yo juro juzgar con justicia entre vosotros. Y las leyes de vuestra lucha serán que ninguno estrangule al enemigo con las manos, ni le muerda, ni le arañe la carne, ni le saque los ojos, ni le golpee con los puños, ni haga

contra él otra cosa no justa, pero en todo lo demás podréis luchar libremente uno con otro. Y el que toque la tierra con cadera o con hombro será dada por caído.

—¿He dicho bien, oh rey —añadió el Foliot Rojo—, y juráis guardar estas condiciones?

—Lo juro —dijo el rey.

El Foliot Rojo preguntó igualmente:

—¿Juras guardar estas condiciones, oh señor Goldry Bluszco?

Y Goldry le respondió:

—Lo juro.

Sin más, el rey pasó a su parte del terreno de lucha y Goldry Bluszco a la suya, y se despojaron de sus ricos mantos y quedaron desnudos para la lucha. Y la gente se quedó muda de admiración por los músculos y tendones de los dos, dudando cuál sería de constitución más recia y cuál tendría mayores posibilidades de victoria. El rey era un poco más alto, y tenía los brazos más largos que Goldry. Pero el gran cuerpo de Goldry mostraba proporciones excelentes, cada parte unida con las demás como en el cuerpo de un dios, y si uno de los dos tenía el pecho más fuerte era él, y tenía el cuello más grueso que el rey.

El rey se burló de Goldry diciéndole:

—Perro rebelde, es justo que os recuerde ahora, a ti y a esos foliots y demonios que contemplan nuestra reunión, que soy tu rey y señor, no sólo en virtud de ésta mi corona de Brujolandia, que me quito así durante un rato, sino también por el dominio de mi cuerpo sobre el tuyo y con mi poder y mis fuerzas. No dudes que no te dejaré hasta haberte quitado la vida y enviado tu alma quejumbrosa sin cuerpo a lo desconocido. Y me llevaré a Carcë tu calavera y tus huesos como señal ante todo el mundo de que he sido el matador de un centésimo gran campeón en la lucha, y tú no serás el menor de los que he matado en este ejercicio. Luego, cuando haya comido y bebido y reído en mi palacio real de Carcë, navegaré con mis ejércitos sobre el mar profundo hasta Demonlandia, la de las muchas montañas. Y será el escabel donde descansen los pies, y los demás demonios serán mis esclavos, sí, y esclavos de mis esclavos.

Pero el señor Goldry Bluszco se rió alegremente y dijo al Foliot Rojo:

—¡Oh, Foliot Rojo! No he venido aquí a cruzar denuestos huecos con el rey de Brujolandia, sino a medir mis fuerzas con las tuyas, músculo contra músculo.

Y se pusieron en actitud de listos, y el Foliot Rojo hizo una señal con la mano, y los címbalos golpearon como señal del primer asalto. Al oír el golpe, los dos campeones avanzaron y se agarraron mutuamente con sus fuertes brazos, cada uno con el brazo derecho por debajo y el brazo izquierdo por encima del hombro del otro, hasta que la carne se hundió bajo el poder de sus brazos, que eran como ganchos de bronce.

Oscilaron un poco para acá y para allá, como grandes árboles que oscilan en la tormenta, con las piernas firmemente plantadas, de modo que parecía que brotaban del suelo como troncos de robles. Ni cedía terreno uno al otro, ni era capaz ninguno de los dos de hacer buena presa en su enemigo. Así oscilaron de un lado a otro durante mucho tiempo, respirando pesadamente. Y entonces Goldry, haciendo acopio de fuerzas, alzó un poco del suelo al rey, y quiso hacerlo girar sobre sí mismo y arrojarlo al suelo. Pero el rey, en el momento en que se sintió alzado, se inclinó hacia delante poderosamente y rodeó rápidamente con el talón la pierna de Goldry por fuera, golpeándole por detrás y un poco por encima del talón, de tal modo que Goldry hubo de aflojar su presa sobre el rey; y mucho se maravilló la gente de que fuera capaz en tal aprieto de evitar que el rey lo lanzara de espaldas. Volvieron a agarrarse hasta que les salieron moraduras en las espaldas y en los hombros por la dolorosa presa de sus brazos. Y el rey giró de pronto su cuerpo de lado, apartando de Goldry su costado izquierdo; y, asiendo con su pierna la pierna de Goldry por el interior, bajo el gran músculo de la pantorrilla, y estrechándolo más todavía, dio una sacudida poderosa contra él, intentando arrojar a Goldry hacia atrás y aplastarlo al caer al suelo ambos. Pero Goldry se inclinó hacia delante violentamente, estrechando más su presa sobre el rey, y empujó con tal fuerza que el rey tuvo que desistir de su propósito, y agarrados juntos cayeron ambos a tierra lado a lado con un gran golpe, y allí yacieron durante el tiempo que se tarda en contar hasta diez.

El Foliot Rojo determinó que quedaban igualados en aquel asalto, y cada uno de ellos volvió a sus compañeros para tomarse un respiro y descansar un rato.

Y, mientras descansaban, salió volando un murciélago de las tiendas de Brujolandia y voló hacia la izquierda alrededor del terreno de lucha, y después regresó en silencio a su punto de partida. El señor Gro lo vio y el corazón le pesó en el pecho. Habló a Córund y dijo:

—Es preciso que busque, aun en estos momentos tan tardíos, si hay alguna manera de apartar al rey de arriesgarse más, antes de que esté todo perdido.

—Haz como quieras, pero será en vano —dijo Córund.

Así que Gro llegó junto al rey y dijo:

—Señor, dejad esta lucha. Este demonio es mayor y más membrudo que ninguno de los que vencisteis antes, y, con todo, lo habéis vencido. Pues lo derribasteis, como vimos todos palpablemente, y el Foliot Rojo ha juzgado mal al declararos igualados porque al derribarle cayese también a tierra vuestra majestad. No tentéis al destino en otro asalto. Vuestra es la victoria en esta lucha; y ahora, nosotros, vuestros servidores, esperamos una señal vuestra para lanzarnos de improviso sobre esos demonios y matarlos, pues podemos vencerlos fácilmente al tomarlos por sorpresa. Y los foliots son gentes pacíficas y como corderos, y quedarán espantados cuando hayamos acabado con los demonios con el filo de la espada. Así podréis salir, oh rey, con gusto

y con honor grandes, y viajar después a Demonlandia y domeñarla.

El rey miró adustamente al señor Gro, y dijo:

—Tu consejo es inaceptable e inoportuno. ¿Qué hay detrás de él?

—Se han visto agüeros, oh rey —respondió Gro.

Y el rey preguntó:

—¿Qué agüeros?

Gro respondió y dijo:

—Durmiendo yo hacia la hora más oscura, vino a mi lecho un sueño de la noche y me contempló con una mirada tan torva que se me erizaron los pelos de la cabeza y me asió un terror pálido. Y vi que el sueño derribaba el techo sobre mi cabeza, y el techo bostezaba al aire desnudo de la medianoche, que paría portentos ardientes, y una estrella con cola viajaba por la oscuridad inhóspita. Y vi que el techo y las paredes eran una mancha de sangre. Y el sueño chillaba como el búho chillón, gritando: «¡Te arrancan de las manos a Brujolandia, oh rey!». Y entonces todo el mundo pareció iluminado por un resplandor, y con un grito me desperté del sueño sudando.

Pero el rey puso los ojos en blanco de ira contra el señor Gro, y dijo:

—Bien y fielmente me sirven estas zorras falsas e intrigantes. Mal le parece a tu carácter que yo concluya esta obra por mis propias manos, y, en la ceguera de tu locura desvergonzada, me vienes con cuentos inventados para meter miedo a los niños, suplicándome dulcemente que renuncie a mi gloria para que tú y tus compañeros medréis a los ojos del mundo por vuestros hechos de armas.

—Señor, no es así —respondió Gro.

Pero el rey no quiso escucharle, y dijo:

—Creo que es propio de los súbditos leales buscar su propia grandeza en la grandeza de su rey y no deseando brillar con luz propia. Y, en cuanto a este demonio, cuando dices que lo he vencido, dices una mentira burda y desvergonzada. En este asalto no he hecho sino medirme con él. Pero ahora sé con certeza que, cuando ponga en juego mi poderío, no será capaz de resistirme, y todos lo veréis en breve: como se quiebra un tallo de angélica^[78], así romperé y quebraré los miembros de este Goldry Bluszco. Y tú, amigo falso, zorra sutil, criado infiel, hace mucho tiempo que estoy cansado de verte deslizarte arriba y abajo por mi palacio, urdiendo cosas oscuras que yo no conozco: tú, que no eres nada de Brujolandia sino un forastero, un exiliado de los goblins, una serpiente que he criado en el seno para mi mal. Pero estas cosas se acabarán. Cuando haya destruido a este Goldry Bluszco, también tendré tiempo para destruirte a ti.

Y Gro bajó la cabeza con tristeza en el corazón ante la ira del rey, y no dijo nada.

Entonces sonó el cuerno para el segundo asalto, y pasaron al terreno de lucha. Al golpear los címbalos, el rey saltó sobre Goldry como salta la pantera, y con el

impulso lo llevó hacia atrás casi fuera del terreno de lucha. Pero, cuando casi habían caído entre los demonios que estaban contemplando el certamen, Goldry se inclinó a la izquierda e intentó levantar al rey de sus pies, como antes; pero el rey frustró su intento y cargó sobre él su gran peso, de manera que a Goldry se le podía quebrar el espinazo bajo la violencia mortal de los brazos del rey. Entonces mostró el señor Goldry Bluszco su gran poderío como luchador, pues, aún bajo el abrazo mortal del rey, con la fuerza de los músculos de su ancho pecho sacudió al rey, primero a la derecha y luego a la izquierda, y el rey aflojó la presa, y con toda su habilidad y dominio apenas se libró de una mala caída. Tampoco perdió el tiempo Goldry ni se paró a pensar cómo tantearía al rey, sino que, veloz como una centella, aflojó su presa y se volvió, y, con la espalda bajo el vientre del rey, dio un poderoso empujón hacia arriba, y los que lo vieron quedaron pasmados esperando ver al rey arrojado sobre la cabeza de Goldry. Pero, por mucho que lo intentó, Goldry no consiguió alzar al rey en vilo. Dos y tres veces lo intentó, y a cada intento parecía más lejos de su objetivo, y el rey mejoraba su presa. Y, al cuarto intento que hizo Goldry de alzar al rey sobre su espalda y arrojarlo de cabeza, el rey lo empujó hacia delante y le hizo tropezar desde atrás, de modo que Goldry quedó a gatas sobre las manos y las rodillas. Y el rey se agarró a él por detrás y le pasó los brazos alrededor del cuerpo bajo las axilas y luego por encima de los hombros, con intención de unir las dos manos tras el cuello de Goldry.

Entonces dijo Córund:

—Ya está perdido el demonio. Con esta presa, ha despachado el rey a más de sesenta campeones famosos. Sólo falta que cruce los dedos tras el cuello del demonio maldito para que le empuje hacia delante la cabeza hasta que se le rompan los huesos del cuello o el esternón.

—Mucho tarda para mi gusto —dijo Gro.

Al rey le salía el aliento en grandes resuellos y suspiros mientras se esforzaba por unir sus dedos tras el cuello de Goldry. Y, en aquella hora, el señor Goldry Bluszco sólo se salvó de la perdición total gracias al tamaño de su cuello y de su fuerte pecho. A gatas sobre las manos y las rodillas, no podía escapar de ningún modo de la presa del rey ni agarrarlo a su vez; con todo, por el tamaño del cuello y del pecho de Goldry, al rey le era imposible cerrar esa presa sobre él, por mucho que lo intentaba.

Cuando el rey advirtió que era así, y que no hacía sino derrochar fuerzas, dijo:

—Soltaré mi presa sobre ti y te dejaré ponerte de pie, y volveremos a medirnos cara a cara. Pues me parece indigno reñir por los suelos como los perros.

Así que se pusieron de pie y lucharon otro rato en silencio. Pronto volvió a ensayar el rey el golpe con que lo había intentado derribar en el primer asalto, girando de improviso su costado derecho hacia Goldry y asiendo con su pierna la pierna de Goldry y luego empujándolo con gran fuerza. Y cuando Goldry, como

antes, se echó adelante con gran violencia, apretando su presa, el rey se apoyó en él con vigor y, molesto por haber fracasado con una presa que jamás le había fallado antes, metió con ira cruel los dedos en la nariz de Goldry, rascando y arañando las partes interiores y delicadas de la nariz de tal manera que Goldry tuvo que retirar la cabeza. Entonces, el rey, apoyándose en él más pesadamente todavía, le hizo caer de espaldas y dar una mala caída, y cayó él mismo sobre él, aplastándolo y atontándolo sobre el suelo.

Y el Foliot Rojo proclamó al rey Gorice vencedor en aquel asalto. Con esto, el rey volvió a sus brujos, que aclamaban ruidosamente su dominio sobre Goldry. Dijo al señor Gro:

—Es como dije: primero lo tanteo, luego le hago daño, y en el último asalto lo destrozo y lo mato.

Y el rey miró aviesamente a Gro. Gro no respondió palabra, pues su alma sentía el oprobio de ver sangre en las uñas y en los dedos de la mano izquierda del rey, y juzgó que el rey debió de sentirse muy superado en este asalto, ya que había tenido que hacer aquel acto odioso para vencer sobre el poderío de su rival.

Pero el señor Goldry Bluszco, cuando volvió en sí y se alzó de aquella gran caída, habló al Foliot Rojo harto airadamente, diciendo:

—Este diablo me ha vencido con mañas, haciendo cosas vergonzosas, pues me ha arañado con los dedos dentro de la nariz.

Los hijos de Córund se alborotaron al oír las palabras de Goldry, y gritaron a grandes voces que era el mayor de los mentirosos y cobardes; y todos los de Brujolandia gritaron y maldijeron del mismo modo. Pero Goldry gritó con voz como una trompeta de bronce, que se oía con claridad sobre el clamor de los brujos:

—Oh Foliot Rojo, juzga ahora con equidad entre el rey Gorice y yo, tal como lo has jurado. Que muestre las uñas y que las saque limpias de sangre. Este asalto no es válido, y pido que volvamos a lucharlo.

Y los señores de Demonlandia gritaron asimismo que aquel asalto debía volverse a luchar.

El Foliot Rojo había visto algo de lo que había pasado, y había tenido la intención de declarar nulo el asalto. Pero había renunciado a hacerlo por miedo al rey Gorice, que le había mirado con ojos de basilisco, amenazándole. Y entonces, mientras el Foliot Rojo estaba desazonado dudando, entre los gritos airados de los brujos y los de los demonios, si era más seguro seguir el dictamen de su honor o doblegarse ante el rey Gorice, el rey dijo una palabra a Corinius, que se dirigió inmediatamente al Foliot Rojo y, puesto a su lado, le habló al oído en privado. Y Corinius amenazó al Foliot Rojo y le dijo:

—Cuida no vaya a torcerse tu criterio por las amenazas de los demonios. Has otorgado con justicia la victoria en este asalto al rey nuestro señor, y eso de que le ha

metido los dedos en la nariz no es más que un pretexto y una imaginación vil de este Goldry Bluszco, que, derribado en buena lid ante tus ojos y ante todos nosotros, y viéndose a sí mismo incapaz de resistir al rey, ahora cree que puede salvarse de él con sus patrañas, y cree que puede evitar la derrota con fullas y sutilezas. Si, en contra del testimonio de tus propios ojos y de los nuestros y de la palabra empeñada del rey, osas rendirte a la persuasión engañosa de estos demonios, piensa que el rey ha domeñado a noventa y nueve grandes campeones en este ejercicio, y que éste será el centésimo; y piensa también que Brujolandia está a muchos menos días de navegación de tus islas que Demonlandia. Te resultará difícil librarte de la espada vengadora de Brujolandia si le ofendes, y si te inclinas injustamente hacia sus enemigos quebrantando tu juramento como juez de este desafío.

Así habló Corinius, y el Foliot Rojo se amedrentó. Aunque creía en su corazón que el rey había hecho aquello de lo que le acusaba Goldry, por miedo al rey y a Corinius, que estaba junto a él y le amenazaba, no osó exponer su pensamiento, sino que con gran confusión dio la orden de que sonara el cuerno para el tercer asalto.

Y sucedió que, al sonar el cuerno, el murciélago volvió a salir de entre las tiendas de los brujos, rodeó el terreno de lucha volando hacia la izquierda y volvió a desaparecer en silencio por donde había venido.

Cuando el señor Goldry Bluszco comprendió que el Foliot Rojo no iba a hacer caso de su acusación se puso rojo como la sangre. Era temible verlo inflamado de ira, y sus ojos ardían como estrellas nefastas a medianoche, y tocado de ira, rechinó los dientes hasta que le salió espuma de los labios y le cayó por la barbilla. Los címbalos golpearon para el comienzo del asalto. Entonces, Goldry se lanzó sobre el rey como hombre privado de juicio, gritando mientras corría, y lo agarró del brazo derecho con ambas manos, una en la muñeca y la otra cerca del hombro. Y sucedió que, antes de que el rey pudiera moverse, Goldry giró sobre sí mismo dando la espalda al rey, y, con sus grandes fuerzas y con la fuerza de la ira que tenía, alzó al rey sobre su cabeza^[79], y lo arrojó en tierra con la cabeza por delante como quien arroja una lanza pesada. Y el rey dio en el suelo con su cabeza, y los huesos de su cabeza y su espinazo se aplastaron y se destrozaron, y le manó sangre de los oídos y de la nariz. Con la fuerza de aquel lanzamiento, la ira de Goldry lo abandonó y lo dejó sin fuerzas^[80], de tal modo que vacilaba al salir del terreno de lucha. Sus hermanos Juss y Spitfire lo sujetaban a ambos lados, y le cubrieron los miembros poderosos con su manto de tejido de oro bordado con corazones rojos.

Mientras tanto, cundía el desaliento entre los brujos, que habían visto a su rey tomado de improviso y arrojado al suelo, donde yacía en un montón informe, quebrantado como el tallo de una cicuta que se rompe y se quiebra. El Foliot Rojo, muy agitado, bajó de su carroza de ébano y se apresuró a llegar donde había caído el rey; y los señores de Brujolandia también llegaron allí con los corazones

compungidos, y Córund alzó al rey con sus brazos fornidos. Pero el rey estaba muerto y exangüe. Los hijos de Córund hicieron unas andas con sus lanzas y colocaron al rey en ellas, y extendieron sobre él su manto real de seda negra forrada de piel de oso, y le pusieron en la cabeza la corona de Brujolandia, y, sin decir palabra, lo llevaron a las tiendas de los brujos. Y los demás señores de Brujolandia los siguieron sin decir palabra.

EL FOLIOT ROJO

Del agasajo que se ofreció a los brujos en el palacio del Foliot Rojo,
y de los ardidés y sutilezas del señor Gro,
y de cómo los brujos salieron, aquella noche de las islas de Foliot.



El Foliot Rojo volvió a su palacio y se sentó en su trono. Y mandó decir a los señores de Brujolandia y de Demonlandia que fueran a verle. Y no se retrasaron, sino que acudieron inmediatamente y se sentaron en los largos bancos: los brujos en la mitad oriental del salón, y los demonios en la occidental, y sus hombres de armas se pusieron de pie en orden a cada lado tras de ellos. Así se sentaron en el salón sombrío, y el sol que se ponía por el océano al occidente entraba por los altos ventanales del salón y relucía sobre las armaduras y armas bruñidas de los brujos. El Foliot Rojo habló ante ellos y dijo:

—Un gran campeón ha sido derribado en este día en combate justo e igual. Y, según los juramentos solemnes por los que estáis obligados, y de los cuales yo soy el depositario, aquí se acaban todos los conflictos entre Brujolandia y Demonlandia, y vosotros los de Brujolandia debéis renunciar para siempre a vuestras aspiraciones al señorío sobre los demonios. Y, para sellar y fijar este concierto solemne entre vosotros, no veo acuerdo mejor que os unáis conmigo aquí en este día en buena paz y compañía, para olvidar vuestras disputas bebiendo las animalias^[81] del rey Gorice XI, pues no ha reinado ninguno más poderoso ni más digno de veneración que él en todo este mundo, y luego podréis ir en paz a vuestras tierras natales.

Así habló el Foliot Rojo, y los señores de Brujolandia asintieron.

Pero el señor Juss respondió y dijo:

—Oh Foliot Rojo, has hablado bien en cuanto a los juramentos pronunciados entre el rey de Brujolandia y nosotros; y no nos apartaremos un punto del contenido de nuestros juramentos, y los brujos pueden vivir en paz con nosotros para siempre si renuncian a urdir males contra nosotros, lo que iría muy en contra de su carácter y costumbres. Pues Brujolandia siempre fue de la naturaleza de la pulga, que ataca al hombre en la oscuridad. Pero no comeremos ni beberemos con los señores de Brujolandia, que nos abandonaron y nos desampararon en la batalla naval contra los ghouls. Tampoco beberemos las animalias del rey Gorice XI, que usó de mañas vergonzosas e ilícitas contra mi deudo en este día cuando lucharon los dos.

Eso dijo el señor Juss, y Córund susurró al oído de Gro y le dijo:

—Si no fuera por el acatamiento debido a esa compañía respetable, ahora sería el momento de caer sobre ellos.

Pero Gro dijo:

—Te ruego que tengas paciencia. Eso sería demasiado peligroso, pues Brujolandia tiene la suerte de cara. Será mejor que los sorprendamos esta noche en sus camas.

Mucho intentó el Foliot Rojo disuadir a los demonios, pero no lo consiguió; ellos le agradecieron cortésmente su hospitalidad, y dijeron que la aceptarían aquella noche en sus tiendas, pues tenían intención de embarcarse por la mañana en su navío de afilada proa y navegar sobre el mar vinoso hasta Demonlandia.

Entonces se puso de pie el señor Juss, y con él el señor Goldry Bluszco, vestido de todas sus armas de guerra, su yelmo de oro con cuernos y su loriga de oro engastado de corazones de rubíes, y desenvainó su mandoble que habían forjado los elfos, con el que había matado a la bestia del mar en días pasados; y el señor Spitfire, que miraba a los señores de Brujolandia como mira con hambre a su presa un halcón, y el señor Brándoch Dahá, que los miraba, sobre todo a Corinius, con mirada de desprecio burlón, jugando perezosamente con el puño enjorado de su espada, hasta que Corinius se sintió incómodo bajo su mirada y se revolvió en su asiento, devolviéndole un gesto de desafío. Por ricas que eran las galas de Corinius, y por bueno que era su porte y su rostro, no parecía ni más ni menos que un patán junto al señor Brándoch Dahá, y los dos se odiaban mortalmente. Y los señores de Demonlandia salieron del salón con sus guerreros.

El Foliot Rojo envió gente tras ellos e hizo que les sirvieran en sus propias tiendas vino abundante y carnes buenas y delicadas, y les envió músicos y un ministril para que los alegrasen con canciones y relatos de tiempos antiguos, para que no les faltase ningún entretenimiento. Pero para sus otros huéspedes hizo sacar sus pesadas copas de plata y las grandes jarras de vino con asa doble que contenían dos firkins^[82] cada una, e hizo que sirvieran a los brujos y a los foliots, y bebieron la copa del recuerdo por el rey Gorice XI, muerto aquel día por mano de Goldry Bluszco. Después, cuando sus copas volvieron a rebosar de vino espumoso, el Foliot Rojo habló ante ellos y dijo:

—Oh, señores de Brujolandia, ¿queréis que pronuncie una endecha en honor del rey Gorice, que se ha llevado en este día la segadora oscura?

Y cuando asintieron, hizo venir a su lado a su tañedor de tiorba^[83] y a su tañedor de albogue^[84], y les mandó: «Tocadme una música solemne». Y ellos tocaron suavemente en el modo eólico^[85] una música que era como el gemido del viento a través de las ramas desnudas en una noche sin luna, y el Foliot Rojo se inclinó en su trono y recitó esta lamentación:

Yo que estaba en salud y alegría,

Estoy ahora enfermo con grande dolor
Y débil y doliente:

Timor mortis conturbat me^[86].

Nuestros placeres aquí son gloria vana.
Este mundo falso no es sino pasajero.
La carne es débil, el enemigo es astuto:
Timor mortis conturbat me.

El estado del hombre cambia y varía.
Ahora sano, ahora enfermo, ahora alegre, ahora triste,
Ahora baila feliz, ahora va a morir:
Timor mortis conturbat me.

Ningún Estado de este mundo está seguro;
Como la luz de la vela que tiembla al viento,
Así son de frágiles las vanidades del mundo:
Timor mortis conturbat me.

A la muerte van todos los Estados,
Príncipes, prelados y potestades,
Tanto ricos como pobres de todos los grados:
Timor mortis conturbat me.

Ella lleva los caballeros a la batalla
Armados con yelmo y rodela;
Vence en todos los torneos:
Timor mortis conturbat me.

Ese tirano fuerte y sin piedad
Se lleva al niño que mama en el pecho,
Al infante lleno de bondad:
Timor mortis conturbat me.

Se lleva al campeón en el combate,
Al capitán encerrado en el castillo,
A la dama llena de belleza:
Timor mortis conturbat me.

No perdona a señor por su poder,
Ni a clérigo por su saber;
De su golpe temible nadie puede huir:
Timor mortis conturbat me.

Sabios mágicos y astrólogos,
Retóricos, lógicos, teólogos:
No les sirven sus sabidurías:
Timor mortis conturbat me.

En la medicina los más prácticos,
Sangradores, cirujanos y médicos,
No se salvan a sí mismos de la muerte:
Timor mortis conturbat me^[87].

Cuando el Foliot Rojo había llegado hasta aquí en su endecha, fue interrumpido

por una fea pendencia entre Corinius y uno de los hijos de Córund. Pues a Corinius no se le daba una higa por la música ni por las endechas, pero le gustaba mucho jugar a los naipes y a los dados, y había sacado su cubilete para jugar con el hijo de Córund. Jugaron un rato con gran contento para Corinius, pues ganaba en cada tirada e iba aligerando la bolsa del otro. Pero, al llegar a la undécima estrofa, el hijo de Córund exclamó que los dados de Corinius estaban cargados. Y golpeó a Corinius con el cubilete en su mejilla afeitada, llamándolo tramposo y bellaco sarnoso, ante lo cual Corinius sacó un puñal para clavárselo en el cuello, pero algunos se interpusieron entre ellos, y, cuando se vio que los dados no estaban cargados, el hijo de Córund se prestó a disculparse ante Corinius, y volvieron a ser amigos.

Entonces volvió a escanciarse el vino una vez más a los señores de Brujolandia, y el Foliot Rojo bebió largamente en honor de aquel país y de sus gobernantes. Y dio una orden, diciendo:

—Que venga mi kagu y baile ante nosotros, y después mis otros bailarines. Pues no hay placer que más agrade a los foliots que este placer de la danza, y nos resulta grato contemplar las danzas deliciosas, ya sea el esplendor majestuoso de la pavana^[88], que marcha como las nubes grandes en la puesta del sol que van pasando con esplendor, o la graciosa alemanda^[89]; o el fandango^[90], que pasa por grados de la belleza lánguida a la rapidez y la pasión de los bailes de las bacanales^[91] en las altas praderas bajo una luna de verano colgada en los pinos; o el alegre laberinto de la gallarda^[92]; o la giga^[93], tan querida por los foliots. Así, no perdáis tiempo y haced que venga mi kagu para que baile ante nosotros.

Entonces se apresuró la kagu a entrar en el salón sombrío, moviéndose suavemente y balanceándose algo al andar, y tenía el gesto algo nervioso al clavar aquí y allá sus ojos grandes y hermosos, apacibles y tímidos, que eran como oro líquido calentado hasta ponerlo al rojo vivo. Se parecía algo a una garza, pero era más gruesa y de patas más cortas, y tenía el pico más corto y más grueso que la garza: y su plumaje gris pálido era tan largo y delicado, que era difícil determinar si tenía pelo o plumas. Y los instrumentos de viento y los laúdes y los dulcimeres tocaron un coranto^[94], y la kagu recorrió el salón entre las largas mesas, saltando un poco e inclinándose un poco al andar, y siguiendo muy bien el ritmo de la música; y, cuando llegó cerca del estrado donde estaba sentado el Foliot Rojo, embelesado por su baile, la kagu alargó el paso y se deslizó hacia delante suave y lentamente, hacia el Foliot Rojo; y, deslizándose así, se irguió de manera majestuosa y abrió el pico y echó atrás la cabeza hasta que tuvo el pico apoyado en el pecho, extendiendo las plumas hasta que parecían una falda ancha con miriñaque, y la cresta que tenía en la cabeza se irguió hasta que su altura era de la mitad más; y se dirigió majestuosamente hacia el Foliot Rojo. De este modo se ponía la kagu a cada vuelta que daba en el baile del coranto, de un lado a otro del salón de los foliots. Y todos se reían suavemente al

verla, regocijados con su baile. Cuando acabó el baile, el Foliot Rojo llamó a la kagu y la hizo sentarse en el banco junto a él, y le acarició las suaves plumas grises y la celebró mucho. Y ella se sentó con vergüenza junto al Foliot Rojo, dirigiendo con asombro sus ojos de rubí hacia los brujos y su compañía.

Después, el Foliot Rojo mandó llamar a sus osos-gatos, que se pusieron ante él; eran de color rojo de zorra, pero tenían los vientres negros, las caras redondas y peludas, y los ojos inocentes de color ámbar, y zarpas grandes y suaves, y las colas con anillos rojizos y de color crema, y les dijo:

—Oh osos-gatos, danzad ante nosotros, pues gozamos con gran placer con vuestras danzas.

—Señor, ¿queréis que ejecutemos la giga? —preguntaron ellos.

—La giga, por mi vida —respondió él.

Y los instrumentos de cuerda atacaron un movimiento rápido, y las panderetas y los triángulos se sumaron a su ritmo y las patas de los osos-gatos se movían rápidamente en la alegre danza. La música ondulaba y corría, y los danzantes bailaron hasta que todo el salón daba vueltas al ritmo de su danza, y los brujos daban voces de aprobación. La música cesó de pronto, y los danzantes se quedaron quietos y, puestos en fila y cogidos de las zarpas peludas, dirigieron una reverencia tímida a la reunión, y el Foliot Rojo los llamó a su lado y los besó en la boca y los envió a sus asientos para que pudieran descansar y contemplar las danzas siguientes.

Después, el Foliot Rojo hizo llamar a sus pavos reales blancos, del color de la luz de la luna, para que dirigiesen la pavana ante los señores de Brujolandia. Abrieron sus ruedas gloriosamente para aquella danza majestuosa, y era hermosa y agradable de ver su gracia y la grandeza de su porte al moverse con la música casta y noble. Se unieron a ellos los faisanes dorados, que abrieron ampliamente sus collares de oro, y los faisanes plateados, y los faisanes-pavos reales, y las avestruces, y las avutardas^[95], pisando pomposamente, apuntando con la punta de las patas e inclinándose y retirándose a su debido tiempo a los compases solemnes de la pavana. Todos los instrumentos participaban en la pavana majestuosa: los laúdes y los dulcimeres, y las tiorbas, y los sacabuches^[96], y los albugues; las flautas, que gorjeaban dulcemente como pájaros en las regiones superiores del aire, y las trompetas de plata, y las trompas, que respiraban melodías profundas temblando de misterio y de la ternura que mueve el corazón; y el tambor que llama a la batalla, y el palpar salvaje del arpa, y los platillos que rechinan como el choque de los ejércitos. Y un ruiseñor que estaba posado junto al Foliot Rojo cantó la pavana en tonos apasionados que disolvían el alma con su belleza dulce y melancólica.

El señor Gro se cubrió la cara con el manto, y lloró al oír y al contemplar la divina pavana; pues le volvía a recordar, como un fantasma que reaparece, días pasados y felices, casi olvidados, en Goblinlandia, antes de que conspirase contra el

rey Gaslark y fuera expulsado de su querida tierra natal y fuera un exiliado en la acuosa Brujolandia.

Después, el Foliot Rojo mandó que se tocara la gallarda. La melodía salió alegremente de los instrumentos de cuerda, y dos marmotas, gordas como el sebo, entraron en el salón dando vueltas. La música giraba con mayor desenfreno, y las marmotas hacían cabriolas cada vez más altas, hasta que llegaron a saltar desde el suelo hasta las vigas del techo abovedado, y otra vez al suelo, y de nuevo hasta las vigas del techo en la alegre danza. Y los foliots se sumaron a la gallarda, haciendo giros y cabriolas con el loco deleite de la danza. Y entraron dando vueltas en el salón seis caprípedos, dando pasos ligeros mientras la música sonaba más deprisa todavía, y un monópodo que saltaba de aquí a allá, de un lado a otro, como salta la pulga, hasta que los brujos se quedaron roncacos de gritar y jalearle. Pero las marmotas no dejaban de saltar más alto y con más desenfreno que ningún otro, y sus patitas seguían la música galopante con tal rapidez que nadie era capaz de seguir las con la vista.

Pero poco alegró al señor Gro la alegre danza. La triste melancolía se sentó a su lado como compañera, oscureciendo sus pensamientos y haciéndose tan odiosa la alegría como es la luz del sol a los búhos de la noche. Así que le agradó advertir que el Foliot Rojo se levantaba en silencio de su trono en el estrado y salía del salón por una puerta que había tras el estrado; y, al ver esto, él también salió silenciosamente entre la corriente de la gallarda; salió de aquel salón de movimientos veloces y de risas alegres, salió al atardecer silencioso, donde el viento se había quedado dormido sobre las lomas llanas en los vastos espacios silenciosos del cielo, y el oeste era un emparrado de luz naranja que se apagaba volviéndose púrpura y azul insondable en la parte alta del cielo, y no se oía nada salvo el murmullo del cielo que no duerme, y nada se veía salvo una bandada de aves silvestres que volaban sobre la puesta del sol. En esta soledad, Gro caminó hacia el oeste sobre el valle glacial, hasta que llegó al final de la tierra y se quedó de pie sobre el borde de un acantilado calizo que caía al mar, y advirtió a su lado al Foliot Rojo, solo en aquel alto acantilado occidental, mirando absorto los colores que morían al oeste.

Cuando habían pasado un rato juntos sin hablar, dirigiendo la mirada sobre el mar, Gro habló y dijo:

—Considera cómo, así como el día muere ahora por aquellas regiones de occidente, así ha salido la gloria de Brujolandia.

Pero el Foliot Rojo no le respondió, pues estaba absorto en sus pensamientos.

Y Gro dijo:

—Aunque Demonlandia está allí donde has visto ponerse el sol, es hacia oriente, hacia Brujolandia, donde debes buscar el esplendor de la mañana. Tan seguro como que verás salir por allí el sol mañana es que verás brillar en poco tiempo la gloria y el

honor y el poderío de Brujolandia, y, bajo su espada destructora, sus enemigos serán como la hierba bajo la guadaña.

—Estoy enamorado de la paz y del soplo suave de la brisa de la tarde —dijo el Foliot Rojo—. Déjame; o, si quieres quedarte, no rompas el encanto.

—Oh Foliot Rojo —dijo Gro—, ¿en verdad estás enamorado de la paz? Entonces, el resurgir de Brujolandia debería ser música dulce en tu pensamiento, pues nosotros los de Brujolandia amamos la paz, y no somos suscitadores de disputas, sino que sólo lo son los demonios. La guerra contra los ghouls, que hizo temblar los cuatro puntos de la tierra, fue promovida por Demonlandia...

—Hablas directamente en contra de tus intenciones —dijo el Foliot Rojo—, ya que pronuncias una gran alabanza de ellos. Pues ¿quién ha visto gente igual a esos ghouls, comedores de hombres, por la corrupción de sus costumbres, su degeneración inhumana y su diluvio de iniquidades? Que cada cinco años, desde tiempos inmemoriales, habían tenido su gran año climatérico, y aún el año pasado salieron con ferocidad jamás imaginada. Pero, si ahora navegan, será en la laguna oscura, sin afligir mares ni ríos terrenales. Alaba a Demonlandia por lo tanto, pues los exterminaron para siempre.

—No lo discuto —respondió el señor Gro—. Pero el fuego ardiente se puede apagar con agua sucia igual que con limpia. Muy contra nuestra voluntad, nos unimos nosotros los de Brujolandia a los demonios en aquella guerra, previendo (como se ha probado ahora con sangre) que el resultado sería la hinchazón de los demonios, que no desean otra cosa que ser señores y tiranos de todo el mundo.

—Tú fuiste en tu juventud criado del rey Gaslark —dijo el Foliot Rojo—, goblin de nacimiento y de crianza, hermano suyo de leche, criado al mismo pecho. ¿Por qué debo hacerte caso a ti, a un traidor probado contra un rey tan bueno? Cuya perfidia reprobaba abiertamente la gente común (como advertí bien en fecha tan próxima como el otoño pasado, cuando visité la ciudad de Zajë Zaculo en ocasión de sus fiestas por los desposorios de la prima hermana del rey, la princesa Armelina, con el señor Goldry Bluszco), y portaban por las calles retratos tuyos repulsivos, y cantaban así de ti:

Es gran pena:
Tan discreto
Y descontento;
Y, sin razón,
A la traición
Está dispuesto.

Pero sus prendas
Eran mañas
Y no gracias.
Y su valor,
Bellaquería

vil y baja^[97].

Gro dio alguna muestra de dolor en el gesto y dijo:

—Son unos versos tan artísticos como sentidos, y dan buena muestra de la condición de los que los pergeñaron. No creo que un príncipe tan noble como tú despliegue las velas al viento de los odios y envidias partidistas de la plebe. Pues ese epíteto vil de traidor lo rechazo y lo escupo. Pero es verdad que, sin dar fe al dios de los bobos y de las mujeres, que es la buena opinión, me guío por mi propia estrella fija^[98]. Pero no he venido aquí a arengarte sobre una materia tan poco importante como soy yo mismo. Una cosa te querría decir con insistencia seria y triste: no te engañes creyendo que los demonios dejarán en paz el mundo: eso está muy lejos de su intención. No quisieron escuchar tus palabras dulces ni sentarse a comer a nuestro lado: tan empeñados estaban en imaginar males contra nosotros. ¿Qué dijo Juss? «Brujolandia era como una pulga»: sí, como una pulga que quiere aplastar entre sus uñas. Oh, si estás enamorado de la paz, hay abierto un camino corto a los deseos de tu corazón.

Nada dijo el Foliot Rojo, que seguía contemplando los reflejos apagados de la puesta del sol, que todavía perduraban bajo un cielo que se oscurecía y en el que nacían estrellas. Gro dijo suavemente, como un gato que ronronea:

—Donde fracasan los ungüentos suavizadores, la cirugía afilada es el remedio más rápido. ¿Lo dejarás en mis manos?

Pero el Foliot Rojo le miró con enfado diciendo:

—¿Qué tengo yo que ver con vuestras enemistades? Habéis jurado guardar la paz, y no toleraré violencias ni quebrantamientos de juramentos por vuestra parte en mi reino tranquilo.

—Los juramentos son del corazón —dijo Gro—, y el que los rompe en los hechos, muchas veces, como ahora, no los rompe de verdad, pues sus contrarios ya los despreciaron y allanaron.

Pero el Foliot Rojo dijo otra vez:

—¿Qué tengo que ver yo con vuestras enemistades, que os hacen morderos de las orejas como perros de pelea? Todavía no sé cómo nadie que tenga el corazón justo y las manos limpias y que no tenga odios está obligado a intervenir en las riñas y matanzas de gentes como vosotros y los demonios.

El señor Gro lo miró de cerca y dijo:

—¿Crees que sigue abierto para ti el camino estrecho del que no apoya a ningún bando? Si eso querías, deberías haberlo pensado antes de pronunciar tu juicio sobre el segundo asalto. Pues fue tan claro como el día para nosotros y para tu propia gente, y sobre todo para los demonios, que el rey usó de fullerías en el segundo asalto, y, cuando lo proclamaste vencedor, te anunciaste a ti mismo en altavoz como amigo suyo y enemigo de Demonlandia. ¿No advertiste, cuando salieron del salón, con qué

ojo de serpiente te miraba el señor Juss? No sólo se negó a comer con nosotros, sino también contigo, para no padecer escrúpulos supersticiosos cuando proceda a destruirte. Pues están decididos a llevarlo a cabo. No hay cosa más segura.

El Foliot Rojo hundió la barbilla en el pecho y quedó callado durante un rato. Los tonos de muerte y silencio se extendieron por donde acababan de arder los fuegos de la puesta del sol, y grandes estrellas se abrieron como flores en los campos sin límite del cielo de la noche: Arturo, Spica, Gémini, Sirio y Capella con sus cabritillas.

—Brujolandia está a mis puertas —dijo el Foliot Rojo—. Y Demonlandia: ¿cómo estoy con Demonlandia?

—También el sol de mañana sale de Brujolandia —dijo Gro.

Pasaron un rato sin hablar. Después, el señor Gro sacó del seno un rollo y dijo:

—La cosecha de este mundo es para los decididos, y al que es débil de propósitos^[99] lo muelen entre la piedra superior y la inferior del molino. Tú no puedes volverte atrás: se burlarían de ti y te despreciarían, y nosotros los brujos haríamos lo mismo. Y bien, sólo por estos medios puede conseguirse la paz duradera, a saber: poniendo a Gorice de Brujolandia en el trono de Demonlandia y humillando completamente a esa ralea bajo el pie de los brujos.

—¿No está muerto Gorice —dijo el Foliot Rojo—, y no hemos bebido sus animalias, muerto por manos de un demonio? Y ¿no es el segundo sucesivamente en su línea que ha muerto así, a manos de un demonio?

—En este momento se sienta un duodécimo Gorice como rey en Carcë —dijo Gro—. Oh, Foliot Rojo, has de saber que soy lector de los planetas de la noche y de los poderes ocultos que tejen la tela del destino. Por los cuales, sé que este rey duodécimo de la casa de Gorice en Carcë será un hechicero muy astuto, lleno de astucias y ardidés, que, por el poder de su necromancia^[100] y de la espada de Brujolandia, excederá a todos los poderes terrenales. Y su ira contra sus enemigos es tan ineludible como la centella del cielo.

Diciendo esto, Gro se agachó y tomó de la hierba una luciérnaga, diciéndole amablemente: «Querida, déjanos un momento tu lámpara», y le echó el aliento, y la acercó al pergamino y dijo:

—Firma ahora con tu real nombre estos artículos, que no te obligan para nada a ir a la guerra, sino sólo (si estalla una guerra) a ser de nuestra parcialidad y a estar en contra de esos demonios que aspiran en secreto a quitarte la vida.

Pero el Foliot Rojo preguntó:

—¿Cómo sé que no me mientes?

Entonces, Gro sacó de su bolsa un escrito y enseñó sobre el mismo un sello como el del señor Juss, y en él estaba escrito: «A Volle. Amor y confianza, y, cuando te hagas a la mar hacia Brujolandia, no olvides enviar III o IV navíos a las islas de Foliot para que los despachen y quemén al Foliot Rojo en su casa. Pues, si no arrancamos

las vidas a estos gusanos, nos quedará el oprobio para siempre». Y Gro dijo:

—Mi criado se lo robó mientras hablaban contigo en tu salón esta noche.

Y el Foliot Rojo lo creyó, y tomó de su cinturón su tintero y su pluma, y firmó con su real nombre los artículos del tratado que se le proponía.

Entonces, el señor Gro se guardó el pergamino en el seno y dijo:

—Cirugía rápida. Es preciso que los sorprendamos esta noche en sus camas; así, la aurora de mañana traerá gloria y triunfo a Brujolandia, que ahora está eclipsada, y traerá a todo el mundo paz y suave contento.

Pero el Foliot Rojo le respondió:

—Mi señor Gro, he firmado esos artículos, y por ellos estoy obligado a ser enemigo de Demonlandia. Pero no traicionaré a mis huéspedes, que han comido de mi sal, por enemigos míos jurados que sean. Has de saber que he puesto guardianes en vuestras tiendas esta noche, y en las de los de Demonlandia, para que no sucedan actos violentos entre vosotros. Esto he hecho, esto guardaré, y ambos saldréis mañana en paz, tal como vinisteis. Como soy vuestro amigo y partidario jurado, mis foliots y yo estaremos de tu parte cuando haya guerra entre Brujolandia y Demonlandia. Pero no toleraré muertes nocturnas ni homicidios en mis islas.

Con estas palabras del Foliot Rojo, el señor Gro se sintió como el que se dirige a su descanso por un sendero de flores y, en los últimos pasos, se le abre de pronto un abismo en mitad del sendero y se queda en el borde, boquiabierto y frustrado. Pero era tan sutil, que no dio señal alguna de ello, sino que respondió inmediatamente:

—Bien y sabiamente has mandado, oh Foliot Rojo, pues con razón se dijo:

Que las almas dignas nunca retrocedan con desconfianza
por miedo a la muerte o a la vergüenza por lo que es justo,

y lo que sembramos en la oscuridad debe abrirse a plena luz del día, no sea que se encuentre marchito cuando debía madurar. Y yo tampoco te hubiera pedido otra cosa si no fuera por el miedo que tengo a estos demonios, y lo único que quería era adelantarme a sus planes. Entonces, haz por nosotros una sola cosa. Si navegamos hacia nuestra tierra y ellos salen tras nosotros, nos caerán encima con desventaja, pues su barco es el más veloz. O si se hacen a la mar antes que nosotros, nos esperarán en alta mar. Por lo tanto, permítenos navegar esta noche, y a ellos retenlos aquí con algún pretexto durante sólo tres días, para que podamos llegar a nuestra tierra antes de que ellos hayan partido siquiera de las islas de Foliot.

—No te negaré esto —respondió el Foliot Rojo—, pues no hay en ello nada que no sea justo y honesto, y lícito para mi honor. Acudiré a vuestras tiendas a medianoche y os acompañaré hasta vuestro navío.

Cuando Gro llegó a las tiendas de los brujos, las encontró guardadas como había dicho el Foliot Rojo, y las tiendas de los de Demonlandia del mismo modo. Así que entró en la tienda real, donde estaba expuesto el cuerpo del rey sobre unas andas hechas de astas de lanzas, vestido con sus vestiduras reales sobre su armadura, que estaba pintada de negro y damasquinada en oro, y llevaba en la cabeza la corona de Brujolandia. Ardían dos cirios a la cabeza del rey Gorice y otros dos a sus pies; y el viento de la noche, que entraba por los resquicios de la tienda, hacía oscilar y vacilar sus llamas, de manera que las sombras bailaban sin cesar sobre la pared y el techo y el suelo. En los bancos que rodeaban las paredes, estaban sentados los señores de Brujolandia con gestos afligidos, pues ya se les habían pasado los efectos del vino. Dirigieron miradas siniestras al señor Gro cuando entró, y Corinius se irguió en su asiento y dijo:

—Aquí está el goblin, padre y promotor de nuestras desventuras. Vamos, matémoslo.

Gro se quedó de pie entre ellos con la cabeza erguida y sostuvo la mirada de Corinius, diciendo:

—Nosotros los de Brujolandia no nos hemos vuelto locos, mi señor Corinius, para darles ese gusto a los demonios y ponernos a mordernos el cuello entre nosotros mismos como lobos. Creo que, a pesar de que Brujolandia no es sino mi tierra adoptiva, no soy el que menos ha hecho de entre vosotros para apartar de ella la destrucción completa en el trance en que nos hallamos. Si tenéis algo contra mí, dejad que lo oiga y que responda a ello.

—¡Oíid a este necio! —dijo Corinius, riendo con voz amarga—. ¿Crees que somos niños de teta y gallinas, y no está claro como el día que impediste que cayésemos sobre los demonios cuando podíamos haberlo hecho, aduciendo no sé qué consejos estúpidos a favor de hacerlo por la noche? Y ahora es de noche y estamos presos estrechamente en nuestras tiendas, y sin ocasión de atacarlos sin llevar en las orejas un avispero de foliots que avise de nuestro intento a los demonios y a toda alma viviente de esta isla. Y todo ha sucedido desde que te escabulliste para intrigar con el Foliot Rojo. Pero te ha alcanzado tu propia malicia, y ahora te mataremos para acabar contigo y con tus intrigas.

Al decir esto, Corinius se levantó de un salto y sacó la espada, y con él los otros brujos. Pero el señor Gro no pestañeó siquiera; tan sólo dijo:

—Escuchad primero mi respuesta. Tenemos toda la noche por delante, y matarme es tarea de un momento.

Entonces se interpuso la gran mole del señor Córund entre Gro y Corinius, y dijo aquél con fuerte voz:

—Quienquiera que le apunte con un arma tendrá que vérselas conmigo primero,

aunque sea uno de mis hijos. Le escucharemos. Si no rebate la acusación, lo haremos pedazos.

Se sentaron entre murmullos. Y Gro habló y dijo:

—Contemplad primero este pergamino, que contiene los artículos de un tratado y alianza solemne, y contemplad dónde lo ha firmado de su mano el Foliot Rojo. Verdad es que se trata de un país sin fuerza de armas, y que podríamos pisotearlo sin sentir siquiera que los restos se nos pegan a las botas, y que de poco nos puede servir su débil socorro en el día de la batalla. Pero en estas islas hay un buen camino y un buen puerto para los navíos; si lo ocuparan nuestros enemigos, su escuadra quedaría muy bien situada para hacernos todo el mal imaginable. ¿Es, entonces, este tratado un beneficio pequeño tal como estamos ahora? Sabed, además, que, cuando os aconsejé que sorprendiésemos a los demonios en sus camas en lugar de caer sobre ellos en el salón de los foliots, lo hice advertido de que el Foliot Rojo había mandado a sus soldados volverse contra nosotros o contra los demonios, contra el primero que sacara la espada para el otro. Y, cuando salí del salón, sí era para intrigar con el Foliot Rojo, como ha adivinado con tanta penetración Corinius; pero ya os he enseñado el fruto de mis maquinaciones, que es este tratado de alianza. Y, en verdad, si fuera cierto que yo hubiera maquinado contra Brujolandia con el Foliot Rojo, tal como me acusa vilmente Córund, no hubiera sido yo tan simple de regresar a la boca de mi destrucción, cuando podía haberme quedado con seguridad en su palacio.

Y cuando Gro advirtió que la ira de los brujos contra él se aplacaba por su defensa, en la que mezclaba astutamente palabras verdaderas y falsas, volvió a hablarles diciendo:

—Poco he ganado con todos los trabajos y pensamientos que he dedicado a Brujolandia. Y a Brujolandia le irían mejor las cosas si se hiciera más caso de mis consejos. Córund sabe cómo, con peligro por mi parte, aconsejé al rey que no luchara más después del primer asalto, y, si hubiera seguido mi consejo en lugar de sospechar de mí y de amenazarme con la muerte, ahora no tendríamos que llevarlo muerto a las catacumbas reales de Carcë.

—Dices verdad —dijo Córund.

—Sólo en una cosa he fracasado —dijo Gro—, y se puede arreglar en poco tiempo. El Foliot Rojo es de nuestra parcialidad, pero no pude convencerlo de que nos dejase atacar a los demonios con engaños, ni nos permitirá que los acometamos en estas islas. Tiene en la mente ciertos escrúpulos necios que le cuelgan como telarañas, y es testarudo en cuanto a esto. Pero pude convencerlo de que los hiciera quedarse aquí por espacio de tres días, mientras nosotros nos hacemos a la mar esta misma noche, diciéndole que tememos a los demonios, cosa que creyó con gran inocencia, y que queremos huir a nuestra tierra antes de que ellos puedan salir a sus anchas para tomarnos en desventaja en alta mar. Y bien que llegaremos a casa,

incluso antes de que ellos suelten amarras, pero no por miedo a ellos, sino para que podamos urdir un golpe mortal contra ellos antes siquiera de que alcancen su tierra de Demonlandia.

—¿Qué golpe, goblin? —preguntó Corinius.

Y Gro respondió y dijo:

—Un golpe que urdiré con el señor Gorice XII nuestro señor, que ahora nos espera en Carcë. Y no se lo contaré a un beodo y a un tahúr que acaba de sacar la espada contra uno que quiere de verdad a Brujolandia.

Al oír esto, Corinius saltó con ira grande para atravesar a Gro con su espada. Pero Córund y sus hijos se lo impidieron.

Las estrellas giraron hasta señalar la medianoche a su debido tiempo, y el Foliot Rojo llegó secretamente con sus guardias a las tiendas de los brujos. Los señores de Brujolandia tomaron sus armas, y los hombres de armas portaron sus equipajes, y el rey iba en el centro en sus andas de astas de lanza. Así se dirigieron tanteando el camino en la noche sin luna, alrededor del palacio y bajando el sendero tortuoso que llevaba al lecho del valle glaciario, y luego bajaron hacia el oeste por la torrentera hacia el mar. Allí les pareció seguro encender una antorcha para ver el camino. Las laderas del valle aparecían tristes y desoladas a la luz de la llama sacudida por el viento; y la llama se reflejaba en las joyas de la corona real de Brujolandia, y en los borceguíes metálicos de los pies del rey, que se veían asomar nítidamente por debajo de su manto de piel de oso, con las puntas de los pies apuntando hacia arriba; y en las armaduras y armas de los que lo llevaban y andaban junto a él, y en la superficie negra y fría del pequeño río que corría eternamente hacia el mar sobre su lecho de cantos rodados. El camino era accidentado y pedregoso, y marchaban despacio por miedo a tropezar y dejar caer al rey.

CONJUROS EN LA TORRE DE HIERRO

De la fortaleza de Carcë, y de las prácticas
a que se entregaba el rey Gorice XII a medianoche en la antigua cámara,
preparando daño y perdición para los señores de Oemonlandia.



uando los brujos subieron a bordo de su navío y estibaron todo y los remeros se colocaron por orden en los bancos, se despidieron del Foliot Rojo y remaron hasta el mar profundo, y allí izaron velas y colocaron el timón y navegaron hacia el este a lo largo de la costa. Las estrellas giraron sobre sus cabezas, y el oriente palideció, y el sol salió del mar por la banda de babor. Navegaron así dos días y dos noches, y al tercer día hubo tierra a proa, y la mañana salió apagada por la bruma y las nubes, y el sol era como una bola de fuego rojo sobre Brujolandia, al este. Pasaron cierto tiempo ante Tenemos esperando la marea, y en la pleamar cruzaron la barra y subieron el Druima más allá de las dunas, de los bancos de arena y de las marismas ergaspianas, hasta que llegaron al meandro del río más abajo de Carcë. A ambos lados había marismas solitarias hasta donde alcanzaba la vista; sobre el llano se apreciaban raros grupos de sauces y asentamientos de personas. Al norte, más arriba del meandro, había tierra firme que caía como un acantilado cortado a pico sobre el recodo del río, y por el otro lado formaba una ladera suave que se extendía algunas millas hasta que se confundía con la planicie de las marismas. En la cara sur del precipicio, monstruoso como una montaña en esas tierras bajas de matorrales, se hallaba colgada, negra y cuadrada, la fortaleza de Carcë. Estaba construida de mármol negro, tallado toscamente y sin pulir; las fortificaciones exteriores abarcaban muchas fanegas de tierra. Una muralla interior con una torre en cada esquina formaba el reducto principal, en cuya esquina suroeste estaba el palacio, que dominaba el río. Y en la esquina suroeste del palacio, a setenta codos de altura en vertical sobre el agua y más contados desde las almenas, estaba la torre del homenaje, una torre redonda revestida de hierro, que llevaba en la ménsula^[101] bajo su parapeto la figura tallada del cangrejo de Brujolandia, de diversas formas y repetido incontablemente. El muro exterior de la fortaleza estaba oscuro de cipreses: llamas negras que ardían sin cambios hacia el cielo desde un mar de pesadumbre encrespado. Al este de la torre del homenaje estaban las compuertas, y junto a ellas había un puente con su cuerpo de guardia al otro lado del río, muy fortificado con torretas y matacanes^[102], y dominado por los bastiones de la torre del homenaje. Esta fortaleza de Carcë era triste y temible de ver, se parecía al alma encarnada de la noche temible mirándose en las aguas de aquel río perezoso: de día, una sombra en plena luz del sol, semejante a la

violencia despiadada sentada en el trono del poder, oscureciendo la desolación de las marismas tristes; de noche, una negritud más negra que la misma noche.

Amarraron el barco cerca de las compuertas, y los señores de Brujolandia y sus hombres de armas saltaron a tierra, y les abrieron las puertas, y entraron con duelo y subieron por el acceso empinado al palacio, llevando consigo la triste carga del rey. Y expusieron a Gorice XI en el gran salón para que pasara allí la noche; y el día iba cayendo. Del rey Gorice XII no tuvieron noticias.

Pero, cuando caían las sombras de la noche, un chambelán se llegó al señor Gro mientras paseaba por la terraza exterior al muro occidental del palacio, y le dijo:

—Señor, el rey os manda que le sirváis en la torre de hierro, y os encarga que le llevéis la corona real de Brujolandia.

Gro se apresuró a cumplir la orden del rey, y fue al gran salón de banquetes y, con toda reverencia, tomó la corona de hierro de Brujolandia, cuajada de gemas inapreciables, y subió a la torre por una escalera de caracol, y el chambelán iba delante suyo. Cuando llegaron al primer rellano, el chambelán golpeó una puerta voluminosa que abrió inmediatamente un guarda, y dijo:

—Señor, es voluntad del rey que sirváis a su majestad en su cámara secreta en lo alto de la torre.

Y Gro se quedó maravillado, pues nadie había entrado en aquella cámara desde hacía muchos años. Hacía mucho tiempo, Gorice VII había practicado en ella artes prohibidas, y las gentes decían que en aquella cámara había resucitado los espíritus que lo perdieron. Desde entonces estaba sellada la cámara, ni tampoco la habían necesitado los últimos reyes, pues ponían poca fe en el arte mágica, confiando más en el poderlo de sus manos y en la espada de Brujolandia. Pero Gro se alegró en su corazón, pues la apertura de esta cámara por el rey coincidía plenamente con sus propósitos. Subió sin miedo la escalera de caracol, tenebrosa con las sombras de la noche que se aproximaba y llena de telarañas y cubierta del polvo del abandono, hasta que llegó a la puerta pequeña y baja de aquella cámara, y, deteniéndose, la golpeó y esperó la respuesta.

Y dijo alguien desde dentro: «¿Quién llama?», y Gro respondió: «Señor, soy yo, Gro», y se corrieron los cerrojos y se abrió la puerta, y dijo el rey: «Entra», y Gro entró y quedó en presencia del rey.

La cámara era redonda, y llenaba todo el espacio del piso superior de la torre redonda del homenaje. Ya había acumulado polvo, y sólo entraba una penumbra débil a través de las troneras profundas de las ventanas, que atravesaban los muros de la torre apuntando a los cuatro puntos del cielo. Un horno que ardía en el gran hogar arrojaba resplandores caprichosos a los rincones de la cámara, iluminando formas extrañas de instrumentos de vidrio y de barro, frascos y retortas^[103], balanzas, relojes de arena, crisoles y astrolabios^[104], un monstruoso alambique^[105] de tres cuellos de

vidrio fosforescente suspendido sobre un baño de María^[106], y otros instrumentos de aspecto dudoso e ilícito. Bajo la ventana norte, junto a la puerta, había una gruesa mesa oscurecida por el tiempo, sobre la que estaban grandes libros encuadernados en piel negra, con guardas de hierro y pesados candados. Y en un enorme sillón junto a esta mesa estaba el rey Gorice XII, vestido con su ropón negro y dorado de los conjuros, apoyando la mejilla en la mano, que era delgada como la garra de un águila. La luz baja, madre de las sombras y del secreto, que se cernía en aquella cámara, se movía alrededor de la figura estática del rey, que tenía la nariz ganchuda como el pico del águila, el pelo recortado, la barba corta y espesa, y el labio superior afeitado, con los pómulos salientes y la mandíbula pesada y cruel, y con los aleros oscuros de las cejas, de donde el brillo de sus ojos verdes no parecía precisamente una lámpara amistosa para los que los veían. La puerta se cerró sin ruido, y Gro se quedó de pie ante el rey, y el rey se inclinó hacia delante sin mover la mano, acercando su frente hacia Gro; y hubo un silencio absoluto, salvo el suave ronroneo del horno.

Al cabo de un rato, el rey dijo:

—Te he hecho llamar porque fuiste el único que tuviste el valor suficiente para insistir hasta el final con tus consejos ante el rey que ahora está muerto, Gorice XI, de siempre gloriosa memoria. Y porque tus consejos eran buenos. ¿Te maravilla que sepa de tus consejos?

—Oh, rey y señor mío —dijo Gro—, eso no me maravilla. Pues yo sé que, aunque el cuerpo muera, el alma permanece.

—Cuida de que tus labios no hablen demasiado —dijo el rey—. Ésos son misterios que sólo pensarlos te puede poner en peligro, y el que habla de ellos, aunque sea sólo conmigo y en lugar tan secreto como éste, habla con gran peligro por su parte.

—No hablé con ligereza, oh rey —respondió Gro—, además, vos me tentasteis con vuestra pregunta. Pero obedeceré absolutamente la advertencia de vuestra majestad.

El rey se alzó de su sillón y se acercó lentamente a Gro. Era alto sobremanera, y delgado como un cormorán^[107] muerto de hambre. Puso las manos sobre los hombros de Gro e inclinó su cara hacia la de éste.

—¿No tienes miedo de estar conmigo en esta cámara al caer el día? —dijo—. ¿O no lo has pensado; y en estos instrumentos que ves, en su destino y propósito, y en el destino antiguo de esta cámara?

Gro no palideció un ápice, sino que dijo firmemente:

—No tengo miedo, oh rey y señor mío, sino que tu llamada me alegró. Pues coincide con mis propios designios, cuando tomé acuerdo secretamente en mi corazón tras las desgracias que traje con las Parcas a Brujolandia en las islas de Foliot. Pues en aquel día, oh rey, cuando vi oscurecerse la luz de Brujolandia y

abatirse su poderío con la caída del rey Gorice XI, de gloriosa memoria, pensé en vos, señor, el duodécimo Gorice alzado por rey en Carcë, y mi mente tuvo presentes las palabras del antiguo augur, cuando cantó:

Diez, once, doce veo
En variedad creciente
De poder y maestría,
Con espada, fuerza y magia,
En la torre de Carcë,
Gobernando como reyes^[108].

Y, recordando que os señala a vos, el duodécimo, como poderoso en la magia, mi único cuidado fue procurar que esos demonios se quedaran detenidos al alcance de vuestros hechizos hasta que tuviésemos tiempo de llegar a vos y haceros saber su paradero, para que usaseis de vuestro poder y los destruyeseis por artes mágicas antes de que pudieran regresar en seguridad a Demonlandia, la de las muchas montañas.

El rey abrazó a Gro contra su pecho y lo besó, diciéndole:

—¿No eres una joya de sabiduría y de discreción? Deja que te abrace y te ame para siempre.

Después, el rey se apartó de él, manteniendo sus manos en los hombros de Gro, y lo contempló en silencio durante un rato con mirada penetrante. Luego, encendió una vela que había en un candelero de hierro junto a la mesa donde estaban los libros, y la acercó al rostro de Gro. Y el rey dijo:

—Sí, eres sabio y discreto, y tienes algún valor. Pero, si has de servirme esta noche, conviene que te pruebe primero con espantos hasta que te hagas a ellos, como oro contrastado que fluye en el crisol; o para que te devoren si no eres más que un metal bajo.

—Señor —dijo Gro al rey—, durante muchos años, antes de llegar a Carcë, recorrí el mundo de una parte a otra, y los objetos de espanto me resultan tan familiares como a un niño sus juguetes. He visto en los mares del sur, a la luz de Aquernar y Canopo, caballos marinos gigantes que luchaban contra calamares de ocho tentáculos, en los remolinos del Korsh. Y no tuve miedo. Estaba en la isla Ciona cuando estalló la furia del volcán de aquella isla y la quebró como se quiebra con un hacha el cráneo de un hombre, y los golfos verdes del mar se tragaron aquella isla, y el mal olor y el vapor quedaron en el aire durante varios días donde habían chisporroteado en el mar las rocas y la tierra candente. Y no tuve miedo. También estuve con Gaslark en la huida de Zajë Zaculo, cuando los ghouls tomaron el palacio que nos cobijaba, y anduvieron figuras prodigiosas por sus salones a plena luz del día, y los ghouls hicieron desaparecer del cielo el sol con un hechizo. Y no tuve miedo. Y durante treinta días y treinta noches vagué yo solo por el moruna, en Duendelandia Superior, donde apenas había estado jamás un alma viviente; y allí, los

seres malvados que pueblan el aire de aquel desierto me seguían los pasos y se mofaban de mí en la oscuridad. Y no tuve miedo; y llegué a su tiempo a Morna Moruna, y allí, de pie sobre el borde del precipicio como si fuera el borde del mundo, miré hacia el sur, hacia donde ningún mortal había dirigido la vista antes, sobre los bosques no hollados de Bhavinan. Y, en aquella distancia del cielo, contemplé dos picos entronizados para siempre entre la tierra firme y el cielo, de belleza más que terrenal, dominando cordilleras y más cordilleras de montañas vestidas de nieve: las agujas y los riscos airosos del Koshtra Pivrarcha, y los precipicios salvajes que se alzan de los abismos hasta la cúpula de nieve del Koshtra Belorn, silencioso y soberano.

Cuando Gro calló, el rey lo apartó de sí y, tomando de un estante una retorta llena de un fluido azul oscuro, la colocó sobre un baño de María, y puso bajo ella una lámpara. Del cuello de la retorta salieron vapores de color púrpura desvaído, y el rey los recogió en un frasco. Trazó unos signos sobre el frasco, y sacudió el mismo, dejando caer en su mano un polvo fino. Luego, dijo a Gro, sosteniendo el polvo en la palma abierta de su mano:

—Mira fijamente este polvo.

Y Gro lo miró. El rey murmuró unas fórmulas mágicas, y el polvo se movió y se sacudió, y era como una masa bullente de gusanos en un queso pasado. Aumentó de volumen en la mano del rey, y Gro advirtió que cada grano tenía patas. Los granos crecieron ante sus ojos y adquirieron el tamaño de granos de mostaza, y luego de granos de cebada que hormigueaban rápidamente unos sobre otros. Y, cuando se maravilló de esto, se hicieron tan grandes como judías, y pudo advertir claramente su forma y aspecto, y vio que eran ranas y sapos pequeños; y, al crecer rápidamente de tamaño, no cabían en la mano del rey y se derramaron al suelo. Y no dejaron de aumentar y de crecer, y se hicieron tan grandes como perros pequeños, y el rey no podía sostener más que uno, poniéndole la mano en el vientre mientras sacudía las patas en el aire; y andaban sobre las mesas y se aglomeraban por el suelo. Eran pálidos y translúcidos como el cuerno fino, y su color era púrpura desvaído, como el color del vapor del que se habían engendrado. Y la cámara se llenó de ellos tanto, que tenían que subirse por fuerza unos en los hombros de otros, y eran tan grandes como cerdos bien cebados; y miraban a Gro con ojos saltones y croaban. El rey miraba a Gro detenidamente, y éste estaba de pie ante dicho espectáculo, con la corona de Brujolandia en sus manos; y el rey advirtió que la corona no temblaba ni un ápice en las manos de Gro, que la sostenían. Así que pronunció cierta palabra, y los sapos y las ranas se hicieron pequeños de nuevo, encogiéndose con más rapidez que habían crecido, y así desaparecieron.

El rey tomó entonces del estante una bola del tamaño del huevo del avestruz, de vidrio verde oscuro. Dijo a Gro:

—Mira bien este vidrio y dime lo que ves en él.

—Veo una sombra movediza dentro de él —le respondió Gro.

Y el rey le mandó:

—Arrójalo al suelo con toda tu fuerza.

El señor Gro alzó la bola con ambas manos, y pesaba como una bola de plomo, y, cumpliendo el mandato del rey Gorice, la arrojó al suelo de manera que se hizo pedazos. Y he aquí que de los fragmentos de la bola se alzó una nube de humo grueso que tomó forma de un ser de figura humana y de aspecto temible, cuyas dos piernas eran dos serpientes que se retorcían; estaba de pie en la cámara y era tan alto que su cabeza tocaba el techo abovedado; miraba con malevolencia al rey y a Gro y los amenazaba. El rey tomó una espada que estaba colgada en la pared y la puso en la mano de Gro, diciendo:

—¡Córtale las piernas! ¡Y no pierdas tiempo, o muerto eres!

Gro golpeó con la espada y le cortó al ser malvado la pierna izquierda, con facilidad, como quien corta mantequilla. Pero del muñón salieron dos nuevas serpientes que se retorcían; y lo mismo sucedió con la pierna derecha; pero el rey gritaba:

—¡Golpea y no cejes, o no eres más que un perro muerto!

Y siempre que Gro partía en dos una serpiente, salían dos de la herida, hasta que la cámara era un laberinto de sus cuerpos que se retorcían. Y Gro seguía cortando con tesón, hasta que le sudaba la frente, y dijo resollando entre los golpes:

—Oh rey, ya lo he hecho ciempiés; ¿debo convertirlo en milpiés antes de que acabe la noche?

Y el rey sonrió y pronunció una palabra de significado oculto; y con ello desapareció la confusión como se marcha una ráfaga de viento, y no quedó nada salvo los trozos de la bola verde en el suelo.

—¿No tuviste miedo? —preguntó el rey, y, cuando Gro respondió que no, el rey dijo—. Creí que estas visiones de espanto debían afectarte mucho, pues sé bien que no estás versado en las artes mágicas.

—Pero soy filósofo —respondió el señor Gro—, y algo sé de la alquimia y de las propiedades ocultas de este mundo material: las virtudes de las hierbas, las plantas, las piedras y los minerales; los caminos de las estrellas en sus cursos, y las influencias de aquellos cuerpos celestiales. Y he conversado con las aves y con los peces, poniéndome a su nivel, y no desprecio la generación que se arrastra por la tierra, sino que suelo hablar en buen amor y compañía con el tritón de los estanques, con el gusano de luz y con la mariquita, y con la hormiga y los de su especie, haciendo que sean mis pequeños confidentes. Así, tengo una cierta sabiduría que me ilumina en el patio exterior del templo secreto de la necromancia y del arte prohibido, aunque no me he asomado al interior de dicho templo. Y por mi filosofía, oh rey,

estoy seguro de que estas apariciones que habéis suscitado ante mí no son sino ilusiones y fantasmas, que sólo pueden espantar el alma del que no conoce la filosofía divina, pero que no tienen poder ni esencia corpórea. Y nada hay que temer en ellas, si no es el miedo mismo que producen en el simple.

—¿Por qué señales conoces tú esto? —dijo entonces el rey.

Y el señor Gro le respondió:

—Oh rey, suscitasteis estas formas de espanto con la facilidad con que un niño teje una guirnalda de margaritas. No lo hace así el que invoca de lo profundo el verdadero terror mortífero, sino con trabajos y sudores, y forzando su pensamiento, su voluntad, su corazón y su vigor.

El rey sonrió.

—Dices bien. Y dado que las fantasmagorías^[109] no hacen temblar tu corazón, te presento un horror más material^[110].

Y encendió las velas de los grandes candeleros de hierro y abrió una pequeña puerta secreta en la pared de la cámara cerca del suelo; y Gro vio barrotes de hierro detrás de la puertecilla y oyó un silbido que venía de detrás de los barrotes. El rey tomó una llave de plata de hechura delicada y abrió la puerta de barrotes de hierro. Y el rey dijo:

—Mira y contempla lo que salió del huevo de un gallo que incubó la víbora sorda. La mirada de sus ojos basta para volver de piedra cualquier cosa viva que está ante ella. Si yo perdiera por un momento el poder de los hechizos por los que la tengo sujeta, en ese mismo momento acabarían los días de mi vida y los de la tuya. Tan poderosa es en propiedades dañinas esta serpiente, que ha colocado en esta tierra el Enemigo antiguo que vive en la oscuridad para que sea la perdición de los hijos de los hombres, pero instrumento de poder en manos de encantadores y magos.

Entonces salió de su agujero aquel engendro de perdición, pavoneándose muy tiesa sobre sus dos patas, que eran como patas de gallo; tenía cabeza de gallo, con cresta y barba rosadas, pero su cara no era como la cara de ningún ave de la tierra media, sino más bien como la de una gorgona^[111] salida del infierno. En el cuello le crecían plumas negras y brillantes, pero su cuerpo era como el cuerpo de un dragón con escamas que relucían a la luz de las velas, y tenía en la espalda una cresta escamosa, y sus alas eran como alas de murciélago, y su cola como la cola del áspid, con un aguijón en la punta, y de su pico le temblaba venenosamente la lengua bífida. A causa de los encantamientos con que la tenía hechizada el rey Gorice, no podía arrojar su mirada mortal sobre él ni sobre Gro, pero anduvo de un lado a otro a la luz de la luna, apartando de ellos la mirada. Las plumas de su cuello estaban hinchadas de ira, y su cola escamosa se enroscaba con rapidez maravillosa, y silbaba de manera cada vez más fiera, encolerizada por las ataduras del encantamiento del rey; y su aliento era nocivo y flotaba por la cámara en espirales perezosas. Así anduvo ante

ellos durante algún tiempo, y, cuando miraba de reojo al pasar ante Gro, éste contempló la luz de sus ojos, que eran como lunas enfermizas que relucían venenosamente a través de una niebla amarilla verdosa en la oscuridad de la noche. Y se apoderó de él una repulsión poderosa, de manera que se le alteró el estómago al contemplar aquello, y se le humedeció la frente y las palmas de las manos, y dijo:

—Rey y señor mío, he mirado firmemente a este basilisco y no me asusta un ápice, pero es repugnante a mis ojos y me revuelve el estómago —y, dicho esto, se puso a vomitar.

Y el rey mandó a aquella serpiente que volviese a entrar en su agujero, adonde regresó silbando con odio.

El rey escanció vino pronunciando un encantamiento sobre la copa, y, cuando el vino brillante reanimó al señor Gro, el rey habló y dijo:

—Es buena cosa, oh Gro, que te hayas mostrado como un verdadero filósofo e intrépido de corazón. Pero, como ninguna espada está verdaderamente probada hasta que se prueba en la batalla misma, donde, si se rompe, trae daño y perdición a la mano que la blande, así debes sufrir tú esta medianoche el calor de un horno de espanto todavía más ardiente, y, si te reduces en él, nos perderemos los dos eternamente, y esta Carcë y toda Brujolandia se quemarán con nosotros para siempre en la ruina y en el olvido. ¿Te atreves a someterte a esta prueba?

—Estoy dispuesto a obedecer vuestra palabra, oh rey —respondió Gro—. Pues sé bien que es ocioso confiar en espantar a los demonios con fantasmas e ilusiones, y que en vano dirigiría tu basilisco su mirada mortal a los demonios. Son valientes de corazón, y sabios en todas las ciencias, y Juss es un hechicero de poder antiguo, que conoce encantos para embotar la mirada del basilisco. El que quiera vencer a los demonios debe hacer grandes conjuros.

—Es grande la fuerza y la astucia de la semilla de Demonlandia —dijo el rey—. Han dado muestra de poder sobre nosotros por la fuerza, como lo muestra tristemente el derrocamiento de Gorice XI, contra el que ningún mortal era capaz de luchar sin armas y salir vivo del combate, hasta que ese maldito Goldry, borracho de melancolía y de envidia, lo mató en las islas de Foliot. Y tampoco existía antes nadie capaz de superarnos en hechos de armas, y Gorice X, victorioso en incontables combates singulares, dio gloria por todo el mundo a nuestro nombre. Pero al final le llegó la muerte, de manera inesperada y por no sé qué maña traicionera, en combate singular contra aquel bailarín con ricitos que venía de Krothering. Pero yo, hábil en la necromancia, opongo a los demonios una máquina más poderosa que los brazos fuertes o la espada cortadora. Aunque mi máquina es peligrosa para el que la usa.

Entonces el rey abrió el candado del mayor de aquellos libros que estaban a su lado, sobre la enorme mesa, diciendo al oído de Gro, como quien no quiere que le oigan:

—Éste es aquel libro tremendo de necromancia por el cual, en esta misma cámara, Gorice VII removi6 las vastas profundidades cierta noche. Y has de saber que esa misma circunstancia fue la 6nica perdici6n del rey Gorice VII, pues, habiendo conjurado con su ciencia infernal algo que procedía de la oscuridad primigenia, y estando absolutamente agotado de los sudores y los trabajos de sus conjuros, se le nubl6 la mente un momento, de tal modo que olvid6 las palabras escritas en su libro, o la p6gina en que estaban escritas, o le falt6 el habla para pronunciar las palabras que se deben pronunciar, o las fuerzas para hacer las cosas que se deben hacer para completar el hechizo. Por lo cual, no conserv6 su poder sobre lo que había suscitado de las profundidades, sino que se volvi6 contra 6l y lo descuartiz6. Yo evitar6 tal perdici6n renovando en nuestros días aquellos mismos hechizos, si t6 estás a mi lado sin desmayo mientras yo pronuncio mis f6rmulas. Y si me ves flaquear o dudar antes de que todo se lleve a cabo, entonces echarás mano del libro y del crisol, y cumplirás todo lo necesario, de la manera que yo te enseñar6 de antemano. ¿O tiemblas de pensarlo?

—Señor, mostradme mi tarea —dijo Gro—. Y la cumplir6 aunque todas las furias del abismo acudan a esta cámara para prohibírmelo.

Y el rey instruy6 a Gro, repasando con 6l los actos necesarios y dándole a conocer las diversas p6ginas del libro de magia en que estaban escritas las palabras que se deben pronunciar en su debido orden y saz6n. Pero el rey no pronunciaba aquellas palabras, y se limitaba a se±alarlas en el libro, pues el que pronuncia esas palabras en vano y fuera de saz6n est6 perdido. Y cuando coloc6 en orden las retortas y los frascos con sus diversos cuellos y tubos y sus accesorios, y cuando se acercaban a su madurez los procesos pecaminosos de fijaci6n, conjunci6n, deflagraci6n, putrefacci6n y rubificaci6n^[112], y la estrella funesta Antares estaba a poca distancia del meridiano seg6n el astrolabio, se±alando la pr6xima llegada de la medianoche, el rey traz6 en el suelo, con su vara m6gica, tres pent6culos inscritos en una estrella de siete puntas, con los signos de C6ncer y Escorpio unidos por ciertas runas. Y en el centro de la estrella pint6 la imagen de un cangrejo verde que se comía el sol. Y, dirigiéndose a la p6gina setenta y tres de su gran libro negro de magia, el rey recit6, con voz poderosa, palabras de significado oculto, invocando el nombre que es pecado pronunciar.

Cuando hubo pronunciado el primer conjuro y call6, hubo un silencio mortal en aquella cámara, y un frío como de invierno en el aire. Y, en el silencio, Gro oy6 la respiraci6n del rey, que subía y bajaba como la de un remero tras una regata. A Gro le fluy6 la sangre al coraz6n, y se le quedaron frías las manos y los pies, y le acudi6 a la frente un sudor frío. Pero, con todo, mantuvo firme su valor y dispuesta su mente. El rey indic6 a Gro que rompiera la punta de cierta gota de vidrio negro que estaba sobre la mesa; y, al romper esa punta, toda la gota se deshizo y se disgreg6 en un polvo

grueso y negro. Gro reunió aquel polvo, por indicación del rey, y lo dejó caer en el gran alambique, donde bullía y borboteaba un líquido verde sobre la llama de una lámpara; y el líquido se puso rojo como la sangre, y el cuerpo del alambique se llenó de un humo rojizo, y a través del humo saltaron y relucieron chispas de brillo como el del sol. Entonces se destiló del cuello del alambique un aceite incombustible blanco, y el rey mojó su vara en aquel aceite y dibujó, alrededor de la estrella de siete puntas que había en el suelo, la figura de la serpiente Uróboros, que se come su propia cola. Y trazó la fórmula del cangrejo bajo el círculo, y pronunció su segundo conjuro.

Cuando concluyó éste, el aire de la noche pareció más cortante, y el silencio de la cámara se asemejó más al del sepulcro. La mano del rey temblaba como si tuviera fiebres cuando pasaba las páginas del gran libro. A Gro le castañetearon los dientes. Los apretó y esperó. Y entonces, por cada ventana entró una luz como si los cielos se aclararan con la aurora. Pero no era así: pues nunca se ha visto venir la aurora a medianoche, ni que viniese de los cuatro puntos del cielo a la vez, ni a tales pasos gigantes de luz creciente, ni con una luz tan espantable. Las llamas de las velas ardían transparentes al aumentar el resplandor de fuera: una luz pálida y maligna de dolor y corrupción, en la cual las manos y los rostros del rey Gorice y de su discípulo se veían con una palidez mortal, y sus labios negros como la piel negra de una uva cuando se le ha limpiado el polvo. El rey gritó de manera terrible: «¡Llega la hora!», y tomó un pomo^[113] de cristal de roca que contenía una decocción^[114] de gelatina de lobo y sangre de salamandra y dejó caer en el pomo siete gotas del alambique, y derramó aquel licor en la figura del cangrejo que había dibujado en el suelo. Gro se apoyó en la pared, débil de cuerpo pero firme de ánimo. El frío era tan intenso, que tenía entumecidas las manos y los pies, y el licor del pomo se congeló donde había caído. Pero el rey tenía perlas de sudor en la frente a causa de la poderosa lucha que sostenía, y, bajo el resplandor poderoso de aquella luz de los cielos inferiores, se mantenía firme y tieso, con los puños cerrados y los brazos extendidos, y pronunció las palabras LURO VOPO VIR VOARCHADUMIA.

Y, cuando se pronunciaron esas palabras, la luz vívida desapareció como una lámpara que se apaga, y afuera volvió a cernirse la medianoche. Tampoco se oía sonido alguno salvo el pesado resuello del rey; pero era como si la noche contuviera la respiración esperando lo que había de suceder. Y las velas chisporrotearon y ardieron con llama azul. El rey vaciló y asió la mesa con su mano izquierda, y volvió a pronunciar con voz terrible la palabra VOARCHADUMIA.

Después, durante diez latidos del corazón, el silencio se cernió como un cernícalo^[115] en la noche atenta. A continuación, se oyó un golpe por todo el cielo y la tierra, y una llamarada cegadora atravesó la cámara como si hubiera caído un rayo. Toda Carcë tembló, y la cámara se llenó de un aleteo como de las alas de alguna ave monstruosa. El aire, en el que antes hacía un frío invernal, se volvió de pronto cálido

como el aliento de una montaña ardiente, y Gro estuvo a punto de ahogarse con el olor de hollín y de azufre. Y la cámara osciló como un navío que atraviesa una marejada con el viento contra la corriente. Pero el rey, apoyándose en la mesa y asiendo su borde hasta que las venas de su mano delgada parecían a punto de estallar, gritó haciendo pausas frecuentes y con la voz alterada:

—Por estas figuras dibujadas y por estos conjuros encantados, por la unción del lobo y la salamandra, por el signo no bendito de Cáncer que ahora se inclina hacia el sol y por el corazón ardiente de Escorpio que se abrasa en esta hora en el meridiano de la noche, tú eres mi esclavo y mi instrumento. Rebájate a servirme, serpiente del pozo. De lo contrario, suscitaré de la noche antigua a inteligencias y dominios mucho más poderosos que tú, y servirán a mis fines, y a ti te encadenarán con cadenas de fuego inextinguible y te arrastrarán por lo profundo de tormento en tormento.

Entonces se calmó el terremoto y no quedó sino una vibración de las paredes y del suelo y el viento de las alas invisibles y el olor caliente de hollín y azufre ardiente. Y salió una voz extrañamente dulce del aire cargado de aquella cámara, y dijo:

—Miserable maldito que agitas nuestra paz, ¿cuál es tu voluntad?

El terror de aquellas palabras secó a Gro la garganta, y se le erizaron los cabellos.

El rey tembló en todos sus miembros como un caballo asustado, pero su voz fue regular y su gesto imperturbable cuando dijo roncamente:

—Mis enemigos navegan al romper el día desde las islas de Foliot. Te suelto sobre ellos como si soltase a un halcón posado en mi puño. Te los entrego. Haz de ellos lo que quieras: no importa el cómo o el dónde, siempre que los desbarates y los borres de la faz de este mundo. ¡Vete!

Pero entonces se agotó del todo la resistencia del rey, de manera que le flaquearon las rodillas y se derrumbó en su gran sillón como un enfermo. La estancia se llenó de un tumulto como de aguas que corren, y sobre el tumulto se oía una risa como la risa de las almas condenadas. Y el rey recordó que no había pronunciado la palabra que debía despedir a su enviado. Pero era presa de tal cansancio y había agotado de tal manera sus fuerzas en el ejercicio de sus conjuros, que se le pegó la lengua al cielo de la boca, de modo que no podía pronunciar la palabra; y puso los ojos en blanco horriblemente haciendo señas a Gro, mientras sus dedos sin fuerzas intentaban pasar las páginas del libro de magia. Entonces, Gro saltó a la mesa y cayó sobre ella, pues la gran torre del homenaje de Carcë volvía a sacudirse como se sacude un cubilete, y el cielo se abría en relámpagos, y los truenos rugían sin cesar, y el sonido de las aguas ensordecía los oídos en aquella cámara, y las carcajadas seguían sonando sobre la confusión. Y Gro supo que al rey le sucedía lo mismo que había sucedido a Gorice VII años atrás, cuando se le había agotado la fuerza, y el espíritu lo había hecho pedazos, y había untado de su sangre aquellas paredes de la cámara. Pero Gro, aun en

aquella tormenta repugnante de terror, recordó la página noventa y siete, donde el rey le había mostrado la palabra de despedida, y arrancó el libro de las manos paralizadas del rey y buscó la página. Apenas había encontrado la palabra con la vista cuando un remolino de granizo y de aguanieve barrió la cámara, y las velas se apagaron y las mesas se volcaron. Y, en la oscuridad profunda bajo el retumbar del trueno, Gro sintió que caía hacia delante y que unas garras le apresaban la cabeza y el cuerpo. Gritó en su angustia la palabra, que era TRIPSARECOPSEM, y cayó desmayado.

Era mediodía cuando el señor Gro volvió en sí en aquella cámara. La fuerte luz primaveral se derramaba por la ventana del sur iluminando los destrozos de aquella noche. Las mesas estaban volcadas, y el suelo estaba abarrotado de objetos y salpicado de esencias costosas^[116] y de polvos derramados de los pomos, jarras y frascos destrozados: afroselmia, pan de oro, azafrán de oro, asem, alumbre, estipteria de Melos, confundidos con la mandrágora, el vinum ardens, la sal amoniaco, el agua regia corrosiva, pequeños charcos y gotas dispersas de azogue, decocciones venenosas de setas y de bayas de tejo, napelo, manzana de espino, matalobos y eléboro negro, quinta esencias de sangre de dragón y bilis de serpiente; y con ellas, revueltas y echadas a perder, elixires a cuya búsqueda infructuosa han dedicado sus vidas enteras hombres sabios: spiritus mundi, y el alcaesto, que disuelve toda sustancia que se sumerge en él, y aquel aurum potabile^[117] que, siendo en sí mismo perfecto, induce la perfección en el cuerpo vital. Y en este revoltijo de tesoros perdidos estaban los grandes libros de magia, lanzados sobre la ruina de retortas y aludeles de vidrio, de plomo y de plata, baños de arena, matraces, espátulas, atadores y otros innumerables instrumentos de formas extrañas^[118], arrojados sobre el suelo de la cámara y rotos. El sillón del rey había sido arrojado contra el horno, y el rey estaba acurrucado contra la mesa, con la cabeza hacia atrás y la barba negra apuntando al cielo, mostrando el cuello fuerte y velludo. Gro lo miró de cerca; vio que estaba indemne, al parecer, y que dormía profundamente; y, sabiendo bien que el sueño es un poderoso remedio para todos los males, contempló al rey todo el día hasta la hora de la cena, a pesar de que sentía un hambre atroz.

Cuando el rey se despertó por fin, miró a su alrededor maravillado.

—Creo que tropecé en el último paso del viaje de anoche —dijo—. Y un tumulto verdaderamente extraño ha dejado sus huellas en mi cámara.

—Señor —respondió Gro—, padecí duras pruebas, pero cumplí vuestra orden.

El rey rió como quien tiene el alma en paz, y, puesto de pie, dijo a Gro:

—Toma la corona de Brujolandia y coróname. Tendrás ese alto honor porque te amo por lo que ha sucedido esta noche pasada.

Los grandes señores de Brujolandia estaban reunidos afuera, en el patio, y se

dirigían al gran salón de banquetes para comer y beber; el rey salió ante ellos por la puerta de la torre del homenaje, vestido con su ropón de los conjuros. Las gemas de la corona de hierro de Brujolandia relucían con un brillo maravilloso sobre el ceño y los pómulos marcados y el labio fiero y desdeñoso del rey, que se quedó allí de pie con majestuosidad, y Gro se quedó en la sombra de la puerta con la guardia de honor. Y el rey dijo:

—Señores Córund y Corsus y Corinius y Gallandus, y vosotros, hijos de Corsus y de Córund, y demás brujos: contemplad a vuestro rey, el duodécimo Gorice, coronado con esta corona en Carcë para ser rey de Brujolandia y de Demonlandia. Y todos los países del mundo y sus gobernantes, todos los que ilumina el sol con sus rayos, me rendirán pleitesía y me llamarán rey y señor.

Todos dieron gritos de aprobación, alabando al rey e inclinándose ante él.

Entonces dijo el rey:

—No penséis que los juramentos pronunciados con los demonios por el rey Gorice XI, de siempre gloriosa memoria, me obligan un ápice. No tendré paz con Juss y sus hermanos, sino que los contaré a todos por enemigos míos. Y esta noche he despachado un enviado que los tomará en el desierto de las aguas cuando naveguen hacia sus casas en Demonlandia, la de las muchas montañas.

—Señor, tus palabras son como vino para nosotros —dijo Córund—. Y bien supusimos anoche que los príncipes de la oscuridad andaban sueltos, al ver que toda Carcë temblaba y sus cimientos subían y bajaban como si estuviera respirando el pecho de la gran tierra.

Cuando entraron en el salón de banquetes, el rey dijo:

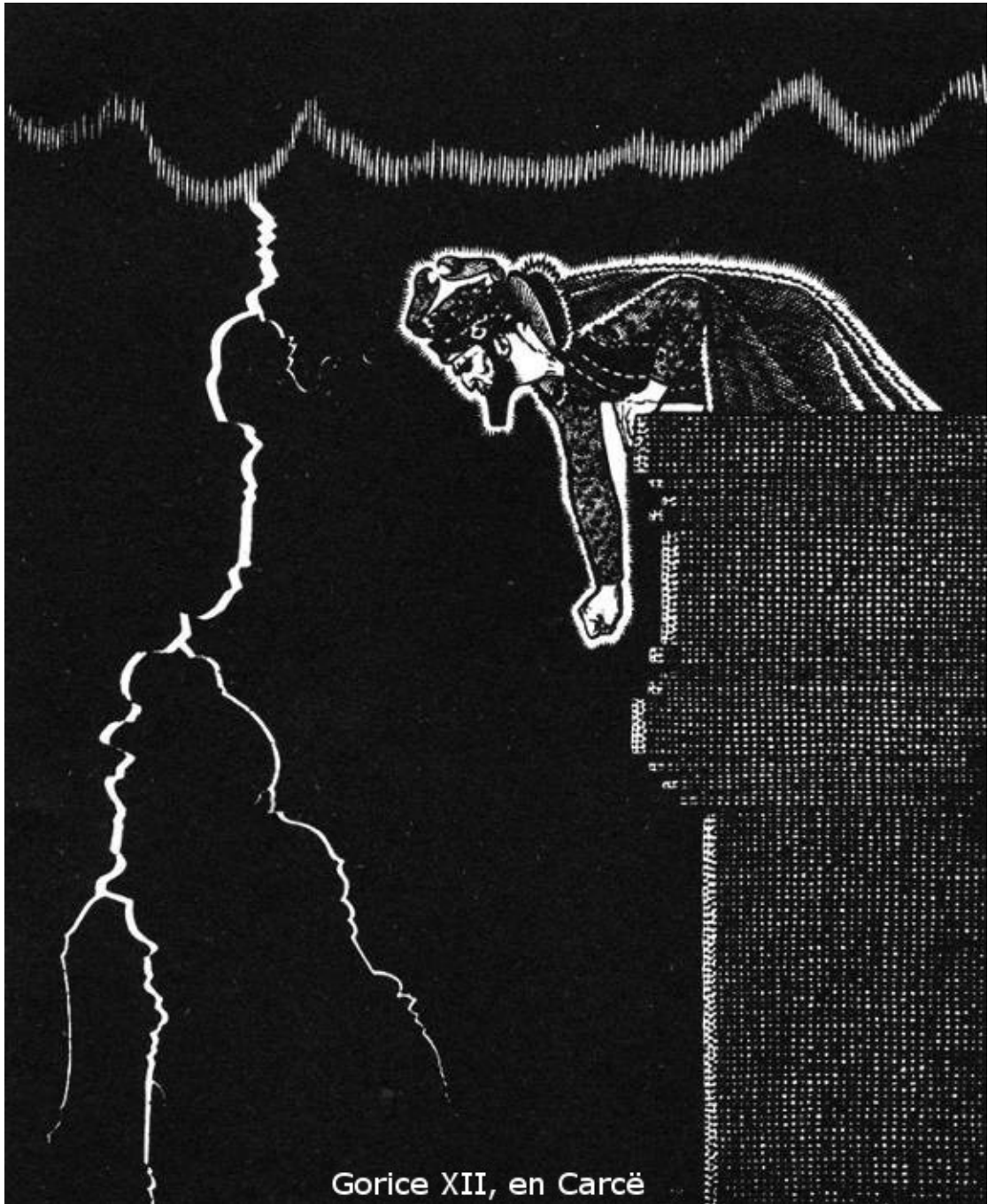
—Gro se sentará esta noche a mi derecha, pues me ha servido con hombría.

Y, cuando pusieron mal gesto al oír esto y se hablaron unos a otros al oído, el rey añadió:

—Cualquiera de vosotros que me sirva tan bien y riegue del mismo modo el crecimiento de esta Brujolandia como lo ha hecho Gro en esta noche pasada, recibirá el mismo honor de mi parte.

Pero a Gro le dijo:

—Te llevaré a Goblinlandia con triunfo, a ti que saliste desterrado de ella. Arrancaré a Gaslark de su trono y te alzaré por rey en Zajë Zaculo, y gobernarás toda Goblinlandia como feudo mío, con dominio sobre ella.



EL ENVIADO DEL REY GORICE

Del rey Gaslark, y de la caída del enviado sobre los demonios en alta mar,
de cómo el señor Juss consintió una temeridad imprudente
por la insistencia de sus compañeros.



la mañana siguiente a la noche en que Gorice XII se sentó en Carcë como rey coronado, como queda dicho, Gaslark navegaba por el mar medio procedente del este y con rumbo a su casa. Tenía siete barcos de guerra, que iban formados en columna hacia el suroeste ciñéndose mucho a estribor. El mayor y el más hermoso de todos era el que navegaba en cabeza de la columna, un gran dragón de guerra pintado del azul del mar del verano, con la alta cabeza de una serpiente que abría las fauces con desafío en la proa, revestida de oro y labrada de escamas superpuestas, y con la cola erguida de una serpiente en la popa. Setenta y cinco hombres escogidos de Goblinlandia navegaban en aquella nave, vestidos de alegres ciclatones^[119] y cotas de malla, y armados de hachas, lanzas y espadas. Sus escudos estaban colgados de las bordas, cada uno con su emblema. En la alta popa se sentaba el rey Gaslark asiendo con sus manos fuertes el gran gobernalle. Todos los de Goblinlandia que iban en aquel gran navío eran de buen porte y bien formados, pero Gaslark los superaba a todos en valor, en fuerza y en soberanía. Llevaba un ciclatón de seda, teñido de púrpura de Tiro^[120]. En las muñecas llevaba brazaletes de oro trenzado. Tenía la piel oscura, como quien ha vivido toda la vida al calor del sol; era de rasgos correctos, con la nariz un tanto ganchuda, ojos grandes y dientes blancos, y bigotes negros y rizados. En su porte y en su presencia no había reposo, sino fuego impulsivo e impetuoso; y era bravío a la vista, veloz y hermoso como un ciervo en otoño.

A su lado estaba Teshmar, que era el patrón de su nave. Gaslark le dijo:

—¿No es verdad que uno de los tres espectáculos gallardos a la vista en este mundo es un buen navío que camina por los surcos veloces del mar como una reina llena de gracia y belleza, dispersando ante su proa las crestas de las olas en una lluvia resplandeciente?

—Sí, señor —respondió él—; y ¿cuáles son los otros dos?

—Uno que dejé de ver por mi desgracia, y del que sólo ayer tuvimos noticias: contemplar tal batalla de grandes campeones y una victoria tal como la que obtuvo el señor Goldry sobre aquel tirano fanfarrón.

—Creo que veremos la tercera —dijo Teshmar— cuando el señor Goldry Bluszco se case en tu palacio real de Zajë Zaculo entre pompas y grandes fiestas con la joven princesa tu prima; afortunado señor, que lo será de ella a quien todos reconocen como

ornato de la tierra, dechado de los cielos y reina de la belleza.

—Los dioses bondadosos hagan llegar con prontitud tal día —dijo Gaslark—. Pues es linda moza en verdad, y esos parientes de Demonlandia son mis amigos más queridos. ¿Dónde estaría hoy yo, y dónde mi reino, y dónde tú y todos vosotros, si no fuera por su gran apoyo en tantas ocasiones?

Al rey se le oscureció algo el ceño por algún pensamiento. Al cabo de un tiempo, empezó a decir:

—Debo tener más grandes hechos: estas empresas triviales, los despojos de Nevria, la persecución de los escamocianos de piel oscura, son juegos indignos de nuestro gran nombre y fama entre las naciones. Quisiera hacer algo que pasme y aturda al mundo, como hicieron los demonios cuando limpiaron la tierra de ghouls, antes de que yo baje al silencio.

Teshmar miraba hacia el sur. Señaló con la mano:

—Allí navega un gran navío, oh rey. Y creo que tiene un aspecto extraño.

Gaslark lo miró detenidamente un instante y viró inmediatamente el timón y navegó hacia él. No dijo palabra, mirándolo siempre mientras navegaba, advirtiendo cada vez más detalles de aquel navío al reducirse la distancia. La vela de seda le colgaba de la entena hecha jirones; remaban débilmente, como el que anda a tientas en la oscuridad, apenas con la fuerza suficiente para evitar que fuese a la deriva arrastrado por el viento con la popa por delante. Así se movía por la superficie del mar, como alguien atontado por un golpe, dudando su derrota o el rumbo hacia su puerto. Parecía un objeto que ha pasado por la llama de una vela monstruosa, pues estaba quemado y sucio de hollín. Su orgulloso mascarón de proa estaba aplastado, como aplastado estaba su alto castillo de proa, y el maderamen tallado de la popa, y los hermosos asientos que había en la misma estaban quemados y astillados. Hacía agua de tal manera, que veinte de la tripulación tenían que estar siempre achicando para mantenerlo a flote. De sus cincuenta remos, la mitad estaban rotos o se habían perdido a la deriva, y muchos de los que navegaban en el navío estaban heridos, y algunos estaban muertos bajo los bancos.

Y, al acercarse, el rey Gaslark advirtió que allí estaba el señor Juss, en la popa destrozada, manejando el gobernalle, y junto a él estaban Spitfire y Bránoch Dahá. Sus brazos enjoyados y sus ricos atuendos estaban negros de hollín apestoso, y parecía que en ellos se unían y se combinaban tan completamente la admiración, el dolor y la ira, que ninguna de las tres pasiones era capaz de abrirse camino entre las demás y manifestarse en sus gestos helados.

Cuando estuvieron al alcance de la voz, Gaslark los saludó. No le respondieron, y se limitaron a mirarle con ojos ausentes. Pero detuvieron la nave, y Gaslark se amarró a su banda y subió a bordo, llegó a la popa y les saludó. Y dijo:

—Bien hallados seáis en una mala hora. ¿Qué ha sucedido?

El señor Juss hizo gesto de hablar, pero no pronunció sonido alguno. Tomó a Gaslark de ambas manos y se sentó en la popa con un gran gemido, apartando la mirada. Gaslark dijo:

—Oh Juss, después de tantas veces como has participado de mis males y me has socorrido, ¿no es justo que yo participe de los tuyos?

Pero Juss respondió con voz alterada:

—¿Míos dices, oh Gaslark? ¿Qué hay en el mundo establecido que sea mío, cuando yo me quedo así en un momento sin el que era las entretelas de mi corazón, mi hermano, la fuerza de mi brazo, la ciudadela principal de mis dominios? —y rompió a llorar con gran pasión.

Al rey Gaslark se le clavaron los anillos en la carne de los dedos por la fuerza con que lo asía Juss con sus fuertes manos. Pero apenas advirtió el dolor, tal era la agonía de su dolor por la pérdida de su amigo, y la amargura y la maravilla de contemplar a aquellos grandes señores de Demonlandia llorando como mujeres asustadas, y con ellos a toda la tripulación del navío, hombres probados en la guerra, llorando y gimiendo. Y Gaslark vio claramente que sus ánimos señoriales habían quedado desconcertados durante cierto tiempo por algún hecho tremendo, cuyos destrozos contemplaba terriblemente con sus propios ojos, pero cuyos detalles todavía le resultaban oscuros, con un espanto dentro de su oscuridad que bien podía hacer temblar su corazón.

A fuerza de muchas preguntas, acabó por enterarse de lo que había acaecido: cómo, el día anterior, en pleno mediodía, en un mar de verano como aquél, habían oído un ruido como el batir de unas alas que abarcasen de un extremo del cielo al otro, y en un momento el mar tranquilo se había levantado y vuelto a caer, y todo el mar había golpeado y rugido, pero la nave no se había hundido. Y había habido a su alrededor un tumulto de truenos y aguas tempestuosas, y noche negra y relámpagos en la noche; y, después de pasar aquello y una vez disipada la oscuridad, el mar había quedado solitario hasta donde alcanzaba la vista.

—Y nada es más cierto —dijo Juss— que era un enviado del rey Gorice XII, del que dijeron los augures que sería un gran artífice de la necromancia, mayor que ningún otro que se haya visto en este mundo. Y ésta es su venganza por los males que causamos a Brujolandia en las islas de Foliot. Contra estos peligros, yo había preparado ciertos amuletos hechos de la piedra alectoria^[121], que crece en el buche de un gallo salido del cascarón en una noche sin luna, cuando Saturno arde en un signo humano y el señor de la tercera casa está en el ascendiente. Éstos nos salvaron de la destrucción, aunque muy maltratados; a todos salvo a Goldry. Por algún azar maldito, ya fuera porque olvidase ponerse el amuleto que le di, porque se le rompiera la cadena con las sacudidas de la nave, o porque se le perdiera por otra causa cualquiera, cuando volvió la luz del día, sólo estábamos tres en esta popa, donde habíamos estado

cuatro. No sé más.

—Oh Gaslark —dijo Spitfire—, nos han robado a nuestro hermano; sin duda, es misión nuestra buscarlo y liberarlo.

Pero Juss gimió y dijo:

—¿Por cuál estrella del cielo jamás escalado quieres empezar tu búsqueda?, ¿o por cuál de las corrientes secretas del océano, donde los últimos rayos verdes se ahogan en la oscuridad cenagosa?

Gaslark guardó silencio durante un rato. Después dijo:

—Creo que lo más probable es esto: que Gorice ha arrastrado a Goldry Bluszco a Carcë, donde lo tiene cautivo con fuertes prisiones. Y allí debemos dirigirnos.

Juss no respondió palabra. Pero Gaslark le tomó la mano y dijo:

—Nuestro antiguo amor y vuestros frecuentes socorros a Goblinlandia en días pasados hacen que ésta sea también empresa mía. Oíd ahora mi consejo. Cuando navegué desde el este a lo largo del estrecho de Rinath, contemplé una poderosa armada de cuarenta velas que se dirigía hacia el este, a la mar Beshtriana. Felizmente, no nos vieron a nosotros, ya que estábamos refugiados junto a las islas de Ellien y caía la tarde. Al fondear luego en Norvasp de Trasgolandia, supimos que se trataba de Laxus con toda la flota de Brujolandia, que pretendían hacer maldades entre las ciudades pacíficas de la costa beshtriana. Y tan feliz encuentro sería el de un antílope con un león devorador, como hubiera sido el mío y de mis siete navíos en alta mar con aquellos malvados tan fuertes. Pero contemplad ahora lo abierta que queda la puerta para nuestros deseos. Dudo que queden ahora en Carcë más de ciento ochenta o dos centenares de hombres de armas. Yo tengo aquí casi quinientos de los míos. Jamás hubo oportunidad mejor que ésta de encontrar al de Brujolandia con las garras debajo de la mesa, y podemos arañarle la cara soberanamente antes de que los haga volver. —Y Gaslark se rió por la alegría del combate, y exclamó—. Oh Juss, ¿no sonríes al oír este consejo mío?

—Gaslark —dijo el señor Juss—, has presentado esta oferta con nobleza y con esa mano y corazón abiertos que he amado en ti desde hace mucho tiempo. Pero no se vencerá así a Brujolandia, sino tras largos días de trabajos, y de trazas, y de construir navíos, y de reunir huestes iguales a la fuerza que tuvimos hace poco contra los ghouls cuando los destruimos.

Ni con toda su insistencia pudo Gaslark convencerle en lo más mínimo.

Pero Spitfire se sentó junto a su hermano y le dijo aparte:

—Deudo, ¿qué tienes? ¿Se ha aplastado todo el corazón de Demonlandia y su presteza, y no nos queda sino la piel inútil y sin sustancia? Eres muy distinto de cómo has sido siempre, y, si el de Brujolandia nos viera, bien podría juzgar que se ha apoderado de nosotros un miedo vil, al ver que, teniendo tan afortunadamente de nuestra parte la ventaja de fuerzas, dudamos en golpearlos.

—Lo que sucede es que dudo de la constancia de los goblins —dijo Juss al oído de Spitfire—. La llama repentina de su valor se parece demasiado al fuego de hojas secas, y no es de fiar en cuanto se encuentren con resistencia. Por eso me parece una locura confiar en ellos como fuerza principal para atacar Carcë. Además, es una loca fantasía creer que Goldry haya sido transportado a Carcë.

Pero Spitfire dio un salto entre juramentos y exclamó:

—Oh Gaslark, mejor harías en volverte a tu casa de Goblinlandia. Pero nosotros navegaremos abiertamente a Carcë y pediremos audiencia al gran rey, suplicándole que nos permita besarle el pie, y reconociendo que él es nuestro rey y nosotros sus hijos malcriados y desobedientes. Así, quizá nos devuelva a nuestro hermano cuando nos haya castigado, y quizá tenga la misericordia de enviarnos a nuestros hogares en Demonlandia, para que allí sirvamos a Corsus o al vil Corinius, o al que haya instalado en Galing como virrey suyo. Pues con Goldry se ha marchado de Demonlandia toda la hombría, y los que quedamos somos unos gallinas y dignos de burlas y de que nos escupan.

Mientras Spitfire hablaba así, con ira y dolor de corazón, el señor Bránoch Dahá caminaba de proa a popa por la crujía y se revolvía como hace la pantera enjaulada cuando se retrasa mucho la hora de su comida. Y a veces echaba mano de la empuñadura de su espada larga y reluciente y la hacía sonar dentro de la vaina. Al fin, puesto de pie ante Gaslark y contemplándolo con mirada burlona, dijo:

—Oh Gaslark, esto que ha acaecido engendra en mí una perturbación cruel que saca mi espíritu fuera de mí, suscita una tempestad en mi mente y prepara mi cuerpo para la melancolía y para la misma locura^[122]. La única cura de esto es el combate. Por lo tanto, si me amas, Gaslark, saca la espada y defiéndete. Debo pelear, o esta pasión me matará del todo. Es lástima sacar la espada contra el amigo, pero, si no podemos pelear con nuestros enemigos, ¿qué nos queda?

Gaslark rió y lo tomó de los brazos alegremente, diciendo:

—No lucharé contra ti por bien que me lo pidas, Bránoch Dahá, que salvaste a Goblinlandia de los brujos. —Pero luego se volvió a poner serio y dijo a Juss—: Cede, oh Juss. Ya ves el ánimo de tus amigos. Todos nosotros estamos como sabuesos, tirando de la correa esperando que nos suelten contra Carcë en este momento feliz que es difícil que vuelva a venir.

Y, cuando el señor Juss advirtió que todos estaban contra él y que pedían con ardor emprender aquella empresa, sonrió y dijo:

—Oh hermano y amigos míos, ¿qué ecos y qué reclamos de codornices os habéis vuelto, pues intentáis adquirir la sabiduría imitando su voz? Pero estáis locos como las liebres en marzo, todos y cada uno de vosotros, y yo también lo estoy. Si rompemos el hielo en una parte, se rajará en las demás. Y en verdad que no me importa mucho mi vida ahora que ya no está Goldry conmigo. Echemos suertes, por

lo tanto, para decidir cuál de nosotros tres navegará hacia nuestra tierra de Demonlandia en este navío, que ya no es sino un pato herido desde la llegada de aquel enviado. Y al que caiga la suerte deberá navegar hacia casa y allí concertará la reunión de una armada poderosa y de fuerzas para llevar adelante nuestra guerra contra los brujos.

Así habló el señor Juss, y a los que no hacía sino una hora corta se sentían en tal extremo que no tenían esperanza de sanar ni de vivir, se les elevaron los ánimos como en una embriaguez, y sólo pensaban en la alegría del combate.

Los señores de Demonlandia marcaron cada uno su piedrecilla y la arrojaron en el yelmo de Gaslark, y Gaslark sacudió el yelmo, y saltó de éste la piedrecilla del señor Spitfire. Grande fue su furia. Y los señores de Demonlandia se quitaron las armaduras y los arreos costosos que estaban negros de hollín, y mandaron que los limpiasen. Sesenta de sus hombres de armas que habían salido indemnes de manos del enviado subieron a bordo de uno de los navíos de Gaslark, y la tripulación de dicho barco se hizo cargo del navío de Demonlandia, y Spitfire tomó el gobernalle, y los demonios que estaban heridos yacían en la bodega de la cóncava nave. Sacaron una vela de repuesto y la izaron en lugar de la que estaba destruida; así, con gran descontento pero con rostro alegre, el señor Spitfire navegó hacia el oeste. Y el rey Gaslark se sentó junto al gobernalle de su hermoso dragón de guerra, y junto a él el señor Juss y el señor Brándoch Dahá, que era como un caballo de guerra impaciente por entrar en combate. Su proa apuntó al norte y fue girando hasta dirigirse al este, y su vela bordada de flores del viento^[123] golpeó el mástil y se hinchó con el viento del noroeste, y los otros seis lo siguieron en línea, hacia delante, con las seis velas blancas desplegadas, marchando con majestad sobre las anchas olas.

LAS GARRAS DE BRUJOLANDIA

De cómo el rey Gaslark dirigió el ataque a Carcë en la oscuridad,
y de cómo le fue en el mismo,
y de la gran resistencia del señor Juss y el señor Bránoch Dahá.



Al caer la tarde del tercer día, cuando llegaron a la vista de la costa de Brujolandia, recogieron las velas^[124] y esperaron a la noche, para poder tocar tierra de noche; pues poco querían que el rey tuviera noticia de su viaje. Éste era su plan: varar sus naves en la playa solitaria que está a unas dos leguas al norte de Tenemos, desde donde Carcë sólo estaba a dos horas de marcha a través de la marisma. Así, cuando el sol se puso y todos los caminos quedaron oscuros, forraron los remos para silenciarlos y remarón calladamente hasta la playa baja, que, en la oscuridad, se veía extrañamente próxima, pero parecía que siempre huía de ellos y mantenía su distancia cuando remaban hacia ella. Llegaron al fin a la playa y vararon en ella las naves. Quedaron unos cincuenta hombres de los goblins para guardar las naves, y los demás se marcharon con sus armas. Y, cuando estuvieron en orden, marcharon hacia el interior sobre las dunas arenosas y de ahí a la marisma abierta; y, viendo que la gran mayoría de ellos eran de Goblinlandia, acordaron entre los tres, Juss, Bránoch Dahá y Gaslark, que Gaslark tomase el mando de aquella empresa. Así caminaron en silencio a través de las marismas, que eran lo bastante firmes para caminar sobre ellas si se hacía con circunspección, rodeando los peores lodazales y las pequeñas lagunas que estaban repartidas aquí y allá. Pues había hecho buen tiempo últimamente y había poca agua nueva en la marisma. Pero, cuando se acercaron a Carcë, el tiempo empeoró y empezó a caer lluvia fina. Y aunque marchar a través de la oscuridad de la noche con la llovizna y hacia aquella fortaleza tan mal afamada tenía poco de cómodo, con todo, el señor Juss se alegró de la lluvia, ya que favorecía la sorpresa, y todas sus esperanzas dependían de la sorpresa.

Hacia la medianoche se detuvieron a cuatrocientos pasos de las murallas exteriores de Carcë, que se cernían espectralmente a través de la cortina de agua, silenciosas como si fueran una tumba donde yaciese muerta Brujolandia, y no la concha blindada donde les aguardaba un poderío tan grande. La visión de aquella vasta mole tendida entre sombras bajo la lluvia encendió en el pecho de Gaslark el fuego de la batalla, y no aceptaba más acuerdo que el de avanzar hasta las murallas con toda su tropa y rodearlas buscando por dónde podrían entrar de improviso y tomar la fortaleza. No quiso escuchar el consejo del señor Juss, que prefería enviar destacamentos para que eligiesen un punto de ataque y volviesen con la información

antes de que avanzasen todas las tropas.

—No dudes —dijo Gaslark— que allí dentro están todos beodos y azorrados^[125] por tercera noche a fuerza de beborrotear vino en honor de la victoria que han logrado por medio de su enviado, y que en tal noche sólo se monta una guardia mezquina. Pues (dirán ellos) ¿quién ha de venir contra Carcë ahora que el poderío de Demonlandia está hecho pedazos? ¿Los ridículos goblins?, ¡ja! Sólo sirven para causar risa y regocijo. Pero el destacamento avanzado que propones podría alertarlos antes de que nuestra fuerza principal pudiera aprovechar la ocasión. No, antes debemos hacer como los ghouls cuando en un mal día cayeron de improviso sobre mí en Zajë Zaculo y tomaron mi palacio antes de que supiéramos de su venida; así debemos tomar nosotros esta fortaleza de Carcë. Y si tú temes que hagan una salida, yo lo deseo ardientemente. Pues, si abren la puerta, somos bastantes para forzar la entrada por muchos que sean los que queden dentro.

A Juss no le pareció bien este acuerdo, pero, a causa de una extraña flojedad del juicio que todavía le perduraba, no quiso contradecir a Gaslark. Así, se deslizaron en secreto hasta las grandes murallas de Carcë. La lluvia seguía cayendo blandamente, y los cipreses se erguían sin aliento dentro del patio exterior, y las murallas de aquel castillo dormido fruncían el ceño, sin expresión, mudas y vacías. Y la medianoche severa se cernía sobre todo.

Gaslark dio órdenes y les mandó que marchasen con cuidado alrededor de las murallas y hacia el norte, pues no había camino entre las altas murallas y el río por el sur y por el este, pero confiaba en encontrar al noroeste un lugar practicable por donde ganar la entrada a la fortaleza. Avanzaron ordenados de este modo: Gaslark abría la marcha con cien de sus mejores hombres, y luego venían los demonios. Después los seguía el grueso de los goblins, con Teshmar como capitán. Marchaban con precaución, y alcanzaron el terreno en pendiente que se extendía desde el precipicio de Carcë hasta las marismas. Los de Goblinlandia estaban llenos de afán y enardecidos con la embriaguez de la batalla próxima, y los de la vanguardia andaban aprisa, dejando atrás a los demonios, por lo que Juss tuvo que apresurarse tras ellos por miedo a que perdieran contacto y cayeran en la confusión. Pero los hombres de Teshmar tenían mucho miedo a quedarse atrás, y éste no era capaz de retenerlos, sino que querían correr entre los demonios y las murallas para reunirse con Gaslark. Juss maldijo entre dientes y dijo:

—Así es la turba indisciplinada de Goblinlandia. Serán la causa de nuestra perdición.

Así estaban, y los de Teshmar a menos de veinte pasos de las murallas, cuando, tan de improviso como un relámpago en plena noche, se encendieron llamaradas a lo largo de las murallas, que deslumbraron a los goblins y a los demonios, y los iluminaron brillantemente a la vista de los que ocupaban las murallas, que se pusieron

a arrojarles lanzas y flechas y a tirarles piedras. En aquel mismo instante se abrió una poterna, por la que salió el señor Corinius con ciento cincuenta fuertes mocetones de Brujolandia, gritando:

—¡El que quiere comerse el cangrejo de Brujolandia para cenar tiene que habérselas con las pinzas antes de intentar quebrar el caparazón!

Y cargando sobre el flanco del ejército de Gaslark, lo partió limpiamente en dos. Corinius luchaba como un enajenado, golpeando a ambos lados con un hacha de dos manos cuyo astil estaba forrado de bronce; y, aunque los hombres de Gaslark lo superaban mucho en número, los había tomado tan por sorpresa y confundido tanto la acometida repentina de Corinius, que no fueron capaces de resistirlo y retrocedieron ante su ataque. Y muchos resultaron heridos, y algunos, muertos; y uno de éstos fue Teshmar de Goblinlandia, patrón del barco de Gaslark. Pues, queriendo golpear a Corinius y habiendo fallado el golpe, cayó hacia delante con el impulso, y Corinius lo golpeó con el hacha, y el golpe dio en el cuello de Teshmar, y le cortó la cabeza. Gaslark, con sus mejores hombres de armas, había llegado más allá de la poterna, pero, cuando entraron en combate, se volvió atrás inmediatamente para llegarse a Corinius, gritando a sus hombres que se reunieran con los brujos y los hicieran volver dentro de las murallas. Y cuando Gaslark se abrió camino entre la multitud y llegó al alcance de Corinius, lanzó a Corinius una lanza y lo hirió en el brazo. Pero Corinius partió en dos el asta de la lanza con su hacha y saltó sobre Gaslark, y le hizo una gran herida en el hombro. Y Gaslark tomó la espada, y se cruzaron muchos golpes que hacían vacilar a ambos, hasta que Corinius dio a Gaslark en el yelmo un gran tajo con su hacha, de arriba abajo, como quien clava una estaca con un mazo de madera. Y Gaslark se salvó gracias al buen yelmo que llevaba, que le había dado el señor Juss en días pasados como regalo de amor y amistad, y gracias a él no le abrió la cabeza en dos; pues el hacha de Corinius no pudo tajar aquel yelmo. Pero, con el gran golpe, Gaslark perdió el sentido durante un tiempo, y cayó a tierra sin conocimiento. Y, con su caída, los de Goblinlandia desmayaron.

Todo esto sucedió en los primeros encuentros de la batalla, y los señores de Demonlandia no se habían incorporado del todo a la lid, pues la gran turba de los hombres de Gaslark se interponía entre los brujos y ellos; pero Juss y Brándoch Dahá se adelantaron poderosamente con sus seguidores y recogieron a Gaslark, que yacía como muerto, y Juss encargó a un grupo de goblins que lo llevaran a los navíos, y llegó allí sano y salvo. Pero los brujos gritaron a grandes voces que el rey Gaslark había muerto, y, en aquel preciso instante, Córund, que había salido en secreto con cincuenta hombres por una puerta escondida en la parte oeste de Carcë, tomó con gran poderío por la retaguardia a los goblins. Con lo cual, ellos, retrocediendo todavía ante Corinius y Córund, y con los corazones encogidos por la supuesta muerte de Gaslark, quedaron llenos de duda y desánimo; pues, en la oscuridad húmeda, no eran

capaces de advertir cuánto superaban en número a los hombres de Brujolandia. Y se apoderó de ellos el terror, de modo que se dispersaron y huyeron ante los brujos, que cayeron sobre ellos con decisión, como cae la fuina^[126] sobre el conejo, y los mataron de veinte en veinte y de cincuenta en cincuenta mientras huían de Carcë. Apenas sesenta hombres de aquella valerosa compañía de Goblinlandia que había subido contra Carcë con Gaslark pudieron abrirse camino por las marismas hasta los navíos y escapar de una destrucción despiadada. Pero Córund y Corinius y el grueso de sus fuerzas se volvieron sin más contra los demonios, y dura fue la batalla que mantuvieron, y grande fue el resonar de sus golpes. Y la ventaja cambió completamente de manos al quedar fuera del combate los goblins, ya que eran pocos los que habían caído del bando de Brujolandia, y eran como cuatro contra uno contra los demonios, acosándolos y acometiéndolos por todos los flancos. Y algunos les arrojaban proyectiles desde la muralla, hasta que cayó un proyectil que estuvo a punto de darle a Córund en el yelmo, y éste mandó decirles inmediatamente que, cuando acabara el combate, haría empanadas con el mentecato cabeza de chorlito, quienquiera que fuese, que les había mandado disparar así, estropeando la fiesta a sus camaradas y poniendo en peligro sus vidas. Con eso, cesaron los disparos desde la muralla.

Y entonces la batalla se volvió torva y sangrienta, pues los demonios resistieron poderosamente el ataque de los brujos, y el señor Brándoch Dahá atacaba a Córund o a Corinius hiriendo a diestro y siniestro, y ninguno de estos dos grandes capitanes era capaz de resistirle largo rato, sino que retrocedían cada vez ante el señor Brándoch Dahá; y se maldecían amargamente el uno al otro cuando cada uno de ellos buscaba la salvación entre la masa de sus hombres de armas. Y nadie puede soñar con hacer en el espacio de una noche tales hechos de armas como hizo aquella noche el señor Brándoch Dahá, que manejaba la espada como se maneja una vara de mimbre; pero en su punta estaba la muerte. De tal modo que quince fuertes guerreros de Brujolandia cayeron muertos bajo su espada, y otros quince quedaron malheridos. Y, por fin, Corinius, picado por las pullas de Córund como por un tábano, y casi reventando de dolor y de vergüenza por su huida, saltó ante el señor Brándoch Dahá como hombre que ha perdido el juicio, dirigiéndole un gran tajo a dos manos que bien podía haberlo abierto en dos hasta la falda de la armadura. Pero Brándoch Dahá hurtó el cuerpo al golpe con la ligereza con que un martín pescador que vuela sobre un arroyo a la sombra de los alisos evita una rama en pleno vuelo, y cortó a Corinius la muñeca derecha con su espada. Y Corinius quedó fuera del combate. Tampoco salieron mejor con su intento los que atacaron al señor Juss, que los segaba a grandes tajos, descabezando a unos y partiendo en dos a otros, hasta que optaron por permanecer fuera de su alcance. Así lucharon los demonios en la niebla acuosa e iluminada, en gran desventaja, hasta que todos cayeron salvo aquellos dos señores,

Juss y Bránoch Dahá.

El rey Gorice estaba en los bastiones exteriores de Carcë, con su armadura completa damasquinada en oro; y contempló cómo luchaban espalda con espalda aquellos dos, y cómo los brujos los acometían por todas partes sin que pudieran someterlos de manera alguna. Y el rey dijo a Gro, que estaba a su lado sobre la muralla:

—Se me deslumbran los ojos^[127] en la niebla y con la luz de las antorchas. ¿Quiénes son aquéllos que se defienden de mis campeones con ventaja tan sangrienta?

—Sin duda, oh rey, no son otros que el señor Juss y el señor Bránoch Dahá de Krothering -le respondió Gro.

—Así, por grados, viene a mí mi enviado —dijo el rey—. Por medio de mis artes he sabido, aunque no con certeza, que mi enviado se llevó a Goldry; así he hecho lo que quería con el que más odiaba. Y éstos, que se salvaron de la misma perdición por sus encantamientos, se han vuelto locos y se han arrojado a la boca abierta de mi venganza.

Y, cuando hubo observado durante un rato, el rey se rió burlonamente y dijo a Gro:

—Es un dulce espectáculo contemplar cómo cien de mis mejores hombres retroceden y hurtan el cuerpo ante estos dos. Yo había creído hasta ahora que en Brujolandia había una espada, y que Corinius y Córund eran algo más que unos simples fanfarrones sin fuerzas ni valor, como aparecen aquí; pues parecen niños bien azotados que huyen de las espadas relucientes de Juss y del vil advenedizo de Krothering.

Pero Corinius, que ya no luchaba en la batalla, sino que estaba junto al rey, lleno de melancolía y con la muñeca llena de sangre, exclamó:

—Nos juzgáis mal, oh rey. Más justo sería que alabaseis mi gran hazaña al tomar por sorpresa a esta poderosa compañía de enemigos nuestros y matarlos a todos. Y no se maraville vuestra majestad de que yo no pudiera vencer a este Bránoch Dahá, ya que venció con facilidad a otro más poderoso que yo, a Gorice X, de siempre gloriosa memoria. Por lo cual, creo que yo he tenido más suerte que él, pues he salido vivo, aunque con la muñeca acuchillada. Y a esos dos no es posible herirlos con punta ni filo, por más que se intente, pues este Juss es un gran hechicero.

—Antes creo que todos os habéis vuelto gallinas —dijo el rey—. Pero ya no soporto esta comedia; quiero acabar con ella enseguida.

Entonces el rey hizo llamar al viejo duque Corsus, y le mandó que tomase redes y atrapase con ellas a los demonios. Y Corsus salió con redes y al cabo consiguió hacerlo por pura ventaja numérica y con la muerte de casi una veintena de los brujos. El señor Juss y el señor Bránoch Dahá quedaron bien envueltos en las redes y se

agitaban como gusanos de seda en sus capullos, y así los hicieron entrar en Carcë. Los arrastraron por el suelo dándoles grandes golpes, y bien se alegraron los brujos de haber atajado por fin a aquellos grandes luchadores. Pues Córund y sus hombres estaban completamente exangües, y a punto de caerse de puro cansancio.

Cuando los introdujeron en Carcë, el rey mandó buscar con antorchas y hacer entrar a los de Brujolandia que estaban heridos ante las murallas, y a los demonios y goblins que se encontraban en el mismo caso los mandó matar con la espada. Y mandó que el señor Juss y el señor Brándoch Dahá, todavía envueltos estrechamente en sus redes, fueran arrojados a un rincón del patio interior del palacio como dos fardos de mercancías estropeadas, y les puso una guardia hasta la mañana.

Cuando los señores de Brujolandia iban a acostarse, contemplaron un resplandor rojo al oeste, junto al mar, y lenguas de fuego que ardían en la noche. Corinius dijo al señor Gro:

—He ahí dónde tus paisanos los goblins queman sus naves, para que no los persigamos en ellas en su huida vergonzosa hacia sus casas en la única nave que dejan sin quemar. Una les basta, pues los más están muertos.

Y Corinius, cargado de sueño, se dirigió a su lecho, y por el camino se detuvo a dar una patada al señor Brándoch Dahá al que tenía bien envuelto en su red y era incapaz de hacerle daño por entonces.

HUÉSPEDES DEL REY EN CARCĒ

De los dos salones de banquetes que había en Carcĕ, el viejo y el nuevo,
y del agasajo que ofreció el rey Gorice XII
al señor Juss y al señor Brándoch Oahá en uno de ellos,
y al príncipe La Fireez en el otro,
y de cómo pidieron licencia para retirarse al final del banquete.



a mañana siguiente a aquella batalla amaneció hermosa en Carcĕ. La gente se quedó en el lecho hasta muy tarde para descansar de sus trabajos, y nada se movió ante las murallas hasta que el sol estuvo alto. Pero hacia el mediodía salió una partida enviada por el rey Gorice para recoger el botín; y tomaron los cuerpos de los muertos y los pusieron en una depresión del terreno en la orilla derecha del río Druima, media milla más abajo de Carcĕ; pusieron juntos a los brujos, a los demonios y a los goblins en una tumba común, y alzaron sobre ellos un gran túmulo.

El sol ya calentaba con fuerza, pero la sombra de la gran torre del homenaje todavía caía sobre la terraza exterior al muro del palacio. Aquella terraza era fresca y amena, un lugar de suave reposo; estaba pavimentada con baldosas de jaspe rojo, y en las juntas crecían polipodios^[128], asafétidas^[129], setas pálidas, dientes de dragón y lunarias amargas. En el borde exterior de la terraza había arbustos de arbor vitae^[130] plantados en hilera, bajos y redondos como marmotas dormidas, con grupos de acónitos^[131] entre ellos. La terraza medía muchos centenares de pies de longitud, de norte a sur, y a cada extremo tenía una escalinata de mármol negro que conducía al nivel de la fortaleza interior y su muralla almenada.

Contra la muralla del palacio que daba al oeste había pesados bancos de jaspe verde y cubiertos de cojines de terciopelo de muchos colores, y en el banco más próximo a la torre de hierro estaba sentada a sus anchas una dama que desayunaba barquillos de crema y un dulce de membrillo que le servían sus doncellas. Alta y esbelta era la dama, y en ella destacaba la belleza como destaca la luz del sol en el suelo rojo y en los troncos grises verdosos de un bosque de bayas al principio de la primavera. Tenía el pelo rojizo, recogido en grandes mechones sobre su cabeza y sujeto con grandes alfileres de plata que tenían diamantes de anaquita engastados en las cabezas. Su vestido era de tela de plata cubierto de bordados de canutillo de seda negra y tachonado por todas partes de pequeñas piedras de la luna, y sobre él llevaba un manto de satén con figuras, del color del ala de la paloma torcaz, entretejido con hilos de oro y plata. Tenía la tez blanca y la gracia del antílope. Sus ojos eran verdes, con fulgores amarillos ardientes. Comía con donaire el dulce de membrillo y los

barquillos, bebiendo a veces de una copa de ámbar tallada con artificio, que contenía vino blanco con el frescor de las bodegas que estaban bajo Carcë, y una doncella que estaba sentada a sus pies tocaba un laúd de siete órdenes y cantaba muy dulcemente esta canción:

No me preguntes más dónde envía Júpiter
La rosa marchita después de junio;
Pues en el profundo oriente de tu belleza
Duermen estas flores, como causa suya.

No me preguntes más dónde se pierden
Los átomos dorados del día;
Pues en amor puro preparó el cielo
Aquellos polvos para adornar tu pelo.

No me preguntes más dónde viaja
La golondrina cuando ha pasado mayo;
Pues en tu garganta dulce y gustosa
Inverna y abriga sus notas.

No me preguntes más dónde caen las estrellas
Que vemos caer en plena noche;
Pues se posan en tus ojos, y allí
Se quedan fijas como en su esfera.

No me preguntes más si a oriente u occidente
Construye el fénix su nido especioso;
Pues vuela por fin hasta ti
Y muere en tu pecho fragante^[132].

—Basta —dijo la dama—; esta mañana tienes la voz quebrada. ¿Todavía no puedes encontrar a nadie en pie para que me cuente los sucesos de anoche? ¿O están todos de la guisa de mi señor, que dejé durmiendo como si todas las adormideras de todos los jardines de la tierra soplaran el sueño en su cabeza?

—Viene uno, señora —dijo la damisela.

—El señor Gro —dijo la dama—. Puede sacarme de dudas. Pero gran maravilla sería que él participara del combate de anoche.

Gro llegó por la terraza desde el norte, vestido de un manto de terciopelo de color pardo con un collar de oro labrado, con hilo de plata; y su barba negra, larga y rizada, estaba perfumada con agua de azahar y angélica. Cuando se hubieron saludado y la dama mandó a sus servidoras que se apartaran, dijo:

—Señor, tengo sed de noticias. Cuéntame todo lo que aconteció desde la puesta del sol. Pues dormí profundamente hasta que los rayos de la mañana asomaron por las ventanas de mi aposento, y entonces me desperté de un sueño de fanfarrias^[133] que llamaban al combate, y antorchas en la noche, y rebatos^[134] bélicos. Y verdaderamente entraron antorchas en mi aposento que acompañaron a mi señor hasta el lecho, pero él no me dijo palabra y cayó dormido como exangüe. Tiene algunos

rasguños, pero por lo demás está indemne. No quise despertarle, pues el sueño es un bálsamo; además, tiene mal humor cuando se le despierta así. Pero las parlas y las conjeturas descabelladas de los criados alcanzan extremos maravillosos: que una gran armada de Demonlandia ha desembarcado en Tenemos, y que todos fueron vencidos anoche por mi señor y por Corinius, y que Goldry Bluszco murió en combate singular con el rey. O que Juss ha hechizado a Laxus y a toda nuestra armada, haciéndoles que naveguen contra esta tierra como parricidas, bajo el mando de Juss y de los otros demonios; y que todos están muertos salvo Laxus y Goldry Bluszco, a los que se ha traído atados a Carcë, locos de remate y echando espuma por la boca, y que Corinius murió de sus heridas tras matar a Brándoch Dahá. O dicen insensatamente —añadió, con un brillo amenazador de sus ojos verdes— que fue mi hermano el que se alzó en rebeldía para liberar a Trasgolandia del gobierno de Gorice, y para ello se alió con Gaslark, y que su ejército quedó derrotado y ambos fueron cautivados.

Gro rió y dijo:

—En verdad, oh mi señora Prezmyra, la verdad se enmascara con muchos disfraces extraños cuando cabalga en la escoba del rumor por los palacios de los reyes. Pero te ha mostrado algo de sí misma, si es que has concluido que entre la puesta del sol y su salida ha surgido un hecho que pasmará al mundo, y que el poderío de Brujolandia ha florecido esta noche hasta alcanzar una gloria nunca vista.

—Dices altas palabras, mi señor —dijo la dama—. ¿Estuvieron en ello los demonios?

—Señora, sí —dijo él.

—¿Y fueron vencidos y muertos?

—Muertos todos, salvo Juss y Brándoch Dahá, y éstos fueron presos —dijo Gro.

—¿Fue obra de mi señor? —preguntó ella.

—En gran parte, creo yo —dijo Gro—, pero Corinius reclama, como suele, la mayor parte de la gloria.

—Reclama demasiado —dijo Prezmyra, que añadió—: ¿No hubo en ello sino demonios?

Gro le leyó el pensamiento, sonrió y respondió:

—Señora, también hubo brujos.

—Señor Gro —exclamó ella—, haces mal en burlarte de mí. Eres amigo mío. Sabes que el príncipe, mi hermano, es orgulloso y se encoleriza con presteza. Sabes que le mortifica tener a Brujolandia sobre él. Sabes que ya hace muchos días que debía haber llegado su tributo anual al rey.

Los grandes ojos de buey de Gro estaban enternecidos cuando miró a la señora Prezmyra y le dijo:

—De seguro que soy tu amigo, señora. A decir verdad, tu señor y tú sois los únicos amigos verdaderos que tengo en la acuosa Brujolandia, vosotros dos y el rey,

pero ¿quién duerme seguro en el favor de los reyes? Ay, señora, en la batalla de anoche no hubo nadie de Trasgolandia. Descansa tu alma, por lo tanto. Pero yo tuve que cargar con la tarea de sonreír y sonreír de pie junto al rey en el adarve mientras Corinius y nuestros hombres de guerra hacían una matanza sangrienta de cuatro o cinco centenares de mis compatriotas.

Prezmyra contuvo el aliento y calló un momento. Luego dijo:

—¿Gaslark?

—Parece que el grueso de las fuerzas era suyo —respondió el señor Gro—. Corinius se jacta de haberlo matado, y es cierto que lo derribó por tierra. Pero me han confiado en secreto que no estaba entre los muertos que se recogieron esta mañana.

—Señor —dijo ella—, mi sed de noticias se sacia abundantemente mientras tú estás en ayunas. Id algunas por carne y vino para mi señor Gro —y dos damiselas corrieron y volvieron con vino dorado y chispeante en un cuenco y un plato de lampreas con salsa de hipocrás^[135].

Y Gro se sentó en el banco de jaspe y, mientras comía y bebía, repitió a la señora Prezmyra los sucesos de la noche.

Cuando hubo concluido, dijo ella:

—¿Qué ha hecho el rey con esos dos, con el señor Juss y el señor Brándoch Dahá?

—Los tiene aherrojados en el salón de banquetes viejo de la torre de hierro —dijo Gro. Se le oscureció el ceño, y añadió—: Es una pena que tu señor yaciera tan largo rato en el lecho, y que no viniera al consejo, donde Corsus y Corinius, apoyados por tus hijastros y por los hijos de Corsus, insistieron al rey para que tratase vergonzosamente a aquellos señores de Demonlandia. Bien dice aquel dístico que nos advierte:

Sabe cuándo hablar, pues es acostumbrado
Que el rey castigue mal un buen consejo dado.

»Y poco hubiera ganado yo, y poco mi salud, si en aquella ocasión me hubiera enfrentado abiertamente con ellos. Corinius siempre está dispuesto a arrojarme a la cara el nombre de “goblin”. Pero Córund tiene peso en sus consejos, como tiene peso su mano en las batallas.

Mientras estaba hablando Gro, llegó a la terraza el señor Córund, y pidió vino no espumoso para refrescarse la garganta. Prezmyra se lo sirvió, y dijo:

—Es culpa tuya por quedarte en el lecho, señor mío, cuando debías haber estado decidiendo junto al rey lo que se debía hacer con nuestros enemigos cautivados la noche pasada.

Córund se sentó en el banco junto a su dama y bebió.

—Si eso es todo, señora —dijo—, tengo poco cargo de conciencia por ello. Pues

nada es más fácil que cortarles la cabeza, y con eso acabará todo feliz y debidamente.

—Muy distinto es lo que ha mandado el rey —dijo Gro—. Hizo arrastrar ante él al señor Juss y al señor Brándoch Dahá y, entre muchas pullas y mofas, les dijo: «Bienvenidos seáis a Carcë. No faltarán manjares deliciosos en vuestra mesa mientras seáis mis huéspedes; y ello a pesar de que habéis venido sin ser invitados». Después, los hizo arrastrar al salón viejo de banquetes. Y mandó a sus herreros que clavasen en la pared grandes clavos de hierro, de los que hizo colgar a los demonios por las muñecas, con los brazos abiertos contra la pared, encadenándoles las muñecas y los tobillos a los clavos con grillos^[136] de hierro. Y el rey mandó poner la mesa a sus pies como para un banquete, para que su vista y su olor los atormentase. Y nos llamó a todos a su consejo para que alabásemos su invención y volviésemos a burlarnos de ellos.

—Un gran rey debe ser como un perro que mata limpiamente —dijo Prezmyra—, más que como un gato que juega con su presa y la atormenta.

—Es verdad que sería más seguro matarlos —dijo Córund. Se alzó de su asiento, y añadió—: No estaría de más que hablase con el rey.

—¿Y por qué? —preguntó Prezmyra.

—El que se levanta tarde —dijo Córund, contemplándola con humor— puede dar noticias a veces a la que madruga para sentarse en la terraza occidental. Y venía a decirte esto: que hace un momento contemplé desde la ventana de nuestro aposento que por el oriente venía de Trasgolandia, cabalgando hacia Carcë por el camino de los reyes...

—¿La Fireez? —preguntó ella.

—Mis ojos son hartos fuertes y claros —dijo Córund—, pero no hace falta que jure que conozco a mi propio hermano a tres millas. Y si se trata del tuyo, señora, dejaré que lo jures tú.

—¿Quién había de cabalgar por el camino de los reyes desde Trasgolandia sino La Fireez? —exclamó Prezmyra.

—A eso, señora, dejaré que responda Eco —dijo Córund—. Y está grabado en mi pensamiento que el príncipe mi cuñado es hombre que guarda en las entretelas de su corazón el recuerdo de los favores pasados. Y que nadie le hizo jamás un favor como el que le hizo Juss cuando le salvó la vida hace seis inviernos en Duendelandia Mayor^[137]. Por tanto, si La Fireez ha de compartir nuestros placeres esta noche, es preciso que el rey mande a esos charlatanes que guarden silencio acerca del agasajo que se ofrece a aquellos señores en el salón viejo de banquetes, y acerca de todo lo relacionado con la parte que tuvo Demonlandia en este combate.

—Vamos, iré contigo —dijo Prezmyra.

Encontraron al rey en el adarve superior sobre las compuertas, rodeado de sus señores, mirando al este hacia las largas colinas bajas tras las que estaba

Trasgolandia. Pero, cuando Córund empezó a exponer al rey su consejo, el rey le dijo:

—Te haces viejo, oh Córund, y eres como un buhonero torpe que lleva sus mercancías al mercado cuando ya se ha marchado la gente. Ya he dado mis órdenes sobre esto, y he conminado terminantemente a mi gente que sólo digan que anoche los goblins atacaron Carcë y fueron derrotados, y que los perseguí hasta el mar con gran matanza. El que revele a La Fireez, de palabra o por señas, que los demonios estuvieron en ello, y que estos enemigos míos están recibiendo ese agasajo mío, incómodo para ellos, en el salón viejo de banquetes, no perderá más que la vida.

—Bien está, oh rey —dijo Córund.

—Capitán general, ¿qué fuerzas tenemos? —dijo el rey.

—Setenta y tres fueron muertos —respondió Corinius—, y los más de los otros fueron heridos; y entre éstos me cuento yo, que sólo tengo una mano sana de momento. Oh rey, no me comprometo a encontraros en Carcë cincuenta hombres sanos.

—Señor Córund —dijo el rey—, tus ojos siempre alcanzaron una legua más lejos que los mejores de los nuestros, jóvenes o viejos. ¿Cuántos cuentas en aquella compañía?

Córund se apoyó en el parapeto y se protegió los ojos con la mano, que era ancha como un abadejo ahumado y tenía el dorso cubierto de pelos amarillos que crecían algo ralos, como los pelos de la piel de un elefante joven.

—Cabalga con sesenta jinetes, oh rey. O diría que uno o dos más para no equivocarme, pero ¡pierda yo vuestro amor si lleva un jinete menos de sesenta!

El rey murmuró una imprecación.

—Es la maldición de la suerte la que lo trae así precisamente cuando tengo fuera mis fuerzas y tengo demasiadas pocas para asustarle si se pone difícil. Córund, que uno de tus hijos cabalque hacia el sur, a Zorn y a Permio, y reclute algunas veintenas de hombres de armas entre los pastores y labradores tan presto como pueda. Es una orden.

Caía la tarde cuando el príncipe La Fireez llegó con toda su compañía. Intercambiaron saludos, entregaron debidamente el tributo y se les designaron lugares para dormir. Y todos se reunieron en el gran salón de banquetes que había construido Gorice XI cuando había subido al trono, en el extremo suroeste del palacio; y superaba con mucho en grandeza y magnificencia al salón viejo, donde estaban presos el señor Juss y el señor Brándoch Dahá entre tormentos. Tenía siete paredes iguales de jaspe verde oscuro moteado con puntos de color de sangre. En el centro de una de las paredes estaba la alta puerta, y, en las paredes a la derecha y a la izquierda de ésta y en las que formaban el ángulo opuesto a la puerta, había grandes ventanas a

mucha altura que daban luz al salón de banquetes. En cada uno de los siete ángulos de la pared había una cariátide^[138] tallada a partir de un enorme bloque de serpentina negra a semejanza de un gigante de tres cabezas que se inclinaba bajo la masa de un cangrejo monstruoso esculpido en la misma piedra. Las pinzas poderosas de aquellos siete cangrejos se abrían hacia arriba y sostenían la cúpula del techo, que era lisa y estaba toda cubierta de pinturas de batallas, de escenas de cacerías y de representaciones de combates de lucha libre, en colores oscuros y ahumados, a juego con la grandeza severa de aquella cámara. En las paredes, bajo las ventanas, relucían armas de guerra y de caza, y en las dos paredes que no tenían ventana estaban clavadas por su orden las calaveras y los huesos de los campeones que habían luchado sin armas contra el rey Gorice XI antes de que éste acordase en mala hora luchar con Goldry Bluszco. A través del ángulo interior que daba a la puerta, había una mesa larga, y tras ella un banco tallado, y de ambos extremos de dicha mesa y a ángulos rectos con la misma había otras dos mesas más largas todavía, que llegaban casi hasta la puerta, y junto a ellas había bancos en los lados hacia la pared. En el centro de la mesa colocada a la derecha de la puerta había un sitial de honor de madera vieja de ciprés, grande y hermoso, con cojines de terciopelo negro bordados de oro, y frente a éste, en la mesa opuesta, había otro sitial de honor más pequeño, cuyos cojines estaban bordados de plata. En el espacio entre las mesas estaban en fila cinco braseros de hierro enormes, cuyos pies eran como garras de águila, y tras los bancos de los dos lados había nueve grandes soportes para hachones para iluminar el salón por la noche, y tras el banco transversal había siete, a intervalos regulares y siguiendo las paredes. El suelo era de esteatita blanca y cremosa, con venas de ricos colores pardos, negros y púrpuras, y manchas de escarlata. Las mesas, apoyadas en grandes caballetes, eran gruesas losas de una piedra oscura y pulida, moteada de puntos de oro pequeños como átomos.

Las mujeres se sentaban en el banco transversal, y en el centro de ellas estaba la reina Prezmyra, que superaba en belleza y majestad a las demás como supera Venus a los planetas menores de la noche. Zenambria, la esposa del duque Corsus, se sentaba a su izquierda, y a su derecha Sriva, hija de Corsus, de extraña belleza para ser hija de tal padre. En el banco superior, a la derecha de la puerta, se sentaban los señores de Brujolandia, por arriba y por debajo del sitial de honor del rey, vestidos con ropas de fiesta, y los de Trasgolandia tenían sus asientos frente a ellos, en el banco inferior. El sitial de honor del banco inferior estaba dispuesto para La Fireez. Se dispusieron en orden, sobre las mesas, grandes platos y fuentes de oro y plata y de porcelana pintada, cargados de manjares exquisitos. Cuando las puertas brillantes se abrieron y entró en el salón el rey Gorice seguido del príncipe su huésped, las arpas y las cornamusas tocaron una música bárbara^[139], y los invitados se pusieron de pie.

El rey pasó con majestuosidad, como un águila negra que vigila la tierra desde

una montaña alta. Su loriga era de cota de malla negra, con el cuello, las mangas y el faldellín bordeados de placas de oro mate engastadas de jacintos y ópalos negros. Sus calzas eran negras, con jarreteras cruzadas que eran tiras de piel de foca adornadas con diamantes. Llevaba en el pulgar izquierdo su gran anillo con sello, hecho de oro a semejanza de la serpiente Uróboros, que devora su propia cola: el sello del anillo era la cabeza de la serpiente, hecha de un rubí de color de melocotón y del tamaño de un huevo de golondrina. Su capa estaba hecha de pieles de cobras negras cosidas entre sí con alambre de oro, y estaba forrada de seda negra salpicada de polvo de oro. La corona de hierro de Brujolandia le ceñía la frente, con las garras del cangrejo erguidas como cuernos; y el brillo de sus joyas era tan multicolor como los rayos de Sirio en una noche clara de viento y helada cerca de Navidad.

El príncipe La Fireez llevaba un manto de cendal negro salpicado por todas partes de lentejuelas de oro, y la túnica que llevaba bajo el mismo era de seda rica con figuras, teñida del color púrpura oscuro de la flor de Pascua^[140]. De la pequeña corona de oro que llevaba en la cabeza se alzaban dos alas exquisitamente formadas de chapas de cobre martillado con incrustaciones de joyas y esmaltes y chapado con metales preciosos, para darles el aspecto de las alas de la polilla halcón de la adelfa^[141]. Era un poco más bajo de lo común, pero sólido y fuerte y de complexión recia, con pelo rojo, duro y rizado, rostro ancho y rojizo, afeitado completamente, nariz con anchas ventanas y cejas rojas, pesadas y espesas, desde las cuales sus ojos, muy parecidos a los de su señora hermana, de color verde mar y ardientes, dirigían miradas como las del león.

Cuando el rey llegó a su sitio de honor, con Córund y Corinius a su izquierda y a su derecha en honor a sus grandes hechos de armas, y La Fireez ante él en el sitio del banco inferior, los esclavos se apresuraron a traer platos de anguilas en vinagre, ostras en sus conchas, cercetas^[142], caracoles y berberechos fritos en aceite de oliva y flotando en hipocrás rojo y blanco. Y los comensales no dudaron en caer sobre estos bocados exquisitos, mientras el copero llevaba de un lado a otro un cuenco enorme de oro martillado lleno de vino chispeante del color del zafiro amarillo, y provisto de seis cazos de oro que colgaban de seis muescas en forma de media luna en el borde del gran cuenco. Cuando el cuenco llegaba a cada comensal, éste debía llenar su copa con el cazo y beber por la gloria de Brujolandia y de sus gobernantes.

Corinius miraba al príncipe con algo de envidia, y dijo susurrando al oído de Heming, hijo de Córund, que estaba sentado a su lado:

—No cabe duda de que La Fireez es el más presumido de los hombres en cuanto a atavíos y alhajas costosas. Mira con qué exceso ridículo se jacta ante Demonlandia de la gran carga de joyas que ostenta, y con qué insolencia de simio se sienta a la mesa. Y, con todo, este engreído sólo vive gracias a nuestra tolerancia, y veo que no ha olvidado traer consigo a Brujolandia el precio por medio del cual nuestra mano no

le retuerce el pescuezo.

Después se hicieron pasar platos redondos de carpas, boquerones y langostas, y después una gran variedad de carnes: un grueso cabrito asado entero y con guarnición de guisantes sobre una ancha fuente de plata, empanadillas de cabrito, platos de lenguas y mollejas de ternera, menudillos de cerdo, carbonados^[143], salchichas y empanadas de marmota. Éstas y otras carnes deliciosas se hacían circular continuamente por esclavos que se movían en silencio con los pies desnudos, y la charla fue alegre cuando se calmaron un poco el hambre, y las entretelas de los corazones de los hombres se calentaron con el vino.

—¿Qué hay de nuevo en Brujolandia? —preguntó La Fireez.

—No he oído nada más reciente —dijo el rey— que la muerte de Gaslark.

Y el rey contó la batalla nocturna, refiriendo con franqueza y sinceridad todos los detalles en cuanto a números, horas, idas y venidas; salvo que nadie podría haber imaginado por su relato que ninguno de Demonlandia tomara parte o interés en aquella batalla.

—Es extraño que os atacase así —dijo La Fireez—. Un enemigo podría barruntar que detrás de ello había algún motivo.

—Nuestra grandeza —dijo Corinius, mirándolo altivamente— es una lámpara donde se han ido a quemar otras polillas. No me parece cosa extraña en absoluto.

—Sería extraño en verdad —dijo Prezmyra— si se hubiera tratado de otro y no de Gaslark. Pero con él era seguro que la más loca fantasía repentina, por ligera que fuese, lo haría volar como el plumón de cardo^[144] al mismo cielo de las tormentas.

—Era una pompa de jabón en el aire, señora: colores muy hermosos por fuera y viento vacío dentro. Otros he conocido así —dijo Corinius, dirigiendo todavía su mirada sobre el príncipe, con estudiada insolencia.

Los ojos de Prezmyra bailaron.

—Oh Corinius, señor mío —dijo—, cambia primero tu propio atuendo, te lo ruego, antes de que acuses de locura interior a los que llevan atuendos alegres, no sea que, al contemplarte, dudemos de tus preceptos... o de tu sabiduría.

Corinius bebió su copa hasta el fondo y rió. Su cara hermosa e insolente estaba algo enrojecida en las mejillas y en la mandíbula afeitada, pues no cabía duda de que no había en el salón nadie más ricamente vestido que él. Su amplio pecho estaba encerrado en un colete^[145] de ante sin teñir, recamado de escamas de plata, y llevaba un collar de oro lleno de esmeraldas y un largo manto de brocado de seda azul celeste, forrado de tejido de plata. En la muñeca izquierda llevaba un gran anillo de oro, y en la cabeza una corona de brionia negra^[146] y de belladona^[147]. Gro susurró al oído de Córund:

—Está bebiendo aprisa, y todavía es temprano. Esto presagia males, pues cuando está borracho, le pisa los talones en él la indiscreción al mal humor.

Córund asintió con un gruñido, y dijo en voz alta:

—Gaslark podía haber alcanzado las cumbres más altas de la fama si no hubiera sido por aquella precipitación suya. No hemos oído historia más desdichada que la de su gran expedición a Duendelandia hace diez años, cuando tuvo de improviso la idea de que debía sojuzgar bajo sus pies a toda Duendelandia y convertirse en el mayor rey de todo el mundo, y contrató a Zeldornius, a Helteranius y a Jalcanaius Fostus...

—Los tres capitanes más notables del mundo —dijo La Fireez.

—Nada más cierto —dijo Córund—. Los contrató, y les entregó navíos, soldados, caballos y tal cúmulo de máquinas de guerra como no se ha visto en este siglo, y ¿dónde los envió? ¿A las tierras ricas y amenas de Beshtria? No. ¿A Demonlandia? Nada de eso. ¿A esta Brujolandia, donde ha arriesgado todo ahora con la vigésima parte de fuerzas y ha sufrido muerte y perdición? ¡No! Los envió a aquel desierto infernal de Duendelandia Superior, sin árboles, sin agua, sin un alma que le pagase tributo si la hubiera conquistado, salvo bandas errantes de duendes salvajes, con más pulgas en su piel que monedas en sus bolsas, os lo aseguro. ¿O es que quería ser rey entre los espíritus del aire, los fantasmas y los hobtruses que se encuentran en aquel desierto?

—Sin discusión alguna, hay diecisiete especies diferentes de espíritus en el Moruna —dijo Corsus de pronto y en voz muy alta, de manera que todos se volvieron a mirarle—: Espíritus ardientes, espíritus del aire, espíritus terrestres, por así decirlo, y espíritus de agua, y espíritus subterráneos. Sin discusión alguna, hay diecisiete especies, diecisiete especies diferentes de hobtruses y varias especies de espíritus, y, si tuviera humor para ello, podría decir de coro todos sus nombres.

El rostro pesado de Corsus estaba muy serio: sus ojos, algo inyectados en sangre y con bolsas, sus mejillas flácidas, su grueso bezo superior y sus bigotes grises y erizados. Había comido, sobre todo para provocar la sed, aceitunas en salmuera, alcaparras, almendras saladas, anchoas, pescado ahumado y boquerones fritos con mostaza, y ahora esperaba que el espinazo de buey salado le sirviera de almohada y lecho para nuevas potaciones^[148].

—¿Alguien sabe de seguro cuál fue la suerte de Jalcanaius, de Helteranius y de Zeldornius y de sus ejércitos? —preguntó la señora Zenambria.

—¿No he oído decir —dijo Prezmyra— que fueron llevados por los fuegos fatuos a las regiones hiperbóreas^[149], y que allí fueron hechos reyes?

—Me temo, hermana, que te lo dijo una urraca mentirosa —dijo La Fireez—. Cuando atravesé Duendelandia mayor hace seis años, me contaron muchos cuentos fantásticos sobre ello, pero ninguno digno de creer.

Entonces sirvieron el espinazo entre chalotas sobre una gran fuente de oro que portaban cuatro servidores, tan pesada era la fuente y su carga. Los ojos apagados de Corsus brillaron con algo de luz al verlo aparecer, y Córund se puso de pie con la

copa llena, y los brujos gritaron: «¡La canción del espinazo, oh Córund!».

Córund estaba de pie, gordo como una nutria en su ciclatón de terciopelo pardo, ceñido con un ancho cinturón de piel de cocodrilo bordeada de oro. Colgaba de sus hombros un manto de piel de lobo con el pelo por dentro, la parte exterior curtida y adornada de seda púrpura. Ya faltaba la luz de día hacía tiempo, y, a través de una niebla de sabores que se alzaban del banquete, los hachones le relucían en la cabeza calva rodeada de rizos gruesos y grises, y en los ojos grises y penetrantes, y en la barba larga y poblada.

—¡Animadme, señores! Y si alguno no me sigue en el estribillo, no volveré a quererle.

Y cantó esta canción del espinazo con una voz como el repicar de un gong; y todos gritaron el estribillo hasta que resonaron los platos apilados en las mesas de servicio:

Sacadme el viejo espinazo, el espinazo frío,
Y le pediré que venga a verme.
Carne asada, carne bien guisada,
Con una copa de Muscadino precioso:

*¿Cómo cantaré, cómo me pondré
En honordel cocinero jefe?*

El cerdo se volverá y me responderá
¿No te sobra un codillo? Fuera, fuera.
El pato, el ganso y el capón, buenas piezas,
Te bailarán alegremente, como el pavo,
Pero ¡oh, el espinazo, el espinazo para mí!

*¿Cómo cantaré, cómo me pondré
En honordel cocinero jefe?*

Con bebidas te ungiré de pies a cabeza,
Te haré correr mejor que la rueda recién engrasada;
Con pasta de empanada haré que seas
El octavo sabio de Grecia.
Pero ¡oh, el espinazo, el espinazo para mí!

*¿Cómo cantaré, cómo me pondré
En honor del cocinero jefe^[150]?*

Cuando se trinchó el espinazo y se llenaron las copas, el rey mandó y dijo:

—Llamad aquí a mi enano, y que haga ante nosotros sus gestos y sus gracias.

Entonces entró en el salón el enano, haciendo muecas y gestos, vestido con un jubón sin mangas de mocado^[151] amarillo y rojo. Y su cola larga y sin nervio arrastraba por el suelo detrás suyo.

—Algo sucio es este enano —dijo La Fireez.

—Mide tus palabras, oh príncipe —dijo Corinius—. ¿No sabes que es persona de

calidad? Ha sido embajador extraordinario del rey Gorice XI, de siempre gloriosa memoria, ante el señor Juss de Galing y los señores de Demonlandia. Y fue la mejor cortesía que pudimos hacerles, enviarles a este bufón como embajador.

El enano actuó ante ellos con gran contento de los señores de Brujolandia y de todos sus invitados, salvo que se burló de Corinius y del príncipe, y les llamó pavos reales, tan parecidos en sus plumajes brillantes que nadie sería capaz de distinguirlos; cosa que molestó bastante a ambos.

Y el rey tenía el corazón alegre con el vino, y repitió a Gro su promesa, diciéndole:

—Alégrate, Gro, y no dudes que cumpliré la palabra que te di y que te haré rey en Zajë Zaculo.

—Señor, vuestro soy para siempre —respondió Gro—. Pero creo que no estoy hecho para ser rey. Creo que siempre fui mejor artífice de la suerte de los demás que de la mía propia.

Cuando oyó esto el duque Corsus, que estaba caído sobre la mesa y casi dormido, exclamó con voz estruendosa pero hosca a la vez:

—¡Que una bandada de espíritus me guisen si no has dicho verdad! Que no te importe un comino si tu propia suerte sale torcida. Dadme vino, una copa a rebosar. ¡Ja, ja! ¡Tú vencerás!, ¡ja, ja! ¡Brujolandia! ¿Cuándo os ponéis la corona de Demonlandia, oh rey?

—¿Cómo, Corsus? —dijo el rey—. ¿Estás borracho?

Pero La Fireez dijo:

—Jurasteis la paz con los demonios en las islas de Foliot, y estáis obligados por fuertes juramentos a renunciar para siempre a vuestras aspiraciones al señorío de Demonlandia. Yo confiaba en que estuvieran concluidas vuestras disputas.

—Pues lo están —dijo el rey.

—Decís bien: muy bien, oh rey; muy bien, La Fireez —dijo Corsus, riendo débilmente—. Pues Demonlandia es una fruta madura dispuesta a caerme en la boca como esto: mirad.

Y, reclinándose hacia atrás, abrió mucho la boca, sosteniendo sobre la misma por una pata un verdecillo^[152] guisado en su propia salsa. El pájaro se le deslizó de entre los dedos y le cayó sobre la mejilla, y de allí al pecho, y de éste al suelo, y su loriga de malla de bronce y las mangas de su ciclatón verde pálido quedaron manchadas de salsa.

Al verlo Corinius, soltó grandes risotadas; pero La Fireez enrojeció de ira y dijo con gesto ceñudo:

—Señor mío, la embriaguez es una gracia que sólo hace reír a los esclavos.

—Entonces siéntate y calla, príncipe —dijo Corinius—, no sea que pongamos en duda tu calidad. Yo me río de mis pensamientos, que son muy escogidos.

Pero Corsus se limpió la cara y rompió a cantar:

Cuando bebo del vino,
Caen dormidos mis cuidados.
Una higa a los trabajos,
Una higa a los sudores,

Una higa hago a los cuidados.
Si ha de venir la muerte aunque yo lo niegue,
¿Para qué cargar los días de mi vida con labores?
vamos, bebamos entonces el vino
De Baco, hermoso a la vista;
Pues, siempre que estamos bebiendo,
Caen dormidos nuestros cuidados^[153].

Con eso, Corsus se derrumbó pesadamente hacia delante, sobre la mesa. Y el enano, cuyas burlas habían aceptado bien todos los presentes incluso cuando recaían sobre ellos mismos, saltaba arriba y abajo exclamando:

—¡Oíd una maravilla! Esta morcilla canta. ¡Esclavos! ¡La habéis puesto en la mesa sin plato! No hubo plato que bastara para contener tanta sangre de buey y grasa. Aprisa, trinchadla antes de que los vapores le revienten la piel.

—Yo sí que te trincharé, basura—dijo Corsus poniéndose de pie de un salto; y, agarrando al enano de la muñeca con una mano, le dio un gran puñetazo en la oreja con la otra.

El enano chilló y mordió a Corsus el pulgar hasta el hueso, de manera que le hizo soltar la presa; y el enano huyó del salón, mientras los presentes reían divertidos.

—Así huye la locura ante la sabiduría del vino —dijo el rey—. La noche es joven; traedme botargas^[154], caviar y tostadas. Bebe, príncipe. El vino de Thramnia, que es como miel espesa, atrae el alma a la filosofía divina. ¡Qué vana es la ambición! Fue la perdición de Gaslark, cuyas empresas de tanto empuje y momento han terminado así, como en una nada^[155]. O ¿qué crees tú, Gro, que eres filósofo?

—Oh, pobre Gaslark —dijo Gro—. Se le había subido todo a la cabeza, y, si nos hubiera derrotado, contra todo pronóstico, no estaría más cerca de saciar los deseos de su corazón que cuando salió de su casa. Pues hacía mucho tiempo que tenía en Zajë Zaculo comida y bebida y tesoros y músicos y una bella esposa, suaves comodidades y contentos para todos los días de su vida. Y al final, comoquiera que dirijamos nuestra carrera, viene la adormidera que nos espera a todos en el puerto del olvido, difícil de limpiar. Hojas mustias y secas de laurel o de ciprés y un poco de polvo. No queda nada más.

—Lo digo con ceño triste —dijo el rey—: Tengo por sabio al que se queda tranquilo y feliz, como el Foliot Rojo, y no tienta a los dioses con una ambición desmesurada buscando su perdición.

La Fireez se había recostado en su sitial de honor con los codos apoyados en sus

altos brazos y las manos caídas descuidadamente a cada lado. Acogió las palabras del rey Gorice con la cabeza alta y con una sonrisa incrédula.

Gro dijo al oído de Córund:

—Extraño humor ha encontrado el rey en la copa.

—Creo que tú y yo estamos fuera de lugar aquí —respondió Córund cuchicheando—, pues todavía no estamos borrachos; la causa de ello es que tú bebes con mesura, y haces bien, y yo llevo en el cinturón esta amatista que me mantiene sobrio por henchido que esté de vino.

—Os holgáis en burlaros, oh rey —dijo La Fireez—. Por mi parte, antes preferiría sostener este melón entre los hombros que tener una cabeza tan cerrada como la de aquél al que le falta la ambición.

—Si no fueras príncipe y huésped nuestro —dijo Corinius—, diría que has hablado como corresponde a un hombrecillo. Brujolandia no tiene que afectar esos aires, y puede permitirse hablar como el rey nuestro señor, con humildad digna. Los pavos gluglutean y andan pavoneándose; muy otra cosa hace el águila, que tiene el mundo a su alcance.

—Lo siento por ti —exclamó el príncipe—, si esta victoria tan fácil se te ha subido a la cabeza. ¡Goblins!

Corinius torció el gesto. Corsus se rió entre dientes y dijo, hablando para sí pero de modo que todos lo pudieron oír:

—¿Goblins, dice? Habría sido caza menor si sólo hubieran estado ellos. Sí, eso es: si sólo hubieran estado ellos.

El ceño del rey estaba como una nube negra y temible. Las mujeres contuvieron la respiración. Pero Corsus, plácidamente inconsciente de toda aquella tormenta que se avecinaba, se acompañaba dando golpes en la mesa con su copa mientras cantaba ebriamente con una música muy lúgubre:

Quando las aves naden por el mar profundo,
Y los pescados vuelen por el aire;
Quando el agua queme y el fuego hiele,
Y las ostras nazcan en los árboles^[156]...

Un sonoro ataque de hipo le hizo callar.

La conversación había languidecido; los señores de Brujolandia, incómodos, procuraban ajustar sus expresiones al aspecto del rey. Pero Prezmyra habló, y la música de su voz llegó como una lluvia refrescante:

—Esta canción de mi señor Corsus —dijo— me hizo esperar la respuesta a una cuestión filosófica; pero veis que Baco se ha llevado su alma al Elíseo durante una temporada, y temo que hoy no ha de salir de su boca verdad ni sabiduría alguna. Y ésta era mi cuestión: si es cierto que todos los animales de la tierra tienen sus correspondientes en el mar. Mi señor Corinius, o tú, príncipe y hermano mío, ¿puedes

resolverla?

—Vaya, así se cree, señora —respondió La Fireez—. Y, si lo estudias, descubrirás muchos buenos ejemplos: la rana de mar, la zorra de mar, el caballito de mar, el león marino, el oso de mar... Y sé que los bárbaros de Esamocia comen una conserva de ratones de mar, machacados y mezclados en un mortero con la carne de aquella bestia que llaman bos mannus, condimentada con ajos y sal.

—¡Puah! Habladme de otra cosa, pronto —exclamó la señora Sriva—, antes de que mi imaginación se represente el sabor de esa carne tan mala. Os lo ruego, alcanzadme aquellos melocotones dorados y esas pasas del sol como antídoto.

—El señor Gro te instruirá mejor que yo —dijo La Fireez—. Por mi parte, aunque poseo un noble concepto de la filosofía, tengo poco tiempo libre para estudiarla. He cazado tejones muchas veces, pero jamás he indagado esa cuestión de los doctos, que se preguntan si es verdad que tienen las patas de un lado más cortas que las del otro. Y tampoco sé, a pesar de todas las lampreas que he comido, cuántos ojos tiene la lamprea, si son nueve o son dos.

Prezmyra sonrió y dijo:

—Oh hermano mío, me temo que estás demasiado anublado con el polvo del combate y del campo de batalla para que te agraden estas bonitas investigaciones. Pero, mi señor Gro, ¿hay pájaros en el fondo del mar?

—En los ríos sí, sin duda —respondió Gro—, aunque sólo son los pájaros del aire que pasan allí una temporada. Y yo mismo los he encontrado en Duendelandia Exterior, dormidos durante el invierno en el fondo de los lagos y de los ríos de dos en dos, pico con pico y ala con ala. Pero vuelven a revivir en la primavera, y poco a poco se llenan de sus cantos los bosques. Y en cuanto al mar, existen verdaderos cuclillos de mar, zorzales de mar, golondrinas marinas y muchos más.

—Es hartos extraño —dijo Zenambria.

Corsus cantó:

Cuando los hechiceros pierdan sus encantamientos,
Cuando las arañas no hagan daño a las moscas.

Prezmyra se volvió a Córund y dijo:

—¿No tuvisteis una discusión amistosa entre vosotros, mi señor, acerca del sapo y la araña^[157], en la que tú mantenías que se destruyen ponzoñosamente el uno a la otra, y el señor Gro decía que te mostraría lo contrario?

—Así fue, señora mía —dijo Córund—, y todavía está pendiente la cuestión.

Corsus cantó:

Y cuando el mirlo deje de cantar,
Y se ponga como serpiente a picar,
Entonces podréis decir, y con justicia,

Que el mundo viejo se ha vuelto nuevo.

Y con esto se volvió a hundir en un silencio pomposo.

—Rey y señor —exclamó Prezmyra—, os suplico que mandéis que se concluya esta diferencia entre dos miembros de vuestro consejo, antes de que se encone peligrosamente. Que les traigan sin tardanza un sapo, oh rey, y arañas, para que puedan hacer la experiencia ante esta buena compañía.

Con eso, todos se echaron a reír, y el rey dio órdenes a un esclavo, que trajo en poco tiempo hasta siete gruesas arañas, y una copa de cristal de roca, y encerrado con ellas, bajo la copa, un sapo, y lo puso todo ello ante el rey. Y todos lo contemplaron con interés.

—Apostaré dos firkins de vino blanco de Permia contra un manajo de rábanos —dijo Córund— a que las arañas se alzan con la victoria. Mirad cómo se sientan en su cabeza y se pasean por todo su cuerpo sin resistencia alguna.

—Apostado —dijo Gro.

—Perderás la apuesta, Córund —dijo el rey—. A este sapo no le hacen daño las arañas, y está quieto por astucia suya, para que se confíen y así poder tragárselas.

Mientras observaban esto, se sirvieron frutas: manzanas reinetas, almendras, granadas y pistachos, y nuevos cuencos y jarras de vino, y entre ellos un frasco de cristal de vino de Krothering, de color de melocotón, cosechado hacía muchos veranos en los viñedos que se extienden al sur del castillo del señor Brándoch Dahá, hacia el mar.

Corinius bebió copiosamente y exclamó:

—¡Este vino de Krothering es una bebida digna de reyes! Dicen las gentes que estará muy barato este verano.

La Fireez le dirigió una mirada al oír esto, y el rey, al advertirlo, dijo a Corinius al oído:

—¿Quieres ser prudente? Que tu orgullo no te haga creer que te trataré mejor que al más vil de mis esclavos si este príncipe barrunta mis secretos por tu causa.

Ya se hacía tarde, y las mujeres pidieron licencia para retirarse y se dirigieron a la puerta acompañadas con gran pompa por esclavos con hachones. Al cabo de un tiempo, cuando ya se habían marchado, Córund exclamó:

—¡La peste se lleve a todas las arañas! Tu sapo ya se ha tragado una.

—¡Dos más! —dijo Gro—. Presto sucumbe tu filosofía^[158], oh Córund, se ha tragado dos de un bocado, y no quedan sino cuatro.

El señor Corinius, cuya tez ya estaba inflamada por haber bebido desafortadamente, alzó su copa y exclamó, mirando a los ojos al príncipe:

—Advierte bien, La Fireez, este agüero y esta profecía. Primero, una; luego, dos de un bocado; y creo que, poco tiempo después, las cuatro que restan. ¿No temes ser araña tú también cuando llegue la hora del combate?

—¿Estás rematado^[159] por la bebida, Corinius? —dijo el rey sin aliento, con la voz temblando de ira.

—Es el comedor de mermelada más agudo con el que he conversado jamás —dijo La Fireez—, pero no sé de qué diablos habla.

—Hablo —respondió Corinius— de cosas que deberían borrarte del rostro esa sonrisita. Hablo de nuestros antiguos enemigos, esos perros inmundos de Demonlandia. Del primer bocado, Goldry, llevado el cielo sabe dónde por el enviado del rey, en una ráfaga mortal...

—¡El diablo te lleve! —exclamó el rey—. ¿Qué parlerías de borracho son éstas?

Pero el príncipe la Fireez se puso rojo como la sangre, y dijo:

—¡Conque esto es lo que hay detrás de tantos enigmas! ¿Y hacéis la guerra a Demonlandia? No contéis con mi ayuda en ella.

—Eso no nos quitará el sueño —dijo Corinius—. Tenemos la boca lo bastante grande para tragarnos un bocado de mazapán como tú, si te pones difícil.

—La tuya, al menos, es lo bastante grande para chismorrear el mayor de los secretos, como advertimos ahora entre risas —dijo La Fireez—. Si yo fuera el rey, te pintaría en la piel unos bigotes de langosta por beodo y por papagayo parlanchín^[160].

—¡Me insulta! —exclamó el señor Corinius, poniéndose de pie de un salto—. No tolero un insulto ni a los dioses del cielo. ¡Muchacho, alcánzame una espada! Le haré recortes beshtrianos en las tripas^[161].

—¡Quietos, por vuestras vidas! —dijo el rey en voz alta, mientras Córund se dirigía a Corinius, y Gro al príncipe para tranquilizarlos—. Corinius está herido en la muñeca y no puede pelear, y parece que la herida también le ha dado fiebre en el cerebro.

—Curadlo, pues, de este tajo que le dieron los goblins, y yo lo trincharé como a un capón^[162] —dijo el príncipe.

—¡Goblins! —dijo Corinius ferozmente—. Has de saber, vil sujeto, que esta herida me la hizo el mejor esgrimidor del mundo. Si hubieras sido tú el que estabas ante mí, te habría hecho tajadas, a ti que ya eres capón.

Pero el rey se puso de pie majestuosamente y dijo:

—¡Silencio, por vuestras vidas! —Y los ojos del rey relucieron de ira, y dijo—: En cuanto a ti, Corinius, ni tu juventud ardiente, ni tu sangre rebelde, ni aun el vino con que has henchido ese vientre ávido tuyo, harán que modere el rigor de mi cólera. Dejo para mañana tu castigo. Y tú, La Fireez, cuida de portarte con mayor humildad en mis salones. El mensaje que tu heraldo me trajo cuando llegaste aquí esta mañana fue demasiado altanero, y olía demasiado a saludo de igual a igual, y llamabas a tu tributo «don», aunque éste, y tú, y todo tu principado sois míos, y tengo derecho a hacer de vosotros como me plazca. Pero lo toleré; y creo que hice mal, pues tu altanería, alimentada con mi tolerancia, se alza en mi mesa con mayor desacato, e

insultas y suscitadas reyertas en mis salones. Ten cuidado, no sea que mi ira forje rayos contra ti.

El príncipe La Fireez respondió y dijo:

—Guarda tu ceño fruncido y tus amenazas para tus esclavos cuando te ofendan, oh rey, pues a mí no me dan miedo y me río de ellas. Y tampoco me cuido de responder a tus palabras injuriosas, pues bien conoces, oh rey, mi amistad antigua con tu casa, y con Brujolandia, y los lazos de matrimonio que me hacen amar al señor Córund, al que entregué a mi señora hermana. Si yo no tengo estómago para proclamar tu soberanía como un ministro servil, no debes enfadarte por ello, pues te he pagado tu tributo; sí, y con creces. Pero estoy vinculado con Demonlandia, como todo el mundo sabe, y podrás convencer a las luminarias del cielo de que bajen y luchen a tu lado contra los demonios antes que me convenzas a mí. Y a Corinius, que tanto se vanagloria, le digo que Demonlandia siempre ha sido demasiado dura de roer para vosotros los brujos. Goldry Bluszco y Brándoch Dahá os lo han demostrado. Éste es el consejo que te doy, oh rey: que hagas las paces con Demonlandia. Mis razones son, primera, que no tienes causa justa para disputar con ellos, y segunda (y ésta deberá moverte más), que si insistes en luchar contra ellos, será tu ruina y la de toda Brujolandia.

El rey se mordió los dedos con muestras de una cólera extraordinaria, y no se oyó ningún ruido en el salón durante un minuto. Sólo Córund habló en secreto con el rey y le dijo:

—Señor, os ruego, por lo que más queráis, que moderéis vuestra real ira. Podréis darle de latigazos cuando regrese mi hijo Hacmon, pero hasta entonces nos supera en número, y los de vuestro bando están tan tomados del vino que, creedme, no apostaría el valor de un nabo por nuestras posibilidades de victoria si llegamos a las manos.

Córund estaba afectado de corazón, pues sabía bien que su señora esposa deseaba, sobre todas las cosas, el mantenimiento de la paz entre La Fireez y los brujos.

En aquel momento, Corsus, algo despabilado de su letargo en mala hora por las voces y movimientos, empezó a cantar:

Cuando todas las cárceles de por acá
Hayan soltado a todos sus presos,
Porque no encuentren causa alguna
Para encerrarlos según las leyes...

Al oír esto Corinius, en quien el vino y las disputas y la reprimenda del rey habían prendido una hoguera de malicia temeraria y descabellada, ante la cual todos los acuerdos de prudencia y de mesura se disipaban como la cera en un horno, dijo a grandes voces:

—¿Quieres ver a nuestros prisioneros en el salón viejo de banquetes, oh príncipe, para convencerte de que eres un asno?

—¿Qué prisioneros? —exclamó el príncipe poniéndose de pie de un salto—. ¡Furias infernales! Estoy cansado de estos enigmas oscuros y quiero conocer la verdad.

—¿A qué viene esa rabia bestial tuya? —dijo el rey—. El hombre está borracho. Basta de palabras desenfundadas.

—No puedes engañarme con eso. Quiero conocer la verdad —dijo La Fireez.

—Y la conocerás —dijo Corinius—. Es ésta: que nosotros los brujos somos mejores que tú y que tus trasgos de corazón de gallina, y mejores que los demonios malditos. Es inútil seguir ocultándolo. Hemos apresado a dos de esa ralea y los hemos clavado a la pared del salón viejo de banquetes, como clavan los granjeros las comadreas y los turones en las puertas de los graneros. Y allí se quedarán hasta que mueran: Juss y Brándoch Dahá.

—¡Oh mentira vil! —dijo el rey—. Haré que te despedacen.

Pero Corinius dijo:

—Velo por vuestro honor, oh rey. Basta de encogernos ante estos trasgos.

—Mientes —dijo el rey—, y te costará la vida.

Hubo un silencio mortal durante un rato. Por fin, el príncipe se sentó lentamente. Tenía el rostro pálido y contraído, y habló al rey, despacio y con voz calmada:

—Oh rey, perdonad que me acalorase algo con vos. Y, si he omitido alguna fórmula de pleitesía que os debo, pensad que ha sido por ser propio de mi sangre despreciar tales ceremonias, y no por falta de amistad con vos ni porque haya soñado jamás con dudar de vuestro señorío. Todo lo que pidáis de mí y que no vaya en contra de mi honor, toda ceremonia o pleito homenaje, lo llevaré a cabo con alegría. Y mi espada está dispuesta contra vuestros enemigos, salvo contra Demonlandia. Pero aquí, oh rey, hay una torre que se tambalea y amenaza con caer sobre nuestra amistad y hacerla pedazos. Bien sabes, oh rey, y bien saben todos los señores de Brujolandia, que mis huesos llevarían seis años blanqueándose al sol en Duendelandia Mayor si el señor Juss no me hubiera salvado de los duendes bárbaros que seguían a Fax Fay Faz y que me sitiaron durante cuatro meses, rodeado con mis pequeñas huestes en Lida Nanguna. Tendréis mi amistad, oh rey, si me entregáis a mis amigos.

Pero el rey dijo:

—No tengo a tus amigos.

—Mostradme entonces el salón viejo de banquetes —dijo el príncipe.

—Presto te lo mostraré —dijo el rey.

—Quiero verlo ahora mismo —dijo el príncipe, y se levantó de su asiento.

—No quiero fingir contigo más tiempo —dijo el rey—. Te quiero bien. Pero, cuando me pides que te entregue a Juss y a Brándoch Dahá, pides una cosa que toda Trasgolandia y la sangre de tu corazón querido no podrían conseguir de mí. Son mis peores enemigos. No sabes con cuántos trabajos y peligros he conseguido ponerles la

mano encima por fin. Y ahora, no vayas a dejar de creer en mi palabra movido de tu esperanza cuando te juro que Juss y Brándoch Dahá se pudrirán en su prisión y morirán en ella.

Y La Fireez no fue capaz de persuadir al rey ni con palabras dulces, ni con ofertas de riquezas y de grandes ventajas, y de apoyo en la paz y en la guerra. Y el rey dijo:

—Paciencia, La Fireez, o me harás cansar. Deben pudrirse.

Y cuando el príncipe La Fireez se dio cuenta de que no podía persuadir al rey con palabras dulces, tomó su hermosa copa de cristal de roca, que tenía forma de huevo y tres garras de oro que le servían de soporte, unidas a una banda de oro engastada de topacios que la rodeaba por el centro, y se la arrojó al rey Gorice, de tal modo que la copa le golpeó en la frente, y el cristal se rompió con la fuerza del golpe, y descalabró al rey y lo dejó sin sentido.

Entonces se formó un gran tumulto en el salón de banquetes; y Córund no consintió que nadie fuera más ligero de manos que él, y, tomando su mandoble, exclamó: «¡Cuida del rey, Gro!», y saltó sobre la mesa. Y sus hijos y Gallandus y los demás brujos hicieron lo mismo y tomaron sus armas, y otro tanto hicieron La Fireez y sus hombres; y se combatió en el gran salón de Carcë. Corinius, que sólo podía blandir un arma con la mano izquierda, no dejó por ello de saltar al combate muy valerosamente, y gritó al príncipe con muchas palabras injuriosas que se midiera con él. Pero los vapores de la bebida desmedida, que lo habían vuelto loco furioso al subírsele a la cabeza, le habían aflojado las piernas, privándolas de su agilidad acostumbrada. Y Corsus, que estaba por entonces casi sin habla y atontado por la bebida, de tal manera que no entendía la causa de aquel alboroto más que la hubiera entendido un niño de pecho, se tambaleaba con la copa en la mano gritando:

—¡La embriaguez es mejor para el cuerpo que la medicina! ¡Bebed siempre, y jamás moriréis!

Gritando así, recibió en plena boca el golpe de una tajada de ternera que le arrojó Elaron de Trasgolandia, capitán de la guardia de corps del príncipe, y cayó como un puerco sobre Corinius, y quedó tumbado sin sentido ni movimiento. Las mesas se volcaron, y se dieron y recibieron heridas, y los brujos empezaron pronto a llevar la peor parte. Pues, aunque los trasgos no eran tan buenos guerreros como los de Brujolandia, tenían la ventaja de que estaban casi serenos, y sus enemigos eran otros tantos barriles de vino, y los más se tambaleaban y desvariaban de tanto beber y trasegar. Tampoco le sirvió del todo a Córund su amatista, pues el vino le embotaba las venas de modo que le faltaba el aliento, y sus golpes eran más ligeros y más lentos de lo debido.

Y, por el amor que tenía a su hermana Prezmyra y por su antigua amistad con Brujolandia, el príncipe mandó a sus hombres que sólo lucharan para dominar a los brujos, sin matar a ninguno si ello era posible, y les conminó a que no hicieran daño

al señor Córund, so pena de la vida. Y, cuando los hubieron sobrepujado, La Fireez mandó a algunos de sus hombres que tomaran jarras de vino y lo arrojaron con fuerza a la cara de Córund y a sus hombres, mientras otros los amenazaban con las puntas de sus armas, hasta que cayeron derribados con la fuerza del vino que tenían tanto por fuera como por dentro. Y bloquearon la gran puerta del salón con los bancos y con las mesas y sus pesados caballetes de roble, y La Fireez encargó a Elaron que defendiera la puerta con la mayoría de los de su séquito, y puso guardias por fuera de cada ventana, para que nadie pudiera salir del salón.

El príncipe tomó hachones^[163] y se dirigió con otros seis al salón viejo de banquetes, rindió a la guardia, forzó las puertas y se encontró ante el señor Juss y el señor Bránoch Dahá, que estaban colgados de las paredes por sus grillos uno junto al otro. Se quedaron algo deslumbrados por la luz de los hachones, pero el señor Bránoch Dahá habló y saludó al príncipe, y su tono burlón, altanero y descuidado apenas parecía hueco, a pesar de todo el hambre padecida y de su larga vigilia y de las cuitas y trabajos de su tribulación.

—¡La Fireez! —dijo—. Nunca rompió el alba hasta hoy^[164]. Creí que eras un turón fingido formado en henos y pantanos, engendro de Brujolandia, que volvía para dirigirnos burlas y rechiflas.

La Fireez le contó lo que había sucedido, y dijo:

—La ocasión vuela. Os libero con esta condición: que salgáis conmigo de Carcë inmediatamente, y que no busquéis vengaros de los brujos esta noche.

Juss asintió a esto, y Bránoch Dahá rió y dijo:

—Príncipe, te quiero tanto que no te puedo negar nada, aunque fuera que me afeitase la mitad de la barba, que vistiera de fustán hasta el tiempo de la cosecha, que durmiera vestido y que charlara de necedades piadosas con el perrillo faldero de mi dama durante siete horas cada día. Esta noche somos completamente tuyos. Espéranos sólo un instante: esta comida tiene tan buen aspecto, que no podemos dejar de probarla después de mirarla tanto tiempo. Además, sería una descortesía dejarla así.

Y, ya libre de sus cadenas, comió una gran tajada de pavo y tres codornices deshuesadas y servidas en gelatina, y Juss comió una docena de huevos de chorlito y una perdiz fría. El señor Bránoch Dahá dijo:

—Te lo ruego, Juss, rompe las cáscaras de los huevos cuando acabemos de comer, no sea que algún hechicero grabe o escriba en ellas tu nombre, para hacerte así algún mal. —Y, sirviéndose una copa de vino, se la bebió, y, mientras volvía a llenarla, dijo —: ¡Que me pierda si éste no es mi propio vino de Krothering! ¿Habéis visto algún huésped más solícito que el rey Gorice? —Y, antes de beber la segunda copa, la alzó ante el señor Juss, diciendo—: Volveré a beber contigo en Carcë cuando el rey de Brujolandia y todos sus señores estén muertos.

Después tomaron sus armas, que estaban sobre la mesa, allí colocadas para que afligieran sus almas y sin creer que pudieran volverlas a tomar; y, alegres de corazón, aunque algo entumecidos los miembros, salieron de aquel salón de banquetes con La Fireez. Cuando llegaron al patio, Juss habló y dijo:

—Aquí, nuestro honor podría contenernos incluso si no hubiéramos cerrado trato alguno contigo, La Fireez. Pues sería vergonzoso para nosotros caer sobre los señores de Brujolandia cuando están borrachos e incapaces de hacernos frente en combate igual. Pero, antes de irnos de Carcë, registremos esta fortaleza buscando a mi deudo Goldry Bluszco, pues sólo por él y con esperanza de encontrarlo emprendimos este viaje.

—Convengo en ello, siempre que no toquéis cosa alguna sino a Goldry si dais con él —dijo el príncipe.

Y, después de encontrar unas llaves, registraron todo Carcë, llegando incluso a la cámara temible donde el rey había pronunciado sus conjuros, y a los sótanos y bodegas bajo el río. Pero de nada les sirvió.

Estaban de pie en el patio a la luz de las antorchas cuando salió a un balcón la señora Prezmyra con su vestido de noche, inquieta por el ruido del registro. Parecía etérea como una nube flotando por la noche balsámica, como una nube tocada del hálito de la luna que no ha salido.

—¿Qué transformación es ésta? —dijo—. ¿Demonios sueltos por el patio?

—Sosiégate, querida mía —dijo el príncipe—. Tu esposo está a salvo, y creo que todos los demás también; salvo el rey, que está descalabrado, cosa que lamento, y que se curará pronto sin duda alguna. Todos yacen esta noche en el salón de banquetes, pues están demasiado cargados de sueño por el festín para pasar a sus aposentos.

—Mis temores se hacen realidad. ¿Has roto con Brujolandia? —exclamó Prezmyra.

—Eso no puedo juzgarlo —respondió él—. Mañana les dirás que no hice nada movido por el odio, ni nada a lo que no me obligaran las circunstancias. Pues no soy tan cobarde ni tan villano de dejar enjaulados a mis amigos mientras me quedan fuerzas para luchar por su libertad.

—Debéis salir de Carcë de inmediato —dijo Prezmyra—, en este mismo instante. Mi hijastro Hacmon, que fue enviado a reunir fuerzas para asustarte si era preciso, ya cabalga hacia aquí desde el sur con una gran compañía. Tus caballos están frescos, y bien podéis ganar la delantera a los hombres del rey si os persiguen. Vete, si no quieres abrir entre nosotros un río de sangre.

—Entonces, adiós, hermana. Y no dudes que estas escisiones entre Brujolandia y yo pronto quedarán arregladas y olvidadas.

Así habló el príncipe con voz alegre, aunque afligido de corazón. Pues bien imaginaba que el rey nunca le perdonaría aquel golpe, ni que le hubiera robado la

presa.

Pero ella dijo tristemente:

—Adiós, hermano mío. Y mi corazón me dice que no te veré más. Cuando sacaste de su prisión a estos dos, arrancaste dos mandrágoras que traerán dolor y muerte^[165] a ti y a mí, y a toda Brujolandia.

El príncipe calló, pero el señor Juss hizo una reverencia a Prezmyra y dijo:

—Señora, estas cosas están en el regazo del destino. Pero no creas que, mientras tengamos vida y aliento, dejaremos de apoyar a tu hermano el príncipe. Sus enemigos serán enemigos nuestros, en recuerdo de esta noche.

—¿Lo juras? —preguntó ella.

—Señora, te lo juro a ti y se lo juro a él —respondió él.

La señora Prezmyra se retiró tristemente a su cámara. Y al poco tiempo oyó los cascos de sus caballos sobre el puente, y, asomándose, los vio galopar por el camino de los reyes, pálidos a la luz cobriza de la luna menguante que salía sobre Trasgolandia. Así quedó sentada junto a la ventana de la alta alcoba de Córund, mirando por ella, mientras transcurría la noche, mucho después de que los señores de Demonlandia y los hombres de su hermano se hubieran perdido de vista, mucho después de que hubiera dejado de resonar en el camino el último casco. Al cabo de un tiempo, se oyeron por el sur nuevos cascos de caballos, y un ruido como el de muchos que cabalgan juntos; y ella supo que era el joven Hacmon, que volvía de Permio.

LA PRIMERA EXPEDICIÓN A ÖUENÖELANÖIA

De la llegada de los demonios a sus casas, y de cómo supo el señor Juss por un sueño dónde debía buscar noticias de su querido hermano, y de cómo se reunieron en consejo en Krothering y decidieron emprender su expedición a Öuendelandia.



La noche del solsticio de verano, de ambrosía, con ciclatón de estrellas, caminaba sobre el mar cuando el barco que conducía a los demonios a sus hogares se acercaba al final de su viaje. Los mantos del señor Juss y del señor Brändoch Dahá, que dormían en la popa, estaban húmedos de rocío. Navegaron apaciblemente durante aquella noche encantada, en la que los vientos se habían quedado dormidos y no se oía nada más que las olas que hablaban bajo la quilla del barco, la canción cadenciosa e invariable del timonel, y el crujido, el zambullido y el chapoteo de los remos, que seguían la cadencia de su canto. Vega brillaba como un zafiro cerca del cenit, y Arturo estaba bajo hacia el noroeste, como un faro colocado sobre Demonlandia. Fomalhaut salía del mar en el remoto suroeste, esplendor solitario en la región oscura de Capricornio y de Piscis.

Así remaron hasta que rompió el día y surgió un viento ligero, fresco y potente. Juss despertó, y se puso de pie para recorrer con la mirada la superficie gris y vidriosa del mar que se extendía hasta vastas distancias en las que el cielo y el agua se confundían en uno. A popa, grandes nubes cubrían las puertas del día, hirviendo hacia arriba para formar riscos de vapores vinosos y penachos ardientes con la salida del sol. Por los espacios sin mancha del cielo, sobre éstos navegaba la luna bicorne, frágil y pálida como una flor blanca de espuma que el aire ha arrancado de las olas^[166]. Hacia el oeste, frente al humo tormentoso del alba, los riscos lejanos y delgados de Kartadza eran como cristal tallado contra el cielo: la primera isla centinela de Demonlandia, la de las muchas montañas, con sus acantilados más altos iluminados de oro pálido y amatista mientras las alturas inferiores estaban oscuras, envueltas entre los pliegues de la noche. Y, al despuntar el día, las neblinas que rodeaban las faldas de la montaña se levantaron en masas ondulantes que crecían, menguaban y volvían a crecer, perturbadas por los vientos porfiados que la mañana despertaba en la ladera encajonada y desperdigadas por ellos en mechones y en jirones. Algunos eran arrastrados hacia arriba, ascendiendo por los grandes barrancos de las rocas bajo el pico, mientras de vez en cuando una bocanada de nube ondeaba libremente durante un rato, flotaba como dispuesta a volar al cielo, y luego volvía a caer indolentemente hasta la ladera de la montaña para cubrirla con una capa insustancial de vapor dorado.

Y ya se veía claramente toda la costa occidental de Demonlandia, cincuenta millas o más desde Northhouse Skerries, pasando por los Drakeholms y las lomas bajas de Kestawick y de Byland, más allá de las cuales se alzan las montañas del Scarf, pasando por la silueta quebrada de los Thombacks y los lejanos picos de Neverdale que dominan las costas boscosas de Onwardlithe y Tivarandardale inferior, hasta el promontorio de la tierra más al Sur, pálido y neblinoso por la distancia, donde la gran cordillera de Rimon Armon sumerge en el mar su último baluarte bravío.

Como un amante que contempla a su amada, así contemplaba el señor Juss a Demonlandia que surgía del mar. No pronunció palabra hasta que llegaron ante la ría de Lookinghaven y tuvieron a la vista el lugar donde, más allá del promontorio puntiagudo, se abría el estrecho entre Kartadza y la tierra firme. Aunque el mar exterior se hallaba en calma, el aire del estrecho estaba impregnado de la espuma de las aguas que se agitaban entre los arrecifes y los bajíos. Pues la marea corría por aquel estrecho como por el cauce de un molino, y su rugido se oía a dos millas, donde navegaban ellos. Juss dijo:

—¿Recuerdas cómo conduje a la escuadra de los ghouls a aquellas fauces? No te lo quise decir por vergüenza, pero estaba fuera de mí. Hoy es el primer día, desde que cayó sobre nosotros el enviado, que no he deseado que me hubieran tragado a mí también los freos de Kartadza para terminar la vida junto a los ghouls malditos.

El señor Brándoch Dahá le dirigió una mirada rápida y calló. En poco tiempo llegó el navío a Lookinghaven y atracó junto al muelle de mármol. Allí estaba Spitfire entre su gente, diciendo:

—Tenía todo preparado para llevaros a casa en triunfo a los tres desde el barco, pero Volle lo desaconsejó. Me alegro de haber seguido su consejo y de haber guardado las cosas que tenía preparadas. Ahora me estarían hiriendo el corazón si las viera.

—Oh hermano mío —le respondió Juss—, este ruido de martillos en Lookinghaven y esas diez quillas colocadas sobre las gradas de las atarazanas me muestran que, desde que llegaste a casa, te has ocupado de cosas más adecuadas a nuestras necesidades que las hojas de laurel y los instrumentos alegres.

Y montaron a caballo, y, mientras cabalgaban, relataron a Spitfire todo lo que había sucedido desde que salieron rumbo a Carcë. De aquel modo se dirigieron al norte, dejando atrás la bahía, y superaron la lengua de Havershaw hasta llegar a Beckfoot, donde tomaron el camino superior que asciende hasta Evendale, cerca de los despeñaderos del pico Starksty, y así llegaron a Galing un poco antes del mediodía.

La roca negra de Galing está al final de la estribación que desciende de la cresta sur del Drakeholm menor, separando a Brankdale de Evendale. Por tres lados de los muros del castillo caen en picado los precipicios hasta los bosques espesos de robles

y de abedules y de serbales que alfombran las llanuras del fondo del valle de Moongarth y empluman las paredes de la hoz por donde se despeña el torrente de Brankdale en cascada tras cascada. Sólo por el nordeste podría llegar al castillo una criatura que no tuviese alas, por un paso montañoso suave y cubierto de hierba de menos de un tiro de piedra de ancho. Por aquel paso transcurre la senda empedrada que va del camino de Brankdale a la puerta del León, y detrás de esta puerta está el jardín con la avenida de césped entre los tejos donde había estado Lessingham con el martinete hacía nueve semanas, a su llegada a Demonlandia.

Cuando cayó la noche y hubieron cenado, Juss caminó solo por el adarve de su castillo, contemplando las constelaciones que brillaban en el cielo sin luna sobre las sombras poderosas de las montañas, escuchando el ulular de los búhos y el tañido lejano de los cencerros de las vacas, y respirando la fragancia que subía del jardín al viento de la noche, que incluso en pleno verano tenía el fuerte sabor de las montañas y del mar. Estas visiones y aromas y voces de la noche sagrada lo cautivaron tanto, que sólo faltaba una hora para la medianoche cuando bajó del adarve y llamó a los siervos soñolientos para que le iluminaran el camino hasta su cámara en la torre sur de Galing.

Hermosa maravilla era la gran cama con dosel del señor Juss. construida de oro macizo y con cortinas de tapices azules oscuros en los que estaban representadas las flores del sueño.

En el dosel situado sobre la cama había un mosaico de piedras menudas^[167]: azabache, serpentina, jacinto oscuro, mármol negro, sanguinaria y lapislázuli, tan confundidas en un laberinto de tonos y lustres variados, que podían remedar el cielo palpitante de la noche. Y allí estaba la semejanza de la constelación de Orión, a la que Juss consideraba guardiana de sus fortunas, cuyas estrellas, como las que estaban bajo el palio dorado del salón de audiencias, eran joyas que brillaban con su luz propia y que relucían en la oscuridad. Pues Betelgeuse era un rubí brillante, y un diamante representaba a Rigel, y las demás estrellas eran topacios. Los cuatro postes de la cama eran del grosor del brazo de un hombre en su parte superior, pero su parte inferior era tan gruesa como la cintura de un hombre, y estaban tallados con imágenes de pájaros y de bestias: al pie de la cama había un león como símbolo de valor, y un búho como símbolo de sabiduría, y a su cabeza había un alano^[168] que representaba la fidelidad del corazón y un martín pescador que representaba la felicidad. En la cornisa de la cama y en los paneles sobre la almohada y contra la pared estaban talladas las hazañas de Juss; y el último grabado representaba la batalla naval contra los ghouls. A la derecha de la cama había una mesa con libros antiguos de canciones, y libros sobre las estrellas, las hierbas y las bestias, y relatos de viajeros, y allí le

gustaba a Juss dejar su espada, a su lado, mientras dormía. Todas las paredes estaban cubiertas de paneles de maderas de suave olor, en los que estaban colgadas armaduras y armas. Contra la pared había grandes cofres y bargueños herrados de oro^[169], en los que guardaba sus ricos atavíos. Había ventanas abiertas al oeste y al sur, y en cada alféizar había un tiesto de jade paleste lleno de rosas blancas; y el aire de la alcoba estaba cargado de su aroma.

Hacia la hora de canto del gallo, vino un sueño al señor Juss, y se le puso junto a la cabeza y le tocó los ojos de manera que creyó que despertaba y dirigía la mirada alrededor de la cámara. Y le pareció que veía una bestia maligna que ardía como un dragón y que se movía por su cámara, con muchas cabezas, la más venenosa que había visto en su vida, y rodeada de cinco crías suyas, iguales a ella misma pero menores. A Juss le pareció que, en lugar de su espada, había en la mesa junto a su cama una gran lanza de buena labor, y le pareció en su sueño que aquella lanza había sido suya toda su vida y que era su mayor tesoro, y que con ella podría conseguir todas las cosas, y sin ella apenas nada. Intentó extender la mano hasta la lanza, pero alguna fuerza lo retenía de tal modo que no podía moverse por mucho que lo intentaba. La bestia tomó la lanza con sus fauces y salió con ella de la cámara. A Juss le pareció que la fuerza que lo retenía desaparecía al desaparecer la bestia, y saltó y tomó armas de la pared y atacó a las crías de aquella bestia feroz, que estaban rasgando las colgaduras tejidas y estropeando con su aliento de fuego la figura del martín pescador que estaba en la cabecera de su cama. Toda la cámara estaba llena de olor a quemado, y pensó que estaban con él en la cámara sus amigos, Volle y Vizz y Zigg y Spitfire y Brándoch Dahá, luchando contra las bestias, y las bestias los vencían. Entonces le pareció en su sueño que el poste de la cama que estaba tallado a semejanza de un búho le hablaba con voz humana; y el búho dijo:

—Oh necio, sufrirás grandes penas sin fin si no recuperas la lanza. ¿Has olvidado que es tu mayor tesoro y el más digno de tu cuidado?

Entonces regresó a la cámara aquella bestia torva y espantosa, y Juss la atacó mientras gritaba al búho:

—Búho descortés, ¿dónde debo encontrar la lanza que me ha escondido esta bestia?

Y le pareció que el búho respondía:

—Pregunta en el Koshtra Belorn.

El sueño del señor Juss fue tan tumultuoso, que se cayó de la cama y se despertó sobre las alfombras de piel de ciervo que había en el suelo, y su mano derecha asía el pomo de su gran espada, que estaba sobre la mesa junto a su cama, en el lugar donde había visto la lanza en el sueño. Quedó muy impresionado; y se vistió de inmediato y, atravesando los pasillos oscuros, llegó a la cámara de Spitfire, y se sentó en su cama y lo despertó. Y Juss le contó su sueño y dijo:

—Creo que estoy libre de toda culpa en esto, pues, desde aquel día, mi único cuidado ha sido cómo encontrar a mi querido hermano y cómo volver a traerlo a casa, y sólo entonces descargar mi furia sobre los brujos. Y ¿quién era la lanza de mi sueño sino Goldry? Esta visión de la noche nos enciende una luz que nos deberá guiar. Me invitó a que preguntase en el Koshtra Belorn, y no descansaré hasta que haya hecho eso, ni pensaré siquiera en otra cosa.

Spitfire respondió y dijo:

—Eres nuestro hermano mayor, y te seguiré y te obedeceré en todo lo que hagas.

Entonces Juss se dirigió a la cámara de invitados, donde dormía el señor Bránoch Dahá, y lo despertó y le contó todo. Bránoch Dahá se acercó a él bajo las sábanas y le dijo:

—Déjame quedarme aquí y dormir dos horas más. Después, me levantaré, me bañaré, me vestiré y me desayunaré, y luego tomaré consejo contigo y te diré algo que será para tu bien. No había dormido en cama de pluma de ganso con sábanas de Holanda desde hacía muchas semanas. Si me incomodas ahora, voto a los dioses que tomaré mi caballo y me iré a Krothering por el Stile, y dejaré que os vayáis al infierno tú y tus asuntos.

Juss rió al oír esto y lo dejó tranquilo. Y más tarde, cuando hubieron comido, pasearon por un lugar cubierto de emparrado, donde el aire era fresco y la sombra púrpura sobre el camino estaba moteada de jirones brillantes de luz del sol. El señor Bránoch Dahá decía:

—Sabes que el Koshtra Belorn es una gran montaña, junto a la cual nuestras montañas de Demonlandia parecerían simples colinas sin importancia, y que está en las partes más remotas de la tierra, más allá de los desiertos de Duendelandia Superior, y que se puede buscar durante todo un año entre los países poblados del mundo sin encontrar a un alma viviente que la haya visto de lejos siquiera.

—Todo eso lo sé —dijo el señor Juss.

—¿Está completamente empeñado tu corazón en este viaje? —preguntó el señor Bránoch Dahá—. ¿O no es absurdo, y agradable para nuestros enemigos, que huyamos así a tierras lejanas y peligrosas por la indicación de un sueño, más que vengarnos ahora mismo del de Brujolandia por el ultraje que ha cometido con nosotros?

—Mi cama —le respondió Juss— está bendecida con hechizos de tal virtud que ningún sueño malvado que haya volado a través de la puerta de marfil ni ninguna brujería dañina tienen poder para perturbar el sueño del que duerme en ella. Este sueño es verdadero. Hay tiempo de sobra para Brujolandia. Si no quieres venir conmigo al Koshtra Belorn, deberé ir sin ti.

—Basta —dijo el señor Bránoch Dahá—. Ya sabes que para ti yo ato mi bolsa con hilo de araña. Entonces, deberemos dirigirnos a Duendelandia, y allí quizá pueda

ayudarte. Pues escucha lo que he de decirte. Cuando maté a Gorice X en Goblinlandia, Gaslark me dio, entre otros buenos presentes, una gran curiosidad: un libro o tratado copiado en pergamino por Bhorreon, su secretario, que trata de todos los caminos que van a Duendelandia y de los países y reinos que rayan con el Moruna y sus límites, y de las maravillas que encontró en aquellas tierras. Y todo lo que está escrito en ese libro fue registrado fielmente por Bhorreon según el relato de Gro, el mismo que es ahora de la parcialidad de los de Brujolandia. Mucho honró entonces Gaslark a Gro por sus viajes lejanos y por lo que está escrito en ese libro de maravillas; y éste fue lo primero que hizo concebir a Gaslark aquella expedición a Duendelandia que tanto le costó y que fracasó de manera tan desgraciada. Por lo tanto, si quieres llegar al Kosotra Belorn, ven hoy conmigo a mi casa y te mostraré mi libro.

Así habló el señor Bránoch Dahá, y el señor Juss mandó preparar inmediatamente los caballos y envió mensajeros a Volle, en Kartadza, y a Vizz, en Darklairstead, pidiéndoles que se reunieran con él en Krothering a la mayor brevedad que pudieran. Faltaban cuatro horas para el mediodía cuando Juss, Spitfire y Bránoch Dahá cabalgaron desde Galing y a través de los bosques del valle de Moongarth al pie del lago, tomando el camino principal del Breakingdale, que transcurre junto a la orilla del lago de la luna, bajo los contrafuertes del Scarf. Cabalgaban despacio, pues el sol les daba con fuerza en las espaldas. El lago era cristalino y como una turquesa, y en sus profundidades se reflejaban las laderas vestidas de abedules hacia el este y hacia el norte, y los riscos desnudos y abruptos del Stathfell y el Budrafell, que estaban más allá. A la izquierda de los jinetes, las estribaciones del Scarf se cernían desde las alturas en baluartes amontonados de pórfido negro, como castillos de gigantes; y pequeños valles obturados por rocas gigantescas, entre los que aparecían como pequeñas plantas de jardín los abedules plateados, subían escarpados entre las estribaciones. Al fondo de estos valles aparecían sucesivamente las cumbres principales del Scarf, salvajes y remotas, como si estuvieran frunciendo el ceño hacia abajo, entre sus propias rodillas: el pico Glaumry, el Micklescarf y el Illstack. A mediodía habían subido hasta la cabecera del valle de Breakingdale, y se detuvieron en el Stile, un poco más allá de la divisoria de aguas, bajo la ladera cortada a pico del Ill Drennock. Ante ellos estaba el puerto de montaña, que subía con gran pendiente hacia Amadardale. La orilla inferior del lago Switchwater brillaba desde quince millas al norte o más, casi escondida entre la calina producida por el calor. Más cerca, al noroeste, estaba el lago de Rammerick, en el seno de las colinas de Kelialand, de superficie llana, y las tierras altas orientales de los brezales de Shalgreth, con el mar al fondo; y desde lo profundo del valle, cerca del paraje donde el valle Transdale confluye con el de Amadardale, era posible divisar los tejados de la casa de Zigg, en muchos Arbustos.

Cuando llegaron allí abajo, Zigg había salido de caza. Por lo tanto, dejaron el mensaje a su señora esposa y bebieron una copa junto al caballo y siguieron cabalgando, subiendo el camino de Switchwater, y durante doce millas y más a lo largo de la orilla sur del Switchwater. Así llegaron al Gashterndale, y de allí, rodeando las laderas occidentales de Erngate End, alcanzaron la ladera de Krothering cuando las sombras se alargaban en el atardecer dorado del verano. La ladera descendía suavemente hacia el oeste durante una legua, poco más o menos, hasta llegar al lugar donde yacía bajo el sol la ría de Thunder como oro martillado. Al otro lado de la ría se alzaban los bosques de Westmark, antiguos como el mundo, hacia los riscos de Broksty y Gemsar: un amplio anfiteatro de precipicios desnudos y despeñaderos que cerraban la vista hacia el norte. Arribó, hacia la izquierda, se cernían los precipicios de Erngate End; hacia el sur y el sureste estaba el mar. Así cabalgaron bajando la ladera, atravesando prados profundos y pacíficos adornados de margaritas de ojo de buey, campánulas, barbas de chivo amarillas y flores de cuchillo, gencianas azules oscuras, agrimonia, mejorana silvestre, y trébol rosado y enredadera y grandes ranúnculos amarillos disfrutando del sol^[170]. Y en una eminencia tras la cual la tierra caía hacia el mar con mayor pendiente, aparecían las torres de ónice^[171] de Krothering, que se erguían sobre bosques y jardines, blancas como la leche contra el cielo y el mar hialino^[172].

Cuando estuvieron a sólo media milla del castillo, Juss dijo:

—Mirad: la señora Mevrian nos ha visto de lejos y sale a caballo para acompañarte a tu hogar.

Bránoch Dahá se adelantó a un medio galope para reunirse con ella. Era una señora de complexión ligera, y muy hermosa de ver, de porte valeroso, como un caballo de guerra; de rasgos suaves, frente clara, ojos grises y orgullosos; dulce de habla, pero no era de aquéllas que sólo son capaces de pronunciar dulzuras. Su vestido era de seda de color amarillo, con el cuerpo^[173] cubierto de una tela como de araña de hilos finos de oro; y llevaba una gorguera de encaje con armazón de alambre de oro y de plata y tachonada de diamantes pequeños. Su cabello era negro como el ala del cuervo, y lo llevaba sujeto con alfileres de oro; y una rosa amarilla que se refugiaba en sus rizos era como la luna que se asoma entre las nubes espesas de la noche.

—Ha habido grandes sucesos, señora hermana mía —dijo el señor Bránoch Dahá—. Desde que nos hicimos a la mar desde aquí, hemos acabado con un rey de Brujolandia y hemos sido huéspedes de otro en Carcë, con poco gusto por nuestra parte. Pronto te referiré todas estas cosas. Ahora, nuestro camino es al sur, hacia Duendelandia, y Krothering no es para nosotros más que un caravanserrallo^[174].

Ella hizo volver a su caballo, y cabalgaron todos juntos hasta la sombra de los antiguos cedros que se agrupaban al norte de las praderas de la casa y de sus jardines

de placer, majestuosos, con brazos delgados y frente lisa, adustos contra el cielo. A la izquierda, un lago empedrado de lirios dormía fresco bajo olmos poderosos, con un cisne negro junto a la orilla, y sus cuatro pollos sesteando en fila, con las cabezas metidas bajo el ala, de modo que parecían bolas de espuma gris pardusca que flotaban en el agua. El sendero que conducía a la puerta del puente subía el terraplén en zigzag con pendiente pronunciada, entre balaustradas^[175] bajas y anchas de ónice blanco, sobre las que había colocadas a intervalos jardineras cuadradas de ónice; en algunas de ellas había rosas amarillas, y en otras, flores maravillosas, grandes y delicadas, con pétalos blancos y frágiles como conchas. Aquellas flores tenían centros profundos y misteriosos, llenos de pelos blandos, y por dentro eran oscuras, de púrpura aterciopelado con rayas negras, de color de sangre y de polvo de oro.

El castillo del señor Brándoch Dahá, sobre el terraplén, estaba rodeado de un foso ancho y profundo. La puerta que estaba delante del puente levadizo era de hierro dorado y ricamente labrado. Las torres y el cuerpo de guardia de la puerta del puente levadizo eran de ónice blanco, como el castillo mismo, y a ambos lados, ante la puerta, había un hipogrifo colosal de mármol, de más de diez varas de altura hasta la cruz^[176]; y las alas, los cascos y los espolones de los hipogrifos, así como sus crines y los mechones de sus frentes, estaban revestidos de oro, y sus ojos eran carbunclos de aguas muy puras. Sobre la puerta estaba escrito con letras de oro:

Orgullosos y soberbios,
Ya os domeñará
El buen Brándoch Dahá.

Pero relatar siquiera la décima parte de las maravillas ricas y hermosas que había en la casa de Krothering; sus patios frescos y sus columnatas ricas de piedras preciosas y fragantes con especias costosas y flores raras; sus alcobas, donde el espíritu del sueño, atrapado como Afrodita en su red de oro, parecía estar siempre invitando al reposo en sus plumas, y en las que nadie podía permanecer despierto mucho rato sin que el dulce sueño le cerrase los párpados; la Cámara del Sol y la Cámara de la Luna, y el gran salón central con su galería elevada y su escalera de marfil; relatar todo aquello sólo serviría para cargar la imaginación con representaciones en un rato de gloria y esplendor desmesurados.

Nada sucedió aquella noche, salvo la llegada de Zigg antes de la puesta del sol, y, por la noche, la de los hermanos Volle y Vizz, que habían cabalgado sin descanso para obedecer la llamada de Juss. Por la mañana, cuando los señores de Demonlandia se hubieron desayunado, bajaron a los jardines, y la señora Mevrian bajó con ellos. Y en una avenida cubierta de vigas de cedro apoyadas en columnas de mármol,

recubiertas, tanto vigas como columnas, de rosas rojas oscuras, se sentaron mirando hacia el este por encima de un jardín hundido. El tiempo era suave y agradable, y había una gruesa capa de rocío sobre los prados de colores claros y que formaban terrazas entre macizos de flores hasta el estanque del centro. El agua formaba un espejo fresco en el que flotaban nenúfares amarillos y carmesíes, abiertos al cielo. Todos los colores verdes y florales brillaban cálidos y límpidos, pero a la vez eran suaves y sombríos, velados por la calina gris de la mañana de verano.

Se sentaron aquí y allá, a su capricho, en sillas y en bancos, junto a una pecera enorme o junto a un jarrón de jade verde oscuro en el que crecían lirios de color de azufre de una belleza lánguida, sus pétalos rizados hacia atrás mostrando las anteras escarlatas; y todo el aire estaba cargado de su dulzura. El gran jarrón de jade era redondo y plano como el cuerpo de una tortuga, abierto por la parte superior donde crecían los lirios. Estaba cubierto de escamas talladas, como si fuera el cuerpo de un dragón, y de un extremo se alzaba la cabeza de un dragón con la boca abierta, y del otro le salía la cola, retorcida hacia delante formando como el asa de una cesta, y en la cola tenía pequeñas patas delanteras y traseras con garras, y una cabeza más pequeña al final de la cola abría la boca hacia abajo y quería morder la cabeza grande. El cuerpo estaba apoyado en cuatro patas, y cada pata era un dragón pequeño erguido sobre las patas traseras, con la cabeza unida al cuerpo principal como se une el muslo o el hombro con el tronco. En la curva del cuello de la criatura, con la espalda apoyada sobre la cabeza del dragón, estaba sentado el señor Brándoch Dahá con gentil soltura, tocando el suelo con un pie y dejando oscilar libremente el otro; y tenía en las manos el libro que le había dado Gaslark hacía años, encuadernado en piel de cabra de color pardo rojizo y en oro. Zigg le veía pasar las páginas ociosamente mientras los demás hablaban. Se inclinó hacia Mevrian y le dijo al oído:

—¿No es tu hermano capaz y digno de dominar y de someter a todo el mundo? Es hombre de sangre y peligros, pero es tan agradable a la vista que maravilla.

Los ojos de ella bailaron.

—Es la pura verdad, señor mío —respondió.

Entonces habló Spitfire y dijo:

—Léenos el libro de Gro, te lo ruego, pues mi alma arde de deseos de partir en este viaje.

—Está escrito de manera algo enrevesada —dijo Brándoch Dahá—, y es condenadamente largo. He pasado la mitad de esta noche hojeándolo, y parece claro que no existe otro camino hasta aquellas montañas si no es cruzando el Moruna, y para cruzar el Moruna (si Gro no miente) sólo hay un camino, que parte del golfo de Muelva: «a xx días de viaje desde el norte por suroeste». Habla de los manantiales que hay junto a este camino, pero dice que en otras partes del desierto no hay manantiales, sino sólo fuentes venenosas donde «el agua surge como de una olla que

siempre está hirviendo, y tiene un sabor algo sulfuroso y algo desagradable», y «aquí la tierra no produce planta o hierba alguna, salvo setas u hongos venenosos».

—¿Dirá la verdad? —preguntó Spitfire—. Es un renegado y un felón. ¿Por qué no ha de ser, además, mentiroso?

—Pero es filósofo —respondió Juss—. Lo conocí bien en Goblinlandia en otros tiempos, y considero que no comete falsedades salvo en política. Es de mente sutil, y le agradan sobremanera las intrigas y las maquinaciones, y creo que, cuando interviene en alguna diferencia, siempre se pone de la parte perdedora, por una perversión suya; y esto le ha causado frecuentes infortunios. Pero a mí me parece que debe de decir la verdad en este libro de sus viajes, para ser fiel a su carácter.

La señora Mevrian dirigió al señor Juss una mirada de aprobación, y le chispearon los ojos. Pues le agradaba mucho oír adivinar así las naturalezas de los hombres.

—Oh Juss, amigo de mi corazón —dijo el señor Brándoch Dahá—, tus palabras manan, como siempre, de la verdadera fuente de la sabiduría, y las abrazo y te abrazo a ti. Este libro es una guía que deberemos seguir, no como quiera, sino como guerreros veteranos. Si el buen camino hasta el Morna Moruna sale del golfo de Muelva, ¿no sería mejor navegar directamente hasta allí y fondear nuestros navíos en aquel golfo, donde la costa y la tierra no están habitadas, antes que viajar hasta algún fondeadero más próximo de Duendelandia Exterior como es la boca de Arlan, donde fuisteis Spitfire y tú hace seis veranos?

—En este viaje no iremos a la boca de Arlan —dijo Juss—. Podríamos divertirnos allí, quizá, si tuviéramos tiempo para pelear con los habitantes malditos, pero cada día de retraso es un día más que está preso mi hermano. Los príncipes y los Faz de los duendes tienen muchas ciudades fortificadas y amuralladas, y torres por toda aquella costa, y allí cerca, en una isla dentro del río Arlan, en Orpish, está el gran castillo de Fax Fay Faz, adonde le hicimos retirarse Goldry y yo desde Lida Nanguna.

—Y es mala costa para encontrar fondeadero —dijo Brándoch Dahá, pasando las hojas del libro—. Como él dice: «Duendelandia mayor comienza en la ribera occidental de la boca del Arlan, y ocupa toda la tierra hasta la cabecera de Sibrion, y desde allí hasta el Corshe, pienso que unos vil centenares de millas, en las que no es favorecida por la naturaleza ni hay buen fondeadero ni puerto para los barcos».

Así que, después de hablar y de estudiar el libro de Gro durante un tiempo, acordaron el plan siguiente: navegarían hasta Duendelandia por el estrecho de Melikaphkhaz y por el mar Didorniano, y fondearían sus barcos en el golfo de Muelva, y, una vez desembarcados allí, se pondrían en marcha directamente a través del desierto hasta Morna Moruna, según el camino que había descrito Gro.

—Antes de dejar el libro —dijo Brándoch Dahá—, oíd lo que dice acerca del

Koshtra Belorn. Lo contempló desde el Morna Moruna, del que dice: «El país es accidentado, arenoso, y desnudo de leña y de grano, como un monte lleno de matorrales, páramos y pantanos, con colinas pedregosas. Aquí hay una parte harto frecuentada por las serpientes voladoras; es una parte desnuda, con matojos y arena, y a su lado está el pequeño castillo redondo de Morna Moruna, en el risco de Omprenne, como si estuviera puesto en el límite del mundo, muy maltratado por el tiempo y en ruinas. Este castillo fue asediado en tiempo de guerra, saqueado y destruido por el rey Gorice IV de Brujolandia, en tiempos remotos. Y dicen que vivían en él gentes sin tacha y harto amables, y que Gorice no tuvo causa para usar de ellos con tanta crueldad, pues hizo que todos los de la familia se presentaran ante él y los mandó matar allí mismo, y al resto de los habitantes los despeñó por el alto precipicio. Y pocos fueron los que sobrevivieron a tan alta caída, y éstos huyeron por los bosques vírgenes de Bavvynaune, y sin duda siguen allí con gran pena y miseria. Pretenden algunos que fue por ello que el rey Gorice fue devorado por espíritus en el Moruna con todas sus huestes, de las que sólo quedó un hombre para que pudiera contar todas estas cosas». Y fijaos en esto: «Desde el Morna Moruna contemplé a lo lejos dos grandes montañas que se alzaban sobre Bavvynaune como dos reinas llenas de hermosura sentadas en el cielo, estimo que a xx leguas de distancia, y dominando muchas otras montañas vestidas de hielo. Supe que una de ellas era el Koshtra Belorn y la otra era el Koshtra Pivrarcha. Y las contemplé continuamente hasta la puesta del sol, y fue la más bella visión y la maravilla más brava y hermosa que han visto mis ojos. Después hablé con las pequeñas criaturas que habitan allí en las ruinas y en los arbustos que crecen alrededor, como es mi costumbre, y entre ellos había uno de aquellos pajarillos que llaman martinets, que tienen las patas tan pequeñas que parece que no las tienen. Y este pequeño martinete, posado en un arbusto que llaman sangüeso^[177], me dijo que nadie puede llegar vivo al Koshtra Belorn, pues las manticoras de las montañas le comerán los sesos sin duda alguna antes de que llegue allí. Y, si tuviera la fortuna de escaparse de las manticoras, tampoco podría escalar aquellos grandes despeñaderos de hielo y de rocas del Koshtra Belorn, pues nadie es tan fuerte que pueda escalarlos si no es por arte mágica, y esta montaña tiene la virtud de que en ella no cabe magia alguna, sino sólo la fuerza y la sabiduría, y creo que éstas no bastarían para escalar aquellos precipicios y ríos de hielo».

—¿Qué son esas manticoras^[178] de las montañas que se comen los sesos de los hombres? —preguntó la señora Mevrian.

—El libro está tan bien escrito —dijo su hermano—, que la respuesta a tu pregunta se halla en la misma página: «La bestia manticora, vale decir “devoradora de hombres”, habita, según oí decir, en las laderas de las montañas bajo los campos de nieve. Son bestias monstruosas, espantables y llenas de horror, enemigas de la humanidad, de color rojo, con hileras de dientes grandes y desmesurados en la boca.

Tiene cabeza de hombre, ojos de cabra y cuerpo de león, y tiene pinchos agudos por detrás. Y su cola es como la cola del alacrán. Y está más dispuesta a atacar que las aves a huir. Y su voz es como el rugido de x leones».

—Esas bestias —dijo Spitfire— bastarían para animarme a viajar hasta allí. Te traeré una pequeña, señora, para que la tengas encadenada en el patio.

—Perderías con ello mi amistad para siempre, primo —dijo Mevrian, acariciando las orejas suaves de la pequeña marmota que estaba hecha un ovillo en su regazo—. Las bestias que comen sesos tendrían demasiado alimento en Demonlandia, e infestarían todo el país.

—Envíala a Brujolandia —dijo Zigg—. Cuando se haya comido a Gro y a Córund, podrá hacer una cena ligera con el rey, y luego se morirá de hambre por falta de su alimento natural, afortunadamente.

Juss se alzó de su asiento.

—Spitfire, tú y yo —dijo a Brándoch Dahá— debemos ponernos a trabajar y a acopiar fuerzas, pues ya estamos en el solsticio de verano. Vosotros, Vizz, Volle y Zigg, debéis cuidar nuestras casas mientras nosotros estemos fuera. No podemos ser menos de dos mil espadas en este viaje.

—Volle —preguntó el señor Brándoch Dahá—, ¿cuántos barcos puedes darnos, armados y despalmados, antes de que acabe esta luna?

—Hay catorce a flote —dijo Volle—. Además de éstos, hay diez quillas en las gradas de Lookinghaven, y nueve más que Spitfire acaba de colocar en la playa ante su casa de Owlswick.

—Treinta y tres en total —dijo Spitfire—. Ves que no hemos estado mirando a las musarañas mientras os encontrabais fuera.

Juss paseaba arriba y abajo a grandes zancadas, con el entrecejo fruncido y la mandíbula contraída. Al cabo, dijo:

—Laxus tiene cuarenta velas, dragones de guerra. No soy tan temerario como para adentrarme en Duendelandia sin un ejército, pero es seguro que los que quieren nuestro mal nos harán la guerra si nos encuentran con inferioridad aparente ante su ataque, aquí o fuera.

—De esos diecinueve barcos que se construyen, sólo dos pueden estar a flote antes de que transcurra un mes —dijo Volle—, y sólo siete más antes de seis meses, por mucho que forcemos el trabajo.

—Termina el buen tiempo y mi hermano se consume preso. Debemos navegar antes de que acabe otra luna —dijo Juss.

—Entonces, navegarás con dieciséis navíos, oh Juss —dijo Volle—; y no nos dejas ni uno solo hasta que podamos concluir y botar otros.

—¿Cómo podemos dejaros así? —exclamó Spitfire.

Pero Brándoch Dahá intercambió una mirada con su señora hermana y quedó

satisfecho.

—La decisión está clara —dijo—. Si queremos comernos el huevo, es ocioso que discutamos si hemos de romper la cáscara.

Mevrian se alzó de su asiento riendo, y dijo:

—Entonces, se levanta el consejo, señores míos. —Y se le pusieron serios los ojos y añadió—: ¿Sacarán coplas diciendo que los de Demonlandia, a los que los hombres consideran y tienen por los señores más poderosos del mundo, temieron como ovejas partir para esta empresa alta y necesaria, por miedo a que, estando fuera nuestros mayores capitanes, nuestros enemigos nos pudieran tomar en desventaja en nuestras casas? No se dirá de las mujeres de Demonlandia que fueron de este acuerdo.

LAS COLINAS DE SALAPANTA

Del desembarco del señor Juss y sus compañeros en Duendelandia

EXTERIOR

y de su reunión con Zeldornius, Helteranius y Jalkanaius Fostus;

y de las noticias que relató Diuarsh,

y de lo que hicieron los tres grandes capitanes en las colinas de Salapanta.



En el día trigésimo primero después del consejo que se había celebrado en Krothering, la flota de Demonlandia se hizo a la mar desde Lookinghaven: once dragones de guerra y dos grandes navíos de carga, rumbo a los últimos mares de la tierra buscando al señor Goldry Bluszco. Mil ochocientos demonios viajaban en aquella expedición, y entre ellos no había ninguno que no fuera un soldado completo. Remaron con rumbo sur durante cinco días, en un mar sin viento, y al sexto surgieron de entre la niebla, por la banda de estribor, los acantilados de Goblinlandia. Remaron hacia el sur costeano, y al décimo día después de salir de Lookinghaven pasaron ante al cabo de Ozam, y desde allí navegaron cuatro días con viento favorable sobre el mar abierto hacia Sibrion. Pero, cuando hubieron rodeado este promontorio oscuro e iban a tomar rumbo este a lo largo de la costa de Duendelandia mayor, y les faltaban menos de diez días de viaje entre ellos y su puerto en Muelva, los sorprendió de pronto una temible tormenta. Los sacudió durante cuarenta días, con granizo y aguanieve sobre el océano movedizo, sin estrella, sin rumbo, hasta que, en una cruda medianoche de viento y oscuridad y aguas rugientes, el barco de Juss y Spitfire y otros cuatro que iban con él fueron arrastrados a las rocas de una costa a sotavento y se hicieron pedazos. A duras penas, después de haber luchado entre grandes olas durante mucho tiempo, los hermanos ganaron la costa, cansados y magullados. A la luz inhóspita de una aurora húmeda y ventosa, reunieron en la playa a los suyos que se habían escapado de la boca de la destrucción; y eran trescientos treinta y tres.

Spitfire, al contemplar estas cosas, habló y dijo:

—Esta tierra tiene un aspecto malévolos que me trae algo a la memoria, como cuando uno contempla el agraz^[179] y se le llena la boca de agua si lo ha probado alguna vez. ¿Recuerdas esta tierra?

Juss recorrió con la vista la costa baja que se extendía al norte y al oeste, hasta un estuario, y más allá se extendía hacia el oeste hasta que se perdía entre la neblina y el vapor de agua. Volaban aves solitarias sobre la espuma de las olas. Dijo:

—Sin duda, ésta es la boca del Arlan, el peor sitio que yo hubiera escogido para desembarcar con tan pocos hombres. Pero ya demostraremos aquí, como siempre

hasta ahora, que todas las ocasiones no son sino pasos por los que ascendemos a una fama mayor.

—Nuestro barco está perdido —exclamó Spitfire—, y los más de nuestros hombres, y, peor todavía, Brándoch Dahá, que vale por diez mil. Sería más fácil para una pequeña hormiga beberse este océano que para nosotros llevar a buen término esta empresa.

Y blasfemó y maldijo, diciendo:

—Maldita sea la maldad del mar, que, después de haber desbaratado nuestro poderío, nos vomita ahora en la costa para nuestra perdición; con ello ha ayudado mucho al rey de Brujolandia, y ha hecho un gran mal al mundo.

Pero Juss le respondió:

—No creas que estos vientos contrarios proceden de la fortuna, ni de la influencia de estrellas malignas y combustivas. Este viento sopla de Carcë. Del mismo modo que estas olas que contemplas tienen todas su retroceso o resaca, así sucede que, después de todos los enviados maléficos, llega una resaca de mala fortuna, que, si bien es cosa menos mortal en esencia, ha ahogado y ha arrastrado a muchos que habían soportado la fuerza de la ola principal. Por eso, desde aquel día hemos estado dos veces cerca de nuestra perdición: la primera, cuando nuestro juicio se nubló por un aturdimiento extraño y atacamos Carcë con Gaslark; la segunda, cuando esta tormenta nos ha hecho naufragar aquí, junto a la boca del Arlan. Aunque pude rechazar al enviado del rey con mis artes, mis amuletos no tienen poder contra la resaca maléfica que lo siguió, ni tienen virtud cuantas hierbas mágicas crecen en el mundo.

—Y, siendo así estas cosas, ¿sigues con el ánimo templado? —dijo Spitfire.

—Serénate —dijo Juss—. La arena cae en el reloj. Esta corriente sólo procura nuestro daño durante un tiempo; ya casi se habrá gastado, y a él le resultaría demasiado peligroso pronunciar sus conjuros por segunda vez como los pronunció en Carcë en mayo pasado.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó Spitfire.

—Son sólo conjeturas —respondió—, por el estudio de ciertas escrituras proféticas sobre los príncipes de aquella sangre y aquella línea. De donde parece (aunque no claramente, sino como por enigmas) que si la persona del mismo rey intentare tal empresa por segunda vez, fracasará, y los poderes de la oscuridad lo destruirán; y no sólo perderá él la vida (como sucedió en tiempos pasados a Gorice VII en su primer intento), sino que con él se perderá para siempre la casa de Gorice, que ha reinado en Carcë desde hace tantas generaciones.

—Bueno —dijo Spitfire—, entonces tenemos una oportunidad. Los montones de fiemo^[180] acaban engendrando flores.

Durante diecinueve días, viajaron los hermanos y su compañía hacia el este, a través de Duendelandia exterior: primero atravesaron un territorio de ríos tortuosos y soñolientos y de incontables lagos llenos de juncos; después cruzaron terrenos de lomas onduladas y campiñas. Al cabo, cuando marchaban por un llano, llegaron a un yermo que se extendía al este, hacia una hilera de colinas abruptas. Las colinas no eran ni altas ni empinadas, pero su superficie era accidentada por las peñas y los despeñaderos, de modo que eran un laberinto de pequeños riscos y valles cubiertos de brezo, de helechos y de hierbas de color triste y rancio, con árboles espinosos de baja altura y enebros que se refugiaban en las grietas de las rocas. En la divisoria de aguas encontraron una antigua fortaleza de vigilancia, vieja y desolada, situada como si estuviera sobre la cruz de un caballo. Miraba al oeste, hacia la puesta de sol roja de octubre, y hacia el sur, hacia la línea lejana del mar Didorniano; y había una persona sentada a su puerta. Se les derritieron los corazones de alegría en los pechos cuando lo reconocieron y vieron que no era otro que Bránoch Dahá.

Lo abrazaron como se abrazaría a uno que hubieran dado por muerto y que se alzara de la tumba. Y él les dijo:

—Fui arrastrado por el estrecho de Melikaphkhaz, y naufragué por último en la playa solitaria que está diez leguas al sur de este punto, al que he venido solo, después de perderse mi barco y todos mis compañeros queridos. Yo juzgué que deberíais viajar a Muelva por este camino si habíais naufragado en las costas más distantes de Duendelandia.

»Y escuchad —siguió diciendo— y os diré una maravilla. Os he esperado siete días con sus noches en este nidal de chovas y búhos. Y sirve de caravanserrallo a grandes ejércitos que pasan por el desierto; y he conversado con dos de ellos, y espero a un tercero. Pues creo en verdad que aquí he descubierto un gran misterio sobre el que han especulado los sabios desde hace años. Pues el día que llegué aquí, cuando la puesta del sol estaba roja, tal como la veis ahora, vi un ejército que venía del este, con grandes banderas que ondeaban al viento y música de todo tipo. Y al verlo pensé que si aquéllos eran enemigos, había llegado el final de mis días con honor, y si amigos, llegarían con ellos las provisiones que llevarían los carros de carga que seguirían al ejército. Poderoso argumento, pues, desde que había salido del mar, no había olido siquiera comida alguna, si no eran bayas y nueces amargas que encontraba en el campo. Con lo cual, tomé mis armas y subí al muro de esta fortaleza de vigilancia y les llamé, invitándoles a que declararan quiénes eran. Y el que era su capitán cabalgó hasta el muro y me saludó con toda cortesía y nobleza. Y ¿quién creéis que era?

Ninguno respondió.

—Un soldado de fortuna que ha sido famoso por toda la tierra —dijo él— por su valor y atrevimiento maravillosos. ¿Habéis olvidado aquella empresa de Gaslark que

se enterró en Duendelandia?

—¿Era pequeño de cuerpo y oscuro —preguntó Juss—, como una daga afilada que se desenvaina de pronto a medianoche? ¿O relucía con el esplendor de una lanza con pendón^[181] en unas justas un día de gran fiesta? ¿O tenía aspecto peligroso, como una espada vieja, tomada de orín por los lados pero brillante en la punta y en el filo, que se saca en el día fatal para hechos del destino?

—Tu flecha da en el anillo triple del blanco —dijo el señor Brándoch Dahá—. Era grande de cuerpo, y todo un pavo real de esplendor con su panoplia guerrera; e iba a lomos de un gran caballo garañón negro como la pez. Yo le hablé con buenas palabras, y le dije: «Oh muy magnífico Helteranius, semejante a un dios, vencedor en cien batallas, ¿qué has hecho en estos largos años en Duendelandia Exterior con tu gran ejército? Y ¿qué calamita^[182] os atrae desde hace nueve años, desde que salisteis Zeldornius, Jalcanaius Fostus y tú con gran ruido de trompetas y retumbar de caballos para hacer que Duendelandia fuera el escabel donde reposara Gaslark los pies, y desde entonces os da el mundo por perdidos y por muertos?». Y me miró con ojos ausentes y respondió: «Oh Brándoch Dahá, el mundo sigue su necio camino, pero yo siempre viajo teniendo a la vista mi propósito. ¿Qué me importa a mí que sean nueve años, o nueve lunas, o nueve eras? Quiero encontrar a Zeldornius y batallar con él, y él sigue huyendo ante mí. Comerás y beberás conmigo esta noche pero no pienses detenerme ni darme a pensamientos ociosos ajenos a mi propósito. Pues debo salir de nuevo en busca de Zeldornius al amanecer el día».

»Así que aquella noche comí y me alegré con Helteranius en su pabellón de seda y oro. Y al alba se puso al frente de su ejército y marchó rumbo al oeste, hacia las llanuras.

»Y al tercer día, sentado fuera de este muro y maldiciendo vuestra tardanza, he aquí que vi un ejército que venía del este, mandado por uno que montaba un caballo pequeño y pardo; y llevaba una armadura negra que brillaba como el ala del cuervo, con plumas negras de águila en su yelmo, y ojos como los del gato montés, llenos de llamas relucientes. Era pequeño de cuerpo y de rostro fiero, y ágil, y tenía aspecto de ser duro e incansable como un armiño. Y yo le llamé desde el lugar donde estaba sentado, diciéndole: “Oh muy notable y poderoso Jalcanaius Fostus, destructor de los enemigos de los hombres, ¿adónde os dirigís tu gran ejército y tú por los yermos solitarios y deshabitados?”. Y se bajó del caballo y me tomó de las manos con ambas manos, y dijo: “Es presagio de cosas buenas soñar que se habla con los muertos. Y ¿no eres tú uno de los muertos, Brándoch Dahá? Pues, en días olvidados que ahora me vienen a la mente, floreces en mi recuerdo como las flores que brotan al cabo de muchos años en un jardín ahogado por las malas hierbas: grande entre los grandes del mundo que fue, tú y tu casa de Krothering entre las rías de Demonlandia, la de las muchas montañas. Pero entre aquellos años y yo retumba el olvido, como el retumbar

del mar, y el ruido de las olas me ensordece los oídos, y el vapor del mar me oscurece los ojos, que intentan percibir algo de aquellos tiempos lejanos y sus hazañas. Pero, en recuerdo de aquellos días pasados, comerás y beberás conmigo esta noche, pues una vez más vuelvo a alzar mi tienda móvil por una noche en las colinas de Salapanta. Y mañana seguiré mi camino. Pues mi alma jamás podrá gozar de descanso hasta que encuentre a Helteranius y le separe la cabeza de los hombros. Es gran vergüenza para él, pero tiene poco de extraño que siga corriendo ante mí como una liebre. Pues siempre los traidores fueron cobardes. Y ¿quién oyó jamás de un maldito traidor más infernal y diabólico que él? Hace nueve años, cuando Zeldornius y yo nos disponíamos a decidir nuestras diferencias por medio de una batalla, me hicieron saber en buena hora que este Helteranius, con astucia zorruna y malicia viperina y mañas serpentina, estaba a punto de atacarme por la retaguardia. Entonces mandé que volviésemos atrás y lo aplastásemos, pero el chacal había huido”.

»Así habló Jalcanaius Fostus, y comí y bebí con él aquella noche, y me regocijé con él en su tienda. Y, al romper el día, levantó el campo y cabalgó con su ejército hacia el oeste.

Bránoch Dahá dejó de hablar y miró al este, hacia las puertas de la noche. Y he aquí que venía hacia ellos por el risco un ejército que procedía de los páramos inferiores; los jinetes y los peones iban en formación cerrada, y su capitán iba en vanguardia sobre un gran caballo castaño. Era delgado y de miembros largos; llevaba una armadura oxidada y polvorienta, acuchillada y abollada en cien batallas; en las manos llevaba guanteletes gastados de cuero, y le colgaba de los hombros una capa de campaña de color desvaído. Llevaba el capacete^[183] colgado del arnés, e iba con la cabeza descubierta. Tenía la cabeza de un perro de caza viejo y flaco, con el pelo blanco ondeando hacia atrás, sobre una frente ruda en la que se advertían venas azules; tenía la nariz grande y los rasgos marcados, con enormes cejas y bigotes blancos y espesos, y los ojos azules que relucían desde las órbitas cavernosas. Su caballo tenía aspecto temible, con las orejas echadas hacia atrás y los ojos amenazantes e inyectados en sangre; y él estaba sentado en la silla tieso e inflexible como una lanza.

Cuando llegó al risco con su ejército, tiró de la rienda y llamó a los demonios. Y dijo:

—He contemplado este rincón solitario de la tierra cada nueve días desde hace nueve años, persiguiendo a Jalcanaius Fostus, que sigue huyendo y ocultándose de mí; y es extraño, pues siempre fue un gran guerrero, y hace nueve años convino en entrar en batalla conmigo. Y ahora temo que la senectud me cubre los ojos con un velo de ilusión, augurando la llegada de la muerte antes de que cumpla mi voluntad. Pues aquí, en la incierta luz del atardecer, se alzan ante mí las formas y semblantes de huéspedes del rey Gaslark en Zajë Zaculo en tiempos pasados: viejos amigos de

Gaslark que venían de Demonlandia la de las muchas montañas: Bránoch Dahá, que mató al rey de Brujolandia, y Spitfire de Owlswick, y su hermano Juss, el que tenía el señorío sobre todos los demonios cuando partimos para Duendelandia. Son fantasmas y aparecidos de un mundo olvidado. Pero, si sois de carne y hueso verdaderos, hablad y explicaos.

—Oh muy temible Zeldornius, invencible en la guerra —le respondió Juss—, bien puede el hombre esperar a los espíritus de los muertos en estas colinas solitarias y a la hora en que se acuestan las gallinas. Y si nos juzgas por tales a nosotros, que somos náufragos errantes recién salvados de mares hambrientos, ¿cuánto más creeremos nosotros de ti que no eres sino una sombra, y que estas grandes huestes tuyas no son sino apariciones de los muertos que surgen del Erebo^[184] al morir el día?

—Oh famoso y temible Zeldornius —dijo Bránoch Dahá—, una vez fuiste mi huésped en Krothering. Para resolver estas dudas tuyas y nuestras, invítanos a cenar. Muy extraño sería que los espíritus sin cuerpo fueran capaces de beber vino y de comer viandas terrenales.

Zeldornius mandó armar las tiendas y señaló la quinta hora antes de medianoche para que los señores de Demonlandia acudieran a cenar con él. Antes de reunirse en la tienda de Zeldornius, hablaron entre ellos, y Spitfire dijo:

—¿Se ha visto jamás una maravilla tal, o tal obra de las Parcas como la que lleva a estos tres grandes capitanes a derrochar el resto de sus días en este desierto remoto? No dudéis que hay algún designio detrás de ellos que les fuerza a marchar durante tantos años por sus jornadas sin cambios, cada uno de ellos huyendo del que quiere encontrarle y buscando al que huye ante él.

—Nunca hubo hombre con una mirada como la que tiene Zeldornius en los ojos que no estuviera hechizado —dijo Juss.

—Tal mirada tenían Helteranius y Jalcanaius —dijo Bránoch Dahá—. Pero fijaos en lo que nos conviene. Sería bueno deshacer el hechizo y pedirles ayuda a cambio de nuestra labor. ¿Mostraremos esta noche la verdad al viejo león?

Así habló Bránoch Dahá, y sus hermanos dieron por bueno su acuerdo. En la cena, cuando los corazones de los hombres estaban alegres y contentos, el señor Juss se sentó junto a Zeldornius y le expuso la cuestión, diciéndole:

—Oh, Zeldornius famoso, ¿cómo es que hace nueve años que persigues a Jalcanaius Fostus, destructor de enemigos, y cuáles fueron las diferencias que os llevaron a las manos?

—Oh Juss —dijo Zeldornius—, ¿debo darte razones para una cuestión que se rige por las altas estrellas y el destino que derriba a los hombres? Que te baste saber que surgió una disputa entre Jalcanaius, poderoso en la guerra, y yo, y que acordamos que nuestras diferencias se arbitrarían en el campo sangriento de batalla. Pero no me

aguardó, y hace nueve años que espero en vano encontrarle.

—Había un tercero entre vosotros —dijo Juss—. ¿Qué noticias tienes de Helteranius?

—Ninguna noticia —le respondió Zeldornius.

—¿Quieres que te arroje luz sobre él?

—Sólo tú y tus compañeros entre los hijos de los hombres habéis hablado conmigo desde que empezaron estas cosas —dijo Zeldornius—. Pues los que habitaban en esta región huyeron hace años, por juzgar que el lugar estaba maldito. Eran poca cosa, carne indigna de nuestras espadas. Por lo tanto, habla y expónmelo todo si quieres mi bien.

—Helteranius lleva nueve años persiguiéndote —dijo el señor Juss—, tal como tú persigues a Jalcanaius Fostus. Mi primo, aquí presente, lo vio hace seis días en este mismo lugar, y habló con él, y le dio la mano, y supo su propósito. Sin duda, estáis hechizados los tres, pues, siendo viejos camaradas de armas, os buscáis para mataros de modo tan extraño y tan sin motivo. Te ruego que nos dejes servir de medio entre todos vosotros para volver a reuniros en uno y para libraros de tan extraña esclavitud.

Pero, cuando Zeldornius oyó estas palabras, se puso rojo como la sangre. Al cabo, dijo:

—Sería una negra traición. No le daré crédito.

Pero el señor Brándoch Dahá le respondió:

—Lo oí de sus propios labios, oh Zeldornius. Y empeño en ello mi palabra. Además, Jalcanaius Fostus dejó de batallar contigo hace nueve años (y esto me lo dijo él mismo en persona, y lo sostuvo con temibles juramentos) por haber tenido noticia de que Helteranius iba a tomarlo por la espalda.

—Sí —dijo Spitfire—, y desde aquel día sigue la pista a Helteranius como tú se la sigues a él.

Al oír estas palabras, Zeldornius se puso amarillo como un pergamino viejo, y sus bigotes blancos se erizaron como los de un león. Se quedó un rato sentado en silencio, y luego dirigió a Juss la mirada fría y firme de sus ojos azules.

—Vuelve a mí el mundo —dijo—, y con él este recuerdo: que los de Demonlandia decían verdad a amigos o enemigos, y siempre tuvieron a vergüenza mentir y engañar.

Todos se inclinaron con gravedad, y él dijo con gran pasión de ira en los ojos:

—Bien parece que este Helteranius prepara contra mí la misma traición de que fue acusado injustamente Jalcanaius Fostus. No existe mejor sitio para aplastarlo que aquí mismo, en el risco de Salapanta. Si espero aquí su llegada, el terreno me favorece, y Jalcanaius le llega pisando los talones para recoger las sobras de mi festín.

Brándoch Dahá dijo al oído a Juss:

—Buena va nuestra intercesión por la paz. ¡Zapatetas en el aire: qué poco digno de una dama!

Pero nada pudieron decir para convencer a Zeldornius. Por lo tanto, acabaron ofreciéndole su apoyo en aquella aventura. «Y, cuando alcances la victoria, nos prestarás tus fuerzas para nuestra empresa, y nos ayudarás en las guerras futuras contra Brujolandia». Pero Zeldornius dijo:

—Oh Juss y señores de Demonlandia, os doy las gracias, pero no entraréis en esta batalla. Pues llegamos a esta tierra tres capitanes con nuestras huestes, y contemplamos la tierra, y la sometimos. Es nuestra, y, si alguno interviene o nos ataca, debemos unirnos y acabar con él, por grande que sea nuestra enemistad. Quedad en paz, entonces, y observad lo que traiga el destino en las colinas de Salapanta. Pero, si salgo vivo de ello, entonces tendréis mi amistad y mi ayuda en toda empresa, sea cual fuere.

Se quedó sentado un rato sin hablar, con las manos rígidas y llenas de venas crispadas sobre la mesa que tenía delante; después se levantó y se dirigió sin decir palabra a la puerta de su pabellón para estudiar la noche. Después se volvió al señor Juss y le dijo:

—Has de saber que cuando esta luna que ha acabado ahora sólo tenía tres días, empecé a sufrir un catarro que todavía me afecta; y bien sabes que el que enferma el día tercero de una luna, morirá. Hoy también es luna nueva, y cae en sábado; y ello es señal de lucha y efusión de sangre. Además, el viento viene del sur, y el que inicia tal empresa con viento sur se alzaré con la victoria. Así, con tal incertidumbre de luz y oscuridad, se abre ante mí la puerta del destino.

Juss inclinó la cabeza y dijo:

—Bien dices, oh Zeldornius.

—Siempre fui guerrero —dijo Zeldornius.

Se quedaron sentados en la tienda del famoso Zeldornius hasta bien entrada la noche, bebiendo y hablando de la vida y del destino, de las guerras pasadas y de las oportunidades de la guerra y de grandes aventuras; y partieron una hora después de la medianoche, y Juss y Spitfire y Brándoch Dahá se retiraron a descansar en la torre de vigilancia del risco de Salapanta.

Así pasaron tres días; Zeldornius esperaba en la colina con su ejército, y los demonios cenaban con él cada noche. Y al tercer día desplegó su ejército como para entrar en batalla, esperando a Helteranius. Pero ni aquel día, ni al siguiente ni al otro vieron a Helteranius ni tuvieron noticias de él, y les pareció extraño e inexplicable el azar que había retrasado su venida. La sexta noche estaba nublada, y la tierra se hallaba cubierta de negra oscuridad. Cuando hubieron cenado, y cuando los demonios se retiraban al lugar donde dormían, oyeron un forcejeo y la voz de Brándoch Dahá, que

iba por delante de ellos, y decía:

—He atrapado al cachorro de un perro del yermo. Traed luz. ¿Qué haré con él?

Algunos soldados se despertaron y trajeron luces, y Brándoch Dahá observó al que había atrapado junto a la entrada de la fortaleza, al que tenía sujeto por los brazos. Tenía ojos de animal salvaje asustado, en un rostro moreno; llevaba pendientes de oro y barba cerrada y muy recortada, con hilo de oro entretejido entre sus bucles; iba con los brazos desnudos; llevaba una túnica de piel de nutria y pantalones anchos y peludos entrecruzados de hilo de plata, en la cabeza llevaba una diadema de oro, y su pelo negro y crespo formaba dos coletas que le caían hacia delante, sobre los hombros. Tenía los labios contraídos con mueca de perro gruñón, entre el miedo y la fiereza, y sus dientes blancos y puntiagudos y el blanco de los ojos le relucían a la luz de las antorchas.

Lo llevaron a la torre y lo pusieron ante ellos, y Juss le dijo:

—Nada temas, pero dinos tu nombre y tu linaje, y lo que te mueve a andar rondando de noche por nuestro alojamiento. No queremos hacerte daño, siempre que no vayas contra nosotros ni contra nuestra seguridad. ¿Eres habitante de esta Duendelandia, o extranjero como nosotros, de países de más allá de los mares? ¿Tienes compañeros?, y, si es así, ¿dónde están?, ¿quiénes y cuántos son?

Y el extraño apretó los dientes y dijo:

—Oh diablos de allende el mar, no os burléis más y matadme.

Juss lo trató con dulzura, le dio carne y vino, y volvió a preguntarle al cabo de un rato:

—¿Cuál es tu nombre?

A lo que él respondió:

—Oh diablo de allende el mar, me apena tu gran ignorancia si es que no conoces a Mivarsh Faz.

Y rompió a llorar con gran dolor, exclamando:

—¡Ay, ay de la desgracia que ha caído sobre la tierra de Duendelandia!

—¿Qué es ello? —dijo Juss.

Pero Mivarsh no dejó de gemir y de lamentarse, diciendo:

—¡Oh dolor y duelo por Fax Fay Faz e Illarosh Faz y Turmesh Faz y Gandassa Faz y todos los grandes del país! —Y, cuando le quisieron interrogar, volvió a exclamar-Maldito sea Philpritz Faz, que nos traicionó y nos puso en manos del diablo de allende las montañas en el castillo de Orpisi.

—¿Qué diablo es éste del que hablas? —preguntó Juss.

—Ha venido-respondió-de más allá de las montañas del país del norte. Y su voz es como el mugido de un toro.

Sólo esto pudo decir Fax Fay Faz.

—¿Del norte? —dijo Juss, dándole más vino y cruzando una mirada con Spitfire

y Bránoch Dahá—. Quisiera oír más cosas sobre ello.

Mivarsh bebió y dijo:

—Oíd diablos de allende el mar, me dais aguas poderosas que confortan mi alina, y me habláis con palabras blandas. Pero ¿no debo temer las palabras blandas? Blandas eran las palabras que pronunciaba este diablo de allende la montaña, cuando el maldito Philpritz y él nos dirigieron palabras blandas en Orpish: a mí, y a Fax Fay Faz, y a Gandassa, y a Illarosh, y a todos nosotros, después de que nos venciera en combate a las orillas del Arlan.

—¿Cuál es su apariencia externa? —preguntó Juss.

—Tiene una gran barba amarilla con mechones grises —dijo Mivarsh—, y la coronilla calva y brillante, y es grande como un buey.

Juss habló aparte a Bránoch Dahá:

—Si esto es verdad, nos concierne.

Y Bránoch Dahá sirvió a Mivarsh y le invitó a beber otra vez, diciendo:

—Oh Mivarsh Faz, somos extranjeros y huéspedes en la ancha Duendelandia. Has de saber que nuestro poder es inconcebible, y que nuestras riquezas superan la imaginación del hombre. Pero nuestra benevolencia es proporcional a nuestro poder y a nuestras riquezas, y mana de nuestros corazones como miel para los que nos reciben abiertamente y nos dicen la verdad. Pero has de saber que, si alguno nos miente o intenta engañarnos con ardides, ni las manticoras que habitan más allá del Moruna serían tan temibles para aquel hombre como lo seríamos nosotros.

Mivarsh tembló, pero le respondió:

—Haréis mejor en tratarme bien, y no oiréis de mis labios más que la verdad. Primero nos venció con la espada, y luego nos invitó con palabras sutiles a hablar con él en Orpish, fingiendo amistad. Pero todos los que acudieron a él están muertos. Pues, cuando los tuvo encerrados en la sala del consejo de Orpish, él salió de ella en secreto, mientras sus hombres tornaron a Gandassa Faz y a Illarosh Faz y a Fax Fay Faz, que era el más grande entre nosotros, y les cortaron las cabezas, y las expusieron en estacas ante la puerta. Y nuestros ejércitos, que esperaban fuera, desmayaron al ver así en estacas las cabezas de los Faz de Duendelandia, y a los ejércitos de los diablos de allende las montañas, que todavía nos amenazaban con la muerte. Y este gran diablo calvo y barbudo les habló de la hermosa Duendelandia, diciéndoles que éstos a los que había matado habían sido sus opresores, y que satisfaría los deseos de sus corazones si querían ser soldados suyos, y que los libertaría, y que repartiría entre ellos toda Duendelandia. Así, los más simples cayeron en su engaño y se rindieron a este diablo calvo de más allá de las montañas, y nadie se le opone en toda Duendelandia. Pero yo, que temí su astucia y no quise ir a su consejo en Orpish, a duras penas pude escapar de mi pueblo, que se alzó contra mí. Y hui a los bosques y a los yermos.

—¿Dónde lo viste por última vez? —preguntó Juss.

—A tres días de viaje de aquí hacia el noroeste, en Tormerish de Achery —le respondió Mivarsh.

—¿Qué hacía allí? —preguntó Juss.

—Seguía trazando maldades —respondió Mivarsh.

—¿Contra quién? —preguntó Juss.

—Contra Zeldornius —respondió Mivarsh—, que es un diablo de allende el mar.

—Dadme algo más de vino —dijo Juss—, y volved a llenar un vaso para Mivarsh Faz. Nada me agrada más que oír contar cuentos por la noche. ¿Con quién trazaba maldades contra Zeldornius?

—Con otro diablo de allende el mar —respondió Mivarsh—. He olvidado su nombre.

—Bebe y haz memoria —dijo Juss—, o, si se te ha olvidado, píntame su retrato.

—Es de mi tamaño —dijo Mivarsh, que era de pequeña estatura—. Sus ojos son brillantes, y se parece algo a éste —señalando a Spitfire—, aunque no tiene el semblante tan fiero. Tiene el rostro delgado y la piel oscura. Lleva armadura negra.

—¿Es Jalcanaius Fostus? —preguntó Juss.

Y Mivarsh respondió:

—Sí.

—Tus palabras tienen almizcle y ámbar —dijo Juss—. Debo oír más. ¿Qué pretenden hacer?

—Esto —dijo Mivarsh—. Yo me senté junto a su tienda en la oscuridad y escuché sus palabras, y quedó claro que este Jalcanaius se había engañado al creer que otro diablo de allende el mar, al que llaman Helteranius, había querido hacerle traición; y el diablo calvo le persuadió de que no había tal. Y así acordaron que Jalcanaius debía enviar a jinetes para que ambos se unieran para matar a Zeldornius, atacándolo uno por el frente y el otro por la retaguardia.

—¿Conque así están las cosas? —dijo Spitfire.

—Y, cuando hayan matado a Zeldornius —dijo Mivarsh—, entonces deberán ayudar a éste de la coronilla calva en sus empresas.

—¿Y pagar así sus consejos? —dijo Juss.

Y Mivarsh respondió:

—Así es.

—Una cosa más quisiera saber —dijo Juss—. ¿Cuáles son sus fuerzas en Duendelandia?

—Creo que las mayores fuerzas que puede reunir son cuatro mil diablos de allende la montaña. También le siguen muchos duendes, pero sólo llevan nuestras rústicas armas.

El señor Brándoch Dahá tomó del brazo a Juss y salió con él a pasear bajo la

noche. La hierba escarchada crujía bajo sus pasos; brillaban al sur estrellas extrañas en un espacio ventoso entre las nubes y la tierra dormida; cerca del meridiano, Aquernar oscurecía con su resplandor puro a todas las luminarias menores.

—Así que Córund cae como nosotros, como un águila que sale del cielo sin límite —dijo Brándoch Dahá—, con doce veces nuestras fuerzas para cerrarnos el camino del Moruna, y con toda Duendelandia lamiéndole los talones como un perro fiel; si es que este simple dice la verdad, como creo.

—Te alegras como en una fiesta —dijo Juss—, en cuanto hueles este gran peligro.

—Oh Juss —exclamó Brándoch Dahá—, a ti mismo se te aclara el aliento y te brotan las palabras con mayor viveza. ¿No son todos los aires y todas las tierras lo mismo para nosotros siempre que haya en ellos grandes empresas en las que podamos mantener brillantes nuestras espadas?

—Antes de que vayamos a dormir —dijo Juss—, informaré a Zeldornius de los nuevos vientos que soplan. Ahora debe hacer frente a ambos lados, hasta que se aclare la situación. No debe perder esta batalla, pues sus enemigos están comprometidos (si Mivarsh dice la verdad) para poner sus espadas al servicio de Córund.

Se dirigieron a la tienda de Zeldornius, y por el camino dijo Juss:

—Puedes estar seguro de una cosa: Córund no desenvainará su espada en las colinas de Salapanta. El rey tiene confidentes que le dan noticias de todos los círculos encantados del mundo, y bien sabe él las influencias que actúan aquí, y el peligro que corren los extranjeros que sacan aquí la espada; testigo de ello es la perdición que han sufrido estos tres capitanes durante nueve años. Por tanto, Córund, instruido en estas cosas por el amo que lo envió, procurará habérselas con nosotros en otro lugar, y no en este rincón encantado de la tierra. Y antes preferirá agarrar a un oso por los dientes que intervenir en la batalla que se avecina, echándose encima así a estos tres ejércitos veteranos unidos para su destrucción.

Pronunciaron el santo y seña, y la guardia les franqueó el paso, y despertaron a Zeldornius y le contaron todo. Y éste, envuelto en su gran capa de color desvaído, salió a ocuparse de que se pusieran guardias y estuvieran prevenidos contra un ataque desde cualquier lado. Y de pie junto a su tienda, dando las buenas noches a los señores de Demonlandia, les dijo:

—Así es más a mi gusto. Siempre fui guerrero; ahora, una batalla más.

El día siguiente amaneció y pasó sin incidentes, y lo mismo el día siguiente a aquél. Pero, en la tercera mañana después de la llegada de Mivarsh, he aquí que surgieron por el este y por el oeste grandes ejércitos que marchaban sobre las llanuras, y el de Zeldornius se dispuso a recibirlos en el risco, con las armas relucientes, los caballos piafando y las trompetas llamando a la batalla. No se intercambiaron saludos entre

ellos, ni siquiera un mensaje de desafío o de reto, sino que Jalcanaius se lanzó al combate desde el oeste con sus jinetes de negro, y Helteranius desde el este. Pero Zeldornius, como un lobo gris viejo que lanza bocados a un lado y a otro, frenó el ímpetu de su ataque. Así empezó la batalla, grande y despiadada, y duró todo el día. Zeldornius salió tres veces por cada lado con una gran fuerza de hombres escogidos, de tal manera que sus enemigos huían ante él como la perdiz ante el halcón; y Helteranius y Jalcanaius Fostus le atacaron tres veces cada uno y le hicieron retroceder y volver a subir al risco.

Pero, cuando atardecía y el día se oscurecía al llegar la noche, la batalla cesó y se hizo el silencio repentinamente. Los señores de Demonlandia bajaron de su torre y anduvieron entre los montones de muertos hacia una repisa rocosa al borde del risco. Allí, solo en aquel campo de batalla, estaba Zeldornius apoyado en su lanza, mirando hacia abajo mientras meditaba, rodeando con el brazo el cuello de su viejo caballo castaño, que dejaba caer la cabeza y olisqueaba el suelo. El sol brillaba por una abertura entre las nubes occidentales, pero sus rayos no eran tan rojos como las matas y las hierbas del campo de batalla de Salapanta.

Mientras se acercaban Juss y sus compañeros, no se oía sonido alguno, sino uno que procedía de la fortaleza, detrás de ellos: era el tañido discordante de un arpa, y la voz de Mivarsh, que paseaba ante los muros tocando el arpa y cantando esta cancioncilla:

La bruja se prepara
Para cabalgar esta noche;
El diablo y ella, juntos:
Contra viento y marea,
Arriba y abajo,
Por malo que sea el tiempo.

Por espuela, una espina
O un erizo de castaña,
Con fusta de zarza ya cabalga;
Por matas y por brezales,
Sobre acequias y charcas,
Sigue al espíritu que la guía.

Ningún animal osa salir
Por el bosque para comer:
Quedan callados y escondidos en su cubil
Mientras éstos hacen males
Por las tierras y los mares
En lo más oscuro de la noche.

La tormenta se alzaré
Y agitará los cielos;
Esta noche, y más maravillas:
El fantasma, de la tumba,
saldrá lleno de espanto,

Cuando llegaron a Zeldornius, el señor Juss habló y dijo:

—Oh, famoso Zeldornius, celebrado en la guerra, no hay duda de que tus pronósticos por la luna salieron verdaderos. Contempla la noble victoria que has tenido sobre tus enemigos.

Pero Zeldornius no le respondió, y seguía cabizbajo, mirando a la tierra ante sus pies. Y allí había caído Helteranius, con la espada de Jalcanaius Fostus clavada en el corazón, y la mano derecha asiendo su propia espada, que había acabado con los días de Jalcanaius. Contemplaron durante un rato a aquellos dos capitanes muertos. Y Zeldornius dijo a Juss:

—No me quieras consolar hablándome de victoria. Mientras vivía el dueño de esa espada y el de aquélla, yo no pensaba tanto en mi seguridad como en la destrucción de ellos, que en tiempos pasados conquistaron conmigo la extensa Duendelandia. Y ved con qué violencia emponzoñada trabajaron por mi destrucción, y qué perdición inesperada los ha destrozado y se ha llevado a los dos.

Y, como afligido por una tristeza profunda, añadió:

—¿Quién tenía todas las prendas del heroísmo como Helteranius? Y antes podría un hombre tejer un vestido para la luna que abarcar las hazañas incontables del gran Jalcanaius, que ahora acaba de dejar su cuerpo para abonar la misma tierra que temblaba ante él poco ha. Me ha llegado a la rodilla la sangre roja, y en esta hora, en mi vejez, el mundo ya no es para mí sino una visión y una farsa.

Dicho esto, miró a los demonios; y algo tenía en los ojos que los dejó mudos.

Al cabo de un tiempo volvió a hablar, y dijo:

—Os juré mi apoyo si vencía. Pero mi ejército ha desaparecido como la cera que se funde ante el fuego, y yo aguardo al barquero oscuro que no espera a hombre alguno^[186]. Pero yo nunca he escrito mis obligaciones sobre la arena, sino sobre mármol, y como la victoria ha sido mía, recibid estos presentes. Primero tú, oh Brándoch Dahá: toma mi espada, ya que, antes de que tuvieras los dieciocho años cumplidos, ya tenías fama de ser el más poderoso de los hombres de armas. Bien te servirá, como me sirvió a mí en tiempos pasados. Y a ti, oh Spitfire, te doy esta capa. Es vieja, pero bien te puede servir, pues es de tal virtud que el que la lleva jamás cae vivo en manos de sus enemigos. Llévala en recuerdo mío. Pero a ti, oh Juss, no te doy presente alguno, pues estás dotado de todas las buenas prendas: sólo te entrego mi voluntad, antes de que la tierra se abra para recibirme.

Y se lo agradecieron mucho. Y él dijo:

—Dejadme, pues llega lo que debe completar la destrucción de este día.

Volvieron, pues, a la fortaleza de vigilancia, y cayó la noche sobre las colinas. Un gran viento quejumbroso que venía del oeste sin color rasgaba las nubes como ropas viejas, desvelando la luna solitaria, que huía desnuda entre ellas. Al mirar atrás los

demonios, bajo la luz de la luna, hacia donde quedaba Zeldornius contemplando a los muertos, un ruido como de trueno hizo temblar la tierra firme y ahogó el aullido del viento. Y vieron que la tierra se abría bajo los pies de Zeldornius.

Después de aquello, la oscuridad se cernió sobre la luna, y en el campo de batalla de Salapanta reinaron la noche y el silencio.

LAS FRONTERAS DEL MORUNA

Del viaje de los demonios de Salapanta a Eshgrar Ogo;
donde se trata de la señora de Isínain Nemartra, y de otras materias
notables.



Mivarsh Faz se dirigió a los señores de Demonlandia por la mañana y los encontró dispuestos a ponerse en camino. Y les preguntó hacia dónde era su viaje, y ellos le respondieron que hacia el este.

—Todos los caminos que van al este —dijo Mivarsh— llevan al Moruna. Nadie puede ir allí y salir vivo.

Pero ellos rieron y le respondieron:

—No juzgues nuestro valor con demasiada estrechez, dulce Mivarsh, limitándolo a tu propia capacidad. Has de saber que nuestro viaje está decidido, y que está fijado con clavos de diamante^[187] al muro de la necesidad inevitable.

Se despidieron de él y siguieron su camino con su pequeño ejército. Viajaron durante cuatro días a través de bosques espesos, alfombrados de las hojas de un millar de otoños, donde en pleno mediodía reinaba la penumbra entre los ruidos apagados de la arboleda, y por la noche se asomaban ojos solemnes entre los troncos de los árboles, contemplando a los demonios mientras marchaban o descansaban.

El quinto día, y el sexto, y el séptimo, viajaron a lo largo de la orilla sur de un mar arenoso, compuesto totalmente de arena y gravilla y sin gota de agua, pero que sufría pleamar y bajamar con gran oleaje, como cualquier otro mar, nunca quieto y nunca en calma. Y siempre, por el día y por la noche, mientras atravesaban el desierto, les llegaba un gran ruido, muy espantable, y un sonido como de panderos y trompetas; pero el lugar era solitario a la vista, y no había en él ser viviente alguno salvo ellos y su compañía, que viajaban hacia el este.

Al octavo día abandonaron la costa de aquel mar sin agua y llegaron a través de un terreno rocoso y accidentado a la bajada de un amplio valle, sin abrigos y estéril, por cuyo fondo serpenteaba el ancho lecho pedregoso de un río pequeño. Allí, mirando hacia el este, contemplaron, a la luz del sol brillante del atardecer, un castillo de piedra roja sobre una terraza de la colina rocosa que estaba más allá del valle. Juss dijo:

—Creo que podremos llegar allí antes de la caída de la noche, y nos darán hospitalidad.

Cuando se acercaron, advirtieron, a la luz de la puesta del sol y de la luna, a uno que estaba sentado en una peña cerca de su camino, a un tiro de piedra del castillo,

como si estuviera contemplándolos y esperando su venida. Pero, cuando llegaron a la roca, no había tal persona. De modo que siguieron su camino hacia el castillo, y, cuando miraron atrás, he aquí que estaba sentado en la roca, y llevaba la cabeza entre las manos: cosa extraña de ver, y aborrecible para cualquiera.

La puerta del castillo estaba abierta, y entraron, y atravesaron el patio hasta llegar a un gran salón, con la mesa puesta como para un banquete, y había grandes fuegos, y ardían cien velas en el aire tranquilo; pero no se veía cosa viviente ni se oía voz alguna en todo el castillo. El señor Bránoch Dahá dijo:

—En esta tierra, la mayor maravilla sería que pasara una hora sin ver ninguna maravilla. Cenemos presto, y vayamos a la cama.

Con lo cual se sentaron y bebieron el vino dulce como la miel, hasta que se les borraron de las mentes todos los pensamientos de guerra y de padecimientos y de los peligros inimaginables del yermo y del ejército de Córund que buscaba su destrucción, y el espíritu del sueño sedujo sus cuerpos cansados.

Entonces flotó en el aire una música suave, inquietante por su dulzura desenfrenada y voluptuosa, y vieron que salía al estrado una dama. Parecía tan hermosa, que superaba la belleza de las mortales. Con su cabello oscuro, era semejante a la luna bicorne con crisoberilos^[188], cada uno de los cuales tenía cautivo un rayo de luz que temblaba y rutilaba como rutilan los rayos del sol que atraviesan las profundidades claras del mar de verano. Llevaba un vestido de seda carmesí suave, ajustado, de modo que ella era gala de sus propias galas, y con su propia belleza las hacía más suntuosas. Dijo:

—Señores y huéspedes míos en Ishnain Nemartra, hay lechos de pluma y sábanas de holanda para todos los que estéis cansados. Pero sabed que en la torre oriental tengo un halcón en una alcándara, y al que mantenga despierto a mi halcón toda esta noche, solo y sin compañía y sin haber dormido, me presentaré a él al final de la noche y le concederé lo primero que me pida, de entre las cosas terrenales.

Dicho esto, desapareció como un sueño.

—Echemos a suertes a quién corresponde esta aventura —dijo Bránoch Dahá.

Pero Juss se opuso, diciendo:

—Ha de haber aquí algún engaño. No debemos dejar que seduzcan nuestros entendimientos en esta tierra maldita, sino seguir nuestro propósito fijo. No debemos ser de aquéllos que van por lana y vuelven trasquilados.

Bránoch Dahá y Spitfire se rieron de esto, y echaron a suertes entre ellos. Y la suerte cayó al señor Bránoch Dahá.

—No me negarás esto —dijo al señor Juss—, o no volveré a hacer cosa de provecho para ti.

—Nunca te podría negar nada —respondió Juss—. ¿No somos como el índice y el pulgar? Pero, pase lo que pase, no olvides a qué hemos venido aquí.

—¿No somos tú y yo como el índice y el pulgar? —preguntó el señor Brándoch Dahá—. Nada temas, amigo de mi corazón: no lo olvidaré.

Así, mientras los demás dormían, Brándoch Dahá mantuvo despierto al halcón toda la noche en la cámara de la torre oriental. A pesar de que la fría ladera del exterior estaba cubierta de escarcha, en aquella cámara el aire estaba cálido y pesado, incitando mucho al sueño. Pero él no cerró un ojo, y siguió contemplando al halcón, contándole cuentos y tirándole de la cola cada vez que parecía somnoliento. Y éste le respondía con enfado y con desagrado, mirándolo con malevolencia.

Y al llegar la dorada aurora, he aquí que apareció la dama en la puerta sombría. Al entrar ella, el halcón sacudió las alas como con ira y, sin más, metió la cabeza bajo el ala y se echó a dormir. Pero aquella dama radiante miró al señor Brándoch Dahá, habló y dijo:

—Pídeme, oh señor Brándoch Dahá, lo que más desees entre las cosas terrenales.

Pero él, como deslumbrado, se irguió y dijo:

—Oh, señora, ¿no es tu belleza al alba del día un fulgor que puede disipar la oscuridad del infierno? Mi corazón está embelesado con tu belleza, y se alimenta de tu visión. Por lo tanto, quiero tener tu cuerpo, y ninguna otra cosa terrenal.

—Eres un necio —exclamó ella—, y no sabes lo que pides. Podías haber escogido entre todas las cosas terrenales; pero yo no soy terrenal.

—No quiero otra cosa —respondió él.

—Entonces, corres un gran peligro —dijo ella—, y la pérdida de toda tu buena fortuna, para ti y también para tus amigos.

Pero Brándoch Dahá, al ver que su semblante se ponía de pronto como las rosas nuevas al amanecer, y sus ojos grandes y oscuros se llenaban de deseo amoroso, se llegó a ella y la tomó en sus brazos y se puso a besarla y a abrazarla. Así estuvieron un rato, en el que él no fue consciente de otra cosa sino de las caricias y del perfume del pelo de aquella dama, que enloquecían los sentidos; de los besos de su boca, del surgir y la caída del pecho de la dama, que apretaba el suyo. Ella le dijo suavemente al oído:

—Veo que eres demasiado dominador. Veo que eres persona a la que nada se puede negar, si tienes puesto en ello tu corazón. Ven.

Y atravesaron una puerta con pesados cortinajes y llegaron a una cámara interior, en la que el aire estaba cargado del aroma de la mirra, del nardo y del ámbar gris^[189], una fragancia como la del amor dormido. Allí, entre la oscuridad de las ricas colgaduras y el brillo apagado del oro, un resplandor cálido de lámparas con pantalla dominaba un diván, grande y ancho y con almohadones de plumas. Y allí se solazaron largo rato con amor y placer.

Pero, como todas las cosas deben tener fin, él dijo por fin:

—Oh señora mía, dueña de los corazones, aquí me quedaría para siempre,

abandonando todo lo demás por tu amor. Pero mis compañeros me esperan en tus salones inferiores, y hay grandes cosas de que me debo ocupar. Dame por última vez tu boca divina, y dime adiós.

Ella estaba tendida sobre su pecho, como dormida: de piel tersa, blanca, cálida, con la bien formada garganta apoyada sobre la oscuridad con aroma de especias de su pelo suelto; tenía un mechón, pesado y espléndido como una serpiente pitón, enroscado entre el brazo blanco y el pecho. Se volvió ligera como la serpiente, abrazándolo desenfrenadamente, acercándolo desenfrenadamente a sus dulces labios, fervientes e insaciables, exclamando que debía quedarse allí para toda la eternidad, entre la embriaguez del amor y del placer perfectos.

Pero cuando al fin, forzándola suavemente a que lo soltara y le dejara ir, él se levantó y se vistió y se armó, la dama se envolvió en un vestido translúcido de viso plateado, como cuando la luna de verano vela el esplendor de su belleza sin ocultarlo, y, puesta así de pie ante él, habló y le dijo:

—Vete, pues. Esto viene de arrojar perlas a los puercos. No te puedo matar, pues no tengo otro poder sobre tu cuerpo. Pero no te jactarás mucho tiempo de que me pediste algo que excedía del pacto, y, después de gozarlo, lo despreciaste y lo agraviaste; has de saber, por lo tanto, oh hombre orgulloso, que te concedo tres dones que escojo yo misma. Tendrás guerra y no paz. El que más odias derrocará y arruinará tu hermoso señorío, el castillo de Krothering y sus tierras. Y al final serás vengado de él, pero por mano de otro, y a tu mano le será negada la venganza.

Dicho esto, rompió a llorar. Y el señor Bránoch Dahá salió de la cámara con gran firmeza^[190]. Y, volviendo la vista atrás desde el umbral, descubrió que en aquella cámara y en la exterior no estaban ni la dama ni el halcón. Y de pronto le sobrevino un gran cansancio. Cuando bajó, se encontró con el señor Juss y sus compañeros dormidos sobre las losas frías, y el salón del banquete vacío de todo su mobiliario, húmedo y lleno de musgo y telarañas, y con murciélagos que dormían cabeza abajo entre las vigas del techo, que se desmoronaba; tampoco quedaban restos del banquete de la noche pasada. Y Bránoch Dahá despertó a sus compañeros y contó a Juss lo que le había sucedido, y el sortilegio que le había impuesto aquella dama.

Y siguieron su camino, maravillándose mucho del castillo maldito de Ishnain Nemartra, y contentos de salir de él con tan poco daño.

En aquel día, el noveno de su viaje desde Salapanta, atravesaron tierras baldías de piedra y de roca desnuda, donde no se movía ningún ser viviente, ni siquiera una pulga de arena. La tierra se abría en gargantas aquí y allá laberintos de desolación entre paredes de roca, jamás visitados por los rayos del sol ni los de la luna,

turbulentos en sus profundidades con aguas que siempre saltaban y siempre se agitaban, nunca quietas y nunca en silencio. Era tortuoso el camino de aquel día, y tenían que subir y bajar aquellas riberas para encontrar vados.

Cuando a mediodía se detuvieron ante la mayor de las gargantas que habían encontrado hasta entonces, llegó a ellos uno con gran prisa y cayó junto a Juss y se quedó tumbado boca abajo, resollando como el que está sin aliento por haber corrido mucho. Y, cuando lo alzaron, he aquí que era Mivarsh Faz, con los arreos de un jinete negro de Jalcanaius Fostus y armado de hacha y espada. Lo trataron bien y le hicieron beber de un gran pellejo de vino que les había regalado Zeldornius, y al cabo dijo:

—Ha armado a incontables centenares de nuestras gentes con armas tomadas del campo de batalla de Salapanta. Éstos, mandados por los diablos de sus hijos, con Philpritz, maldito de los dioses, han ido por delante a tomar todos los caminos al oriente de vosotros. He cabalgado y he corrido noche y día para avisaros. Él, con su gran fuerza de diablos de allende las montañas, os sigue de cerca.

Se lo agradecieron mucho, maravillándose de que se tomara tanto trabajo para advertirles del peligro que corrían.

—He comido vuestra sal —respondió él—, y, además, vais en contra de este calvo malvado y taimado que ha atravesado las montañas para oprimirnos. Por eso quise haceros un bien. Pero poco puedo hacer. Pues yo, que era rico en tierras y en siervos, ahora soy pobre. Y yo, que tuve a quinientos lanceros alojados en mis salones para hacer lo que yo mandase, ahora estoy solo.

—Es muy necesario que lo que hagamos lo hagamos prontamente —dijo el señor Brándoch Dahá—. ¿Cuánta ventaja le llevas?

—Caerá sobre vosotros en una o dos horas —dijo Mivarsh, y rompió a llorar.

—Habérnoslas con él a campo abierto —dijo Juss— nos traería gran gloria, y la muerte segura.

—Dadme un minuto para pensar —dijo Brándoch Dahá. Y paseó un rato junto al borde de aquel precipicio, arrojando piedrecillas por el borde con la punta de su espada. Después dijo—. Sin duda, éste es aquel río Athrashah del que habla Gro. Oh Mivarsh, ¿este río Athrashah no corre hacia el sur, hasta los lagos salados de Ogo Morveo, y no había por allí una fortaleza llamada Eshgrar Ogo?

—Así es —respondió Mivarsh—. Pero jamás oí hablar de nadie tan sin juicio como para ir allá. Ya es bastante temible la tierra donde estamos; pero Eshgrar Ogo está al borde mismo del Moruna. Ningún hombre ha parado allí desde hace cien años.

—¿Sigue en pie? —preguntó Brándoch Dahá.

—Sí, que yo sepa —respondió Mivarsh.

—¿Es fuerte? —preguntó él.

—En los tiempos pasados se juzgaba que no había lugar más fuerte —respondió Mivarsh—. Pero tanto te da morir aquí a manos de los diablos de allende las

montañas como que te hagan pedazos allí los espíritus malos.

Bránoch Dahá se volvió a Juss.

—¿Está decidido? —preguntó.

—Sí —respondió Juss; y partieron inmediatamente hacia el sur a marchas forzadas, siguiendo el río.

—Pensé que habíais podido escapar con facilidad antes de llegar a esto —dijo Mivarsh mientras marchaban—. Sólo estáis a diez u once jornadas de distancia, y hoy se cumple el día decimosexto desde que me dejasteis en las colinas de Salapanta.

Bránoch Dahá se rió.

—¡El decimosexto! —dijo—. Te harás rico, oh Mivarsh, si cuentas las monedas de oro como cuentas los días. Hoy no se cumple sino el noveno día de nuestro viaje.

Pero Mivarsh insistió con firmeza y dijo que Córund llegó a Salapanta el séptimo día después de su partida, «y llevo huyendo nueve días desde que su vanguardia encontró vuestra pista, y ahora os encuentra extrañamente a vosotros». Y no pudieron sacarle de ello por mucho que se burlaron de él. Y mientras seguían marchando hacia el sur a través del desierto, el sol fue cayendo y se puso en un cielo despejado, he aquí que salió la luna y pasaba un poco de la luna llena. Y Juss advirtió que la luna tenía siete días más que la noche que llegaron a Ishnain Nemartra. Y manifestó este prodigio a Bránoch Dahá y a Spitfire, y se maravillaron mucho.

—Debéis darme las gracias —dijo Bránoch Dahá— por no haberos hecho esperar un año entero. ¡Que me aspen si esos siete días no me parecieron sino una hora!

—Es harto posible que te lo parecieran a ti —dijo Spitfire algo mohíno—, pero nosotros dormimos sobre las losas frías durante toda la semana, y todavía estoy medio baldado del dolor.

—No —dijo Juss riendo—, no consiento que le echés la culpa.

La luna estaba alta cuando llegaron a los lagos salados, que estaban en cuencas rocosas, uno un poco más alto que el otro. Sus aguas eran como la plata virgen, y la superficie áspera del yermo aparecía negra y plateada a la luz de la luna; y era una región de huesos muertos, ciegos y estériles bajo la luna. Entre los lagos se alzaba una costilla monstruosa de roca hasta una fortaleza ceñida de despeñaderos por todas partes con muros que la rodeaban sobre los precipicios. Allí se dirigieron aprisa, y mientras escalaban y tropezaban entre los despeñaderos, un búho hembra ululó desde las almenas y echó a volar sobre sus cabezas como un fantasma. A Mivarsh Faz le castañetearon los dientes, pero los demonios se alegraron mucho al superar las rocas y entrar por fin en aquella fortaleza abandonada. Fuera, la noche estaba en calma; pero ardían hogueras en el desierto hacia el este, y vieron encender otras al oeste, y pronto se cerró el círculo de puntos rojos parpadeantes que rodeaba Eshgrar Ogo y los lagos.

—No nos han alcanzado por una hora —dijo Juss—. Y ved cómo nos rodean, tal como rodean con fuego los hombres a un alacrán.

Y lo aseguraron todo y dispusieron la guardia, y durmieron hasta después del alba. Pero Mivarsh no durmió, pues tenía miedo a los hobtruses del Moruna.

LA FORTALEZA DE ESHGRAR OGO

Del asedio del señor Córund a la fortaleza que estaba sobre los lagos de Ogo Morveo, y de lo que aconteció allí entre los demonios y él, con un ejemplo de cómo los sutiles de corazón corren a veces grandes peligros de muerte.



uando el señor Córund supo con certeza que tenía encerrados en Eshgrar Ogo a los de Demonlandia, mandó que le sirvieran la cena en su tienda y se hartó de empanadas de ciervo, urogallos y langostas de los lagos. Luego se bebió casi un pellejo de vino thramniano, tinto y dulce, de tal modo que, una hora antes de la medianoche, perdió el habla, y Gro le ayudó a acostarse, y durmió profundamente hasta la mañana siguiente.

Gro velaba en la tienda, con el codo derecho apoyado en la mesa, la mejilla sobre la mano y la mano izquierda extendida hacia delante, jugueteando con los dedos delicados, ora con su gran barba, suave y muy perfumada, ora con el vaso del que bebía de vez en cuando vino claro de Permio. Sus pensamientos, inconstantes como insectos en un jardín en verano, daban vueltas constantes, fijándose ahora en la escena que tenía ante él, la gran masa de su general sumido en el sueño, después en otras escenas separadas por grandes golfos de tiempo, o por leguas fatigosas de caminos arduos. De modo que un momento veía en su fantasía a aquella señora de Carcë que daba la bienvenida a su señor, que volvía triunfador, y a sí mismo coronado quizá por rey de Duendelandia, recién conquistada; y al momento siguiente volvía del futuro al pasado y contemplaba de nuevo la gran despedida en Zajë Zaculo: Gaslark con todo su esplendor, despidiendo desde las escaleras de oro a los tres capitanes y a sus fuerzas sin igual, que acabarían alimentando a los perros y a los cuervos de las colinas de Salapanta; y siempre, como un fondo sombrío que oscurecía su mente, se cernía el vacío abismal, vasto y sin contenido, más allá del círculo que formaban los ejércitos de Córund: la vacuidad ciega y maldita del Moruna.

Con tales imaginaciones, la melancolía se le posó en el alma como un gran pájaro. Las luces vacilaban en sus candeleros, y a Gro se le acabaron cerrando los párpados de puro cansancio sobre sus grandes ojos líquidos; y, demasiado cansado para moverse de su asiento y llegar a su lecho, se dejó caer hacia delante sobre la mesa, apoyando la cabeza sobre los brazos. El brillo rojizo del brasero fue amortiguándose cada vez más sobre las formas delgadas y los rizos negros y brillantes de Gro, y sobre el cuerpo poderoso de Córund, que yacía extendiendo a lo

largo del lecho una gran pierna, con bota y espuela, y la otra le caía por el costado y apoyaba el talón en el suelo.

Sólo faltaban dos horas para el mediodía cuando un rayo de sol, que se abrió camino por una abertura entre las colgaduras de la tienda, cayó sobre los párpados de Córund; éste se despertó tan fresco y activo como un joven en una mañana de caza. Despertó a Gro y, dándole una palmada en el hombro, le dijo:

—No haces justicia a una hermosa mañana. Que el diablo me pinte tan negro como el requesón^[191] si no es una vergüenza por tu parte; y yo, que tengo sesenta y cuatro años de edad que se cumplen en este día, ya llevo ocupándome de mis asuntos desde que salió el sol.

Gro bostezó, sonrió y se estiró.

—Oh Córund —dijo—, finge una admiración más viva en tus ojos si quieres hacerme creer que has visto salir el sol. Pues creo que tal espectáculo sería tan nuevo e insólito para ti como cualquiera que yo pudiera presentarte en Duendelandia.

—Es verdad —dijo Córund— que rara vez he sido tan poco cortés de sorprender a la señora Aurora en camisión. Y las tres o cuatro veces que me he visto obligado a hacerlo me hicieron ver que es una hora de aires crudos y de nieblas que engendran en el cuerpo humores fríos y oscuros^[192], una hora en que la antorcha de la vida arde con menos fuerza. ¡Eh, los de allí dentro! Servidme mi copa de la mañana.

El muchacho llevó dos copas de vino blanco, y, mientras bebían, Córund dijo:

—El licor que sale de la fuente es una bebida liviana y sin gracia, una bebida para pisaverdes débiles de estómago; para lavanderas^[193], no para hombres. Lo mismo sucede con la hora del alba: es una hora ingrata y sin sustancia, una hora para dar puñaladas por la espalda y para los traidores a sangre fría. Ah, dejadme a mí el vino —exclamó— y los vicios a pleno día, y las iniquidades de rostro de bronce.

—Pero muchas obras de provecho se hacen a la luz de los búhos —dijo Gro.

—Sí —dijo Córund—, obras oscuras; y en esto, señor mío, todavía soy tu maestro. Vamos, en marcha.

Y, tomando su yelmo y sus armas y ciñéndose su gran manta de pieles de lobo, pues afuera el aire estaba helado y cortante, salió. Gro se envolvió en su manto de pieles, se caló los guantes de piel de cordero, y le siguió.

—Si quieres seguir mi consejo —dijo el señor Gro, mientras contemplaban Eshgrar Ogo, nítido a la luz yerma del sol—, harás a Philpritz el honor, que no dudo que desea mucho, de dejar que sea él con su gente el que dé el primer golpe a esta nuez. Parece dura. Sería una lástima derrochar buena sangre de Brujolandia en el primer ataque, cuando estos viles lacayos están dispuestos a servir para nuestros fines.

Córund gruñó entre su barba, y paseó en silencio junto a Gro, a lo largo de las líneas de su ejército, escudriñando siempre con sus ojos penetrantes los precipicios y los muros de Eshgrar Ogo, hasta que al cabo de una media hora volvió a detenerse ante su tienda, después de dar una vuelta completa a la fortaleza. Entonces dijo:

—Ponedme en esa plaza fuerte, y, aunque sólo tuviera conmigo a cincuenta buenos mozos para defender los muros, la defendería contra diez mil.

Gro calló un rato, y dijo después:

—¿Lo dices con pesar?

—Fríamente, y con pesar —respondió Córund, mirando la fortaleza de frente.

—Entonces ¿no vas a asaltarla?

Córund rió.

—¡Que no voy a asaltarla, dice! Buena sería la chacota que tendrían en Carcë al contarlo entre plato y plato. ¡Que no voy a asaltarla!

—Pero advierte una cosa —dijo Gro, tomándolo del brazo—. Así es como veo yo la cuestión: son pocos, y están encerrados en un lugar estrecho, en esta tierra lejana, fuera del alcance y de la esperanza de socorro alguno. Aunque fueran diablos y no hombres, la multitud de nuestros ejércitos y tus propias virtudes probadas deben amilanarlos. Por inexpugnable que sea el lugar, no dudes que su seguridad quedará emponzoñada por algunas dudas. Por lo tanto, antes de arriesgarte a un asalto que disipe sus dudas cuando lo rechacen, aprovecha tu ventaja. Convoca a Juss para parlamentar. Ofrécele condiciones, no importa cuáles. Convéncelos de que salgan a campo abierto.

—Lindo designio —dijo Córund—. Te ganarás la corona de la sabiduría si eres capaz de decirme qué condiciones podemos ofrecer para que las acepten. Y, mientras resuelves este acertijo, recuerda que, aunque tú y yo mandamos por aquí, hay otro que es rey en Carcë.

El señor Gro se rió suavemente.

—Déjate de chanzas —dijo—, oh Córund, y no pretendas hacerme creer que eres tan ingenuo en la política. ¿Nos culpará el rey si prometemos a Juss renunciar a Demonlandia, y a todo el mundo, si es preciso, para hacerle salir? A no ser que fuéramos tan negligentes de nuestros intereses que le permitiésemos escapar de nuestras manos cuando hubiera salido.

—Gro —dijo Córund—, te estimo. Pero tú no puedes entender las cosas como las entiendo yo, que he pasado toda la vida entre cuchilladas dadas y recibidas a campo abierto. No dejé de tomar parte en la notable traición que hiciste a aquellos pobres gusanos de Duendelandia que atrapamos en Orpish. Todo es lícito contra esta morralla. Además, estábamos muy apurados, y a un saco vacío le resulta difícil mantenerse erguido. Pero la cuestión presente es muy distinta. Aquí lo hemos ganado todo, y sólo nos falta coger la manzana; mi máxima ambición es, precisamente,

humillar a estos demonios abiertamente, con el terror de mi espada, por lo tanto, no usaré contra ellos de falsías ni de embarazos^[194], ni de ninguna de tus mañas diabólicas, que me traerían más oprobio que gloria a los ojos de los que las supieran más tarde.

Dicho esto, dio órdenes y mandó a un heraldo que se llegase bajo las almenas con una bandera de paz. Y el heraldo dijo a grandes voces:

—De Córund de Brujolandia a los señores de Demonlandia. Esto dice el señor Córund: «Tengo sujeta esta fortaleza de Eshgrar Ogo como una nuez en el cascanueces. Bajad para hablar conmigo en el llano que hay ante la fortaleza, y os juro paz y seguros mientras parlamentamos, y empeño en ella mi honor de guerrero».

Así, cuando se llevaron a cabo las ceremonias propias de estos casos, el señor Juss bajó de Eshgrar Ogo, y con él los señores Spitfire y Brándoch Dahá, con veinte hombres como guardia de corps. Córund acudió a reunirse con ellos rodeado de su guardia, y de sus cuatro hijos que habían viajado con él a Duendelandia, a saber: Hacmon, Heming, Viglus y Dormanes; jóvenes morenos y taciturnos, agradables de ver, algo menos fieros que su padre. Gro, hermoso de ver y esbelto como un caballo de carreras, iba a su lado, embozado hasta las orejas en un manto de armiño; y detrás de él iba Philpritz Faz, con un yelmo alado de hierro y oro. Philpritz llevaba coselete dorado y calzas de piel de pantera, y se escurría tras los pasos de Córund como se escurre el chacal tras el león.

Cuando se reunieron, habló Juss y dijo:

—Querría saber, ante todo, mi señor Córund, cómo has venido aquí y por qué, y con qué derecho nos disputas los caminos que salen de Duendelandia hacia el oriente.

—No tengo que responderte sobre ello —respondió Córund, apoyándose en su lanza—. Pero lo haré. ¿Cómo he venido? Te respondo: cruzando la fría pared montañosa de Akra Skabranth. Y es una hazaña que no tiene igual en la memoria de los hombres hasta ahora, con fuerzas tan numerosas y en tan breve espacio de tiempo.

—Bueno está —dijo Juss—. Concedo que has logrado más que lo que esperaba yo de ti.

—Me preguntas también el por qué —dijo Córund—. Que te baste saber que el rey tuvo noticia de tu viaje a Duendelandia y de tus propósitos en ella. He venido para malograrlos.

—Se bebieron muchos firkins de vino en Carcë —dijo Hacmon—, y muchos nobles perdieron el sentido y vomitaron en el suelo hasta el alba de puro gusto cuando fue arrebatado el maldito Goldry. No quisimos que estos brindis hubieran sido en vano.

—¿Fue eso antes de que cabalgases desde Permio? —dijo el señor Brándoch Dahá—. Si no me traiciona la memoria, el alegre dios se puso de nuestro lado aquella noche.

—Me preguntas, por último, señor Juss —dijo Córund—, con qué derecho os impido el paso hacia oriente. Pues has de saber que no te hablo en mi nombre, sino como enviado en la ancha Duendelandia de nuestro señor Gorice XII, rey de reyes, muy glorioso y muy grande. No os queda otra salida de este lugar si no es cayendo en el rigor de mis manos. Por lo tanto, como es propio de hombres grandes, aceptad condiciones honorables. Y esto te ofrezco, oh Juss: rinde esta fortaleza de Eshgrar Ogo, y con ella tu palabra, en un documento sellado por tu mano en el que reconozcas al rey nuestro señor por rey de Demonlandia, y os deis por súbditos suyos con toda paz y obediencia, tal como lo somos nosotros. Y yo te juraré por mi parte, y en nombre del rey nuestro señor, y te daré rehenes sobre ello, que saldréis en paz hacia donde queráis, con amor y con seguro^[195].

El señor Juss le dirigió una mirada feroz.

—Oh Córund —dijo—, no entendemos tus palabras más que entendemos el viento sin sentido. Muchas veces ha habido plata gris en el fuego que arde entre nosotros y vosotros los de Brujolandia; pues la casa de Gorice siempre fue de la naturaleza del sucio sapo, que no soporta el dulce olor de la parra cuando florece. Así, nos quedaremos de momento en esta plaza y renunciaremos a tus ofertas injuriosas.

—Te he hecho esta oferta honradamente y de todo corazón —dijo Córund—; si la rechazas, no soy tu lacayo para repetirla.

—Está escrita y sellada —dijo Gro—, y sólo le falta la firma de tu mano, mi señor Juss.

Y, dicho esto, hizo una señal a Philpritz Faz, que se acercó al señor Juss con un pergamino. Juss rechazó el pergamino, diciendo:

—Basta, ya tenéis vuestra respuesta.

Y se estaba volviendo cuando Philpritz, inclinándose hacia delante de pronto, le tiró una gran puñalada bajo las costillas^[196] con una daga que se había sacado de la manga. Pero Juss llevaba una cota de malla secreta que rechazó la daga. Con todo, la fuerza del golpe le hizo vacilar.

Entonces Spitfire empuñó su espada, y con él los demás demonios, pero Juss gritó a grandes voces que no serían ellos los que violasen la tregua, sin que antes les dijese Córund lo que quería hacer. Y Córund dijo:

—¿Me oyes, Juss? No he tenido arte ni parte en esto.

Bránoch Dahá contrajo el labio superior y dijo:

—Es lo que cabía esperar. Es extraño, oh Juss, que extiendas tu mano a estos sucios perros sin llevar en ella un látigo.

—Cuando estos golpes no atinan, fracasan por poco —dijo Gro en voz baja al oído de Córund, y se arrebuja en su manto, contemplando a los demonios con burla disimulada.

Pero Córund dijo, con la cara roja de ira:

—¿Es ésta tu respuesta, oh Juss? —y, cuando Juss dijo: «Es nuestra respuesta, oh Córund», Córund repuso violentamente—: Entonces, te doy guerra roja; y esto con ella como prueba de nuestro honor.

Y puso las manos en Philpritz Faz y con sus propias manos le cortó la cabeza ante los ojos de ambos ejércitos. Luego, dijo a grandes voces:

—De manera tan sangrienta como he vengado el honor de Brujolandia en este Philpritz, así lo vengaré en todos vosotros antes de que levante el campo de mis ejércitos de estos lagos de Ogo Morveo.

Y los demonios subieron a la fortaleza, y Gro y Córund volvieron a sus tiendas.

—Estuvo bien pensado —dijo Gro— aquello de desplegar la bandera de la honradez aparente, librándonos de paso de aquel sujeto que parecía que iba a tener como una espina clavada en nuestro dominio sobre Duendelandia.

Córund no le respondió palabra.

En aquella misma hora, Córund reunió a su gente y asaltó Eshgrar Ogo, poniendo en vanguardia^[197] a los de Duendelandia. Nada consiguieron. Muchas docenas de ellos quedaron muertos aquella noche bajo los muros; y las sucias bestias del desierto devoraron sus cuerpos a la luz de la luna^[198].

A la mañana siguiente, el señor Córund envió un heraldo y volvió a convocar a los demonios a un parlamento. Y esta vez sólo habló a Brándoch Dahá, pidiéndole que le entregase a los hermanos Juss y Spitfire, «y, si me los entregas a mi placer, tú y tu gente podréis salir en paz sin condiciones».

—Buena oferta —dijo el señor Brándoch Dahá—, si no es una chanza. Dila en voz alta para que la oiga mi gente.

Córund lo hizo así, y los demonios le oyeron desde los muros de la fortaleza.

El señor Brándoch Dahá se apartó un tanto de Juss y de Spitfire, y de su guardia de corps.

—Escríbemela —dijo—. Pues, aunque yo tenga fe en tu palabra, debo tener tu firma y tu sello para enseñárselos a mis seguidores, antes de que consientan en que haga tal cosa.

—Escribe tú —dijo Córund a Gro—, pues yo no sé de letras sino lo que basta para escribir mi nombre.

Y Gro tomó su tintero y escribió la oferta con letra grande y hermosa.

—Añade los juramentos más temibles que conozcas —dijo Córund, y Gro los escribió, susurrando: «Se burla de nosotros». Pero Córund dijo: «No importa, vale la pena probarlo», y firmó lenta y trabajosamente su nombre bajo el texto, y se lo entregó a Brándoch Dahá. Brándoch Dahá lo leyó con atención y se lo metió en el

seno, bajo la cota de malla.

—Esto —dijo— será para mí un recuerdo tuyo. Me recordará —y, al decir esto, puso ojos terribles—, mientras persista en Brujolandia un alma vuestra, que todavía debo enseñar al mundo lo que debe soportar el hombre que osa injuriarme con tal oferta.

—Eres un sujeto muy estirado —le respondió Córund—. Es admirable que te pavonees por el campo de batalla con todos esos atavíos femeniles. Mira tu escudo: ¿cuántas de esas cuentas relucientes crees que dejaría en él si llegásemos a las manos tú y yo?

—Te lo diré —respondió el señor Bránoch Dahá—. Nunca he ido a la guerra sin volver con cien joyas por cada una que me arrancan del escudo en combate, para volver a adornarlo con los despojos de mis enemigos. Y esto te pido, oh Córund, por tus palabras injuriosas: te reto a un combate singular, aquí y ahora. Y, si me lo niegas, quedarás por cobarde claro y patente.

Córund rió entre su barba, pero se le oscureció algo el ceño.

—Te lo ruego, ¿qué edad crees que tengo? —dijo—. Yo portaba espada cuando tú todavía llevabas pañales. Mira mis ejércitos y la ventaja que llevo sobre ti. Oh, señor mío, mi espada está encantada: no quiere salir de la vaina.

Bránoch Dahá sonrió desdeñosamente, y dijo a Spitfire:

—Mira bien, te lo ruego, a este gran señor de Brujolandia. ¿Cuántos dedos verdaderos tiene un brujo en la mano izquierda?

—Tantos como en la derecha —dijo Spitfire.

—Bien. Y ¿cuántos en ambas?

—Dos menos que un par —dijo Spitfire—, pues son falsos y gallinas hasta la punta de los dedos.

—Muy bien respondido —dijo el señor Bránoch Dahá.

—Sois muy agudos —dijo Córund—. Pero vuestras pullas pesadas no me mueven un ápice. Sería muy torpe por mi parte acceder a vuestra oferta cuando la prudencia me mueve a aplastaros con mi poder.

—Antes me matarás con la boca —dijo el señor Bránoch Dahá—. En suma, eres un valiente a la hora de rugir y de jurar; un gran bebedor de vino, pues dicen los hombres que te emborrachas de ordinario todos los días de la semana; pero temo que no osas pelear.

—¿No se te hinchan las narices al oírlo? —dijo Spitfire. Pero Córund se encogió de hombros.

—¡Una higa para vuestros cebos! —respondió—. Nada me obliga a haceros a vosotros los de Demonlandia el favor de despreciar mi ventaja y luchar solo contra un diestro^[199]. Los zorros viejos no solemos caer en los lazos.

—Eso creí —dijo el señor Bránoch Dahá—. Sin duda, antes criarán pelo las

ranas que alguno de vosotros los de Brujolandia ose enfrentarse a mí.

Así terminó el segundo parlamento ante Eshgrar Ogo. Aquel mismo día, Córund volvió a intentar tomar la plaza por asalto, y la batalla fue dura y los de Demonlandia defendieron los muros a duras penas. Pero, al cabo, los hombres de Córund fueron rechazados con gran mortandad. Y cayó la noche, y volvieron a sus tiendas.

—Mi caletre —dijo Gro, cuando se reunieron en consejo al día siguiente— tiene otra invención en la bolsa que nos hará bien, si resulta como es de esperar. Pero dudo mucho que te plazca.

—Bien, dila y te daré mi opinión sobre ello —dijo Córund.

—Ha quedado claro —dijo Gro— que no podemos talar este árbol cortando el tronco. Debemos socavar las raíces. Y para empezar, démosles siete días para que reflexionen, y que vean mañana y tarde a tus ejércitos desde la fortaleza, asediándolos. Luego, cuando se hayan templado algún tanto sus esperanzas con este espectáculo, llámalos a parlamentar, y llégate hasta el mismo muro. Y esta vez dirígete sólo a la tropa, y ofréceles todo tipo de condiciones generosas y liberales que se te ocurran. Poco hay que puedan pedir y nosotros no les podamos conceder a cambio de que nos entreguen a sus capitanes.

—No es de mi gusto —respondió Córund—. Pero puede servir. Tú serás mi portavoz en esto, pues nunca he ido con la gorra en la mano a pedir favores a la plebe y a la hez de la tierra, y tampoco voy a hacerlo ahora.

—Pero debes hacerlo —dijo Gro—. A ti te creerán de buena fe; no tendrían confianza en mí.

—Cierto es —dijo Córund—. Pero no lo soporto. Además, soy muy rudo de palabra.

Gro sonrió.

—El que necesita a un perro —dijo— le llama «señor perro». Vamos, vamos, yo te enseñaré. ¿Acaso no es menor trabajo que pasar meses de fatigas y aburrimiento en este desierto helado? Piensa, además, el gran honor que sería para ti llegar a tu casa de Carcë llevando a Spitfire y a Brándoch Dahá atados con una cuerda.

Tuvo que insistirle mucho, pero Córund consintió en ello al cabo. Durante siete días con sus noches, sus ejércitos estuvieron apostados e inmóviles ante la fortaleza; y al octavo día convocó a los demonios a un parlamento, y, cuando lo concedieron, subió con sus hijos y con veinte guerreros por la gran estribación rocosa que estaba entre los lagos, y se puso ante el muro oriental de la fortaleza. El aire estaba helado y cortante aquel día. Por el suelo flotaban restos de nieve en polvo que había caído levemente, y las rocas estaban resbalosas con una capa invisible de hielo. El señor Gro, que padecía calentura, se disculpó de aquella salida y se quedó en su tienda.

Córund se puso bajo los muros, rodeado de su gente.

—Tengo cuestiones importantes —exclamó—, y es preciso que las oigan los más altos y los más bajos de entré vosotros. Antes de que empiece, reuníos todos en esta parte de los muros: os bastará con un vigía para defender las demás partes de un ataque repentino, que os juro, además, que está muy lejos de mi intento.

Y, cuando estuvieron agrupados todos en el muro sobre su cabeza, empezó a decir:

—Soldados de Demonlandia, nunca he tenido diferencias con vosotros. Ved cómo he hecho florecer como una flor la libertad en esta Duendelandia. He cortado la cabeza a Philpritz Faz, a Illarosh, a Lurmesh, a Gandassa y a Fax Fay Faz, que eran otrora los señores y gobernantes de esta tierra, llenos de pecados sangrientos y escandalosos, de opresión, de gula, de pereza, de crueldad y de rapiñas. Y, por mi clemencia, dejé todas sus posesiones en manos de sus súbditos, para que las detenten y las ordenen según su propia voluntad los mismos que antes llevaban con paciencia y soportaban con gran dolor de sus corazones la tiranía de aquellos Faz, hasta que encontraron en mí un remedio para acrecentar su libertad. Del mismo modo, no os hago la guerra a vosotros, hombres de Demonlandia, sino a los tiranos que os han forzado, para sus intereses privados, a sufrir trabajos y a buscar la muerte en este país remoto. Vengo contra Juss y Spitfire, que vinieron aquí a buscar a su hermano maldito, arrebatado felizmente por el poder del gran rey. Y vengo contra Brándoch Dahá, de insolencia cerril, que vive una vida muelle y descansada, comiendo, bebiendo y ejerciendo la tiranía, mientras las tierras amenas de Krothering, Failze y Stropardon, y los habitantes de las islas Sorbey, Morvey, Strufey, Dalney y Kenarvey, y los de Westmark y los de todas las partes occidentales de Demonlandia suspiran y están flacos para alimentar su disipación. Estos tres sólo os han dirigido para vuestro mal, como ganado que se lleva al matadero. Dejadlos en mis manos para que pueda castigarlos, y yo, que soy el gran virrey de Duendelandia, os haré libres y os daré señoríos: un señorío a todos y cada uno de vosotros en este mi reino de Duendelandia.

Mientras hablaba Córund, el señor Brándoch Dahá se paseaba entre los soldados mandándoles que callaran y no murmurasen contra Córund. Pero a los que estaban más deseosos de entrar en combate les confió un encargo para que preparasen lo que había pensado. Así, cuando el señor Córund terminó su arenga, todo estuvo dispuesto, y los soldados de Juss que estaban sobre el muro exclamaron como un solo hombre:

—¡Esto son tus palabras, oh Córund, y ésta es nuestra respuesta!

Y, diciendo esto, le arrojaron con cubos y bacines y todo tipo de recipientes un diluvio de bazofia, de desechos y de toda manera de suciedades que tuvieron a mano. A Córund le dio en la boca el contenido de un cubo, que le ensució toda la gran barba, y retrocedió escupiendo. Y él y los suyos, que estaban junto a la pared,

quedaron vergonzosamente manchados y pringosos de basura y porquerías.

Salieron grandes carcajadas de los muros. Pero Córund exclamó:

—Oh escoria de Demonlandia, éstas son las últimas palabras que os dirijo. Y, aunque deba asediar esta plaza durante diez años, la tomaré por encima de vuestras cabezas. Y al final me encontraréis muy duro, muy poderoso, orgulloso, tirano, cruel y sangriento en la victoria.

—¿Cómo, muchachos? —dijo el señor Brándoch Dahá de pie sobre las almenas—, ¿no hemos echado bastante bazofia a esta bestia para que deje de husmear y gruñir a nuestra puerta? Dadme otro cubo.

Así, los brujos regresaron a sus tiendas con gran vergüenza. Córund estaba tan ardiente de ira contra los demonios, que no se detuvo a comer ni a beber al bajar de Eshgrar Ogo, sino que reunió sus fuerzas inmediatamente y dirigió un ataque a la fortaleza, el más poderoso que había intentado hasta entonces; y fueron en él sus hombres selectos de Brujolandia, y él mismo en cabeza. Enfurecidos, se abrieron camino tres veces hasta el interior de la fortaleza, pero todos los que pusieron allí el pie fueron muertos, y el hijo menor de Córund, Dormanes, fue herido de muerte. En aquel combate cayeron ciento ochenta demonios, quinientos duendes y trescientos noventa y nueve brujos. Y hubo muchos heridos en ambos bandos.

Córund tenía la ira en el ceño como un trueno a la hora de cenar. Comió la cena de manera salvaje, arrojándose a la boca grandes bocados, mascando los huesos como una bestia y tomando grandes tragos de vino a cada bocado, pero éste no disipaba su mal humor. Gro estaba sentado en silencio frente a él, temblando de vez en cuando, a pesar de que seguía envuelto en su manto de armiño y de que tenía a su lado el brasero. Cenó mezquinamente, bebiendo vino calentado con especias y mojando en él trozos de pan.

Así, en silencio, transcurría aquella cena sin alegría ni amor, hasta que el señor Córund, dirigiendo la vista de pronto a Gro por encima de la mesa y estudiándolo mirándole a los ojos, dijo:

—Fue tu buena estrella la que brilló sobre ti y te mandó aquella calentura para que no vinieses conmigo a empaparte de porquerías ante la fortaleza.

—¿Quién soñara —respondió Gro— que usaran de una treta tan baja y vergonzosa?

—Juraré que tú no —dijo Córund, mirándolo con malignidad y sorprendiendo, a su parecer, una luz que brillaba en los ojos de Gro. Gro volvió a temblar, bebió vino y hurtó incómodo la mirada a aquellos ojos hostiles.

Córund bebió en silencio durante un rato; después, se puso de pronto de un color rojo más profundo y se inclinó pesadamente sobre la mesa hacia él, diciendo:

—¿Sabes por qué he dicho «tú no»?

—Ha estado de más con tu amigo —dijo Gro.

—Lo he dicho —dijo Córund— porque sé que era otra cosa la que buscabas cuando te quedaste aquí atrás, fingiendo una enfermedad.

—¿Otra cosa?

—No te quedes allí sentado como una damisela boquilinda, fingiendo una inocencia que todos sabemos que no tienes —dijo Córund—, o te mato. Maquinaste mi muerte con los demonios. Y, como no tienes una hebra de honor en el alma, no advertiste que su nobleza les impediría la traición que acariciaba tu esperanza.

—Como chanza, no me mueve a risa —dijo Gro—; si es que no son los delirios de un loco.

—Perro disimulado —dijo Córund—, no dudes que no me parece menos culpable el que sujeta la escala que el que sube a la muralla. Tu designio era que nos atacasen por sorpresa cuando subiésemos hasta ellos con la oferta que me propusiste con tanto ardor.

Gro hizo ademán de levantarse.

—¡Siéntate! —dijo Córund—. Responde: ¿no persuadiste a aquel pobre patoso de Philpritz de que intentase matar a Juss?

—Él se me ofreció —dijo Gro.

—Oh, qué astuto eres —dijo Córund—. También veo en esto tu alevosía. Si hubieran caído sobre nosotros, podías haberles pedido clemencia con toda seguridad.

—Son necedades —dijo Gro—. Nosotros éramos mucho más fuertes.

—Así es —dijo Córund—. ¿Cuándo vi en ti sabiduría y buen juicio? En cuanto a traiciones, sé que estás impregnado de ellas.

—¿Eres mi amigo? —dijo Gro.

Córund calló un rato, y dijo después:

—Sé desde hace mucho tiempo que eres un zorro sutil y disimulado, y ahora no oso fiarme más de ti, por miedo a caer más en tus peligros. Estoy decidido a matarte.

Gro volvió a caer sobre su asiento y extendió los brazos.

—Yo he estado antes por aquí —dijo—. He visto esta tierra a la luz de la luna y al resplandor desnudo del día; con buen tiempo y con nieve y granizo, con los fuertes vientos embistiendo sobre los yermos. Y supe que estaba maldita. En Morna Moruna, antes de que naciósemos tú o yo, oh Córund, o ninguno de nosotros, nacieron la traición y la crueldad, más negras que la noche, y trajeron la muerte al que las engendró y a toda su gente. De Morna Moruna sopla este viento sobre el yermo, para disipar nuestro amor y para traernos la destrucción. Sí, mátame; no me defenderé ni en lo más mínimo.

—Poco importa, goblin —dijo Córund—, que te defiendas o no. No eres más que un piojo entre mis dedos al que puedo matar o dejar libre a voluntad.

—Yo fui criado del rey Gaslark —dijo Gro, como entre sueños—, y le serví casi

quince años, de muchacho y de hombre, con fidelidad y con trabajos. Pero mi suerte, en todo aquel tiempo y al final del mismo, sólo me deparó la barba en el rostro y los remordimientos en el corazón. ¿Con qué fin execrable tuve que intrigar contra él? Fue por lástima de Brujolandia, de Brujolandia, que caía por entonces en el pozo de la fortuna adversa; eso fue lo que me movió. Y serví bien a Brujolandia; pero el destino siempre luchó del otro bando. Fui yo quien aconsejé al rey Gorice XI que se retirara del combate en Kartadza. Pero Fortuna, caprichosa, puso el pie en la balanza y la desvió hacia Demonlandia. Le rogué que no luchara contra Goldry en las islas de Foliot. Tú me secundaste. Sólo me respondió con desprecios y amenazas de muerte; pero cayeron males sobre Brujolandia porque se despreciaron mis consejos. Ayudé al rey nuestro señor cuando conjuró y despachó un enviado contra los demonios. Gracias a ello, tuve su amor y su apoyo; pero, por eso mismo, fui objeto de grandes envidias en Carcë. Mas lo soporté, pues tu amistad y la de tu señora esposa eran como fuegos vivos que me calentaban de todas las heladas de su mala voluntad. Y ahora, por tu amistad, he viajado contigo hasta Duendelandia. Y este lugar junto al Moruna, por donde viajé en días pasados entre peligros y tristeza, es apropiado para que contemple en toda su extensión el vacío de mi vida.

Con esto, Gro quedó en silencio durante un rato, y luego empezó a decir:

—Oh Córund, desnudaré mi alma ante ti antes de que me mates. Es muy cierto que, hasta ahora, acampados ante Eshgrar Ogo, mi corazón ha advertido la gran ventaja que teníamos sobre los demonios, y lo gloriosa que era su defensa, con tan pocas fuerzas contra tantos de nosotros, y la muy gloriosa hazaña que realizaban al rechazarnos; estas cosas daban esplendor a mi alma al contemplarlas. Toda mi vida he advertido este brillo cuando contemplo a grandes hombres que luchan con firmeza bajo los golpes de la fortuna adversa; tanto es así, que, aunque sean enemigos míos, no soy capaz de negarles mi admiración, ni casi mi estima. Pero nunca he sido falso contigo, ni mucho menos he pensado en urdir tu destrucción, de lo que tú me acusas muy injustamente.

—Pides que te perdone la vida con lloriqueos de mujer —dijo Córund—. Los perros cobardes nunca me movieron a piedad.

Pero no se movió; se limitó a contemplar a Gro con severidad. Gro sacó su propia espada y se la tendió a Córund sobre la mesa, con el puño por delante.

—Estas palabras son peores que cuchilladas entre nosotros dos —dijo—. Verás cómo doy la bienvenida a la muerte. El rey te alabará cuando le expliques la causa. Y la noticia sonará con dulzura en los oídos de Corinius y de todos los que me han odiado, cuando sepan que perdí tu amor y que te librate de mí por fin.

Pero Córund no se movió. Al cabo de un tiempo, llenó otra copa, bebió y siguió sentado. Y Gro seguía sentado e inmóvil ante él. Al cabo, Córund se alzó pesadamente de su asiento y rechazó la espada de Gro sobre la mesa, diciendo:

—Será mejor que te acuestes. Pero el aire de la noche es muy fresco para tu calentura. Duerme esta noche en mi lecho.

El día amaneció frío y gris, y, con la aurora, Córund ordenó sus líneas alrededor de Eshgrar Ogo y se dispuso para un asedio largo. Estuvo acampado diez días ante la fortaleza, y nada sucedía del alba al anochecer, del anochecer al alba; tan sólo que los centinelas paseaban sobre los muros y que los hombres de Córund vigilaban sus líneas. El día undécimo llegó un banco de niebla que flotaba hacia el oeste, procedente del Moruna, húmedo y helado, y borró los rasgos de la tierra. Cayó nieve, y la niebla seguía flotando sobre la tierra, y llegó la noche con tal oscuridad cerrada, que los hombres no eran capaces de verse la mano al extender el brazo, ni siquiera a la luz de una antorcha. Pasaron cinco días, y la niebla persistía. La quinta noche, a veinticuatro de noviembre, en la oscuridad de la tercera hora después de medianoche, sonó el toque de alarma, y un corredor llegó del norte y dio a Córund el mensaje de que los de Eshgrar Ogo habían hecho una salida y habían roto las líneas en aquel punto, y se luchaba en la oscuridad. Apenas se había armado Córund y había salido a la noche, cuando llegó a toda prisa un segundo corredor que venía del sur con nuevas de un gran combate en aquella parte. Todo era confuso en la oscuridad, y no se sabía nada de seguro, salvo que los demonios habían salido de Eshgrar Ogo. Al cabo de un tiempo, cuando llegó Córund con su gente al frente norte y entraron en combate, llegó un mensaje de su hijo Heming diciendo que Spitfire y algunos con él habían salido por el frente opuesto y se habían escapado hacia el oeste, y que una gran fuerza los perseguía haciéndoles retirarse hacia Duendelandia Exterior; y que más de cien demonios estaban rodeados y reducidos junto a la orilla de los lagos, y que las gentes de Córund habían entrado en la fortaleza y la habían tomado; pero no había nuevas ciertas de Juss ni de Bránoch Dahá, salvo que no estaban en la compañía de Spitfire, sino con los que habían salido hacia el norte y con los que Córund se había enfrentado en persona. Así siguió la batalla durante toda la noche. El mismo Córund llegó a ver a Juss, y se intercambiaron tiros de jabalina cuando se levantó algo la niebla hacia el alba, y un hijo suyo vio a Bránoch Dahá en aquella misma parte, y se llevó una gran herida a sus manos.

Cuando pasó la noche y los brujos regresaron de la persecución, Córund interrogó estrechamente a sus oficiales y recorrió en persona el campo de batalla escuchando el relato de cada soldado y viendo los muertos. Todos los demonios que habían quedado rodeados junto a los lagos habían perdido la vida, y se habían recogido algunos muertos en otras partes, y unos pocos prisioneros vivos. Los oficiales querían mandarlos matar, pero Córund dijo:

—Como estoy por rey en Duendelandia hasta que el rey mande otra cosa, no serán este puñado de pulgas de arena los que amenacen mi seguridad aquí; y bien

puedo hacerles merced de sus vidas, pues han luchado contra nosotros con valor.

Y los dejó ir en paz. Y dijo a Gro:

—No me importaría que por cada demonio muerto en Ogo Morveo surgieran otros diez contra nosotros con tal de que hubieran caído Juss y Bránoch Dahá.

—Te apoyaré si anuncias que han muerto —dijo Gro—. Y, si se han dirigido al Moruna con otros dos o tres, es muy posible que sea verdad antes de que llegemos a Carcë para contarlo.

—¡Bah! —dijo Córund—, al diablo con esas plumas falsas. Lo hecho ya parece bien sin ellos: Duendelandia conquistada, el ejército de Juss hecho picadillo, Bránoch Dahá y él mismo perseguidos como esclavos fugitivos hasta la Moruna. Y una vez allí, si los diablos los descuartizan, harán realidad mi mayor deseo. Y si no es así, oirás hablar de ellos, no lo dudes. ¿Crees que éstos pueden sobrevivir en la tierra sin formar un estrépito que se oiga de aquí a Carcë?

EL KOSHTRA PIVRARCHA

De la llegada de los señores de Demonlandia a Morna Moruna,
desde donde contemplaron las montañas zimiamvianas,
que también viera Gro en años pasados;
y de las maravillas que vieron y de los peligros que corrieron
y de sus obras en su ascensión al Koshtra Pivrarcha,
que es la única montaña de la tierra que domina el Koshtra Belorn;
y nadie puede ascender al Koshtra Belorn
sin haberlo contemplado desde arriba.



igamos ahora del señor Juss y del señor Bránoch Dahá que se vieron separados de su gente entre la niebla, y completamente incapaces de encontrarlos, y, cuando murió el último sonido de la batalla, limpiaron sus espadas ensangrentadas y partieron hacia el este con gran prisa. De todos sus seguidores, sólo quedaba Mivarsh. Tenía los labios algo contraídos, enseñando los dientes, pero caminaba con orgullo, como camina hacia su destrucción el que está dispuesto a morir. Viajaron día tras día, con buen tiempo a veces, otras con niebla o aguanieve, sobre el desierto sin cambios, sin accidentes, salvo un río pequeño y perezoso aquí, una elevación del terreno allá, o una charca, o un grupo de rocas: cosas pequeñas que se perdían de vista entre el yermo antes de haberlas dejado atrás en media milla. Así, cada día era como el de ayer, y daba paso a un mañana igual al hoy. Y siempre les pisaba los talones el temor, y se sentaba a su lado mientras dormían: un sonido metálico de alas que se oía por encima del viento; un susurro amenazador que se cernía en la luz del sol, y ruidos como dientes que castañetean que salían del vacío de la oscuridad. Así llegaron el día vigésimo al Morna Moruna, y se encontraron en el crepúsculo triste junto al castillo pequeño y redondo, silencioso en el risco de Omprenne.

Los precipicios caían a pico a sus pies. En aquel borde helado del Moruna, como si fuera el límite del mundo, parecía extraño mirar al sur sobre una región en verano, y respirar leves aires de verano que surgían de los árboles en flor y de las montañas vestidas de flores. En lo profundo, una alfombra de enormes copas de árboles vestía una gran extensión de tierra, por la cual se percibía, aquí y allá, un recodo de plata entre el bosque: el Bhavinan, que llevaba las aguas de mil rincones secretos de la montaña hasta un mar desconocido. Más allá del río, los bosques espesos, azules por la distancia, se hinchaban para formar colinas plumosas, dominadas por algunas alturas más elevadas y de perfiles más angulosos que estaban envueltas en nubes tras

ellas. Los demonios se forzaron la vista intentando penetrar la cortina de misterio que había detrás y por encima de aquellas estribaciones; pero los grandes picos, como grandes señoras, se ocultaban a su mirada curiosa, y no tuvieron atisbo alguno de las nieves.

Sin duda, estar en el Morna Moruna era estar en la cámara mortuoria de alguien que había sido hermoso en sus días. En las paredes había restos de fuego. La hermosa galería de madera vista tallada que corría sobre el salón principal estaba quemada y derruida en parte; los extremos ennegrecidos de las vigas que la sustentaban asomaban ciegamente por la brecha. Entre la ruina de sillas y bancos tallados, rotos y carcomidos, se pudrían algunos jirones de tapices con figuras, que ahora servían de casa a los escarabajos y a las arañas. Manchas de color, líneas desvaídas, mohosas y húmedas con la descomposición de doscientos años, persistían para servir de recuerdo, como el esqueleto momificado de la hija de un rey muerta en su mejor edad hace mucho tiempo, de pinturas agradables y hermosas en las paredes. Los demonios y Mivarsh pararon cinco días con sus noches en el Morna Moruna, tan habituados a los prodigios, que acabaron advirtiéndolos tan poco como advierten los hombres las golondrinas en sus ventanas. Se veían llamas en la noche tranquila, y formas voladoras oscuras en el aire iluminado por la luna; y en las noches sin luna ni estrellas se oían quejidos y voces burlonas; aparecían portentos junto a sus lechos, y jinetes por el cielo, y dedos invisibles que tiraban de Juss cuando salía a explorar la noche.

Las nubes y la niebla siempre se cernían sobre el sur, y sólo se advertían las estribaciones de las grandes cordilleras más allá de Bhavinan. Pero, al atardecer del sexto día antes de Navidad, pues es a diecinueve de diciembre cuando Betelgeuse está en el meridiano a medianoche, sopló un viento del noroeste con intervalos de aguanieve y de sol. Caía el día mientras observaban desde el precipicio. Toda la región de bosques estaba azul con sombras de la noche que se acercaba: el río tenía el color de la plata empañada; las alturas boscosas lejanas mezclaban sus perfiles con las columnas y los bancos de vapores turbulentos azules oscuros que se precipitaban en su paso interminable a través de la atmósfera superior. De pronto, se abrió un claro entre las nubes y dejó al descubierto un espacio de cielo límpido, macilento y barrido por el viento, por encima de las colinas cubiertas de bosques. Sin duda, Juss contuvo la respiración en aquel momento, al ver a aquellas inmortales que brillaban rodeadas del aire transparente, lejanas, vastas y solitarias, como criaturas del cielo inescalable, del viento y del fuego unidos, demasiado puras como para tener parte alguna de los elementos más groseros, la tierra y el agua. Fue como si la luz del atardecer, roja como una rosa, se hubiera cristalizado y las hubieran tallado de este cristal, para que perduraran eternas, fuertes e inalterables entre la confusión de las nieblas terrenales que tenían por debajo y el cielo tumultuoso que tenían por encima. El claro se

agrandó hacia el este y hacia el oeste, abriéndose a más picos y a más nubes encendidas por la puesta del sol. Y un arco iris que se tendía hacia el sur era como una espada de gloria que cruzaba aquella vista.

Inmóviles, como halcones vigilantes desde aquel punto de vista elevado, Juss y Bránoch Dahá contemplaron las montañas de su deseo.

Juss habló con voz vacilante, como el que habla entre sueños.

—El dulce olor, este viento racheado, la piedra misma que pisas: ya los conozco. No ha pasado una noche desde que zarpamos de Lookinghaven sin que yo contemple entre sueños estas montañas y conozca sus nombres.

—¿Quién te dijo sus nombres? —preguntó el señor Bránoch Dahá.

—Mi sueño —respondió Juss—. Y lo soñé por primera vez en mi propia cama en Galing, cuando llegué a mi casa después de ser tu huésped en junio pasado. Y los sueños que se sueñan en esa cama son verdaderos. —Y añadió—: ¿Ves dónde se abren las estribaciones para formar un valle oscuro que se adentra profundamente en la cordillera, y dónde quedan desnudas a la vista las montañas, desde sus pies hasta sus cúspides? Advierte allí donde, más allá de la primera cordillera, se alzan precipicios de rostro oscuro, con grandes corredores de nieve como telarañas, hasta un contrafuerte donde las columnas de roca destacan sobre el cielo. Es el gran risco del Koshtra Pivrarcha, y la más alta de las agujas es su cumbre secreta.

Mientras hablaba, seguía con la vista la línea del risco oriental, donde las columnas, como dioses oscuros que bajaban del cielo, caían hasta un parapeto que transcurría horizontalmente sobre una cortina de nieve estriada por los aludes. Quedó callado mientras dirigía la mirada sobre el pico gemelo, que, al este del claro entre las nubes, llameaba hacia el cielo en precipicios abruptos hasta una cúspide nevada y airosa, de líneas suaves como la mejilla de una doncella, más pura que el rocío, más encantadora que un sueño.

Mientras miraban, los fuegos de la puesta del sol murieron sobre las montañas, dejando sólo tintes pálidos de muerte y de silencio.

—Si tu sueño te hiciera bajar este risco —dijo el señor Bránoch Dahá—, te llevase por encima del Bhavinan, a través de esos bosques y colinas, y te subiera todas esas leguas de hielo y de roca helada que están entre nosotros y el risco principal, y de ahí por el buen camino hasta las nieves más altas del Koshtra Belorn, entonces sí que sería todo un sueño.

—Sólo me enseñó a llegar hasta las rocas más bajas del gran contrafuerte norte del Koshtra Pivrarcha —dijo Juss—, que debe escalar primero el que quiere subir al Koshtra Belorn. Pero más allá de aquellas rocas no ha escalado nadie, ni siquiera un sueño. Antes de que se vaya la luz, te enseñaré nuestro paso sobre la primera cordillera.

Señaló por dónde se deslizaba un glaciar entre paredes sombrías, bajando de un

campo de nieve accidentado que subía con gran pendiente hasta un paso.

Tenía al este dos picos blancos, y al oeste una montaña empinada por el frente y extensa por la espalda, como una ciudadela, baja y oscura bajo el perfil abrupto de Koshtra Pivrarcha, que se cernía en el aire tras ella.

—El valle de Zía —dijo Juss—, que llega hasta Bhavinan. Por allí está nuestro camino: bajo aquel bastión oscuro que los dioses llaman Tetrachnampf.

Al día siguiente, el señor Brándoch Dahá se dirigió a Mivarsh Faz y le dijo:

—Es preciso que salgamos en este día del risco de Omprenne. No quisiera dejarte en el Moruna por nada, pero bajar esta pared no es un paseo. ¿Eres escalador?

—Nací en el alto valle de Perarshyn —respondió él—, junto a las primeras aguas del Beirun, en Duendelandia. Allí, los niños saben escalar rocas casi antes de aprender a gatear. Esta escalada no me da miedo, ni tampoco aquellas montañas. Pero la tierra es desconocida y espantable, y la habitan muchos seres odiosos, fantasmas y devoradores de hombres. Oh diablos de allende el mar y amigos míos, ¿no basta? Volvamos atrás, y, si los dioses nos salvan la vida, seremos famosos para siempre por haber entrado en el Morna Moruna y haber regresado con vida.

Pero Juss respondió y dijo:

—Oh Mivarsh Faz, has de saber que no hemos venido a este viaje para ganar fama. Nuestra grandeza ya da sombra a todo el mundo, como un gran cedro que extiende su sombra en un jardín; y esta empresa, por temible que sea, sólo engrandecerá nuestra sombra como tú puedes engrandecer estos bosques de Bhavinan plantando en ellos un árbol más. Pero es el caso que el gran rey de Brujolandia, que practicaba, en la oscuridad de su palacio real de Carcë, tales artes de necromancia y de enviados mágicos como no habían afligido el mundo jamás hasta ahora, envió un ser maligno para que se llevase a mi hermano, Goldry Bluszco, que me es tan querido como mi propia alma. Y Ellos, los que viven en lo secreto, me enviaron un mensaje por medio de un sueño, haciéndome saber que, si quería tener noticias de mi querido hermano, debía preguntar por él en Koshtra Belorn. Por tanto, oh Mivarsh, ven con nosotros si quieres, pero, si no quieres, sigue tu camino en buena hora. Pues sólo mi muerte me impedirá dirigirme allí.

Y Mivarsh, considerando que si las manticoras de las montañas lo habían de devorar a él y a aquellos dos señores, todavía sería mejor suerte que soportar solo todas aquellas cosas que había oído que existían en el Moruna, se ciñó la cuerda y, después de encomendarse a la protección de sus dioses, siguió al señor Brándoch Dahá por las laderas descompuestas de roca y de tierra helada, por la cabecera de una hondonada que bajaba por el precipicio.

A pesar de que habían salido muy de mañana, cuando llegó el mediodía todavía estaban en las rocas. Pues el peligro de las rocas desprendidas les hizo dejar el lecho

de la hondonada para tomar primero el contrafuerte oriental, y después, cuando éste se volvió demasiado empinado, volvieron a la pared occidental. Y al cabo de una hora o dos, el lecho de la hondonada perdió profundidad y se estrechó hasta desaparecer; desde aquel punto, Brándoch Dahá miró entre sus pies y vio el lugar donde, a una distancia como el largo de varias lanzas, los bloques de piedra lisos se curvaban hacia abajo hasta perderse de vista, y el ojo saltaba en línea recta desde su borde nítido hasta las copas temblorosas de los árboles, que aparecían tan pequeñas como musgos bajo el aire invisible. Allí descansaron un rato; y después, retrocediendo un poco por la hondonada, se abrieron camino hasta la ladera y ganaron peligrosamente otra hondonada al oeste de la primera; y así descendieron al final por un largo depósito de guijarros hasta que descansaron sobre el césped suave al pie de los barrancos.

Crecían a sus pies pequeñas gencianas de montaña; el bosque sin caminos estaba a sus pies como el mar; ante ellos, las montañas supremas del Zía: las vertientes blancas del Islargyn, el dedo oscuro y delgado del Tetrachnampf nam Tshark detrás y por encima del collado del Zía, apuntando al cielo, y, al oeste de éste, el bastión cuadrado de Tetrachnampf nan Tsurm. Las montañas mayores estaban ocultas en su mayoría tras esta cordillera más próxima, pero el Koshtra Belorn seguía cerniéndose sobre el collado. Como una reina que mira desde su alto ventanal, así contemplaba aquellos bosques verdes que dormían a la luz del mediodía; y en su frente tenía la belleza, como una estrella. Detrás de donde estaban ellos, las estribaciones se alzaban en una perspectiva apretada: un montón de contrafuertes masivos, hendidos por barrancos que subían de aquella tierra de hojas y aguas hasta las llanuras ocultas e invernales del Moruna.

Aquella noche durmieron sobre la colina rocosa y bajo las estrellas, y al día siguiente bajaron al bosque, y a la hora del crepúsculo llegaron a un claro junto a las aguas del ancho Bhavinan. El césped era como un almohadón; era un buen lugar para que bailasen en él los elfos. En la orilla opuesta, a no menos de media milla de distancia, llegaban hasta el borde mismo del agua los abedules plateados, elegantes como las ninfas de las montañas, con las ramas brillando en la media luz, con sus reflejos tremolando en las profundidades del anchuroso río. Todavía se demoraba el día en la alta atmósfera, un leve calor que teñía los grandes perfiles de las montañas, y, hacia el oeste, aguas arriba del río, la luna joven se inclinaba sobre los árboles. Al este del claro había una loma cubierta de bosque, no más alto que una casa, que llegaba hasta la orilla del río; y en su ladera se abría una cueva.

—¿Qué te parece? —dijo Juss—. Sin duda no encontraremos lugar mejor que éste para vivir hasta que se derritan las nieves y podamos seguir. Pues, aunque en este valle afortunado siempre sea verano, en las grandes colinas es invierno, y estaríamos locos si intentásemos nuestra empresa antes de la primavera.

—Bueno —dijo Bránoch Dahá—, entonces volvámonos pastores durante un tiempo. Tú me tocarás la flauta, y yo te diré versos que harán pensar a las dríadas que no fueron jamás a la escuela. Y Mivarsh será un dios de patas de cabra que las perseguirá; pues, a decir verdad, ya estoy muy cansado de las mozas del campo. ¡Qué dulce vida! Pero, antes de entrar en ella, piensa una cosa, Juss: el tiempo pasa, y el mundo sigue adelante. ¿Qué pasará en Demonlandia hasta que llegue el verano y volvamos a casa?

—Mi corazón también está pesaroso por mi hermano Spitfire —dijo Juss—. ¡Oh, malhadada tormenta y demora desdichada!

—Dejémonos de lamentaciones inútiles —dijo Bránoch Dahá—. Empecé este viaje por ti y por tu hermano, y bien sabes que jamás he extendido mi mano hacia algo sin cumplir mi voluntad y tomarlo.

De modo que se asentaron en aquella cueva junto al Bhavinan de profunda corriente, y frente a dicha cueva comieron su banquete del solsticio de invierno, el más extraño que habían comido en todos los días de su vida: no sentados, como solían, en sus sitios de rubí o de ópalo, sino en laderas cubiertas de musgo donde dormían las margaritas y crecía el tomillo; no iluminados por el carbunclo encantado del gran salón de audiencias de Galing, sino por los rayos cambiantes de un fuego de ramas que no se reflejaba en aquellas columnas coronadas de monstruos que eran la maravilla del mundo, sino en las columnas más poderosas de las hayas dormidas. Y en lugar del cielo fingido de joyas que brillaban con luz propia bajo el palio dorado de Galing, comían bajo el pabellón de una noche encantada de verano, donde se alzaban, cerca del cenit, las grandes estrellas del invierno, Orión, Sirio y Canícula, abandonando sus recorridos conocidos en el cielo del sur a Canopo y a las estrellas extrañas del sur. Cuando hablaban los árboles, no lo hacían con su voz de invierno, de ramas desnudas que crujían, sino con el suspiro de hojas y de escarabajos que zumbaban en el aire fragante. Los arbustos estaban blancos de flores y no de escarcha, y las manchas blancas que había bajo los árboles no eran de nieve, sino de lirios silvestres y de anémonas del bosque que dormían por la noche.

Todas las criaturas del bosque acudieron al banquete, pues no tenían miedo, ya que no habían visto jamás el rostro del hombre. Pequeños monos arborícolas, papagayos, herrerillos, reyezuelos, lémures amables y de ojos redondos, conejos, tejones, marmotas, ardillas moteadas, hurones de los arroyos, cigüeñas, cuervos, avutardas, uombats, y la mona araña con su cría al pecho: todos ellos llegaron a mirar con ojos curiosos a aquellos viajeros. Y no sólo éstos, sino también las bestias feroces del bosque y de la selva: el bisonte salvaje, el lobo, el tigre de garras monstruosas, el oso, el unicornio de ojo ardiente, el elefante, el león y la leona en su majestad, vinieron a contemplarlos a la luz del fuego en aquel claro tranquilo.

—Parece que presidimos la corte en el bosque esta noche —dijo el señor

Bránoch Dahá—. Es muy agradable. Pero estate dispuesto a arrojar algunas teas ardientes entre ellos si es preciso. Es muy posible que algunas de aquellas grandes bestias estén poco versadas en la etiqueta de la corte.

—No hagas tal cosa, por vida mía —respondió Juss—. En toda esta tierra del Bhavinan existe una maldición: a cualquiera, persona o animal, que mate en esta tierra o cometa algún acto violento, le cae encima una maldición que lo destruye al instante y lo borra para siempre de la faz de la tierra. Por eso quité a Mivarsh su arco y sus flechas cuando bajamos del risco de Omprenne, no fuera que matase caza para nosotros y le cayera encima algo peor.

Mivarsh no escuchaba; estaba sentado temblando, mirando fijamente a un cocodrilo que salía pesadamente a la orilla. Y empezó a gritar lleno de terror, exclamando:

—¡Salvadme! ¡Dejadme huir! ¡Dadme mis armas! ¡Una mujer sabia me predijo que moriría devorado por un cocodrilo!

Al oírlo, los animales se retiraron incómodos, y el cocodrilo, con los ojuelos muy abiertos, asustado por los gritos y gestos violentos de Mivarsh, se arrojó al agua con toda la prisa que pudo.

El señor Juss y el señor Bránoch Dahá y Mivarsh Faz vivieron en aquel lugar por espacio de cuatro lunas. No les faltaban alimentos ni bebida, pues los animales del bosque, al ver que eran amistosos, les llevaban parte de sus provisiones. Además, hacia el final del año llegó volando del sur un martinete que se posó en el regazo de Juss y le dijo:

—La gentil reina Sofonisba^[200], hija adoptiva de los dioses, ha tenido noticia de vuestra llegada. Y, como sabe que ambos sois hombres de brazos poderosos y de altos corazones, me ha enviado a mí para transmitir sus saludos.

—Oh pequeño martinete —dijo Juss—, querríamos ver en persona a tu reina para darle las gracias.

—Debéis darle las gracias en el Koshtra Belorn —dijo el pajarillo.

—Así lo haremos —dijo Bránoch Dahá—. Sólo allí nos lleva nuestro pensamiento.

—Vuestra grandeza deberá probar tus palabras —dijo el martinete—. Y has de saber que es más fácil someter por las armas a todo el mundo que ascender a pie dicha montaña.

—Tomaría prestadas tus alas para subir con ellas, si no fueran harto débiles para ello —dijo Bránoch Dahá.

Pero el martinete respondió:

—Ni el águila que vuela hacia el sol puede posarse en el Koshtra Belorn. Ningún

pie puede pisarlo, salvo los de aquellos seres benditos a los que dieron licencia los dioses hace mucho tiempo, hasta que lleguen aquéllos a quienes esperan los años con paciencia: hombres como los dioses en su belleza y en su poder, que se abrirán camino hasta sus nieves silenciosas por sus propias fuerzas y medios, sin ayuda de artes mágicas.

Brándoch Dahá rió.

—¿Ni el águila? —exclamó—. ¿Y tú sí, pajarillo?

—Nadie que tenga pies —dijo el martinete—. Yo no los tengo.

El señor Brándoch Dahá lo tomó suavemente en su mano y lo alzó en el aire, mirando hacia las tierras altas del sur. Los abedules que se ondeaban junto al Bhavinan no parecían más elegantes que él, ni tampoco parecían más indómitos los despeñaderos de las montañas lejanas.

—Vuela hasta tu reina —dijo—, y dile que hablaste con el señor Juss junto al Bhavinan, y también con el señor Brándoch Dahá, de Demonlandia. Dile que somos los que habían de venir, y que nosotros, con nuestras propias fuerzas y medios, antes de que la primavera se haga verano, subiremos hasta ella en el Koshtra Belorn para darle las gracias por su amable embajada.

Y cuando llegó el mes de abril, y el sol, en su viaje a través de los signos del cielo, estaba a punto de dejar el signo de Aries y entrar en el de Tauro, y el deshielo de las nieves de las altas montañas había hinchido a rebosar todos los cauces, llenando el río poderoso de manera que desbordaba sus orillas y fluía veloz como un remolino, el señor Juss dijo:

—Ésta es la estación propicia para cruzar las aguas del Bhavinan y partir para las montañas.

—De buena gana —dijo el señor Brándoch Dahá—. Pero ¿las cruzaremos caminando, nadando o volando? Yo he cruzado nadando muchas veces la ría de Thunder en ambos sentidos para hacer apetito antes de desayunarme, y este río me parece poca cosa, por rauda que sea su corriente. Pero, con nuestras armas y arreos y todas nuestras cosas, es otra cuestión muy diferente.

—¿Nos hemos hecho en balde amigos de los habitantes de este bosque? —dijo Juss—. El cocodrilo nos cruzará el Bhavinan en cuanto se lo pidamos.

—Es un mal pez —dijo Mivarsh—, y no le gusto.

—Entonces, deberás quedarte aquí —dijo Brándoch Dahá—. Pero no temas: iré contigo. El pez nos puede cruzar a los dos de un viaje sin hundirse.

—Una mujer sabia me predijo que sería una de estas serpientes la que me causaría la muerte —respondió Mivarsh—. Pero sea según tu voluntad.

Así que llamaron al cocodrilo con un silbido; y primero cruzó el Bhavinan el señor Juss, montado en la espalda de dicha serpiente con todos sus arreos y sus armas de guerra, y desembarcó varios centenares de pasos más abajo, pues la corriente era

muy fuerte; y, después, el cocodrilo volvió a la orilla norte y cruzó al señor Brándoch Dahá y a Mivarsh Faz del mismo modo. Mivarsh puso gesto de valor, pero se subió tan cerca de la cola como pudo, tocando ciertas hierbas de su bolsa que eran buenas contra las serpientes y murmurando súplicas perentorias a sus dioses. Cuando llegaron a la orilla, dieron las gracias al cocodrilo y se despidieron de él, y siguieron rápidamente su camino a través del bosque. Y Mivarsh caminaba ante ellos como hombre recién salido de la cárcel, cantando y chasqueando los dedos.

Durante tres o cuatro días, siguieron una ruta tortuosa entre las estribaciones, y luego pasaron cuarenta días en el valle de Zía, sobre las gargantas. Allí, el valle se abre formando un anfiteatro de suelo llano, y los despeñaderos de piedra caliza se alzan hacia el cielo por todos lados. Al sur, tendido sobre grandes morrenas grises, el glaciar de Zía, con la espalda arrugada como un dragón que ha sobrevivido al caos primigenio, extiende el hocico hacia el valle. De aquí, de sus cuevas de hielo, sale con estrépito el río joven, arrojando un vapor donde flotan arco iris cuando brilla el sol. El aire sopla cortante desde el glaciar, y las flores y arbustos alpinos se alimentan de la luz del sol.

Aquí hicieron buena provisión de alimentos. Y cada mañana se levantaban antes de la salida del sol, para subir a las montañas y estar seguros de su práctica antes de intentar escalar los picos mayores. Así exploraron todos los contrafuertes del Tetrachnampf y del Islargyn, y estos mismos picos; los picos rocosos de la cordillera Nuanner inferior que dominaban el Bhavinan; los picos nevados al este del Islargyn: Avsek, Kiurmsur, Myrsu, Byrshnargyn y Borch Mehephtharsk, el más alto de la cordillera, por todas sus cumbres; vivieron una semana en las morrenas del glaciar Mehephtharsk sobre el valle alto de Foana, y al oeste del grupo dolomítico de Burdjazashra y la gran pared de Shilack.

Con todo este ejercicio, se les pusieron los músculos como barras de hierro, y eran tan resistentes como los osos de las montañas, y tan seguros de sus pies como las cabras montesas. Así, a nueve de mayo, cruzaron el collado de Zía y acamparon en las rocas bajo la pared sur del Tetrachnampf nam Tshark. El sol se puso como sangre en un cielo sin nubes. A cada lado y delante de ellos se extendían las nieves, azules y silenciosas. El aire de aquellos campos de nieve altos era frío y cortante. A más de una legua al sur, una línea de barrancos negros limitaba la cuenca del glaciar. Sobre aquella pared negra, a doce millas de distancia, se erguían el Koshtra Belorn y el Koshtra Pivrarcha sobre un cielo opalino.

Mientras cenaban a la luz que se desvanecía, Juss dijo:

—La pared que ves se llama «la barrera de Emshir». Sobre ella se encuentra el camino recto hacia el Koshtra Pivrarcha pero no es nuestro camino, pues es malo. En primer lugar, esa barrera se ha considerado inescalable hasta ahora, como han descubierto incluso algunos semidioses, los únicos que intentaron superarla.

—No esperaré a que expongas el segundo argumento —dijo Bránoch Dahá—. Te he dado la razón hasta ahora, y ahora me la darás a mí en esto: vendrás mañana conmigo y te enseñaré cómo tú y yo convertimos tales barreras en una nube de humo si se interponen entre nosotros y nuestros fines.

—Si sólo fuera eso —respondió Juss—, no te llevaría la contraria. Pero, si seguimos ese camino, no sólo tendremos que habérmolas con piedras inanimadas. ¿Ves dónde termina al este la barrera sobre aquella pirámide monstruosa de rocas sueltas y de glaciares suspendidos que nos cierra la vista hacia el este? Los hombres lo llaman Menksur, pero en el cielo tiene un nombre más temible: Ela Mantissera, es decir, la Cama de las Manticoras. Oh Bránoch Dahá, escalaré a tu lado los precipicios nunca escalados que quieras, y lucharé a tu lado contra las bestias más espantables que pacieran jamás junto a los ríos del Tártaro^[201]. Pero sería temerario y descabellado hacer las dos cosas a la vez.

Bránoch Dahá rió y le respondió:

—A nada me recuerdas más, oh Juss, que al gorrión-camello. Decían a dicho animal: «Vuela», y él respondía: «No puedo volar, pues soy un camello». Y cuando le decían: «Lleva la carga», él respondía: «No puedo, pues soy un pájaro».

—¿Tanto quieres porfiar? —dijo Juss.

—Sí —dijo Bránoch Dahá—, si tú te pones tozudo.

—¿Quieres que disputemos? —dijo Juss.

—Ya me conoces —dijo Bránoch Dahá.

—Bueno —dijo Juss—, por cada nueve veces que tus consejos han sido malos, han acertado una vez y nos han salvado, y los míos te han salvado a ti de un mal final. Si nos sucede un mal, quede claro que habrá sido por tu voluntad enfadosa.

Y se envolvieron en los mantos y durmieron.

Al día siguiente se levantaron temprano y partieron hacia el sur a través de las nieves, que estaban duras y quebradizas por la helada de la noche. Ante ellos se hallaban las barreras negras, que parecían estar a la distancia de un tiro de piedra; la luz de las estrellas reducía los tamaños y las distancias, que sólo se apreciaban al caminar, pues caminaban y aquella pared no parecía estar más cerca ni hacerse mayor. Dos y tres veces bajaron a un valle o cruzaron un pliegue elevado del glaciar; hasta que, al salir el día, se encontraron bajo la pared lisa y desnuda, helada y desolada, sin una sola cornisa a la vista lo bastante ancha como para sustentar la nieve, cerrándoles el paso hacia el sur.

Se detuvieron y comieron, y observaron la pared que tenían delante. Y parecía difícil. Buscaron un camino de subida, y encontraron por último un punto donde el glaciar subía más alto, a una milla o menos de la estribación occidental del Ela Mantissera. Allí, el precipicio sólo tenía noventa o cien brazas de altura, aunque parecía hartamente liso y hartamente dificultoso; pero era su mejor oportunidad.

Tardaron un tiempo en encontrar asidero en la pared, pero, al cabo, Bránoch Dahá, subido a los hombros de Juss, encontró un asidero que no se veía desde abajo, y con gran trabajo se abrió paso entre la roca hasta un lugar a unas veinte brazas de altura, donde, sentado con seguridad en una cornisa lo bastante amplia para acomodar a seis o siete personas a la vez, subió al señor Juss con la cuerda, y después a Mivarsh. Habían tardado una hora y media en escalar aquel pequeño tramo.

—El contrafuerte nordeste del Ill Stack fue un juego de niños comparado con esto —dijo el señor Juss.

—Hay más por encima —dijo el señor Bránoch Dahá, recostado contra el precipicio, con las manos dobladas tras la cabeza y los pies suspendidos sobre el borde—. Te diré esto al oído, Juss: no volvería a subir el primero este precipicio ni por todas las riquezas de Duendelandia.

—¿Quieres arrepentirte y volver atrás? —dijo Juss.

—Sí, si eres tú el último en bajar —respondió—. De lo contrario, prefiero arriesgarme a lo que tenemos por encima. Si es peor, dame por ateo convencido.

El señor Juss se inclinó hacia fuera, asiéndose a la roca con la mano derecha, observando la pared que tenían a su lado y por encima de ellos. Quedó así un instante, y después se retiró. Tenía apretada la fuerte mandíbula, y le relucieron ferozmente los dientes bajo los bigotes negros, como un relámpago entre el cielo oscuro y el mar en una noche de tempestad. Se le abrieron las aletas de la nariz, como a un caballo de guerra al oír la llamada a la batalla; tenía los ojos como una tea ardiente, y se le endureció todo el cuerpo como una cuerda de arco tendido, mientras tomaba su espada afilada y la hacía raspar y cantar al sacarla de la vaina.

Bránoch Dahá se puso de pie de un salto y sacó su espada, legado de Zeldornius.

—¿Qué sucede? —exclamó—. Tienes un semblante temible. Es el semblante que tenías cuando tomaste el timón y dirigiste nuestras proas hacia el estrecho de Kartadza, y el destino de Demonlandia y el de todo el mundo estuvo en tu mano para bien o para mal.

—Hay poco lugar para manejar la espada —dijo Juss.

Y volvió a mirar hacia el este y hacia la parte superior del precipicio. Bránoch Dahá miró sobre su hombro. Mivarsh tomó su arco y puso una flecha en la cuerda.

—El viento le ha llevado nuestro olor —dijo Bránoch Dahá.

Había poco tiempo para pensar. La bestia se acercaba saltando de un asidero a otro sobre el precipicio vertiginoso, como salta una mona de rama a rama. Tenía forma de león, pero era más grande y más alta; su color era rojo apagado, y le salían púas por la espalda, como las de un puerco espín; su rostro era de hombre, si se pudiera concebir que hubiera un rostro tan espantoso en la especie humana, con ojos saltones, frente estrecha, orejas de elefante, unos mechones repugnantes que podían recordar a una melena de león, mandíbulas enormes y huesudas, y colmillos pardos y

manchados de sangre que le asomaban entre los labios cubiertos de cerdas. Se dirigió directamente a la cornisa rocosa, y, mientras ellos se preparaban para recibirla, se izó con un gran impulso hasta la altura de un hombre sobre sus cabezas y saltó sobre su cornisa desde arriba, entre Juss y Brándoch Dahá, antes de que éstos se dieran buena cuenta de su cambio de dirección. Brándoch Dahá le lanzó un gran tajo y le cortó la cola de alacrán; pero ella lanzó un zarpazo al hombro de Juss, derribó a Mivarsh y atacó como un león a Brándoch Dahá, que perdió pie en la estrecha cornisa de roca y cayó de espaldas un gran trecho, sin tocar la pared del precipicio, hasta la nieve que estaba veinte brazas por debajo.

Al asomarse la bestia, dispuesta a seguirle y acabar con él, Juss la hirió en las partes bajas y en la pata trasera, arrancándole la carne de la pantorrilla, y su espada hizo un sonido metálico al llegar a las garras de bronce de su pata. Y ella se volvió a Juss con un rugido terrible, empinándose sobre las patas traseras como un caballo; y, puesta de pie, era tres cabezas más alta que un hombre alto, y su pecho era tan ancho como el de un oso. El olor fétido de su aliento hizo toser a Juss y flaquear sus sentidos, pero le lanzó un tajo al vientre, un gran golpe en redondo, y se lo abrió de manera que se le salieron las entrañas. Volvió a lanzarle un tajo, pero erró el golpe, y su espada dio contra la piedra y se hizo pedazos. De modo que, cuando aquel monstruo pernicioso cayó sobre él rugiendo como mil luchó con él cuerpo a cuerpo, pasando bajo su cuerpo y agarrándolo, y metiéndole los brazos por la herida, para arrancarle las partes vitales si podía. Lo asió tan estrechamente, que no podía alcanzarlo con sus dientes matadores, pero sus garras le arrancaron la carne desde la rodilla izquierda hacia abajo, hasta el hueso del tobillo, y cayó sobre él y lo aplastó sobre la roca, hundiéndole los huesos del pecho. Y Juss, a pesar de su fuerte dolor y padecimiento, y de que estaba casi ahogado por el aliento fétido de la criatura y por el olor hediondo de su sangre y de sus entrañas, que le caían por la cara y por el pecho, aún tuvo fuerzas suficientes para luchar con aquella comedora de hombres horrible y nauseabunda. Y no dejaba de introducirle en el vientre la mano derecha, armada del puño de su espada con un trozo de hoja, cada vez más profundamente, hasta que encontró su corazón y lo tuvo a su merced, y lo partió en dos como un limón, y cortó y destrozó todos los grandes vasos que lo rodeaban hasta que brotó la sangre como un manantial. Y, en sus espasmos mortales, la bestia se hacía un ovillo como un gusano y volvía a enderezarse, y rodó hasta caer de aquella cornisa abajo, gran caída, y quedó tendida junto a Brándoch Dahá (el más feo de los seres terrenales junto al más hermoso), enrojeciendo con su sangre la nieve pura. Y las púas que tenía la bestia en la espalda entraban y salían como el aguijón de una avispa recién muerta, que entra y sale continuamente. No cayó limpiamente sobre la nieve, como había caído Brándoch Dahá por providencia de los cielos, sino que golpeó un borde rocoso cerca del fondo, y éste le destrozó los sesos. Allí quedó tendida entre su sangre, mirando al cielo.

Juss quedó tumbado boca abajo como muerto sobre aquella precaria cornisa rocosa. Mivarsh lo había salvado, asiéndolo del pie y arrastrándolo hasta ponerlo a seguro cuando había caído la bestia. Daba horror verlo, pues estaba cubierto, de la cabeza a los pies, de la sangre de la bestia y de la suya propia. Mivarsh le vendó las heridas y lo colocó tan suavemente como pudo contra la pared del barranco; después, se quedó asomado largo rato para asegurarse de que la bestia estaba verdaderamente muerta.

Cuando hubo mirado fijamente hacia abajo tanto tiempo que le lloraron los ojos del esfuerzo, y vio que la bestia seguía sin moverse, Mivarsh se postró y pronunció en voz alta la súplica siguiente:

—¡Oh Shlimphli, Shlamphi y Shebamri, dioses de mi padre y de los padres de mi padre! Tened piedad de vuestro hijo, si, como deseo firmemente, vuestro poder alcanza a esta tierra lejana y prohibida tanto como a Duendelandia, donde vuestro hijo siempre os ha adorado en vuestros lugares sagrados; he enseñado a mis hijos y a mis hijas a venerar vuestros nombres sagrados, y he construido un altar en mi casa, orientado según las estrellas, del modo decretado desde tiempos remotos, y os entregué a mi séptimo hijo, y quería entregaros a mi séptima hija, con toda justicia y mansedumbre según vuestra santa voluntad; pero no pude hacerlo, pues no me enviasteis una séptima hija, sino sólo seis. Por tanto os ruego, invocando vuestros nombres sagrados, que deis fuerza a mi mano para que baje con seguridad a este compañero mío con la cuerda, y luego poder bajar yo de esta roca con seguridad, por mucho que mi compañero sea un diablo y un descreído. Oh, salvadle la vida, salvad la vida de ambos. Pues estoy seguro de que, si no salen vivos éstos, vuestro hijo no regresará jamás, sino que morirá de hambre en esta tierra como un insecto que sólo dura un día.

Así rezó Mivarsh. Y parece que los altos dioses tuvieron piedad de su inocencia al oírle pedir así ayuda a sus falsos ídolos que no podían ayudarle; y parece que no quisieron que aquellos señores de Demonlandia murieran allí de mala manera, jóvenes y sin recibir honores fúnebres ni tener a nadie que cantara sus hazañas. Sea como fuere, Mivarsh se levantó y ató al señor Juss con la cuerda, anudándola hábilmente bajo los brazos de modo que no se apretase al bajarlo comprimiéndole el pecho y las costillas; y así, con gran trabajo, lo bajó hasta el pie del precipicio. Después bajó Mivarsh mismo por aquella pared peligrosa y, aunque muchas veces pensó que había llegado su última hora, como era buen escalador y lo impulsaba la necesidad, consiguió bajar al fin. Una vez abajo, se puso inmediatamente a cuidar a sus compañeros, que volvieron en sí con grandes quejidos. Pero, cuando el señor Juss volvió en sí, aplicó sus conocimientos de medicina a sí mismo y al señor Bránoch Dahá, de modo que en poco tiempo pudieron ponerse de pie, aunque estaban algo entumecidos y cansados, y sentían náuseas. Y era la tercera hora después del

mediodía.

Mientras descansaban, contemplando el punto donde la bestia manticora yacía entre su sangre, Juss habló y dijo:

—Hay que decir de ti, oh Brándoch Dahá, que hoy has hecho lo peor y lo mejor. Lo peor, cuando fuiste tan terco que te empeñaste en emprender esta escalada, que ha estado a punto de acabar contigo y conmigo. Lo mejor, cuando le cortaste la cola. ¿Lo hiciste por designio o por azar?

—Vaya —dijo él—, nunca he sido tan torpe con las manos que tuviese que recurrir a las bravatas. Era lo que tenía más cerca de la espada, y me desagradaba verla menearse. ¿Era cosa de importancia?

—El aguijón de su cola —respondió Juss— bastaba para acabar contigo y conmigo con sólo rozarnos el dedo meñique.

—Hablas como un libro —dijo Brándoch Dahá—. Gracias a eso te reconozco y sé que eres mi noble amigo, ya que estás cubierto de sangre como un búfalo se cubre de barro. No te enfades conmigo si prefiero tenerte a sotavento.

—Si no estás tan hermoso como yo —dijo Juss riendo—, llégate a la bestia y úntate con la sangre de sus vísceras. No, no me burlo: es cosa precisa. Estas bestias no sólo son enemigas de la humanidad, sino que también lo son unas de otras; viven solas, y odian a las demás de su especie, vivas o muertas, de tal modo que para ellas nada hay más odioso en el mundo que la sangre de su propia especie, cuyo olor, por remoto que sea, aborrecen como aborrece el agua un perro rabioso. Y es un olor persistente. Así, después de este encuentro, estamos muy seguros de ellas.

Aquella noche acamparon al pie de un espolón del Avsek, y salieron al alba hacia el oeste, bajando el largo valle. Oyeron todo el día el rugido de las manticoras en las laderas desoladas del Ela Mantissera, que ya no parecía una pirámide, sino una pared con la parte trasera muy prolongada, formando el borde sur de aquel valle. Era mal camino, y ellos estaban algo debilitados. Casi al final del día, llegaron al punto donde, más allá de las laderas orientales del Ela, las aguas blancas del río que seguían confluían ruidosamente con unas aguas negras que bajaban del suroeste. Abajo, el río transcurría hacia el este por un ancho valle que caía a lo lejos hasta profundidades vestidas de árboles. Por encima de la confluencia de las aguas, las rocas encerraban una loma alta y verde, como un resto de un clima más suave que hubiera persistido en una era de destrucción.

—También por aquí anduvo conmigo mi sueño —dijo Juss—. Y si es un mal vado éste, donde la corriente se disgrega en una docena de cascadas que se bifurcan, un poco por arriba de la confluencia, aun así creo que es nuestro único vado posible.

Así, antes de que les faltase la luz, cruzaron aquel risco peligroso sobre las cascadas y durmieron en la loma verde.

Juss llamó a aquella loma «Monzarzal», en memoria de un zarzal que los despertó cantando a la mañana siguiente, posado en un pequeño espino de montaña que crecía entre las rocas atrofiado por el viento. Aquel canto acogedor tenía un sonido extraño sobre la fría ladera, bajo las alturas malditas del Ela, cerca de los límites de las nieves encantadas que guardan el Koshtra Belorn.

No alcanzaron a ver las altas montañas desde Monzarzal, ni tampoco durante mucho tiempo desde el lecho del valle recto e inclinado por el que transcurrían las aguas negras, que era ahora su ruta. Les cenaban el paso espolones abruptos y contrafuertes. Siguieron por la parte alta de la ladera izquierda, sobre las cascadas, golpeados por el viento que saltaba y embestía entre las peñas, con los oídos saturados del rugido de las aguas, con los ojos llenos del vapor que el viento subía de ellas. Y Mivarsh los seguía. Caminaban en silencio, pues el sendero era empinado, y, con tal viento y tal ruido de torrentes, era preciso gritar con todas las fuerzas para hacerse oír. Aquel valle era muy desolado; tenía un aspecto oscuro y espantable, como el que podía encontrarse en los valles infernales de Pyriphlegethon o de Aqueronte^[202]. No vieron a ser viviente alguno, salvo, de vez en cuando, algún águila que se dejaba llevar por el viento muy por encima de ellos, y una vez percibieron la forma de una bestia que corría por la ladera cóncava. Ésta los miró alzando su feo rostro chato y humanoide, con los ojos relucientes e inyectados de sangre y grandes como platos; olió la sangre de su congénere, dio un salto y huyó entre las peñas.

Así caminaron por espacio de tres horas, y, al rodear un recodo de la colina, se encontraron de pronto en el umbral superior de la loma que estaba a la entrada de un valle llano y elevado. Allí contemplaron un espectáculo que podía oscurecer todas las glorias de la tierra y dejar mudos a todos sus cantores con su grandeza. Enmarcado por los despeñaderos de las laderas, bajo el palio del cielo azul, el Koshtra Pivrarcha se alzaba ante ellos. Era tan enorme que incluso desde allí, a seis millas de distancia, el ojo no podía contemplarlo de una vez, sino que tenía que barrerlo de un lado a otro como contemplando un amplio panorama, desde la pesada base de la montaña que surgía negra y empinada del glaciar, pasando por la vasta ladera, donde se amontonaban los contrafuertes y las columnas en un brillo cegador de precipicios con colgaduras de hielo y barrancos llenos de nieve, hasta las alturas solitarias donde los dientes blancos de la cresta rasgaban el cielo como lanzas que amenazan a la bóveda celeste. De izquierda a derecha llenaba casi la cuarta parte del cielo, desde el elegante pico Ailinón, que se asomaba por su costado occidental, hasta el punto donde, hacia el oeste, las laderas nevadas del Jalchi impedían la vista y ocultaban al Koshtra Belorn.

Aquella tarde acamparon en la morrena izquierda del gran glaciar de Temarm. Surgían largas hilachas de nubes, como hilos de araña, leves como la gasa del velo de una dama, arrastradas hacia el este desde las agujas del risco; señales de que arriba

hacía mal tiempo.

—El aire está claro como el cristal —dijo Juss—. No es señal de buen tiempo.

—Bueno, el tiempo nos esperará si es preciso —dijo Brándoch Dahá—. Tanto me llama mi deseo a aquellos cuernos de hielo, que, habiéndolos visto una sola vez, antes moriría que dejarlos sin escalar. Pero no deja de asombrarme tu conducta, oh Juss. Te invitaron a que preguntases en el Koshtra Belorn, y no cabe duda de que es más fácil escalarlo que el Koshtra Pivrarcha, por detrás de Jalchi y cruzando los campos de nieve, evitando así sus grandes precipicios del oeste.

—Hay un dicho en Duendelandia —respondió Juss— que dice: «Cuídate de una esposa alta». Del mismo modo, hay una maldición sobre cualquiera que intente subir al Koshtra Belorn sin haberlo visto antes desde arriba: encontrará la muerte antes de alcanzar su objetivo. Y sólo hay un punto de la tierra desde el que puede un hombre mirar el Koshtra Belorn desde arriba, y es desde aquel diente de hielo jamás escalado donde ves brillar ahora el último rayo de sol. Pues es la cumbre más alta del Koshtra Pivrarcha. Y es el punto más alto de la tierra firme.

Quedaron callados durante un rato. Después habló Juss:

—Siempre fuiste el mejor escalador entre nosotros. ¿Qué camino prefieres para escalarlo?

—Oh Juss —dijo Brándoch Dahá—, en terreno de hielo y nieve, tú eres mi maestro. Por tanto, dime tu opinión. Mi propia opinión y preferencia ya la tengo decidida hace tiempo, a saber: subir por la hendidura entre ambas montañas y dirigirnos al oeste desde allí por la ladera oriental del Pivrarcha.

—Es la ruta más temible a la vista —dijo Juss—, y quizá la más grandiosa; por esos dos motivos supuse que la preferirías. A esa hendidura llaman la Puerta de Zimiamvia^[203]. Está sujeta a la maldición que te dije antes, como también lo está el glaciar de Koshtra que llega hasta ella. Hallaríamos la muerte si nos aventurásemos allí antes de haber contemplado el Koshtra Belorn desde arriba; hecho eso, habremos roto el maleficio para nosotros, y desde aquel momento bastará con nuestras fuerzas, nuestra maña y nuestro ánimo para llevar a cabo lo que queramos.

—Pues, entonces, el gran contrafuerte del norte —exclamó Brándoch Dahá—. Así, ella no nos mirará a nosotros mientras escalamos, hasta que superemos el último diente y la contemplemos desde arriba y la domeñemos a nuestra voluntad.

Y cenaron y se durmieron. Pero el viento gritó entre las peñas durante toda la noche, y, por la mañana, la nieve y el aguanieve ocultaban a la vista las montañas. La tormenta duró todo el día, y en un rato de calma levantaron el campo y volvieron a bajar a Monzarzal, y allí pasaron nueve días con sus noches entre el viento, la lluvia y el golpear del granizo.

Al décimo día se calmó el tiempo, y subieron y cruzaron el glaciar, y se refugiaron en una cueva en la roca al pie del gran contrafuerte norte del Koshtra

Pivrarcha. Al alba salieron Juss y Bránoch Dahá para estudiar el panorama. Cruzaron la boca del valle inclinado y lleno de nieve que corría hasta el risco principal entre el Ashnilán al oeste y el Koshtra Pivrarcha al este, rodearon la base del Ailinón y escalaron desde el oeste hasta un collado nevado a unas seiscientas brazas de altura sobre la ladera de dicho monte, desde el que pudieron contemplar el contrafuerte y elegir el camino para su ataque a la montaña.

—Son dos días de viaje hasta la cumbre —dijo el señor Bránoch Dahá—. Si la noche en la ladera no nos mata de frío, no temo ningún otro obstáculo. Aquella arista negra que se alza media milla sobre nuestro campo nos llevará hasta la cumbre del contrafuerte, dejándonos sobre la gran torre del extremo norte. Si las rocas son como aquéllas en las que hemos acampado, duras como el diamante y rugosas como una esponja, no perderemos pie en ellas si no es por descuido propio. Por vida mía, no las he visto iguales para escalar.

—Estoy de acuerdo, hasta allí —dijo Juss.

—Por encima de allí —dijo Bránoch Dahá—, se puede ir en carro hasta llegar a la primera gran pared de la ladera. Debemos rodearla si queremos subirla; y por este lado parece muy mala, pues las rocas se proyectan hacia fuera. Si están heladas, nos darán mucho trabajo. Más allá, oh Juss, nada puedo decir, pues nada veo sino que la ladera está cortada formando grietas y agujas. Sólo en la práctica sabremos cómo podemos superarlas. Está demasiado alta y demasiado lejos para poderlo saber desde aquí. Sólo una cosa: hasta ahora, hemos llegado hasta donde hemos querido. Y esa ladera es el camino, si es que hay algún camino para llegar a esa cima que hemos venido a escalar desde el otro lado del mundo.

Al día siguiente se levantaron los tres en cuanto empezó a aclarar el cielo, y se pusieron en marcha hacia el sur sobre la nieve crujiente. Se ataron al pie del glaciar que bajaba del paso, a unas mil brazas sobre sus cabezas, donde la ladera principal descende entre el Ashnilán y el Koshtra Pivrarcha. Antes de que las estrellas más luminosas fueran absorbidas por la luz de la mañana, ya estaban ellos tallando el camino entre las torres y los abismos laberínticos del campo de hielo. Pronto, la luz del nuevo día inundó los campos de nieve del gran glaciar de Temarm, tiñéndolos de verde, de azafrán y de rosa pálido. Las nieves del Islargyn brillaban a lo lejos, al norte, a la derecha de la cúpula blanca del Emshir. El Ela Mantissera tapaba la vista hacia el nordeste. El contrafuerte que limitaba por el este su valle lo sumía en una sombra azul como el mar en el verano. Al otro lado se alzaban los dos grandes picos de Ailinón y Ashnilán, que, despertados de su silencio helado de la noche por los rayos cálidos, gruñían de vez en cuando con aludes y rocas desprendidas.

Juss iba en cabeza por el campo de hielo, guiándolos a lo largo de bordes altos y afilados que caían a ambos lados hacia profundidades insondables, o por el mismo

borde de estos abismos, a lo largo de las bases de las torres de hielo. Éstas tenían cinco veces la altura de un hombre; algunas eran cuadradas; otras, puntiagudas; algunas estaban quebradas o cubiertas de las ruinas de otras como ellas y se inclinaban sobre el camino, como dispuestas a derrumbarse y a derribar a los escaladores y arrojar sus huesos para siempre al fondo de aquellos lugares secretos azules verdosos de silencio y de hielo, donde resonaban huecamente las astillas de hielo mientras Juss seguía adelante, tallando escalones con el hacha de Mivarsh. Al cabo, se suavizó la pendiente y caminaron sobre la superficie del glaciar, y, atravesando por un puente de nieve la gran grieta entre el glaciar y la ladera de la montaña, llegaron, dos horas antes del mediodía, hasta la base de la arista de roca que habían visto desde el Ailinón.

Entonces correspondió a Brándoch Dahá abrir la marcha. Escalaron con la cara hacia la roca, lentamente y sin descanso, pues, por firmes y sólidas que eran las piedras, tenían pocos asideros, y la pendiente era pronunciada. Aquí y allá podían subir por una chimenea, pero la escalada transcurría sobre todo por hendiduras y superficies abiertas de roca; una prueba de fuerza y de resistencia que pocos podrían soportar durante un breve rato; además, esta pared tenía seiscientas brazas de altura. A mediodía llegaron a la cresta, y allí descansaron sobre las rocas, demasiado cansados para hablar, mirando, a través de la cara barrida por los aludes del Koshtra Pivrarcha, hasta el parapeto con cornisa que terminaba en los precipicios occidentales del Koshtra Belorn.

El risco del contrafuerte era ancho y llano durante cierto trecho. Luego se estrechaba repentinamente hasta la anchura del lomo de un caballo y saltaba hacia el cielo, cuatrocientas brazas o más. Brándoch Dahá se adelantó y escaló algunos pasos por el barranco. Se proyectaba sobre él, liso y sin asideros. Lo intentó varias veces, y al cabo bajó y dijo:

—Imposible sin alas.

Después se dirigió a la izquierda. Allí había glaciares suspendidos en lo alto de la ladera, y, mientras la contemplaba, cayó un alud de bloques de hielo. Después fue a la derecha, y allí las rocas se proyectaban hacia fuera, y las cornisas estaban llenas de desechos, y las rocas estaban podridas y resbalosas con la nieve y el hielo. Así, después de haber avanzado un poco, volvió y dijo:

—Oh Juss, ¿seguiremos adelante, cosa que sólo podemos hacer volando, pues no hay asideros?, ¿o iremos por el este y hurtaremos el cuerpo a los aludes?, ¿o por el oeste, donde todo está podrido y resbaloso, y un resbalón sería nuestra muerte?

Lo discutieron, y decidieron al fin seguir el camino del este. El borde que sobresalía de la torre era mal paso, pues había poco asidero y las rocas estaban flojas; de tal modo que una piedra o un hombre que perdiera el equilibrio desde aquel punto debía caer mil metros hasta el glaciar de Koshtra, y allí se haría pedazos. Más allá

había cornisas anchas que les daban paso por la pared de la torre, que corría hacia dentro, cara al sur. Muy por encima, de un blanco reluciente a la luz del sol, los bordes rotos de los glaciares y las esquirlas de hielo se asomaban contra el azul del cielo, y en cada cornisa relucían carámbanos tan grandes como un hombre: espectáculo de hermosura divina, pero que a ellos no los alegró mucho, y se apresuraron como no se habían apresurado en sus vidas para salir del peligro de aquella ladera llena de hielo.

De pronto resonó sobre ellos un ruido como el restallar de un látigo gigante, y, alzando la vista, contemplaron contra el cielo una masa negra que se abría como una flor y se disgregaba en cien trozos. Los demonios y Mivarsh se agarraron al barranco en que estaban, pero tenían poca protección. Todo el aire se llenó del rechinar de las piedras que caían como diablos que vuelven al fondo del abismo, y con su mismo retumbar cuando se estrellaron contra los barrancos y saltaron en pedazos. Los ecos resonaron y reverberaron de barranco en barranco, hasta los más lejanos, y parecía que la montaña sacudía sus miembros como bajo un látigo. Cuando acabó, Mivarsh se quejaba de dolor porque una piedra le había lastimado la muñeca izquierda. Los otros habían salido indemnes.

—Volvamos, por mucho que te desagrade —dijo Juss a Bránoch Dahá.

Volvieron; y cayó por la ladera un alud de hielo que los habría destrozado si hubieran seguido adelante.

—Me juzgas mal —dijo Bránoch Dahá riendo—. A mí ponme en situaciones donde mi vida dependa de mi propia fuerza y valor; entonces el peligro es carne y vino para mí, y nada me hará volver. Pero en este barranco maldito, por cuyas cornisas puede caminar a sus anchas un cojo, somos juguetes del azar. Y hubiera sido una gran locura seguir en él un momento más.

—Nos quedan dos caminos —dijo Juss—. Volver atrás, lo que sería una ignominia eterna para nosotros, o intentar la ruta del oeste.

—Y ésta sería fatal para cualquiera que no fuésemos tú o yo —dijo Bránoch Dahá—. Y si es fatal para nosotros, dormiremos en paz.

—Mivarsh no está tan comprometido en esta aventura —dijo Juss—. Nos ha seguido con valor, y con valor ha seguido siendo amigo nuestro. Pero hemos llegado a un paso en el que, si no me equivoco, supone mayor peligro para él venir con nosotros que buscar su salvación por su cuenta.

Pero Mivarsh puso cara de valor. No pronunció palabra, pero asintió con la cabeza como diciendo: «¡Adelante!».

—Primero debo ser tu sanguijuela^[204] —dijo Juss.

Y vendó la muñeca de Mivarsh. Y, como ya casi acababa el día, acamparon bajo la gran torre, esperando alcanzar al día siguiente la cumbre del Koshtra Pivrarcha, invisible a unas mil doscientas brazas sobre sus cabezas.

Salieron a la mañana siguiente, cuando hubo luz suficiente para escalar. Durante las dos horas que estuvieron en aquel paso, no dejaron ni un momento de estar en peligro inmediato de muerte. No iban encordados, pues, en aquellas rocas escurridizas, un hombre que resbalase podía arrastrar a la muerte a otros doce. Las repisas tenían pendiente hacia fuera; estaban llenas de trozos de roca y de barro; la roca roja y blanda se rompía al tocarla, y caía al glaciar que estaba a sus pies. Se abrieron camino subiendo, bajando, en horizontal, volviendo a bajar, volviendo a subir, subiendo de nuevo, rodeando la base de aquella gran torre, y al final llegaron por una hondonada descompuesta hasta la seguridad del risco que estaba sobre la torre.

Mientras escalaban, los jirones blancos de nubes que se habían reunido por la mañana en los altos barrancos del Ailinón se habían convertido en una masa negra que ocultaba todas las montañas al oeste. Grandes penachos atravesaban el abismo bajo sus pies, se unían y hervían hacia arriba, alzándose y hundiéndose como un mar embravecido, y llegando por último hasta el alto risco donde estaban los demonios, y envolviéndolos en un manto de vapor que traía entre sus pliegues un viento helado y oscuridad en pleno mediodía. Se detuvieron, pues no eran capaces de ver las rocas que estaban ante ellos. El viento se embraveció, gritando entre las torres astilladas. La nieve, polvorienta y penetrante, barrió el risco. La nube se levantó y volvió a caer, como un gran pájaro que les hiciera sombra con las alas. Los rayos relucían por arriba y por abajo desde su seno. Los truenos retumbaban pisando los talones a los rayos, enviando sus ecos a rebotar entre los barrancos lejanos. Sus armas, clavadas en la nieve, emitían llamas azuladas; Juss había aconsejado que las dejaran a un lado por el peligro de muerte que suponía tenerlas en las manos. El señor Juss, el señor Bránoch Dahá y Mivarsh Faz pasaron aquella noche de horror acurrucados en un hueco de la nieve, entre las rocas de aquel alto risco del Koshtra Pivrarcha. Cuando llegó la noche, no lo supieron, pues la tormenta les había llevado la oscuridad varias horas antes de la puesta del sol. Los mantuvieron despiertos la nieve cegadora, el aguanieve, el fuego y el trueno, y los vientos salvajes que chillaban en las gargantas hasta que parecía que se tambaleaba la sólida montaña. Estaban casi congelados, y a punto de desear que la muerte los liberara de aquella ronda infernal.

El día salió con una débil luz grisácea, y la tormenta se calmó. Juss se puso de pie, tan cansado que no fue capaz de hablar. Mivarsh dijo:

—Vosotros sois unos diablos, pero yo me maravillo de mí mismo. Pues he vivido todos los días de mi vida cerca de montañas nevadas, y he sabido de muchos a los que sorprendió la noche en la nieve con mal tiempo. Y ninguno dejó de morir consumido por el frío. Hablo de los que fueron encontrados; muchos no lo fueron, pues los espíritus los devoraron.

Al oír esto, el señor Bránoch Dahá se rió a carcajadas y dijo:

—Oh Mivarsh, me temo que no veo en ti más que a un perro desgraciado. Mira a aquél, cuya fuerza y resistencia corporal contra todas las penurias de frío o de fuego superan las mías tanto como las mías superan las tuyas. Pero es el que está más cansado de los tres. Y ¿sabes por qué? Te lo diré: ha luchado contra el frío toda la noche, no sólo sacudiéndose a sí mismo, sino también a nosotros dos para salvarnos de la congelación. Y no dudes que nadie sino él te ha salvado.

Por entonces se había aclarado la niebla de manera que podían ver la subida del risco hasta cien pasos de distancia o más; cada pico se alzaba sombrío e impalpable sobre el siguiente, más sombrío todavía. Y los picos parecían monstruosos a través de la niebla, del tamaño de cumbres de montañas.

Se encordaron y se pusieron en marcha, escalando las torres o rodeándolas, algunas por un lado y otras por el otro; puestos a veces sobre dientes de roca que parecían separados de todo el resto de la tierra, solitarios en un mar de vapor movedizo; descendiendo a veces a una ancha hendidura en el risco, con una pared desnuda que se alzaba en la parte más lejana, y a derecha e izquierda el aire vacío. Las rocas eran buenas y firmes, como las primeras que habían escalado desde el glaciar. Pero iban despacio, pues la escalada era difícil, además de peligrosa por la nieve recién caída y el hielo que hacía brillar las rocas.

Al avanzar el día, cesó el viento, y todo estaba en calma cuando llegaron al fin ante un risco de hielo duro que se alzaba verticalmente ante ellos como el filo de una espada. Su costado oriental, que tenían a la izquierda, era casi perpendicular, y terminaba en un precipicio liso que caía sin interrupción hasta perderse de vista. La ladera occidental, apenas menos empinada, caía formando una sábana blanca y regular de nieve helada, hasta que las nubes se la tragaban.

Bránoch Dahá se había quedado en el último diente romo de roca al pie del risco de hielo.

—El resto es cosa tuya —gritó al señor Juss—. Yo no querría que nadie sino tú la pisase primero, pues es tu montaña.

—Nunca hubiera llegado hasta aquí sin ti —respondió Juss—, y no es justo que me lleve la gloria de pisar la cumbre el primero cuando el mérito principal es tuyo. Ve tú por delante.

—No lo liaré —dijo el señor Bránoch Dahá—, y no es como dices.

Y Juss fue en cabeza, tallando con su hacha grandes escalones, inmediatamente por debajo de la espina dorsal del risco, en su ladera occidental; y el señor Bránoch Dahá y Mivarsh Faz seguían sus pasos.

Entonces se levantó un viento en los espacios invisibles del cielo, y desgarró la niebla como una vestidura podrida. Lanzas de luz del sol brillaron por los claros. Hacia el sur temblaban tierras soleadas lejanas en las profundidades inimaginables, vistas sobre la cresta de una enorme pared que estaba más allá del abismo: una

pantalla de contrafuertes de roca negra, atravesada por mil gargantas de nieve brillante, y con una corona mural de picos montañosos, de formas salvajes y feroces, cuyo brillo deslumbraba los ojos: las delgadas agujas de la cresta de la cumbre del Koshtra Pivvarcha. Ya las tenían bajo sus pies los demonios, después de haberlas visto en lo alto durante tanto tiempo, como en un cielo lejano. Sólo el pico que estaban escalando se alzaba sobre ellos, ya claro y próximo a la vista, mostrando un precipicio desnudo que asomaba hacia el nordeste, dominado por una cornisa de nieve. Juss advirtió la cornisa, volvió a su tarea de tallar escalones, y, media hora después de que se abrieran las nubes, pisó aquel pico jamás escalado, con toda la tierra a sus pies.

Bajaron algunos metros sobre la ladera sur y se sentaron en unas rocas. Había un hermoso lago lleno de islas, entre colinas cubiertas de bosque y rodeadas de despeñaderos, al pie de un valle profundo que bajaba de la Puerta de Zimiamvia. Cerca, al oeste, se alzaban el Ailinón y el Ashnilán, y entre ellos se veía el pico Akra Garsh, blanco y delicado. Más allá, montañas tras montañas, como un mar. Juss miró hacia el sur, donde la tierra azul se abría en pliegue tras pliegue de campo ondulado, blando y neblinoso, hasta confundirse con el cielo.

—Somos tú y yo los primeros entre los hijos de los hombres —dijo— que contemplamos con nuestros propios ojos la tierra fabulosa de Zimiamvia. ¿Crees que es cierto lo que cuentan los filósofos de esta tierra afortunada: que ningún pie mortal la puede pisar, sino que la habitan las almas benditas de los muertos, de aquéllos que fueron grandes sobre la tierra e hicieron grandes obras en vida, que no despreciaron la tierra ni sus glorias y sus delicias, y que obraron con justicia y no fueron ni cobardes ni tiranos?

—¿Quién sabe? —dijo Brándoch Dahá, apoyando la barbilla en la mano y mirando hacia el sur, como en un sueño—. ¿Quién podrá decir que lo sabe?

Quedaron un rato en silencio. Después habló Juss y dijo:

—Si tú y yo llegamos allí al fin, oh amigo mío, ¿nos acordaremos de Demonlandia? —Y, cuando no obtuvo respuesta, añadió—: Preferiría remar por el lago de la Luna bajo las estrellas de una noche de verano que ser rey de toda la tierra de Zimiamvia. Y preferiría contemplar la salida del sol en el Scarf que vivir con pompa todos los días de mi vida en una isla del lago encantado de Ravary, bajo el Koshtra Belorn.

En ese momento se rasgó en jirones la cortina de nubes que había estado suspendida hasta entonces sobre las cumbres del este, y el Koshtra Belorn se alzó ante ellos como una doncella, a dos o tres millas al este, dando el rostro a los rayos inclinados del sol. Apenas una sola roca de sus amplios precipicios aparecía desnuda, tan cubiertas estaban de una vestidura deslumbrante de nieve. Les parecía más

hermosa y más elegante en su porte airoso que nunca. Juss y Brádoch Dahá se pusieron de pie, como hacen los hombres al recibir a una reina con toda su majestad. La contemplaron en silencio durante algunos minutos.

Luego habló Brádoch Dahá y dijo:

—He aquí a tu novia, oh Juss.

EL KOSHTRA BELORN

De cómo el señor Juss cumplió al cabo la instrucción
que había recibido en su sueño
de preguntar en el Koshtra Belorn, y de la respuesta que recibió.



Asaron aquella noche con seguridad, por favor de los dioses, bajo los despeñaderos más altos del Koshtra Pivrarcha, en una oquedad abrigada rodeada de nieve. Llegó el alba como un lirio, con tintes de azafrán, manchada de listas de color gris de humo que bajaban del norte. Los grandes picos surgían como islas entre un mar llano de nubes, del que se alzó el sol llameante, una bola de fuego rojo dorado. Una hora antes de que apareciese su rostro, los demonios y Mivarsh estaban encordados y partieron en su viaje hacia el este. Por dura que había sido la cresta del gran contrafuerte norte por el que habían escalado la montaña, era siete veces peor el risco oriental que llevaba al Koshtra Belorn. Tenía el lomo más estrecho, estaba rodeado de abismos más profundos, tenía cortaduras más profundas, pasaba repentina y traicioneramente de la roca segura a la descompuesta y peligrosa: dominado por peñas vacilantes, recubierto de cornisas de nieve inestable, rodeado de precipicios tan lisos y sin asideros como la pared de un castillo. No es extraño que tardasen trece horas en bajar aquel risco. El sol caía hacia occidente cuando llegaron al fin a aquella cresta helada, afilada como una hoz, que estaba en la Puerta de Zimiamvia. Estaban cansados, y ya no tenían cuerda; pues no encontraron otra manera de bajar de la última gran torre sino dejando atada arriba la cuerda. Un nordeste feroz había barrido los riscos todo el día, trayendo en sus alas tormentas de nieve. Tenían los dedos insensibles por el frío, y el señor Brándoch Dahá y Mivarsh Faz tenían las barbas tiesas de hielo.

Siguieron en marcha, demasiado cansados para detenerse, con Juss en cabeza. La cresta de hielo tenía muchos centenares de pasos de ancho, y el sol estaba a punto de ponerse cuando llegaron por fin a un tiro de piedra de los precipicios del Koshtra Belorn. Desde antes del mediodía, habían retumbado sin cesar los aludes por aquellos precipicios. Por entonces, con el fresco del atardecer, todo estaba en silencio. El viento había cesado. No había una sola nube en el cielo azul oscuro. Los fuegos de la puesta del sol trepaban por los vastos precipicios blancos que estaban ante ellos hasta que cada repisa y pliegue y pico helado brillaba de color rosa, y cada sombra se convirtió en una esmeralda. La sombra de Koshtra Pivrarcha yacía fría a través de la parte baja de la ladera, del lado de Zimiamvia. El borde de aquella sombra era como la frontera entre los vivos y los muertos.

—¿Qué te parece? —dijo Juss a Bránoch Dahá, que estaba apoyado en su espada contemplando aquella gloria.

Bránoch Dahá, sorprendido, le devolvió la mirada.

—Bien —dijo—, esto es lo que creo: que es probable que tu sueño no fuera sino un engaño que te envió el rey, para tentarnos a que emprendiésemos grandes hazañas destinadas a nuestra destrucción. Por esta ladera, por lo menos, es muy cierto que no hay camino para subir al Koshtra Belorn.

—¿Y el pequeño martinete —dijo Juss—, que, cuando todavía estábamos muy lejos, vino hasta nosotros del sur para recibirnos con un amable mensaje?

—Bien pudo ser un diablo suyo —dijo Bránoch Dahá.

—No me volveré atrás —dijo Juss—. No estás obligado a venir conmigo.

Y se volvió de nuevo para contemplar aquellos precipicios helados.

—¿No? —dijo Bránoch Dahá—. Ni tú conmigo. Me harás enfadar si fuerzas mis palabras tan vilmente. Sólo te pido que no te sientas tan seguro; y que esa hacha esté dispuesta en tu mano, como lo está mi espada, para un trabajo más digno que tallar escalones. Y, si albergas esperanzas de escalarla por esta ladera que está ante nosotros, será que los encantamientos del rey te han vuelto torpe.

Ya se había puesto el sol. Bajo las alas de la noche que llegaban del este, las alturas insondables del aire se volvieron de un azul más profundo; y aquí y allá, muy apagados y difíciles de ver, centelleaban pequeños puntos de luz: las grandes estrellas que abrían los párpados a la oscuridad que se acumulaba. Se alzaron las tinieblas, llenando los valles, muy por debajo de ellos, como una marea que sube. La escarcha y el silencio esperaban a la noche eterna para reasumir su imperio. Los precipicios solemnes del Koshtra Belorn se alzaban en un tremendo silencio, con una palidez de muerte sobre el cielo.

Juss retrocedió un paso sobre el risco, y, poniendo la mano sobre Bránoch Dahá, le dijo:

—Calla y contempla esta maravilla.

Un poco más arriba, en la ladera de la montaña que daba a Zimiamvia, parecía como si algunos restos del brillo del sol se hubieran quedado enredados entre las rocas y las cortinas heladas de nieve. Al crecer las tinieblas, el brillo relució con más fuerza y se extendió, llenando una hendidura que parecía entrar en la montaña.

—Es por nosotros —dijo Juss en voz baja—. Está ardiendo porque nos espera.

No se oía sonido alguno, salvo el de su respiración alternada y los golpes del hacha de Juss, y las astillas de hielo que repicaban al caer al silencio del fondo mientras tallaba el camino a lo largo del risco. Y aquella luz extraña de la puesta del sol ardía sobre ellos con más brillo al ir cayendo la noche. Fue una escalada peligrosa de diez brazas o más desde el risco, pues no tenían cuerda, resultaba difícil ver el camino y las rocas eran empinadas y estaban heladas, y cada repisa se hallaba llena

de nieve. Pero al final llegaron sanos y salvos por una garganta corta y empinada hasta la cabeza de la garganta, donde se abría hasta la hendidura de la luz maravillosa. Podían caminar por ella dos personas a la vez, y el señor Juss y el señor Bránoch Dahá tomaron sus armas y entraron juntos por la hendidura. Mivarsh quiso llamarles, pero estaba sin habla. Los siguió, pisándoles los talones como un perro.

La cueva subía durante cierto trecho, y después caía en suave pendiente hacia el interior de la montaña. El aire estaba frío, pero resultaba templado en comparación con el aire helado del exterior. La luz rosada brillaba cálida sobre las paredes y el suelo de aquel pasadizo, pero nadie podría decir de dónde venía. Esculturas extrañas brillaban tenuemente sobre sus cabezas: hombres con cabeza de toro, ciervos con rostros humanos, mamuts y behemots de las aguas: formas vastas e inciertas talladas en la roca viva. Juss y sus compañeros siguieron su camino durante horas, dando vueltas hacia abajo, perdiendo toda noción del norte y del sur. La luz se amortiguó poco a poco, y, al cabo de una hora o dos, caminaron en la oscuridad; pero no en una oscuridad total, sino como la de una noche de verano sin estrellas, en la que se mantiene la penumbra durante toda la noche. Caminaban pisando con cuidado, por miedo a encontrar abismos en su camino.

Al cabo de un tiempo, Juss se detuvo y olfateó el aire.

—Huelo a heno recién segado —dijo—, y aromas de flores. ¿Es imaginación mía, o los hueles tú también?

—Sí, y llevo oliéndolos media hora —respondió Bránoch Dahá—; además, el pasadizo se ensancha ante nosotros, y su techo se eleva conforme avanzamos.

—Esto es una gran maravilla —dijo Juss.

Siguieron adelante, y, al cabo de un tiempo, se suavizó la pendiente y sintieron bajo sus pies piedras sueltas y gravilla, y, poco después, tierra blanda. Se inclinaron y tocaron la tierra, y crecía en ella la hierba, y ésta estaba cubierta de rocío de la noche, y de margaritas recostadas y dormidas. A su derecha tintineaba un arroyo. Cruzaron aquel prado en la oscuridad, hasta que llegaron a una masa alta y sombría que se cernía ante ellos. En una pared ciega, tan alta que su borde superior se perdía en la oscuridad, había una puerta abierta. Cruzaron aquel umbral y atravesaron un patio empedrado que resonó bajo sus pasos. Ante ellos, una escalinata conducía hasta unas puertas bajo un pórtico.

El señor Bránoch Dahá advirtió que Mivarsh le tiraba de la manga. Al hombrecito le castañeteaban los dientes de terror. Bránoch Dahá sonrió y lo rodeó con un brazo. Juss tenía el pie en el escalón más bajo.

En aquel momento llegó un sonido de música, pero no eran capaces de determinar cuáles eran los instrumentos. Empezó con grandes acordes que resonaban como trompetas que llaman al combate, primero altos, después bajos, temblando por último hasta quedar en silencio; luego, la misma gran llamada, que sonaba como un desafío.

Después, las notas cobraron nuevas voces, como tanteando en la oscuridad, alzándose hasta un lamento apasionado, cerniéndose y muriendo en el viento, hasta que no quedó nada más que un redoble como un trueno apagado, largo, bajo, callado, pero amenazador. Y de la oscuridad de aquella entrada salió un tema poderoso, tres golpes pesados, como de olas que caen y golpean una costa desolada; una pausa; de nuevo aquellos golpes, una pausa expectante; un batir de alas, como si las Furias salieran del abismo^[205]; otro embate, temible por su decisión; después, un sonido salvaje de subida y de caída; una confusión infernal de serpientes furiosas que atravesaban ardientes el cielo de la noche. Después, de pronto, en una clave lejana, una melodía dulce, larga y clara, como un fulgor de luz baja del sol que atraviesa las nubes de polvo sobre un campo de batalla. No era sino un prelude al horror del gran tema principal, que volvió a surgir de las profundidades con pasos tumultuosos, alcanzando un gran clímax de furia y perdiéndose en el silencio. Entonces llegó un tema majestuoso, digno y calmado, nacido de aquel horror, conduciendo de nuevo al mismo: enfrentamientos de los temas en muchas claves y, por último, el gran golpe triple, atronando con fuerza nueva, aplastando toda alegría y toda dulzura como con una maza de hierro, machacando las raíces de la vida en una ruina general. Pero, incluso en sus grandes pasos de destrucción y de horror, aquella gran fuerza parecía debilitarse. Los fragores de trueno retumbaban con menor fuerza; los golpes violentos resonaban menos, y el gran cuerpo conquistador de violencia destructora se tambaleó jadeando, se hundió y cayó ignominiosamente en el silencio.

Como en trance, los señores de Demonlandia escucharon los últimos ecos del gran acorde triste con el que había entregado el corazón aquella música, como si se hubiera roto el corazón mismo de la ira. Pero no acabó allí. Una melodía tranquila, fría y serena como una virgen casta consagrada a los dioses, con ojos claros que no ven nada por debajo de los altos cielos, surgió de aquella tumba de horror. Parecía débil al principio, poca cosa después de aquel cataclismo; algo pequeño, como el primer brote de la primavera que asoma después del reinado de frío y del hielo. Pero siguió adelante sin desmayo, acumulando belleza y poderío. Y de pronto se abrieron las puertas bajo el pórtico, arrojando un resplandor radiante sobre la escalinata.

El señor Juss y el señor Bránoch Dahá contemplaron aquel pórtico radiante como si contemplaran el orto de una estrella. Y en verdad parecía una estrella, o la luna tranquila cuando sale, la figura que vieron aparecer al cabo de un rato: coronada como una reina, con una diadema de nubecillas que parecían robadas de la puesta del sol en las montañas, arrojando suaves rayos de luz rosada. Estaba sola bajo aquel enorme pórtico con formas amplias y sombrías de leones alados tallados en una piedra brillante y negra como el azabache. Parecía joven, como la que acaba de decir adiós a la infancia; tenía labios dulces y graves, y ojos graves y negros, y su cabello era como la noche. Tenía un pequeño martinete negro posado en cada hombro, y una

docena más que surcaban el aire sobre su cabeza, de vuelo tan veloz que el ojo apenas podía seguirlos. Mientras tanto, la melodía delicada y sencilla alcanzaba nuevas cumbres, hasta que al cabo de un rato ardía con todos los fuegos del verano, se quemaba hasta la última brasa como el verano, feroz e impulsiva en su desenfreno de amor y de belleza. De tal modo que, antes de que los últimos acordes triunfantes hubieran muerto en el silencio, la música recordó a Juss todas las glorias de las montañas, los fuegos de la puesta del sol en el Koshtra Belorn, la primera gran visión de los picos desde el Morna Moruna; y, por encima de todo ello, como manifestaba claramente a la vista el espíritu de aquella música, la imagen de la reina, de tal belleza en su juventud y en el respeto y promesa solemne de su frente dulce y clara: de elegancia virginal como la de una flor en cada línea y en cada rasgo de su forma hermosa, e iluminada como nunca lo fue flor alguna, por aquella divinidad ante la cual la palabra y el canto quedan mudos, y los hombres sólo pueden contener la respiración y venerarla. Cuando habló, lo hizo con una voz como el cristal.

—Gracias y alabanzas sean dadas a los dioses benditos. Pues he aquí que pasan los años, y los años traen el destino que ordenan los dioses. ¿Sois los que teníais que venir?

En verdad que aquellos grandes señores de Demonlandia estaban ante ella como niños. Ella volvió a decir:

—¿No sois los señores Juss y Brándoch Dahá de Demonlandia, que habéis llegado a mí por el camino vedado a todos los demás mortales, por dentro del Koshtra Belorn?

Entonces respondió lord Juss en nombre de ambos y dijo:

—Sin duda, oh reina Sofonisba, somos los que has nombrado.

Y la reina los acompañó al interior de su palacio y a un gran salón donde tenía su trono y su estrado. Las columnas del salón eran como grandes torres, y sobre ellas había pisos y más pisos de galerías, que se perdían de vista y a las que no alcanzaba la luz de las lámparas suaves en candeleros que iluminaban las mesas y el suelo. Las paredes y las columnas eran de una piedra sombría y no pulida, y en las paredes había imágenes extrañas: leones, dragones, nicores del mar^[206], águilas, elefantes, cisnes, unicornios y otros seres, pintados muy a lo vivo y ricamente, con colores preciosos; todos de tamaños gigantes, mayores que los que conocen los hombres, de modo que estar en aquel salón era como refugiarse en un pequeño punto de luz y de vida, cubierto, rodeado y abrazado por el entorno desconocido.

La reina se sentó en su trono, que brillaba como la superficie de un río ondulado por el viento bajo una luna plateada. No tenía más séquito que aquellos pequeños martinetes. Invitó a sentarse ante ella a los señores de Demonlandia, y manos invisibles les pusieron delante mesas y platos preciosos, llenos de viandas desconocidas. Y sonó una música suave, tañida en el aire sin que ellos supieran cómo

y por qué arte.

—Mirad —dijo la reina—. La ambrosía que comen los dioses y el néctar que beben; es la carne y el vino que yo misma como, por la bondad de los dioses benditos. Y su sabor no cansa, y su brillo y su aroma perduran para siempre.

Y ellos probaron la ambrosía, que era de color blanco y dulce y quebradiza al comerla, y, una vez comida, devolvía las fuerzas al cuerpo más que un hartazgo de carne de buey, y el néctar, que era espumoso y del color de los fuegos más interiores de la puesta del sol. Sin duda, había algo de la paz de los dioses en aquel néctar divino.

—Decidme, ¿por qué habéis venido? —dijo la reina.

—Me enviaron un sueño, oh reina Sofonisba —respondió Juss—, a través de la puerta de cuerno^[207], y el sueño me invitó a preguntar aquí por el que yo más deseo, por cuya falta languidece con dolor mi alma desde hace un año: por mi hermano querido, el señor Goldry Bluszco.

Se le cortaron las palabras en la garganta. Pues, al pronunciar aquel nombre, el firme edificio del palacio tembló como las hojas de un bosque bajo un viento repentino. La escena perdió los colores, como el rostro de un hombre que se vacía de sangre por el miedo, y todo adquirió un tono pálido, como el paisaje que se contempla un día luminoso de verano después de yacer durante un tiempo con los ojos cerrados y el rostro hacia el sol ardiente: todo gris y frío, los colores cálidos calcinados. Después aparecieron unas criaturas pequeñas y repugnantes entre las juntas de las losas del suelo y de los grandes bloques de piedra de las paredes: algunas parecían saltamontes con cabezas humanas y alas de mosca; otras, peces con agujones en las colas; algunas eran gordas como sapos; otras parecían anguilas que se retorcían con cabezas de cachorros y orejas de asno; asquerosos, exiliados de la gloria, obscenos, con escamas.

El horror pasó. Volvieron los colores. La reina se quedó sentada como una imagen tallada, con los labios separados. Al cabo de un tiempo, dijo con voz alterada y baja y con los ojos caídos:

—Señores, me demandáis una cuestión muy extraña, que jamás he conocido antes de ahora, os suplico, si es que sois nobles, que no volváis a pronunciar ese nombre. En nombre de los dioses benditos, no volváis a pronunciarlo.

El señor Juss quedó callado. Lo que pensaba para sí no era nada bueno.

Al cabo de un tiempo, un pequeño martinete los acompañó a sus alcobas por orden de la reina. Y allí se acostaron, en grandes lechos blandos y fragantes.

Juss veló mucho tiempo en la luz dudosa, con el corazón agitado. Al cabo, cayó en un sueño atormentado. La débil luz de las lámparas se mezclaba con sus sueños y sus sueños se mezclaban con ella, de tal modo que no supo bien si estaba dormido o despierto cuando vio que los muros de la alcoba se abrían y descubrían un paisaje de

amplios caminos de luz de luna, y un pico montañoso y solitario que se alzaba desnudo entre un mar de nubes blanco que relucía bajo la luna. Le parecía que tenía el don del vuelo, y que volaba hasta aquella montaña y se suspendía en el aire contemplándola de cerca, y había un círculo a semejanza del fuego a su alrededor, y sobre la cima de la montaña había una fortaleza o ciudadela de bronce que estaba verde de cardenillo y maltratada por las heladas y los vientos de siglos. En el adarve había la semejanza de una gran compañía de hombres y de mujeres, nunca quietos; ora caminaban sobre el muro con las manos levantadas como suplicando a las lámparas de cristal del cielo, ora se postraban de rodillas o se apoyaban en las almenas de bronce enterrándose los rostros entre las manos, ora se quedaban mirando al vacío como sonámbulos. Algunos parecían guerreros, y otros, grandes cortesanos por sus atavíos costosos, gobernadores y reyes e hijas de reyes, graves consejeros barbados, jóvenes y doncellas y reinas con corona. Y cuando caminaban, y cuando se quedaban quietos, y cuando parecía que lloraban a gritos, todo seguía en silencio como una tumba, y los rostros de aquellos lamentadores eran pálidos como los de los difuntos.

Luego pareció a Juss que veía a la derecha una torre del homenaje de bronce, con azotea, un poco más alta que los muros, y la azotea estaba rodeada de almenas. Intentó gritar, pero fue como si un demonio le apretase la garganta y lo ahogase, pues no salió sonido alguno. En el centro de la azotea, como en un sillón de piedra, estaba la semejanza de una persona reclinada, tenía la barbilla apoyada en la gran mano diestra, el codo sobre un brazo del sillón, rodeado de su hermoso manto de tejido de oro, a su lado su pesado mandoble con un rubí en forma de corazón como pomo, que resplandecía oscuramente a la luz de la luna. Tenía la misma apariencia que cuando Juss lo había visto por última vez en su barco, antes de que la oscuridad los tragase; sólo parecía que había perdido los colores rojizos de la vida, y su frente parecía nublada de tristeza. Miró hacia su hermano, pero éste no dio señales de haberlo conocido, y parecía que contemplaba algún punto lejano en las profundidades, más allá del brillo de las estrellas. A Juss le pareció que así habría querido encontrar a su hermano Goldry, tal como lo encontraba: sin doblegar la cabeza bajo la tiranía de los poderes oscuros que lo tenían cautivo; velando con paciencia como un dios, sin hacer caso de los lamentos de los que compartían su prisión ni de la amenaza de la noche insondable que se cernía sobre él.

La visión pasó; y el señor Juss se volvió a encontrar en su lecho; la luz fría de la mañana entraba entre los colgantes de las ventanas y oscurecía el brillo suave de las lámparas.

Pasaron siete días en aquel palacio. No encontraron allí a ser viviente alguno aparte de la reina y de sus pequeños martinetes, pero manos invisibles les administraban

todo lo que deseaban y todos los placeres dignos de reyes. El señor Juss tenía un peso en el corazón, pues, siempre que quería preguntar nuevas de Goldry a la reina, ella le interrumpía y le suplicaba fervorosamente que no volviese a pronunciar aquel nombre de horror. Por último, caminando a solas con ella al fresco del atardecer por un sendero en un prado en que crecía el asfódelo y otras flores sagradas junto a un arroyo silencioso, dijo:

—Aconteció, oh reina Sofonisba, que, cuando llegué aquí y hablé contigo, creí que mi empresa iría adelante bien pronto por tu mediación. Y ¿no me prometiste entonces tu favor y tu gracia desde aquel momento?

—Es muy cierto —dijo la reina.

—Entonces —dijo él—, ¿por qué, cuando te pregunto aquello que más me importa, siempre me interrumpes y me haces callar?

Ella quedó en silencio con la cabeza inclinada. Él contempló de reojo durante un rato su dulce perfil, las líneas claras y graves de su boca y de su barbilla.

—¿A quién se lo preguntaré sino a ti —dijo—, que eres reina de Koshtra Belorn y debes saberlo?

Ella se detuvo y se dirigió a él con ojos negros que eran inocentes como los de un niño y esplendorosos como los de un dios.

—Señor, no atribuyas a maldad que te haya hecho callar. Sería muy poco justo por mi parte con vosotros los de Demonlandia, que habéis levantado el maleficio y me habéis liberado de nuevo para que pueda volver a visitar el mundo de los hombres, lo que tanto deseo, a pesar de tantas penas como pasé allí en tiempos pasados. Y ¿olvidaré también que sois enemigos de la malvada casa de Brujolandia, y por lo tanto doblemente amigos míos?

—Eso tendrá que verse, oh reina —dijo el señor Juss.

—¿Visteis por ventura el Morna Moruna? —exclamó ella—. ¿Lo visteis en el yermo? —Y, cuando él siguió mirándola, todavía oscuro y desconfiado, ella dijo—. ¿Se ha olvidado esto? Y yo creía que quedaría su fama y su recuerdo hasta el fin del mundo. Señor, te lo ruego, ¿qué edad tienes?

—He visto este mundo durante tres decenas de años —respondió el señor Juss.

—Y yo —dijo la reina— no tengo sino diecisiete veranos. Pero tenía la misma edad cuando naciste tú, y cuando nació tu abuelo antes de ti, y cuando nació el abuelo de éste. Pues los dioses me concedieron la juventud eterna cuando me trajeron aquí y me alojaron en esta montaña después de que mi casa fuera desposeída del reino.

Se detuvo inmóvil, con las manos asidas suavemente ante ella, con la cabeza inclinada, con la cara apartada ligeramente, de manera que él sólo veía la curva blanca de su cuello y el perfil suave de su mejilla. Todo el aire estaba lleno de la puesta del sol, aunque no había sol, sino sólo un resplandor difuso que procedía del alto techo de roca que los cubría como un cielo y tenía brillo propio. Ella empezó a

hablar en voz muy baja; los acentos de cristal de su voz sonaban como las notas apagadas de una campana que vienen de muy lejos por el aire tranquilo de un atardecer de verano.

—Sin duda, ha pasado el tiempo como una sombra desde los días en que yo era reina en Morna Moruna, viviendo allí en paz y alegría con mi señora madre y con mis primos los príncipes. Hasta que Gorice III, gran rey de Brujolandia, llegó del norte, con deseo de explorar aquellas montañas, por su orgullo y por la insolencia de su corazón, que le costaron caros. Una tarde a principios del verano, lo vimos llegar con su gente, cabalgando sobre los prados floridos del Moruna. Le brindamos hospitalidad con nobleza, y, cuando supimos dónde quería ir, le aconsejamos que volviera atrás, pues, si seguía adelante, lo harían pedazos las manticoras. Pero se burló de nuestros avisos, y salió al día siguiente con los suyos por el camino del risco de Omprenne. Y nunca volvió a verlos ningún hombre viviente.

»Fue una pérdida de poca importancia; pero de ella se derivó una maldad grande y terrible. Pues, en la primavera del año siguiente, llegó de la acuosa Brujolandia Gorice IV con un gran ejército, diciendo con gran mentira y difamación que nosotros habíamos matado al difunto rey; nosotros, que éramos gente pacífica, incapaces de cometer una acción que pudiera ser tachada de villana, ni por toda la riqueza de Duendelandia. Llegaron de noche, cuando todos, salvo los centinelas de los muros, estábamos en nuestros lechos con la seguridad de la conciencia tranquila. Se llevaron a mis primos los príncipes y a todos nuestros hombres, y los mataron cruelmente ante nuestros ojos. Y mi madre, al ver aquellas cosas, cayó de pronto con un desmayo mortal, y murió allí mismo. Y el rey mandó que entregaran al fuego la casa, y rompió los altares sagrados de los dioses y destruyó sus lugares altos. Y a mí, que era joven y hermosa, dio a elegir entre dos suertes: que fuera con él para ser su esclava, o que me despeñasen del risco y me rompiera todos los huesos. Ni que decir tiene que elegí la segunda. Pero los dioses, que ayudan a todas las causas justas y rectas, aligeraron mi caída y me guiaron hasta aquí, a salvo de todos los peligros de las alturas y del frío y de las fieras hambrientas, y me concedieron vivir para siempre con juventud y con paz en esta frontera entre los vivos y los muertos.

»Y los dioses descargaron el fuego de su ira sobre toda la tierra del Moruna, para llenarla de su desolación, y hacerla inhabitable para los hombres y para los animales, como recuerdo de las obras malvadas del rey Gorice, así como el rey Gorice desoló nuestro pequeño castillo y nuestros lugares amenos. La superficie de la región se elevó hasta los vientos altos donde habitan los hielos, de tal modo que los precipicios del risco de Omprenne por los que bajasteis son diez veces más altos que eran cuando los bajó Gorice III. Así se acabaron las flores en el Moruna, y así terminaron allí para siempre la primavera y el verano.

La reina dejó de hablar, y el señor Juss quedó en silencio durante un rato, muy

maravillado.

—Juzga ahora —dijo ella— si tus enemigos no son mis enemigos. No se me oculta, oh señor, que me tienes por una amiga tibia y que no te presta ninguna ayuda en tu empresa. Pero, desde que estáis aquí, no he dejado de buscar ni de inquirir, y he enviado a mis pequeños martinetes hacia oriente y hacia poniente, buscando noticias del que nombraste. Son veloces como los pensamientos alados, y rodean la tierra firme; y volvieron a mí con las alas cansadas pero sin noticias de tu gran deudo.

Juss la miró a los ojos, que tenía húmedos de lágrimas. La verdad estaba posada en ella como un ángel.

—Oh reina —exclamó—, ¿por qué deben escudriñar el mundo tus pequeños criados cuando mi hermano está aquí, en el Koshtra Belorn?

Ella sacudió la cabeza y dijo:

—Te lo juro: ningún mortal ha subido al Koshtra Belorn sino tú y tus compañeros desde hace doscientos años.

Pero Juss volvió a decir:

—Mi hermano está aquí, en el Koshtra Belorn. Lo vi con mis propios ojos, la primera noche, rodeado de fuegos. Y está cautivo en una torre de bronce en la cumbre de una montaña.

—Aquí no hay montañas —dijo ella—, sino aquélla en cuyo vientre tenemos nuestra morada.

—Pero así vi yo a mi hermano —dijo Juss—, bajo los rayos blancos de la luna llena.

—Aquí no hay luna —dijo la reina.

Y el señor Juss le expuso su visión de aquella noche, y le relató todo punto por punto. Ella escuchó con gravedad y, cuando hubo terminado de hablar, tembló un poco y dijo:

—Es un misterio, señor, que no soy capaz de resolver.

Quedó callada durante un rato. Luego, empezó a decir a media voz, como si sus mismas palabras y su aliento pudieran engendrar cosas terribles:

—Se lo llevó un enviado maléfico del rey Gorice XII. Así ha sucedido siempre: que, cuando muere un rey de la casa de Gorice, surge otro en su lugar, y así se transmite su fuerza. Y la muerte no debilita esta casa de Brujolandia, sino que la hace volver a brotar como la hierba que llaman diente de león, que, cuando se corta y se maltrata, vuelve a brotar con más fuerza. ¿Sabes por qué?

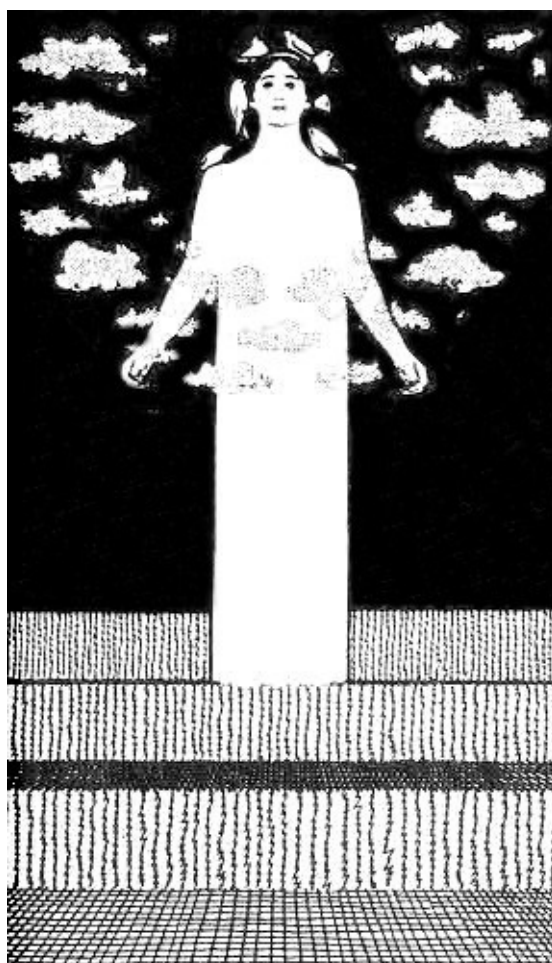
—No —respondió él.

—Los dioses benditos —dijo ella, hablando más bajo todavía— me han mostrado muchas cosas ocultas que ignoran los hijos de los hombres, que ni siquiera las imaginan. Escucha este misterio. Sólo hay un Gorice. Y, por el favor del cielo (que a veces actúa de maneras que nuestro débil juicio intenta justificar en vano), éste

Gorice único, cada vez que muere por la espada o por la plenitud de sus años, ocupa con su alma y espíritu un nuevo cuerpo, y vive otra vida para oprimir y para ofender al mundo, hasta que muera aquel cuerpo, y pasar a otro, y así continuamente; así, goza en cierto modo de vida eterna.

—Tus palabras, oh reina Sofonisba —dijo Juss—, son más que humanas. Me expones una gran maravilla, que yo había sospechado en parte, pero que no conocía en su totalidad. Este rey que goza de una vida sin final lleva con gran propiedad en el pulgar aquella serpiente Uróboros que desde antiguo tienen los doctos por símbolo de la eternidad, cuyo final siempre está en el principio, y cuyo principio siempre está en el final por siempre jamás.

—Advierte entonces la dificultad —dijo la reina—. Pero no olvido, señor, que tienes un empeño más próximo que éste a tu corazón: liberar a aquél (¡no lo nombres!), por el que me demandaste. Te diré, para tu tranquilidad, que veo alguna luz en esta cuestión. No me preguntes más hasta que la ponga a prueba, no vaya a ser como una falsa aurora. Si es como creo, todavía te espera una prueba que puede hacer vacilar al más fuerte.



En Koshtra Belorn

EL LAÇO DE RAVARY

Del auxilio que prestó al señor Juss y al señor Brándoch Dahá
la reina Sofonisba, hija adoptiva de los dioses;
y de cómo se incubó el huevo del hipogrifo junto al lago encantado,
y de lo que aconteció sobre ello.



El día siguiente, la reina se dirigió al señor Juss y al señor Brándoch Dahá, y les hizo acompañarla, y a Mivarsh con ellos para servirlos. Caminaron sobre los prados y por un pasadizo como el que habían seguido para entrar en la montaña; pero éste conducía hacia abajo.

—Podéis maravillaros —dijo ella— de ver la luz del día en el corazón de esta gran montaña. Pero no es sino una obra oculta de la naturaleza. Pues los rayos del sol, que caen todo el día sobre el Koshtra Belorn y sobre su vestidura de nieve, se hunden en la nieve, como si fueran agua, y, penetrando así por los resquicios secretos de las rocas, vuelven a brillar en esta cámara hueca donde vivimos, y en estos pasadizos que tallaron los dioses para darnos entradas y salidas. Y así como al pleno día lo sigue la puesta del sol con sus fuegos de vivos colores, y a la puesta del sol la siguen la luz de la luna o la oscuridad, y a la noche la sigue la aurora que anuncia una vez más el día brillante, así se suceden estas variaciones de luz y oscuridad dentro de la montaña.

Siguieron bajando, hasta que, al cabo de muchas horas, salieron de improviso a la luz cegadora del sol. Estaban en la boca de una cueva que se abría a una playa de arena blanca y límpida, acariciada por las ondas de un lago de zafiro. Era un lago grande, salpicado de isletas rocosas y cubiertas de una vegetación lujuriente, de árboles y de plantas florecientes. El lago tenía muchos brazos que se extendían a todas partes, a rincones secretos escondidos tras promontorios que eran estribaciones de las montañas que lo tenían en su seno: algunos cubiertos de bosques o de césped exuberante salpicado de flores; otros se alzaban abruptamente del agua con rocas desnudas; otros, coronados de líneas accidentadas de rocas que caían en despeñaderos al lago. Estaban a media tarde; el aire era dulce; era un día de sombras de nubecillas y de luces cambiantes. Había pájaros blancos que volaban sobre el lago trazando círculos, y, de vez en cuando, un martín pescador pasaba como una chispa azul. La playa daba al oeste, y estaba en el extremo de un promontorio que bajaba de una estribación del Koshtra Belorn, vestido de bosques de pinos con claros cubiertos de primulas. Al norte, las dos grandes montañas dominaban la cabecera de un valle rectilíneo y estrecho que llegaba hasta la Puerta de Zimiamvia. Parecían más grandes que nunca a la vista de los demonios; se veían a seis o siete millas de distancia y se

alzaban tres mil doscientas brazas sobre el lago. Tampoco eran más agradables a la vista desde ningún otro punto de vista: el Koshtra Pivrarcha, como un águila armada que da sombra con las alas, y el Koshtra Belorn, como una diosa sumida en un sueño, elegante como la estrella matutina de los cielos. Sus nieves tenían un brillo maravilloso a la luz del sol, pero parecían espectrales e impalpables vistas a través del aire nebuloso de verano. En los valles más bajos crecían olivos, de perfiles grises y difusos como si fueran neblina materializada; las laderas estaban vestidas de bosques de roble y de abedul y de todo tipo de árboles de bosque; y por los recodos más cálidos de las laderas subían hileras de rododendros de color crema, hasta llegar a las morrenas sobre los glaciares más bajos, y hasta el borde mismo de las nieves.

La reina observó al señor Juss mientras éste dirigía la mirada hacia la izquierda, más allá del Koshtra Pivrarcha, más allá de la cresta más baja y roma del Góglio, hasta un gran pico solitario que fruncía el ceño a muchas millas de distancia sobre el rico laberinto de riscos más próximos que dominaban el lago. Su estribación sur subía en una línea larga y majestuosa de precipicios hasta llegar a una cumbre nítida y despejada; caía con mayor pendiente hacia el norte. Apenas el mismo Koshtra Belorn podía superar a aquel pico en belleza y en elegancia; pero tenía un aspecto temible, como una mansión de la noche antigua a la que ni siquiera la luz del mediodía podía despojar completamente de su oscuridad.

—Allí se alza una montaña grande y hermosa —dijo el señor Bránoch Dahá— que quedaba oculta por una nube cuando nosotros estábamos en los altos riscos. Tiene el aspecto de una gran bestia yacente.

La reina seguía contemplando al señor Juss, que miraba todavía aquel risco. Después, se volvió a ella, con las manos cerradas sobre las hebillas de su coraza.

—¿Era ésa, como creí? —dijo ella.

Él respiró profundamente.

—Tal como se ve desde aquí es como la contemplé en un principio —dijo—. Pero aquí estamos demasiado lejos para ver la ciudadela de bronce o para saber si está allí en verdad.

Y dijo a Bránoch Dahá:

—Sólo nos queda escalar aquella montaña.

—Jamás podréis hacerlo —dijo la reina.

—Eso lo veremos —dijo Bránoch Dahá.

—Escuchad —dijo ella—. Aquella montaña no tiene nombre en este mundo, pues hasta hoy no la han visto los ojos de hombre alguno, sino los vuestros y los míos. Pero tiene nombre para los dioses, y para los espíritus de los benditos que habitan esta tierra, y para las almas desdichadas que viven cautivas en aquella cumbre: Zora Rach nam Psarrion, separada, sobre los campos de nieve silenciosos y sin vida que alimentan los glaciares de Psarrion; la más solitaria y la más secreta de todas las

montañas de la tierra, y la más maldita. Oh, señores míos —añadió—, no penséis en escalar el Zora. Está rodeado de encantamientos, de tal modo que no llegaríais siquiera hasta los bordes de los campos de nieve que lo rodean sin alcanzar vuestra perdición.

—Oh reina Sofonisba —dijo Juss, sonriendo—, mal nos conoces si crees que eso basta para hacernos volver atrás.

—No lo digo en vano —dijo la reina—, sino para mostraros lo necesario que es el medio que os expondré ahora; pues bien sé que no volveréis atrás en vuestro intento. Sólo osaría decírselo a un demonio, no fuera que el cielo me haga responsable de su muerte. Pero a vosotros puedo confiaros con menor peligro este consejo peligroso; si es que es cierto, como me enseñaron hace mucho tiempo, que en tiempos remotos se vio al hipogrifo en Demonlandia.

—¿El hipogrifo? —dijo Brándoch Dahá—. ¿Pues cuál sino él es el emblema de nuestra grandeza? Hace mil años, hacían sus nidos en Neverdale Hause, y todavía se ven allí las huellas de sus cascos y de sus espolones. El que lo cabalgó fue antepasado del señor Juss y mío.

—El que vuelva a cabalgarlo —dijo la reina Sofonisba— será el único mortal que pueda alcanzar el Zora Rach, y, si tiene valor y fuerzas suficientes, puede liberar de sus prisiones al que sabemos.

—Oh reina —dijo Juss—, algo se me alcanza de la magia y de la filosofía divina, pero, con todo ello, debo rendirme ante tu sabiduría, pues vives aquí desde hace muchas generaciones y te comunicas con los muertos. ¿Cómo encontraremos a ese corcel? Son pocos, y vuelan muy alto sobre el mundo, y sólo nace uno cada trescientos años.

—Yo tengo un huevo —respondió ella—. Tal huevo sería vano y estéril en todas las tierras, salvo en ésta de Zimiamvia consagrada a los linajes señoriales de los muertos. Y así es como viene a nacer este corcel: cuando uno de fuerza y de corazón más que humanos duerme en esta tierra con el huevo en el seno, deseando ardientemente algún alto logro, el fuego de su gran deseo incuba el huevo, y el hipogrifo sale de él; al principio tiene las alas débiles, como las de las mariposas que has visto salir de sus crisálidas. Sólo entonces podrás montarlo, y, si eres lo bastante hombre como para dirigirlo a tu voluntad, te llevará a placer hasta las regiones más remotas de la tierra. Pero, si eres menos que una persona superior, cuídate de ese corcel, y no montes más que caballos terrenales. Pues, si en ti hay algo de menguado^[208], o se enfría tu decisión^[209], u olvidas las altas miras de tu gloria, entonces te despeñará a tu perdición.

—¿Tienes ese huevo, oh reina? —dijo el señor Juss.

—Señor —dijo ella en voz baja—, lo encontré hace más de cien años, paseando por los acantilados que rodean este lago encantado de Ravary. Y lo escondí aquí, pues

los dioses me enseñaron lo que había descubierto, y porque sabía que estaba dispuesto por el destino que uno de la tierra debía llegar algún día al Koshtia Belorn. Pensé en mi corazón que el que llegase podía ser uno de aquéllos que llevaban consigo algún gran deseo no satisfecho, y que pudiera ser persona capaz de cabalgar a voluntad sobre tal corcel.

Quedaron sentados en la orilla del lago encantado hasta el atardecer, hablando poco. Luego, se levantaron y la siguieron hasta un pabellón junto al lago, construido entre un bosquecillo de árboles en flor. Antes de que se echaran a dormir, les llevó el huevo del hipogrifo, que era tan grande como el cuerpo de un hombre pero ligero de peso, rugoso y de color dorado. Y les dijo:

—¿Cuál de vosotros, señores?

—Él —respondió Juss—, si sólo contase para esto la fuerza y el corazón; pero yo, porque es a mi hermano al que debemos liberar de aquel triste lugar.

Así, la reina entregó el huevo al señor Juss; y éste, llevándolo en los brazos, le dio las buenas noches diciendo:

—No necesito más láudano que éste para hacerme dormir.

Y cayó la noche, dulce como la ambrosía. Y el suave sueño, más blando que el sueño de la tierra, cerró sus ojos en aquel pabellón junto al lago encantado.

Mivarsh no durmió. No disfrutaba de aquel lago de Ravary, ni apreciaba en nada sus bellezas; le preocupaban algunas formas poderosas que había visto tomando el sol en la orilla toda la tarde dorada. Había preguntado a uno de los martinetes de la reina, y éste se había reído de él y le había dicho que eran cocodrilos guardianes del lago, mansos y amables con los héroes benditos que acudían allí a bañarse y a divertirse.

—Pero, si uno como tú se aventurase hasta allí —había añadido el martinete—, lo tragarían de un bocado.

Esto había entristecido a Mivarsh. Y en verdad que había gozado de poca paz de espíritu desde que había salido de Duendelandia, y añoraba de corazón su casa, aunque estuviese saqueada y quemada, y a los hombres de su sangre, aunque resultasen ser enemigos suyos. Y juzgaba que si Juss volaba con Brándoch Dahá, montados sobre el hipogrifo, hasta aquella cumbre fría donde estaban cautivas las almas de los grandes, él nunca sería capaz de volver solo al mundo de los hombres, más allá de las montañas heladas, de las manticoras y del cocodrilo que vivía junto a Bhavinan.

Veló una hora o dos llorando en silencio, hasta que del corazón gigante de la medianoche le llegaron con claridad ardiente las palabras de la reina, que había dicho que el huevo debía incubarse por el calor de un gran deseo del corazón del hombre que lo abrazase, y que aquel hombre podría montar y cabalgar por el viento a placer. Entonces se irguió Mivarsh en su lecho, con las manos sudorosas de miedo y de

deseo. Despierto y solo entre los que dormían en aquella noche sin brisa, le parecía que no podía existir deseo superior al suyo. Dijo para sí:

—Me levantaré y quitaré en secreto el huevo al diablo de allende el mar, y lo abrazaré yo mismo. No le hago daño con ello, pues ¿no dijo ella que era peligroso? Además, cada uno arrima el ascua a su sardina.

Y se levantó y llegó en secreto hasta donde yacía Juss abrazando el huevo con sus brazos poderosos. Por una ventana entraba un rayo de luna que caía sobre el rostro de Juss, que era como el rostro de un dios. Mivarsh se inclinó sobre él y tiró suavemente del huevo que tenía entre los brazos, mientras rezaba con fervor. Y como Juss estaba en un sueño profundo, con el alma elevada en una visión lejos de la tierra, lejos de aquella orilla divina, hasta regiones solitarias donde Goldry seguía velando con paciencia helada y melancólica sobre la cumbre del Zora, Mivarsh consiguió hacerse con el huevo y lo llevó hasta su lecho. Estaba muy caliente, y lo oyó crujir al abrazarlo, como si tuviera dentro una fuerza que se moviese.

Así quedó dormido Mivarsh, abrazando el huevo como pudiera abrazar un hombre a su amada. Y, un poco antes del amanecer, se abrió y cayó en pedazos entre sus brazos, y él se despertó de súbito rodeando con los brazos el cuello de un extraño corcel. Salió a la pálida luz del alba, y él iba encima, asiéndolo fuertemente. Su pelo tenía visos como el cuello del pavo real, tenía los ojos como los fuegos variables de una estrella en una noche de viento. Abrió las ventanas de la nariz para aspirar el aire del amanecer. Las alas se le desplegaron y se le endurecieron, como las plumas de la cola del faisán, blancas con ojos púrpura, y tan duras al tacto como hojas de hierro. Mivarsh estaba montado en su lomo, agarrado con ambas manos a las crines relucientes, temblando. Y quiso bajar, pero el hipogrifo resopló y se alzó de manos, y él, por miedo a dar una gran caída, se agarró con más fuerza. Golpeó el suelo con los cascos de plata, sacudió las alas, arañó como una leona, arrancando la hierba con sus garras. Mivarsh chilló, atormentado entre la esperanza y el miedo. Se lanzó hacia delante, saltó al aire y voló.

Los demonios, despertados por el batir de alas, se apresuraron a salir del pabellón y vieron a aquella maravilla volar hacia el oeste oscuro. Su vuelo era salvaje, como el de un pato silvestre que se remonta y cae en picado. Y, mientras lo miraban vieron caer de su asiento al jinete y oyeron, momentos después, un golpe apagado y el chapoteo de un cuerpo que caía en el lago.

El corcel salvaje desapareció volando hacia el aire superior. Desde el punto del chapoteo surgían círculos que alteraban la superficie del lago y deformaban el reflejo oscuro del Zora Rach sobre las aguas dormidas.

—¡Pobre Mivarsh! —exclamó el señor Brándoch Dahá—. ¡Después de tantas leguas difíciles que le hice caminar!

Y se quitó el manto, tomó una daga entre los dientes y nadó a grandes brazadas

hasta el punto donde había caído Mivarsh. Pero no encontró rastro de él. Tan sólo vio, en la playa de una isla cercana, a un cocodrilo grande e hinchado que le dirigió una mirada culpable y no le esperó, sino que anduvo torpemente hasta la orilla, se arrojó al agua y desapareció. Bránoch Dahá se volvió y nadó de nuevo hasta la orilla.

El señor Juss estaba como petrificado. Se dirigió desesperado a la reina, que salía a su encuentro envuelta en un manto de plumón de cisne; pero no humilló la cabeza.

—Oh reina Sofonisba, éste es el nadir secreto o el fondo de nuestros días^[210], que ha llegado a nosotros cuando olíamos la dulzura de la mañana.

—Señor —dijo ella—, la mosca hemera nace con el sol y muere con el rocío^[211]. Pero tú, si eres verdaderamente grande, no debes retorcer las manos de desesperación. Que el triste fin de este pobre criado tuyo te sirva de advertencia contra tales locuras. La tierra no se destruye por una simple lluvia. Volvamos a Koshtra Belorn.

Desayunaron en silencio y volvieron por donde habían venido. Y la reina dijo:

—Señores Juss y Bránoch Dahá, hay pocos corceles capaces de llevaros a Zora Rach nam Psarrion, y ni aunque tuvieseis fuerzas y virtudes superiores a las de los semidioses, podréis cabalgarlos si no es tomándolos del huevo. Vuelan tan alto y son tan esquivos que no podríais alcanzarlos ni aunque vivieseis diez vidas. Enviaré a mis martinets para que descubran si hay otro huevo en el mundo.

Y los envió al norte y al oeste, al sur y al norte. Y todos aquellos pajarillos menos uno regresaron tiempo después con las alas cansadas y sin noticias.

—Todos han vuelto a mí salvo Arabella —dijo la reina—. Les esperan peligros en el mundo: aves rapaces, hombres que matan pajarillos para divertirse. Confiad conmigo en que pueda volver al fin.

Pero el señor Juss habló y dijo:

—Oh reina Sofonisba, mi condición no me permite esperar y confiar, sino que me mueve a ser rauda, audaz e insistente cuando veo el camino ante mí. Siempre he sido de la opinión de que las fresas crecen bajo las ortigas. Intentaré escalar el Zora.

Y, por mucho que ella le suplicó, no pudo apartarlo de esta decisión impetuosa, que apoyó de todo corazón el señor Bránoch Dahá.

Pasaron dos días con sus noches, y la reina los acompañaba con gran dolor de su corazón en su pabellón junto al lago encantado. A la tercera noche, Bránoch Dahá regresó al pabellón llevando consigo a Juss, que parecía al borde de la muerte, y él mismo estaba gravemente enfermo.

—No me digáis nada —dijo la reina—. El olvido es el único remedio soberano^[212], e intentaré inducíroslo en la mente a ti y a él, por medio de mis artes. En verdad que desesperaba de volver a veros con vida, tal fue vuestra temeridad al entrar en aquellas regiones prohibidas.

Bránoch Dahá sonrió, pero su aspecto era pésimo.

—No nos culpes en demasía, oh reina querida. El que dispara al sol del mediodía,

aun estando seguro de que jamás dará en el blanco, sabe que su flecha subirá más que la del que sólo dispara a un arbusto.

Se le cortó la voz en la garganta y puso los ojos en blanco. Tomó la mano de la reina como un niño asustado. Luego, dominándose a sí mismo con un gran esfuerzo, dijo:

—Te ruego tengas un poco de paciencia conmigo —dijo—. Pasará después de comer buenas viandas y de beber un poco. Mira a Juss, te lo ruego: ¿crees que está de muerte?

Pasaron los días y los meses, y el señor Juss seguía al borde de la muerte cuidado por su amigo y por la reina en aquel pabellón junto al lago. Al cabo, cuando hubo acabado el invierno en la Tierra media^[213] y la primavera estaba muy avanzada, volvió con alas cansadas aquel último y pequeño martinete que ella había dado por perdido. Cayó en el seno de su ama, casi muerto de cansancio. Pero la reina lo acarició y le dio néctar, y él recuperó fuerzas y dijo:

—Oh reina Sofonisba, hija adoptiva de los dioses, he volado por ti hacia el este y hacia el sur, hacia el oeste y hacia el norte, por mar y por tierra, por el calor y por el hielo, hasta los polos helados, por todas partes. Y llegué al fin a Demonlandia, hasta la cordillera de Neverdale. Hay entre las montañas una laguna que los hombres llaman la laguna de Dule. Es muy profunda, y los hombres que viven a sus orillas dicen que no tiene fondo. Pero sí tiene fondo, y en el fondo yace el huevo de un hipogrifo, y yo lo vi, pues volé sobre él a gran altura.

—¡En Demonlandia! —exclamó la reina. Y dijo al señor Bránoch Dahá—: Es el único. Debéis volver a vuestra tierra para recogerlo.

—¿A nuestra tierra de Demonlandia? —dijo Bránoch Dahá—. ¿Después de haber gastado nuestras fuerzas y de haber cruzado el mundo para encontrar el camino?

Pero, cuando lo supo el señor Juss, pronto empezó a sanar de su enfermedad alimentado por la esperanza; de tal modo, que al cabo de pocas semanas quedó muy restablecido.

Y había pasado un año completo desde que los demonios subieron al Koshtra Belorn.

LA REINA PREZMYRA

De cómo la señora Prezmyra descubrió al señor Gro sus propósitos hacia Oemonlandia, cosa que también llevaría a su señora mayor grandeza y eminencia; y de cómo la manifestación de sus propósitos en voz demasiado alta fue ocasión para que el señor Corinius conociera la dulzura de la dicha aplazada.



quella misma noche del veintiséis de mayo en que el señor Juss y el señor Brándoch Dahá contemplaron, desde el pico más alto de la tierra, el país de Zimiamvia y el Koshtra Belorn, Gro paseaba con la señora Prezmyra por la terraza occidental de Carcë. Sólo faltaban dos horas para la medianoche. El aire estaba cálido; el cielo era un emparrado de rayos de luna y de estrellas. De vez en cuando se levantaba una brisa suave, como si la noche se revolviera entre sueños. Los muros del palacio y la torre de hierro ocultaban la terraza a la luz directa de la luna, y había hachones que arrojaban su luz temblorosa formando zonas movedizas de luz y de tinieblas. Llegaban del palacio ráfagas de música movida y el ruido de la fiesta.

—Si tu pregunta, oh reina —decía Gro—, se debe a un deseo de que me vaya, te obedeceré tan raudo como el pensamiento, mal que me pese.

—Sólo fue una vana curiosidad —dijo ella—. Quédate en buena hora.

—Es propio de los sabios seguir la luz —dijo él—. Cuando saliste del salón, creí que se habían apagado todas las luces.

La observó de reojo cuando pasaron bajo el brillo de un hachón, estudiando su semblante, que parecía nublado por pensamientos dolorosos. Parecía hermosa entre las hermosas, señorial y espléndida; iba coronada con una corona de oro engastada de amatistas oscuras. La remataba, sobre la frente, la figura de un cangrejo, labrado en plata con mucha curiosidad y que llevaba en cada pinza una bola de crisólito^[214] del tamaño de un huevo de zorzal.

—También quería contemplar esas estrellas del cielo que llaman los hombres «la cabellera de Berenice» —dijo el señor Gro—, y ver si su gloria brilla más que la de tus cabellos, oh reina.

Siguieron caminando en silencio. Después, ella dijo:

—Esas frases de galantería forzada no encajan bien con nuestra amistad, mi señor Gro. Si no me enfadan, es porque considero que son fruto de los largos brindis que has bebido en honor del rey nuestro señor en esta noche, celebrada entre todas las demás noches por ser el aniversario de su enviado y de nuestra venganza sobre

Demonlandia.

—Señora —dijo él—, bien quisiera que olvidases esa melancolía tuya. ¿Te parece cosa de poco que el rey se haya dignado honrar tan singularmente a tu esposo Córund dándole rango y dignidad de rey, y entregándole toda Duendelandia como feudo? Todos advirtieron la poca alegría con que recibiste esta corona real cuando el rey te la entregó esta noche, en honor a tu gran señor, para que la llevases en su nombre hasta que él vuelva a casa para recogerla; la corona, y las grandes alabanzas de Córund que pronunció el rey, y que creo que debían haber enrojecido de orgullo tus mejillas. Pero todas estas cosas disuelven tan poco tu melancolía helada y desdeñosa como si fueran el débil sol del invierno cuando intenta disolver los estanques congelados en una fuerte helada.

—Las coronas son baratijas comunes en estos tiempos —dijo Prezmyra—, en los que el rey, que tiene a veinte reyes como lacayos, hace ahora de sus lacayos reyes de la tierra. ¿Te admiras de que mi alegría por recibir esta corona se empañase cuando veía la otra que el rey había entregado a Laxus?

—Señora —dijo Gro—, debes perdonar al propio Laxus. Sabes que ni siquiera pisó Trasgolandia; y, si ahora lo debemos llamar rey de dicha tierra, ello debería agradarte, ya que fue Corinius el que hizo allí la guerra y el que venció a tu noble hermano, por maña o por suerte, y le obligó a exiliarse.

—Corinius —respondió ella—, al perderse el reino, sufre la desdicha o la perdición que deseo fervientemente sobre todos los que quieran medrar por la ruina de mi hermano.

—Entonces, el dolor de Corinius deberá alegrarte —dijo Gro—. Pero es seguro que el destino es un mozalbete ciego; no te fíes de su altibajo siguiente.

—¿Acaso no soy reina? —dijo Prezmyra—. ¿No estamos en Brujolandia? ¿No tenemos poder suficiente para forjar poderosas maldiciones, si es que es verdad que el destino es ciego?

Se detuvieron al pie de una escalinata que conducía a la torre interior. La señora Prezmyra se apoyó un rato sobre la balaustrada de mármol negro, mirando hacia el mar sobre las marismas llanas, accidentadas por la luz de la luna.

—¿Qué me importa Laxus? —dijo al fin—. ¿Qué me importa Corinius? Son una bandada de halcones enviados por el rey contra un enemigo que reluce cien veces más que ellos por su grandeza de ánimo y su nobleza. Y tampoco dejaré que mi indignación ciegue mi justicia y me lleve a echar la culpa al rey de Brujolandia. Es muy cierto que mi hermano el príncipe maquinaba con nuestros enemigos nuestra ruina, abriendo con ello, si lo hubiera sabido, la puerta de la destrucción suya y nuestra, aquella noche en que convirtió nuestro banquete en una batalla, y nuestras alegrías cargadas de vino en ira sangrienta.

Quedó en silencio un rato, y luego dijo:

—Perjuros: ¡qué nombre tan odioso y opuesto a la humanidad! Dos caras bajo una sola gorra. ¡Ojalá se alzase la tierra para castigar los pecados de los que la pisan!

—Veo que miras a poniente, sobre el mar —dijo Gro.

—Entonces es que ves algo a la luz de la noche, mi señor Gro —dijo Prezmyra.

—Me referiste entonces —dijo él— los votos y los cumplidos y las promesas extrañas y estudiadas de amistad con que el señor Juss te despidió cuando se escaparon de Carcë. Pero es culpa tuya, oh reina, si te tomas muy a mal el quebrantamiento de tales promesas, hechas en momentos de apuro, y que suelen resultar como los pescados frescos, que a los tres días apestan.

—A fe que es cosa de poco —dijo ella— que mi hermano quebrantase todos los lazos del interés y de la alianza para salvar de una triste muerte a aquellos grandes personajes; y que ellos, una vez libres, le dieran tibiamente las gracias y siguieran su camino, dejando que invadiesen su país y que lo diesen por desaparecido o muerto. ¡Que el gran diablo del infierno atormente sus almas!

—Señora —dijo Gro—, quisiera que contemplases fríamente la cuestión y que dejases esas exclamaciones amargas. Los demonios salvaron una vez a tu hermano en Lida Nanguna, y, cuando éste los libró de las manos del rey nuestro señor, no hizo más que pagarles su deuda. La balanza está equilibrada.

—No me ensucies los oídos con sus excusas —respondió ella—. Han abusado de nosotros vergonzosamente; y la culpa de su negra acción me hace odiarlos más profundamente cada día. Con lo instruido que estás en la naturaleza y en su filosofía, ¿tendré que enseñarte que el eléboro más mortal y el vómito del sapo son poco ponzoñosos comparados con el odio de una mujer?

La oscuridad de un gran banco de nubes que se extendía desde el sur apagó la luz de la luna. Prezmyra se volvió para seguir con su lento paseo por la terraza. Las chispas amarillas y ardientes de sus ojos relucían a la luz de los hachones. Parecía peligrosa como una leona, y delicada y grácil como un antílope. Gro caminaba a su lado, diciendo:

—¿No los persiguió Córund hasta el Moruna el invierno pasado? Y ¿pueden seguir vivos allí, solos entre tantos peligros de muerte?

—Oh, señor mío —exclamó ella—, cuenta esas buenas noticias a las mozas de la cocina, y no a mí. Pues tú mismo entraste en años pasados hasta el corazón mismo del Moruna y saliste vivo, si es que no eres el mayor de los mentirosos. Sólo una cosa atormenta mi alma: que pasan los días y los meses, y el rey de Brujolandia somete a todos los pueblos, pero consiente que los más orgullosos, esos rebeldes de Demonlandia, todavía no estén bajo sus pies. ¿Le parece mejor perdonar a un enemigo y arrasar a un amigo? ¿O es que está señalado^[215], como lo estaba Gorice XI? No lo quiera el cielo, pero puede llegarle un mal final y la ruina absoluta de todos nosotros si detiene su brazo sobre Demonlandia hasta que Juss y Brándoch Dahá

vuelvan a sus casas para hacerle frente.

—Señora —dijo el señor Gro—, has pintado en breves palabras un resumen de mi propia opinión. Y perdona que te hablase con recelo al principio, pues éstas son cuestiones de mucho momento, y, antes de abrirte mi corazón, quería saber si éramos de la misma opinión. Que los golpee ahora el rey, en la feliz ausencia de sus grandes campeones. Así podremos recibirlos fortalecidos, si es que regresan, incluso si traen consigo a Goldry.

Ella sonrió, y pareció que la noche cálida se refrescaba y se dulcificaba con la sonrisa de aquella dama.

—Eres para mí un compañero querido —dijo ella—. Tu melancolía es para mí como un bosque sombreado en verano, donde puedo bailar si quiero, como suelo querer, o estar triste si quiero, como estoy queriendo estos días más de lo que me gustaría. Y tú nunca te opones a mi ánimo. Sólo hace un rato lo hiciste, para molestarme con tu charla aduladora y afectada, hasta que me hiciste creer que habías cambiado de piel a favor de Laxus o del joven Corinius, buscando esos cebos que se usan en los galanteos para ganarse el pecho de las damas.

—Era que quería sacarte de esta nueva tristeza tuya —dijo Gro. Y añadió—: Debes agradecermelo, pues no dije sino la verdad.

—Oh, acaba ya, señor mío —exclamó ella—, o te despediré de mi lado.

Y, mientras paseaban, Prezmyra cantó en voz baja:

El que no puede evitar el amor,
Pero lucha contra su poder,
No se ganará mi estima,
Pues ama contra su voluntad;
Ni el que sólo vive para sí
Y puede rehuir todo placer:
Cuando me atrape, puede irse.
Y, cuando esté dispuesta, dejarme.
Ni el que sólo ama a hermosas,
Pues todos las quieren así;
Ni el que se ocupa de feas,
Pues parece falto de juicio;
Ni el que... ^[216]...

Se detuvo de pronto, y dijo:

—Vamos, ya me he quitado de encima el mal humor que me produjo ver a Laxus y su corona de oropel. Pensemos en las obras. Y te diré primero una cosa. Hace dos o tres lunas que llevo en el alma lo que acabamos de hablar: desde la campaña de Corinius en Trasgolandia. Así, cuando llegaron nuevas de que mi señor había destruido las fuerzas de los demonios, y había expulsado a Juss y a Brándoch Dahá hacia el Moruna, persiguiéndolos como a esclavos fugitivos, le envié una carta por medio de Viglus, que le llevaba el nombramiento de rey de Duendelandia de mano

del rey nuestro señor. En ella le manifesté que la corona de Demonlandia sería más reluciente para nosotros, por mucho que brille ésta de Duendelandia, y le supliqué que pidiese al rey que enviase un ejército a Demonlandia y a mi señor por jefe del mismo; o, que si no podía volver aquí para pedirlo, que me nombrase embajadora suya para exponer este acuerdo al rey y pedir la empresa en nombre de Córund.

—¿Te responde en las cartas que te he traído? —preguntó Gro.

—Si —dijo ella—, y es una respuesta muy baja, rastrera y ruin para un gran señor en una cuestión como la que yo le exponía. Ay, cuando hablo de ello, se me olvidan mis deberes de esposa y hablo como una verdulera.

—Me apartaré a un lado, señora —dijo Gro—, si quieres desahogarte en privado.

Prezmyra rió.

—No es tan malo —dijo—, pero me enfada. Aprueba la empresa de todo corazón, y me autoriza a que se la exponga al rey en su nombre, y que insista ante él con ahínco. Pero no quiere dirigirla. Deberá ponerse en manos de Corsus o de Corinius. Espera, deja que te la lea. —Y, acercándose a una de las luces, sacó del seno un pergamino—. ¡Espera! Es demasiado cariñosa; no avergonzaré a mi señor leyéndosela a otra persona, ni siquiera a ti.

—Bueno —dijo Gro—, si yo fuera el rey, Córund sería mi general en jefe para la empresa de derribar a Demonlandia. Podría enviar a Corsus, que hizo grandes hazañas en sus tiempos, pero, a mi juicio, no es de fiar para tal misión. A Corinius todavía no le ha perdonado su falta en el banquete de hace un año.

—¡Corinius! —dijo Prezmyra—. Así que ¿crees que no sólo no le ha recompensado por arrasar mi tierra querida, sino que ni siquiera le ha devuelto su favor?

—Creo que no —dijo Gro—. Además, está loco de ira por haber cogido aquella fruta espinosa para que otro se la comiera. Esta noche se ha comportado en el salón con una torpe presunción, haciendo quínolas y dando vayas^[217] a Laxus, haciendo sonar la espada, y con muchos otros baladros y bravatas desvergonzadas; y lo peor de todo es que intentaba abiertamente galantear a Sriva, cuando se cumple un mes de su promesa de matrimonio con Laxus; y será maravilla que no derrame el uno la sangre del otro antes de que acabe la noche. Creo que no está en disposición de salir al campo de batalla sin estar seguro de su premio; y creo que el rey, que le adivina el pensamiento, no quiere ofrecerle ninguna nueva empresa para darle así el gusto de rechazarla.

Estaban bajo la puerta en arco que se abría entre el patio interior y la terraza. Seguía saliendo música del gran salón de banquetes de Gorice XI. Bajo el arco, y entre las sombras de los enormes contrafuertes de las paredes, era como si los elementos de las tinieblas, expulsados de los círculos luminosos que rodeaban los hachones, se abrazaran a sus tinieblas hermanas para duplicar la oscuridad.

—Bueno, señor mío —dijo Prezmyra—, ¿apoya tu sabiduría mi decisión?

—Sí, sea cual fuere, pues es tuya, oh reina.

—¡Sea cual fuere! —exclamó ella—. ¿Es que lo dudas? ¿Cuál podría ser, sino pedir audiencia al rey antes de hacer cualquier otra cosa por la mañana? ¿No me apoya mi señor hasta ahora?

—¿Y si tu celo te lleva más allá del apoyo de tu señor en un detalle? —dijo Gro.

—¡Pues sería justo! —dijo ella—. Y si mañana al mediodía no te hago saber que hay orden de partir para Demonlandia y que mi señor Córund ha sido nombrado general del rey en esta empresa, y que ya están selladas las cartas que le mandan venir de Orpish...

—¡Chist! —dijo Gro—. Pasos en el patio.

Se volvieron hacia el arco. Prezmyra cantó a media voz:

Ni al que paga a su dama,
Pues la hace esclava suya;
Ni al que no la paga, pues se dice
Que no tiene valor alguno.
Entonces, ¿es que no hay hombres
A los que yo pueda amar?
Entonces, descargaré este humor
En el amor a mí misma^[218].

Se encontraron en la puerta con Corinius, que salía del salón de banquetes. Se detuvo ante ellos para mirar fijamente a Prezmyra en la oscuridad, de tal modo que ésta sintió el calor de su aliento, cargado de vino. Había demasiada oscuridad como para reconocer los rostros, pero la reconoció por su estatura y por su porte.

—Disculpad, señora —dijo—. Creí por un momento que era... Pero no importa. Que descanséis.

Dicho esto, le franqueó el paso con una gran reverencia, dando un fuerte empujón a Gro con el mismo gesto. Gro no tenía deseos de pelear, y le cedió el paso y siguió a Prezmyra hasta el patio interior.

El señor Corinius se sentó en el banco más próximo, apoyando cómodamente su fuerte espalda en los almohadones, y allí quedó reposando, chasqueando los dedos y cantando para sí:

Qué asno es el que
Espera al antojo de una mujer
Por un momento de placer,
Y quizá puede que
Lo olvide y la pierda;
¡Qué gran asno es!

¿Por qué preocuparme
del favor de una mujer?
Si otro se la lleva,
¿Por qué desesperar?
Con dineros y trabajos,
Puedo llevar mi parte.

Si veo por azar
Una morena, la amo,
Hasta que veo otra
Que es más morena que ella;
Pues lo que yo más amo
Es mi libertad^[219].

Un rumor tras él, a su izquierda, le hizo volver la cabeza. Se deslizó una figura desde la sombra profunda del contrafuerte más próximo hacia la puerta. Él saltó, llegó el primero a la puerta y cerró el paso con los brazos abiertos.

—¡Ah! —exclamó—. Conque hay jilgueros anidando entre las sombras, ¿eh? ¿Qué premio me darás por haberte esperado en balde toda la noche pasada? Sí, y estabas allí escondida para reírte de mí una vez más, si no te llego a atrapar.

La dama rió.

—La noche pasada, mi padre me tuvo a su lado; y esta noche, mi señor, ¿no te estaría bien empleado por tu chanzoneta desvergonzada? ¿Es ésa una buena serenata para los oídos de las damas? Vuelve a cantarla en nombre de tu libertad, y quedarás por asno.

—Eres muy valiente al provocarme, señora, sin tener siquiera una estrella como testigo si me desquito de ti por ello. Estos hachones son unos viejos disipados que han encanecido entre el bullicio. No van a irse de la lengua.

—No; si hablas como borracho, te dejaré, mi señor —y, mientras él daba un paso hacia ella, añadió—: Y no volveré, ni aquí ni a otra parte alguna, sino que te dejaré para siempre. No consentiré que me trates como a una criada. Demasiado tiempo he soportado tus modos brutales de soldado.

Corinius la rodeó con sus brazos y la levantó contra su pecho, de modo que ella apenas tocaba el suelo con la punta de los pies.

—Oh Sriva —dijo con voz turbia, acercando su rostro al de ella—, ¿crees que puedes encender un fuego tan ardiente y luego caminar a través suyo sin quemarte en él?

Ella tenía los brazos inmovilizados junto a los costados en aquel abrazo poderoso. Parecía que se había desmayado, como un lirio que se desmaya bajo la luz ardiente del mediodía. Corinius inclinó el rostro y la besó con pasión, diciendo:

—Por todas las dulzuras que ha conocido la oscuridad, esta noche eres mía.

—Mañana —dijo ella como ahogada.

Pero Corinius dijo:

—Felicidad querida, esta noche.

—Querido señor mío —dijo dulcemente la señora Sriva—, ya que has conquistado mi amor, no seas un conquistador despiadado y violento. Te juro, por todos los poderes temibles que rodean la tierra, que es importante que vea a mi padre esta noche; más aún: que lo vea ahora mismo. Sólo eso me hizo rehuirte hace un momento, y no un mal deseo de hacerte padecer.

—Puede aguardar a nuestra conveniencia —dijo Corinius—. Es viejo, y suele quedarse leyendo hasta muy tarde.

—¿Cómo? ¡Si lo has dejado bebiendo! —dijo ella—. Debo decirle algo antes de que el vino le sorba del todo el seso. Este mismo retraso es peligroso, por dulce que sea para nosotros.

Pero Corinius dijo:

—No te dejaré marchar.

—Bueno —dijo ella—, entonces pórtate como una bestia. Pero has de saber que gritaré y que toda Carcë acudirá a rescatarme y nos encontrará, y mis hermanos, y Laxus si es que es hombre, te harán pagar cruelmente tu violencia hacia mí. Pero, si quieres portarte con la nobleza que te es propia, y respetar con amistad mi amor, déjame marchar. Y, si vienes en secreto hasta la puerta de mi cámara, una hora después de la medianoche, creo que no la encontrarás cerrada.

—¡Ah! ¿Lo juras? —dijo él.

—Si no es así, que se me lleve presto la destrucción —respondió ella.

—Una hora después de la medianoche. Y ese plazo parecerá un año a mis deseos —dijo él.

—Bien dice mi noble amante —dijo Sriva, ofreciéndole una vez más los labios.

Y se marchó rápidamente a través del arco sombrío y cruzando el patio dirigiéndose a la cámara de su padre, en la galería norte. El señor Corinius volvió a su asiento, y se recostó allí un rato perezosamente, cantando en voz baja con una melodía antigua la letra siguiente:

Mi señora es un volante^[220],
Está hecha de corcho y plumas;
Cada pala^[221] le apunta al corcho
Y la golpea en el cuero.
Pero, la tires como la tires,
Caerá de espaldas hacia algún otro.
Fa, la, la, la, la, la^[222].

Estiró los brazos y bostezó.

—Bueno, Laxus, cobarde con cara de carpa, esta medicina ha ablandado mucho mi descontento. Es de justicia que, ya que debo renunciar a mi corona, me quede con tu dama. Y en verdad que, viendo lo bajo, pequeño y ordinario que es este reino de

Trasgolandia, y lo encantadora y dulce moza que es esta Sriva, a la que, por otro lado, no he mirado nunca sin que se me haga la boca agua de dos años a esta parte; viendo todo esto, creo que puedo darme por pagado en parte y de momento, hasta que me canse de ella.

El amor es toda mi vida,
Pues siempre me tiene inquieto;
Pero mi amor y mis finezas
No son para una esposa^[223]...

—¿Una hora después de la medianoche, eh? ¿Qué mejor vino para los amantes? Iré a beber un trago, y después a jugar a los dados con algunos de aquellos mozos, para pasar el rato hasta entonces.

LA EMBAJADA DE LA SEÑORA SRIVA

De cómo el duque Corsus juzgó conveniente confiar a su hija una misión de Estado; y de cómo le fue a ésta en su misión.



riva se dirigió aprisa a la cámara de su padre, y encontró a su señora madre cosiendo en su sillón y dando cabezadas de sueño, con dos velas, una a su izquierda y la otra a su derecha, y le dijo:

—Madre y señora, hay una corona real esperando a que alguien la recoja. Caerá en el regazo de la extranjera si mi padre y tú no os dais prisa. ¿Dónde está? ¿Sigue en el salón de banquetes? Debemos encontrarlo ahora mismo, tú o yo.

—¡Ay! —exclamó Zenambria—. ¡Qué susto me has dado! Habla un poco más despacio, muchacha. Con esa charla repentina y desenfrenada, no sé lo que quieres decirme ni lo que pasa.

—Es una cuestión de Estado —respondió Sriva—. ¿No vas tú? Bien, entonces iré yo a buscarlo. Pronto lo sabrás todo, madre.

Y, dicho esto, se volvió hacia la puerta. Todas las exclamaciones de su madre, que la advertía del escándalo que supondría volver al salón de banquetes mucho más tarde de la hora en que se retiraban las mujeres, no bastaron para detenerla. De tal modo que la señora Zenambria, al ver tan decidida a su hija, consideró menos malo ir ella en persona, y fue, y regresó con Corsus al cabo de un rato.

Corsus se sentó en su gran sillón junto a su señora esposa mientras su hija le contaba su relato.

—Dos y tres veces pasaron por mi lado —decía—, tan cerca de mí como yo lo estoy ahora de ti, oh padre mío; y ella iba apoyada con mucha familiaridad en el brazo de su filósofo de barba rizada. Estaba claro que no creían que nadie pudiera oírlos. Dijo esto y esto.

Y Sriva relató todo lo que había dicho la señora Prezmyra sobre una expedición a Demonlandia, y de su intención de hablar con el rey, y de su propósito de que Córund fuera su general en aquella empresa, y de disponer el mismo día siguiente de cartas selladas para hacerlo venir inmediatamente de Orpish.

El duque escuchaba sin manifestar emoción, respirando con pesadez, inclinado pesadamente hacia delante, retorciéndose y atusándose el bigote ralo y gris con una de sus gordas manos. Sus ojos recorrían la cámara con expresión ausente, y sus mejillas caídas, ya rojas por el banquete, adquirieron un tono más profundo.

—Ay, ¿no te dije hace mucho tiempo, mi señor, que Córund hacía mal en casarse con mujer joven? —dijo Zenambria—. Y ahora llega la vergüenza que cabía esperar.

Es una pena que aventure y exponga el honor de un hombre tan bueno, que ya ha pasado su mejor edad, cuando está en el otro extremo del mundo. En verdad, en verdad que espero que se vengue de ella cuando regrese a casa. Pues estoy segura de que Córund no es tan bajo como para comprar su mayor valimiento a precio tan vergonzoso.

—Tu charla, mujer —dijo Corsus—, muestra que tienes los cabellos largos y el entendimiento corto. En tres palabras: eres una necia.

Quedó en silencio durante un rato; después levantó la vista hasta Sriva, que estaba apoyada en la enorme mesa, entre de pie y sentada, asiendo a cada lado el borde de la mesa con una mano elegante y reluciente de joyas, apoyando aquel cuerpo hermoso en sus brazos, como si fueran columnas blancas y delicadas. Al verla, se le iluminaron un poco los ojos turbios.

—Ven aquí —le dijo—. Siéntate aquí, en mis rodillas.

Cuando estuvo sentada, le dijo:

—Bonito vestido llevas esta noche, cachorrilla mía. Rojo: para un humor sanguíneo.

Le sujetó la espalda con el enorme brazo. Su mano, grande como un plato, estaba apoyada bajo su pecho como una rodela.

—Tienes un olor muy dulce.

—Es malabatro en hoja —dijo ella.

—Me alegro de que te guste, mi señor —dijo Zenambria—. Mi criada asegura que, hervido en vino, produce un perfume que supera a todos los demás.

Corsus seguía mirando a Sriva. Al cabo de un rato, le preguntó:

—Y ¿qué hacías en la terraza, eh?

—Lexus me pidió que me viese con él allí —dijo ella, bajando la vista.

—¡Hum! —dijo Corsus—. Entonces, es raro que hace una hora que te esté esperando en el paseo empedrado del patio privado.

—Me entendió mal —dijo Sriva—. Y le está bien empleado, por descuidado.

—Bueno. ¿Y te has dedicado a la política esta noche, gatita mía? —dijo Corsus—. ¿Y hueles una expedición a Demonlandia? Es muy posible. Pero creo que el rey enviará a Corinius.

—¿A Corinius? —dijo Sriva—. No lo creen así. Es Córund el que se la llevará, si no insistes al rey esta misma noche, oh padre mío, antes de que mi señora la raposa hable en privado con él mañana.

—¡Bah! —dijo Corsus—. No eres más que una niña, y no sabes nada. Ella no tiene espíritu ni decisión para llevar a cabo esa misión. No, no es Córund el que destaca, sino Corinius. Para eso le privó de Trasgolandia el rey, aunque le correspondía a él, y le arrojó a Lexus aquella baratija.

—Vaya, sería monstruoso que Corinius se quedase con Demonlandia —dijo

Zenambria—, que es mucho mejor, sin duda, que la corona de Trasgolandia. ¿Se ha de quedar ese bisoño con toda la carne mientras que tú, porque eres viejo, no te llevas más que los huesos y las piltrafas?

—Muérdete la lengua, esposa —dijo Corsus, mirándola como se mira una medicina amarga—. ¿Por qué no tuviste ingenio para pescarlo para tu hija?

—En verdad que lo siento, esposo mío —dijo Zenambria.

La señora Sriva se rió, rodeando con el brazo el cuello de toro de su padre y jugando con sus bigotes.

—Sosiégate, madre y señora —dijo—. He hecho mi elección entre estos dos y entre todos los demás de Carcë, y ya lo tengo bien decidido. Y he juzgado que el señor Corinius es todo un hombre de buenas prendas; además, lleva afeitado el labio superior: eso es mucho mejor que los molestos bigotes, como te dirán todas las que entienden de estas cosas.

—Bueno —dijo Corsus besándola—, salga como saliere, iré a hablar con el rey esta noche para ofrecerme ante él. Mientras tanto, señora —dijo a Zenambria—, quiero que vayas ahora mismo a tu alcoba. Atranca bien la puerta, y yo la cerraré por fuera para mayor seguridad. Esta noche hay mucha algazara, y no quiero que ninguno de esos bellacos borrachos te ofenda, como bien podría suceder mientras estoy en mi misión de Estado.

Zenambria le deseó las buenas noches, y quiso llevarse consigo a su hija, pero Corsus se negó, y dijo:

—Yo la acompañaré y la dejaré segura.

Cuando se quedaron solos y la señora Zenambria estaba encerrada en su alcoba, Corsus sacó de un armario de roble un gran frasco de plata y dos vasos tallados. Los llenó del vino amarillo y chispeante del frasco, e hizo beber a Sriva con él, no sólo una vez, sino dos, y la obligó a vaciar el vaso ambas veces. Después, acercó su sillón y se derrumbó pesadamente en él; cruzó los brazos sobre la mesa y hundió la cabeza entre ellos.

Sriva paseaba de un lado a otro, impaciente por la extraña actitud de su padre y su silencio. El vino bullía en sus venas; en aquella cámara silenciosa volvían a ella los besos cálidos de Corinius en su boca, la fuerza de sus brazos como barras de bronce sosteniéndola en su abrazo. Sonó la medianoche. Sintió como si se le disolviesen los huesos al recordar su promesa para una hora después.

—Padre —dijo al fin—; ha sonado la medianoche. ¿No vas a ir antes de que sea demasiado tarde?

El duque levantó la cabeza y la miró. Respondió:

—No. No —repitió—; ¿para qué? Me hago viejo, hija mía, y debo marchitarme. El mundo es para los jóvenes. Para Corinius; para Laxus; para ti. Pero, sobre todo, para Córund, que, si bien es viejo, tiene el apoyo de su tropa de hijos, y sobre todo

tiene a su esposa, como escalera para subir a los tronos.

—Pero acabas de decir... —dijo Sriva.

—Sí, cuando estaba delante tu mamá. Le ha llegado la segunda infancia antes de tiempo; por eso le hablo como a una niña. ¿Conque Córund hizo mal en casarse con mujer joven, eh? ¡Psche! ¿No es ella el baluarte y la muralla misma de su fortuna? ¿Has visto jamás subir tanto a un sujeto en un momento? Era mi secretario cuando hicimos las guerras contra los ghouls hace años, y ahora ha pasado por encima mío, aunque soy nueve años más viejo que él. Le llaman rey, nada menos, y es posible que pronto pase por factótum de toda la tierra (siempre por debajo del rey) si esta mujer juega bien sus bazas. ¿No le entregará el rey a Demonlandia encima de Duendelandia y el resto del mundo también, por el pago que ella pretende darle?, voto al infierno, yo también se las daría por ese mismo pago.

Se puso de pie y tendió la mano inestable hacia la jarra de vino. Contempló furtivamente a su hija, hurtando los ojos cada vez que ella le dirigía la mirada.

—Córund se desternillaría de risa —dijo, escanciando algo de vino— si oyera los desatinos remilgados de tu madre: él, que ha encargado a su esposa esta misión, sin duda alguna; y, cuando la visite al regresar a casa, será con amor y gratitud más ardientes por lo que ha alcanzado ella del rey a pesar nuestro. Créeme: no todas las damas de calidad logran el favor de un rey.

Estaba abierta la ventana, y, mientras permanecían de pie sin hablar, temblaron abajo, en el patio, las notas de un laúd, y una voz de hombre, suave y profunda, cantó esta canción:

Cuernos al toro,
Cascos al corcel,
A las pequeñas liebres
Pies raudos y veloces,
Y a los leones da dientes
Y fauces temibles.

A los peces a nadar,
Y a las aves a volar,
Y a los hombres a juzgar
Y el poder de razonar;
Eso enseña. Pero a la mujer
No otorga nada de esto.

A las mujeres les ha dado
La belleza, nada más.
Es su único escudo
Y su única espada.
Pero triunfan sobre el hierro y el fuego
Todas las que son hermosas.

La señora Sriva supo que era Laxus, que cantaba bajo la ventana de su alcoba. La

sangre le palpitéo desenfrenadamente; el espíritu de la decisión daba alas a su imaginación; no llevándola hacia él, ni hacia Corinius, sino por caminos seductores, extraños y peligrosos, con los que no había soñado hasta entonces. Su padre el duque se acercó a ella, derribando las sillas a su paso, y diciendo:

—¡Córund y su tropa de hijos! ¡Córund y su joven reina! Si él conspira con la rosa blanca, ¿por qué no hemos de conspirar tú y yo con la roja? No es menos hermosa, ¡así me lleve el diablo!, y exhala un perfume dulce y excelso.

Ella le miró con los ojos muy abiertos y con las mejillas enrojecidas. Él le tomó la mano entre las suyas.

—¿Quieres que esta extranjera y su galán cetrino nos pasen por encima? —dijo él—. Creo que las barbas largas, ya sean blancas o negras, son una tacha demasiado grande para nuestra vista. No parece que debamos tolerar que esta señora tan arreglada, con sus modas extranjeras... ¿Te atreves a medirte con ella?

Sriva apoyó la frente en su hombro y dijo, casi inaudible:

—Te lo demostraré, si a ello viene.

—Debe ser ahora —dijo Corsus—. Según me has dicho, Prezmyra pedirá audiencia a primera hora de la mañana. Además, las mujeres están mejor por la noche.

—¡Si te oyera Laxus! —dijo ella.

—¡Bah! —respondió él—. No tendrá nada de qué culparte, aunque lo supiera, y podremos arreglarlo. La necia de tu madre ha dicho no sé qué del honor. No es más que una palabra que se lee en las escuelas; y si no fuera así, dime: ¿de dónde mana la fuente del honor, sino del rey de reyes? Si te recibe, quedarás honrada, tú y todos los que tengan que ver contigo. Todavía no he oído decir a nadie que quede deshonrado el hombre o la mujer a quien honra el rey.

Ella rió, apartándose de él y dirigiéndose a la ventana, con las manos todavía entre las suyas.

—¡Oh, qué bebida más fuerte me has dado! Creo que me mueve más que tus muchos argumentos, oh padre mío; y, a decir verdad, no los recuerdo bien, porque no los creo mucho.

El duque Corsus la tomó de los hombros. Su rostro se alzaba un poco sobre el de ella, que no era alta.

—Por los dioses —dijo él—, el dulce aroma de la roja rosa embriaga más a un hombre que el de la blanca, por más que ésta sea mayor. —Y añadió—. ¿Por qué no? Como broma, como locura. Un manto y una caperuza; un antifaz si quieres, y mi anillo para demostrar que vas en mi nombre. Te acompañaré por el patio hasta el pie de la escalera.

Ella no respondió, sonriéndole al volverse hacia él, que le puso en los hombros el gran manto de terciopelo.

—¡Ah! —dijo él—; bien se ve que una hija vale por diez hijos.

Mientras tanto, el rey Gorice estaba sentado en su cámara privada escribiendo en un pergamino que estaba extendido ante él sobre la mesa de mármol serpentino^[224]. A su izquierda ardía una lámpara de plata. La ventana estaba abierta a la noche. El rey se había quitado la corona, que relucía oscuramente en la sombra, bajo la lámpara. Apartó la pluma y volvió a leer lo que había escrito, que era del tenor siguiente:

De mí, Gorice XII, gran rey de Brujolandia y de Duendelandia y de Demonlandia y de todos los reinos que alumbra el sol con sus rayos, a mi criado Corsus: te mando por ésta que, con toda la rapidez necesaria, te dirijas a Demonlandia con fuerza suficiente de hombres y de barcos, porque aquella ralea vil y alevosa que allí habita ha de sufrir el peso de mi castigo. Quiero que tú, a título de general en dicha tierra, entres por la fuerza en ella, y con toda diligencia la saquees, la devastes y la despuebles, tomando esclavos, oprimiendo o dando muerte a los que caigan en tu poder, según te parezca más conveniente; y, sobre todo, que derribes todos aquellos castillos fuertes, como son Galing, Drepaby, Krothering, Owlswick y otros. Esta empresa será una de las más grandes que se hayan emprendido jamás, pues se trata de someter a Demonlandia y de derrocar de una vez para todas a sus cabecillas, que pueden ponernos en peligro; y debes comprender que no te confiaría esta misión, y sobre todo en este momento, sin la extraordinaria experiencia de tus méritos pasados. Y como todas las grandes empresas deben llevarse a cabo con presteza y resolución, ésta debe estar concluida y ejecutada para la próxima cosecha, a más tardar. Por lo tanto, mando que tú, Corsus, ordenes la provisión inmediata de barcos, marineros, soldados, jinetes, oficiales y personas particulares, armas, provisiones y todo lo demás que se considere necesario para el ejército, y que será reclutado y requisado para la empresa antedicha; para lo cual tendrás autoridad suficiente con esta carta escrita de mi mano. Sellada con mi sello del Uróboros en mi palacio de Carcë este día XXIX de mayo, que es el día VII de mi año II.

El rey tomó lacre y una vela de la gran escribanía de oro, y selló la carta con la cabeza de rubí de la serpiente Uróboros, diciendo:

—El rubí conforta mucho el corazón, el cerebro, el vigor y la memoria del hombre. Entonces, está confirmado.

En aquel instante, con el lacre todavía caliente en el sello del rey que confirmaba aquella comisión para Corsus, alguien golpeó suavemente la puerta de la cámara. El rey dio orden de entrar, y entró el capitán de su guardia de corps y llegó ante el rey y le dijo que una persona esperaba fuera y pedía audiencia inmediata.

—Y me mostró como señal, oh rey y señor, una cabeza de toro que echa fuego por la nariz, tallada en ópalo negro montado en un anillo, que conocí ser el sello de mi señor Corsus, el que siempre lleva su señoría en el pulgar izquierdo. Y sólo eso, oh rey, me persuadió a transmitir el mensaje a vuestra majestad a hora tan intempestiva. Y, si he cometido falta en ello, espero humildemente que vuestra majestad me perdone.

—¿Conoces al hombre? —dijo el rey.

—No pude conocerlo —respondió—, oh temido señor, pues lleva antifaz y un gran manto con caperuza. Es hombre pequeño, y habla susurrando roncamente.

—Déjale pasar —dijo el rey Gorice; y, cuando entró Sriva con caperuza y antifaz y mostrando el anillo, dijo—. Tienes un aspecto dudoso, aunque esta señal te ha franqueado el paso. Quítate esos atavíos y deja que te reconozca.

Pero ella, todavía susurrando roncamente, pidió que quedaran a solas antes de descubrirse. Y el rey mandó que los dejaran solos.

—Temido señor —dijo el soldado—, ¿queréis que me quede dispuesto ante la puerta?

—No —dijo el rey—. Despeja la antecámara, dispón la guardia y que nadie me moleste.

Y dijo a Sriva:

—Si tu encargo no es más honrado que tu aspecto, mal viaje es el que has emprendido esta noche. Puedo convertirte en mandrágora con alzar un dedo. Si es que no lo eres ya.

Cuando quedaron solos, la señora Sriva se despojó del antifaz y se echó atrás la caperuza, descubriendo su cabeza, coronada de dos pesados mechones de su cabello castaño oscuro, atados y entretejidos sobre su frente y sus orejas, y llenos de alfileres de plata con cabeza de granate, de color de carbones ardientes. El rey la contempló desde debajo de la gran sombra de sus cejas, oscuramente, sin revelar nada de lo que le pasaba por la mente ante esta revelación, sin mover una pestaña ni un músculo del rostro.

Ella tembló y dijo:

—Oh rey y señor mío, espero que disculpéis y perdonéis este atrevimiento. Yo misma me maravillo de mi propia osadía, que me ha hecho atreverme a acudir a vos.

Con un gesto de la mano, el rey la invitó a sentarse en un sillón a su derecha, junto a la mesa.

—No debes tener miedo, señora —dijo—. Ya que te he dejado entrar, puedes estar segura de que eres bienvenida. Hazme saber tu mensaje.

Sentada allí con el rey Gorice XII, en el círculo de luz de la lámpara, el fuego del vino de su padre vaciló en su interior como una pequeña hoguera en una ráfaga de viento. Respiró hondo para tranquilizar los latidos de su corazón, y dijo:

—Oh rey, tenía mucho miedo de venir, y era para pedir os un don: poca cosa para que vos la otorguéis, pero gran presente para mí, que soy la menor de vuestras doncellas. Pero, ahora que he llegado, no oso pedirlo.

El brillo de sus ojos, que salía de debajo de aquellos aleros oscuros, la desalentaba, y poco hacían para darle ánimo la corona de hierro que él tenía a su lado, rutilante de joyas y feroz con sus pinzas de cangrejo enhiestas; ni las serpientes de cobre trenzadas que formaban los brazos del sillón del rey, ni la imagen reluciente de la lámpara sobre la superficie de la mesa, con vetas rojas como hilos de sangre, y vetas negras como filos de espadas que recorrían la superficie verde y brillante de la

piedra.

Pero tuvo valor suficiente para decir:

—Si yo fuera un gran señor que hubiera hecho servicios a vuestra majestad como los ha hecho mi padre, o como aquellos otros a los que habéis honrado esta noche, oh señor, sería diferente.

Él calló, y ella volvió a hacer acopio de valor y dijo:

—Yo también quisiera servirlos, oh rey. Y he venido a preguntaros cómo puedo hacerlo.

El rey sonrió.

—Os estimo mucho, señora. Haz lo que has hecho hasta ahora, y me tendrás contento de ti. Disfruta y ten alegría, y no te cargues la cabeza con esas preguntas a medianoche; no vaya a ser que los cuidados te hagan enflaquecer.

—¿Estoy flaca, oh rey? Juzgad vos mismo.

Y, dicho esto, la señora Sriva se levantó y se puso de pie ante él, a la luz de la lámpara. Abrió los brazos lentamente, a derecha y a izquierda, retirándose de los hombros el manto de terciopelo, hasta que el manto oscuro que caía en pliegues de cada una de sus manos levantadas era como las alas de un pájaro abiertas para el vuelo. Sus hombros y sus brazos desnudos, su garganta y su pecho relucían con una belleza turbadora. Una gran piedra de jacinto, que colgaba de su cuello suspendida de una cadena de oro, descansaba sobre el hueco de sus pechos. Brillaba y dormía con el surgir y el caer de su respiración.

—Me habéis amenazado hace un momento con convertirme en mandrágora, señor —dijo—. ¿Podrías convertirme en hombre?

Ella no fue capaz de leer nada en la oscuridad peñascosa de su semblante, en sus labios de hierro, en sus ojos que eran como luz de hogueras que sale de dentro de unas cuevas.

—Os serviría mejor así, oh señor, que con mi pobre belleza. Si yo fuera hombre, habría venido ante vos esta noche y os habría dicho: «oh, rey, no suframos más a aquel perro de Juss. Dadme una espada, oh rey, y derribaré a Demonlandia para vos, y la someteré bajo mis pies».

Volvió a caer suavemente en su sillón, dejando que su manto de terciopelo cayera sobre el respaldo. El rey acarició pensativamente con el dedo las pinzas enhiestas de la corona que tenía a su lado, sobre la mesa.

—¿Es éste el don que me pides? —dijo al fin—. ¿Una expedición a Demonlandia?

Ella respondió que sí.

—¿Deben partir esta misma noche? —dijo el rey, observándola aún.

Ella sonrió estúpidamente.

—Lo único que quisiera saber —dijo él—, es qué mosca de la prisa te ha picado

para hacerte venir tan embozada y tan de improviso, y a medianoche.

Ella quedó callada un momento; luego, haciendo acopio de valor, dijo:

—Para que no llegase otra antes de mí, oh rey —respondió—. Creedme, sé que hay preparativos, y que vendrá a veros por la mañana otra pidiendo esto mismo para otro. No sé los designios que pueden tener otros, pero estoy segura de esto que os digo.

—¿Otra? —dijo el rey.

—Señor, no diré nombres —respondió Sriva—. Pero hay algunas, oh rey, que son suplicantes dulces y peligrosas, y que hacen colgar sus esperanzas de cuerdas que nosotros no podemos tañer.

Ella había inclinado la cabeza sobre la mesa pulida, observando sus profundidades con curiosidad. El cuerpo de su vestido y sus velos de brocado^[225] de seda escarlata eran como el cáliz de una gran flor, sus blancos brazos y hombros eran como los pétalos de la flor. Al fin, alzó la vista.

—Sonríes, señora Sriva —dijo el rey.

—Mis propios pensamientos me hicieron sonreír —dijo ella—. Os reiríais si lo oyerais, oh rey y señor mío, por ser tan diferente de lo que estábamos hablando. Pero es cierto que los pensamientos de la mujer no son más estables ni más fijos que una veleta que gira con todos los vientos.

—Déjame oírlo —dijo el rey, inclinándose hacia delante, con la mano delgada y vellosa extendida perezosamente sobre el borde de la mesa.

—Pues era esto, oh señor —dijo ella—. Me vino a la mente de pronto lo que dijo la señora Prezmyra cuando se casó con Córund y vino a vivir aquí a Carcë. Dijo que la mitad derecha de su cuerpo era de Brujolandia, pero que la izquierda era de Tragolandia. Entonces, nuestra gente se alegró mucho al oírla decir que había entregado a Brujolandia la mitad de su cuerpo. Pero ella añadió que tenía el corazón en la mitad izquierda.

—¿Y dónde llevas tú el tuyo? —preguntó el rey.

Ella no osaba mirarle; por lo que no advirtió la luz burlona que había iluminado el semblante oscuro del rey como un relámpago de verano cuando ella había pronunciado el nombre de Prezmyra.

Había dejado caer la mano del borde de la mesa; Sriva la sintió sobre su rodilla. Ella temblaba como una vela henchida que pierde el viento por un instante. Sentada muy quieta, dijo en voz baja:

—Hay una palabra, rey y señor mío, que, con sólo que la digáis, encenderíais una luz para mostraros mi respuesta.

Pero él se acercó más, diciendo:

—¿Crees que voy a hacer tratos contigo? La respuesta ya la sé, incluso a oscuras.

—Señor —susurró ella—, no habría acudido ante vos a esta hora tardía y callada

de la noche si no supiera que sois un rey grande y noble, y no un hombre ávido de amores que me tratase con falsedad.

Su cuerpo exhalaba especias: aromas blandos y cálidos que turbaban los sentidos: perfume de malabatro machacado en vino, esencias de lirios de color de azufre plantados en el jardín de Afrodita. El rey se acercó a ella. Ella le rodeó el cuello con los brazos, y dijo cerca de su oído:

—Señor, no podré dormir hasta que me digáis que se han de hacer a la mar, y que Corsus será su capitán.

El rey la tomó en sus brazos y la alzó del suelo como a una niña, mientras ella lo abrazaba. La besó en la boca, un beso largo y profundo. Después se puso de pie de un salto, la puso ante él, como a una muñeca, sobre la mesa, junto a la lámpara, y volvió a sentarse en su sillón; quedó allí sentado, contemplándola con una sonrisa extraña y perturbadora.

De pronto, su ceño se oscureció; y, acercando su rostro al de ella, con la barba espesa y recortada sobresaliendo bajo la curva de su labio superior afeitado, dijo:

—Muchacha, ¿quién te ha enviado a esta misión?

Le dirigió una mirada de Gorgona tal que a ella se le retiró la sangre al corazón de golpe, y respondió de manera casi inaudible:

—En verdad, oh rey, que fue mi padre el que me envió.

—¿Estaba borracho cuando te envió? —preguntó el rey.

—En verdad que creo que lo estaba, señor —dijo ella.

—Pues la copa en que bebió —dijo el rey Gorice— debería conservarla y tenerla en gran estima durante el resto de sus días. Si hubiera tenido tan bajo concepto de mí como para juzgar que podía ganarse mi favor con una bona roba^[226], por vida mía, que lo hubiera hecho para su mal; pues no le hubiera costado menos que la vida.

Sriva rompió a llorar, diciendo:

—Oh rey, perdonad, por favor.

Pero el rey se paseaba por la estancia como un león que merodea.

—¿Temía que enviase a Córund en su lugar? —dijo—. Buena manera de moverme a hacerlo, si es que sus ardidés me pueden mover a una cosa o a otra. Que aprenda a acudir a mí con su propia boca, si es que espera recibir bienes de mi parte. Si no, que se vaya de Carcë y se ponga fuera de mi vista; que todos los grandes señores del infierno se lo lleven.

Al cabo, el rey se detuvo junto a Sriva, que todavía estaba sentada en la mesa y que manifestaba una especie de dulzura lacrimosa, sollozando con gran pena, con la cara oculta entre las manos. La contempló durante un rato; luego, la bajó, y, mientras se sentaba en su gran sillón, sosteniéndola sobre su rodilla con una mano, con la otra le retiró suavemente la mano del rostro.

—Vamos —dijo—, no te echo a ti la culpa. Déjate de llantos. Alcánzame ese

documento de la mesa.

Ella se volvió entre sus brazos y extendió una mano para coger el pergamino.

—¿Conoces mi sello? —dijo el rey.

Ella asintió con la cabeza.

—Lee —dijo él, soltándola.

Ella se puso de pie junto a la lámpara y leyó.

El rey estaba tras ella. La tomó por debajo de los brazos, inclinándose para hablar cálidamente a su oído.

—¿Ves? Ya había escogido a mi general. Te lo hago saber por esto: porque no voy a dejarte ir hasta la mañana; y porque no quiero que creas que tu belleza, por mucho que me agrade, es capaz de hechizarme hasta el punto de alterar mi política.

Ella se inclinó sobre su pecho, flácida y sin fuerzas, mientras él le besaba el cuello, los ojos y la garganta; después, sus labios se unieron en un beso largo y voluptuoso. Sentía sobre ella las manos del rey como carbones encendidos.

La señora Sriva pensó en Corinius, iracundo ante una puerta abierta y una alcoba vacía; pero, con todo, se sintió satisfecha.

EL REY HACE VOLAR SU ÁGUILA MONTESINA

Oe cómo la señora Prezmyra acudió al rey en una misión de Estado,
y de cómo le fue en su misión;

y se da noticia de porqué quiso enviar el rey a Demonlandia al duque

CORSUS

y de cómo, a quince de julio, los señores CORSUS, LAXUS, GRO y GALLANDUS
se hicieron a la mar en Tenemos con una armada.



El día siguiente, acudió la señora Prezmyra a pedir audiencia al rey, y, una vez admitida a su cámara privada, se llegó ante él con gran belleza y esplendor, y le dijo:

—Señor, he venido a daros las gracias, pues no tuve buena ocasión de hacerlo anoche en el salón de banquetes. En verdad que no es fácil, pues, si os lo agradezco como quisiera, parecerá que me olvido de los méritos de Córund, que ha ganado este reino; pero, si hablo demasiado de éste, parecerá que menosprecio vuestra generosidad, oh rey. Y la ingratitud es un vicio aborrecible.

—Señora —dijo el rey—, no tienes que darme las gracias. Y los grandes hechos resuenan por sí solos en mis oídos.

Entonces, ella le habló de las cartas de Córund que habían llegado de Duendelandia.

—Bien se ve, señor —dijo ella—, que en estos días sometéis a vos a todos los pueblos y entronizáis a nuevos reyes tributarios vuestros para aumentar vuestra gran gloria en Carcë. Oh rey, ¿por cuánto tiempo nos ofenderá esta mala hierba de Demonlandia, que todavía crece sin que nadie la pise?

El rey no respondió palabra. Tan sólo su labio dejó al descubierto un brillo de dientes, como hace un tigre cuando le molestan mientras come.

Pero Prezmyra dijo con mucho valor:

—Señor, no os enfadéis conmigo. Creo que es deber de un criado fiel al que ha honrado su señor buscar nuevos servicios que hacerle. Y ¿dónde podría Córund prestaros mejores servicios que en occidente, más allá del mar, dirigiendo ahora mismo una armada para acabar con ellos, antes de que su poderío se recupere del golpe que les infligisteis en mayo pasado?

—Señora —dijo el rey—, es asunto mío. Cuando necesite vuestro consejo, os lo haré saber. Y ahora no lo necesito.

Y, poniéndose de pie como para dar por terminada la cuestión, dijo:

—Hoy quiero cazar un poco. He oído decir que tienes un halcón que se cienie^[227]

tan bien que sobrepasa al mejor de Corinius. El día está claro y tranquilo. ¿Quieres sacarlo hoy y mostrarnos cómo persigue una garza?

—Con gran placer, oh rey —respondió ella—. Pero os suplico que añadáis otro favor a todas vuestras bondades anteriores: que me oigáis una palabra más. Algo me hace creer que ya habéis decidido esta empresa, y, al interrumpirme, temo que vuestra majestad quiera decir que no será Córund el que la emprenda, sino otro.

El rey Gorice la contempló de pie, oscuro e inmóvil como su propia fortaleza oscura de cara a la mañana luminosa. La luz del sol que entraba a raudales por la ventana que daba al este iluminaba esplendores de color dorado rojizo en los pesados rizos del cabello de aquella dama, y se derramaba en lluvias deslumbrantes de los diamantes que tenía prendidos entre aquellos rizos. Al cabo de un tiempo, dijo:

—Imagina que soy un jardinero. No voy a pedir consejos a la mariposa. Que se alegre de que haya rosales para su disfrute; si faltan, le daré más en cuanto los pida, como yo te daré más bailes de máscaras, fiestas y todos los alegres placeres de Carcë. Pero la guerra y la política no son para las mujeres.

—Olvidáis, oh rey —dijo la señora Prezmyra—, que Córund me ha nombrado embajadora suya...

Pero, viendo caer una sombra sobre el semblante del rey, añadió a toda prisa:

—Pero no en todo, oh rey. Os seré clara como la luz del día. Recomendó vivamente la expedición, pero no se recomendó a sí mismo como jefe de la misma.

El rey la miró malévolamente.

—Me alegro de oírlo —dijo. Después, desarrugando el ceño, añadió—. Sabed por vuestro bien, señora, que ya está ordenado todo esto. Antes de que vuelvan a llegar las noches de invierno, Demonlandia será el escabel de mis pies. Escribe a tu señor, por lo tanto, que le otorgué su deseo antes de que lo pidiera.

A Prezmyra se le reflejó el triunfo en los ojos, qué bailaron.

—¡Oh día feliz! —exclamó—. ¿También el mío, oh rey?

—Si el tuyo es el mismo que el suyo —dijo el rey.

—Ah —dijo ella—, bien sabéis que el mío galopa más que el suyo.

—Entonces, doma el tuyo —dijo el rey—, para que aprenda a tirar del carro. ¿Por qué crees que envié a Córund a Duendelandia sino porque sabía que tenía excelente ingenio y valía para gobernar un gran reino? ¿Queráis que me portase como un niño caprichoso y le arrancase Duendelandia como si fuera una muestra de bordado a la mitad de la labor?

Después, despidiéndose de ella con mayor cortesía, le dijo:

—Entonces, espero verte, señora, a la tercera hora antes del mediodía. —Y golpeó un gong para llamar al capitán de su guardia—. Soldado —dijo—, acompaña a la reina de Duendelandia. Y di al duque Corsus que acuda a mí ahora mismo.

A la tercera hora antes del mediodía, el señor Gro se reunió con Prezmyra en la puerta del patio interior. Ella llevaba un vestido de cazadora de gasa^[228] verde oscuro, y una golilla estrecha bordeada de aljófares.

—¿Vienes con nosotros, mi señor? —dijo—. Mucho te lo agradezco. Ya sé que no te gusta la caza, pero necesito que me acompañes para librarme de Corinius. Esta mañana me está incomodando mucho con cortesías poco comunes; aunque no sé por qué ha dado en ello así, de pronto.

—Soy tu criado para esto —dijo el señor Gro—, como para cuestiones de mayor importancia. Pero creo que todavía tenemos tiempo. El rey no estará dispuesto hasta dentro de media hora. Lo dejé encerrado con Corsus, que se ocupa ahora de la armada contra los demonios. ¿Lo habías oído?

—¿Soy sorda acaso —dijo Prezmyra— para no haber oído una campana que resuena por toda Carcë?

—¡Lástima que velásemos anoche hasta tan tarde —dijo Gro—, y que nos levantásemos tan tarde esta mañana!

—Yo no hice tal —respondió Prezmyra—. Pero ahora lamento no haberlo hecho así.

—¿Cómo? ¿Viste al rey antes del consejo?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y te negó lo que le pedías?

—Con infinita paciencia —dijo ella—, pero irrevocablemente. Mi señor debe quedarse en Duendelandia hasta que esté bien domada. Y en verdad, cuando lo pienso, veo que no le falta razón.

—Señora —dijo Gro—, lo llevas con serenidad, propia de la nobleza y la cordura que había esperado de ti.

—Si se somete a Demonlandia, tengo lo principal de mi deseo —dijo ella riendo—. Pero no deja de maravillarme que el rey haya escogido para esta misión una cachiporra tan ruda cuando tiene a su disposición tantas buenas espadas. Mira, aquí están sus armas.

Desde la puerta que dominaba la cuesta empinada que bajaba hasta el río, contemplaban a los señores de Brujolandia, reunidos más allá de la puerta del puente, para cabalgar a la caza de cetrería. Prezmyra dijo:

—¿No es gran cosa vivir en Carcë, mi señor Gro? ¿No es muy gran cosa estar en Carcë, que domina toda la tierra^[229]?

Bajaron, y cruzaron el puente hasta llegar al camino de los reyes, para reunirse con ellos en el claro abierto de la orilla derecha del Druima. Prezmyra dijo a Laxus, que cabalgaba en un caballo castrado negro lleno de pelos plateados:

—Veo que hoy has traído tus azores^[230], mi señor.

—Sí, señora —dijo él—. No hay halcón más fuerte que ellos. Y están muy

feroces y malhumorados, y debo mantenerlos separados para que no maten a las demás aves.

Sriva, que estaba al lado, extendió una mano para acariciarlos.

—En verdad que quiero bien a tus azores —dijo—. Son fuertes y majestuosos como reyes. En verdad que hoy no me digno mirar a nadie que sea menos que rey —añadió, riendo.

—Entonces, puedes mirarme —dijo Laxus—, aunque no me ciño la corona cuando salgo al campo.

—Sólo por eso, no te miraré —dijo ella.

—¿No alabarás tú mis azores, oh reina? —dijo Laxus a Prezmyra.

—Los alabo con circunspección —respondió ella—. Pues creo que se amoldan más a tu carácter que al mío. Son buenos azores para volar hacia los arbustos, mi señor. Yo prefiero remontarme bien alto.

Su hijastro Heming, de ceño oscuro y de mirada torva, se rió para sí, sabiendo que ella se burlaba y pensaba en Demonlandia. Mientras tanto, Corinius, montado en un gran caballo blanco como la plata, con las orejas, las crines y la cola negras, y con las cuatro patas negras como el carbón, se acercó a la señora Sriva y habló con ella aparte, diciéndole en secreto de manera que sólo ella pudo oírle:

—La próxima vez no lo harás así, sino que te tendré donde y cuando quiera. Podrás engañar al diablo con tu perfidia, pero no a mí por segunda vez, raposa falsa y mentirosa.

—Hombre brutal —respondió ella en voz baja—, yo cumplí mi juramento a la letra, y te dejé abierta mi puerta anoche. Si esperabas encontrarme detrás de ella, eso era más de lo que prometí. Y has de saber que por esto voy a buscar a uno más grande que tú, y más a mi gusto: a uno que no sea capaz de besar en los labios a todas las mozas de la cocina. Conozco tu condición, mi señor, y tus costumbres.

Él enrojeció vivamente.

—Si ésa fuera mi costumbre, la enmendaría ahora mismo. Pues tú eres un cachorro de su misma camada, y me repugnarían tanto como me repugnas tú ahora.

—¡Vaya! —dijo ella—. ¡Has hablado con mucho ingenio, a fe mía! Como un vulgar mozo de cuadra, que es lo que eres.

Corinius espoleó su caballo y lo hizo saltar, luego, gritó a Prezmyra:

—Señora incomparable, te mostraré mi caballo nuevo: las vueltas, los saltos y el porte con que hace el galope gallardo^[231].

Y, trotando hasta ella, hizo que el caballo diera una vuelta apoyado sobre un casco, y se alejó al paso, luego al trote, y, después de algunas vueltas dobles, volvió al galope hasta quedar parado junto a Prezmyra.

—Es muy bonito, mi señor —dijo ella—. Pero no quisiera ser tu caballo.

—¿Cómo así, señora? —exclamó él—. ¿Por qué razón?

—Aunque yo fuera de la condición más templada, más gentil y más fuerte del mundo —dijo ella—, tan vivo como el jengibre, muy veloz en las corvetas y cabriolas^[232], temo que se me acabarían cayendo las crines de cansancio de tanto como me clavarías las espuelas.

Y, dicho esto, la señora Sriva se echó a reír.

Entonces llegó el rey Gorice con sus cetreros^[233] y halconeros, y sus monteros, con galgos y podencos, y grandes alanos en una trailla. Cabalgaba en una yegua negra con ojos rojos como el fuego, tan alta que un hombre alto apenas le llegaba a la cruz con la cabeza. Llevaba en la diestra un guante de cuero, sobre el que iba posada un águila, con caperuza y quieta, aferrándose con las garras. Dijo:

—Estamos todos. Corsus no viene con nosotros: lo destino para caza de más alto vuelo. Sus hijos le esperan, sin perder una hora en los preparativos para este viaje. Los demás, disfrutemos de la caza.

Y ellos alabaron al rey y cabalgaron con él hacia el este. La señora Sriva susurró al oído de Corinius:

—Mi señor, los encantamientos mandan en Carcë, y deben ser ellos los que hacen que nadie me pueda ver ni tocar entre la medianoche y el canto del gallo si no es rey de Demonlandia.

Pero Corinius hizo como si no la hubiera oído, y se volvió hacia la señora Prezmyra, que a su vez se dirigió hacia Gro. Sriva rió. Parecía alegre de corazón aquel día, animosa como el pequeño neblí^[234] que tenía posado en el puño, y deseosa de hablar con el rey Gorice a cada momento. Pero el rey no le hacía el menor caso, y no le dirigía ni una mirada, ni una palabra.

Así cabalgaron durante un rato, charlando y bromeando, hacia la frontera con Trasgolandia, levantando garzas por el camino; y nadie las cazaba mejor que los halcones de Prezmyra, que salían tras ellas desde su puño a muchos centenares de pasos de distancia al levantarse la presa, y ascendían con ella hasta las nubes trazando espirales, círculo tras círculo, subiendo y subiendo hasta que la garza no era más que un punto en lo más alto del cielo, y sus dos halcones eran dos puntos menores a su lado.

Pero, cuando llegaron al terreno más alto, con matorrales y bosque bajo, entonces el rey despidió a su águila del puño con un silbido. Echó a volar como si jamás fuera a volver la cabeza, pero volvió a él al oír su grito; después esperaba, cerniéndose en las alturas sobre su cabeza, hasta que los perros hacían salir a un lobo de la maleza. Caía sobre él tan rauda como una centella, y el rey desmontaba y la ayudaba con su cuchillo de monte; y así tres y cuatro veces, hasta que mataron cuatro lobos. Y aquélla era la caza más grandiosa.

El rey hizo muchas fiestas a su águila, le dio a devorar el bofe y el hígado del último lobo. Y se la entregó a su halconero, y dijo:

—Cabalgemos ahora hasta las llanuras de Armany, pues quiero hacer volar mi águila montesina^[235], que fue capturada en marzo pasado en las colinas de Largos. Me ha costado muchas noches de reposo hacerla velar y acostumbrarla al hombre, y enseñarla a conocer mi llamada y a ser obediente. Ahora la lanzaré sobre el gran jabalí negro de Largos, que lleva dos años afligiendo a los granjeros de esas partes y llenándolos de muerte y desolación. Veremos una buena caza, si es que no es demasiado huidiza y silvestre.

Y el halconero del rey trajo el águila montesina, y el rey la tomó en el puño. Era un águila negra, de pico rojo y de aspecto glorioso. Sus pihuelas eran de cuero rojo, con arillos de plata en los que iba grabado, en pequeño, el cangrejo de Brujolandia. Su caperuza^[236] era de cuero rojo con borlas de plata. Primero se revolvió en el puño del rey, chillando y aleteando, pero pronto se tranquilizó. Y el rey cabalgó, enviando por delante a sus grandes alanos berrendos para que ojeasen el jabalí; y toda su compañía le seguía.

Encontraron en poco rato al jabalí, que se volvió con ojos rojos y furioso sobre los alanos del rey, y cayó sobre ellos desgarrando al primero de tal manera que se le salieron las tripas. El rey descaperuzó a su águila y la hizo volar desde su puño. Pero ella, silvestre y brutal, no cayó sobre el jabalí, sino sobre un alano al que le había hecho presa en la oreja. Clavó sus crueles garras en el cuello del perro y le sacó los ojos en menos tiempo del que se tardaría en maldecirla dos veces.

—Oh, no me gusta esto. Es de mal agüero —dijo Gro, que estaba junto al rey.

Pero el rey ya había cabalgado hasta el jabalí, y lo atravesó con su lanza, hiriéndolo sobre el brazuelo y un poco hacia atrás, de modo que la lanza atravesó el corazón, y cayó muerto entre su sangre. Después, lleno de ira, golpeó a su águila con el cuento de su lanza; pero la golpeó suavemente y de refilón, y ella salió volando y se perdió de vista. Y el rey, a pesar de que había matado al jabalí, estaba irritado por la pérdida de su alano y por la de su águila, y por la mala conducta de ésta. Mandó a sus monteros que desollaran el jabalí y llevarsen la piel como trofeo, y se volvió hacia el palacio.

Al cabo de un rato, el rey llamó a su lado al señor Gro para que cabalgase con él, por delante de los demás y donde no podían oírlos. El rey le dijo:

—Tienes aspecto de descontento. ¿Es porque no envío a Córund a Demonlandia para que remate la labor que empezó en Eshgrar Ogo? Además, no sé qué farfullas de agüeros.

—Rey y señor mío —respondió Gro—, perdonad mis temores. Pues con los agüeros suele suceder lo que dice el refrán: «Dice la campana lo que cree el necio». Hablé atolondrado. Pues ¿quién puede cambiar el rumbo fijo del destino? Pero, ya que pronunciáis el nombre de Córund...

—Lo he pronunciado —dijo el rey— porque todavía me zumban los oídos con

charlas femeninas. Las cuales no dudo que tú también conoces.

—Sólo en la medida en que creo esto —respondió él—. Es el mejor, oh rey.

—Puede que sea así —dijo el rey—. Pero ¿quieres que contenga el golpe en el aire mientras la ocasión llama a la puerta? Te diré una cosa: soy poderoso en las artes mágicas, pero no soy capaz de detener las alas del tiempo mientras traigo a Córund de Duendelandia y lo envío a occidente.

Gro calló.

—Y bien —dijo el rey—, quiero oírte decir más.

—Señor —respondió él—, no me gusta Corsus.

El rey hizo una mueca. Gro volvió a callar un rato, pero, viendo que el rey quería oír más, dijo:

—Ya que es la voluntad de vuestra majestad pedir mi consejo, hablaré. Sabéis, señor, que Corinius es el menos amigo mío entre todos los hombres de Carcë; y, si le apoyo, tendréis poca ocasión de creer que me mueve el interés. A mi juicio claro, si se prescinde de Córund para este viaje (como es de razón, lo admito plenamente, pues debe permanecer en Duendelandia; tanto para recoger allí la cosecha de sus victorias como para cerrar el paso a Juss y a Brándoch Dahá si volvieran del Moruna por algún azar, y, además, la ocasión exige actuar con presteza, como dijisteis muy justamente, oh rey); si se prescinde de él, no tenéis a otro mejor que a Corinius. Un soldado completo, un capitán experimentado, joven, fiero y decidido, y que, cuando se pone de pie, no se vuelve a sentar hasta haber hecho su voluntad. Enviadlo a Demonlandia.

—No —dijo el rey—. No enviaré a Corinius. ¿No has visto halcones que están en la plenitud y en la flor de su belleza y de su valentía, pero que deben ser domados antes de hacerlos volar sobre la presa? Tal es él, y lo domaré con dureza y con aspereza hasta que esté seguro de él. Además, el año pasado, cuando por su borrachera traicionó mis órdenes y trastocó todos nuestros planes, me hizo romper con Trasgolandia y perder a mis prisioneros, le dije y le juré que Córund, Corsus y Laxus serían preferidos y ascendidos antes de que él, por sus servicios callados, se volviese a ganar mi voluntad.

—Entonces, dad la gloria a Corsus, y a Corinius el trabajo duro, para irlo domando. Enviadlo como asistente de Corsus, y así se cumplirá mejor vuestra misión, oh rey.

Pero el rey dijo:

—No. Eres un necio si crees que lo aceptaría, que, estando en desgracia, no podría humillarse sin parecer más alto que antes. Y desde luego que no se lo pediré, para darle la gloria de rehusar.

—Rey y señor mío —dijo Gro—, cuando te dije que no me gustaba Corsus, pusisteis mal gesto. Pero no lo dije por simpleza, sino porque creo verdaderamente que será mal paño: se encogerá al mojarse y no saldrá airoso de la prueba.

—¡Por la perdición de Satanás! —dijo el rey—, ¿qué locuras son éstas? ¿Te has olvidado de los ghouls, hace doce años?, verdad es que tú no estuviste presente. Y aun así, ¿qué importa? Pues ha dado la vuelta al mundo la fama de su gran arremetida, en la que Brujolandia sufrió el mayor peligro de su historia, y el mérito de nuestra liberación fue sobre todo de Corsus. Y después de aquello, cinco años más tarde, cuando defendió a Harquem de Goldry Bluszco, y le obligó por último a levantar el sitio y a volver a su casa con gran ignominia; y, si no fuera por ello, todo el infantado^[237] de la costa de Sibrion sería de los demonios, y no nuestro.

Gro bajó la cabeza, sin tener nada que responder. El rey quedó un rato en silencio, y luego enseñó los dientes.

—Cuando quiero quemar la casa de mi enemigo —dijo—, elijo una buena tea, bastante cargada de pez y de resina, que chisporrotee bien en el fuego y los abraze. Así es Corsus, desde que viajó a Goblinlandia hace diez años, en aquel viaje malhadado que yo jamás habría consentido si hubiera sido rey por entonces; cuando Brándoch Dahá lo hizo prisionero en la batalla de Lormeron y lo trató con gran desprecio: lo desnudó, lo rasuró por un lado hasta dejarlo liso como una pelota de tenis, lo pintó de amarillo y lo mandó a su casa de Brujolandia, donde llegó con gran vergüenza. Que me trague el infierno si no creo que pondrá toda su alma en esta empresa. Creo que verás grandes hechos en Demonlandia cuando llegue allí.

Gro seguía callado, y el rey dijo al cabo de un rato:

—Creo que te he dado bastantes razones por las que envío a Corsus a Demonlandia. Existe aún otra, que es una nonada^[238] por sí misma, pero que hace peso en la balanza con las demás si te ha ce falta. He encomendado grandes tareas a mis otros criados, y les he dado grandes recompensas: Duendelandia a Córund con su corona real; lo mismo a Laxus en Trasgolandia; a ti, espero darte lo mismo en Goblinlandia. Pero este viejo perro de caza mío sigue sentado en su perrera sin siquiera un hueso que roer con sus dientes. Eso no está bien, y tampoco seguirá así, pues no hay razón para ello.

—Señor —dijo Gro—, me habéis vencido con todos vuestros argumentos y vuestros sabios acuerdos. Pero mi corazón duda. Queréis cabalgar hasta Galing. Para ello, habéis tomado un caballo que no tiene una estrella en la frente. Veo que, en vez de ella, tiene una nube en el rostro; y éstos suelen resultar furiosos, resabiados, llenos de mala intención y de mala ventura.

Ya bajaban por el camino de los reyes. Ante ellos, al oeste, se extendían las marismas, con la gran masa de Carcë a ocho o diez millas de distancia como accidente principal, y, más allá, las torres de Tenemos, que sobresalían del horizonte llano. Después de un largo silencio, el rey miró a Gro. Su semblante delgado y anguloso se perfilaba oscuramente sobre el cielo, temible y orgulloso.

—También tú irás en este viaje a Demonlandia —dijo—. Laxus mandará mientras

estéis a flote, pues el agua es su elemento. Gallandus será asistente de Corsus, y tú estarás con ellos en sus consejos. Pero el mando es de Corsus, tal como he ordenado. No voy a recortar su autoridad; no, ni en un pelo. Ya qué Juss nos invita a jugar, jugaré del lado de Corsus. Si pierdo con él, que se pudra en el infierno por fullero. Pero no voy a aventurarlo todo en una tirada. Tengo en la faltriquera un dado cargado que me hará ganar el resto al final, por mucho que los demonios hagan fullas contra mí.

Así terminó la montería aquel día. Y aquel día, y el siguiente, y durante casi un mes, el duque Corsus se afaná por todo el país preparando su gran armada. Y, el día quince de julio, la flota estaba armada y despalmada en el cruce de Tenemos, y aquel gran ejército de cinco mil hombres de armas, con caballos y todo tipo de armas de guerra, bajó hasta el mar desde su campamento, que estaba delante de Carcë.

Iba en cabeza Laxus con su guardia de hombres de la mar, él llevando la corona de Trasgolandia y ellos aclamándolo ruidosamente por rey, y a Gorice de Brujolandia como señor suyo. Parecía hombre valeroso, de aspecto presto y duro, bien armado, de semblante abierto y ojos brillantes de marino, y con el cabello y la barba castaños y crespos. Después marchaba el ejército principal de a pie, con armas pesadas: hacha, lanza y la espada corta propia de Brujolandia; hombres libres y granjeros de las tierras bajas próximas a Carcë, de los viñedos del sur o del territorio de colinas próximo a Trasgolandia: tipos fornidos y bravucones, rudos como osos, resistentes como bueyes, ágiles como simios; cuatro mil luchadores escogidos por Corsus por todo el país como los mejores para su gran conquista. Los hijos de Corsus, Dekalajus y Gorius, cabalgaban ante ellos con veinte gaiteros que tocaban un aire marcial. Las pisadas de aquel gran ejército sobre el camino empedrado eran como las pisadas del destino que llegaba de oriente. El rey Gorice, sentado en sitial de honor en el adarve, sobre las compuertas, olisqueaba abriendo las narices como un león que huele la sangre. Era a primera hora de la mañana, y soplaban el viento del sur, y los grandes estandartes, azules, verdes, púrpuras y dorados, ondeaban al sol, cada uno de ellos rematado por un cangrejo de hierro.

Después pasaron cuatro o cinco compañías de a caballo, más de cuatrocientos en total, con armaduras de bronce y sables y lanzas relucientes; y, por último, el mismo Corsus, con su legión selecta de quinientos veteranos que guardarían la retaguardia, fieros soldados de las tierras de la costa que le habían seguido en días pasados al mar de oriente y a Goblinlandia, y que habían estado a su lado en aquellos días grandes cuando venció a los ghouls en Brujolandia. A la izquierda y a la derecha de Corsus, un poco por detrás suyo, cabalgaban Gro y Gallandus. Gallandus tenía la tez rojiza; el porte alegre y agradable; era membrudo y tenía los bigotes largos y castaños, y los ojos grandes y amables, como los de un perro.

Prezmyra estaba de pie junto al rey, y con ella las señoras Zenambria y Sriva, viendo cómo marchaba hacia el mar la larga columna. Heming, hijo de Córund, estaba apoyado en las almenas. Tras él estaba Córund, con una mueca burlona en los labios, los brazos cruzados, vestido con grandes galas de fiesta, la frente ceñida por una corona de belladama^[239], y llevando en su ancho pecho la insignia de oro de capitán general del rey en Carcë.

Cuando Corsus cabalgó bajo ellos, puso en la punta de su espada su gran yelmo de bronce con penacho de plumas de avestruz teñidas de verde y lo alzó muy alto sobre su cabeza en homenaje al rey. Los mechones grises y ralos de su cabello se alzaron con la brisa, y en su rostro pesado ardía el orgullo como una puesta de sol de noviembre. Montaba un caballo bayo oscuro, cuyos cascos resonaban pesadamente como cargados del cuerpo pesado de su jinete y del gran peso de su equipo y de sus arneses de batalla. Sus veteranos, que marchaban tras él, alzaron sus yelmos sobre las lanzas, las espadas y las alabardas^[240], cantando su antigua canción de marcha al ritmo de sus pies cubiertos de malla de hierro, mientras marchaban por el camino de los reyes:

Cuando Corsus vivía en Tenemos
junto al mar en Tenemos,
Tra lara la,
Los ghouls bajaron a Tenemos;
Quemaron su casa en Tenemos,
Dan dara dan dey.


Pero Corsus trinchó a los ghouls
La carne más dura
Que comieron jamás,
Se hizo ligas con sus tripas,
Cuando volvió a su casa de Tenemos,
Y regresó de nuevo a Tenemos,
A la ronda, ronda^[241].

El rey alzó su cetro devolviendo a Corsus su saludo, y toda Carcë gritó desde los muros.

Así cabalgó el señor Corsus hasta los navíos con su gran ejército, que había de llevar el mal y el dolor a Demonlandia.

LA MUERTE DE GALLANDUS A MANOS DE CORSUS

De cómo fueron las guerras del rey Gorice XII en Demonlandia;
donde se ve cómo en un viejo guerrero puede imponerse
la tozudez y la prepotencia sobre el buen consejo de general,
y cómo el enfado de un gran rey sólo dura mientras conviene a su política.

o sucedió nada digno de mención desde que zarpó de Tenemos la flota hasta que casi hubo acabado el mes de agosto. Por entonces, llegó un barco de Brujolandia que venía de occidente y subió el río hasta Carcë y atracó junto a las compuertas. Su patrón saltó a tierra de inmediato y subió al palacio real de Carcë y al nuevo salón de banquetes, donde el rey Gorice XII estaba comiendo y bebiendo con los suyos. Y el patrón puso unas cartas en la propia mano del rey.

Había caído la noche, y todas las luces brillantes estaban encendidas en el salón. El festín había concluido en sus tres cuartas partes, y los esclavos escanciaban, al rey y a los que se sentaban con él a la mesa, los vinos oscuros que rematan los banquetes. Y ante los comensales pusieron dulces de maravillosa belleza: toros, cerdos y grifos, y otros animales, hechos todos de alfeñique, con vinos y espitas en sus vientres para que todos pudieran probarlos; cada uno tenía su tenedor de plata. Aquella noche reinaba la alegría y el placer en el gran salón de Carcë, pero entonces quedaron todos en silencio estudiando el semblante del rey mientras leía sus cartas. Nadie era capaz de leer el semblante del rey, que era tan inescrutable como los muros altos y ciegos de Carcë que contemplaban las marismas. Así, en aquel silencio expectante, sentado en su alto sitial, leyó sus cartas, que eran de Corsus y del tenor siguiente:

Rey glorioso y muy alto príncipe y señor Gorice XII de Brujolandia y de Demonlandia y de todos los reinos que el sol ilumina con sus rayos. Vuestro siervo Corsus se postra ante vuestra grandeza, tendido sobre la faz de la tierra. Los dioses os concedan, muy noble señor, salud y seguridad, y os guarden muchos años. Después de que recibiera mi despacho y las órdenes de vuestra majestad, por las que vuestra majestad fue servido darme y otorgarme el cargo de comandante en jefe de todas las fuerzas de guerra que proveísteis y enviasteis a Demonlandia, en servicio de vuestra majestad llevé con diligencia a mi ejército y a todas sus armas, municiones, vituallas y otras provisiones hacia las partes de la costa de Demonlandia que dan a los mares orientales. Allí, con XXVII navíos y la mayor parte de mi gente, subiendo por la ría de Micklefirth, encontramos X o XII navíos de demonios que navegaban, comandados por Volle, ante el puerto de Lookinghaven, y acabamos hundiendo todos los navíos del dicho Volle sin excepción, y matamos a los más de los que iban con él y a sus tripulaciones.

Y hágoos saber, oh rey y señor mío, que, antes de bajar a tierra, dividí a mi ejército en II tropas y mandé a Gallandus con XIII navíos hacia el norte para que tomara tierra con XV centenares de hombres en Eccanois, con órdenes de que desde allí subiera hasta las colinas a través de Celyaland y así ganase el paso llamado Stile, que nadie puede tomar por el oeste; pues es un lugar fuerte que un hombre puede

defender a placer contra grandes números si no es un asno.

Habiéndome librado así de Volle, y con esperanzas y noticias secretas de que la que había hundido y destruido era toda su armada, y en verdad que fue cosa de poco y un ligero trabajo, tan pocos fueron los que se me opusieron, tomé tierra en el lugar llamado Grunda, en la orilla norte de la ría, donde caen al mar las aguas del Breakingdale. Allí establecí mis reales, con el agua salada a mi espalda, cubriéndome la retaguardia, y reuní provisiones y saqueé y maté y envié jinetes a la descubierta. Y al cuarto día tuve noticias de una gran fuerza y ejército que se dirigía hacia mí desde el sur, procedente de Owlswick, para atacarme en Grunda. Y luché contra ellos y los hice retirarse, y eran IV o V millares de soldados. Y al día siguiente, siguiéndolos hacia Owlswick, me enfrenté con ellos en una llanura llamada Crosby Outsikes, donde se habían hecho fuertes para defender los vados y los pasos del río Ethrey. Aquí acaeció una enorme y sangrienta batalla, en la que vuestro criado venció y derrotó con gran destreza a aquellos demonios, haciendo en ellos una mortandad tan cruel y sangrienta como no se han visto una ni dos en la memoria de los hombres, y os digo con alegría que Vizz, su jefe y capitán, murió de las heridas que recibió en la batalla de Crosby.

Así, tengo ahora en la mano, por esta victoria, la conquista y la posesión de toda esta tierra de Demonlandia, y me propongo ahora ocuparme de sus castillos, pueblos, riquezas, ganados, caballos y gentes que encuentre en mi camino por toda esta costa oriental hasta L millas a la redonda, con ultrajes, muertes, incendios y todo tipo de castigos severos como lo manda vuestra majestad. Y ahora estoy con mi ejército ante Owlswick, el castillo grande y notable del sanguinario Spitfire, única fortaleza de vuestros enemigos peligrosos, malvados y maliciosos que persiste en esta tierra, y, habiendo huido a las montañas el propio Spitfire ante mi llegada, todos se rinden y se dan por vasallos de vuestra majestad. Pero no concluiré ni trataré las paces con hombre, mujer o niño de ellos, sino que los mataré a todos, pues siempre tengo presente la satisfacción de vuestra real voluntad.

Por no ser prolijo, dejo de referiros muchos sucesos y observaciones raras y notables, que tengo intención de haceros saber al volver a casa o en nuevas cartas. Laxos, que ostenta título de rey, se hincha afirmando que fue él quien ganó el combate naval, pero yo probaré a vuestra majestad lo contrario. Gro sigue la guerra tan bien como lo permite su cuerpo flaco y enjuto. Debo decir de Gallandus que interfiere mucho en mis consejos, siempre diciéndome que debo hacer tal cosa o tal otra. Se ha comportado hasta ahora de esa manera poco respetuosa, y yo lo he consentido hasta ahora, pero no lo consentiré más. Y, si pasa a calumniarme en algo, os ruego, señor, que me lo hagáis saber, aunque lo desprecio a él y a todos los que son como él. Y, en reconocimiento de los altos favores de vuestra majestad para conmigo, beso la mano de vuestra majestad.

Al rey mi señor, con toda humildad y reverencia, sellada con mi sello.

CORSUS

El rey se guardó en el seno el documento.

—Traedme la copa de Corsus —dijo.

Le obedecieron, y el rey dijo:

—Llenadla con vino thramniano. Dejad caer en él una esmeralda, para dar buena suerte a la copa, y bebed por su fortuna y su sabiduría en la victoria.

Prezmyra, que había observado al rey como una madre observa a su hijo durante una crisis febril, se alzó radiante ante su asiento, gritando: «¡Victoria!». Y todos se pusieron a gritar y a golpear las mesas, hasta que temblaron las vigas del techo con sus grandes gritos, mientras el rey bebía el primero y hacía pasar la copa para que todos bebieran en ella por turnos.

Pero el rey Gorice estaba sentado entre ellos oscuro como un acantilado de serpentina^[242] que frunce el ceño sobre las ondas saltarinas de un mar de verano durante una marea viva.

Cuando las mujeres salieron del salón de banquetes, la señora Prezmyra dijo:

—Tenéis el ceño muy oscuro, señor, si es que todas las nuevas que iluminan por dentro vuestro corazón y vuestra mente son buenas.

El rey respondió y dijo:

—Señora, son muy buenas nuevas. Pero recuerda que es difícil alzar una copa llena sin derramarla.

Terminó el verano y se recogió la cosecha, y veintisiete días después de las nuevas dichas llegó a Brujolandia otro barco que venía de occidente, navegando sobre el vinoso mar, y con la marea alta subió por el Druima y atravesó las marismas Ergaspianas, y arrojó el ancla bajo Carcë una hora antes de la cena. Era un atardecer tranquilo, despejado y soleado, y el rey Gorice cabalgaba hacia el palacio, de vuelta de la caza, en el instante en que el barco echaba las amarras junto a la compuerta. Y venía en él el señor Gro; y, cuando salió del barco y se llegó a saludar al rey, tenía el rostro del color de la cal viva cuando la están apagando^[243].

El rey lo miró estrechamente, y luego le saludó afectando gran despreocupación y agrado, y le hizo subir con él a los aposentos privados del rey. Allí, el rey hizo beber a Gro un gran vaso de vino, y le dijo:

—Estoy sucio del sudor de la caza. Ven conmigo a mis baños y cuéntamelo todo mientras me baño antes de la cena. Los príncipes somos los hombres que estamos en mayor peligro, pues nuestros hombres no osan revelarnos los peligros. Tienes un aspecto pésimo. Has de saber que, aunque me anuncies que toda mi armada y mi ejército han sido destruidos en Demonlandia, no me quitarás el apetito para el banquete de esta noche. Brujolandia no es tan pobre que yo no pueda cubrir esa pérdida tres y cuatro veces y quedarme con dinero en la bolsa.

Diciendo esto, el rey entró con Gro en su gran cámara de baños, con paredes y suelo de serpentina verde, y con delfines tallados de la misma piedra, de los que manaba agua que caía en los baños, revestidos de mármol blanco y hundidos en el suelo, anchos y profundos; el de agua caliente a la izquierda, y el baño frío, mucho mayor, a la derecha, según se entraba en la cámara. El rey despidió a todos sus criados y mandó a Gro que se sentase en un banco lleno de almohadones sobre el baño caliente, y que bebiese más vino. Y el rey se despojó de su coleteo de cuero de vaca negro, de sus calzas y de su camisa de lana beshtriana blanca, y bajó al baño humeante. Gro contempló maravillado los miembros poderosos del rey Gorice, de aspecto tan delgado pero tan fuerte a la vez, como si estuviera hecho todo de hierro; y era una gran maravilla ver cómo el rey, cuando se había desnudado de todo su atuendo y de sus atributos reales y bajaba desnudo al baño, parecía como si no se hubiese despojado ni de un ápice de su realeza ni de su majestad, ni del temor que

inspiraba.

Se sumergió un rato en las aguas turbulentas del baño; se enjabonó de la cabeza a los pies, y volvió a sumergirse; después, tumbado cómodamente en el agua, dijo a Gro:

—Háblame de Corsus y de sus hijos, y de Laxus y Gallandus, y de todos mis hombres que están en occidente, más allá del mar, como si hablastes de aquéllos cuya vida o cuya muerte nos importasen tan poco como la de un escarabajo pelotero^[244]. Habla y no temas; no me ocultes nada y no me disimules nada. Sólo debes temerme si quieres engañarme.

Gro habló y dijo:

—Rey y señor mío, creo que tenéis cartas de Corsus que os refieren cómo llegamos a Demonlandia, y cómo vencimos a Volle en la batalla naval, y luchamos dos batallas contra Vizz y al final le vencimos y él murió.

—¿Viste tú esas cartas? —preguntó el rey.

—Sí —respondió Gro.

—¿Y me cuentan la verdad?

—En lo principal, sí, oh rey —respondió Gro—, aunque algunas veces adorna la verdad a su favor, hinchando demasiado sus propios logros. Como en Grunda, donde exagera el tamaño del ejército de los demonios, que, según un cálculo ajustado, eran menos que nosotros; y la victoria no fue ni nuestra ni suya, pues si bien nuestra ala izquierda los contuvo junto al mar, llegaron a entrar en nuestros reales por la derecha. Y creo firmemente que si Vizz se retiró hacia Owlswick por la noche, fue más bien con el propósito de hacer que nos adentrásemos en un terreno más adecuado para sus planes. Pero, en lo que se refiere a la batalla de Crosby Outsikes, Corsus no fanfarronea demasiado. La planeó y la combatió admirablemente; mató a Vizz con sus propias manos en lo más reñido del combate, logró una gran victoria sobre ellos y dispersó todas sus fuerzas, pues cayó sobre ellos por sorpresa y los tomó con ventaja.

Dicho esto, Gro extendió sus dedos blancos y delicados hacia la copa que tenía al lado y bebió.

—Y ahora, oh rey —dijo, inclinándose hacia delante sobre sus rodillas y pasándose los dedos por los rizos blancos y perfumados que le caían sobre las orejas —, tendré que hablaros del surgimiento de descontentos que infestaron toda nuestra fortuna y nos hundieron a todos. Llegó Gallandus de Breakingdale con unos pocos hombres, habiendo dejado a su fuerza principal de catorce mil para defender el Stile, tal como se había acordado de antemano. Gallandus tenía noticias de que Spitfire había salido del país occidental, donde estaba cuando llegamos a Demonlandia, dedicado a la caza de los osos que viven allí, y que ahora se dirigía a marchas forzadas hacia el este reuniendo hombres en Galing. Y, ante la insistencia de Gallandus, se celebró un consejo de guerra tres días después de la batalla de Crosby

Outsikes, y en él Gallandus expuso su consejo de que debíamos dirigirnos hacia el norte, a Galing, para dispersarlos.

»A todos les pareció bien este acuerdo, salvo a Corsus. Pero éste lo llevó muy mal, ya que estaba empeñado en apurar su victoria de Crosby Outsikes a base de muertes, ultrajes e incendios por toda la región de Tivarandardale Superior e Inferior y por Onwardlithe y por la costa sur, para mostrar a aquella chusma que él era el señor que les hacía falta, y el látigo en vuestra mano, oh rey, que debía flagelarlos hasta dejarles los huesos al descubierto.

»Gallandus respondió a todo esto que los preparativos en Galing exigían que se hiciera algo y pronto, y que “bueno estaría que Owlswick y Drepaby nos obligasen a mirar por encima del hombro mientras los que tenemos por delante” (lo decía por Galing) “nos abren los sesos de un golpe”; Corsus respondió muy mal, diciendo: “No quedaré satisfecho de esta noticia hasta que no tenga pruebas más sólidas”. Y no quería escuchar, sino que decía que ésta era su opinión y que todos teníamos que seguirla o nos iría mal; que, una vez ganado este rincón suroriental de la tierra con gran terror y crueldad se doblegaría el espinazo a todas las guerras de Demonlandia, y a todos los demás, ya estuvieran en Galing o en otra parte, no les quedaba sino morir como perros; que era una locura atacar Galing, por la dureza y los malos pasos del país, y que pronto mostraría a Gallandus que él era allí el jefe. Y el consejo se levantó con gran descontento. Y Gallandus acampó ante Owlswick, que es un lugar muy fuerte, como sabéis, oh rey, pues está situado en un brazo de tierra que se adentra en el mar junto a la bahía, y llega a él un camino empedrado que queda cubierto por el mar, salvo en la bajamar cuando hay marea viva. Y allí hicimos acopio de muchas provisiones por si quedábamos sitiados. Pero Corsus, con el grueso de su fuerza, partió hacia el sur, matando y saqueando por toda la región hacia la casa nueva de Goldry Bluszco en Drepaby anunciando que desde entonces las gentes ya no hablarían más de Drepaby Mire, ni de Drepaby Combust, que quemaron los ghouls, pues ambas arderían como dos pavesas.

—Sí —dijo el rey, saliendo del baño—, y ¿las quemó tal como dijo?

—Eso hizo, oh rey —respondió Gro.

El rey alzó los brazos sobre la cabeza y se tiró de cabeza a la gran piscina de agua fría. Salió al cabo de poco rato, tomó una toalla para secarse y, sujetando un extremo de la misma en cada mano, se acercó a Gro y se quedó a su lado, frotándose la espalda con el vaivén de la toalla, y le dijo:

—Prosigue; cuéntame más.

—Señor —dijo Gro—, sucedió que los de Owlswick rindieron al fin la plaza a Gallandus, y que Corsus regresó de la quema de Drepaby Mire. Había reducido a la miseria más extrema a todos los habitantes de aquella parte de Demonlandia. Pero entonces descubrió a su pesar los frutos de su negligencia al no haber partido hacia el

norte, hacia Galing, como le había aconsejado Gallandus.

»Pues llegaron noticias de que Spitfire salía de Galing con dos mil doscientos de a pie y doscientos cincuenta de a caballo. Al recibir esta inteligencia, nos pusimos en buen orden de combate y salimos al norte a su encuentro, y en la última mañana de agosto nos encontramos con su ejército en un lugar llamado Rapes Brima, en la parte más abierta de Tivarandardale inferior. Estábamos alegres de corazón, pues teníamos doble ventaja: la numérica (pues éramos más de tres mil cuatrocientos guerreros, entre ellos cuatrocientos jinetes), y nuestra buena situación para el combate, pues estábamos sobre el borde de un pequeño valle, dominando a Spitfire y a su gente. Allí quedamos cierto tiempo, esperando a ver qué hacía él, hasta que Corsus se cansó de aquello y dijo: “Somos más que ellos. Voy a marchar al norte y luego al este, para cerrarles la retirada y que no vuelvan a escapar al norte, hacia Galing, después de la batalla, cuando los superemos”.

»Pero Gallandus se opuso fuertemente a esto, pidiéndole que esperase su ataque en aquel punto; pues, si esperábamos, ellos, que eran gentes montañosas, acabarían por decidir atacarnos subiendo la ladera, con gran ventaja para nosotros. Pero Corsus, que era más intratable cada día, no quiso hacerle caso, y por fin no dudó en acusarle ante todos (y muy falsamente) de querer alzarse con el mando, y de que había querido matar a Corsus y a sus hijos cuando se dirigían a sus aposentos la noche anterior.

»Y Corsus mandó marchar cruzando su frente como os lo dije, oh rey; y en verdad que fue un acuerdo digno de un loco. Pues Spitfire, cuando vio que nuestra columna cruzaba la cabecera del valle a su derecha, dio orden de atacar, nos tomó por el flanco, nos cortó en dos, y en dos horas aplastó nuestro ejército como se aplasta un huevo que se deja caer desde una atalaya sobre un suelo de duro granito. Jamás he visto tal destrucción caer sobre un gran ejército. Mal y a duras penas pudimos llegar a Owlswick, con sólo mil setecientos hombres, y varios centenares de ellos malheridos. Y, si cayeron doscientos del otro bando, será maravilla, y mucho más de lo creíble: tan grande fue la victoria de Spitfire sobre nosotros en Rapes Brima. Y nuestra desolación fue mayor cuando llegaron a nosotros fugitivos que venían del norte, y que contaban que Zigg había caído sobre la pequeña fuerza que había quedado para defender el Stile, y la había vencido totalmente. Así, quedamos encerrados en Owlswick y sitiados estrechamente por Spitfire y su ejército, que jamás hubieran logrado nada contra nosotros de no ser por la infernal necedad de Corsus.

»Mala noche fue aquélla, oh rey y señor mío, en Owlswick, junto al mar. Corsus estaba borracho, así como sus dos hijos, que tragaban vaso tras vaso del vino de las bodegas de Spitfire en Owlswick. Hasta que al fin cayó vomitando al suelo, entre las mesas, y Gallandus, que estaba de pie entre nosotros, herido en lo más vivo por aquel oprobio y ruina de nuestra suerte, exclamó: “Soldados de Brujolandia, estoy cansado de este Corsus: alborotador, libertino, borracho, pendenciero, desbaratador de

ejércitos, pero no los de los enemigos, sino los nuestros, que nos ha de llevar a todos al infierno si no tomamos medidas para evitarlo”. Y añadió: “Voy a volverme a Brujolandia, y no tendré más arte ni parte en este oprobio”. Pero todos gritaron: “¡Al diablo con Corsus! ¡Sé tú nuestro general!”.

Gro quedó callado un momento.

—Oh rey —dijo al fin—, si sucediere que, por la malicia de los dioses y por mi desventura, yo hubiera llegado a tener algo de culpa en lo que sucedió, no me culpéis demasiado. Poco creía yo que ninguna palabra mía pudiera ayudar a Corsus y a la ejecución de su mala obra. Cuando todos aclamaban a Gallandus, diciendo: «¡Ah, ah, Gallandus! ¡Arracad la cizaña; que prospere el buen grano! ¡Sé tú nuestro general!», él me llevó aparte para hablar conmigo; porque decía que quería aconsejarse conmigo antes de consentir en cuestión de tal importancia. Y yo, que veía el peligro mortal que suponían aquellos desórdenes, y consideraba que nuestra única salvación era que el mando estuviera en manos de un soldado cuyo corazón aspirase a altos logros y a nobles empresas, le insistí para que lo aceptase. De tal modo que él, aunque a disgusto, acabó por asentir. Y todos aplaudieron su decisión; y Corsus no opinó nada al respecto, pues estaba demasiado cargado de vino para hablar y para moverse, o así lo creímos.

»Con eso, nos acostamos aquella noche. Pero, por la mañana, oh rey, se oyó un gran clamor en el patio principal de Owlswick. Y yo, que salí corriendo en camisa entre la niebla gris de la aurora, vi a Corsus de pie en una galería ante los aposentos de Gallandus, situados en una cámara superior. Se hallaba desnudo hasta la cintura, y su pecho y brazos vellosos estaban manchados y cubiertos de sangre hasta los sobacos, y tenía en las manos dos dagas ensangrentadas. Gritó a grandes voces: «¡Traición en el real! Pero yo la he burlado^[245]. El que quiera tener a Gallandus por general, que suba, y yo mezclaré sus sangres y los haré deudos».

Para entonces, el rey se había puesto sus calzas de seda y una camisa limpia de seda, e iba a atarse el jubón negro bordeado de diamantes.

—Me refieres dos faltas que ha cometido Corsus —dijo—. La primera, que me perdió una batalla y casi la mitad de sus hombres, y la segunda, que mató a Gallandus por resentimiento, cuando éste quería arreglar la situación.

—Mató a Gallandus dormido —dijo Gro—, y lo envió de la sombra a la casa de la oscuridad.

—Bien —dijo el rey—, en cada mes hay dos días en los que cualquier cosa que se comienza jamás llega a concluirse. Y creo que fue en uno de esos días cuando ejecutó su plan contra Gallandus.

—Todo el real está sublevado contra él —dijo el señor Gro—, pues se sienten muy ofendidos por la muerte de un hombre de armas de tanta valía. Pero no osan atacarle directamente, pues sus veteranos defienden su persona, y ha abierto las tripas

a una docena o más de los que más murmuraban contra él, de modo que el resto teme rebelarse abiertamente. Os digo, oh rey, que vuestro ejército de Demonlandia corre gran riesgo y peligro. Spitfire está acampado ante Owlswick con muchas fuerzas, y no es de esperar que podamos resistir mucho tiempo sin recibir tropas de refuerzo. También existe el peligro de que Corsus, en su situación extrema, haga alguna locura. Aunque no creo posible que, con un ejército tan sublevado como el que tiene, se atreva a intentar nada. Pero tiene los oídos llenos del rumor continuo de la fama, y del desprecio general e ignominia que se ganará si no enmienda pronto su error de Rapes Brima. Se cree que los demonios no tienen navíos, y Laxus es dueño de la mar. Pero es difícil la comunicación entre la flota y Owlswick, y en Demonlandia hay muchas bahías y lugares a propósito para construir navíos. Si son capaces de impedir que socorramos a Corsus, y se enfrentan a Laxus con una armada en la primavera, caerá sobre nosotros una gran calamidad.

—¿Cómo pudiste salir? —dijo el rey.

—Oh rey —respondió el señor Gro—, después de este homicidio en Owlswick, yo temía cada día la ponzoña o el puñal, y, por mi propia salud y la de Brujolandia, intenté marcharme por todos los medios. Por fin, conseguí llegar en secreto hasta la flota, y allí tomé acuerdo con Laxus, que está muy airado con Corsus por esta mala obra suya, por la cual todas nuestras esperanzas pueden desvanecerse como humo, y me pidió que acudiese a vos, en su nombre y en el mío, y en el de todos los corazones fieles de Brujolandia que buscan vuestra grandeza, oh rey, y que no flaquean, para pedirlos que les enviéis socorro antes de que todo esté perdido. Pues, sin duda, Corsus ha sufrido una grave alteración que ha cambiado su antigua condición y ha derramado las buenas prendas que le conocisteis. Tiene la fortuna de cara, y ahora es tan desventurado como el hombre que se cayó de espaldas y se rompió la nariz. Os ruego que golpeéis, antes de que el destino dé el primer golpe y nos mande al punto ganador^[246].

—¡Basta! —dijo el rey—. No me levantes del suelo antes de que me caiga. Es hora de cenar. Ven conmigo al banquete.

Para entonces, ya se había puesto el rey Gorice todo su atavío de fiesta, con su jubón de gasa y terciopelo negro, recamado de diamantes; calzas de terciopelo negro entrecruzadas con bandas de seda tachonadas de plata, un gran manto de piel de oso y un pesado collar de oro. Llevaba puesta la corona de hierro. Al pasar por su cámara, tomó de la pared una espada de acero azul con el pomo hecho de una sanguinaria^[247] tallada en forma de calavera. Portándola desnuda en la mano, entraron en el salón de banquetes.

Los que allí estaban se pusieron de pie en silencio, mirando con expectación al rey, que estaba de pie entre las columnas de la puerta con la espada afilada en alto, y el cangrejo de Brujolandia reluciendo sobre su frente. Pero advirtieron sobre todo sus

ojos. La luz de los ojos del rey, bajo sus cejas como escarabajos, era como la luz del cielo del abismo que sale del pozo del infierno.

No dijo palabra, pero llamó a su lado a Corinius con un gesto. Corinius se acercó al rey lentamente, como un sonámbulo, obedeciendo a aquella mirada temible. Le caía de los hombros la capa de seda azul celeste. Su pecho, ancho como el de un toro, se hinchaba bajo las escamas relucientes de plata de su loriga, que era de mangas cortas y dejaba al descubierto sus fuertes brazos, con brazaletes de oro en las muñecas. Quedó de pie orgullosamente ante el rey, con la cabeza plantada firmemente sobre su cuello y su garganta poderosos; su boca, orgullosa y sensual, hecha para las copas de vino y para los labios de las damas, imperturbable sobre la barbilla y las mandíbulas rasuradas; los rizos espesos y hermosos de su cabello, ceñidos con brionia negra; la insolencia de sus ojos azules oscuros refrenada de momento ante la luz verde y siniestra que surgía y volvía a caer en la mirada firme del rey.

Quedaron así de pie, en silencio, durante el tiempo que tarda un hombre en respirar veinte veces; después habló el rey y dijo:

—Corinius, recibe el título del reino de Demonlandia que te entrega tu rey y señor, y ríndeme pleitesía por ello.

Un murmullo de admiración recorrió el salón. Corinius se arrodilló. El rey le entregó la espada que tenía en la mano, desnuda para matar, diciendo:

—Con esta espada, oh Corinius, limpiarás la mancha y la tacha que llevabas hasta ahora ante mí. Corsus ha resultado montesino^[248]. Lo ha hecho mal en Demonlandia. Su locura de borracho lo tiene encerrado en Owlswick y me ha hecho perder la mitad de sus fuerzas. Su envidia, que lo ha enfrentado maliciosa y sangrientamente contra mis amigos en vez de contra mis enemigos, me ha hecho perder un buen capitán. Si no resuelves el gran desorden y tribulación de su ejército, toda nuestra fortuna pasará de ser feliz a ser nefasta en un momento. Si lo haces bien, un buen golpe cambiará toda la partida. Ve, y lava tus faltas.

El señor Corinius se puso de pie, sosteniendo la espada con la punta hacia abajo. Tenía el rostro rojo como un cielo de otoño cuando un viento de poniente aparta de pronto las nubes plomizas y el sol se asoma entre ellas.

—Rey y señor mío —dijo—, dadme sitio para sentarme, y yo me ganaré sitio para tenderme. Zarparé de Tenemos antes de que vuelva a estar llena la luna. Si no os remedio en breve nuestras fortunas, que aquel necio ha procurado destruir, escupidme en la cara, oh rey; apartadme de la luz de vuestro semblante y enviadme conjuros que me destruyan y me pierdan para siempre.

EL ACANTILADO DE THREMNIK

Del asedio de los brujos por el señor Spitfire
en su propio castillo de Owlswick;
y de cómo combatió contra Corinius bajo el acantilado de Thremnik,
y los hombres de Brujolandia ganaron la batalla.



El señor Spitfire estaba sentado en su pabellón ante Owlswick, asaz descontento. Un brasero de carbón ardiente calentaba agradablemente el interior, y las luces llenaban de esplendor la rica tienda. Fuera se oía el ruido de la lluvia que caía regularmente en la noche oscura de otoño, salpicando en los charcos, tamborileando en el techo de seda. Zigg estaba sentado en la cama, junto a Spitfire, con el semblante de halcón oscurecido por un aire de preocupación poco común en él. Tenía la espada entre las rodillas, apoyada en el suelo por la punta. La impulsaba suavemente con una y otra mano, primero a la izquierda y luego a la derecha, contemplando con una mirada pensativa las variaciones de la cálida luz y del brillo del rubí de Balas^[249] que era el pomo de la espada.

—¿Sucedió de una forma tan desdichada? —decía Spitfire—. ¿Dices que los diez, en la playa de Rammerick?

Zigg asintió con la cabeza.

—¿Dónde estaba él para no salvarlos? —dijo Spitfire—. ¡Oh, qué mal lo hizo!

—Desembarcaron aprisa y en secreto, en la oscuridad, a una milla al este de la bahía —respondió Zigg—. No debes culparlo de que no los oyera.

—¿Qué nos queda? —dijo Spitfire—. Está bien: escucharé sus disculpas. Lo que más nos importa son los navíos que nos quedan. Tres en Northsands Eres, más abajo de Elmerstead; cinco en Throwater; dos en Lychness; dos más en Aurwath; seis en la ría de Stropardon, de los que me encargo yo; siete aquí, en la playa.

—Y otros cuatro en la cabecera de la ría en Westmark —dijo Zigg—. Y se han encargado más a las islas.

—Veintinueve —dijo Spitfire—, además de los de las islas. Y ni uno de ellos está a flote, ni puede estarlo antes de la primavera. Si Laxus los huele y los toma tan fácilmente como los que ha quemado ante las narices de Volle en la playa de Rammerick, la labor de construirlos es como arar en el desierto.

Se puso de pie y paseó por la tienda.

—Debes reclutarme nuevas tropas para tomar Owlswick. ¡Voto al cielo! —dijo—, me mortifica y me revuelve las tripas estar sentado ante mi propia puerta dos meses enteros, como si fuera un mendigo, mientras Corsus y los dos cachorros de sus hijos

se emborrachan allí dentro y se juegan mis tesoros a la taba.

—El maestro cantero puede apreciar la excelencia de su propia obra viendo el muro por fuera —dijo Zigg.

Spitfire se quedó de pie junto al brasero, extendiendo sus manos fuertes sobre el calor. Al cabo de un rato, habló más comedidamente.

—No es que los pocos barcos que han quemado al norte me deban preocupar; y en verdad que Laxus no tiene ni quinientos hombres como tripulación de toda su armada. Pero es el dueño de la mar, y, desde que se hizo a la mar con treinta velas desde Lookinghaven, espero que le lleguen refuerzos de Brujolandia. Eso es lo que me hace tascar el freno hasta que vuelva a ganar esta plaza; pues entonces podríamos al menos hacer frente a su desembarco con mayor libertad. Pero en esta época del año sería muy poco conveniente llevar a cabo un asedio sobre terreno bajo y húmedo, mientras el ejército enemigo está en una altura y a sus anchas. Por lo tanto, amigo mío, mi acuerdo es que cruces el Stile a toda prisa y me traigas hombres de refuerzo. Deja fuerzas para que custodien nuestros navíos en construcción, doquiera que estén, y una buena fuerza en Krothering y en sus alrededores; pues nadie dirá de mí que guardé mal a su señora hermana. Y asegura también tu propia casa. Pero, cuando hayas acudido a estas cosas, haz correr la flecha de la guerra^[250] y tráeme del oeste a mil quinientos o mil ochocientos hombres de armas. Pues creo que entre tú y yo, mandando tal fuerza de hombres de Demonlandia, podremos quebrar las puertas de Owlswick y sacar a Corsus de allí como se saca a un caracol de su concha.

—Me iré al abrir el día —le respondió Zigg.

Se levantó; tomaron sus armas y se embozaron en sus grandes mantos de campaña y salieron con portadores de antorchas para recorrer las líneas, según era costumbre de Spitfire todas las noches antes de retirarse a descansar, visitando a sus capitanes y estableciendo las guardias. No brillaba una sola estrella aquella noche. Las arenas húmedas reflejaban las luces del castillo de Owlswick, y llegaba del castillo el ruido de un banquete, que se oía por encima del rumor y del lamento del mar hosco e insomne.

Cuando hubieron atendido a todo y habían llegado casi hasta la tienda de Spitfire, y Zigg iba a darle las buenas noches, surgió de la sombra de la tienda un anciano que se acercó a ellos bajo el brillo de las antorchas. Parecía arrugado, encogido y encorvado, como si fuera extremadamente viejo. El cabello y la barba le colgaban en remolinos que goteaban agua de lluvia. No tenía dientes, y sus ojos eran como los de un pescado muerto. Asió el manto de Spitfire con la mano huesuda, y dijo con una voz como la del cuervo nocturno:

—Spitfire, guárdate del acantilado de Thremnir^[251].

—¿Qué es esto? —dijo Spitfire—. Y ¿cómo diablos ha entrado en mis reales?

Pero el viejo seguía sujetándolo del manto, y dijo:

—Spitfire, ¿no es ésta su casa de Owlswick? ¿Y no es la plaza más fuerte y más hermosa que vio hombre alguno en todo este país?

—Suéltame, basura —dijo Spitfire—, o te atravieso con mi espada y te envío al Tártaro infernal, donde no dudo que los diablos te esperan desde hace demasiado tiempo.

Pero el viejo volvió a decir:

—Las cabezas ardientes e inquietas caen pronto en la trampa. Spitfire, no sueltes lo que es tuyo y guárdate del acantilado de Thremnir.

Pero el señor Spitfire se disgustó mucho, y, como el viejo carcamal seguía sujetándolo del manto y no quería soltarlo, sacó la espada, con propósito de darle un golpe de plano en la cabeza. Pero, al dar el golpe, se levantó a su alrededor una ráfaga de viento, de tal modo que se apagaron las llamas de las antorchas. Y fue una cosa extraña, pues la noche estaba en calma y sin viento. Y, en la ráfaga, el viejo desapareció como una nube que pasa por la noche.

—La fuerza de las armas nada puede contra las tenues presencias de los espíritus —dijo Zigg.

—¡Bah! —dijo Spitfire—. ¿Era esto un espíritu? Más bien creo que sería una ilusión o un ensueño que nos han enviado los de Brujolandia con su astucia, para nublar nuestro buen juicio y hacernos vacilar.

Al amanecer, mientras el cielo todavía estaba rojo del sol naciente, el señor Zigg bajó a la orilla del mar para bañarse en las grandes piscinas naturales de las rocas que dan al sur al otro lado de la pequeña bahía de Owlswick. El aire salado estaba fresco tras la lluvia. El viento, que había rolado al oeste, soplaba a rachas frías e incisivas. El sol bajo ardía, de color rojo de sangre, en un claro entre las nubes de color azul pizarroso. A lo lejos, al sureste, donde las aguas de la ría de Micklefirth se abren a la mar, los acantilados bajos de Lookinghaven se cernían sombríos como un banco de nubes.

Zigg dejó en el suelo su espada y su lanza, y miró al sureste, hacia el otro lado de la ría; y he aquí que había un barco a toda vela, que rodeaba el promontorio navegando con rumbo norte, tomando el viento por babor. Y, cuando se hubo quitado la loriga, volvió a mirar; y he aquí que se veían dos barcos más que doblaban el promontorio y navegaban a todo trapo siguiendo la estela del primero. De modo que se volvió a poner la loriga y tomó sus armas, y para entonces ya se veían quince velas de dragones de guerra que navegaban en línea por la ría.

Se dirigió a toda prisa a la tienda de Spitfire, y lo encontró todavía en el lecho, pues el impetuoso Spitfire seguía arrullado en el dulce seno del sueño; tenía la cabeza echada hacia atrás sobre la almohada bordada, mostrando su fuerte garganta y su barbilla afeitada; su boca feroz, bajo sus bigotes rubios, estaba distendida por el sueño, y sus ojos feroces, cerrados por el sopor bajo sus cejas amarillas e hirsutas.

Zigg lo asió del pie y lo despertó, y le dijo todo lo que había:

—Quince navíos, y cada navío (como bien pude ver cuando se acercaron) abarrotado de hombres, como huevas de arenque. Así llega a nacer lo que esperábamos.

—Y así —dijo Spitfire, saltando del lecho— vuelve de nuevo Laxus a Demonlandia, con carne fresca para que se harten nuestras espadas.

Tomó sus armas y corrió hasta una pequeña loma que dominaba la playa ante el castillo de Owlswick. Y toda la hueste corría a contemplar los dragones de guerra que subían por la ría, al abrir el día.

—Arrían las velas —dijo Spitfire—, y se dirigen a Scaramsey. No en balde, di una lección a éstos de Brujolandia en Rapes Brima. Desde que Laxus vio aquella derrota de su ejército, considera que las islas son mejores que la tierra firme para su salud, pues sabe bien que no tenemos ni velas ni alas para cruzar la ría y llegar hasta él. Pero mal podrá levantar el cerco de Owlswick refugiándose en las islas.

—No sé dónde están sus otros quince navíos —dijo Zigg.

—En quince navíos —dijo Spitfire—, no es posible que lleve más de mil seiscientos o mil setecientos hombres de guerra. Ahora tengo fuerza suficiente para arrojarlos al mar, si es que intentan desembarcar, y para contener a Corsus al mismo tiempo si intenta una salida. Si llegan más, no estaré tan seguro. Por lo tanto, la situación exige con más insistencia tu viaje al oeste que propusimos.

De modo que el señor Zigg reunió a una docena de hombres de armas y se marchó a caballo. Para entonces, todos los barcos habían sido llevados a remo hasta la orilla, junto a la punta sur de Scaramsey, donde hay buen fondeadero para barcos. Estaban ocultos a la vista, salvo sus mástiles, que se veían sobre la punta, de modo que los demonios no pudieron contemplar el desembarco.

Spitfire cabalgó tres o cuatro millas con Zigg, hasta el comienzo de la bajada hacia los vados de Ethreywater, y allí se despidió de él.

—El rayo será tardo a mi lado —dijo Zigg—, hasta que vuelva. Mientras tanto, quisiera que tu desprecio no te haga olvidar a aquel viejo.

—¡Gorjeos de golondrinas! —dijo Spitfire—. Se me han olvidado sus disparates.

Pero volvió la mirada hacia el sur, más allá de Owlswick, hacia el gran acantilado rematado por árboles que se alza como un centinela sobre los prados de Tivarandardale inferior, dejando sólo un camino estrecho entre sus peñascos inferiores y el mar.

—Oh amigo mío —dijo riendo—, a tus ojos no soy más que un muchacho, aunque ya casi he cumplido los veintinueve años.

—Ríete de mí si quieres —dijo Zigg—. No podía dejarte sin decir lo que he dicho.

—Bueno —dijo Spitfire—, para tranquilizar tus temores, no iré a buscar nidos al

acantilado de Thremnir hasta que hayas regresado.

Durante una semana o más, no sucedió nada digno de referirse, salvo que el ejército de Spitfire siguió acampado ante Owlswick, y los de la isla enviaban a tres o cuatro barcos que desembarcaban de pronto cerca de Lookinghaven, o en la entrada de la ría, o al sur, más allá de Drepaby, hasta la costa a la altura de Rimon Armon, para quemar y saquear. Y, cuando se juntaban fuerzas contra ellos, volvían a embarcarse y navegaban de nuevo hasta Scaramsey. En aquellos días llegó Volle del oeste con cien hombres, que se sumaron a los de Spitfire.

El octavo día de noviembre empeoró el tiempo, y se juntaron nubes que procedían del oeste y del sur, hasta que todo el cielo era un amasijo de nubes enormes, plomizas y cargadas de agua, separadas entre sí por líneas blancas de aspecto aceitoso. Al ir entrando el día, el viento se hizo racheado. El mar estaba oscuro, como hierro mate. Empezó a caer la lluvia a grandes gotas. Las montañas aparecían monstruosas y sombrías: algunas, de color azul oscuro, de tinta; otras, al oeste, como murallas y baluartes de bruma coagulada sobre la bruma incolora del cielo que estaba tras ellas. Cayó la tarde con truenos y lluvia, y bancos de vapor rasgados por el rayo. El trueno retumbó toda la noche, con intervalos hoscos, y, durante toda la noche, nuevos bancos de nubes tormentosas se unían y se separaban, para volver a unirse de nuevo. Y se oscureció la luz de la luna, y no se veía más luz que la de las teas y los fuegos de campamento ante Owlswick, y la luz de los festines dentro del castillo. Así, los demonios que estaban acampados ante el castillo no advirtieron que zarpaban quince barcos de Scaramsey por aquella mar agitada y fondeaban a dos o tres millas al sur junto al gran acantilado de Thremnir. Tampoco advirtieron a los que desembarcaban de los barcos: mil quinientos o mil seiscientos hombres de armas, mandados por Heming de Brujolandia y por su hermano menor Cargo. Y los barcos volvieron a Scaramsey a fuerza de remo, a través del fragor de la tormenta y de la furia del tiempo, todos salvo uno que fondeó en la ensenada de Bothrey.

Pero por la mañana, cuando amainó el temporal, todos pudieron ver cómo salían de Scaramsey catorce barcos de guerra, cada uno de ellos cargado de hombres de armas. Cruzaron rápidamente la ría y fondearon dos millas al sur de Owlswick. Y los barcos volvieron a hacerse a la mar, pero el ejército se puso en orden de batalla en las praderas sobre Mingam Hope.

El señor Spitfire hizo levantar el campo a sus hombres y se dirigió hacia el sur desde sus posiciones ante Owlswick. Cuando hubieron llegado a una media milla de distancia del ejército de Brujolandia, de modo que podían ver claramente sus lorigas pardas y sus escudos y armaduras de bronce, y el brillo apagado de las hojas de sus espadas y de los hierros de sus lanzas, Volle, que cabalgaba junto a Spitfire, habló y dijo:

—Oh Spitfire, ¿adviertes a aquél que cabalga de un lado a otro ante sus líneas, dándoles órdenes? Así cabalgaba Corinius; y bien se le conoce, aun desde esta distancia, por su porte gallardo y vistoso. Pero advierte una gran maravilla, pues ¿quién ha oído decir jamás que este mozo impetuoso se retirase de una batalla? Pero ahora, que casi hemos llegado a tiro de lanza...

—¡Por el ojo brillante del día! —exclamó Spitfire—. ¡Así es! ¿Es que va a esquivar la batalla? Voy a echarle encima un puñado de jinetes para que no corran tanto, antes de que los perdamos de vista y desaparezcan.

Y mandó a sus jinetes que cayesen sobre el enemigo. Y éstos cabalgaron con Astar de Rettray, que era cuñado del señor Zigg, como jefe. Pero los jinetes de Brujolandia se encontraron con ellos en los vados del Aron Pow, y los contuvieron allí mientras Corinius cruzaba el río con el grueso de su ejército. Y, cuando llegó el grueso de los demonios y se abrió paso, los de Brujolandia ya habían atravesado los prados junto al río para llegar al paso entre el mar y el precipicio de Thremnir.

—Ni siquiera se detienen para formar en el camino estrecho que hay entre el mar y el precipicio —dijo entonces Spitfire—. Y ésa sería su salvación, con tal de que tuvieran ánimo para volverse y hacernos frente.

Y gritó a grandes voces a su gente que cayesen sobre el enemigo y que no consintiesen que saliera vivo un brujo de la matanza. Y los peones se agarraron a las correas de los estribos de los jinetes, y así, corriendo y galopando, entraron en tropel en el paso estrecho; y Spitfire siempre fue en cabeza de sus hombres, dando tajos a diestra y siniestra, empujado por aquella oleada guerrera que parecía llevarlo en triunfo.

Pero él, que había seguido tan ardientemente a mil quinientos hombres por el paso estrecho del acantilado de Thremnir con sólo mil doscientos, advirtió, de pronto y demasiado tarde, que debía habérselas con tres mil: Corinius reunía a su gente y se volvía en el paso como un lobo, mientras los hijos de Córund, que habían desembarcado en la oscuridad de la noche entre la tormenta, como queda dicho, caían con sus batallones por las laderas boscosas tras el acantilado. De tal modo, que Spitfire no fue consciente de ninguna señal de la adversidad hasta que se encontró con la adversidad misma: el ruido del golpe por el flanco, al frente y por la retaguardia.

Entonces acaeció una gran matanza entre los acantilados y el mar. Los demonios, tomados en tal desventaja, eran como un hombre que tropieza en una cuerda tensada sobre el camino. La fuerza misma del empuje de los brujos los hizo retroceder hacia las aguas poco profundas, y la espuma del mar estaba roja de sangre. Y el señor Corinius, cansado ya de fingir una retirada, recorría el combate como un río de fuego inextinguible, y nadie era capaz de resistir sus golpes.

A Spitfire le mataron el caballo de una lanzada, cuando cabalgaba, hundido en la

blanda arena hasta los corvejones, reuniendo a sus hombres para que rechazasen a Heming. Pero Bremery de Shaws le trajo otro caballo, y atacó a los brujos con tal poderío que los hijos de Córund estuvieron a punto de retirarse ante su arremetida, y aquella ala del ejército de Brujolandia fue rechazada hasta quedar bloqueada por el terreno accidentado más abajo del acantilado. Pero de poco sirvió, pues Corinius se abrió camino desde el norte, empujando a los demonios desde el mar con gran mortandad, de modo que quedaron encerrados entre Heming y él. Entonces, Spitfire cayó sobre Corinius con algunas compañías de hombres escogidos; y, durante cierto tiempo, pareció que una gran parte de los brujos debían ser derrotados o ahogarse en las olas saladas. Y el propio Corinius corrió gran peligro de muerte, pues su caballo quedó atorado en las blandas arenas y no podía liberarse por mucho que se revolvía.

En aquel instante decisivo llegó Spitfire a través del arenal, rodeado de una banda de demonios, matando a cuantos encontraba. Gritó con voz terrible:

—Oh Corinius, tan odioso para mí y para los míos como las puertas del infierno, ahora te mataré, y tu cadáver servirá de abono a las dulces praderas de Owlswick.

—Spitfire sanguinario —le respondió Corinius—, último de tres camadas (pues tus hermanos ya están muertos y podridos), te daré una pera aceda^[252].

Entonces, Spitfire le arrojó una jabalina. No dio al jinete, pero acertó al gran caballo en la cruz, y éste cayó pesadamente, herido de muerte. Pero el señor Corinius cayó de pie con agilidad, asió de la brida el caballo de Spitfire y lo golpeó en el morro cuando éste caía sobre él, de modo que el caballo se alzó de manos y se desvió. Spitfire le lanzó un gran golpe con un hacha, pero le dio de refilón en el borde del yelmo, y el hacha rebotó en el aire. Entonces, Corinius hirió hacia arriba con la espada bajo el escudo de Spitfire, y le metió la punta por el gran músculo del brazo, cerca de la axila, y, rozando el hueso, le destrozó los músculos del hombro. Y le hizo una gran herida.

Pero Spitfire no flaqueó en el combate, sino que le volvió a lanzar un golpe, con intención de cortarle el brazo con cuya mano seguía asido de la brida. Corinius recibió el hacha con el escudo, pero perdió la brida de entre los dedos y casi cayó a tierra bajo aquel gran golpe, y el buen escudo de bronce quedó hundido y abollado.

Al quedar suelto de la brida, el caballo de Spitfire se lanzó hacia delante, llevándolo hacia el mar más allá de Corinius. Pero se volvió y le hizo señas, gritándole:

—Toma un caballo. Pues me parece indigno luchar contigo con esta ventaja, yo a caballo y tú a pie.

Corinius gritó a su vez y respondió:

—Bájate tú de tu caballo, entonces, y mídete conmigo a pie. Y sabe, mi hermoso pollo de zorzal, que yo soy el rey de Demonlandia, título que me ha otorgado el rey de reyes, Gorice de Brujolandia, mi único señor. Es justo que te muestre en combate

singular, a ti que te jactas de ser el más poderoso de los rebeldes que quedáis vivos en este mi reino, cuánto mayor es mi poder que el tuyo.

—¡Palabras grandes y resonantes! —dijo Spitfire—; te las volveré a meter por el gaznate.

Entonces hizo ademán de desmontar del caballo; pero, cuando intentaba hacerlo, se le nubló la vista y vaciló en la silla. Sus hombres se apresuraron a interponerse entre Corinius y él, y el capitán de su guardia de corps lo sostuvo, diciendo:

—Estáis herido, señor. No debéis luchar más con Corinius, pues vuestra señoría no está en condiciones de luchar, ni puede tenerse en pie.

De modo que los que rodeaban a Spitfire se lo llevaron. Y la lucha, que se había detenido en aquel lugar mientras los dos señores se medían en combate singular, volvió a reanudarse. Pero no se había detenido la lucha furiosa bajo el acantilado de Thremnir, y los demonios hacían maravillas de valor; pues muchos centenares habían caído muertos o heridos de muerte, y sólo quedaba una pequeña fuerza para presentar batalla contra los brujos.

Los que estaban con Spitfire dejaron el combate llevándose con la mayor reserva que pudieron, envuelto en un manto de color garzo^[253] para ocultar su armadura reluciente. Restañaron la sangre que manaba de la gran herida de su hombro y la vendaron con cuidado, y lo llevaron a caballo por orden de Volle hasta el valle de Tremmerdale, por senderos ocultos de montaña, hasta llegar a una hoya al este de Sterry Gap, bajo los grandes peñascales que bordean los precipicios de la cumbre sur del Dina. Largo rato yació allí sin sentido, como muerto. Pues se había llevado muchas heridas en el combate desigual, y estaba muy golpeado y maltratado; pero la peor herida era la que le había hecho Corinius antes de separarse de él en la frontera entre el mar y la tierra.

Y cuando cayó la noche y todos los caminos quedaron a oscuras, llegaron a aquella hoya solitaria el señor Volle y algunos compañeros suyos, completamente agotados. La noche estaba tranquila y sin nubes, y la luna doncella se paseaba por lo alto del cielo, oscureciendo las sombras de los altos picos, que eran como dientes de tiburón entre la noche. Spitfire yacía en un lecho de brezo y de mantos, cobijado junto a una gran peña. Su rostro tenía una palidez espectral a la luz plateada de la luna.

Volle lo contempló vivamente, apoyado en su lanza. Le pidieron noticias. Y Volle respondió:

—Todo está perdido —y siguió contemplando a Spitfire.

—Mi señor —dijeron ellos—, hemos restañado la sangre y hemos vendado la herida, pero su señoría sigue sin sentido. Y mucho tememos por su vida, y que esta

herida lo lleve a la muerte.

Volle se arrodilló a su lado sobre las piedras frías y cortantes, y lo cuidó como pudiera cuidar una madre a su hijo enfermo, aplicando a la herida hojas de marrubio negro y de milenrama^[254] y otros simples con virtudes curativas, y dándole a beber de un frasco de vino precioso de Arshamalar, que había madurado durante un siglo en las bodegas oscuras bajo Krothering. De modo que, al cabo de un rato, Spitfire abrió los ojos y dijo:

—Corred las cortinas de la cama, pues hacía muchos días que no me despertaba en Owlswick. ¿O es de noche? ¿Cómo fue el combate, entonces?

Sus ojos miraron fijamente las rocas desnudas y el cielo desnudo que estaba más allá de ellas. Luego, con un gran suspiro, se levantó sobre su codo derecho. Volle le rodeó con un fuerte brazo, diciéndole:

—Bebe este buen vino y ten paciencia. Nos esperan grandes hechos.

Spitfire miró a su alrededor durante un rato, y después dijo violentamente:

—¿Hemos de ser como zorros y como hombres fugitivos, y vivir en hoyos de las laderas de las montañas? ¿Conque ya acabó el luminoso día, eh? Pues fuera con estas cinchas.

Y se puso a arrancarse las vendas de sus heridas.

Pero Volle lo contuvo con sus fuertes manos diciendo:

—Piensa, oh Spitfire glorioso, que sólo en ti y en tu corazón sabio y en tu alma valerosa están puestas nuestras esperanzas de liberar a nuestras señoras esposas, y a nuestros hijos queridos, y a toda nuestra buena tierra y señoríos de la furia de los hombres de Brujolandia, y de dejar en buen lugar el gran nombre de Demonlandia. Que el desaliento no quepa en tu corazón orgulloso.

Pero Spitfire suspiró y dijo:

—No hay duda de que Demonlandia debe sufrir daños y males hasta que mis deudos vuelvan a casa. Y creo que ese día nunca amanecerá. —Y exclamó—: ¿No se jactó de que es rey de Demonlandia? Y yo no le metí la espada por los ijares^[255]. ¿Y crees que viviré con deshonra?

Dicho esto, volvió a intentar arrancarse las vendas, pero Volle se lo impidió. Y dijo, delirante:

—¿Quién me sacó del combate? ¡Ay de él, por haberme tratado así! Mejor muerto que huido de Corinius como un perrillo apaleado. ¡Soltadme, falsos traidores! Yo lo arreglaré. Moriré peleando. Dejadme volver.

—Levanta los ojos, gran Spitfire —dijo Volle—, y contempla la luna, señora virginal que se pasea libremente por los anchos campos del cielo, y la gloria de las estrellas del cielo que la van sirviendo en multitud. Y las brumas y las tempestades terrenales no la empañan; pueden ocultarla un rato, pero, cuando amaina la tempestad y el cielo se limpia de nubes, vuelve a brillar siguiendo su curso fijo, señora de las

mareas y de las estaciones y regidora de los destinos de los mortales. Pues así es la gloria de Demonlandia, ceñida por el mar, y la gloria de tu casa, oh Spitfire. Y, así como las agitaciones celestiales poco pueden hacer para quitar de su sitio estas montañas eternas, poco pueden los desastres de la guerra, aunque sea una gran derrota como la de hoy, para hacer tambalearse nuestra grandeza; a nosotros, que somos los más poderosos con la lanza en la mano desde tiempos remotos, y capaces de hacer inclinarse a toda la tierra ante nuestra gloria.

Eso dijo Volle. Y el señor Spitfire miró hacia el otro lado del valle dormido y lleno de bruma, hacia las grandes rocas escarpadas, pálidas bajo la luz de la luna, y hacia los picos estrechos, grandiosos y silenciosos bajo la luna. No habló, ya fuera por falta de fuerzas o por haber quedado reducido al silencio bajo el encanto de la influencia poderosa de la noche y de la soledad de la montaña, y por la voz de Volle que le hablaba al oído en voz baja y profunda, como la voz de la misma noche que calmase tumultos y desesperaciones terrenales.

Al cabo de un tiempo, Volle volvió a hablar.

—Tus hermanos volverán a casa; no lo dudes. Pero, hasta entonces, tú eres nuestra fuerza. Por lo tanto, ten paciencia, cura tus heridas y vuelve a reunir tropas. Pero si, por una locura fruto de la desesperación, te quitas la vida, entonces sí que estamos perdidos.

EL REY CORINIUS

De la entrada del señor Corinius en Owlswick,
y de cómo fue coronado en el sitial de zafiro de Spitfire
como virrey del rey Gorice y rey de Oemonlandia;
y de cómo lo recibieron y reconocieron por tal
todos los que estaban en Owlswick.



Después de rematar esta gran victoria, Corinius volvió a dirigirse al norte con su ejército, hacia Owlswick, cuando empezaba a faltar la luz del día. Le bajaron el puente levadizo y le abrieron los grandes portalones, que estaban tachonados de plata y tenían refuerzos de adamante^[256], y entró en el castillo de Owlswick cabalgando con los suyos con gran pompa, sobre la calzada construida de roca viva y de grandes bloques tallados de granito de Tremmerdale. La mayor parte de su ejército estaba en los reales de Spitfire, ante el castillo, pero lo acompañaron mil en su entrada en Owlswick, con los hijos de Córund y los señores Gro y Laxus a su lado, pues la armada había cruzado la ría para fondear allí cuando advirtieron que habían vencido.

Corsus les saludó amablemente, y hubiera querido llevarlos a sus aposentos cerca del suyo propio, para que pudieran quitarse los arreos y ponerse ropa limpia y de fiesta antes de la cena. Pero Corinius se excusó, diciendo que no había comido nada desde el desayuno.

—Por lo tanto, dejémonos de ceremonias; llevadnos directamente a la sala de banquetes, os lo ruego.

Corinius entró el primero junto a Corsus, rodeándole afectuosamente los hombros con el brazo, todo lleno de polvo y de sangre coagulada. Pues no había esperado siquiera a lavarse las manos. Y esto no hacía ningún bien a la capa bordada de tafetán^[257] púrpura que llevaba en los hombros el duque Corsus. Pero Corsus hizo como que no lo advertía.

Cuando hubieron entrado en el salón, Corsus miró a su alrededor y dijo:

—Encuentro, mi señor Corinius, que este salón es algo pequeño para la gran multitud que ha llegado aquí. Muchos de los míos que son gente de cuenta deben sentarse con nosotros, según vieja costumbre. Y no les quedan asientos. Te ruego que mandes a algunos de los más plebeyos que han venido contigo que hagan lugar, para que todo pueda hacerse con orden. Mis oficiales no deben agolparse en el tinelo.

—Lo siento, mi señor —respondió Corinius—, pero es preciso que no olvidemos a mis muchachos, que han llevado el mayor peso de la batalla, y me parece justo no

negarles el honor de sentarse a la mesa con nosotros: sobre todo a ellos debes agradecerles haber abierto las puertas de Owlswick y haber levantado el cerco que te habían puesto nuestros enemigos durante tanto tiempo.

Se sentaron y les sirvieron la cena: cabritos rellenos de nueces, almendras y pistachos; garzas en salsa de camelina^[258]; lomos de buey, gansos y avutardas, y grandes cuencos y jarras de vino de color de rubí. Bien necesitados estaban Corinius y su gente del banquete, y durante un rato no se oyó nada en el salón, salvo el ruido de los platos y el mascar de las bocas de los comensales.

Al cabo, Corinius, después de trasegar de un trago un gran vaso de vino, habló y dijo:

—Hoy hubo una batalla en los prados junto al acantilado de Thremnir, mi señor duque. ¿Estuviste en ella?

Las mejillas pesadas de Corsus enrojecieron un poco.

—Bien sabes que no estuve —respondió—. Y consideraría una precipitación culpable haber salido cuando parecía que Spitfire se alzaba con la victoria.

—Oh señor mío —dijo Corinius—, no creas que lo dije por culparte. Antes bien, déjame mostrarte cuánto te honro.

Dicho esto, dio una orden al muchacho que estaba de pie detrás de su silla, y éste regresó al instante con una diadema de oro pulido, engastada de topacios que habían pasado por el fuego. Y al frente de la diadema había una pequeña figura de cangrejo en hierro pavonado, y sus dos ojos eran dos berilos verdes sobre vástagos de plata. El muchacho la puso sobre la mesa ante el señor Corinius, como si le sirviera un plato de carne. Corinius extrajo de su faltriquera un documento, y lo puso en la mesa para que lo pudiera ver Corsus. Y llevaba el sello de la serpiente Uróboros, sobre lacre esarlata, y la rúbrica del rey Gorice.

—Mi señor Corsus —dijo—, y vosotros, hijos de Corsus, y vosotros; los demás brujos, os hago saber que el rey nuestro señor me ha nombrado, por medio de estos signos visibles, virrey suyo en ésta su provincia de Demonlandia, y ha querido que lleve nombre de rey en esta tierra y que todos sus súbditos de la misma me presten obediencia.

Corsus, contemplando la corona y el decreto del rey, adquirió al instante una palidez mortal, para ponerse rojo como la sangre inmediatamente después.

—A ti, oh Corsus —dijo Corinius—, de entre todos estos grandes que están aquí reunidos en Owlswick, te concedo el honor de que me corones con esta corona como rey de Demonlandia para que así veas y sepas cuánto te honro.

Todos quedaron en silencio, esperando que Corsus hablara. Pero no dijo palabra. Dekalajus le dijo en secreto al oído:

—Oh padre mío, si la mona reina, bailad ante ella. El tiempo nos dará ocasión de hacerse justicia.

Corsus no despreció este sano consejo y, aunque no era capaz de dominarse completamente el semblante, consiguió tragarse las injurias que había estado a punto de pronunciar. Y cumplió con cierta dignidad su misión de poner en la cabeza de Corinius la nueva corona de Demonlandia.

Corinius se sentó en el sitio de Spitfire, del que se había retirado Corsus para hacerle lugar; en el sitio de honor de Spitfire, de jade de color de humo, tallado delicadamente y engastado de zafiros con lustre de terciopelo; y a su izquierda y a su derecha estaban dos altos candelabros de oro fino. Sus anchos hombros llenaban todo el espacio entre las columnas del amplio sitio. Parecía hombre temible como enemigo, revestido de juventud y de fuerza, armado de pies a cabeza y todavía humeante tras la batalla^[259].

Corsus, sentado entre sus hijos, dijo a media voz:

—¡Ruibarbo! ¡Traedme ruibarbo para purgarme de esta cólera^[260]!

Pero Dekalajus le susurró:

—Silencio; pisad con cuidado. Que nuestros planes no sean patentes mientras creemos que están ocultos. Haced que se sienta seguro; ésa será nuestra seguridad y el medio para borrar esta infamia. ¿No era Gallandus un hombre tan grande como éste?

A Corsus le brillaron los ojos. Alzó una copa rebosante de vino para brindar a la salud de Corinius. Y Corinius le devolvió el brindis y dijo:

—Mi señor duque, te ruego que llames a tus oficiales y me proclames como rey ante ellos, para que ellos a su vez me proclamen como rey ante todo el ejército que está en Owlswick.

Y Corsus lo hizo así, aunque mal de su grado, pues no supo encontrar razón alguna para no hacerlo.

Cuando se oyeron las aclamaciones en los patios exteriores, proclamándolo rey, Corinius volvió a hablar y dijo:

—Mi gente y yo estamos cansados, mi señor, y quisiéramos ir a reposar. Te ruego que des orden de que preparen mis aposentos. Y que sean los mismos aposentos que tuvo Gallandus cuando estaba en Owlswick.

Corsus apenas pudo evitar dar un respingo al oír esto. Pero Corinius tenía los ojos clavados en él, y dio la orden.

Mientras esperaba a que estuvieran dispuestos los aposentos, el señor Corinius estuvo muy alegre, pidiendo que se sirviera más vino y nuevos manjares a los señores de Brujolandia: aceitunas, botargas e hígado de ganso preparado con muchas especias, tomado todo de las alacenas bien surtidas de Spitfire.

Mientras tanto, Corsus hablaba en voz baja con sus hijos.

—No me gusta que haya nombrado a Gallandus. Pero parece descuidado, como si no temiera traiciones.

—Por ventura, los dioses mandan su destrucción, cuando le hacen que elija aquel aposento —le respondió Dekalajus al oído.

Y rieron. Y el banquete concluyó con gran placer y alegría. Entraron sirvientes con antorchas para acompañarlos a sus aposentos. Y, cuando se levantaron para darse las buenas noches, Corinius dijo:

—Mi señor, sentiré hacer algo que no te parezca conveniente y que se oponga a tus buenas costumbres. Pero no dudo de que tú y tus hijos, que habéis pasado tanto tiempo encerrados en el castillo de Owlswick, ya debéis de encontraros a disgusto en él. Y tampoco dudo que estaréis cansados de este asedio y de una guerra tan larga. Por lo tanto, es mi voluntad que partáis de inmediato para vuestra casa en Brujolandia. Laxus tiene un barco tripulado y dispuesto para llevaros allí. Os acompañaremos al barco para terminar la fiesta en paz y amistad.

Corsus se quedó boquiabierto. Pero consiguió mover la lengua lo bastante para decir:

—Señor mío, sea como gustéis. Pero hacedme saber vuestros motivos. Sin duda, mi espada y las de mis hijos no son de tan poco valor para Brujolandia en este país de nuestros enemigos como para que las envainemos y volvamos a nuestra casa. Pero es cuestión que no se debe decidir a la ligera. Tomaremos consejo sobre ello por la mañana.

Pero Corinius le respondió:

—Mucho os ruego que me perdonéis: es preciso que subáis a bordo esta misma noche.

Y le dirigió una mirada torva, y añadió:

—Dado que esta noche dormiré en los aposentos de Gallandus, creo que es conveniente que mi guardia de corps ocupe tu alcoba, mi señor duque, que es contigua, según me han dicho.

Corsus no dijo palabra. Pero Gorius, su hijo menor, que estaba lleno de vino y borracho, saltó y dijo:

—Corinius, en mala hora has llegado a esta tierra para pedirnos pleitesía. Y muy mal te han informado de mi padre si nos tienes miedo por lo de Gallandus. Es esa víbora que se sienta junto a ti, el embustero del goblin, el que te ha ido con cuentos falsos sobre nosotros. Y es una lástima que haya vuelto a tu lado, pues sigue maquinando males contra Brujolandia.

Dekalajus lo arrojó a un lado, y dijo a Corinius:

—No hagas caso a mi hermano; sus palabras son precipitadas y rudas, pues habla cargado de vino, y el vino lo convierte en otro hombre. Pero es muy cierto, oh Corinius, y te lo jurará mi padre el duque y te lo juraremos y confirmaremos todos nosotros con los juramentos poderosos que deseas, que Gallandus quiso usurpar la autoridad sólo para esto: para entregar todo nuestro ejército al enemigo. Y sólo por

eso lo mató Corsus.

—Mientes desvergonzadamente —dijo Laxus.

Gro rió suavemente.

Pero Corinius sacó media espada de la vaina y avanzó un paso hacia Corsus y sus hijos.

—¡Llamadme «rey» cuando me habléis! —dijo, torciendo el gesto—. Vosotros, hijos de Corsus, no sois hombres para hacerme caer en una trampa como un pajarillo, ni para salir con la vuestra. Y a ti —dijo, mirando ferozmente a Corsus—, te vale ir mansamente y no alzarme la voz. ¡Necio! ¿Crees que soy otro Gallandus? Tú que lo mataste no me matarás a mí. ¿O crees que te he liberado de los trabajos en que caíste por tu propia locura y arterías^[261] para que vuelvas a mandar aquí y vuelvas a perderlo todo con tu malicia inquieta? Aquí está la guardia que te acompañará al navío. Y da gracias de que no te corte la cabeza.

Corsus y sus hijos dudaron en su corazón durante un rato si sería mejor caer con sus armas sobre Corinius, jugándose su fortuna al azar del combate en el salón de Owlswick, o hacer de la necesidad virtud y bajar hasta el barco. Y les pareció que el mejor acuerdo era subir a bordo en calma; pues allí estaban Corinius y Laxus con sus hombres, y de la gente de Corsus había pocos para hacerles frente que fueran a ponerse de su lado con seguridad en caso de pelea; y tampoco estarían dispuestos a enfrentarse a Corinius aunque se encontraran con más igualdad numérica. De modo que, al fin, con ira y con amargura en los corazones, se redujeron a obedecer su voluntad; y, aquella misma hora, Laxus los llevó al barco y los pasó a Scaramsey, cruzando la ría.

Allí estaban tan seguros como un ratón en un molino. Pues el patrón del barco era Cadarus, vasallo de confianza del señor Laxus, y su tripulación era fiel y leal a Corinius y a Laxus. Pasaron la noche fondeados a sotavento de la isla, y con las primeras luces del alba navegaron por la ría llevando a Corsus y a sus hijos de Demonlandia a su casa.

LA ENTREVISTA ANTE KROOTHERING

Donde se muestra cómo los preceptos militares y
un retrato pintado condujeron la guerra hacia el oeste;
y cómo el señor Cro acudió con una embajada ante las puertas de
Krothering,
y de la respuesta que recibió allí.



igamos de Zigg que no dejó de cumplir el encargo de Spitfire, pues reunió rápidamente un ejército de más de mil quinientos de a pie y a caballo entre los valles del norte y los asentamientos próximos al bosque de Shalgreth y por los pastos de Kelialand y el camino de Switchwater y por la región de Rammerick, y volvió a toda prisa cruzando el Stile. Pero, cuando Corinius supo de este movimiento por el oeste, marchó con tres mil para recibirlos junto a la cabecera del lago de la Luna, para cerrarles el paso hacia Galing. Zigg, todavía en los desfiladeros superiores de Breakingdale, tuvo las primeras noticias de la gran matanza del acantilado de Thremnir, y de cómo las fuerzas de Spitfire y de Volle habían quedado deshechas y dispersas, y ellos dos habían huido a las montañas. Como le pareció que no era conveniente presentar batalla a Corinius con un ejército tan reducido, volvió atrás sin más y retrocedió aprisa cruzando el Stile, por donde había venido. Corinius envió fuerzas ligeras para hostigarlo mientras se retiraba, pero, como no tenía intención de seguirlos por entonces hacia la región occidental, mandó construir una fortaleza que dominaba el paso en su lugar más estrecho, dejó en ella una guarnición suficiente y regresó de nuevo a Owlswick.

Los que estaban en Demonlandia con Corinius ya eran más de cinco mil guerreros: un ejército grande y temible. Con éste, aprovechando que el tiempo era bueno y despejado, sometió en poco tiempo toda Demonlandia oriental, salvo Galing. Bremery de Shaws defendía Galing de todos los ataques en nombre del señor Juss con sólo setenta hombres. De modo que Corinius, considerando que ya caería en sus manos como una fruta madura cuando hubiera cosechado todas las demás, decidió, a finales del invierno, marchar con el grueso de su ejército hacia la región occidental, dejando una fuerza pequeña para que mantuviera en paz la región oriental y contuviera a Bremery en Galing. Lo movieron a tomar este acuerdo todo tipo de principios del buen arte militar, que también apoyaban muy afortunadamente a sus propias inclinaciones. Pues, además de los preceptos militares, otros dos imanes casi tan poderosos lo atraían hacia el oeste: en primer lugar, la mala voluntad que tenía desde antiguo y ya encallecida al señor Brándoch Dahá, que hacía que Krothering

fuera su presa más codiciada; y, en segundo lugar, su propia sensualidad, que lo hacía arder de deseo por la señora Mevrian. Y sólo por haber visto su retrato, que había encontrado en el armario de Spitfire entre sus plumas, tinteros y otros trastos; y, al mirarlo una sola vez, había jurado hacerla su amante si el cielo lo quería; o aunque no lo quisiera, si era preciso.

Así, una mañana luminosa y muy fría, a catorce de mayo, marchó con el grueso de su ejército por Breakingdale y cruzando el Stile, por el mismo camino que habían seguido el señor Juss y el señor Brándoch Dahá aquel día de verano cuando habían ido a Krothering para tomar consejo antes de la expedición a Duendelandia. Por allí llegaron los brujos a la divisoria de aguas y se desviaron hacia Muchos Arbustos. No encontraron allí ni a Zigg ni a su señora esposa ni a nadie de su gente, sino que se encontraron la casa desierta. De modo que robaron y quemaron y siguieron su camino. Y saquearon y quemaron un castillo famoso de Juss que estaba en los límites de Kelialand, y otro en el camino de Switchwater, y una residencia de verano de Spitfire en una pequeña colina sobre el lago de Rammerick. Así siguieron bajando victoriosamente por el camino de Switchwater, y nadie se oponía a su avance, sino que todos huían ante la llegada de aquel gran ejército, y se escondían en rincones secretos de las montañas, para librarse de la muerte y de la perdición.

Cuando Corinius hubo atravesado el desfiladero de Gashterndale hasta llegar a la comarca de Krothering, mandó asentar los reales bajo el Erngate End, al pie de las laderas cubiertas de peñascales que se alzan verticalmente hasta la alta cara occidental de la montaña, donde los peñascos estrechos y almenados se alzan muy altos como una muralla, sobre lo alto del cielo.

Corinius se acercó al señor Gro y le dijo:

—A ti te encomiendo mi embajada a esta Mevrian. Irás con una bandera de paz para ganar la entrada al castillo; o, si no te franquean la entrada, pide que te dejen entrevistarte con ella fuera de la muralla. Entonces, usarás la jerga cortesana más fantástica que te inspire tu naturaleza y tu invención, y le dirás: «Corinius, rey de Demonlandia por la gracia del gran rey y por el poder de su propio brazo, está acampado ante este castillo con poder invencible, como bien puedes ver. Pero quiso que te hiciera saber que no ha venido a hacer la guerra a las damas ni a las doncellas, y que puedes estar segura de que no hará daño ni mal alguno ni a ti ni a ninguna de las que están en tu fortaleza. Sólo te pide una gracia: que te unas a él en dulce matrimonio, para hacerte así su reina de Demonlandia». Y si dice que sí a esto, santo y bueno: entonces subiremos a Krothering en son de paz y poseeremos el castillo y a la mujer. Pero, si me lo niega, entonces le dirás muy ferozmente que me arrojaré sobre el castillo como un león, y no descansaré ni cejaré hasta que lo haya reducido a ruinas ante sus ojos y haya pasado por la espada a su gente. Y lo que me negó cuando se lo pedí amablemente en paz y amor, lo tomaré por la fuerza, para que sepan ella y

sus demonios envarados que yo soy su rey, y señor de todo lo que tienen, y que sus mismos cuerpos no son más que bienes de mi propiedad, con los que hago mi voluntad.

—Mi señor Corinius —dijo Gro—, te ruego que envíes a otro que pueda cumplir este encargo mejor que yo.

Y le insistió ardientemente en este sentido durante mucho tiempo. Pero, cuanto más advertía Corinius que a Gro le repugnaba la misión, más firme era su decisión de que nadie más que Gro debía llevarla a cabo. Así, Gro consintió al fin, por fuerza, y aquella misma hora subió con otros once hasta las puertas de Krothering; y llevaban delante una bandera blanca de paz.

Envió a su heraldo a la puerta para que pidiese hablar con la señora Mevrian. Y al cabo de un rato se abrieron las puertas y apareció ésta con su séquito, para reunirse con el señor Gro en el jardín abierto que había ante la puerta del puente. Para entonces ya caía la tarde, y el sol ardiente estaba bajo entre nubes encarnadas, rasgadas y horizontales, iluminando las aguas de la ría de Thunder con el reflejo de sus rayos. Desde el horizonte, muy por encima de las colinas cubiertas de pinos de Westmark, se alzaba una hilera de nubes, sólidas y de color de hierro; de bordes tan marcados sobre el cielo vaporoso de la puesta del sol que parecían montañas macizas y no nubes: el que las viera podía imaginar que eran montañas ultraterrenas, alzadas por intervención divina para Demonlandia, a la que ya no servían de refugio ante sus enemigos todas sus antiguas colinas. Aquí, ante las puertas de Krothering, esparcían su fragancia la flor de invierno y el pequeño arbusto laureola hembra, que florece antes de echar las hojas. Pero lo que conmovía al señor Gro no era esta dulzura del aire, ni el fuego glorioso de poniente que lo deslumbraba; lo conmovía ver a aquella señora de pie en la puerta, de piel blanca y morena como la divina cazadora^[262], alta, orgullosa y encantadora.

Mevrian, al verlo sin habla, dijo al fin:

—Señor, he oído decir que tenías que darme algún recado. Y como veo que un gran ejército ha alzado sus reales bajo el Erngate End, y he oído que desde hace muchas lunas andan sueltos por el país ladrones y malhechores, no espero palabras blandas. Por lo tanto, cobra ánimo y declárame abiertamente los males que quieres comunicarme.

Gro respondió y dijo:

—Dime primero si tú que me hablas eres en verdad la señora Mevrian, para que sepa si hablo con un ser humano o con alguna diosa que ha bajado del cielo de suelos relucientes.

—No tengo nada que hacer con tus cumplidos —respondió ella—. Soy la que dice.

—Señora —dijo el señor Gro—, no hubiera traído ni comunicado a tu alteza este

mensaje si no hubiera sabido bien que, si me negaba, otro lo traería en mi lugar a toda prisa y con menos comedimiento y menos dolor que yo.

Mevrian lo escuchaba atentamente con la cabeza erguida. Cuando terminó de hablar, ella guardó silencio un momento, observándolo todavía. Después dijo:

—Creo que ya te conozco. Tú que me traes este mensaje eres el señor Gro, de Goblinlandia.

—Señora —respondió Gro—, el que nombras dejó este mundo hace años. Yo soy el señor Gro de Brujolandia.

—Eso parece, por tu manera de hablar-dijo ella, y volvió a guardar silencio.

La mirada fija de los ojos de aquella señora era para él como un cuchillo que le raspase la piel sensible; de modo que estaba tan incómodo que casi no podía soportar más.

—Ya te recuerdo, mi señor —dijo ella al cabo de un rato—. Hace once años, mi hermano fue a Goblinlandia a hacer la guerra a los brujos, y los venció en la batalla de Lormeron. Allí mató en combate singular al gran rey de Brujolandia, Gorice X, que hasta entonces pasaba por ser el hombre de armas más poderoso del mundo entero. Mi hermano no tenía entonces sino dieciocho inviernos, y ésta fue la primera llamada de su gran fama y gloria. Y el rey Gaslark dio grandes banquetes y festejos en Zajë Zaculo por haber sido liberada su tierra de los opresores. Yo estuve en aquellos festejos. Te conocí allí, mi señor; y, como no era más que una pequeña doncella de once primaveras, me sentaba en tu rodilla en los salones de Gaslark. Me mostrabas libros, con imágenes en extraños colores de oro, verde y escarlata, de aves y bestias y países lejanos y maravillas del mundo. Y yo, que era una doncella pequeña y sin malicia, pensé que eras bueno y de corazón amable, y te amé.

Dejó de hablar, y Gro se quedó mirándola, confuso, como si hubiera tomado un narcótico.

—Háblame de este Corinius —dijo ella—. ¿Es tan gran guerrero como dicen?

—Es uno de los capitanes más famosos que han existido jamás —dijo Gro—. Eso no lo pueden negar ni sus peores enemigos.

—¿Crees que sería buen cónyuge para una dama de Demonlandia? —dijo Mevrian—. Recuerda que he negado mi mano a reyes coronados. Quiero saber tu opinión, pues no cabe duda de que es amigo íntimo tuyo, en vista de que te ha nombrado casamentero suyo.

Gro advirtió que se burlaba, y le dolió de corazón.

—Señora —dijo con voz algo temblorosa—, no me despreciéis demasiado por esta vil misión que debo cumplir. En verdad que este mensaje que os traigo es harto vergonzoso, y os lo traigo muy a mi pesar. Pero, puesto en tal aprieto, ¿qué podía hacer yo sino darme de cabezadas contra un duro mármol y repetiros mi recado palabra por palabra?

—Tu lengua ha marcado mi rostro como un hierro ardiente —dijo Mevrian—. Vuelve a tu señor. Si quiere una respuesta, dile que la puede ver escrita en letras de oro sobre la puerta.

—Tu noble hermano, señora —dijo Gro—, no está aquí para apoyar esa respuesta.

Y se acercó a ella diciendo en voz tan baja que sólo ella pudo oírle:

—No te engañes. Este Corinius es un joven travieso, malvado y lujurioso, que te tratará sin respeto alguno cuando tome el castillo de Krothering por la fuerza. Sería más juicioso que dices muestras de querer recibirle; quizá puedas escapar con buenas palabras y dándole largas.

Pero Mevrian dijo:

—Ya tienes mi respuesta. No tengo oídos para su petición. Dirás también que mi primo el señor Spitfire ya ha sanado de sus heridas y que tiene levantado un ejército que barrerá de mis puertas a estos brujos antes de que pasen muchos días.

Dicho esto, volvió a entrar en el castillo con grandes muestras de desprecio.


Y el señor Gro regresó a los reales y acudió a Corinius, que le preguntó cómo le había ido.

Respondió que lo había rechazado por completo.

—¿Conque me desprecia la gatita? —dijo Corinius—. Entonces, mi deseo ardiente deberá esperar un instante, sólo para saciarse con más vigor. Pues la tendré. Y su esquividad y su desprecio insolente me reafirman en mi inclinación.

AURWATH Y SWITCHWATER

De cómo la señora Mevrian contempló desde los muros de Krothering el ejército de Brujolandia y a sus capitanes, y de las nuevas que le llegaron allí de la guerra en la región occidental, de la batalla de Aurwath y de la gran matanza en el camino de Switchwater.

l cuarto día después de los sucesos recién relatados, la señora Mevrian paseaba por el adarve de la torre del homenaje de Krothering. Bramaba el viento del noroeste. El cielo estaba despejado: azul claro en el cenit, gris perla el resto; y había algo de bruma en el aire. Caminaba a su lado su viejo mayordomo fuerte y marcial, con grebas y yelmo y con un colete chapado de piel de toro.

—Pronto sonará la hora —dijo ella—. Hoy o mañana se cumple el día que me indicó mi señor Zigg cuando estuvieron aquí como huéspedes. Con sólo que Goblinlandia sea fiel a la cita, sería una hermosa hazaña tomarlos así, de un golpe.

—Tal como puede aplastar vuestra señoría un mosquito entre las palmas de las manos—dijo el viejo; y volvió a mirar al sur, hacia el mar. Mevrian clavó la mirada en la misma dirección.

—Nada más que bruma y vapor —dijo, después de buscar con la mirada durante algunos minutos—. Me alegro de haber enviado aquellos doscientos jinetes al señor Spitfire. Para un día tal, debe disponer de todos los hombres que se puedan reunir. ¿Qué te parece, Ravnor? Si el rey Gaslark no acude, ¿tiene el señor Spitfire fuerzas bastantes para hacerles frente por sí solo?

Ravnor rió entre sus barbas.

—Creo que, si estuviese aquí vuestro hermano, mi señor, respondería a vuestra alteza que sí. Desde que metí la primera bola por el aro^[263], me enseñaron que cinco brujos estaban en desventaja contra un demonio.

Ella lo miró con un poco de melancolía.

—¡Ah! —dijo—, ¡si él estuviera en casa! ¡Y si Juss estuviera en casa!

Entonces, se volvió de pronto al norte, señalando a los reales.

—Si estuvieran en casa —exclamó—, no verías a esos extranjeros alzados en armas en la ladera de Krothering, haciéndome ofertas vergonzosas, encerrándome en este castillo como a un pájaro. ¿Han sucedido hasta ahora tales cosas en Demonlandia?

Entonces llegó del otro lado de la torre un muchacho que corría por el adarve, gritando que se veían navíos que llegaban navegando del sur y del este, «y ponen

rumbo a la ría».

—¿De qué tierra? —dijo Mevrian, mientras volvían a toda prisa a mirar.

—¿De cuál, sino de Goblinlandia? —dijo Ravnor.

—Oh, ¡no lo digas tan aprisa! —exclamó ella. Rodearon el muro de la torre y tuvieron ante ellos el mar y la ría de Stropardon, anchos y vacíos—. ¡No veo nada! —dijo ella—, ¿o es aquella bandada de gaviotas la flota que has visto?

—Lo ha dicho por la ría de Thunder —dijo Ravnor, que se había adelantado y señalaba al oeste—. Ponen rumbo a Aurwath. Es el rey Gaslark, sin duda alguna. Reparad en sus velas azules y doradas.

Mevrian los contempló, mientras su mano enguantada tamborileaba nerviosamente sobre la almena de mármol. Tenía un aspecto muy señorial, envuelta en un manto suelto de seda de aguas blancas, con forro y cuello de armiño.

—¡Dieciocho navíos! —dijo—. ¡Jamás soñé que Goblinlandia pudiera reunir tantas fuerzas!

—Ya puede ver vuestra señoría —dijo Ravnor, volviendo por el adarve— si los de Brujolandia se han dormido mientras aquellos navíos navegaban hacia el puerto.

Ella lo siguió y miró. El ejército de Brujolandia estaba muy agitado, y formaban ante los reales; había idas y venidas, saltos sobre los caballos, y el viento llevaba débilmente los tañidos de las trompetas a los oídos de Mevrian mientras los contemplaba desde su alta atalaya. La hueste, reluciente de bronce y acero, avanzó en orden por los prados. Se dirigieron al sur, atravesando al fin los prados del castillo de Krothering, tan cerca de éste, que se podía ver claramente desde el adarve a cada hombre que pasaba por debajo cabalgando.

Mevrian se inclinó hacia delante por una tronera, con una mano en cada una de las almenas que tenía a izquierda y derecha.

—Me gustaría conocer sus nombres —dijo—. Tú, que has ido muchas veces a las guerras, puedes enseñármelos. Reconozco a Gro con su larga barba; y es un peso en el corazón ver a un señor de Goblinlandia en tal compañía. ¿Quién es el que está a su lado, aquel caballero bizarro con barba, con un yelmo alado rodeado de una diadema como la de un rey, y que lleva una lanza de astil carmesí? Parece hombre orgulloso.

—Es Laxus de Brujolandia —respondió el viejo—; el mismo que fue almirante de su armada contra los ghouls.

—Parece hombre valeroso y digno de mejor causa. ¿Quién es ése que cabalga ahora por debajo nuestro, a la cabeza de su caballería? Es fuerte y rubicundo, y de complexión ligera; tiene la frente como una nube de tormenta, y lleva armadura desde el cuello hasta la punta de los pies.

—Alteza —respondió Ravnor—, no lo conozco con seguridad, pues los hijos de Córund se parecen mucho entre sí. Pero creo que es el joven príncipe Heming.

—¿Príncipe, dices? —dijo Mevrian riendo.

—Así están las cosas en el mundo, alteza. Desde que Gorice hizo a Córund rey de Duendelandia...

—Llámalo Heming Faz, te lo ruego —dijo Mevrian—; juraría que ahora se adornan con apellidos bárbaros. Heming Faz como señor de Demonlandia, ¡oh dolor!

»Parece que se retrasa el más fanfarrón de todos —dijo ella al cabo de un rato—. Oh, allí llega. Cielos, ¡qué manera tan furiosa de cabalgar! En verdad que sabe tenerse en la silla, Ravnor, y que posee una gran figura de atleta. Míralo recorrer la formación cabalgando con la cabeza descubierta. Yo diría que va a necesitar algo más que rizos dorados para conservar la cabeza sobre los hombros antes de acabar de habérselas con Gaslark; sí, y también con nuestra gente que se reúne al norte, veo que lleva el yelmo en el arzón de la silla. ¡Cómo nos imita! —exclamó cuando se acercó más—: Es todo sedas y plata. Hubiera jurado que sólo un demonio era capaz de entrar en batalla con arreos tan costosos. ¡Oh, quién tuviera unas tijeras para cortarle la cresta!

Diciendo esto, se inclinó hacia delante todo lo que pudo para contemplarlo. Y él, galopando por debajo, alzó la vista; y, viéndola así asomada, tiró poderosamente de la rienda a su gran caballo castaño, derribándolo casi sobre sus patas traseras. Y mientras el caballo saltaba y se empinaba, Corinius la llamó a grandes voces, gritando:

—¡Buenos días tengáis, señora! ¡Deseadme la victoria y que acuda raudo a vuestros brazos!

Cabalgaba a tan poca distancia por debajo de ellos, que ella fue capaz de contemplar los rasgos de su rostro y de leerle los labios cuando miró hacia ella y le dirigió a gritos aquel saludo. Saludó con la espada y espoleó al caballo para adelantar a Gro y a Laxus en la vanguardia.

La señora Mevrian, como enferma de pronto, o como si hubiera estado a punto de pisar una víbora de ponzoña mortal, se apoyó en el mármol de las almenas. Ravnor se dirigió hacia ella.

—¿Está enferma vuestra señoría? ¿Qué sucede?

—Una náusea tonta —dijo débilmente Mevrian—. Si quieres remediarla, muéstrame el brillo de las lanzas de Spitfire hacia el norte. La tierra vacía me da vértigo.

Así pasó la tarde. Mevrian subió a los muros dos y tres veces, pero no pudo ver más que el mar y las rías y la llanura en el seno de las montañas, hermosa y pacífica en primavera; no había señales de rebatos guerreros, salvo una vez que se vieron los mástiles de los barcos de Gaslark sobre el borde de la tierra, a tres millas al suroeste o más lejos. Pero ella sabía con certeza que cerca de aquellos barcos, junto a la bahía de Aurwath, tendrían lugar combates desesperados, en los que el rey Gaslark se

enfrentaría con gran desventaja a Laxus y a Corinius, y a las lanzas de Brujolandia. Y el sol fue cayendo sobre los pinos oscuros de Westmark, y todavía no había señales del norte.

—¿Enviaste a uno para que trajera noticias? —dijo a Ravnor, la tercera vez que subió a los muros.

—Ya lo hice esta mañana, alteza —respondió él—. Pero su camino es lento hasta que esté a una o dos millas del castillo, pues debe esconderse de sus partidas pequeñas que recorren el campo.

—Tráemelo en cuanto regrese —dijo ella.

Cuando tenía un pie en la escalera, se volvió.

—Ravnor —dijo.

Él acudió a ella.

—Has sido mayordomo de mi hermano en Krothering durante muchos años —dijo ella—, y antes lo fuiste de nuestro padre; ya debes de conocer las intenciones y el carácter de los de nuestra familia. Dime, con verdad y con resignación, lo que te parece de todo esto. El señor Spitfire se ha retrasado; o bien el de Goblinlandia se ha precipitado (según viejo defecto suyo). ¿Qué te parece que saldrá de ello? Háblame como hablarías a mi señor Brándoch Dahá si te lo preguntase él.

—Alteza —dijo el viejo Ravnor—, os responderé lo que pienso verdaderamente, y es: ¡ay de Goblinlandia! Puesto que mi señor Spitfire no llega del norte, sólo los dioses inmortales que bajasen del cielo podrían salvar al rey. Los brujos lo duplican en número, contando por lo bajo; y, hombre a hombre, un goblin contra un brujo es como un sabueso contra un oso. Por mucho que el sabueso sea feroz y esté lleno de valor ardoroso el oso acaba venciendo.

Mevrian escuchaba mirándolo con ojos firmes y tristes.

—¡Y él que voló con tan noble generosidad a socorrer a Demonlandia en sus días negros! —dijo al fin—. ¿Puede ser tan descortés el destino? Oh, Ravnor, ¡qué vergüenza! Primero La Fireez, ahora Gaslark. ¿Cómo va a amarnos nadie nunca más? ¡Qué vergüenza, Ravnor!

—No quisiera que vuestra alteza nos culpase con demasiada precipitación —dijo Ravnor—. Si ha fracasado su plan y su designio, es más fácil que haya sido por yerro del rey Gaslark que del señor Spitfire. No sabemos con seguridad qué día se marcó para este desembarco.

Mientras hablaba así, miraba al mar que estaba tras ella, un poco al sur de la parte más rojiza de la puesta del sol. Se le abrieron los ojos. La tocó en el brazo y señaló con el dedo. En Aurwath había velas izadas entre los mástiles. Subía humo hacia el cielo, como de un incendio. Mientras miraban, la mayor parte de los barcos se hizo a la mar. Entre los que quedaban, unos cinco o seis, se alzaban llamas y nubes negras de humo. Los demás, cuando se apartaron de la costa, pusieron rumbo sur, hacia alta

mar, a vela y remo.

Ninguno de los dos habló; y la señora Mevrian se acodó en el parapeto del muro y ocultó el rostro entre las manos.

Entonces regresó por fin de su misión el mensajero de Ravnor, y el viejo lo condujo ante Mevrian, que estaba en su cenador en la parte sur de Krothering. El mensajero dijo:

—Alteza, no traigo ningún escrito, pues hubiera sido demasiado peligroso llevarlo encima si yo hubiera caído en manos de los brujos. Pero me reuní con mi señor Spitfire y mi señor Zigg en la entrada de Gashterndale. Y sus señorías me mandaron que os dijese que vuestra alteza debía estar tranquila y serena, pues tienen ocupados todos los caminos que conducen a Krothering, de tal modo que el ejército de Brujolandia no puede escapar de esta comarca entre la ría de Thunder, la ría de Stropardon y el mar, como no sea presentando batalla a sus señorías. Pero, si prefieren quedarse aquí junto a Krothering, entonces nuestros ejércitos los cercarán y los vencerán, pues nuestras fuerzas superan a las suyas en casi mil lanzas. Y mañana se hará lo que sea conveniente, pues es el día fijado para que el rey Gaslark desembarque en Aurwath con sus fuerzas.

—Entonces ¿no saben nada de este triste error, ni que Gaslark ya ha llegado antes de tiempo y ya ha sido rechazado hacia el mar? —dijo Mevrian—. Debemos hacérselo saber, y presto, esta misma noche —añadió.

Cuando el hombre comprendió que era así, respondió:

—Diez minutos para tomar un bocado y para beber un trago, y vuelvo a estar al servicio de vuestra señoría.

Y, al cabo de poco tiempo, aquel hombre volvió a salir en secreto de Krothering, entre la oscuridad de la noche, para informar al señor Spitfire de lo que había sucedido. Y los vigías que montaban guardia por la noche desde los muros de Krothering contemplaban al norte, bajo el Erngate End, las hogueras de los reales de los brujos, que parecían estrellas.

Pasó la noche y llegó el día, y los reales de los brujos aparecieron tan vacíos como una cáscara hueca.

—Han levantado el campo durante la noche —dijo Mevrian.

—Entonces, vuestra alteza oirá grandes nuevas en breve plazo —dijo Ravnor.

—Bien parece que podemos tener huéspedes en Krothering esta noche —dijo Mevrian.

Y dio órdenes de que se preparase todo para su llegada, y las mejores alcobas para Spitfire y para Zigg, para darles un buen recibimiento. Así pasó el día, entre

preparativos afanosos. Pero, cuando cayó la tarde y no se veían jinetes al norte, algunas sombras de impaciencia y de duda inquieta empezaron a cubrir su esperanza ilusionada, así como las sombras de la noche cubrían el cielo. Pues el mensajero de Mevrian no regresaba. La señora Mevrian se fue a acostar tarde; y se levantó con las primeras luces, envuelta en su gran manto de terciopelo y plumón de cisne para protegerse de los vientos cortantes de la mañana. Subió al adarve y, junto al viejo Ravnor, recorrió con la mirada la tierra desocupada. Pues la mañana pálida surgía sobre un paisaje vacío. Y así pasaron todo el día hasta la caída de la tarde: mirando, esperando, y con la duda en los corazones.

Y al cabo fueron a cenar aquella tercera noche después de la batalla de Aurwath. Y, antes de la mitad de la cena, se oyó un rumor en los patios exteriores, y el traqueteo del puente levadizo al bajar se, y un ruido de cascos en el puente y en el pavimento de jaspe^[264]. Mevrian se quedó sentada, erguida y expectante. Hizo una seña con la cabeza a Ravnor, que, sin esperar más indicaciones, salió aprisa y regresó en un instante con el ceño oscuro. Le dijo al oído:

—Nuevas, mi señora. Sería bueno que lo recibieses en audiencia privada. Bebed primero esta copa —dijo, escanciándole algo de vino.

Ella se puso de pie y dijo al mayordomo:

—Ven tú, y tráelo contigo.

Por el camino, él le susurró al oído:

—Es Astar de Rettray, enviado por el señor Zigg con un mensaje de importancia urgente para los oídos de vuestra alteza.

La señora Mevrian se sentó en su sitial de marfil tapizado de sedas ricas de Beshtria, con pajarillos dorados y hojas de fresa con sus flores y ricos frutos rojos, todo ello bordado en bellos colores. Extendió la mano a Astar, que estaba de pie ante ella con sus arreos de combate, lleno de barro y de sangre de la cabeza a los pies. Éste se inclinó y le besó la mano; después, quedó de pie en silencio. Tenía la cabeza levantada y la miraba cara a cara, pero sus ojos estaban inyectados en sangre, y tenía un aspecto temible, como si fuera portador de malas noticias.

—Señor —dijo Mevrian—, dilo todo sin vacilar. Sabes que los de nuestra sangre no temblamos ante los peligros y las desventuras.

—Mi cuñado Zigg me encomendó, señora, que te dijera toda la verdad —dijo Astar.

—Prosigue —dijo ella—. Ya conoces nuestras últimas nuevas. Desde entonces, hemos esperado la victoria cada hora. No es malo el banquete de bienvenida que tengo preparado para vuestra llegada.

Astar suspiró.

—Mi señora Mevrian —dijo—, ahora debéis preparar una espada y no un banquete. Enviasteis un corredor al señor Spitfire.

—Sí —dijo ella.

—Aquella noche nos llevó noticias de la derrota de Gaslark —dijo Astar—. Por desgracia, el de Goblinlandia se adelantó en un día y llevó él solo todo el peso del combate. Pero nosotros creímos que podríamos vengarlo enseguida. Pues guardábamos todos los pasos y todos los caminos, con fuerzas superiores. Así, esperamos aquella noche, viendo las hogueras de Corinius encendidas en sus reales en la ladera de Krothering, con intención de caer sobre él al romper el día. Y aquella noche hubo brumas, y la luna se puso temprano. Y, para decir la verdad, por mala que sea, todo el ejército de Brujolandia pasó a través nuestro por la noche.

—¿Cómo? —exclamó Mevrian—. ¿Y estabais todos dormidos para dejarlos pasar?

—A mitad de la noche —respondió él— tuvimos noticias ciertas de que estaba en marcha, y de que las hogueras que seguían ardiendo en sus reales eran un ardid para engañarnos. Pudimos saber, por todas las señas, que se dirigía hacia el noroeste, donde debía tomar el camino alto a través de Mealand sobre Brocksty Hause. Zigg acudió al galope con setecientos jinetes para tomarle la delantera, mientras el grueso de nuestro ejército subía por el Ravendale menor a marchas forzadas. Como ves, señora, Corinius debía marchar por el arco y nosotros por la cuerda.

—Sí —dijo Mevrian—. Sólo teníais que detenerlo con la caballería en Heathby, y él tendría que luchar o retroceder hacia Justdale, donde seguramente hubiera perdido la mitad de su gente en la ciénaga de Memmery. Los que no son del país no son capaces de encontrar allí un camino firme en una noche oscura.

—Es verdad que debíamos haberlo atrapado —dijo Astar—. Pero también es verdad que se escurrió como una liebre y nos engañó a más no poder: volvió sobre sus pasos (según conjeturamos después) en algún lugar cerca de Goosesand, y se deslizó hacia el este con todo su ejército por detrás de nuestra retaguardia. Y fue la hazaña más maravillosa que se ha oído contar jamás en todas las crónicas guerreras.

—Basta, noble Astar —dijo Mevrian—. No te canses en alabar a Brujolandia, ni creas que tendré en menos a Spitfire ni a Zigg como generales porque Corinius, por maña o por favor de la fortuna, les hurtase el cuerpo en la oscuridad.

—Querida señora —dijo él—, debes pensar en lo peor y prepararte para ello.

Ella lo miró con firmeza con sus ojos grises.

—Tenemos ciertas noticias —dijo él— de que se dirigieron a marchas forzadas al este, más allá del lago Switchwater, y, antes de que el sol asomase por completo por encima del risco de Gemsar, ya íbamos persiguiéndolos de cerca, sabiendo que nuestras fuerzas eran superiores y que era nuestra única oportunidad de entablar batalla con ellos antes de que llegasen al Stile, donde han construido una fortaleza muy fuerte, y mal podíamos esperar arrancarlos de allí si la alcanzaban.

Hizo una pausa. Ella dijo:

—¿Y bien?

—Señora —dijo él—, es seguro que nosotros los de Demonlandia somos grandes e invencibles en la guerra. Pero estos días estamos luchando como quien lucha con los pies atados o sin la mitad de sus arreos, o como un hombre medio dormido. Pues nos faltan los más grandes de los nuestros. Privados de ellos, nos acontecen tales desgracias y perdiciones como la del acantilado de Thremnir, en la que hicieron pedazos a nuestras fuerzas el otoño pasado, y ahora, en el día de hoy, nos han infligido una derrota todavía mayor en el camino de Switchwater.

A Mevrian le palidieron las mejillas, pero no dijo palabra y esperó.

—Los perseguimos afanosamente —dijo Astar—. Ya te he dicho por qué, señora. Sabes cuán próximo a las montañas pasa el camino de Switchwater, que queda ceñido por las orillas del lago y por las estribaciones montañosas, y las laderas inferiores están recubiertas de bosque, y entre las estribaciones hay valles y gargantas que suben por la ladera. El día era brumoso, y la bruma flotaba por las orillas del lago Switchwater. La batalla empezó cuando habíamos llegado hasta el punto en que nuestra vanguardia estaba casi a la altura de la estribación del Highbank que está en la orilla más lejana; con gran ventaja para ellos, ya que Corinius había destacado fuerzas poderosas en las colinas por nuestro flanco derecho, y así nos preparó una celada y nos tomó por sorpresa. Para no aumentar tu pesar con un relato doloroso, señora, te diré que nos derrotaron muy sangrientamente y que nuestro ejército dejó de existir, en una palabra. Y, a mitad del combate, Zigg encontró un momento para encargarme por su amor que cabalgase hacia Krothering como si me fuera en ello la vida y la salud de todos nosotros, y te pidiera que huyeses de aquí a Westmark o a las islas o adonde quisieras, antes de que vuelvan los brujos y te atrapen aquí. Pues ya no tienes protección alguna contra esos brujos diabólicos, salvo estos muros y estos pocos soldados valerosos que tienes para defenderlos.

Ella seguía callada. Él dijo:

—No quisiera resultarte demasiado odioso, oh generosa señora, por haberte relatado estas adversidades con tal dureza. El momento es tan grave, que no hay tiempo para dorar la píldora. Y en verdad que creí que te satisfaría más hablando con llaneza que si, movido de no sé qué falsa cortesía, hubiera querido consolarte cuando no hay consuelo posible.

La señora Mevrian se puso de pie y le tornó de las manos. La luz de la mirada de aquella señora era como la nueva luz de la mañana que reluce a través de la bruma sobre la superficie gris y en calma de una laguna de montaña, y el timbre de su voz era dulce como las voces de la mañana, cuando dijo:

—Oh Astar, no me creas tan poco gentil ni tan necia. Gracias, buen Astar. Pero no has cenado, y sin duda la batalla y cabalgar lejos y aprisa deben de dar hambre a un gran soldado, por malas que sean las noticias que lleva. No serás peor recibido

porque esperásemos, ay, a más que a ti, y nuevas muy diferentes. Hay una alcoba preparada para ti. Come y bebe; y, cuando pase la noche, tendremos tiempo de hablar más de estas cosas.

—Señora —dijo él—, debes venir ahora o será demasiado tarde.

Pero ella respondió:

—No, noble Astar. Estás en la casa de mi hermano. Mientras pueda guardársela hasta que vuelva él a casa, no huiré de Krothering como una rata, sino que permaneceré en mi puesto. Y una cosa es segura: no abriré las puertas de Krothering a los brujos mientras mi gente y yo sigamos vivos para tenerlas cerradas ante ellos.

Y le hizo ir a cenar; pero ella quedó sentada basta bien entrada la noche, sola en la cámara de la tuna, que estaba en la torre del homenaje, sobre el patio interior de Krothering. Era el salón de banquetes del señor Brándoch Dahá: lo había diseñado y decorado él, años atrás; y allí solían sentarse a comer él y ella, pues no usaban el salón de banquetes al otro lado del patio salvo cuando había muchos invitados. La cámara era redonda, siguiendo los muros redondos de la torre en que estaba. Todas las columnas, las paredes y el tecleo abovedado eran de una piedra extraña, blanca y lisa, que tenía un matiz brillante de oro pálido que era como el viso dorado de la luna llena en una noche cálida de verano. Lámparas que eran ópalos lechosos con luz propia llenaban toda la cámara de una luz suave, bajo la cual se veían con toda su belleza delicada los bajorrelieves del alto dado^[265], exquisitamente tallados, que representaban las flores inmortales del amaranto, del nepente, del moly y del asfódelo del Elíseo^[266], y los hermosos retratos pintados del señor de Krothering y de su señora hermana, y del señor Juss sobre la gran chimenea, con Goldry y Spitfire a su izquierda y a su derecha. Había algunos otros retratos menores: de la princesa Armelina de Goblinlandia, de Zigg y su señora esposa, y otros, hermosos a maravilla.

Allí quedó sentada largo rato la señora Mevrian. Tenía un pequeño laúd construido de madera de sándalo y de marfil, engastado de joyas. Mientras estaba sentada meditando, sus dedos tocaban distraídamente las cuerdas, y cantaba en voz baja y dulce:

En un árbol estaban tres cuervos,
Que no podían ser más negros.
Don di ri don.

A sus compañeros dijo uno:
¿Dónde buscaremos el desayuno?

Abajo, en aquel prado verde, veo,
Bajo su escudo, muerto un caballero.

Sus perros tumbados a sus pies

Para guardar a su amo bien.

Sus halcones vuelan tan recio
Que no osa acercarse el cuervo.

Baja una cierva sin cría,
Preñada, que casi paría.

Le alza la abierta cabeza,
Y las rojas heridas le besa.

En los lomos se lo echó a cuestras
Y lo llevó hasta el lago de tierra.

Antes de maitines lo enterró,
Y antes de vísperas ella murió.

Dios conceda a todo buen señor
Tal balcón, tal perro y tal amor.

Don diri don^[267].

Dejó el laúd mientras temblaba el último suspiro dulce de las cuerdas, diciendo:

—Laúd mío, mis pensamientos discordes no se corresponden con las armonías de tus cuerdas. Déjalas.

Se puso a contemplar el retrato de su hermano, el señor Brándoch Dahá, de pie con su cota de malla adornada de oro, con la mano en la espada. Y aquella mirada descuidada y burlona pero dominante que había tenido en los ojos estaba allí, recogida con maravilloso realismo por el arte del pintor, y los rasgos encantadores de su frente, de sus labios y de su mandíbula, donde reposaban la energía y la decisión dignas de un gran señor, como pudo dormir el atrevido Ares en los brazos de la reina del amor^[268].

Mevrian contempló aquel retrato mucho rato, pensativa. Después, enterró el rostro entre los almohadones del gran escaño en que estaba sentada y rompió a llorar con gran vehemencia.

COMIENZA A CUMPLIRSE EL SORTILEGIO DE ISHNAIN NEMARTRA

Del consejo que celebraron los brujos sobre la marcha de la guerra; y de cómo, al quinto asalto, el castillo del señor Bránoch Ohá cayó en manos de Corinius.



Hubo poco tiempo para debatir o hacer conjeturas, pero, cuando vino la mañana, el ejército de Brujolandia volvió a llegar ante Krothering, y Corinius envió a un heraldo para que conminase a Mevrian a que rindiese el castillo y su propia persona, no fueran a sucederles cosas peores. Y, al rehusar firmemente ella, Corinius mandó asaltar el castillo inmediatamente, pero no lo capturó. Y en los tres días siguientes asaltó Krothering tres veces, y no consiguió entrar, y perdió algunos hombres: por ello, estrechó el cerco^[269].

Y entonces convocó a los demás señores de Brujolandia para que hablasen con él.

—¿Qué decís? ¿Qué acuerdo tomaremos? Dentro son pocos para defenderlos muros; y sería gran vergüenza para nosotros y para toda Brujolandia que no tomásemos esta plaza siendo nosotros tantos y tan grandes capitanes.

—Tú eres rey de Demonlandia —dijo Laxus—. A ti corresponde mandar lo que debe hacerse. Pero, si quieres mi opinión, te la diré.

—Quiero que cada uno de vosotros me exponga su opinión con franqueza y libertad —dijo Corinius—. Y bien sabéis que no busco otra cosa que la gloria de Brujolandia y consolidar nuestra conquista de esta tierra.

—Bien —dijo Laxus—, ya te dije una vez mi opinión y te enfadaste conmigo. Tuviste una gran victoria en el camino de Switchwater; si la hubiésemos seguido, empujando la espada de nuestra ventaja hasta tocar con el puño la coraza de nuestro enemigo, podíamos haber exterminado a toda esa cuadrilla: Spitfire, Zigg y Volle. Pero ahora han huido, el diablo sabe adónde, para preparar nuevas espinas con que herirnos en los costados.

—No te las des de sabio después de los hechos, mi señor —dijo Corinius—. No fue ése tu consejo. Me recomendaste que dejase Krothering; y yo no dejo nada cuando ya lo tengo entre manos.

—No sólo te recomendé lo que he dicho —dijo Laxus—, sino que Heming estaba presente y me dará la razón: te ofrecí que él o yo te guardásemos cerrada esta caja de confites^[270] hasta que tú concluyeses la labor principal.

—Así fue —dijo Heming.

Pero Corinius dijo:

—No fue así, Heming. Y, si hubiera sido así, sería fácil ver por qué él o tú habríais querido dar el primer bocado a esa fruta exquisita. Pero no sería tan fácil ver por qué debería yo dejároslo.

—Eso está muy mal dicho —dijo Laxus—. Veo que hay que refrescarte la memoria, y que te deslizas hacia la ingratitud. ¿Cuántas frutas como aquella has gozado desde que hemos llegado aquí, que hemos recogido entre todos con mucho trabajo?

—Oh, perdonad, mi señor —dijo Corinius—, debía haber recordado que los sueños de los labios húmedos de Sriva impiden que te descarríes. Pero basta de necedades: entremos en materia.

El señor Laxus se sonrojó.

—A fe que ya estamos muy en materia —dijo—. Sería bueno, Corinius, que tus pensamientos distraídos dejaran de vagar. ¿Vamos a gastar hombres en una fortaleza? Entonces, más valdría asaltar Galing: ésa sería una presa más valiosa para nuestra seguridad y para nuestro señorío en estas tierras.

—Sí —dijo Heming—. Persigamos al enemigo. Para eso hemos venido; no para buscarte mujeres.

Al oír esto, el señor Corinius le dio por encima de la mesa una gran bofetada en el rostro. Heming, loco de rabia, sacó una daga; pero Gro y Laxus lo detuvieron sujetándolo cada uno por una mano.

—Señores, señores —dijo Gro—, no debéis pronunciar palabras tan malas y peligrosas. Aquí todos tenemos una única intención y deseo: hacer más grande al rey nuestro señor y su gloria. Tú, Heming, no olvides que el rey ha puesto autoridad en manos de Corinius, de modo que, al apuntarle con tu daga, eres reo de alta traición contra la majestad del rey. Y a ti, mi señor, te ruego que te moderes en el ejercicio de tu poder. Sin duda, la falta de guerra abierta es lo que hace que nuestras manos estén tan vivas en estas pendencias privadas.

Cuando se calmaron los ánimos con buenas palabras, Corinius invitó a Gro a que expusiera su opinión sobre lo que convenía hacer.

—Mi señor —respondió Gro—, soy de la misma opinión que Laxus. Al esperar aquí ante Krothering, somos como cocineros perezosos que jueguean preparando dulces mientras se estropea el asado. Debemos buscar sus fuerzas y destruirlas por donde siguen sueltas, no sea que vuelvan a crecer como un tumor que nos haga peligrar; dondequiera que hayan huido aquellos señores, no dudes que se apresurarán a preparar nuestro mal.

—Ya veo —dijo Corinius— que los tres estáis de acuerdo contra mí. Pero ni un solo rayo de los pensamientos que me habéis expresado con vuestros razonamientos deja de manifestar una nube mayor que la que queréis revelar.

—Es muy cierto —dijo Laxus— que vemos con algún desprecio esto de guerrear

contra mujeres.

—¡Ah, ya hemos destapado el plato! —dijo Corinius—. Y sí que hay un buen revoltillo en él. Estáis locos por las mujeres, todos vosotros, y eso os ciega y os hace creer que padezco la misma locura. Tú y tu buena pieza de ojos negros, que jurarla que te ha olvidado por otro desde hace meses. Heming, con no sé qué dulce doncella por la que pena su corazón. Gro, ¡ja, ja! —y rompió a reír—. ¿Por qué me ha hecho cargar el rey con este goblin? Sólo él lo sabe, y su secretario el diablo; yo no. Por Satán, tienes una mirada de hambre en los ojos que me hace pensar que el recado con que te envié a las puertas de Krothering no te hizo ningún bien. Cuando veo que mi gato tiene ojos de deseo, ya sé que ha estado persiguiendo a las gatas. ¿Te parece ahora que el color de ala de cuervo es más propio en el cabello de una moza para calentarte la sangre fría que el rojizo? ¿O crees que ésta tiene el pecho más blando que tu reina para apoyar en él tus rizos perfumados?

Al oír estas palabras, los tres saltaron de sus asientos. Gro, con el rostro de color gris ceniciento, dijo:

—Puedes escupirme toda la suciedad que quieras. Estoy hecho a soportarla por el bien de Brujolandia y hasta que te ahogues en tu propia ponzoña. Pero una cosa no se la consentiré mientras viva ni a ti ni a ningún otro: que tu sucia lengua denigre el nombre de la reina Prezmyra.

Corinius se quedó quieto y sentado en su sillón, afectando tranquilidad pero con la espada dispuesta. Tenía apretada la gran mandíbula; sus insolentes ojos azules saltaban de uno a otro de aquellos señores que estaban de pie amenazándole.

—¡Bah! —dijo al fin—. ¿Quién ha sacado a relucir su nombre sino tú mismo, Gro? Yo no he sido.

—Será mejor que no vuelvas a nombrarla, Corinius —dijo Heming—. ¿No te hemos seguido y apoyado? Y seguiremos haciéndolo. Pero recuerda: soy hijo del rey Córund. Y, si vuelves a pronunciar esa mentira malvada, te costará la vida si puedo.

Corinius extendió los brazos y rió.

—Vamos —dijo, poniéndose de pie y afectando mucha alegría amistosa—, no ha sido más que una chanza; y reconozco abiertamente que ha sido una chanza poco afortunada. Lo siento, señores míos... Y ahora —siguió diciendo—, entremos de nuevo en materia. No voy a dejar el castillo de Krothering, ya que no es costumbre mía retroceder ante ningún hombre del mundo, ni siquiera ante los dioses todopoderosos, cuando ya me he marcado el rumbo. Pero os propondré un trato, y es el siguiente: mañana asaltaremos la plaza por última vez, con todos nuestros hombres y todas nuestras fuerzas. Y si no la capturamos, cosa que me parece muy poco probable y muy vergonzosa, entonces nos iremos según tu consejo, oh Laxus.

—Ya hemos perdido cuatro días —dijo Laxus—. No puedes recuperarlos. Pero sea como tú quieres.

Así levantaron el consejo. Pero la mente y el corazón del señor Gro no estaban nada tranquilos en su interior, sino tormentosos y llenos de imaginaciones multiformes de esperanzas, temores y antiguos deseos, que se entremezclaban como serpientes que luchan y se enroscan. De modo que no veía nada con claridad salvo el sufrimiento difuso de su descontento; y era como si el conocimiento de una confesión secreta que hubiera realizado su mente interior hubiera corrido de pronto, entre él y sus pensamientos, un velo que no se atrevía a retirar.

A la mañana siguiente, Corinius lanzó a todas sus huestes contra Krothering: Laxus por el sur, Heming y Cargo por el este contra las puertas principales, y él mismo por el oeste, por donde parecía que los muros y las torres eran más fuertes, pero la plaza tenía menos defensas naturales. Y los de dentro eran pocos, pues Mevrian había enviado a aquellos doscientos de a caballo para que siguieran a Zigg, y no habían regresado de Switchwater; y, al ir avanzando el día, la batalla todavía proseguía, y se daban y se recibían heridas, y los de Demonlandia estaban cada vez en mayor desventaja, y el castillo resistía cada vez más por su propia inexpugnabilidad, pues no quedaban bastantes hombres sanos para defender los muros. Y Corinius casi había ganado el castillo, y subió a los muros al oeste de la torre del homenaje, donde él y los suyos cayeron sobre el adarve como lobos y empezaron a despejarlo. Pero Astar de Rettray lo recibió allí con tal cuchillada en el yelmo que lo dejó sin sentido y lo hizo caer al foso, al pie del muro; mas sus hombres lo sacaron y lo salvaron. Así quedó fuera de combate el señor Corinius; pero seguía animando mucho a sus hombres. Y, hacia la quinta hora después del mediodía, los hijos de Córund capturaron la puerta principal.

A aquella hora, la señora Mevrian llevaba con sus propias manos un vaso de vino a Astar, en un momento de calma en el combate. Mientras bebía, dijo ella:

—Astar, la ocasión exige que te pida que me des palabra de obediencia, como se la pedí a mi propia gente y a Ravnor, que manda mi guarnición de Krothering.

—Mi señora Mevrian —respondió—, te obedeceré en todo lo que vaya dirigido a tu seguridad.

—Sin condiciones, señor —dijo ella—. Escucha y sabrás lo que digo. Primero, quiero agradecerte a ti y a estos hombres valientes que han defendido de nuestros enemigos con tanto vigor a nosotros y a la dorada Krothering. Ésta era mi intención, defenderla hasta el fin, pues es la casa de mi querido hermano, y me parece indigno que Corinius guarde sus caballos en nuestras alcobas y que él y sus camaradas borrachos estropeen nuestro bello salón de banquetes con sus comilonas. Pero ahora, por la necesidad estrecha de la guerra adversa, ha llegado a suceder todo ello, y ha caído todo entre sus manos salvo esta torre del homenaje.

—Ay, mi señora —dijo él—, no puedo negarlo, para nuestra vergüenza.

—Arroja de ti todo pensamiento de vergüenza —dijo ella—. Veinte suyos contra cada uno de nosotros: la gloria de nuestra defensa perdurará eternamente. Pero, si sigue descargando sobre Krothering golpes tan grandes y poderosos, y cerrados como la lluvia del cielo, es sobre todo por mí. Y ahora debéis obedecerme y hacer lo que mando; si no, debemos perecer, pues no somos bastantes siquiera para defender de él esta torre durante muchos días.

—Divina señora —dijo Astar—, sólo una vez se debe cruzar el paso cruel de la muerte. Tu gente y yo te defenderemos hasta ese final.

—Señor —dijo ella, de pie ante él como una reina—, ahora me defenderé a mí misma y nuestras cosas queridas de Krothering con más seguridad que lo podéis hacer vosotros los guerreros.

Y le hizo saber en breves palabras que su intención era rendir la torre del homenaje a Corinius contra la promesa de un salvoconducto para Astar, Ravnor y todos sus hombres.

—¿Y rendirte tú a ese Corinius? —dijo Astar.

Pero ella respondió:

—Seguramente tu espada le ha cortado las garras para una temporada. No le temo.


Astar no quería saber nada de esto al principio, y el viejo mayordomo estuvo a punto de declararse en franca rebelión. Pero ella estaba tan firme en su propósito, y les demostró tan claramente, además, que era la única esperanza de salvarse ella y salvar a Krothering, pues de otro modo los brujos saquearían la casa de Krothering y tomarían en pocos días la torre del homenaje, «y entonces sería la desesperación angustiosa; y la culpa no sería de la fortuna, sino de nosotros mismos, que no supimos ceñirnos a nuestra fortuna»; que al fin, con los corazones afligidos, consintieron en hacer lo que mandaba.

Sin más, pidieron parlamentar, y Mevrian habló en su propio nombre desde una alta ventana que daba al patio, y Gro habló en nombre de Corinius. Y en la entrevista se acordó que ella rendiría la torre; y que los guerreros que en ella estaban tendrían paz y paso franco adonde quisieran; y que no se haría daño ni menoscabo a Krothering ni a sus tierras; y que todo se escribiría y se sellaría de mano de Corinius, Gro y Laxus, y que se abrirían las puertas a los brujos y se les entregarían las llaves a la media hora de recibir Mevrian en sus manos el documento sellado.

Y todo se hizo así, y la torre del homenaje de Krothering se rindió al señor Corinius. Astar y Ravnor y sus hombres querían quedar como prisioneros por el bien de Mevrian, pero Corinius no quiso consentirlo, y juró con grandes maldiciones que haría matar en el acto a cualquiera de ellos que encontrase a menos de tres millas de Krothering en el plazo de una hora. Así, bajo las órdenes imperiosas de Mevrian, partieron.

UN REY EN KROTHERING

De cómo el señor Corinius quiso tener una reina en Demonlandia
y celebró un banquete nupcial;
donde se manifiesta palpablemente cómo los que son amados de los dioses
reciben auxilio y consuelo aun cuando están rodeados de sus enemigos.

orinius ordenó que se celebrara un banquete aquella misma velada en la cámara de la Luna para unos cuarenta de sus hombres más señeros, y que fuese una fiesta muy suntuosa y digna de un rey; e imaginando que bien podría satisfacer su voluntad en cuanto a la señora Mevrian, por medio de uno de sus caballeros le envió recado de que lo acompañase en el banquete. Y cuando ella respondió pidiendo que le dijeran con toda amabilidad que todo lo demás del castillo estaba a su servicio, pero que ella misma estaba muy cansada y sentía grandes deseos de descansar y de dormir aquella noche, él se echó a reír desenfrenadamente. Y dijo:

—Un deseo muy poco oportuno, y que además tiene un no sé qué de burla, ya que ella sabe bien lo que me propongo hacer esta noche. Mándale que se presente ante nosotros, y ahora mismo, si no prefiere que vaya yo a buscarla.

Al poco rato, ella acudió a responder en persona a dicho mensaje; iba vestida toda de negro, de luto, con la falda y el vestido de cendal negro con escotaduras por las que asomaba jámed^[271] negro, y al cuello llevaba una cadena de zafiros de lustre oscuro. Llevaba la cabeza con porte muy noble. Su rostro, enmarcado por los mechones y trenzas de su pelo negro como la noche, parecía muy pálido, pero no mostraba agitación ni temor.

Al entrar ella, todos se pusieron de pie para saludarla; y Corinius dijo:

—Señora, has cambiado de opinión muy aprisa desde que afirmaste por primera vez que jamás me rendirías Krothering.

—Tan aprisa como pude, mi señor —dijo ella—, pues advertí que estaba equivocada.

Él quedó callado un rato, mientras sus ojos recorrían sus bellas formas como dándose un banquete amoroso. Después dijo:

—¿Quisiste comprar la seguridad de tus amigos?

—Sí —respondió ella.

—No has cambiado nada con ello en lo que a ti respecta —dijo Corinius—. Sea testigo la infinita sabiduría de los dioses, a la que nada se le oculta, de que sólo deseo el bien para ti.

—Mi señor —dijo ella—, acepto el consuelo de esa palabra que me das. Y has de

saber que el bien para mí es mi propia libertad, y no la situación que pueda imponerme cualquier otro.

A lo que él, que ya estaba bien cargado de vino, respondió de la siguiente manera, mientras ponía el rostro más seductor que podía:

—No dudo que esta noche, señora, haréis bien en elegir la alta situación que te voy a ofrecer, desconocida hasta hoy: ser reina de Demonlandia.

Ella se lo agradeció lo mejor que supo, pero dijo que tenía intención de renunciar a aquella grandeza supuestamente agradable.

—¿Cómo? —dijo él—. ¿Es demasiada poca cosa para ti?, ¿o es que te ríes de mí, como creo?

—Mi señor —dijo ella—, mal parecería en mí, que soy de una casta de muchas generaciones de hombres de guerra, engañarme con la falsa apariencia de una grandeza que ya ha pasado. Pero te suplico que no olvides esto: el señorío de los demonios es de más altos vuelos que la simple realeza, y mira desde lo alto a los reyes como el ojo del día. Y este título de reina que me ofreces, te digo que es un aditamento que no deseo yo, que soy hermana del que ha escrito aquellas palabras que están sobre la puerta, y cuya verdad habríais conocido si hubiera estado aquí para recibiros.

—Es verdad que me he encontrado con los mayores soberbios del mundo, pero hasta ahora los he tratado como a bellacos. Mi bota ha hollado cosas en Carcë que no voy a relatarte para no lacerar tu corazón, señora.

Pero, advirtiéndole que en los ojos de Mevrian ardía una gran hoguera de rabia desdeñosa, dijo:

—Perdonad, incomparable señora; he errado el blanco. No querría empañar nuestra nueva amistad con recuerdos de... ¡Eh, vosotros! Colocad junto a mi asiento otro para la reina.

Pero Mevrian les hizo colocarlo en el lado opuesto de la mesa, y allí se sentó, diciendo:

—Te ruego, mi señor Corinius, que retires esa orden. Sabes que me desagrada.

Él la contempló en silencio durante un rato, se inclinó hacia ella sobre la mesa y entreabrió un poco los labios; entre ellos se oía entrar y salir su aliento, rápido y pesado.

—Bien —dijo—, siéntate allí y haz tu gusto, señora, y que mi placer vaya por grados. El año pasado, todo el ancho mundo entre nosotros; este año, las montañas: anoche, los muros de Krothering; esta noche, el ancho de una mesa; y antes de que termine la noche, ni siquiera...

Gro percibió en los ojos de la señora Mevrian la mirada de cierva salvaje. Ella dijo:

—No he aprendido a entender ese modo de hablar, señor mío.

—Yo te enseñaré —dijo Corinius con el rostro encendido—. Los enamorados se alimentan de amor como los camaleones del aire. Por Satanás, te amo como si fueras el corazón que me hubieran sacado del cuerpo.

—Mi señor Corinius —dijo ella—. A nosotras las damas del norte nos contentan poco estos modales, por mucho que los alaben en la acuosa Brujolandia. Si quieres tener mi amistad, trátame en consecuencia y como es debido. Esa conversación no es propia de la mesa.

—Vaya, pues —dijo él—, si estamos de acuerdo en todo. Te lo mostraré con toda alegría, y te mostraré algo más lindo todavía, en tu propia alcoba. Pero no albergó esperanzas de que me lo otorgues tan pronto. Entonces ¿estamos contentos?

La señora Mevrian se puso de pie con gran vergüenza e ira. Corinius, algo inestable, se levantó de un salto. Él era grande, pero ella era tan alta que podía mirarle a los ojos a la misma altura. Y él se quedó pasmado bajo aquella mirada, como cuando un hombre agita de pronto una luz brillante ante los ojos de un animal nocturno; de pronto se le helaron extrañamente los resortes de la acción y dijo hoscamente:

—Señora, soy un guerrero. En verdad que mi afecto no para en cumplidos. Si soy impaciente, echa la culpa a tu belleza y no a mí. Te ruego que te sientes.

Pero Mevrian respondió:

—Tus palabras, señor mío, son demasiado atrevidas y viciosas. Vuelve a mí mañana si quieres; pero quiero que sepas que sólo la paciencia y la cortesía serán bien recibidas por mí.

Se dirigió hacia la puerta. Él, como si se hubiera roto el hechizo al apartarse los ojos de aquella dama, gritó en voz alta a su gente que la detuviesen. Pero nadie se movió. Entonces, él, como quien no es capaz de dominar sus propios apetitos obscenos, derribó los asientos y la mesa en su prisa por ponerle las manos encima, y sucedió que tropezó en uno de ellos y quedó tumbado en el suelo. Y, antes de que le ayudaran a levantarse, la señora Mevrian había salido del salón.

Se levantó dolorido, profiriendo un lodazal de imprecaciones bárbaras y groseras; de tal modo que Laxus, que le había ayudado a ponerse de pie, le reprendió diciéndole:

—Señor mío, no os rebajéis con una transformación tan brutal^[272]. ¿No estamos todavía armados de todas armas^[273] en un reino recién conquistado, cuyos antiguos señores están vencidos pero no presos ni muertos, y buscan el modo de alzar nuevas fuerzas contra nosotros? Y encima de tantos trabajos ¿quieres hacer un sitio a los embelecados del amor?

—¡Sí! —respondió él—. Y no bastará para impedírmelo un lerdo sin sangre en las venas como tú. Pregúntale a tu pequeña y juguetona Sriva, cuando vuelvas a casa para desposarte con ella, si no soy mejor hombre que tú para agradar a una mujer. ¡Te

lo dirá! En el ínterin, no te metas en cuestiones que son demasiado elevadas para la gente como tú.

Tanto Gro como los hijos de Córund estaban al lado y oyeron aquellas palabras. El señor Laxus se rió forzosamente. Se volvió a Gro y dijo:

—El general está muy cargado de vino.

Gro, advirtiendo que, a pesar de la despreocupación que afectaba, Laxus estaba rojo hasta las orejas, le respondió blandamente:

—Así es, mi señor. Y en el vino está la verdad.

Y Corinius, pensando que todavía era temprano y que el banquete apenas había comenzado, mandó poner guardias en todos los pasillos que daban a los aposentos de Mevrian, para que no pudiera salir de ellos y estuviera allí a su merced. Hecho eso, les ordenó que siguieran con el festín.

Había allí incontables carnes y vinos exquisitos, y los señores de Brujolandia atacaron con apetito el buen banquete. Laxus dijo en secreto a Gro:

—Bien sé que llevas muy mal estas cosas. Ten bien claro en la mente que, si te parece apropiado hacerle una jugada y robarle la dama, yo no te lo impediré.

—En la baraja, el rey viene después del caballo. No estaría tan mal que lo hiciésemos así nosotros. Un pajarillo me ha dicho hace poco que tenías una queja de él.

—No debes creerlo —respondió Laxus—. Con todo, seré un buen Rolando si tú eres Oliveros^[274], y te diré que salta mucho a la vista que tú amas a esta dama.

—Me acusas de una dulce locura que es ajena a mi carácter —dijo Gro—, pues soy un sabio grave que, si he frecuentado alguna vez tales juegos, los he dejado de lado hace mucho tiempo. Pero me parece mala cosa que ella deba entregarse a él contra su voluntad. Ya sabes que él es de condición brusca y soldadesca, y conoces además sus relaciones disolutas con otras mujeres.

—Bah —dijo Laxus—, por mí, que haga como guste y que se acerque a la dama cuanto quiera, como una mariposa. Pero, por razón de Estado, convendría sacarla de aquí. No quisiera que me vieran envuelto en ello. Si arreglamos eso, te apoyaré en todos los sentidos. Si pasa aquí el verano entero en juegos amorosos, con razón podría acusarnos el rey de que, a la mitad de una buena montería, hemos cebado a su buen halcón, y así le hemos hecho perder la caza.

—Ya veo —dijo Gro, sonriendo para sí— que eres hombre de entendimiento y de juicio sobrio, y piensas en Brujolandia por encima de todo. Eso es justo y bueno.

El festín prosiguió con mucho yantar y trasegar de vino. Las damas de Mevrian, que estaban allí muy mal de su grado para servir el banquete, ponían constantemente nuevos platos ante los comensales y les escanciaban nuevos vinos, dorados, aloques y rojos como el rubí, en los vasos de jade, de cristal de roca y de oro batido. El aire del hermoso salón estaba cargado del humear de las viandas traídas del horno y del

aliento vinoso de los comensales, de manera que el brillo de las lámparas de ópalo tomaba un color cobrizo, y cada lámpara estaba rodeada de un arbusto de rayos cobrizos como los rayos que rodean a una antorcha que arde entre la niebla. Grande era el resonar de las copas, y grande el ruido de vidrio roto, pues los brujos, en su borrachera, arrojaban al suelo los vasos preciosos haciéndolos pedazos. Y había un gran estrépito de risas y canciones; y entre él, las voces de mujeres que cantaban, casi ahogadas por el alboroto general. Pues obligaron a las doncellas que Mevrian tenía en Krothering a que cantasen y bailasen ante ellos, con gran dolor de sus corazones. Y más de un libertino de barbas negras quiso obligarlas a juegos que iban más allá del cante y el baile, y buscó ocasión para ello, pero sólo a hurtadillas y sin que lo viera su general. Pues ya había caído el gran peso de su cólera sobre algunos que practicaban, desvergonzadamente ante sus ojos, sus ligerezas y sus liviandades, osando cazar en aquellos cotos mientras su señor seguía en ayunas.

Al cabo de un rato, Heming, que estaba sentado junto a Gro, empezó a decirle en un susurro:

—Mal banquete es éste.

—A mí me parece más bien que es un banquete muy bueno —dijo Gro.

—Me gustaría que acabase de otra manera y no de la que él se propone —dijo Heming—. O ¿qué te parece a ti?

—No puedo culparle —respondió Gro—. Es una dama harto hermosa.

—¿No es él a todas luces un cerdo repugnante? ¿Y hemos de tolerar que haga lo que se propone con una señora tan encantadora?

—¿Qué tengo yo que ver con eso? —dijo Gro.

—¿Acaso menos que yo? —dijo Heming.

—¿No te agrada? —dijo Gro.

—¿Eres hombre? —dijo Heming—. ¡Y ella que lo odia como si fuera la sangrienta Atropos^[275]!

Gro le dirigió una mirada rápida e interrogativa. Luego, susurró, con la cabeza agachada sobre unas pasas que iba comiendo.

—Si eso te parece, bien está.

Y, hablando en voz baja, intercalando a veces frases o bromas en voz más alta para que no pareciese que estaban demasiado absortos en una conversación secreta, explicó a Heming punto por punto lo que debía hacer, y le reveló que también Laxus, picado de celos, estaba de su parte.

—El más adecuado para esto es tu hermano Cargo. Tiene más o menos la estatura de ella, y todavía es imberbe, por su edad. Ve a buscarlo. Repítele palabra por palabra esta conversación que hemos tenido tú y yo. Corinius sospecha demasiado de mí para perderme de vista esta noche. Por lo tanto, la tarea os corresponde esta noche a vosotros, los hijos de Córund; y si yo me quedo a su lado, puedo ayudar a tenerlo

aquí en el salón hasta que se cumpla dicha tarea. Ve, y que tengas acierto y rapidez en todo lo que hagas.

La señora Mevrian, que había huido a su propia alcoba en la torre sur, estaba sentada junto a una ventana oriental desde la que se veían los jardines y el lago, los lagos marinos de Stropardon y las colinas oscuras de Eastmark, y al fondo las cordilleras majestuosas que dominaban como suspendidas en el aire los valles de Mosedale, Murkdale y Swartriverdale y el mar interior de Throwater. Las últimas luces del día todavía duraban en sus cumbres más altas: en el Tronbeak; en la ladera desolada del Skarta, y en las torres gemelas lejanas del Dina, que se veían más allá de la sierra del Mosedale inferior, en la depresión del Neverdale Hause. Tras ellas subían al cielo las ruedas de la Noche tranquila: la Noche sagrada, madre de los dioses, madre del sueño, tierna niñera de todos los pajarillos y animales que viven en los campos, y de todos los corazones cansados y fatigados; madre, además, de hijos extraños: de afrentas, ultrajes y homicidios atrevidos a medianoche.

Mevrian se quedó allí sentada hasta que toda la tierra quedó confusa por la oscuridad y el cielo quedó palpitante de la luz de las estrellas, pues todavía faltaba una hora hasta la salida de la luna. Y oró a la señora Artemisa, llamándola con nombres secretos, y diciéndole:

—Diosa y Doncella casta y sagrada, Diosa trina que estás en los cielos, y Cazadora divina en la tierra, y que también tienes tu morada en los lugares ocultos y sin sol bajo la tierra, contemplando los grandes reinos de los muertos; sálvame y consérvame como doncella tuya, como soy.

Hizo girar el anillo que llevaba en el dedo y contempló entre la oscuridad creciente su sello, que era de crisopacio, que se oculta a la luz y se ve en la oscuridad: de noche es como una llama, pero de día es amarillo o macilento. Y he aquí que palpitaba con un esplendor que salía de su interior, y era como si mil chispas doradas bailasen y girasen dentro de la piedra.

Mientras meditaba qué interpretación dar a este repentino florecimiento de un esplendor poco común dentro del crisopacio, una de sus doncellas de cámara llegó ante ella con luces y le dijo:

—Dos de esos señores de Brujolandia quieren hablar con vuestra señoría en privado.

—¿Dos señores? —dijo Mevrian—. Su número me da seguridad. ¿Cuáles son?

—Alteza, son altos y delgados de cuerpo. Tienen el semblante oscuro. Son sigilosos como marmotas, y están muy honrosamente serenos.

—¿Es el señor Gro? —preguntó Mevrian—. ¿Lleva una barba grande y negra, muy rizada y perfumada?

—Alteza, no advertí que ninguno de los dos llevase barba —dijo la doncella—, ni

conozco sus nombres.

—Bien —dijo Mevrian—, hazlos pasar. Y estad presentes tus compañeras y tú mientras les doy audiencia.

Se hizo según sus órdenes. Y entraron los dos hijos de Córund. La saludaron con expresiones de respeto, y Heming dijo:

—Nuestro mensaje, venerada señora, era para que lo oyese a solas, si es vuestra voluntad.

—Cerrad las puertas —dijo Mevrian a sus doncellas—, y esperadme en la antecámara. Y ahora, señores míos... —dijo, y esperó a que empezasen a hablar.

Estaba sentada de lado junto a la ventana, entre la luz y la oscuridad. Las lámparas de cristal que brillaban desde dentro de la estancia mostraban en su pelo oscuridades más profundas que la oscuridad de la noche en el exterior. La curva de sus brazos blancos que reposaban sobre su regazo era como la luna joven acostada sobre la puesta del sol. Una brisa que llegaba del sur venía cargada del murmullo del mar, que estaba lejos, más allá de los campos y de las viñas, agitado sin tregua entre las cuevas marinas de Stropardon, incluso con aquel buen tiempo. Era como si el mar y la noche que rodeaban a Demonlandia bufasen de indignación ante las cosas que Corinius, que ya se consideraba poseedor incontestado de sus deseos, trazaba para aquella noche.

Los hermanos estaban azorados en presencia de una belleza tan peregrina. Heming respiró hondo y dijo:

—Señora, por mala que sea la opinión que tienes de nosotros los de Brujolandia, te ruego te persuadas de que mi deudo y yo hemos acudido ante ti para servirte con corazones puros.

—Príncipes —dijo ella—, mal podéis culparme si he dudado de vosotros. Pero, en vista de que mi vida no ha transcurrido entre alevosos ni fulleros, sino entre hombres de manos limpias y trato leal, ni siquiera después de lo que he tenido que soportar esta noche, creerá mi corazón que se ha agotado en Brujolandia toda la buena crianza. ¿No recibí abiertamente al propio Corinius cuando le franqueé mis puertas, creyendo firmemente que era un rey, y no un lobo fiero?

—¿Eres capaz de llevar una armadura, señora? —dijo entonces Heming—. Tu estatura se parece bastante a la de mi hermano. Si vas con las armas puestas, yo te haré pasar por delante de la guardia, y el vino que han bebido será mi salvoconducto. He preparado un caballo. Esta noche puedes salir a caballo de este castillo como si fueras mi hermano, y escapar así. Pero nunca podrás salir de estos aposentos con tu propia figura, pues ha apostado guardias; y está decidido, pase lo que pase, a visitarte aquí esta noche: en tu propia alcoba, señora.

El rumor del regocijo desenfrenado subía desde el salón de banquetes. Mevrian oía a veces la voz de Corinius, que cantaba una canción obscena. Contemplaba a los

hermanos como si estuviese en presencia de alguna influencia oscura que amenazase un mal que ella no era capaz de comprender, pero que le hacía temblar la sangre y le enfermaba el corazón.

—¿Tramasteis vosotros este plan? —dijo al fin.

—Lo concibió muy ingeniosamente el señor Gro —respondió Heming—. Pero Corinius no le permite apartarse de su lado, pues siempre ha desconfiado de él, y sobre todo cuando ha bebido de más.

Cargo se quitó la armadura, y Mevrian llamó a sus doncellas para que la llevaran de inmediato con los demás arreos a una cámara interior para cambiarse de ropa.

—Tienes que ser muy cauteloso —dijo Heming a su hermano—, para que no te vean salir cuando nos hayamos ido. Si yo estuviera en tu lugar, intentaría rematar la burla esperando a que llegase él, y ver si podías hacer el papel de Mevrian tan bien como ella hace el de Cargo.

—Bien puedes reírte y alegrarte —dijo Cargo—, tú que debes acompañarla. Y me apuesto la cabeza contra un nabo a que estás decidido a hacer todo lo que esté en tus manos para despojar a Corinius de la felicidad que se había preparado para esta noche y gozar tú de ella.

—Has dado en un muy bárbaro pensamiento —respondió Heming—. ¿Será mi lengua tan traidora a mi corazón como para que no confiese que amo a esta señora? ¿Cómo podría ser de otro modo, si se atiende a su belleza y a mi juventud? Pero la amo con un fervor tan elevado, que antes haría violencia a una estrella del cielo que pedirle a ella nada deshonesto.

—¿Qué dijo el muchachito sabio a su hermano mayor? —dijo Cargo—. «Hermano, ya que te has llevado el pastel, yo tendré que conformarme con las migas». Cuando os hayáis marchado y todo esté en calma y en silencio, y yo me quede aquí entre las doncellas, malo será que no les enseñe algo antes de darles las buenas noches.

Entonces se abrió la puerta de la cámara interior y vieron ante ellos a la señora Mevrian con armadura y yelmo.

—No es cosa de poco renquear ante un cojo —dijo ella—. ¿Creéis que pasará en la oscuridad, señores míos?

Ellos respondieron que estaba excelente por encima de toda ponderación.

—Te daré ahora las gracias, príncipe Cargo —dijo, extendiendo la mano. Él se inclinó y se la besó en silencio—. Estos arreos —dijo ella— serán para mí el recuerdo de un noble enemigo. Ojalá pueda llamarte amigo algún día, pues como tal te has portado esta noche.

Con esto, diciendo adiós al joven Cargo, salió con su hermano de la cámara y cruzaron la antecámara para llegar a la escalera sombría donde montaban guardia los soldados de Corinius. Estos (como son muchos más los que se ahogan en la copa que

en la mar) no estaban muy atentos después de lo que habían bebido, y, cuando vieron pasar a dos juntos con rechinar de armaduras y reconocieron la voz de Heming al responder a su voz de alto, no dudaron de que eran los hijos de Córund, que volvían al banquete.

Así pasaron él y ella con facilidad ante los centinelas. Pero, cuando iban por el alto corredor por fuera de la cámara de la Luna, se abrieron de pronto a izquierda y derecha las puertas de dicha cámara, y salieron portadores de antorchas y ministriles de dos en dos, como en procesión, con sonido de címbalos, de flautas y de panderos, de manera que el corredor quedó lleno del resplandor de los hachones y del ruido. El señor Corinius caminaba en el centro. Su sangre concupiscente le teñía de rojo ardiente el rostro luminoso, e hinchaba como cuerdas las venas de su fuerte cuello, de sus brazos y de sus manos. Los espesos rizos que le cubrían la frente y que le habían caído por debajo de su corona de belladona goteaban sudor. Era evidente que, después del buen golpe en la cabeza que le había dado Astar aquel día, no estaba en condiciones de resistir la bebida copiosa. Iba entre Gro y Laxus, recostándose pesadamente ya en el brazo de uno, ya en el del otro, marcando con la mano derecha el ritmo de la marcha nupcial.

—Pongamos buena cara mientras estemos vivos —susurró Mevrian a Heming.

Se hicieron a un lado, esperando pasar desapercibidos, pues no había escapatoria ni escondrijo posible. Pero Corinius los vio, se detuvo y los llamó a su lado, y asió a cada uno de un brazo, exclamando:

—Heming, ¡estás borracho! Cargo, mi dulce jovencito, ¡estás borracho! Es una locura reprehensible emborracharos así, con todas estas buenas mozas que os he entregado. ¿Qué creéis que voy a decirles cuando acudan a mí por la mañana a quejarse de que cada una tuvo que pasar toda la noche sentada sosteniendo en el regazo la cabeza de un borracho que roncaba?

Mientras tanto, Mevrian, como si se supiera de memoria el papel, estaba apoyada pesadamente en Heming, con la cabeza colgando. A Heming sólo se le ocurrió decir:

—En verdad, oh Corinius, que estamos serenos.

—Mientes —dijo Corinius—. Siempre fue señal manifiesta de la borrachera el negarla. Mirad, señores míos, yo no niego que estoy borracho. Por lo tanto, es señal manifiesta de que estoy borracho, digo, es señal manifiesta de que estoy sereno. Pero es momento de otras labores y no de discutir estas altas cuestiones. ¡Sigamos!

Diciendo esto, se apoyó pesadamente en Gro y (como movido por alguna influencia etérea que le susurrase al oído que había intrigas en marcha, pero que se confabulase con el vino que había bebido para hacerlo mirar hacia otro lado en busca de traidores cuando estaba en su mano descubrirlos) se agarró al brazo de Gro, diciendo:

—Será mejor que te quedes a mi lado, goblin mío. El amor que te tengo es muy

tibio, y todavía quisiera sujetarte de las orejas para que no me muerdas ni te vuelvas a ir a perseguir mujeres.

Cuando Heming y Mevrian se vieron libres de este peligro por tan buena fortuna, llegaron hasta sus caballos con toda la prisa prudente que pudieron y sin más obstáculos ni infortunios, y salieron por la puerta principal entre los hipogrifos de mármol, cuyas formas poderosas brillaban nítidamente sobre ellos con los rayos bajos de la luna que salía. Cabalgaron así en silencio a través de los jardines y de los prados del castillo y de allí a los bosques agrestes que estaban más allá, apretando el paso hasta que galoparon sobre el blando césped. Cabalgaban tan aprisa, que el aire de aquella noche de abril sin viento les azotaba los rostros. El retumbar y el batir de los cascos y la visión fugaz de los árboles no eran para el joven Heming más que un rumor de fondo comparado con el retumbar de su sangre, que la noche, la velocidad y tener a aquella dama cabalgando junto a él rodilla con rodilla hacían cabalgar dentro de él. Pero para el alma de Mevrian, mientras cabalgaba por aquellos senderos del bosque, aquellos claros del bosque a la luz de la luna, aquellas cosas, aquella noche y las estrellas fijadas tocaban en su interior una música más celestial; de manera que quedó con una paz de corazón maravillosa, como con la seguridad más firme de que las grandes conmociones del mundo no podrían llevarse a cabo sin que perdurase la gloria de Demonlandia, y de que sólo durante breve tiempo usurparían aquellos malvados las posesiones de su hermano en Krothering.

Tiraron de las riendas en un claro junto a una ancha superficie de agua. En su orilla opuesta se alzaban pinares, sombríos bajo la luz de la luna. Mevrian subió hasta una pequeña eminencia que dominaba el agua, y volvió los ojos hacia Krothering. Apenas lo podría ver ojo alguno que no fuera el suyo, experto y amoroso. Estaba a muchas millas de ellos, al este, oscurecido bajo el brillo blando y apagado de la luna. Quedó así sentada un rato mirando al dorado Krothering, mientras su caballo pacía en silencio, y Heming estaba callado a su lado, mirándola sólo a ella.

Al cabo, ella le devolvió la mirada y dijo:

—Príncipe Heming, de este lugar sale un sendero oculto al norte que transcurre junto a la ría, y hay un camino seco sobre la marisma, y un vado y un sendero para caballerías que conduce hasta Westmark. Soy capaz de llegar allí, o a cualquier parte de Demonlandia, con los ojos vendados. Y aquí me despido de ti. Mi lengua es mala oradora. Pero recuerdo las palabras del poeta, cuando dijo:

Mi alma es como la piedra asbestos,
Que, si una vez se calienta entre las llamas,
No quiere enfriarse de nuevo^[276].

»Ya concluyan estas guerras con la victoria de mis grandes deudos, como creo muy firmemente que concluirán, o con la de Gorice, no olvidaré esta prueba de tu

nobleza que me has manifestado esta noche.

Pero Heming, contemplándola todavía, no respondió palabra.

—¿Cómo está la reina tu madrastra? —dijo ella—. Hace siete años fui a la fiesta nupcial del señor Córund en Norvasp, y estuve a su lado durante la boda. ¿Sigue igual de hermosa?

—Señora —respondió él—, así como el mes de junio lleva la perfección a la rosa dorada, así crece su belleza con los años.

—Ella y yo fuimos compañeras de juegos —dijo Mevrian—, ella era dos veranos mayor que yo. ¿Sigue igual de altiva?

—Señora, es una reina —dijo Heming, clavando los ojos en Mevrian, con el rostro dirigido en parte hacia el suyo, su dulce boca semicerrada, sus ojos claros mirando hacia el este, que se veían apagados bajo el brillo de la luna, y el porte de su cuerpo, que era como un lirio que se hubiera puesto a soñar junto a un lago encantado a medianoche. Dijo con la garganta reseca:

—Señora, hasta esta noche, no había creído que viviera en el mundo una mujer más hermosa que ella.

Entonces, el amor que había en él barrió su mente como un viento y como una oscuridad repentina. Como el que ha dudado durante demasiado tiempo, temeroso, irresoluto, en levantar el pestillo de la puerta que lo conducirá al verdadero hogar de su corazón, la rodeó con sus brazos. Su mejilla estaba blanda al beso, pero mortalmente fría; sus ojos eran como los de un ave silvestre atrapada en una red. La armadura de su hermano, que encerraba el cuerpo de ella, no estaba tan muerta ni tan dura a su mano como estaba para su amor aquella blanda mejilla, aquella mirada ausente. Dijo, como quien intenta desesperadamente recuperar la sensatez ante una situación imprevista:

—¿No me amas?

Mevrian negó con la cabeza, apartándolo de sí con suavidad. La llama de su pasión pasó como pasa el fuego de un arbusto seco en verano, no dejando sino una desolación humeante de rabia triste y despechada rabia de sí mismo y del destino.


—Te ruego que me perdones, señora —dijo en voz baja y avergonzada.

—Príncipe —dijo Mevrian—, los dioses te den buena noche. Sed buenos con Krothering. Dejo allí a un muy mal administrador.

Dicho esto, tiró de las riendas hacia un lado a su caballo y partió hacia el oeste, en dirección a la ría. Heming la contempló durante un instante, con la cabeza dándole vueltas. Luego, clavando las espuelas en los ijares de su caballo de tal manera que el animal saltó y se empinó, volvió a cabalgar muy velozmente a través del bosque otra vez hacia el este, hacia Krothering.

EL SEÑOR GRO Y LA SEÑORA MEVRIAN

De cómo el señor Gro, guiado por un extraño amor a las causas perdidas,
partió sin otro guía que éste hacia las regiones de Neverdale,
y en aquel lugar contempló maravillas, y volvió a probar durante un
tiempo
la bondad de las cosas que más deseaba.

oventa y un días después de los hechos que acabamos de relatar, en la última hora antes del alba, el señor Gro cabalgaba hacia el oriente que palidecía, bajando de los montes de Eastmark hacia los vados de Mardardale. Su caballo bajó al agua al paso, y se detuvo con el agua hasta los menudillos. Tenía mojados los ijares y estaba sin resuello, como si llevara desde la media noche caminando aprisa por el páramo despejado. Bajó la cabeza estirando el cuello, olfateó el agua fresca del río y bebió. Gro se volvió en la silla, escuchando, adelantando la mano izquierda para aflojar las riendas, con la palma derecha apoyada en la grupa. Pero no se oía sino el murmullo del agua en los vados, el sorbido del caballo que bebía y el chapoteo y el crujido de sus cascos cuando los movía entre las guijas. Por delante y por detrás, y a ambos lados, se veían el bosque, el valle y los montes que lo rodeaban, apagados bajo el gris oscuro de entre dos luces. Una ligera bruma ocultaba las estrellas. Nada se movía, salvo un búho que salió volando como un fantasma de un acebo que estaba en una pared rocosa a un tiro de flecha de distancia o más, aguas abajo; se cruzó en el camino de Gro y se posó en una rama de un árbol muerto, sobre él y a su izquierda, donde se sentó a observar las idas y venidas de aquel hombre y aquel caballo, intrusos en aquel valle de la noche tranquila.

Gro se inclinó hacia delante para palmear el cuello de su caballo.

—Vamos, camarada, debemos seguir —dijo—; y no te extrañes de no tener descanso; pues vienes conmigo, que jamás pude encontrar asiento fijo bajo el cielo de la luna.

Y vadearon aquel río y atravesaron pastizales bajos y accidentados que estaban más allá, y, bordeando un bosque, llegaron a un brezal despejado, y recorrieron una o dos millas del mismo, siempre hacia el este, hasta que doblaron a la derecha bajando un ancho valle y cruzaron un río por encima de una confluencia, y volvieron a dirigirse al este por el lecho de un torrente pedregoso y por encima de éste pasaron a un abrupto sendero de montaña que cruzaba terrenos encharcados, y siguieron subiendo más y más sobre el nivel del valle que se iba estrechando hasta llegar a un collado entre los montes. Al cabo, la pendiente se hizo menor, y pasaron, como si

cruzasen un pórtico, por entre dos altas montañas que se cernían, verticales y desnudas, a ambos lados, y llegaron a un páramo cubierto de brezos y mirto de los páramos, salpicado de lagunas y con abundantes arroyos y bodonales, y lugares en que salía a la superficie la roca viva; y los picos de las montañas lejanas rodeaban aquel páramo desolado como reyes guerreros. Ya se despertaban los colores del cielo oriental, y la mañana luminosa y reluciente empezaba a aclarar la tierra. Los conejos corrían a esconderse ante los cascos del caballo; salían volando pajarillos de la maleza; algunos ciervos lo miraron quietos entre los helechos y luego se marcharon hacia el sur; cantó un urogallo^[277].

—¿Cómo no me tendrán por loco en la opinión general —decía para sí Gro—, cuando arriesgo mi vida tan peligrosamente y de una manera tan precipitada y temeraria? No, voy contra todo buen juicio; y cometo esta locura en el mismo momento en que, por mi paciencia y mi valor y por mi sabiduría política, había ganado contra los mismos dientes de la fortuna lo que ésta me había negado obstinadamente hasta ahora; cuando, después de los golpes de diversas fortunas adversas, había alcanzado maravillosamente el favor y la privanza del rey, que me había colocado muy honrosamente en su corte, y bien creo que me cuida como a las niñas de sus ojos.

Se quitó el yelmo, exponiendo a los aires de la mañana su tez blanca y su cabello negro y rizado, echando atrás la cabeza para sorber profundamente por la nariz el aire fuerte y dulce y su olor a turba.

—Pero la necia es la opinión general, y no yo —dijo—. El que cree que, después de sus trabajos, va a alcanzar una alegría duradera, es como el que intenta machacar el agua en un mortero. ¿No existen, en el amplio teatro de la naturaleza, ejemplos bastantes para que nos riamos y nos olvidemos de esta locura? Ejemplo de los grandes hombres que surgen y conquistan las naciones: sale el día y vence a la noche tirana. Qué espíritu delicado el suyo, cómo pisa las montañas como un cervatillo: una luz pálida y lastimosa que se enfrenta a la oscuridad primigenia. Pero en sus batallones milita toda dulzura y toda influencia celestial: el frescor de los vientecillos caprichosos de la mañana, las flores que se despiertan, los pájaros que cantan, el rocío que centellea en las finas telas que las pequeñas tejedoras cuelgan de la hoja del helecho a la espina, de la espina a la hoja húmeda y elegante del abedul plateado; el joven día que se ríe, lleno de fuerza, desenfrenado al ver su propia belleza; el fuego, la vida y todo aroma y color que nace de nuevo para triunfar sobre el caos y la oscuridad morosa y la noche lóbrega.

»Pero, porque me haya hechizado tanto el día en sus horas de juventud, ¿debo seguir amándolo cuando, saciado de su victoria, se establece como mediodía chillón? Antes bien, me volveré como ahora me vuelvo a Demonlandia, en el triste crepúsculo de su orgullo. Y ¿quién osará llamarme tornadizo, si sigo la rara sabiduría que be

seguido toda mi vida: amar el alba y el sol de la mañana y el lucero vespertino? Ya que sólo allí reside el alma de la nobleza, el amor verdadero y la admiración y la gloria de la esperanza y del temor.

Entre estas reflexiones cabalgaba a un paso cómodo con rumbo este desviado un poco hacia el norte, atravesando el páramo, y cayendo en honda meditación por la extraña armonía que había entre las cosas exteriores y los pensamientos interiores de su corazón. Llegó así al final del páramo, y entró entre las faldas de las montañas que estaban más allá, cruzando collados bajos, serpenteando entre bosques y cursos de agua, subiendo y bajando, de un lado a otro. El caballo iba por donde quería, pues él no cuidaba ni atendía a nada más que a sí mismo, a causa de la profunda contemplación en que había caído.

Ya era mediodía. El caballo y su jinete habían llegado a un vallejo cubierto de verde hierba, con un regato que serpenteaba por el mismo y cuya agua fresca corría sobre un lecho de guijas. Crecían por el vallejo muchos árboles, altos y rectos. Sobre los árboles, altos despeñaderos de montaña que se tostaban al sol aparecían etéreos a través del calor rutilante. Un murmullo de aguas, un zumbido de pequeñas alas que saltaban de flor en flor, el rumor del caballo que pastaba la hierba lozana; no se oía nada más. No se movía ni una hoja, ni un pájaro. El silencio del mediodía de verano, sin aliento, quemado por el sol, más temible que cualquier forma de la noche, se detenía sobre aquel vallejo solitario.

Gro, como despertado por el mismo silencio, miró a su alrededor rápidamente. El caballo percibió en su carne la desazón de su jinete; dejó de comer y levantó la cabeza, atento, con los ojos agitados y los ijares temblorosos. Gro le dio palmadas y le dirigió palabras cariñosas; después, guiado por un impulso interior cuya razón no conocía, se dirigió al oeste siguiendo un pequeño afluente del regato y cabalgó suavemente hacia el bosque. Allí tuvo que detenerse ante un grupo de árboles tan cerrado, que temió que, si intentaba cabalgar a través suyo, lo harían caer de la silla. De modo que desmontó, ató el caballo a un roble y ascendió lentamente por el lecho del arroyuelo hasta que llegó a un punto desde donde pudo mirar hacia el norte por encima de las copas de los árboles y divisar una ladería verde casi a su misma altura y a unos cincuenta pasos de él en la misma ladera, protegida del norte por tres o cuatro grandes fresnos en el lado opuesto, y en la ladería había una pequeña poza o cisterna rocosa de agua límpida, muy fresca y profunda.

Se detuvo, apoyándose con la mano izquierda en una roca saliente cubierta de rosa canina. Sin duda, no eran hijos de hombres los que pisaban aquel prado secreto junto al borde de aquella fuente, ni eran criaturas mortales. Podían serlo las cabras, los cabritillos y las cervatillas de ojos tiernos que bailaban entre ellos alegremente sobre las patas traseras; pero no aquellos otros de forma humana y de orejas peludas y puntiagudas, piernas vellosas y pezuñas partidas, ni aquellas doncellas de miembros

blancos, bajo cuyos pies no se doblaban las flores azules de la genciana ni las pequeñas y doradas de la cincoenrama; tan ligera y etérea era su danza. Para tocarles música, pequeños niños con patas de cabra y orejas largas y puntiagudas tocaban la siringa sentados en un diván de roca recubierta de hierba; sus cuerpos estaban tostados del color de la tierra roja por el viento y el sol. Pero, fuera porque su música era demasiado sutil para los oídos mortales o por alguna otra razón, Gro no era capaz de oír el sonido de las siringas. El pesado silencio del mediodía blanco y desolado dominaba la escena, mientras las ninfas de la montaña y los genios sencillos de las breñas y los arroyos, de los riscos y de los páramos yermos trazaban los laberintos de la danza.

El señor Gro se quedó quieto con gran admiración, diciendo para sí:

—¿Qué pretende mi cabeza soñolienta soñando estas fantasías? Ya he visto, antes de ahora, espíritus del mal en sus manifestaciones; he visto fantasmagorías formadas y presentadas por artes mágicas; he soñado sueños extraños por las noches. Pero, hasta ahora, creía que era una conseja vana soñada por los poetas lo de que en los bosques, las forestas, los campos fértiles, las costas del mar, las orillas de los grandes ríos y junto a las fuentes, y también en las cimas de las montañas grandes y elevadas, todavía se aparecen, a la vista de ciertos ojos favorecidos, las diversas ninfas y semidioses silvestres. Cosa que ahora contemplo en verdad; es una gran maravilla, y encaja bien con la atracción con que esta tierra oprimida ha encontrado hace poco el medio de regir mis afectos.

Y pasó un rato meditando, razonando para sí de esta manera:

—Si esto no es más que una aparición, no tiene sustancia para hacerme daño. Si, por el contrario, son seres sustanciales, es de suponer que me den la bienvenida alegremente y me traten bien, pues ellos mismos son los verdaderos espíritus vitales de Demonlandia, la de las muchas fuentes; para cuyo consuelo y restauración de su antigua gloria y renombre, he dirigido con tan extraña determinación todos mis pensamientos y decisiones trabajosas.

Así, sin dudarle más, se descubrió y les llamó. Los seres silvestres huyeron de un salto y se perdieron por la ladera de la montaña. Los caprípedos^[278], que dejaron al instante de tocar la siringa y de bailar, quedaron en cuclillas contemplándolo con ojos asustados y desconfiados. Sólo las oréades^[279] siguieron su ronda con giros vertiginosos: bocas serenas de doncellas, pechos hermosos, miembros delgados y gráciles, tomadas de las manos delicadas, separándose, acercándose y volviéndose a separar, con ritmos que no resultaban repetitivos por su variedad; aquí, una que, con sus blancos brazos unidos tras la cabeza, cuyo pelo trenzado era como oro bruñido, trazaba círculos y se balanceaba con lánguido movimiento: allí, otra que saltaba y se detenía flotando de puntillas, como una flecha del sol disparada a través del tejado frondoso de un viejo pinar cuando el cálido viento de las colinas sacude las copas de

los árboles y abre una pequeña ventana al sol.

Gro se dirigió hacia ellos sobre la ladera cubierta de hierba. Cuando hubo caminado una docena de pasos, perdió la fuerza de sus miembros. Se arrodilló exclamando:

—¡Deidades de la tierra! No me neguéis ni me rechacéis, aunque hasta ahora haya oprimido vuestra tierra; pues ya no lo haré más. Las huellas de mi virtud hollada todavía me acusan amargamente. Hacedme partícipe de vuestra piedad, para que pueda encontrar a los que poseían esta tierra y ofrecerles reparaciones: a los que fueron expulsados, por culpa mía y de los míos, para vivir como forajidos en los bosques y en las montañas.

Eso dijo, inclinando la cabeza con pesadumbre. Y oyó, como el temblor de una cuerda de laúd de plata, una voz en el aire que exclamaba:

¡Norte es y norte es!
¿Por qué debemos ir más lejos?

Alzó los ojos. La visión había desaparecido. A su alrededor y sobre él, sólo estaba el mediodía y el bosque, silenciosos, solitarios, deslumbradores.

El señor Gro volvió a su caballo, montó y cabalgó hacia el norte a través de los páramos toda aquella tarde de verano, lleno de fantasías nebulosas. Al caer la tarde, iba a buena altura a lo largo de la ladera empinada de un monte, entre los despeñaderos y la hierba, siguiendo un pequeño sendero hecho por las ovejas montesas. Muy por debajo, en el valle, estaba un río pequeño que fluía tortuosamente a lo largo de un lecho lleno de peñascos, entre montecillos que eran antiguas morrenas, como olas de un mar de tierra vestida de hierba. Caía el sol de julio, arrojando las sombras de las colinas hasta muy alto sobre las laderas que daban al oeste, por donde cabalgaba Gro, pero el lugar por donde iba y la ladera sobre él todavía ardían con la luz solar baja y cálida; y el pico lejano que cerraba la cabeza del valle, cuyas estribaciones enormes parecían el hastial de un tejado, con largas nevaduras de roca desnuda y de peñascos y una cresta de riscos como una gran ola congelada en piedra a mitad de su marcha, todavía se bañaba en un fulgor de luz opalescente.

Rodeando el rellano de la ladera en un lugar donde el monte quedaba cortado por una garganta poco profunda, vio ante él un rincón resguardado. Allí, protegidos de las ráfagas del este y del norte por el gran cuerpo del monte, dos fresnos y algunos acebos crecían entre las hendiduras de las rocas sobre el curso de agua. Bajo su sombra había una cueva, no era grande, pero bastaba para que un hombre se alojase en ella y se resguardase del agua en el mal tiempo, y más allá, a la derecha, había una pequeña cascada, tan hermosa, que era una maravilla contemplarla. Era así: un bloque de piedra, del doble de la altura de un hombre, se asomaba un poco de la ladera del

monte, de modo que el agua caía limpiamente desde su borde superior en una delgada corriente hasta una poza rocosa. El agua de la poza era clara y profunda, pero siempre estaba revuelta con burbujas del chorro que caía de arriba; y todas las rocas que la rodeaban estaban cubiertas de musgos, líquenes y pequeñas flores acuáticas, alimentadas por la corriente en sus raíces y refrescadas por el vapor de agua.

—Aquí querría vivir para siempre si supiera hacerme tan pequeño como una lagartija. Y me construiría una casa de un palmo de altura, junto a aquel almohadón de musgo de color de esmeralda, y aquellas belladamas rosadas que oscilan sus campanillas sobre las aguas llenas de espuma darían sombra a mi puerta. Esta tímida hierba del Parnaso^[280] me serviría de copa para beber, con su cáliz blanco y puro sobre un tallo delgado como un cabello; y las cortinas de mi cama serían aquella pequeña arenaria sedienta, que, como un cielo verde salpicado de estrellas blancas como la leche, cubre los costados de estas rocas que quedan en la sombra.

Descansando en su imaginación, pasó mucho tiempo contemplando aquel lugar encantado, colocado tan secretamente en el regazo de la montaña desnuda. Después, no queriendo abandonar un lugar tan hermoso, y pensando además que su caballo estaría cansado al cabo de tantas horas, desmontó y se tumbó junto al arroyo. Y, al cabo de un breve rato, como su espíritu estaba elevado por el dulce recuerdo de las maravillas que había contemplado, consintió que sus pestañas largas y oscuras cayeran sobre sus ojos grandes y líquidos. Y lo dominó un sueño profundo.

Cuando despertó, todo el cielo estaba ardiendo con el color rojo de la puesta del sol. Había una sombra entre él y la luz de poniente: la forma de una persona que se inclinaba sobre él y le decía con tono señorial, pero con unos acentos en los que los ecos y los recuerdos de todos los sonidos dulces parecían confundidos y apartados para siempre:

—Quédate tumbado y quieto, señor mío, y no grites pidiendo ayuda. Mira: es tu propia espada; te la he tomado mientras dormías.

Y advirtió que tenía una espada afilada que le apuntaba a la garganta, donde están las grandes venas bajo la lengua.

No se movió ni dijo nada; se limitó a alzar la vista para mirarla como si fuera una visión deliciosa que hubiera escapado del tropel fugitivo de los sueños.

—¿Dónde están tus compañeros? —dijo la dama—. Y ¿cuántos son? Respóndeme enseguida.

—¿Cómo podré responderte? —contestó él como si soñara—. ¿Cómo podré contar a los que son incontables? Y ¿cómo podré decir a tu excelencia dónde se hallan los que un momento están más cerca de mí que mis manos o mis pies, y al momento siguiente son capaces de cruzar un mar antes siquiera de lo que tarda en

cruzarlo la luz de una estrella?

—Déjate de acertijos —dijo ella—. Mejor harás en responderme.

—Señora —dijo Gro—, los que te digo son mi compañía mis propios pensamientos silenciosos. Y ésa, aparte de mi caballo, es la única compañía que ha venido conmigo hasta aquí.

—¿Estás solo? —dijo ella—. ¿Y duermes con tanta tranquilidad en el país de tus enemigos? Das muestra de una extraña confianza.

—No son mis enemigos, con tu venia —dijo él.

Pero ella exclamó:

—¿No eres tú el señor Gro de Brujolandia?

—Aquél cayó enfermo hace mucho tiempo de una enfermedad mortal —respondió él—; y ya hace un día y una noche que murió.

—¿Quién eres tú, entonces? —dijo ella.

—Si tu excelencia quiere recibirme por tal —respondió él—, soy el señor Gro de Demonlandia.

—Un tornadizo muy experimentado —dijo ella—. Es de creer que también ellos estén cansados de ti y de tus mañas. Pero ¡ay! —dijo con voz alterada—, ¡os ruego me perdonéis! Sin duda se enemistaron contigo por la buena obra que me hiciste cuando te pusiste de mi lado tan noblemente.

—Diré a tu excelencia la pura verdad —respondió él—. Nunca estuvieron las cosas entre todos ellos y yo mejor que anoche, cuando decidí dejarlos.

La señora Mevrian quedó en silencio, con el rostro sombrío. Después dijo:

—Estoy sola. Por lo tanto, no te parezca que soy ruin de corazón o que olvido favores pasados, si quiero asegurarme más de ti antes de que consienta que te levantes. Júrame que no me traicionarás.

Pero Gro dijo:

—¿De qué te serviría un juramento mío, señora? Los juramentos no vinculan a un mal hombre. Si quisiera hacerte algún mal, te otorgaría todos los juramentos que quisieras, y los quebrantaría con ligereza en un momento.

—Eso no está bien dicho —dijo Mevrian—. Y tampoco es bueno para tu seguridad. Vosotros los hombres decís que los corazones de las mujeres son débiles y flacos, pero te mostraré que en mí se cumple lo contrario. Procura que no tenga queja de ti, pues, de lo contrario, te heriré de muerte con tu propia espada sin dudar.

El señor Gro se recostó uniendo sus manos delgadas por detrás de la cabeza.

—Colócate al otro lado, te lo ruego —dijo—, para que pueda verte el rostro.

Ella lo hizo así, amenazándolo aún con la espada. Y él dijo sonriendo:

—Divina señora, he compartido mi lecho toda mi vida con el riesgo, y el peligro de muerte ha sido mi amigo íntimo; mientras llevaba una vida delicada en las cortes de los príncipes, donde se esconde el homicidio en la copa y en la alcoba; mientras

vijaba solo por tierras más peligrosas que éstas, como es el Moruna, país lleno de bestias venenosas y de serpientes venenosas que se arrastran, y de espíritus tan abundantes como los saltamontes en una ladera calurosa en el verano. El que tiene miedo es un esclavo, por rico que sea y por poderoso que sea. Pero el que no tiene miedo es el rey del mundo. Tienes mi espada. Hiere. La muerte será para mí un dulce descanso. Es la esclavitud la que me horroriza, y no la muerte.

Ella quedó callada un rato y le dijo:

—Mi señor Gro, una vez me hiciste un muy grande favor. Sin duda, podré basar en ello mi seguridad, pues nunca un milano abatió a un buen halcón volador^[281].

Aflojó la ruano en la espada y se la devolvió muy elegantemente con la empuñadura por delante, diciendo:

—Os la devuelvo, señor mío, sin dudar que usaréis con honor lo que os entrego con honor.

Pero él, poniéndose de pie, dijo:

—Señora, esto y tus nobles palabras han arraigado tanto el pacto de confianza entre nosotros dos, que ahora puede florecer en los juramentos que quieras; pues los juramentos son la flor de la amistad, y no su raíz. Y verás que soy un verdadero mantenedor de la amistad de que hago voto, sin tacha ni desdoro.

Gro y Mevrian vivieron en aquel lugar durante varios días y sus noches, cazando a veces para mantenerse, bebiendo la dulce agua de manantial, durmiendo por las noches, ella en su cueva bajo los acebos y los fresnos junto a la cascada, él en una hendidura de las rocas un poco más abajo, en la garganta, donde el musgo formaba almohadones tan blandos y resistentes como las grandes camas rellenas de Carcë. En aquellos días, ella le relató sus viajes desde aquella noche de abril en que escapó de Krothering: cómo encontró primero un refugio en By, en Westmark, pero un día o dos después tuvo noticias de que se escudriñaba toda la región en su búsqueda, volvió a huir al este, y, después de pasar un tiempo junto al Throwater había acabado por llegar, hacía un mes, a aquella cueva junto a la fuentecilla, y allí vivía. Había tenido la intención de atravesar las montañas para llegar a Galing, pero, después del primer intento, había abandonado aquel proyecto, por miedo a las partidas del enemigo, de cuyas manos había escapado por poco cuando había bajado a los valles inferiores que daban a las tierras de la costa oriental. De modo que había regresado a aquel escondrijo en las montañas, tan secreto y remoto como el que más en toda Demonlandia. Pues le hizo saber que aquel valle era el Neverdale, por el que no transcurría camino alguno sino los de los ciervos y las cabras monteses, y en aquel valle no había rediles, ni el viento llevaba el olor del humo del hogar de hombre alguno. Y aquel pico con una cresta como el hastial de un tejado en la cabecera del valle era el que estaba más al sur de los que formaban la Horquilla de Nantreganon, cuna del buitre y del águila. Y existía un camino oculto que rodeaba la estribación de

aquel pico y superaba la cresta serrada junto al pico de Neverdale hasta las aguas más altas de Tivarandardale.

Una tarde calurosa de verano estaban junto al pico y en un baluarte rocoso que sobresalía de la ladera suroccidental. Bajo sus pies caían en picado precipicios desde un borde vertiginoso, formando un gran circo sobre el que se alzaba la montaña como una fortaleza del Tártaro, pesada, cruel como el mar y triste, llena de cicatrices y grandes tajos, como si el rostro de la montaña hubiera sido hendido por el hacha de un gigante. En las profundidades dormían las aguas de la laguna de Dule, plácidas y sin fondo.

Gro estaba recostado al borde del precipicio, mirando hacia abajo, apoyado en los dos codos y observando aquellas aguas oscuras.

—Sin duda —dijo—, las grandes montañas del mundo serían un buen remedio contra el descontento y la ambición de nuestros tiempos, si los hombres lo conocieran. En estos montes está la fuente de la sabiduría. Están arraigados profundamente en el tiempo. Conocen las costumbres del sol y del viento, los pies ardientes del rayo, el hielo que rompe, la lluvia que cubre con un manto, la nieve que rodea su desnudez con una sábana más suave que si fuera de linón fino; y si bien su gran filosofía no se pregunta si es una sábana nupcial o una mortaja, ¿acaso no se justifica su calma despreocupada a cada año que transcurre, y no es un ejemplo que deberá hacernos olvidar y reírnos de nuestros cuidados?, a nosotros, niños del polvo, niños de un día, que nos cargamos con tantas cargas y cuidados, con miedos, deseos y maquinaciones tortuosas de la mente, de modo que nos hacemos viejos antes de tiempo y nos cansamos antes de que se cumpla el breve día y nos coseche la guadaña como premio de nuestras fatigas.

Alzó la vista, y ella le devolvió la mirada de sus ojos grandes; parecían pozos profundos de la noche, donde se mueven invisibles materias extrañas; resultaban perturbadores a la vista, pero estaban llenos de un encanto blando y soñoliento que tranquilizaba y calmaba.

—Has caído en un ensueño, señor mío —dijo Mevrian—. Y me resulta difícil caminar contigo en tus sueños, pues estoy despierta a plena luz del día, y quisiera ponerme en marcha.

—En verdad que es mala cosa —dijo el señor Gro— que tú, que no te has criado en la mendicidad ni en la pobreza, sino en la abundancia de honores y opulencias, tengas que ser fugitiva en tus propios dominios, y habitar con los zorros y las bestias de la montaña silvestre.

—En estos días es una residencia más dulce que Krothering —dijo ella—. Por eso suspiro por hacer algo. Llegar hasta Galing: eso ya sería algo.

—¿De qué te sirve Galing sin el señor Juss? —dijo Gro.

—Quieres decirme que es como Krothering sin mi hermano —respondió ella.

Ella iba armada y estaba sentada a su lado. Él la miró de reojo y vio temblar una lágrima en sus párpados.

—¿Quién sabrá predecir las vueltas del destino? —dijo él suavemente—. Puede ser que tu alteza esté mejor aquí.

La señora Mevrian se puso de pie. Señaló una huella en la roca viva que estaba ante sus pies.

—¡La huella de los cascos del hipogrifo! —exclamó—. Impresa en la roca hace siglos por aquella alta ave que preside desde antiguo la gloria predestinada de nuestro linaje, para conducirnos hasta una fama más alta que la región de las estrellas relucientes. Bien dicen que la tierra que gobierna una mujer sola no está bien guardada. No me quedaré más tiempo holgando aquí.

Gro, viéndola ponerse de pie armada de todas armas en aquel borde rocoso, asimilando con tanta perfección el valor viril en su belleza femenina, pensó que estaba ante la verdadera encarnación de la mañana y la tarde, aquel encanto que lo había llamado de Krothering hacia el que los espíritus proféticos de la montaña, el bosque y el campo le habían señalado el camino con una bendición celestial, cuando le dijeron que se dirigiera al norte, hacia el verdadero centro de su corazón. Se arrodilló y tomó la mano de ella entre las suyas, estrechándola y besándola como la de aquélla en que había depositado todas sus esperanzas y diciendo apasionadamente:

—Mevrian, Mevrian, deja que vaya armado de tu favor, y desafiaré a todo lo que se alce o se pueda alzar contra mí. Así como el sol ilumina los anchos cielos a mediodía y arroja luz sobre esta tierra triste, así eres tú la verdadera luz de Demonlandia, que por tu causa glorifica a todo el mundo. Doy la bienvenida a todas las desgracias, con sólo que tú me des la bienvenida a mí.

Ella saltó hacia atrás arrancándole la mano. Su espada salió cantando de la vaina. Pero Gro estaba tan extasiado y arrobado, que no pensaba en nada terrenal, sino sólo que estaba contemplando el rostro de su dama, y quedó inmóvil.

—¡Espalda contra espalda! —exclamó ella—. ¡Aprisa, o será demasiado tarde!

Él se puso de pie de un salto justo a tiempo. Seis sujetos gruesos, soldados de Brujolandia que se habían ido acercando a escondidas, caían sobre ellos. No gastaron aliento en hablar, y sonaron los aceros: Mevrian y él, espalda contra espalda, sobre una meseta rocosa, y los seis atacándolos por ambos lados.

—Matad al goblin —decían—. Tomad a la dama sin hacerle daño; si uno la toca, moriremos todos.

Y, durante un rato, los dos se defendieron con todas sus fuerzas. Pero el resultado de un combate tan desigual no podía permanecer incierto durante mucho tiempo, ni el gran valor de Gro podía suplir lo que le faltaba de fuerzas corporales y de habilidad con las armas. La señora Mevrian manejaba muy bien la espada, como descubrieron los otros a su pesar, pues al primero, un grandullón decidido que quiso hacerla caer


arrojándose sobre ella, le atravesó limpiamente la garganta de una hábil estocada; en vista de lo cual, sus compañeros actuaron con mayor precaución. Pero al cabo, caído en tierra Gro con muchas heridas, y cuando ya habían atrapado a Mevrian por la espalda mientras otros combatían con ella por delante, en el momento crucial y como por intervención celestial, se invirtió completamente la situación, y, en un momento, los cinco yacían sangrando sobre la roca junto a su compañero.

Mevrian miró a su alrededor, y, cuando vio lo que vio, cayó, débil y desmayada, en los brazos de su hermano, superada por tanta alegría radiante tras la tensión de la acción y el peligro; contemplando con sus propios ojos la llegada a casa que habían conocido los genios de la tierra y por la que se habían alegrado desenfrenadamente ante los ojos de Gro: Bránoch Dahá y Juss habían vuelto a su tierra de Demonlandia, como hombres resucitados de entre los muertos.

—No estoy lastimada —les respondió—. Pero cuidado de mi señor Gro; temo que esté herido. Cuidadlo bien, pues ha demostrado ser un verdadero amigo nuestro.

LA BATALLA DE LA LADERA DE KROTHERING

De cómo tuvo noticia el señor Corinius
de que los señores Juss y Brándoch Dahá habían vuelto de nuevo al país,
y cómo decidió presentarles batalla en la ladera, bajo Erngate End;
y de la gran marcha del señor Brándoch Dahá por su flanco,
desde el Transdale y sobre las montañas;
y de la gran batalla, y de su resultado.

 Laxus y los hijos de Córund caminaban una tarde por el prado del castillo de Krothering. Sobre ellos, el cielo estaba caliente y de color de plomo, amenazando tormenta. No se agitaba viento alguno entre los árboles, de un color verde lívido sobre aquel palio plumizo. Del castillo llegaba un ruido incesante de mazos y escoplos. Donde habían estado jardines y arboledas de sombra y dulzura, ya sólo había ruinas: columnas rotas, jarrones de pórfito de labor delicada, destrozados; montones de tierra y de vegetación descompuesta. Y los grandes cedros, símbolos de la dignidad y del orgullo de su señor, estaban tendidos con las raíces al aire, una maraña de follaje marchito y de ramas rotas, desnudas y sin vida. Sobre este lecho de muerte de la belleza estropeada, las torres de ónice se perfilaban mortecinamente contra el cielo.

—¿No es el siete un buen número? —dijo Cargo—. La semana pasada fue la sexta vez que creímos que habíamos atrapado por la cola a la anguila en aquellas sucias colinas de Mealand, y regresamos a casa con las manos vacías. ¿Cuándo crees, Laxus, que los atraparemos?

—Cuando los manzanos den empanadas de huevo —respondió Laxus—. No, el general confía más en sus bandos sobre la joven (que no va a volver a casa al oírlos, y seguramente no los ha oído siquiera) y en sus juegos de venganza, que en el buen arte militar. ¡Mira! Ésa es la obra del día.

Se volvieron al oír un griterío que procedía de las puertas, para ver cómo el que estaba más al norte de los dos hipogrifos dorados se tambaleaba y caía por el terraplén hasta el foso, levantando una gran polvareda entre las piedras y escombros que removía a su paso. El señor Laxus tenía el ceño sombrío. Puso la mano en el brazo de Heming, diciendo:

—Los tiempos exigen todos los sabios consejos que podamos acopiar, oh hijos de Córund, si es que queremos que el rey nuestro señor obtenga, como fruto de esta expedición a Demonlandia, la victoria final sobre todos los que lo quieren mal. Recordad que nuestra fuerza quedó muy mermada cuando se marchó el goblin.

—¡Que se vaya la víbora! —dijo Cargo—. Corinius tenía razón en esto, en no estar seguro de la honradez de un animal tan escurridizo. Apenas había servido un mes o dos cuando corrió a pasarse al enemigo.

—Corinius todavía está verde en el cargo —dijo Laxus—. ¿Cree que el resto de su reinado transcurrirá entre juegos y el disfrute del reino? Estos zurdazos de la fortuna todavía pueden destronarlo, mientras desgasta su juventud entre el vino y el amor, y desahoga su rencor particular contra esta dama. La juventud vacilante debe apoyarse en el consejo de los mayores, no sea que lo eche todo a rodar.

—¡Sí que eres tú un consejero viejo y reverendo, a tus treinta y seis años! —dijo Cargo.

—Somos tres —dijo Heming—. Toma tú el mando. Mi hermano y yo te apoyaremos.

—Quisiera que te tragases esas palabras como si nunca las hubieras pronunciado —dijo Laxus—. Acuérdate de Corsus y de Gallandus. Además, aunque ahora parece un hombre más trastornado que en su sano juicio, cuando Corinius está sereno, es un militar valiente y poderoso, un capitán hábil y diligente como no hay otro igual en Demonlandia, no, ni siquiera en Brujolandia, como no fuera vuestro noble padre; y éste, sólo en sus años mozos.

—Es verdad —dijo Heming—. Me has reprobado con justicia.

Y, mientras estaban hablando así, llegó uno del castillo e hizo una reverencia ante Laxus, diciéndole:

—Os buscan, oh rey; tened la bondad de acudir a la cámara del norte.

—¿Es el que acaba de llegar a caballo de la región oriental? —dijo Laxus.

—Ése es, así seáis servido —respondió con una rodilla en tierra.

—¿No ha sido recibido en audiencia por el rey Corinius?

—Ha pedido audiencia —dijo el criado—, pero se la negaron. Es cuestión urgente, y por eso me pidió que buscara a vuestra señoría.

Mientras caminaban hacia el castillo, Heming dijo a Laxus al oído:

—¿No conoces esta nueva y magnífica ceremonia cortesana? Estos últimos días, cuando ha destruido a algún rehén para disgustar a la señora Mevrian, como ha hecho hoy al destruir aquella águila con cabeza de caballo, no concede audiencia hasta la puesta del sol. Pues, cuando ha realizado el acto de venganza, se retira a su propia alcoba y lleva consigo a una moza, la más hermosa y juguetona que pueda encontrar, y así, ahogado en el mar de sus placeres, mitiga un poco y durante un rato los tormentos del amor.

Cuando Laxus salió de hablar con el mensajero que había llegado del este, se dirigió sin detenerse a la alcoba de Corinius. Una vez allí, apartó a un lado a los guardias, abrió las puertas relucientes y se encontró con el señor Corinius, que estaba de muy buen humor. Se hallaba reclinado en un diván muy mullido, tapizado con

terciopelo verde oscuro de tres pelos. A su lado estaba una mesa de marfil con incrustaciones de plata y de ébano, en la que había un frasco de cristal de roca ya vaciado en sus dos terceras partes del vino espumoso, y a su lado una hermosa copa de oro. Llevaba una túnica larga, suelta y sin mangas, de seda blanca y con una franja dorada; ésta, abierta por el cuello, dejaba al descubierto su pecho y un fuerte brazo, que se extendía hacia la copa de vino. Tenía sentada en la rodilla a una damisela de unos diecisiete años, hermosa y fresca como una rosa, y era evidente que estaba en trance de pasar de la conversación amistosa con ella al trato amoroso. Miró a Laxus con ira; éste habló sin más ceremonias y dijo:

—Toda la región oriental está levantada. Han capturado la fortaleza que construimos en el Stile. Spitfire ha pasado a Breakingdale para socorrer a Galing, y ha derrotado a nuestro ejército que lo asediaba.

Corinius bebió un trago y escupió.

—¡Puf! —dijo—. Mucho ruido y pocas nueces. Me gustaría saber con qué derecho me molestas con estas naderías, cuando estoy a mi gusto, disponiéndome a la alegría y a mi recreo. ¿No podías esperar a la hora de la cena?

Antes de que Laxus pudiera decir más, se oyó un gran estrépito fuera, en las escaleras, y entraron los hijos de Córund.

—¿Es que no soy rey? —dijo Corinius, ciñéndose la túnica—. ¿Vais a forzarme? Despejad la alcoba.

Después, al ver que se quedaban en silencio con las miradas trastornadas, dijo:

—¿Qué sucede? ¿Os ha dado un mal aire o una perlesía? ¿O es que habéis perdido el juicio?

Heming respondió y dijo:

—No estamos locos, mi señor. Está aquí Didarus, que nos defendía la fortaleza del Stile, y ha venido del este cabalgando tan aprisa como podía su caballo, y ha llegado poco después del primer mensajero, con noticias más ciertas, cuatro días más recientes que las de éste. Te ruego que le escuches.

—Le escucharé a la hora de cenar —dijo Corinius—. Y no antes, ni aunque se esté quemando el tejado.

—¡Es la tierra bajo tus pies la que se quema! —exclamó Heming—. Juss y Brándoch Dahá han vuelto a su tierra, y has perdido la mitad del país antes de saberlo siquiera. ¡Esos diablos han vuelto a su tierra! ¿Vamos a oír eso y quedarnos quietos como pilones?

Corinius escuchaba con los brazos cruzados. Tenía contraída la gran mandíbula. Se le abrieron las aletas de la nariz. Quedó callado un rato, con los ojos azules y fríos como fijos en un objeto distante. Después dijo:

—¿Han vuelto? ¿Y la región oriental está agitada? No es de extrañar. Agradeced a Didarus sus noticias. Me endulzará un poco más los oídos con ellas durante la cena.

Hasta entonces, dejadme, si no queréis que os haga abatir.

Pero Laxus, con el ceño triste y serio, se colocó junto a él y le dijo:

—Mi señor, no olvidéis que aquí sois el legado y el representante del rey. Que la corona que está sobre tu cabeza llene de precaución vuestros pensamientos, para que podáis escuchar en paz a los que están dispuestos a aleccionaros con consejos sabios y prudentes. Si disponemos marchar esta noche por Switchwater, bien podemos encerrar este peligro y ahogarlo antes de que crezca demasiado. Por el contrario, si los dejamos entrar en esta región occidental, es muy probable que invadan todo el país sin que nada pueda oponerse a ellos ni detenerlos.

Corinius le dirigió una mirada.

—¿Es que nada puede moverte a obedecerme? Ocupate de tu misión. ¿Está la flota en buenas condiciones? Pues ésa es la fuerza, el apoyo y el descanso de nuestro poder, ya sea para avituallarnos o para lanzar nuestro peso contra ellos como queramos; o para refugiarnos en ella, si a ello viene. ¿Qué te preocupa? ¿No es lo que más hemos deseado durante estos cuatro meses que estos demonios se atreviesen a presentarnos batalla? Si es verdad que el propio Juss y Bránoch Dahá han derrocado los castillos y plazas fuertes que yo tenía en el este y que se dirigen contra nosotros con un ejército, entonces ya los tengo en la fragua, y ahora los pondré bajo el martillo^[282]. Y no dudes que elegiré mi propio terreno para combatirlos.

—Todavía conviene apresurarse —dijo Laxus—. Si no les hacemos frente, llegarán ante Krothering en un día de marcha.

—Eso viene al pelo de mis propios designios —respondió Corinius—. No voy a moverme ni una legua para cerrarles el paso, sino que los recibiré aquí, donde el terreno es más favorable para recibir a un enemigo. Ventaja que voy a apurar al máximo, situándome en la ladera de Krothering y apoyando mi flanco en la montaña. La flota quedará en la bahía de Aurwath.

Laxus se acarició la barba y quedó callado un rato, considerando lo dicho. Después alzó la vista y dijo:

—Es un plan digno de un buen general; no puedo negarlo.

—Es un designio, señor mío —dijo Corinius—, que tenía guardado para mí desde hace mucho tiempo, para un caso de necesidad como éste. Por lo tanto, dejadme solo para que haga mi voluntad. También se da otra buena circunstancia: que aquel silbón^[283] podrá contemplar su casa por última vez antes de que lo mate. Creo que le alegrará la vista después de mis cuidados.

Al tercer día después de estos hechos, el granjero de Holt^[284] estaba en el porche de su casa, que daba al oeste, hacia Tivarandardale. Era un viejo encorvado como un espino de montaña. Pero tenía los ojos negros y brillantes, y su cabello rizado y

crespo todavía le ceñía la frente. Era última hora de la tarde, y el cielo estaba cubierto. Los perros de pastor, de pelo desgreñado, dormían ante la puerta. Las golondrinas se reunían en el cielo. Cerca de él estaba sentada una damisela, delicada como una cogujada^[285], grácil como un antílope; y estaba moliendo grano en un molino de mano, mientras cantaba:

Muele, molino, muele.
Corinius nos muele a todos;
Reinando en la viuda Krothering.

El viejo estaba bruñendo un escudo y un morrión^[286], y tenía a los pies otros arreos bélicos.

—Me maravilla que todavía estés ocupado con tus arreos, oh padre mío —dijo ella, alzando la vista de su cántico y de su molienda—. Si las cosas vuelven a ir mal, ¿qué puede hacer un viejo sino padecer y callar?

—Habrà tiempo para eso más tarde —dijo el viejo—. Sólo poco tiempo está la mano dispuesta al golpe.

—Si vuelven, seguramente querrán quemar las vigas del tejado —dijo ella, aun moliendo.

—Eres una mozuela desobediente. Si huyeras a la cabaña^[287] al fondo del valle, como te tengo mandado, no me importaría un haba que quemasen o dejasen de quemar.

—Que arda si llegan —dijo ella—. ¿De qué nos servirá entonces quedarnos? Tú eres un viejo y ya has vivido tus buenos días y yo no quiero quedarme así en el mundo.

Un gran perro se despertó junto a ella y se sacudió; después se acercó a ellos y recostó el hocico en el regazo de ella, mirándola con ojos amables y solemnes.

—Eres una moza desobediente —dijo el viejo—, y, si no es por ti, que venga espada o que venga fuego no se me da una paja; pues sé que no será sino una tormenta pasajera, ahora que ha vuelto a casa mi señor.

—Han quitado al señor Spitfire sus tierras —dijo ella.

—Sí, mulilla mía —dijo el viejo—, y verás que mi señor vuelve a recuperarlas.

—¿Sí? —dijo ella.

Y siguió moliendo y cantando:

Muele, molino, muele.
Corinius nos muele a todos.

—¡Chist! —dijo el viejo al cabo de un rato—, ¿no se ha oído un caballo? Entra en casa hasta que sepa si viene en son de paz.

Y se agachó trabajosamente para tomar su arma. Temblaba lastimosamente en sus

débiles manos.

Pero ella, como conociendo las pisadas, no pensó en otra cosa, sino que saltó con el rostro primero rojo, después pálido y luego sonrojado de nuevo, y corrió hasta la puerta de la cerca. Y los perros pastores saltaban ante ella. Allí, en la puerta, se encontró con un joven que montaba un caballo fatigado. Iba vestido de soldado, y el caballo y su jinete estaban tan manchados de barro y de polvo y de todo tipo de suciedades, que daba pena verlos, y estaban tan agotados, que parecía que apenas tenían fuerzas para avanzar un tiro de piedra más. Se detuvieron ante la puerta, y todos los perros saltaron sobre ellos, lloriqueando y ladrando de alegría.

Antes de que el soldado hubiera terminado de desmontar, recibió un dulce abrazo.

—Con cuidado, corazón mío —dijo—; tengo el hombro algo dolorido. No, no es nada. Te he traído a casa todos los miembros.

—¿Ha habido una batalla? —preguntó el viejo.

—¿Que si ha habido una batalla, padre? —exclamó él—. Te diré que los muertos están más apretados en la ladera de Krothering que las ovejas en nuestro redil en el tiempo del esquileo.

—Ay de mí, es una herida horrible, querido mío —dijo la muchacha—. Entra; te la lavaré y te pondré milenrama machacada con miel; es un remedio soberano contra el dolor y la pérdida de sangre, y seca los labios de la herida y la sana tan aprisa que no lo creerás. Has sangrado demasiado, tonto. Y ¿cómo has podido salir adelante sin tener a tu mujer para que te cuidase?

—¿Hemos vencido, muchacho? —dijo el granjero, rodeándolo con un brazo.

—Te lo diré todo punto por punto, viejo —respondió él—, pero primero debo llevarlo al establo. —Y el caballo le restregó el hocico por el pecho—. Y debéis echarme algo de lastre. Sabe Dios que no es relato para contarlo con el vientre vacío.

—Ay, padre —dijo la damisela—; ¿no tenemos ya un bocado dulce en la boca al tenerlo de vuelta una vez más? Y déjale que tarde en servirnos el segundo bocado, sea dulce o amargo.

De modo que le lavaron la herida y le aplicaron a la misma hierbas benéficas, y la vendaron con trapos limpios, y le pusieron ropas limpias y le hicieron sentarse en el banco fuera del porche y le sirvieron de comer y de beber: bollos de cebada y miel oscura de brezo, y vino blanco y áspero de Tivarandardale. Los perros yacían cerca de él, como si se sintieran más calientes y seguros a su lado. Su joven esposa le cogía de la mano, como si eso bastase si durase para siempre. Y aquel viejo, que se tragaba su impaciencia como un muchacho que espera el toque de la campana en la escuela, acariciaba su partesana^[288] con mano temblorosa.

—¿Recibiste el recado que te envié tras la batalla bajo Galing, padre?

—Sí. Fue bueno.

—Aquella noche se celebró un consejo —dijo el soldado—. Todos los grandes se

reunieron en el gran salón de Galing; daba gloria verlos. Yo fui uno de sus coperos, porque había matado al abanderado de los brujos en aquella misma batalla bajo Galing. No me pareció haber hecho gran cosa, hasta que después de la batalla, mirad, me encuentro a mi señor de pie junto a mí, y me dice: «Arnod» (sí, me llamó por mi nombre, padre), «Arnod (dice), has abatido el pendón de Brujolandia que tremolaba con tanto orgullo contra nuestra libertad. Los hombres como tú sois los que salvaréis a Demonlandia en estos tiempos de perros (me dice). Porta mi copa esta noche, como honor que te hago». Moza, me gustaría que le hubieras visto los ojos en aquel momento. Nuestro señor es un señor que pone fuerzas en el brazo de la espada.

»Tenían delante el gran mapa del mundo, el de este país de Demonlandia, para estudiar sus planes. Yo estaba a su lado, sirviendo el vino, y oí sus debates. Es un mapa maravilloso, hecho de bronce y de cristal, muy artificioso, con aguas que relucen y montañas de bulto. Mi señor señala con la espada y dice: “Aquí está Corinius, según todos los indicios, y no se mueve de Krothering. Y, por los dioses (dice), es buen acuerdo. Pues advertid que, si vamos por Gashterndale, como debemos ir para llegar hasta él, nos puede golpear como el martillo sobre el yunque. Y, si queremos pasar hacia la cabecera de la ría de Thunder (y la señaló con su espada), cae sobre nuestro flanco; y, en todos los pasos, la pendiente de la tierra le favorece y nos perjudica a nosotros”.

»Recuerdo esas palabras —dijo el joven—, porque mi señor Brándoch Dahá se rió y dijo: “¿Estamos tan desconocidos tras nuestros viajes que nuestra tierra combate a favor del otro bando? Dejad que vuelva a estudiarlo”.

»Le llené la copa. Dioses, le llenaría una copa de mi propia sangre si me lo pidiera, después del tiempo que hemos pasado juntos, padre. Pero luego hablaré más de esto. Es el caballero más fuerte, y un capitán sin igual.

»Pero el señor Spitfire, que se paseaba mientras tanto de un extremo a otro del salón, alzó la voz y dijo: “Sería una locura seguir este camino que nos han preparado. Tomémoslo por el flanco por el que menos espera vernos: por el sur, a través de las montañas, y cayendo desde Mardardale sobre su retaguardia”.

»“Ah (dijo mi señor), y nos rechazarían hacia las ciénagas de Murkdale si fracasamos en el primer embate. Es demasiado peligroso. Es peor que por Gashterndale”.

»Así siguieron: un no para cada sí, y nada los satisfacía. Hasta que, al final, mi señor Brándoch Dahá, que había pasado mucho tiempo ocupado con el mapa, dijo: “Ahora que habéis cernido todo el pajar sin encontrar la aguja, os presentaré mi acuerdo, para que no digáis que os aconsejo con demasiada precipitación”.

»Y le pidieron que expusiera su acuerdo. Y dijo a mi señor: “Tú irás con el grueso de nuestras fuerzas por el camino de Switchwater. Y que toda la tierra arda para anunciar vuestra llegada. Pasaréis la noche de mañana en alguna posición

privilegiada, donde no pueda atacarnos con ventaja; quizá en las viejas cabañas sobre Wrenthwaite, o en algún lugar adecuado antes de llegar adonde el camino empieza a caer al sur hacia Gashterndale. Pero, al romper el día, alzad el campo y cruzad el Gashterndale y llegad a la ladera para entrar en batalla con él. Así, todo saldrá según sus propios deseos y expectativas. Pero yo (dijo mi señor Bránoch Dahá), con setecientos jinetes escogidos, ya habré seguido por entonces la cresta de las montañas, desde Transdale hasta Erngate End; así, cuando dirija sus fuerzas hacia el norte bajando la ladera para sobrepajaros, amenazará la seguridad de sus flancos y de su retaguardia un peligro con el que nunca soñó. Si es capaz de resistir mi carga por sorpresa sobre su flanco, contigo delante para tenerlo ocupado, y con tan pequeña ventaja sobre nosotros en fuerzas; si es capaz de resistir todo ello, entonces ¡buenas noches! Los brujos serán superiores a nosotros en las armas, y podemos quitarnos la gorra y dejar de aspirar a recuperar lo nuestro”.

»Eso dijo mi señor Bránoch Dahá. Pero todos dijeron que era una torpeza pensar tal cosa. ¿Dirigir un ejército a caballo en tan breve tiempo sobre un terreno tan malo? No podía ser. “Bueno (dijo él), dado que no os parece posible, tanto más se lo parecerá a él. Los acuerdos prudentes no nos sirven de nada en este trance. Dejadme tan sólo que escoja a mis setecientos hombres y caballos hasta el número de setecientos, y prepararé este baile de máscaras de tal modo que no os quejaréis del maestro de ceremonias”.

»De modo que al final se salió con la suya. Y, después de la medianoche, creo que todavía seguían con ello, haciendo planes y estudiándolos.

»Al salir el día, todo el ejército formó en los prados que están más abajo del lago de la luna, y mi señor habló ante ellos y nos dijo que tenía intención de marchar a la región occidental para limpiar a Demonlandia de brujos; y pidió que cualquier hombre que estuviera cansado de guerras furiosas y le pareciera cosa más dulce volver a su propio lugar y a su casa, que lo dijera sin miedo, y que lo dejaría marchar, sí, y que le daría buenos presentes, en vista de que todos habíamos servido con hombría; pero que no quería tener en su empresa a hombre alguno que no fuera a la misma con todo su ánimo y su corazón^[289].

—Sin duda, ninguno aceptaría tal oferta —dijo la damisela.

—Se levantó tal griterío —dijo el soldado—, con tal ruido de pies y tal entorchocar de armas, que la tierra temblaba, y los ecos retumbaban como truenos por las altas cañadas del Scarf, de los gritos de «¡Krothering!», «¡Juss!», «¡Bránoch Dahá!», «¡Lleavadnos a Krothering!». Sin más, se prepararon los fardos del bagaje, y, antes del mediodía, todo el ejército había atravesado el Stile. Mientras estábamos detenidos para el almuerzo cerca de Blackwood, en Amadardale, llegó mi señor Bránoch Dahá cabalgando entre las filas, para escoger a su gusto a setecientos de nuestros mejores jinetes. Y no quiso encomendar el encargo a sus oficiales, sino que,

cuando veía a un muchacho apto, lo llamaba por su nombre y le demandaba^[290] si quería cabalgar con él. Apuesto a que jamás oyó un «no» como respuesta a tal demanda. Yo tenía frío el corazón de temor a que me ignorase cuando lo vi pasar cabalgando, tan garboso como un rey. Pero tiró de la rienda a su caballo y dijo: «Arnod, buen caballo cabalgas. ¿Servirá para llevarte hasta Erngate End para ir a caza de jabalíes mañana por la mañana?». Yo le hice un saludo y le dije: «No sólo hasta allí, mi señor, sino hasta el infierno ardiente, con sólo que tú nos dirijas». «Ven (dijo él). Te llevaré a una puerta mejor: al salón de Krothering, antes de que caiga la noche».

»Entonces quedaron divididas nuestras fuerzas, y el grueso del ejército se dispuso a marchar hacia el oeste, bajando el camino de Switchwater, con el señor Zigg como jefe de la caballería, y el señor Volle y mi señor mismo y su hermano el señor Spitfire, en el centro de todos. Y con ellos iba aquel traidor extranjero, el señor Gro; pero creo que es más un dulce de alfeñique que un hombre de guerra. Y con ellos iban muchos caballeros de valía: Gismor Gleam de Justdale, Astar de Rettray y Bremery de Shaws, y muchos más hombres notables. Pero con mi señor Bránoch Dahá quedaron Arnund de By y Tharmrod de Kenarvey, Kamerar de Stropardon, Emeron Galt, Hesper Golthring de Elmerstead, Styrkmir de Blackwood, Melchar de Strufey, los tres hijos de Quazz, de Dalney, y Stypmar de Failze; jóvenes caballeros feroces y coléricos, tal como él los prefería, a mi parecer; grandes jinetes; no muy preocupados por el futuro y las cosas lejanas, pero mantenedores de la fortuna día a día; demasiado precipitados para dirigir un ejército, pero los mejores de todos para seguirle y obedecerle en una empresa tan gloriosa.

»Antes de que partiésemos, mi señor acudió a hablar con mi señor Bránoch Dahá. Y mi señor miró el cielo, que estaba lleno de nubes oscuras y de viento, y dijo: “No faltes a la cita, primo. Tú has dicho que tú y yo somos como el índice y el pulgar; y nunca se verá esto con más seguridad que mañana”.

»“Oh amigo de mi corazón, ten confianza (respondió mi señor Bránoch Dahá). ¿Has tenido noticia de que tratase mal alguna vez a mis invitados? ¿Y no te he invitado a desayunar mañana por la mañana en los prados de Krothering?”.

»Entonces, nosotros los setecientos torcimos a la izquierda en la confluencia, y subimos por Transdale hasta las montañas. Y cayó mal tiempo sobre nosotros, el peor que he visto nunca. Ya sabes, padre, que en Transdale el terreno es muy blando y hay poco camino, y era muy fatigoso, cuando todos los senderos de ciervos se habían vuelto cursos de agua, y no había sino barro y cieno bajo los pies, y uno no podía ver por encima y a su alrededor sino bruma blanca y lluvia, y barro y agua bajo los cascos de los caballos. Poca indicación tuvimos de que habíamos llegado a lo más alto del collado, si no fuera porque las nubes se espesaron y el viento apretó más a nuestro alrededor. Todos estábamos mojados hasta los huesos, y llevábamos una pinta

de agua en cada zapato.

»Mientras estábamos detenidos en el collado, mi señor Bránoch Dahá no descansó nada, sino que dio su caballo a su escudero para que lo sostuviera y recorrió las filas personalmente. Y para cada uno tenía una broma o una mirada alegre, de modo que verlo y oírlo era para nosotros como comida y bebida. Pero sólo consintió que nos detuviésemos poco tiempo; luego, torcimos a la derecha y subimos por la cresta, por donde el camino era todavía peor que había sido por el valle, con rocas y pozos ocultos entre los brezales, y peñas resbaladizas de piedra berroqueña. A fe que creo que ningún caballo que no haya nacido y se haya criado para ello sería capaz de cruzar aquel terreno, mojado o seco, sin quebrarse las piernas y romperle el cuello a su jinete antes de dos horas de viaje; pero los que íbamos hacia la ladera de Krothering con mi señor Bránoch Dahá cabalgamos diez horas de esa manera, aparte de las paradas que hicimos para dar agua a nuestros caballos y las más largas para echarles pienso, y la última parte del viaje fue a través de la noche oscura, y todo el viaje entre los dientes del viento, con lluvia que arrastraba el viento como vapor, y a veces pedrisco. Y, cuando terminó la lluvia, el viento roló al noroeste y secó los riscos. Y, entonces, los pedazos pequeños de piedra berroqueña podrida nos daban en el rostro como pedrisco que arrastra el viento. No había refugio, ni siquiera el costado de las rocas protegido del viento, sino que aquel viento tormentoso nos golpeaba y nos detenía, y batía las alas entre los peñascos como el trueno. ¡Cielos!, estábamos cansados y a punto de caernos, fríos hasta los huesos, casi cegados los jinetes y los caballos, pero seguimos adelante con enorme constancia. Y mi señor Bránoch Dahá tan pronto iba en la vanguardia como en la retaguardia, animando los corazones de los hombres, que advertían el alegre rostro con que sufría él las mismas penalidades que el menor de sus soldados: como el que cabalga a placer de camino a un gran banquete de bodas, y exclamaba: “¡Vamos, muchachos, seguid con alegría! Esos sapos de las charcas del Druima van a enterarse demasiado tarde para ellos de cómo nuestros caballitos de montaña las recorren como ciervos”.

»Cuando empezó a salir la mañana, hicimos el alto definitivo, y los setecientos de a caballo nos quedamos escondidos en la hoya que hay bajo los altos precipicios de Erngate End. Os aseguro que fuimos con cuidado, no fuera que un cerdo mirón de Brujolandia que alzase la vista desde abajo columbrara hombres o caballos contra el cielo. Lo primero que hizo su alteza fue apostar a sus centinelas y hacer que se pasara lista, y se aseguró de que cada hombre había desayunado y cada caballo había recibido su pienso. Después se situó detrás de una peña, desde donde podía contemplar el terreno que estaba por debajo. Me llamó a su lado para que le llevara recados. Con las primeras luces, miramos al oeste sobre el borde de la montaña y vimos Krothering y los brazos de mar, no tan oscuros que no pudiésemos contemplar su flota fondeada en aguas de Aurwath, y sus reales como un grupo de colmenas, tan

próximos, que parecía que uno podía arrojar una piedra sobre ellos desde donde estábamos. Era la primera vez que yo guerreaba a su lado. A fe que es hombre hermoso a la vista: recostado allí entre los brezales, con la barbilla sobre los brazos cruzados, con el yelmo a un lado para que no lo vieses relucir desde abajo; silencioso como un gato; se diría que estaba medio dormido, pero tenía despiertos los ojos, contemplando Krothering. Ya desde tan lejos se veía lo mal que lo habían tratado.

»El sol, grande y rojo, saltó de los bancos de nubes del oriente. Empezó a haber movimiento en su campamento: se izaban estandartes, los hombres se reunían junto a los mismos, formaban filas, sonaban clarines; después, una veintena de jinetes llegó al campamento por la carretera de Gashterndale. Su alteza, sin mover la cabeza, me hizo señal con la mano de que reuniese a sus capitanes. Yo fui corriendo por ellos. Les dio órdenes rápidas, señalando hacia donde los cerdos de Brujolandia formaban en orden de batalla: ladrones y piratas que robaron a los súbditos de su alteza en su propia tierra; se dirigieron desde los reales hacia el norte con pendones y estandartes y lanzas desnudas que relucían. Luego, entre el silencio, llegó un sonido capaz de hacer dar un brinco al corazón: apagado, de entre las profundidades lejanas de Gashterndale, el toque de batalla del clarín de mi señor Juss.

»Mi señor Bránoch Dahá esperó un momento, mirando hacia abajo. Después se volvió con un rostro que relucía como la mañana. “Buenos señores (dijo), ahora montad aprisa, pues Juss lucha contra sus enemigos”. Creo que estaba muy contento. Creo que estaba seguro de que aquel día se desplicaría a gusto de todos los que le habían agraviado.

»Fue una cabalgata larga desde Erngate End. Toda la sangre de nuestros corazones nos empujaba a ir aprisa, pero debíamos cabalgar con cuidado, abriéndonos camino por aquel terreno difícil, empinado como un tejado, irregular y sin apoyos firmes, con musgo húmedo y resbaladizo y con peñas cortantes y rocas inestables. Lo único que podíamos hacer era dejar solos a los caballos, y nos bajaron la ladera con mucho valor. Apenas estábamos a mitad de la bajada cuando pudimos oír y ver la marcha de la batalla. Los de Brujolandia estaban tan atentos al grueso del ejército de mi señor, que creo que, cuando nos advirtieron, ya habíamos salido del terreno empinado y estábamos formando para cargar. Nuestros clarines tocaron su desafío de batalla, ¿quién se atreve con Bránoch Dahá?, y bajamos a la ladera de Krothering como una avalancha de rocas.

»Apenas sé cómo fue la batalla, padre. Fue como la confluencia de dos ríos en avenida^[291]. Creo que se abrieron ante nosotros, a derecha e izquierda, para resistir mejor el golpe. Los que estaban ante nosotros cayeron como el trigo bajo el pedrisco. Nosotros giramos a ambos lados; algunos contra su derecha, que fue rechazada hacia sus reales; los más, con mi señor Bránoch Dahá, hacia nuestra derecha. Yo estuve con éstos, en la batalla principal. Su alteza cabalgaba un caballo ardiente y nervioso,

muy bravo y obstinado; junto a él iban Styrmir de Blackwood a un lado y Tharmrod al otro. Ningún hombre ni caballo eran capaces de mantenerse en pie ante ellos, y ellos iban como siguiendo un laberinto, de un lado a otro, entre los golpes y los tajos de los peones, las cabezas y los brazos cortados, los hombres abiertos en dos desde la coronilla hasta el vientre^[292], sí, hasta la silla, los caballos sin jinete enloquecidos, la sangre que salpicaba del suelo como el barro en una marisma.

»Así seguimos durante un tiempo, hasta que agotamos la ventaja de nuestro ataque por sorpresa y sentimos por primera vez el peso de su fuerza. Pues parece que el propio Corinius había llegado desde la vanguardia, donde había rechazado durante un tiempo al grueso de nuestro ejército, y se lanzó contra mi señor Bránoch Dahá con jinetes y peones con sus picas; y mandó a sus honderos que nos apedrearán con fuerza y nos rechazaran hacia los reales.

»Y entonces, con el gran empuje de la batalla, fuimos arrastrados de nuevo hacia sus reales; y allí sí que se formó una de todos los diablos: los caballos y los hombres que tropezaban en los vientos de las tiendas; las tiendas derribadas; ruidos de vajillas rotas; y el rey Laxus, que había llegado con marineros de su armada que nos desjarretaban los caballos mientras Corinius cargaba sobre nosotros por el norte y por el este. Ese Corinius se portó en la batalla como un diablo del infierno, más que como un hombre mortal. Con los dos primeros tajos de su espada derribó a dos de nuestros mejores capitanes, Romenard de Dalney y Emeron Galt. A Styrmir, que se puso en su camino para detenerlo, lo derribó con la lanza: al jinete y al caballo. Dicen que aquel día se encontró dos veces con mi señor Bránoch Dahá, pero que ambas veces los separó la turbamulta de la batalla antes de que pudieran enfrentarse entre sí.

»Como bien sabes, padre, ya he estado en algunas batallas grandes: primero, siguiendo a mi señor y a mi señor Goldry Bluszco, en tierras extranjeras, y el año pasado en el gran combate de Crosby Outsikes, y otra vez con mi señor Spitfire cuando derrotó a los brujos en Rapes Brima, y en la batalla grande y sangrienta bajo el acantilado de Thremmir. Pero nunca había estado en una batalla como la de ayer.

»Nunca había visto tales hechos de armas. Dígalo Kamerar de Stropardon, que, con un gran mandoble, le cortó a su enemigo la pierna cerca de la cadera: un golpe tan grande que la hoja atravesó la pierna, la silla y el caballo. Y Styrmir de Blackwood, que se alzaba como un diablo entre un montón de muertos, y, a pesar de que había perdido el yelmo y sangraba por tres o cuatro grandes heridas, mantenía a raya a una docena de brujos con tajos y reveses mortales, hasta que éstos tuvieron bastante y se retiraron ante él: doce contra uno, y éste dado por muerto poco antes. Pero todos estos grandes hechos parecían paja junto a los hechos de mi señor Bránoch Dahá. En poco tiempo, le mataron tres caballos entre las piernas, pero él no recibió herida alguna, cosa maravillosa. Pues cabalgaba sin miedo por todas partes, derribando a los campeones enemigos. Recuerdo una vez que le abrieron el vientre al

caballo y lo mataron entre sus piernas, y uno de aquellos señores de Brujolandia lo quiso atravesar con la lanza en el suelo, mientras se ponía de pie; cómo asió la lanza con las dos manos y a pura fuerza derribó a su enemigo de la silla. Era el príncipe Cargo, el menor de los hijos de Córund. Por mucho que fueren sus hermosos ojos las damas de Brujolandia, ya no volverán a ver llegar el barco de aquel gentil mozo^[293]. Cuando cayó en tierra, su alteza le dio tal tajo en el pescuezo que la cabeza le voló por los aires como una pelota de tenis. Y, en un abrir y cerrar de ojos, mi señor Brándoch Dahá volvía a cabalgar sobre el caballo de su enemigo, y se volvió para cargar de nuevo sobre ellos. Se diría que le flaquearía el brazo de cansancio, pues es hombre que parece delgado y grácil. Pero creo que el último golpe que dio en la batalla no fue más ligero que el primero. Y parecía que las piedras, las lanzas y los tajos que caían sobre él no le hacían más daño que el que haría una paja a un diamante.

»No sé cuánto duró aquel combate entre las tiendas. Sólo sé decir que fue el mejor en que me he hallado jamás, y el más sangriento. Y, por todos los indicios, se batallaba del mismo modo en la otra parte, donde mi señor con los suyos se abría camino por la ladera. Pero no sabíamos nada de eso. Aunque es seguro que todos habríamos muerto si mi señor no hubiera vencido allí, tan seguro como que él no hubiera vencido si nosotros no hubiésemos cargado sobre el flanco de los enemigos cuando éstos cargaban contra él. Pero, en el último momento, cada uno de los que luchábamos entre las tiendas sólo pensaba en una cosa: en cómo podría matar a un brujo más, y después a otro más, antes de morir. Pues entonces Corinius reunió sus fuerzas para aplastarnos, y por cada enemigo que caía parecía que surgían dos más contra nosotros. Y los nuestros caían en grandes números, y las tiendas que eran tan blancas se habían convertido en una gran mancha de sangre.

»Cuando yo era un niño pequeño, padre, y nadábamos en las pozas profundas del Tivarandar, jugábamos a un juego: un niño atrapaba a otro^[294], y lo sujetaba bajo el agua hasta que no podía más por falta de aire. Creo que no hay en el mundo un deseo tan ardiente como el deseo de aire cuando el que es más fuerte que tú te tiene sujeto bajo el agua, ni hay alegría en el mundo como la de recibir de nuevo el aire claro y fresco en los pulmones cuando te deja salir a la luz del día. Lo mismo nos pasó a nosotros, que nos habíamos despedido de la esperanza y veíamos que todo estaba perdido menos la vida misma, y ésta no podía durar mucho; cuando oímos de pronto el resonar del clarín de mi señor, que tocaba el toque de carga. Y, antes de que nuestros entendimientos trastornados pudieran dar en lo que aquello quería decir, todo el fragor de la batalla se desparramó y se dispersó, como el agua de un lago en un turbión, y las fuerzas reunidas del enemigo, que nos habían rodeado con tal rociada de proyectiles y de acero, retrocedieron primero hacia delante, luego hacia atrás, y por último de nuevo hacia delante, sobre nosotros, revueltos y con gran

confusión. Creo que nuestros brazos cobraron fuerzas nuevas; creo que nuestras espadas abrieron la boca. Pues vimos al norte la enseña de Galing, que ondeaba como una estrella ardiente; y un momento después vimos a la propia persona de mi señor, muy adelantado sobre el tumulto, y a Zigg, y a Astar, y a centenares de nuestros jinetes, que se abrían camino a tajos hacia nosotros, mientras nosotros nos abríamos camino a tajos hacia ellos. Y había llegado la hora de la cosecha para nosotros, y la hora de hacernos pagar todas aquellas horas cansadas y sangrientas que habíamos pasado con la vida entre los dientes entre las tiendas de la ladera de Krothering, mientras los otros, mi señor con los suyos, se abrían camino hasta la victoria, dolorosamente y yarda a yarda, y con toda la desventaja del terreno. Y entonces, antes de que nos diésemos buena cuenta de ello, los vencimos, y alcanzamos la victoria, y el enemigo quedó desbaratado, y sufrió una derrota como no ha visto otra igual ningún hombre vivo.

»Aquel falso rey Corinius, después de quedarse hasta ver el final de la batalla, huyó de la gran matanza con unos pocos de sus hombres, y después se supo que había llegado a embarcarse en la bahía de Aurwath y se había hecho a la mar con tres o cuatro navíos. Pero quemaron la mayor parte de su armada para que no cayese en nuestras manos.

»Mi señor dio orden de que se recogiese a los heridos y se les atendiese, a los amigos y a los enemigos por igual. Entre ellos encontraron al rey Laxus, aturdido por un golpe de maza o algo así. De modo que lo llevaron ante los señores, que estaban un poco más lejos, bajando por la ladera, sobre los prados del castillo de Krothering.

»Les miró a los ojos a todos, muy orgulloso y muy guerrero. Después dijo a mi señor: “Puede darnos dolor, pero no deshonra, ser vencidos tras una pelea tan igual y tan grandiosa. Sólo culpa a mi mala suerte, que no me hizo caer en la batalla. Ahora, oh Juss, puedes cortarme la cabeza por la traición que te hice hace tres años. Y, como sé que eres de natural noble y cortés, no me avergüenzo de pedirte esta cortesía, y no esperes: otórgamela ya”.

»Mi señor estaba allí de pie como un caballo de guerra después de tomarse un respiro. “Oh Laxus (dijo), no sólo te entrego tu cabeza, sino también tu espada (y se la dio con el puño por delante). Del recuerdo de tu conducta con nosotros en la batalla de Kartadza, ocúpese el tiempo, que sabe reducirlo todo a polvo. Desde entonces, te has portado como un noble enemigo nuestro; y por tal te tendremos todavía”.

»Dicho esto, mi señor mandó que llevasen al mar al rey Laxus y lo subieran a bordo de un bote, pues Corinius todavía estaba a poca distancia de tierra con sus navíos; sin duda, para ver si podía salvar a Laxus o a otros de los suyos.

»Pero cuando el rey Laxus ya estaba a punto de irse, mi señor Brándoch Dahá, afectando gran despreocupación, como si se le hubiera ocurrido por casualidad una cosa de poca importancia, dijo: “Mi señor, nunca pido favores a hombre alguno. Pero,

puestos a devolver cortesías, he pensado que quizá quisieras transmitir mis saludos a Corinius, pues no tengo otro mensajero”.

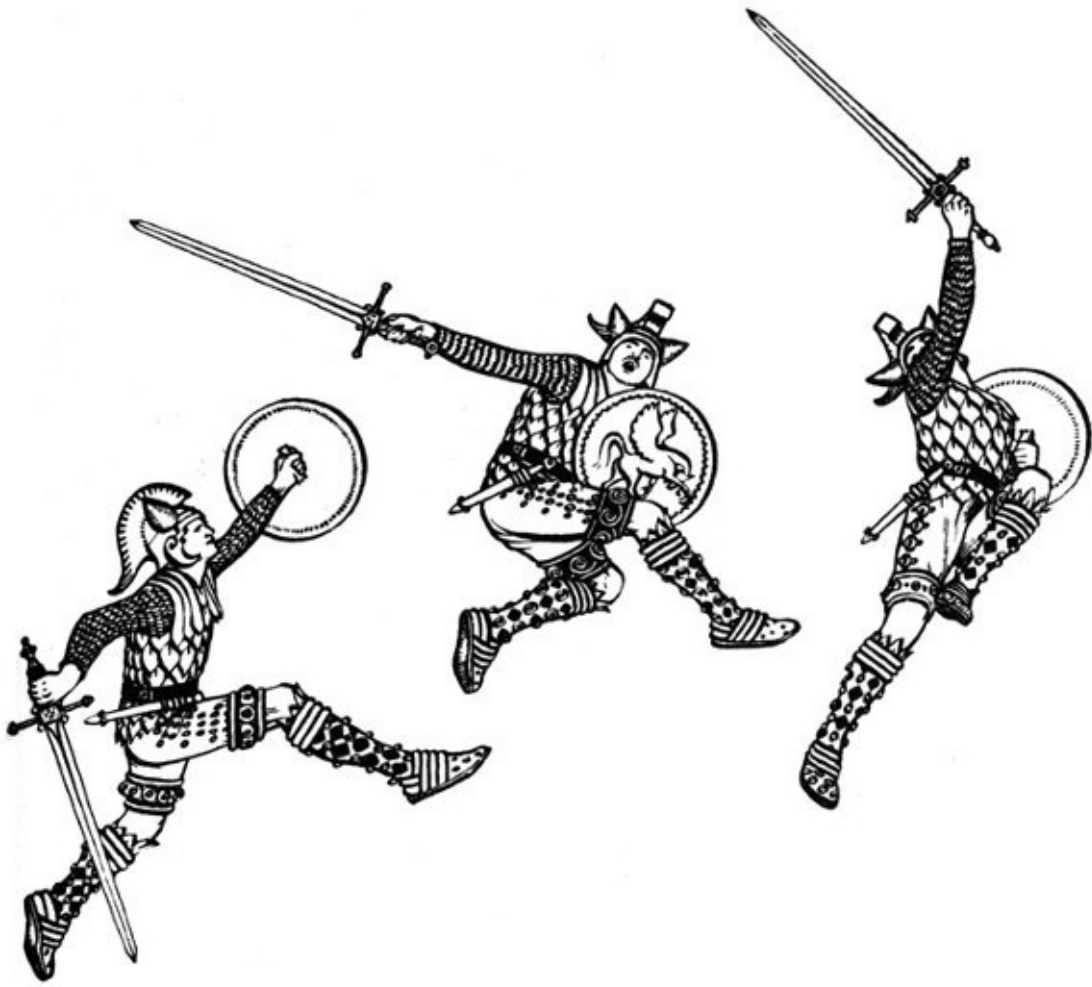
»Laxus respondió que lo haría de buen grado. Entonces dijo su alteza: “Dile que no le culpo por no habernos esperado en el campo cuando hubo perdido la batalla, pues hubiera sido una simpleza y hubiera ido contra todos los principios del buen arte militar, y sólo hubiera servido para perder la vida inútilmente. Sólo culpo a la fortuna caprichosa, que nos separó al uno del otro en este día en que debimos habérmolas los dos. Me hacen saber que se ha portado en mis salones más como un cerdo o un simio bestial que como un hombre. Ruégale que desembarque antes de que navegúéis hacia vuestra tierra, para que él y yo, sin otro que se interponga entre nosotros, podamos saldar nuestras cuentas. Le juramos paz y seguro, y salvoconducto hasta sus navíos, si me vence o si lo maltrato de tal modo que se rinda. Si no acepta esta oferta, es un cobarde; y todo el mundo lo tendrá por tal”.

»“Señor (dijo Laxus), le repetiré fielmente vuestro mensaje”.

»No sé si lo hizo o no, padre. Pero, si acaso dio a Corinius el mensaje, parece que a éste le agradó poco. Pues, en cuanto Laxus subió a bordo del navío, izaron velas, pusieron rumbo a alta mar y eso fue todo.

El joven dejó de hablar, y los tres quedaron un rato en silencio. Una débil brisa ondulaba el follaje de los robledales de Tivarandardale. El sol había caído tras los majestuosos Thombacks, y todo el cielo, de polo a polo, estaba encendido de la gloria de la puesta del sol.

Nubes moteadas, entre las que aparecía el cielo aquí y allá, cubrían los cielos, salvo en el oeste, donde se abría un gran arco de aire despejado entre las nubes y la tierra: aire de un azur que parecía quemar: tan puro era, tan profundo, tan cargado estaba de calidez: no era el azul duro del mediodía, ni el azul oriental profundo y suntuoso de la noche que se acerca, sino un azul brillante y celestial, próximo al verde; profundo, tierno y delicado como el espíritu del atardecer. A través del centro de aquella ventana del oeste, se extendía una nube como la hoja de una espada mellada, de bordes duros y serrados, cuyos dientes tenían alternativamente el color de carbones encendidos o estaban muertos; ora ardientes, ora oscuros como el hierro. Las nubes sobre el arco eran de color rosa pálido; el cenit, como ópalo negro, azul oscuro y gris tormentoso con motas de fuego.



Los soldados de Demonlandia

LA SEGUNDA EXPEDICIÓN A OÜENDELANDIA

Oe cómo el señor Juss, que no se desviaba de su propósito,
encontró oposición al mismo donde menos la esperaba;
y de la navegación de la armada hasta Muelva
por el estrecho de Melikaphkhaz.



uando segaron aquella cosecha en la ladera de Krothering, ardía la última
ascua del verano. Llegó el otoño, y los meses de invierno, y los días más
largos del nuevo año. Y, con el primer soplo de la primavera, los puertos estaban
llenos de barcos de guerra, tantos como no se habían visto nunca en aquella tierra, y
en todas las regiones, desde las islas occidentales hasta Byland, desde Shalgreth y
Kelialand hasta los promontorios bajo Rimon Armon, se reunían soldados con sus
caballos y todo tipo de arreos bélicos.

El señor Bránoch Dahá llegó a caballo procedente del oeste el día que las flores
de Pascua se abrieron por primera vez en los acantilados bajo Erngate End y las
prímulas endulzaban los bosques de abedules de Gashterndale. Salió muy de mañana,
y cabalgó aprisa, y entró cabalgando en Galing por la puerta del León hacia
mediodía. El señor Juss estaba en su cámara privada, y le recibió con gran amor y
alegría. Y Bránoch Dahá preguntó:

—¿Cómo estamos?

—Treinta y cinco navíos a flote en Lookinghaven —respondió Juss—, de los que
todos menos cuatro son dragones de guerra. Espero mañana a Zigg con los reclutas de
Kelialand; Spitfire está en Owlswick con mil quinientos hombres de las tierras del
sur; Volle ha llegado hace sólo tres horas con cuatrocientos más. En suma, tengo a
cuatro mil, contando las tripulaciones de los navíos y a nuestras propias guardias de
corps.

—Yo tengo ocho navíos de guerra —dijo el señor Bránoch Dahá— en la ría de
Stropardon, armados y despalmados^[295]. Cinco más en Aurwath, cinco en Lornagay
en Movrey, y tres en la costa de Mealand, en Stackray Oyce, además de otros cuatro
en las islas. Y tengo mil seiscientos peones con picas y seiscientos jinetes. Todos
ellos acudirán a reunirse con los tuyos en Lookinghaven en cuanto yo chasque los
dedos, con sólo que me avises con siete días de tiempo.

—Desnuda estaría mi espalda sin ti —dijo Juss, cogiéndole la mano.

—En Krothering no he movido una piedra ni barrido una sala —dijo Bránoch
Dahá—. Es un estercolero. He dedicado a esto todos los hombres que he podido
reunir. Y ahora todo está dispuesto.

Se volvió vivamente hacia Juss y lo miró un momento en silencio. Luego, con una seriedad que no solía encontrarse en sus labios, dijo:

—Déjame que te vuelva a apremiar: golpea y no pierdas tiempo. No le hagas el favor que le hicimos otra vez, derrochando nuestras fuerzas en la costa maldita de Duendelandia y junto a las aguas en cantadas de Ravary, para que pudiera enviar aquí con toda la seguridad del mundo a Corsus y a Corinius para que sembraran la desolación en esta tierra, haciéndonos cargar así con la mayor vergüenza que han padecido hombres mortales; y nosotros no hemos aprendido a soportar la vergüenza.

—Has dicho siete días —dijo Juss—. Chasca los dedos y reúne a tus ejércitos. No te haré esperar ni una hora.

—Sí, pero yo quiero ir a Carcë —dijo él.

—A Carcë. ¿Dónde, si no? —dijo Juss—. Y llevaremos con nosotros a mi hermano Goldry.

—Pero yo quiero ir primero a Carcë —dijo Bránoch Dahá—. Que mi opinión te persuada por una vez. Vaya, hasta un niño de la escuela te lo dirá: despeja tus flancos y tu retaguardia antes de avanzar.

—Me gustan tus nuevas ropas de prudencia, primo —dijo Juss, sonriendo—, te sientan muy bien. Pero me pregunto si no será ésta la verdadera razón: que Corinius no aceptó tu desafío el verano pasado, sino que lo dejó pendiente, y eso te ha dejado aún hambriento.

Bránoch Dahá lo miró a los ojos de refilón y se rió.

—Oh Juss —dijo—, me has tocado de cerca. Pero no es eso. Eso se debió al sortilegio que me echó aquella hermosa dama en el castillo del halcón, en la desolada Duendelandia: que el que yo más odiaba arruinaría mi hermoso señorío, y que a mi mano le sería negado poder vengarse. Eso debo soportarlo. No es eso. Piensa sólo que los retrasos son peligrosos. Vamos, sé sensato. No seas terco como una mula.

Pero el señor Juss tenía el rostro grave.

—No me insistas, mi querido amigo —dijo—. Tú duermes en paz. Pero a mí, cuando estoy en el primer sueño, se me aparece muchas veces la imagen de Goldry Bluszco, cautivo por un maleficio en la cumbre de la montaña de Zora Rach, apartado de la luz del sol, de todo sonido y todo calor vital. Hace mucho tiempo que juré no desviarme a derecha ni a izquierda hasta que lo liberase.

—Es tu hermano —dijo el señor Bránoch Dahá—. Y es mi pariente y amigo, y lo quiero poco menos que a ti. Pero, cuando hables de juramentos, recuerda que también está La Fireez. ¿Qué va a pensar de nosotros después de los juramentos que le hicimos hace tres años, aquella noche en Carcë? Este golpe deberá hacerle justicia a él también.

—Lo comprenderá —dijo Juss.

—Ha de venir con Gaslark, y me has dicho que los esperas por momentos —dijo

Bránoch Dahá—. Os dejaré. Me avergonzaría decirle: «Paciencia, amigo, en verdad que hoy no es buen día. Te satisfaremos a su debido tiempo». Por los cielos, a mí me daría vergüenza tratar así al sastre que me corta las capas. Y éste es nuestro amigo, que lo ha perdido todo y que languidece en el exilio por habernos salvado la vida.

Diciendo esto, se levantó con gran disgusto e ira, e hizo ademán de salir de la cámara. Pero Juss lo asió de la muñeca.

—Me reprendes muy injustamente, y lo sabes bien en tu corazón, y eso es lo que te enfada tanto. Escucha: suena el cuerno en la puerta, y es por Gaslark. No te dejaré marchar.

—Bien —dijo el señor Bránoch Dahá—, haz como gustes. Pero no me pidas que defienda ante ellos tu mala postura. Si hablo, será para avergonzarte. Estás advertido.

Entonces entraron en el gran salón de audiencias, donde estaban no pocas damas hermosas, y capitanes y nobles de todo el país, y subieron al estrado. El rey Gaslark caminaba hacia ellos por el suelo reluciente, seguido de sus capitanes y miembros del consejo de Goblinlandia, que iban de dos en dos. El príncipe La Fireez iba a su lado, orgulloso como un león.

Saludaron alegremente a los señores de Demonlandia, que se levantaron para recibirlos bajo el palio estrellado, y a la señora Mevrian, que estaba entre su hermano y el señor Juss, de modo que era difícil decir cuál de los tres era más hermoso de ver, tanto diferían en la gloria de su belleza. Gro, que estaba de pie cerca, dijo para sí:

—Conozco a una que es la cuarta. Y, si estuviera al lado de éstos, entonces estaría reunida en esta cámara la corona de toda la hermosura de la tierra, como encerrada en un cofre. Y los dioses del cielo (si es que hay dioses) palidecerían de envidia, pues en sus salones de estrellas no tienen hermosuras que iguallen a éstas: ni Febo Apolo, ni la casta cazadora, ni la misma reina^[296] nacida de la espuma.

Pero, cuando la mirada de Gaslark cayó sobre la barba larga y negra, la figura delgada y algo encorvada, la frente pálida, los rizos alisados con ungüentos perfumados, la nariz de hoz, los ojos grandes y líquidos, las manos de lirio; entonces, él, que las había visto y conocido desde antiguo, se puso en un momento oscuro como el trueno por la sangre que se agolpó bajo su piel bronceada, y sacó la espada haciendo un gran molinete, como si fuera a atravesarlo sin previo aviso. Gro se retiró apresuradamente. Pero el señor Juss se interpuso entre ellos.

—Déjame, Juss —exclamó Gaslark—. ¿No conoces a este sujeto, a este enemigo vil y a esta víbora que tenemos aquí? ¡Bonito villano perfumado! Que durante muchos años me hiló un hilo de muchas sediciones y disturbios, mientras su lengua mansa seguía sacándome dinero. ¡Bendita ocasión! Ahora le arrancaré el alma.

Pero el señor Juss puso la mano en el brazo de la espada de Gaslark.

—Gaslark —dijo—, aplaca tu ira y guarda la espada. Hace un año, no me habrías hecho mal alguno. Pero hoy me habrías matado a uno de mis propios hombres, que es

un señor de Demonlandia.

Cuando hubieron terminado con sus saludos, se lavaron las manos y se sentaron a cenar, y fueron servidos y festejados noblemente. Y el señor Juss hizo las paces entre Gro y Gaslark, aunque no fue tarea fácil convencer a Gaslark de que lo perdonase. Después, se retiraron con Gaslark y La Fireez a una cámara aparte.

El rey Gaslark habló y dijo:

—Nadie puede negar, oh Juss, que la batalla que ganaste en los días de la última cosecha fue la mayor que se ha visto en tierra desde hace muchos años, y la de mayor importancia. Pero he oído cantar a un pajarito que, antes de que transcurran muchas lunas, se harán hazañas todavía mayores. Para esto hemos venido aquí ante ti La Fireez y yo, que somos viejos amigos tuyos: para pedirte que nos dejes ir contigo al otro lado del mundo en busca de tu hermano, cuya pérdida hace languidecer de pena a todo el mundo; y, después, que nos dejes ir contigo en tu expedición contra Carcë.

—Oh Juss —dijo el príncipe—, no queremos que en días venideros digan los hombres: «En aquellos tiempos, los demonios viajaron a tierras peligrosas y encantadas, y por su fuerza y valor liberaron al señor Goldry Bluszco (o, quizá, “perdieron la vida en empresa tan gloriosa”); pero Gaslark y La Fireez no tomaron parte: despidieron a sus amigos, colgaron las espadas y vivieron una vida tranquila y alegre en Zajë Zaculo. Olvidemos por tanto su recuerdo».

El señor Juss se quedó sentado en silencio un rato, como si estuviera muy conmovido.

—Oh Gaslark —dijo al cabo—, aceptaré tu ofrecimiento sin una palabra más. Pero contigo, mi querido príncipe, debo sincerarme un poco más. Pues tú no sólo vienes aquí sin obligación de derramar tu sangre en nuestra empresa, sino que nos harás que te debemos más todavía. Y no te culparía si me motejases deshonorosamente, como ya harán muchos, por ser contigo un mal amigo y un amigo perjuro.

Pero el príncipe La Fireez le interrumpió, diciendo:

—Te ruego que calles, o harás que me avergüence. Lo que hice en Carcë no fue sino el justo pago por haberme salvado tú la vida en Lida Nanguna. Así, quedamos en paz los dos. Por lo tanto, no pienses más en ello, y no me impidas que te acompañe a Duendelandia. Pero no te acompañaré contra Carcë; pues, aunque he roto completamente con Brujolandia, no sacaré la espada contra Córund y su familia, ni contra mi señora hermana. ¡Maldito sea el día en que entregué a Córund su blanca mano! Creo que ella ha salido demasiado a nuestra familia: su saludo es de corazón y no de manos. Y, cuando entregó su mano, entregó su corazón^[297]. ¡Qué extraño es el mundo!

—La Fireez —dijo Juss—, no tomamos tan a la ligera la obligación que tenemos contigo. Pero debo seguir mi rumbo; pues he jurado solemnemente que no me

desviaré a la derecha ni a la izquierda hasta que libere a mi querido hermano Goldry de su cautiverio. Eso juré, incluso antes de aquel desafortunado viaje a Carcë en el que caí en una estrecha prisión, de la que tú me liberaste. Y no me harán vacilar en esta determinación ni las acusaciones de los amigos, ni los cautiverios injustos, ni ninguno de los poderes que existen. Pero, cuando la lleve a cabo, no podremos descansar hasta que recuperemos para ti el reino de Trasgolandia, que te pertenece en justicia, y muchas cosas más que sean pruebas de nuestro amor.

—Haces bien —dijo el príncipe—. Si hicieras otra cosa, te lo reprocharía.

—Y yo también —dijo Gaslark—. ¿Crees que no padezco al ver a la princesa Armelina, mi joven y dulce prima, con el rostro más pálido y macilento cada día? Y todo de pena y grima^[298] por su verdadero amor, el señor Goldry Bluszco. Ella, a la que crió su madre con tantas atenciones, sin que nada fuera demasiado caro o difícil de conseguir para darle gusto, pensando que toda delicadeza era poca para la educación de una criatura tan noble y perfecta. Me parece que es mejor izar las velas hoy que mañana, y mañana que pasado, hacia la ancha Duendelandia.

Durante todo este tiempo, el señor Brándoch Dahá no dijo palabra. Estaba recostado en su sitial de marfil y crisopacio^[299], ora jugueteando con sus anillos de oro, ora retorciendo y estirando los rizos rubios de sus bigotes y de su barba. Después de un rato, bostezó, se alzó de su asiento y se puso a pasear perezosamente de un lado a otro. Se había echado la espada a la espalda pasándosela bajo los dos codos, de modo que la contera de la vaina asomaba bajo un brazo y la empuñadura enjorada bajo el otro. Tamborileaba musiquillas con los dedos en la parte delantera del rico jubón de terciopelo rosado que le cubría el pecho. Parecía que la luz del sol de primavera le acariciaba el rostro y el cuerpo cuando pasaba del sol a la sombra y otra vez al sol, al pasar por delante de las altas ventanas. Era como si la primavera riera de alegría al ver en él a uno que era su propio hijo, vestido externamente con tanta gracia y belleza, pero lleno además, hasta los ojos y hasta la punta de los dedos, de fuego y savia vital, como sus propios capullos que reventaban en las arboledas de Brankdale.

Al cabo de un rato dejó de pasearse, y se colocó junto al señor Gro, que estaba sentado a cierta distancia de los demás.

—¿Qué te parecen nuestros acuerdos, Gro? ¿Prefieres el camino recto, o el tortuoso? ¿Prefieres ir a Carcë, o a Zora Rach?

—Entre dos caminos —respondió Gro—, el sabio siempre elegirá el que es indirecto. Pues considera la cuestión, tú que eres un gran montañero: piensa que el curso de nuestra vida es un alto precipicio. Yo tengo que escalarlo, sea para subirlo, sea para bajarlo. Me pregunto: ¿adónde me lleva el camino recto por tal precipicio? A ninguna parte. Pues, si quiero subir por el camino recto, no me es posible hacerlo. Me quedo atorado, mientras tú, por caminos tortuosos, has alcanzado la cima. O, si es para bajar, entonces el camino recto sí que es fácil y rápido; pero se acabaron para mí

las escaladas para siempre. Mientras que tú, bajando por el camino tortuoso, encontrarás mi cadáver deshecho en el fondo.

—Gracias por asignarme el mejor papel —dijo el señor Brándoch Dahá—. Bien, es un principio de mucho peso, expuesto de manera muy justa y vívida. ¿Cómo aplicas tu máxima en la cuestión que nos ocupa?

El señor Gro levantó la mirada hacia él.

—Señor, me habéis tratado bien, y, para merecer vuestro amor y para hacer que prospere vuestra fortuna, he pensado mucho en cómo podéis vosotros los de Demonlandia alcanzar mejor la venganza sobre vuestros enemigos. Y, pensando en ello diariamente, y revolviendo diversas ideas en la cabeza, no se me ha ocurrido otro medio que el que me parece mejor a mí, que es éste.

—Deja que lo oiga —dijo el señor Brándoch Dahá.

—Vosotros los demonios siempre tuvisteis el defecto de que no quisisteis daros cuenta de que muchas veces es mejor hacer salir a la serpiente de su agujero por mano de otro hombre —dijo Gro—. Considera ahora vuestra cuestión. Tenéis grandes fuerzas por tierra y mar. No te confíes mucho en eso. Muchas veces, el que tenía pocas fuerzas superó a enemigos muy poderosos, haciéndolos caer en una trampa con maña y artificio. Pero vuelve a considerar otra cosa. Tenéis algo que es mucho más poderoso que todos vuestros caballos y picas y dragones de guerra, más poderoso que tu propia espada, mi señor, y eso que te consideran el mejor luchador a espada de todo el mundo.

—¿Qué cosa es ésa? —preguntó él.

—La reputación, mi señor Brándoch Dahá —respondió Gro—. Esta reputación que tenéis los demonios de tratar limpiamente incluso con vuestros peores enemigos.

—¡Bah! —dijo él—. Es nuestra manera de ser en este mundo. Además, creo que es cosa natural en las personas grandes, del país que sean. La traición y la doblez en los tratos suelen nacer del miedo, y eso es algo que creo que ningún hombre de esta tierra conoce. Yo creo que cuando los altos dioses hacen a una persona de mi calidad, le ponen algo entre los ojos, no sé qué, que los plebeyos no son capaces de mirar sin temblar.

—Con sólo que me des permiso —dijo el señor Gro—, te cosecharé, en una breve hora, una victoria mayor que las que pueden ganaros vuestras espadas en dos años. Hablad al de Brujolandia con palabras dulces; ofrecedle un acuerdo; reuníos en consejo con él y con todos sus grandes. Yo me las arreglaré para que los maten a todos de una vez en una noche; quizá cayendo sobre ellos cuando estén en sus camas, o como nos parezca más conveniente. A todos, salvo a Córund y a sus hijos; a éstos podemos dejarlos prudentemente y hacer las paces con ellos. Esto no retrasará ni diez días vuestra partida hacia Duendelandia, adonde podéis dirigiros después con alegría en los corazones y con paz en los espíritus.

—Muy bien tramado, a fe mía —dijo Bránoch Dahá—. Si me permites un consejo, harías bien en no hablar a Juss de esto. Quiero decir, no ahora, cuando tiene ocupado el ánimo en cuestiones graves e importantes. Y yo en tu lugar, tampoco se lo diría a mi hermana Mevrian. Las mujeres suelen a veces tomarse en serio estos conceptos^[300], aunque no se digan más que por hablar y charlar. Conmigo es diferente. Yo también tengo algo de filósofo, y tu chanza me agrada mucho y es muy acorde con mi propio humor.

—Te complaces en reírte —dijo el señor Gro—. Muchos antes de ahora, como se ha visto en la práctica, han rechazado mis sanos consejos con gran perjuicio por su parte.

Pero Bránoch Dahá dijo vivamente:

—No temas, mi señor Gro. No despreciaremos los consejos honrados de un consejero tan sabio como tú. Pero —y sus ojos tomaron un brillo que sobresaltó a Gro— si alguien osara proponerme en serio que hiciese un acto de cobardía, lo atravesaría con mi espada por la parte más querida de su cuerpo.

El señor Bránoch Dahá se dirigió a los demás.

—Juss —dijo—, amigo de mi corazón, me parece que todos sois de la misma opinión, y ninguno es de la mía. Entonces, me despido de vosotros. Adiós, Gaslark. Adiós, La Fireez.

—Pero ¿adónde vas? —dijo Juss, levantándose de su asiento—. No debes dejarnos.

—A mi propia casa, ¿dónde, si no? —dijo, y salió de la cámara.

—Está muy irritado —dijo Gaslark—. ¿Qué has hecho para enfadarlo así?

—Iré tras él y lo aplacaré —dijo Mevrian a Juss. Y salió, pero volvió al poco rato diciendo—. De nada sirve, señores míos. Se ha ido de Galing, cabalgando tan aprisa como lo llevaba su caballo.

Y todos quedaron muy alborotados; unos conjeturaban una cosa y otros otra. Sólo el señor Juss y la señora Mevrian guardaban silencio y tenían tranquilo el semblante. Y, al cabo, Juss dijo a Gaslark:

—Es que le irrita cada día que se retrasa su combate con Corinius. Ciertamente, no lo culpo, sabiendo las injurias viles que le hizo dicho sujeto y su insolencia contigo, señora. No os preocupéis. Su propio ser lo hará volver a mí a su debido tiempo, pues ningún otro poder es capaz de oponerse a su voluntad; el cielo no puede doblegar por la fuerza su gran corazón.

Y así fue. La noche siguiente, cuando la gente estaba acostada y dormida y Juss velaba leyendo en su alta alcoba, oyó el sonido de unas bridas. Y llamó a sus pajes para que lo acompañasen a la puerta con antorchas. Y allí, a la luz movediza de las antorchas, llegaba cabalgando al castillo de Galing el señor Bránoch Dahá, y llevaba atado en el arzón de la silla algo que tenía el tamaño de una gran calabaza, envuelto

en un paño de seda. Juss lo recibió en la puerta él solo.

—Deja que me baje del caballo —dijo—, y recibe de mis manos a tu compañero de cama, con el que debes dormir junto al lago de Ravary.

—¿Lo tienes? —dijo Juss—. ¿Has sacado tú solo el huevo del hipogrifo de la laguna de Dule?

Y tomó el bulto entre sus manos con mucha suavidad.

—Sí —respondió él—. Estaba donde lo fuimos a ver tú y yo el verano pasado, según las palabras del pequeño martinete que nos lo encontró por primera vez. La laguna estaba helada, y ha sido difícil bucear, y hacía un frío espantoso. No es de extrañar que seas hombre afortunado en tus empresas, oh Juss, cuando tienes tal arte para inducir a tus amigos a que te sigan.

—Creí que no me abandonarías —dijo Juss.

—¿Creíste? —exclamó Brándoch Dahá—. ¿Has llegado a soñar que te dejaría ir solo a hacer esta locura? No, te acompañaré primero al lago encantado, y que espere Carcë mientras tanto. Con todo, lo haré contra mi buen criterio.

Después de sólo seis días más de preparativos, el segundo día de abril, todo estuvo dispuesto en Lookinghaven para que se hiciera a la mar tan poderosa armada: cincuenta y nueve barcos de guerra y cinco barcos de carga, y seis mil guerreros.

La señora Mevrian estaba montada en su yegua blanca como la leche contemplando la bahía, donde los barcos estaban anclados en orden, de un color gris sombrío sobre el rutilar brillante del mar bajo el sol, con una mancha de color aquí y allá, carmesí, azul o verde de hierba, de los cascos pintados o del reflejo de un rayo de sol en sus mástiles dorados o en sus mascarones de proa. Gro estaba de pie junto a ella, sujetando las riendas. El camino de Galing, que serpenteaba desde la Lengua de Havershaw, transcurría cerca y por debajo de ellos, y seguía la costa hasta los muelles de Lookinghaven. A lo largo del camino, la dura tierra resonaba con las pisadas de los hombres armados y de los caballos, y el viento ligero del oeste llevaba a Gro y a Mevrian, en su colina cubierta de césped, trozos de canciones bélicas cantadas con voz profunda, o de las notas galopantes de una trompeta y una chirimía, y del tambor que hace saltar los corazones de los hombres.

El señor Zigg cabalgaba en vanguardia, con cuatro trompeteros caminando ante él vestidos de oro y púrpura. Su armadura relucía de plata desde la barbilla hasta la punta de los pies, y brillaban las joyas en su gorguera y en su tahalí^[301], y en la empuñadura de su espada recta y larga. Montaba un garañón negro de ojos salvajes, que echaba hacia atrás las orejas y barría la tierra con la cola. Una gran compañía de jinetes lo seguía, y otra, la mitad en número, de altos peones armados de picas, con coletos de cuero pardo cubiertos de bronce y plata.

—Éstos son de Kelialand —dijo Mevrian—, y de las costas de la ría de Arrowfirth, y sus propios vasallos de Rammerick y Amadardale. Ése es Hesper Goltring, el que cabalga un poco por detrás de él y a su derecha; dos cosas le gustan en el mundo: un buen caballo y un navío veloz. El de la izquierda, que lleva el yelmo de plata mate con alas de cuervo, tan largo de piernas que se diría que, si montase un caballo pequeño, podría ir caminando a la vez, es Styrkmir de Blackwood. Es de nuestra estirpe; todavía no ha cumplido veinte años, pero, desde la batalla de la ladera de Krothering, se le considera uno de los mejores.

De este modo, le iba mostrando a todos los que pasaban cabalgando^[302], a Peridor de Sule, capitán de los de Mealand, y a su sobrino Stypmar. A Fendor de Shalgreth con Emeron Galt, su hermano menor, que acababa de curarse de la gran herida que le había hecho Corinius en la ladera de Krothering; los rabadanes y vaqueros de los grandes brezales al norte de Switchwater, que se agarran al estribo y, con sus rodela ligeras y sus espadas pequeñas y pardas, entran en la batalla junto a los jinetes, a todo galope contra el enemigo. Bremery, con su yelmo de oro con cuernos de carnero y su sobrevesta^[303] bordada de terciopelo escarlata, a la cabeza de los hombres de los valles de Onwardlithe y Tivarandardale. Trentmar de Scorradale, con las levas del nordeste, de Byland y de las playas y de Breakingdale. Astar de Rettray, delgado y grácil, de rostro huesudo, de ojos valientes, de piel blanca, con el pelo y la barba rojos brillantes, cabalgando en su hermoso caballo roano a la cabeza de dos compañías de peones con picas, con enormes escudos tachonados de hierro: hombres de la región de Depraby y de los valles del sureste, hombres con tierras y domésticos del señor Goldry Bluszco. Después venían los habitantes de las islas del oeste, con el viejo Quazz de Dalney cabalgando en el puesto de honor, de noble aspecto con su barba nevada y su armadura reluciente, pero sus verdaderos jefes en la guerra eran hombres más jóvenes: Melchar de Strufey, de ancho pecho, de ojos fieros, con el pelo castaño, espeso y rizado, que montaba un caballo castaño y bajo, con su loriga reluciente de oro y un rico manto de brocado de seda de color crema sobre sus anchos hombros, y Tharmrod en su pequeña yegua negra, con loriga de plata y yelmo con alas de murciélago, el que tenía Kenarvey como feudatario del señor Bránoch Dahá, agudo y dispuesto como una flecha tendida en el arco hasta la punta. Y tras ellos venían los hombres de Westmark, con Arnund de By como capitán. Y tras ellos, cuatrocientos jinetes, no superados en hermosura ni en orden por ningunos otros de aquel gran ejército, y el joven Kamerar en cabeza, fornido como un gigante, derecho como una lanza, ataviado como un rey, llevando en su poderosa lanza el pendón del señor de Krothering.

—Míralos bien —dijo Mevrian cuando pasaron ante ellos—. Son nuestros propios hombres, de la comarca, de la ría de Thunder y de Stropardon. Puedes recorrer todo el ancho mundo sin encontrar otros iguales a ellos en ligereza, en fuego,

en buena belicosidad y en obediencia a la voz de mando. Pareces triste, mi señor.

—Señora —dijo el señor Gro—, a los oídos del que tiene por costumbre, como yo, considerar la vanidad de todas las pompas terrenales, la música de estos poderíos y glorias tiene una gran resonancia de tristeza. Los reyes y los gobernantes que se precian de su fuerza, de su belleza, de su vigor y de su rico aparato, mostrándose a sí mismos durante un tiempo en el teatro del mundo y bajo los anchos dominios de los altos cielos, ¿qué son sino la mosca dorada del verano, que perece al caer el día?

—Mi hermano y los demás no deben retrasarse por esperarnos —dijo la señora—. Querían subir a bordo en cuanto el ejército bajase a la bahía, pues sus barcos deben ser los primeros que naveguen por la ría. ¿Está ya decidido que los acompañes en este viaje?

—Lo decidí yo, señora —respondió él. Ella empezaba a ponerse en marcha hacia el camino y la bahía, pero Gro la detuvo poniéndole una mano en las riendas—. Querida señora —dijo—, las tres noches pasadas he soñado un sueño. Un sueño extraño, y todos sus detalles representan grandes angustias, aumento de peligros y desventuras atroces, prometiéndome algún suceso terrible. Creo que, si parto para este viaje, jamás volverás a ver mi rostro.

—Oh, basta, mi señor —exclamó ella, extendiéndole la mano—; no pienses siquiera en esas imaginaciones morbosas. No ha sido más que un reflejo de la luna en tus ojos. O, si no es así, quédate aquí y burla al destino.

Gro le besó la mano y la conservó entre las suyas.

—Mi señora Mevrian —dijo—, no podemos hacer trampas al destino, por buenos fulleros que seamos. Creo que no hay muchos que teman noblemente al rostro de la muerte menos que yo. Iré a este viaje. Sólo hay una cosa capaz de hacerme volver atrás.

—¿Cuál es? —dijo ella, pues él se había quedado callado de pronto. Hizo una pausa, mirando la mano enguantada de ella que tenía entre las suyas.

—El hombre se queda ronco y mudo si el lobo tiene la ventaja de verlo primero —dijo él—. ¿Te has buscado un lobo para que me dejase mudo cuando quería decírtelo? Pero ya te lo dije una vez lo bastante para que me entendieras. Oh Mevrian, ¿recuerdas Neverdale?

Alzó la mirada hacia ella. Pero Mevrian estaba sentada con la cabeza erguida, como su divina Patrona; sus labios dulces y frescos estaban inmutables, y miraba con ojos firmes la bahía y los barcos fondeados. Retiró suavemente su mano de las de Gro, y él no intentó retenerla. Echó las riendas hacia delante. Gro montó y la siguió. Cabalgando en silencio, bajaron hasta el camino, y se dirigieron por éste al sur hacia la bahía. Antes de llegar adonde podían oírla en los muelles, Mevrian habló y dijo:

—No me tengas por desagradecida ni olvidadiza, mi señor. Pídeme todo lo que es mío, y te lo daré a manos llenas. Pero no me pidas lo que no está en mis manos darte,

pues, si te lo diera, te daría oro falso. Y eso no es cosa buena para ti ni para mí, ni querría hacérselo a un enemigo; mucho menos a ti, que eres mi amigo.

Todo el ejército subió a bordo, y se despidieron de Volle y de los que debían quedar en casa con él. Los barcos salieron a la ría remando en orden, con las velas de seda desplegadas, y aquella gran armada puso rumbo sur, hacia alta mar, bajo un cielo despejado. El viento les favoreció, y tuvieron una rápida travesía, de modo que la trigésima mañana después de que salieran de Lookinghaven, vieron la línea larga y gris de los acantilados de Duendelandia Mayor, borrosa entre el vapor del mar arrastrado por el viento, y navegaron a través del estrecho de Melikaphkhaz en columna de a uno, pues apenas podrían pasar dos barcos a la vez por aquel paso estrecho. A ambos lados del estrecho había acantilados negros, y miles de aves marinas blanqueaban como la nieve todas las pequeñas repisas de aquellos acantilados. Grandes bandadas surgían y trazaban círculos por encima cuando los barcos pasaban, y el aire estaba lleno de sus quejidos. Y a izquierda y derecha, como resoplidos de ballenas jóvenes, saltaban continuamente de la superficie del mar columnas de espuma blanca. Y eran los alcatraces, de alas majestuosas, que pescaban en aquel estrecho. Volaban en grupos de tres y de cuatro, siguiéndose unos a otros en filas ordenadas, a muchos mástiles de altura; y, de vez en cuando, uno se detenía en su vuelo como si lo hubiera golpeado un rayo, y caía en picado con las alas semiextendidas, como un dardo de cabeza ancha y de blancura deslumbrante, hasta que, cuando estaba a pocos pies de la superficie, cerraba las alas y hendía el agua con un ruido como el de una gran peña arrojada al mar. Un momento después volvía a aparecer, blanco y airoso, con la presa en el buche; se posaba en las olas un rato, para descansar y meditar; luego, con grandes aleteos, volvía a subir para reanudar su vuelo.

Después de una o dos millas, el estrecho se abría, y los acantilados se hacían más bajos, y la flota pasó por delante de los arrecifes rojos de Uaimnaz y de los altos farallones de Pashnearthra, blancos de gaviotas, hasta la soledad azul del mar Didorniano. Navegaron todo el día con rumbo sureste y viento flojo. La costa de Melikaphkhaz fue cayendo a popa, pálida entre las brumas de la distancia, y se perdió de vista, hasta que sólo el perfil cuadrado y hendido de las islas Pashnearthranas interrumpía el horizonte llano del mar. También éstas se perdieron de vista, y los barcos siguieron hacia el sureste remando con calma chicha. El sol descendió hasta las olas de occidente, metiéndose en su baño de fuego rojo como la sangre. Se hundió, y todo se oscureció. Remaron suavemente toda la noche bajo las estrellas extrañas del sur, y las aguas de aquel mar, cortadas a cada golpe de remo, parecían fuego ardiente. Después salió del mar por el oriente el lucero matutino, anunciando la aurora, más brillante que todas las estrellas de la noche, marcando un pequeño

sendero de oro a lo largo de las aguas.

A continuación, la aurora, que llenaba el cielo bajo de oriente de una flota de pequeñas caracolas de fuego dorado y brillante; luego, el gran rostro del sol ardiente. Y, al subir el sol, surgió un viento suave, que hinchó sus velas por estribor; de modo que, antes de que cayera el día, los acantilados de Muelva se cernían, blancos sobre la bruma, por su banda de babor. Vararon los barcos en una playa de conchas blancas tras un promontorio que la protegía del viento este y del norte. Allí, la barrera de acantilados se apartaba un poco de la costa, dejando lugar a un prado fértil de pastos verdes, y a bosques que se amontonaban al pie de los acantilados, con un pequeño manantial en el centro.

Durmieron a bordo aquella noche, y al día siguiente alzaron el campamento, descargando los barcos de carga que llevaban los caballos y el equipo. Pero el señor Juss no tenía intención de esperar en Muelva una hora más allá del tiempo suficiente para dar las órdenes necesarias a Gaslark y a La Fireez para que supieran lo que debían hacer y cuándo debían esperar su regreso, y para prepararse él mismo y los que debían acompañarlo más allá de aquellos acantilados sombríos, por la desolación llena de espíritus del Moruna. Todo estuvo dispuesto antes del mediodía, y se despidieron, y los señores Juss, Spitfire y Brándoch Dahá se dirigieron hacia el sur a lo largo de la playa, hacia un punto donde parecía más fácil escalar el acantilado. Iba con ellos el señor Gro, tanto por su propia voluntad como porque había conocido el Moruna en tiempos pasados, y aquella región del mismo; e iban con ellos, además, los dos cuñados Zigg y Astar, portando la carga preciosa del huevo, pues Juss les había otorgado aquel honor y confianza tras pedirlo ellos con gran insistencia. Así, con algún trabajo, superaron la pared rocosa después de una hora o más, y se detuvieron un momento en el borde del acantilado.

La piel de las manos de Gro estaba herida por las rocas agudas. Se puso cuidadosamente los guantes de lana de oveja, y tembló un poco, ya que el viento de aquel desierto era frío y cortante, y parecía que había una sombra en el aire hacia el sur, pues en la parte inferior, de donde habían venido, el tiempo era suave y luminoso. Pero, a pesar de que su frágil cuerpo temblaba, se le elevó el espíritu con imaginaciones altas y nobles mientras estaba de pie al borde de aquel acantilado. La bóveda sin nubes del cielo; la risa incontable del mar; aquella rada tranquila bajo sus pies, y aquellos barcos de guerra y aquel ejército acampado junto a los barcos; el vacío de los yermos al sur, donde todas las rocas parecían una calavera, y todas las matas de hierbas ásperas parecían de pesadilla; el porte de aquellos señores de Demonlandia que estaban a su lado, como si nada fuera más natural para ellos en su empresa que dar la espalda a la tierra viva y entrar en aquellas regiones de los muertos; estas cosas, con una fuerza como de música poderosa, hacían que a Gro se le cortase el aliento en la garganta y le asomase una lágrima a los ojos.

De este modo, después de más de dos años, el señor Juss emprendió su segunda travesía del Moruna en busca de su querido hermano, el señor Goldry Bluszco.

EL ZORA RACH NACD PSARRION

De cómo cabalgó el señor Juss en el hipogrifo hasta Zora Rach,
y de los males que encontró en aquel lugar maldito,
y de la manera en que llevó a cabo su gran empresa
para liberar a su hermano del cautiverio.



El lago encantado de Ravary soñaba bajo la luna, arrullado por brisas ligeras, demasiado blandas y suaves para ondular su superficie de espejo, brisas cálidas y cargadas de incienso, endulzadas del perfume de flores inmortales. Era la última hora antes del alba. Barcas encantadas, que parecían formadas de luz de luciérnagas, iban a la deriva por el regazo estrellado del lago. Las estribaciones de las montañas bajaban sobre los bosques en pendiente; incontables, vastas, misteriosas bajo el brillo de la luna. Más allá, en los espacios altos y remotos de la noche, relucían las agujas del Koshtra Pivrarcha y las nieves vírgenes del Romshir y del Koshtra Belorn. No se movía ave ni bestia alguna en aquella quietud; sólo un ruiseñor que cantaba a las estrellas desde un bosquecillo de olivos cerca del pabellón de la reina, en la orilla oriental. Y sus notas no eran como las de un ave de la tierra media, sino que eran notas para encantar a los espíritus del aire, o para embelesar los sentidos imperecederos de los dioses cuando quisieran entrar en comunión con la Noche sagrada y hacerla perfecta, y hacer perfectas a sus ojos todas sus luminarias y todas sus voces.

Las colgaduras de seda de la puerta del pabellón, apartándose como en el pórtico de una visión, se abrieron para dejar pasar a la reina, hija adoptiva de los altos dioses. Se detuvo un paso o dos después del umbral, mirando hacia donde los señores de Demonlandia, Spitfire y Brándoch Dahá, con Gro, Zigg y Astar, envueltos en sus capas, yacían en la ribera cubierta de rocío y de margaritas que caía en pendiente hasta el borde del agua.

—Dormidos —susurró—. Como el que está dentro; duermen hasta el alba. Bien creo que sólo en el pecho de un gran hombre encuentra el sueño un lecho tan suave cuando se avecinan grandes hechos.

Allí estaba, como un lirio, o como un rayo de luna que se aventurase en un bosque atravesando su techo de hojas; tenía el rostro levantado hacia la noche estrellada, donde todo el aire estaba bañado del fulgor plateado de la luna. Y con voz dulce se puso a suplicar a los dioses eternos, invocándolos por sus nombres sagrados: a Palas, de ojos grises; a Apolo; a Artemisa, la veloz cazadora; a Afrodita, y a Hera, reina de los cielos, y a Ares y a Hermes, y al dios de mechones oscuros que hace

temblar la tierra^[304]. Y tampoco temió dirigir sus oraciones sagradas a aquél^[305] que, desde su porche oculto junto al Aqueronte y al lago Leteo, somete a su voluntad a los diablos de las oscuridades inferiores, ni al gran padre de todo^[306], ante cuya vista el tiempo, desde su principio hasta hoy, es como una varilla sumergida en el océano sin límites de la eternidad. Así rezó a los dioses benditos, pidiéndoles con gran insistencia que pudiera llevarse a cabo bajo su rostro aquella monta como no había conocido otra igual la tierra: la monta del hipogrifo, no de manera temeraria por un asno que se buscó con ello su propia destrucción, sino por el hombre entre los hombres que, con intenciones puras y determinación inquebrantable, le obligaría a que lo llevase hasta donde quisiera su corazón.

Por oriente, más allá de las cumbres ligeras y de la gran pared de nieve de Romshir, se abrían las puertas del día. Los durmientes se despertaron y se levantaron. Se oía un gran ruido dentro del pabellón. Se volvieron con los ojos muy abiertos, y por entre las colgaduras de la puerta asomó aquella cría, recién salida del cascarón, pálida y dudosa como la nueva luz que temblaba en el cielo. Juss caminaba a su lado, con la mano en sus crines de zafiro. Tenía un aspecto animoso y decidido cuando dio los buenos días a la reina, a su hermano y a sus amigos. No dijeron palabra, pero le estrecharon la mano uno tras otro. Llegaba el momento. Pues, así como el día, flotando sobre los campos de nieve orientales, expulsaba de los altos cielos a la noche, de ese mismo modo y con tan raudo incremento de esplendor nacían en aquel corcel salvaje las fuerzas corporales y el deseo del aire superior. Brillaba como iluminado por una lámpara que se moviese en su interior; olfateaba el dulce aire de la mañana y relinchaba, pisando la hierba de la ribera y arrancándola con sus garras de oro. Juss palmeó el cuello arqueado de la criatura, revisó la brida que le había puesto en la boca, comprobó las fijaciones de su armadura y aflojó su gran espada en su vaina. Y entonces salió el sol.

—Recuerda —dijo la reina—. Cuando veas a tu señor hermano bajo su propia forma, no será una ilusión. Desconfía de todo lo demás. Y que los dioses todopoderosos te amparen y te den fuerzas.

Entonces, el hipogrifo, como enloquecido por los rayos del sol, saltó como un caballo salvaje, extendió sus alas de color arco iris, se alzó de manos y echó a volar. Pero el señor Juss había saltado sobre él y sus rodillas le oprimían las costillas como abrazaderas de bronce. Le pareció que la tierra firme se alejaba aprisa de él por su espalda; el lago, su orilla y sus islas aparecieron pequeños y remotos en un momento, y las figuras de la reina y de sus compañeros parecieron juguetes, después puntos, y por último se redujeron a la nada, y el vasto silencio del aire superior se abrió y lo recibió en una soledad absoluta. En aquel silencio, la tierra y el cielo giraban como el vino en un vaso que se sacude, mientras el corcel salvaje ascendía cada vez más alto en grandes espirales. Una nube blanca y ondulante les ocultaba el cielo a la vista; se

hizo cada vez más brillante en su blancura deslumbradora mientras se acercaban velozmente a ella, hasta que la tocaron y su gloria se disolvió en una niebla gris que se hacía más oscura y más fría cuanto más alto volaban, hasta que de pronto surgieron por el otro lado de la nube y entraron en un esplendor de azul y oro, cegador de puro glorioso.

Volaron así durante un tiempo, sin dirección fija, subiendo cada vez más, hasta que al fin el hipogrifo se dejó de juegos, bajo el gobierno de Juss, y se volvió obedientemente hacia el este, y así, siguiendo un curso recto y veloz y todavía ascendiendo, pasó rápidamente sobre el Ravary hacia la noche que se iba. Y entonces pareció en verdad que habían alcanzado a la noche en sus cavernas occidentales. Pues el aire que los rodeaba se oscurecía cada vez más, hasta que quedaron ocultos los grandes picos que rodeaban el Ravary, y toda la verde tierra de Zimiamvia, con sus llanuras, sus ríos serpenteantes y sus colinas y tierras altas y bosques encantados, que quedaron ocultos y perdidos en una penumbra maléfica. Y los altos cielos bullían de portentos: ejércitos completos de guerreros que escaramuzaban en el aire, dragones, bestias salvajes, centellas sangrientas, cometas ardientes, exhalaciones^[307] flamígeras, y otras apariciones incontables. Pero todo en silencio, todo frío, de modo que Juss tenía las manos y los pies entumecidos de frío, y los bigotes tiesos de escarcha.

Ante ellos se levantaba, invisible hasta entonces, el lúgubre pico del Zora Rach, negro, gélido y vasto, que seguía cerniéndose sobre ellos, por mucho que ascendían cada vez más, grandioso y solitario sobre la desolación helada de los glaciares de Psarrion. Juss contempló el pico hasta que el viento de su vuelo le cegó los ojos llenándoselos de lágrimas; pero estaba todavía demasiado lejos para vislumbrar lo que anhelaba ver: ni ciudadela de bronce, ni cerco de llamas, ni vigía en las alturas. El Zora, como una reina oscura del infierno que rehúye que ojos mortales presuntuosos osen contemplar con amor su temida belleza, se ocultó el ceño con un velo de nubes de tormenta. Siguieron volando, y el palio de azul acerado de vapores tormentosos siguió creciendo hasta que cubrió todo el cielo sobre ellos. Juss, buscando calor, metió las dos manos en las axilas plumosas de las alas del hipogrifo, donde las alas se unían al cuerpo de la criatura. Hacía un frío tan cortante, que hasta tenía helados y fijos los ojos; pero aquel dolor era poca cosa comparado con algo que sentía en su interior y que no había conocido jamás: un horror de muerte que se le agarraba al corazón, como de la soledad inhóspita del espacio vacío.

Se posaron por último en una peña de obsidiana negra, un poco por debajo de la nube que ocultaba las rocas más altas. El hipogrifo, agachado sobre la ladera empinada, volvió la cabeza para mirar a Juss. Sintió que el cuerpo de la criatura temblaba entre sus piernas. Tenía las orejas echadas hacia atrás, los ojos muy abiertos por el terror.

—Pobre pequeño —dijo—; te he traído hasta aquí, a tan mal sitio, y sólo hace una hora que saliste del cascarón.

Desmontó; y en el mismo instante quedó solo. Pues el hipogrifo, dando un relincho de terror, echó a volar y desapareció entre el aire tenebroso, cayendo en picado hacia el este, volviendo al mundo de la vida y de la luz del sol.

Y el señor Juss se quedó a solas en aquella región de temor y de hielo, y de tristeza que hacía temblar el alma, bajo las altas rocas de la cúspide del Zora Rach.

Poniendo, como le había aconsejado la reina, toda su alma y su corazón en la temible meta que perseguía, se dirigió al precipicio helado. Mientras escalaba, la nube fría lo cubrió, pero no tan densa que no pudiera ver hasta diez pasos de distancia por delante suyo y a los lados mientras avanzaba. Se aparecían en su camino hartas visiones malignas, suficientes para hacer vacilar la determinación de un hombre fuerte: formas de diablos malditos y Gorgonas del abismo que le cerraban el paso, amenazándole con la muerte y la perdición. Pero Juss, apretando los dientes, seguía escalando y las atravesaba, pues no tenían sustancia. Después sonó un grito espectral:

—¿Qué hombre de la tierra media es éste que turba nuestro reposo? ¡Acabemos con él! ¡Llamad a los basiliscos! ¡Llamad al basilisco dorado, que sopla sobre cualquiera que ve y le prende fuego! ¡Llamad al basilisco estrellado, que todo lo que ve lo hace consumirse y perecer! ¡Llamad al basilisco sangriento, que, cuando ve o toca cualquier cosa viva, hace que se disuelva y no le queden sino los huesos!

Era una voz capaz de helar las médulas de los huesos, pero siguió adelante, diciéndose a sí mismo: «Todo son ilusiones, salvo lo que me dijo ella». Y no apareció nada: sólo el silencio y el frío; y las rocas se hacían cada vez más empinadas, y su cubierta de hielo era cada vez más peligrosa, y eran tan difíciles como las barreras de Emshir, por las que había seguido a Brándoch Dahá hacía más de dos años, y en las que había encontrado y matado a la bestia manticora. Fueron pasando las horas plomizas, y cayó la noche, negra, gélida y silenciosa. Pronto dominó a Juss el cansancio corporal, y también tenía cansada y próxima a la muerte toda el alma cuando entró en una garganta con fondo de nieve que cortaba profundamente la faz de la montaña, para esperar allí a que llegara el día. No osó dormir en aquella noche helada; apenas se atrevió a descansar, por miedo a que el frío lo superase, y tuvo que mantenerse en continuo movimiento, pisando fuerte y golpeándose las manos y los pies. Y, con todo, al ir avanzando la lenta noche, le parecía deseable la muerte para terminar con una fatiga tan absoluta.

Llegó la mañana, con sólo un pequeño cambio de la bruma, que pasó de negra a gris, descubriendo las rocas cubiertas de nieve, silenciosas, temibles y muertas. Juss, forzando sus miembros semicongelados para reanudar la escalada, contempló una visión espantosa y terrible en demasía para la vista: un joven de piel negra, con yelmo y armadura de hierro negro, con los ojos saltones y mostrando la dentadura blanca

con una sonrisa, sostenía por el cuello a una joven hermosa que estaba arrodillada y le abrazaba las rodillas como suplicándole, y él blandía en alto muy sangrientamente su lanza de seis pies de largo, como con intención de arrancarle la vida. Esta dama, viendo al señor Juss, le pidió auxilio con gran congoja, llamándole por su nombre y diciendo:

—Señor Juss de Demonlandia, tened piedad, y deteneos en vuestro triunfo sobre los poderes de la noche para liberarme, pobre damisela afligida, de este cruel tirano. ¿No puede vuestro valor destacado, que ha conquistado reinos, abatir a éste? ¡En verdad que sería noble por vuestra parte, y yo os bendeciría por siempre!

Él se compadeció hasta el fondo del corazón, y puso mano a la espada con intención de deshacer un agravio tan cruel. Pero al mismo tiempo recordó los engaños del mal que residían en aquel lugar, y se acordó de su hermano, y siguió adelante con un gran suspiro. En el mismo instante vio de reojo cómo el cruel homicida hería con su lanza a aquella dama delicada, y le tajaba y le cortaba las dos grandes venas del cuello, de modo que ella cayó moribunda, bañada de sangre. Juss subió a grandes pasos hasta la cabecera de la garganta, y, mirando atrás, vio que el negro y la dama se habían convertido en dos serpientes que se retorcían. Y siguió adelante, con el corazón turbado, pero alegre de haber escapado así de los poderes que habían querido atraparle como con liga.

La bruma se oscureció, y se hizo más pesado el temor melancólico que parecía consustancial a los aires de aquella montaña. Juss se detuvo, casi exhausto, sobre un pequeño montón de nieve, y vio la apariencia de un hombre armado que se revolcaba por el suelo en su camino, arañando la dura roca y la nieve helada; y, bajo él, la nieve era una gran mancha de sangre; y el hombre le pidió con voz ahogada que no siguiera adelante y que lo tomase en brazos y lo bajase de aquella montaña. Y cuando Juss, después de un momento de duda entre la piedad y su determinación, quiso seguir adelante, el hombre exclamó:

—¡Espera, que soy tu mismo hermano, a quien buscas, aunque el rey me ha dado otro aspecto por sus artes, esperando engañarte! ¡Por tu amor, no te engañes!

Y la voz, aunque débil, era como la de su hermano Goldry. Pero el señor Juss volvió a recordar las palabras de la reina Sofonisba, que había dicho que debía ver a su hermano bajo su propia forma, y no confiar en ninguna otra cosa, y pensó: «Esto también es una ilusión», y dijo:

—Si eres en verdad mi querido hermano, adopta su forma.

Pero el hombre exclamó, con voz como la del señor Goldry Bluszco:

—No puedo, hasta que me bajes de la montaña. Bájame, o caiga sobre ti mi maldición para siempre.

El señor Juss estaba atormentado de pena, de duda y de maravilla, al volver a oír aquella voz de su querido hermano que le suplicaba de esa manera. Pero respondió y

dijo:

—Hermano, si es que en verdad eres tú, espera hasta que haya subido a esta montaña y a la ciudadela de bronce que vi en un sueño, para que sepa de verdad que no estás allí, sino aquí. Entonces, volveré y te socorreré. Pero, hasta que te vea con tu propia forma, no confiaré en nada. Pues he venido hasta aquí desde el otro extremo de la tierra para liberarte, y no voy a aventurar mi bien en una jugada dudosa, después de haberme afanado tanto y de haber corrido tantos peligros por ti.

Así, con el corazón pesaroso, volvió a atacar aquellas rocas negras, heladas y resbaladizas bajo sus manos. Entonces se alzó un grito espectral:

—¡Alegraos, pues este hijo de la tierra está loco! ¡Alegraos, pues no ha sido perfecto amigo el que ha abandonado a su hermano cuando lo necesitaba!

Pero Juss siguió escalando, y, cuando volvió la vista atrás más adelante, vio que, en lugar de aquél que parecía hombre, se retorció una serpiente espantable. Y se alegró, en la medida en que era posible la alegría en aquella montaña de aflicción y de desesperanza.

Ya casi no le quedaban fuerzas, mientras el día volvía a dejar paso a la noche y escalaba las últimas peñas bajo el pico del Zora. Y él, que había bebido profundamente toda su vida en la fuente de la alegría de la vida y de la maravilla de vivir, cada vez sentía más mortal y oscuro en su alma aquel horror solitario que había experimentado por vez primera el día anterior, cuando había visto de cerca el Zora, mientras volaba por el aire frío cargado de portentos; y todo su corazón estaba afligido por ello.

Y llegó al círculo de fuego que rodeaba la cumbre de la montaña. Estaba más allá del horror y del deseo de vivir, y pisó el fuego como si hubiera sido el umbral de su propia casa. Las lenguas de fuego azules murieron bajo sus pies, abriendo camino ante él. Las puertas de bronce estaban abiertas de par en par. Entró; subió la escalinata de bronce; llegó a aquella alta azotea que había contemplado en sueños; buscó, como en un sueño, al que había ido a buscar más allá de los confines de los muertos: el señor Goldry Bluszco, que velaba solo en las alturas impías del Zora. El señor Goldry no se había movido ni un pelo de la postura en que lo había visto Juss otrora, aquella primera noche en el Koshtra Belorn, hacía tanto tiempo. Estaba inclinado, apoyado en un codo sobre aquel banco de bronce, con la cabeza erguida, los ojos fijos como mirando el espacio lejano, contemplando la oscuridad más allá del brillo de las estrellas, como si esperase a que acabase el tiempo.

No se volvió al oír el saludo de su hermano. Juss se dirigió a él y se puso a su lado. El señor Goldry Bluszco no movió un párpado. Juss volvió a hablar, y le tocó la mano. Estaba rígida, y era como la tierra húmeda. Su frío recorrió el cuerpo de Juss y le hirió el corazón. Dijo para sí: «Está muerto».

Con ello, el horror cayó sobre el alma de Juss como una locura. Miró a su

alrededor temerosamente. La nube se había levantado del pico de la montaña, y colgaba sobre su desnudez como un palio. Aire helado que era como el aliento de la tumba de todo el mundo; barreras de nubes vastas y vacías: formas lejanas y apagadas de nieve y hielo, silenciosas, solitarias, pálidas, como montañas de los muertos: era como si se hubiera abierto el fondo del mundo para dejar al descubierto la verdad: la Nada definitiva. Para apartar de su alma el horror, Juss volvió su recuerdo a la vida querida en la tierra, a las cosas que más había estimado en su corazón, a los hombres y mujeres que había querido más en los días de su vida; las batallas y los triunfos de sus primeros años de hombría, los grandes festivales en Galing, los mediodías dorados de verano bajo los pinos de Westmark, las mañanas de caza en los altos brezales de Mealand; el primer día en que se subió a un caballo, una mañana de primavera, en un prado cubierto de primulas, cuando sus piernas pequeñas y morenas apenas eran tan largas como era ahora su antebrazo, y su padre querido le sostenía el pie mientras trotaba, y le mostraba dónde tenía su nido la ardilla en el viejo roble.

Agachó la cabeza como para esquivar un golpe, tan claro le pareció que tenía dentro algo que exclamaba con voz alta y clara:

—No eres nada. Todos tus deseos y recuerdos y amores y sueños: nada. La pequeña pulga de arena muerta valdría más que tú, si no fuera porque no es nada, así como tú no eres nada. Pues todo es nada: la tierra, el cielo, el mar y los que en ellos viven. Y tampoco te consueles, si es que puedes, con la ilusión de que, cuando tú perezcas, estas cosas durarán un tiempo, volverán las estrellas y los meses, y los hombres se harán viejos y morirán, y nuevos hombres y mujeres vivirán, amarán, morirán y serán olvidados. Pues ¿qué te importa a ti, que serás como una llama apagada de un soplido? Y todas las cosas del cielo y de la tierra, y las cosas pasadas y las cosas por venir, y la vida y la muerte, y los elementos mismos del espacio de tiempo, del ser y del no ser: todo eso no será nada para ti, porque tú no serás nada, para siempre.

Quedó un rato con este ánimo negro y lleno de horror, hasta que un rumor de llantos y lamentos le hizo alzar la cabeza, y contempló una procesión funeraria de personas que iban en fila sobre la azotea de bronce, vestidas todas de luto y llorando la muerte del señor Goldry Bluszco. Y recordaban sus hechos gloriosos y alababan su belleza, su poderío, su bondad y su fuerza: lamentos de voces dulces de mujeres, de modo que el alma del señor Juss, al oírlos, pareció volver a salir del desierto de la aniquilación, y se le volvió a ablandar el corazón, hasta que fue capaz de llorar. Sintió un roce en su brazo y, alzando la vista, encontró la mirada de dos ojos, suaves como los de una paloma, inundados de lágrimas, que miraban los suyos desde la oscuridad de aquella capucha de luto; y una voz de mujer habló y dijo:

—Este día recordamos la muerte del señor Goldry Bluszco, que lleva muerto hace

ahora un año; y nosotros, sus compañeros de cautiverio, le lloramos, como puedes ver, y volveremos a llorarle año tras año mientras tengamos vida. Y debemos lamentarnos más tristemente aún por ti, gran señor, pues éste es el galardón^[308] vacío de todas tus grandes obras, y así culminan tus ambiciones. Pero ven; descansa un rato, pues el destino ha marcado el final de todos los dominios, y en el camino de la muerte no hay reyes.

Y el señor Juss, con el corazón muerto en el pecho, de pena y de desesperación, le permitió que lo tomara de la mano y lo condujera por una escalera de caracol que llevaba de aquella azotea de bronce a una cámara interior fragante y deliciosa, iluminada por lámparas vacilantes. La vida y sus tumultos parecieron mitigarse como un murmullo lejano y fútil, y el horror del vacío parecía allí una imaginación vana, bajo la pesada dulzura de aquella cámara. Se le desvanecieron los sentidos; se volvió a su velada guía. Ella, con un movimiento repentino, se quitó el manto de luto y quedó allí con todo su hermoso cuerpo descubierto a su mirada, con los brazos abiertos, una visión capaz de embelesar el alma de amor y de toda delicia.

Casi llegó a estrechar contra su pecho aquella visión de belleza deslumbrante. Pero la fortuna, o los altos dioses, o la fuerza de su propia alma, volvió a despertar en su mente embotada el recuerdo de su determinación, de modo que se apartó violentamente de aquel señuelo preparado para su destrucción, y marchó de la cámara a aquella azotea donde estaba sentado como muerto su querido hermano. Juss le tomó la mano.

—Háblame, deudo mío. Soy yo, Juss. Soy Juss, tu hermano.

Pero Goldry no se movió, ni respondió palabra.

Juss miró la mano que tenía en la suya, tan parecida a la suya, hasta en la forma de las uñas y en el vello del dorso de la mano y de los dedos. La soltó, y la mano cayó yerta.

—Es muy cierto que estás helado en cierto modo —dijo—, y tu espíritu y tu entendimiento están helados y congelados dentro de ti.

Dicho esto, se inclinó para mirar de cerca los ojos de Goldry, tocándole el brazo y el hombro. No movió ni un miembro; no sacudió ni un párpado. Le tomó de la mano y de la manga como para obligarle a levantarse del banco, llamándole por su nombre en voz alta, sacudiéndolo duramente, exclamando:

—Háblame, habla a tu hermano, que ha cruzado el mundo para encontrarte. — Pero se movía como un peso muerto en manos de Juss—. Si estás muerto —dijo Juss—, entonces yo muero contigo. Pero, hasta entonces, no te tendré por muerto.

Y se sentó sobre el banco, junto a su hermano, tomando su mano entre las suyas, y miró a su alrededor. Sólo un silencio absoluto. Había caído la noche, y el resplandor tranquilo de la luna y las estrellas parpadeantes se mezclaba con los fuegos pálidos que rodeaban aquella cumbre con luz incierta. El cielo ya no soltaba sus huestes por

los aires, y, desde el momento en que Juss se había liberado en aquella cámara interior de su última ilusión, no había visto presencia alguna ni simulacro de hombre o de diablo, sino sólo a su hermano Goldry; y tampoco se adueñaba de su corazón aquel horror; pero su recuerdo era como el frío penetrante de un mar invernal que corta un momento la respiración al nadador cuando se arroja a las aguas heladas.

Así, con ánimo tranquilo y constante, el señor Juss pasó allí su segunda noche sin dormir, pues no osaba dormir en aquel lugar maldito. Pero Juss apenas recordaba su gran cansancio por la alegría de haber encontrado a su hermano, aunque parecía privado del habla, de la vista y del oído. Y se alimentó de la ambrosía que le había dado la reina, pues bien juzgó que debería poner a prueba el límite de las fuerzas de su cuerpo en la tarea que le esperaba.

Cuando fue de día, se levantó y, echándose a la espalda a su hermano Goldry, se puso en camino. Lo cargó más allá de las puertas de bronce, y más allá de la barrera de fuego, y, lenta y dificultosamente, lo bajó por el risco norte que domina los glaciares de Psarrion. Pasaron en la montaña todo el día, y la noche siguiente, y todo el día siguiente, y Juss estaba casi muerto de cansancio cuando al segundo día, una o dos horas antes de la puesta del sol, alcanzaron la morrena. Pero tenía el triunfo en el corazón, y la alegría de haber realizado una gran obra. Pasaron aquella noche en un bosquecillo de madroños bajo la base inclinada de una montaña, unas diez millas más allá de la costa occidental del Ravary, y, al caer el día siguiente, se encontró con Spitfire y Brándoch Dahá, que habían esperado con su barca dos noches en el punto señalado.

Cuando Juss lo sacó de la montaña, la frigidez del señor Goldry se había deshelado hasta tal punto que era capaz de ponerse de pie y de caminar; pero no era capaz de decir palabra, ni consiguieron que los mirase, sino que tenía la mirada rígida e inalterable, y, cuando se posaba en sus compañeros, parecía que los atravesaba con la vista y miraba más allá de ellos, hacia algún objeto lejano que viera entre brumas. De manera que cada uno de ellos recelaba en secreto, temiendo que este estado del señor Goldry Bluszco resultase incurable, y que lo que habían recuperado de la prisión no fuese sino los tristes despojos del que habían deseado tanto.

Desembarcaron y lo llevaron a la reina Sofonisba, que se apresuró a reunirse con ellos en el hermoso césped ante su pabellón. La reina, como si conociera de antemano la enfermedad y su remedio, tomó de la mano al señor Juss y dijo:

—Oh señor mío, te falta hacer una cosa para liberarlo por completo, tú que has afrontado horrores sobrehumanos para recobrarlo: en verdad que es una piedra muy pequeña para rematar este edificio tuyo, pero, sin ella, todo sería en vano, como sería ella en vano sin el resto, que ha sido todo obra tuya; y esta última es mía, y te la doy con corazón puro.

Dicho esto, hizo al señor Juss que se inclinara hasta que pudo besarle en la boca,

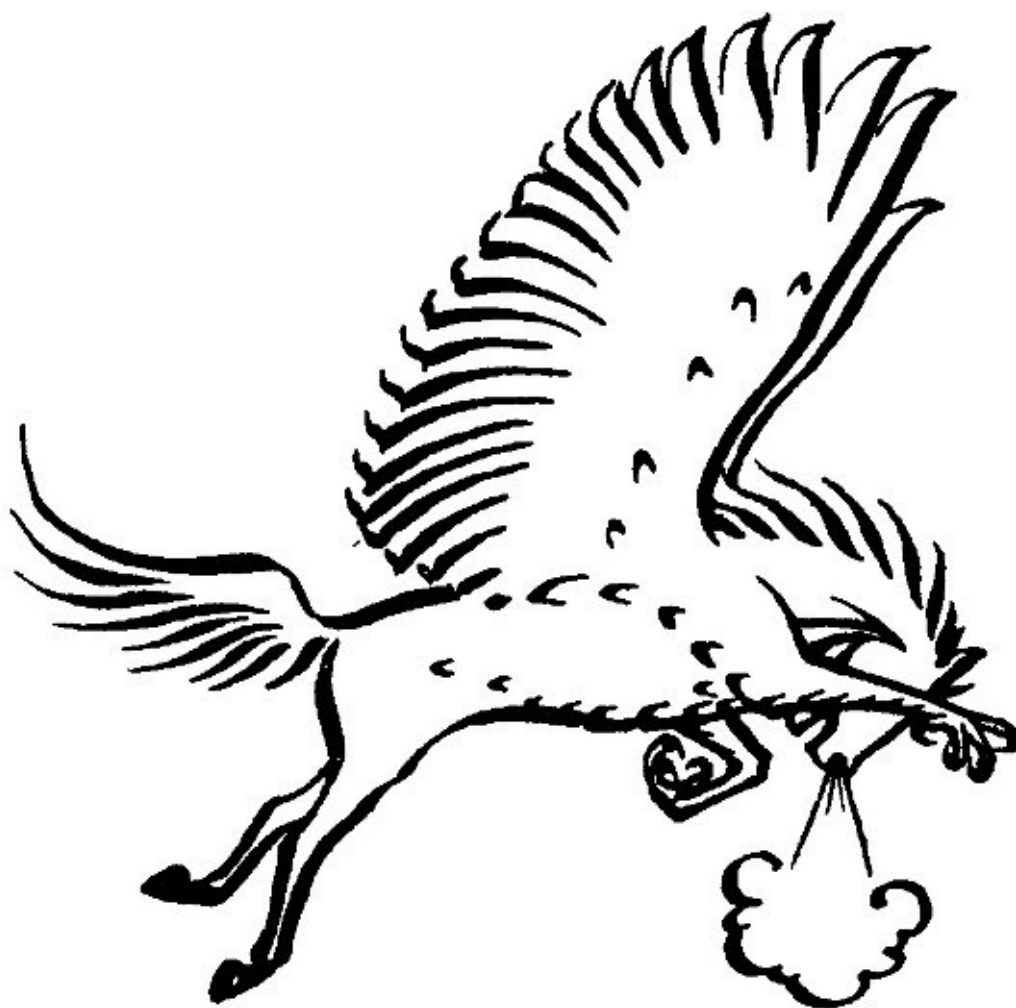
dulce y mesuradamente, un beso ligero. Y dijo:

—Entrégaselo a tu señor hermano.

Y Juss lo hizo así, besando del mismo modo a su hermano en la boca, y ella dijo:

—Tomadlo, señores míos queridos. Yo he retirado completamente de su corazón el recuerdo de estas cosas. Tomadlo, y agradecédselo a los altos dioses.


Entonces, el señor Goldry Bluszco los miró a ellos y a aquella hermosa reina, y las montañas, y los bosques, y la hermosura del fresco lago, como un hombre que se despierta de un sueño profundo. Y en verdad que se alegraron sus corazones aquel día.



Hipogrifo en vuelo

LA ARMAÑA EN MUELVA

De cómo los señores de Demonlandia regresaron a sus barcos en Muelva, y de las nuevas que allí les dieron.

os señores de Demonlandia pasaron nueve días con la reina Sofonisba en el Koshtra Belorn y junto al lago de Ravary, saboreando delicias elevadas y puras que nadie más ha saboreado, salvo los espíritus de los bienaventurados en el Elíseo. Cuando se despidieron de ella, la reina dijo:

—Mis pequeños martinetes me traerán noticias vuestras. Y cuando hayáis llevado a su perdición el reino malvado de Brujolandia y hayáis regresado de nuevo a vuestra querida tierra natal, entonces llegará la hora, mi señor Juss, de lo que te he dicho muchas veces y cuyo pensamiento ha alegrado con frecuencia mis sueños: de volver a visitar la tierra y las moradas de los hombres, y ser vuestro huésped en Demonlandia, la de las muchas montañas.

Juss le besó la mano y le dijo:

—No dejes de hacerlo, reina querida, pase lo que pase.

Y la reina los sacó por un camino secreto a los altos campos de nieve que están entre el Koshtra Belorn y el Romshir, de donde bajaron a la cañada del agua oscura que baja del glaciar de Temarm, y de allí, pasando muchos peligros, volvieron al cabo de muchos días por el Moruna a Muelva y a los barcos.

Allí, después de los saludos de Gaslark y La Fireez y de su alegría, éstos dijeron al señor Juss:

—Hemos pasado aquí demasiado tiempo. Nos hemos metido en el barril y le han echado el tapón.

Entonces trajeron a su presencia a Hesper Golthring, que, navegando hasta el estrecho para recoger forraje, había vuelto el día anterior con noticias de que se había encontrado con ciertos barcos de Brujolandia tres días antes, y había combatido con ellos, y había hundido uno antes de dejar el combate, y había tomado ciertos prisioneros.

—Y de su interrogatorio —dijo—, además de por señales que yo advierto y observo, se desprende que Laxus es dueño del estrecho con ciento sesenta navíos de guerra, los mayores que han caminado sobre el mar hasta este día, y que han venido hasta aquí con el propósito de destruirnos.

—¿Ciento sesenta navíos? —dijo el señor Brándoch Dahá—. Brujolandia no dispone ni de la mitad, ni de la tercera parte de tal fuerza, desde que los derrotamos en los días de la última cosecha en la bahía de Aurwath. No es de creer, Hesper.

—Vuestra alteza verá que es cierto —respondió Hesper—, con dolor y admiración.

—Son los restos de sus súbditos y aliados —dijo Spitfire—. No nos resultarán tan duros de despachar como los pasados.

—¿Qué te parecen estas nuevas, señor mío? —dijo Juss al señor Gro.

—No me maravillan —respondió—. El de Brujolandia tiene buena memoria, y recuerda vuestra destreza de marinos ante Kartadza. No está acostumbrado a estar mano sobre mano, ni a arriesgarlo todo en una jugada. Y tampoco debes confiar, mi señor Spitfire, en que sean bateles de placer prestados por los blandos beshtrianos o por los sencillos foliots. Son navíos nuevos, construidos para nosotros, señores míos, y para nuestra perdición. No os lo digo por conjeturas, sino porque lo sé de cierto, aunque su número me parece muy superior a lo que había llegado a soñar. Pero antes incluso de que yo navegase con Corinius hacia Demonlandia, ya comenzaba la construcción de una gran armada en Tenemos.

—Bien creo que nadie lo sabrá mejor que tú —dijo el rey Gaslark—, porque fuiste tú mismo el que lo aconsejaste.

—Oh Gaslark —dijo el señor Bránoch Dahá—, ¿todavía quieres jugar a los huesos de cereza cuando ya ha pasado el tiempo de las cerezas? Déjale en paz. Ahora es amigo nuestro.

—Ciento sesenta navíos en el estrecho —dijo Juss—. Y los nuestros son un centenar. Bien se ve la gran diferencia y desventaja en que estamos. Y debemos encontrarnos con ellos, o no volver nunca a casa, mucho menos ir a Carcë. Pues este mar no tiene salida para los navíos si no es por el estrecho de Melikaphkhaz.

—Haremos a Laxus lo que piensa hacernos a nosotros —dijo el señor Bránoch Dahá.

Pero Juss había quedado callado, con la barbilla apoyada en la mano.

—Yo estoy dispuesto a vencerle dándole ventaja —dijo Goldry Bluszco.

—Debería darte vergüenza desanimarte por esto, oh Juss —dijo Bránoch Dahá—. ¿Qué importancia tiene que sean más en número que nosotros? Son muy inferiores en ánimos, valor y fuerza.

Pero Juss, todavía meditando, extendió la mano y le asió la manga, sujetándolo así un momento, y después alzó la mirada hacia él y dijo:

—Eres el amigo más regañón que he conocido en mi vida, y, si yo fuera hombre malhumorado, no podría soportarte. ¿Es que no puedo pasar tres minutos estudiando nuestras posibilidades sin que saltes llamándome gallina?

Rieron, y el señor Juss se levantó y dijo:

—Convoquemos un consejo de guerra. Y que acuda al mismo Hesper Golthring, y los patronos que lo acompañaron en aquel viaje. Y embalad el equipo, pues partimos por la mañana. Si no nos gustan estas lechugas, podemos apartar los labios.

Pero no nos queda otra opción. Si Laxus no nos deja vía franca a través del estrecho de Melikaphkaz, creo que se alzarán en éste un ruido que, cuando lo oiga el rey, sabrá que es nuestro primer golpe en las puertas de Carcã.

NOTICIAS DE MELIKAPHKHAZ

De las nuevas que recibió el rey Corice en Carcë del sur, donde el señor Laxus, que ocupaba el estrecho con su armada, tenía aprisionada en el mar de Midland a la armada de Demonlandia.



na noche de finales del verano, cerca ya del otoño, ocho semanas después de que los demonios zarparan de Muelva como queda dicho, la señora Prezmyra estaba sentada ante su espejo en la alta alcoba de Córund en Carcë. Fuera, la noche era suave y estaba llena de estrellas. Dentro, las llamas amarillas de las velas que ardían inmóviles a ambos lados del espejo irradiaban mechones de claridad de oropel, en glorias gemelas o esferas luminosas de calor. En aquél blando resplandor flotaban y trazaban círculos granos como de fuego dorado, que se perdían en los límites de la oscuridad, en la que los pesados muebles y los tapices y los paramentos con figuras de la cama no eran sino divisiones más nebulosas y congestiones de la oscuridad general. El cabello de Prezmyra recogía los rayos y los apresaba en una maraña rojiza de esplendor que rodeaba su cabeza y sus hombros y caía hasta los broches de esmeralda de su cinturón. Sus ojos contemplaban perezosamente su propia imagen hermosa en el espejo reluciente; hablaba de trivialidades ligeras con su dueña de alcoba, que, manejando el peine, estaba tras su silla de oro y de concha.

—Alcánzame aquel libro, dueña, para que lea de nuevo la letra de la serenata que me compuso el señor Gro la noche que tuvimos las primeras noticias de mi señor en Duendelandia, cuando conquistó aquella tierra y el rey lo hizo rey de ella.

La vieja le dio el libro, que estaba encuadernado en piel de cabra, labrada y adornada por el arte del dorador, con cierres de oro y enriquecido con pequeñas gemas, esmeraldas y aljófares incrustados en los paneles de sus cubiertas. Prezmyra buscó la página y leyó:

Vosotras, bellezas menores de la noche,
Que satisfacéis poco nuestros ojos,
Más por vuestro número que por vuestra luz;
Vosotras, pueblo llano de los cielos;
¿Qué sois cuando sale la luna?

Vosotros, lindos cantores del bosque,
Que gorjeáis los cantos de la señora Naturaleza,
Pensando que se entiende vuestra pasión
Por vuestros débiles acentos; ¿cuánto valéis
Cuando alza su voz Filomena^[309]?

Vosotras, violetas que aparecéis

Con vuestros mantos púrpuras puros
Como las vírgenes orgullosas del año,
Como si la primavera fuera toda vuestra,
¿Qué sois cuando nace la rosa?

Así, cuando sea vista mi princesa
En todo su esplendor y belleza,
Primero por su virtud, luego hecha reina,
Decidme si no está destinada
A eclipsar y a ser la gloria de su especie^[310].

Quedó en silencio un rato. Después dijo, en voz baja y dulce en la que parecían dormir todos los acordes del sueño:

—El próximo solsticio de invierno hará tres años que oí esta canción por primera vez. Y todavía no estoy acostumbrada a este título de reina.

—Es por la falta de mi señor Gro —dijo la dueña.

—¿Eso crees?

—Solía acudir la alegría con más frecuencia a vuestro rostro, oh reina, cuando él estaba aquí, y vos solíais disiparle a él la melancolía y reiros de sus presentimientos fantásticos y caprichosos.

—Muchas veces no dudaba de sus vaticinios —dijo Prezmyra—, aunque chascase los dedos al oírlos. Pero yo no he visto jamás que las nubes de tormenta se comporten con la arbitrariedad de los tiranos: que abrasen a los que se enfrentan a ellas y que pasen de largo ante los que temblaban ante ellas.

—Era muy devoto servidor de vuestra belleza —dijo la vieja—. Y, con todo —añadió, mirando de reojo a su señora para ver cómo recibía sus palabras—, ese error sería fácil de reparar.

Se ocupó del peine un rato en silencio. Al cabo de un tiempo, dijo:

—Oh reina, señora de los corazones de los hombres, no hay un solo señor en Brujolandia, ni en toda la tierra, al que no podáis hacer servidor vuestro con un cordel hecho de este vuestro cabello. Los más agraciados y los mejores serían vuestros con una mirada.

La señora Prezmyra miró soñadoramente sus propios ojos reflejados en el vidrio. Después sonrió burlonamente y dijo:

—Entonces, ¿quién consideras que es el hombre más agraciado y mejor de toda la tierra conocida?

La vieja sonrió.

—Oh reina —respondió—, eso mismo discutíamos nosotras en la cena esta misma noche.

—¡Bonita discusión! —dijo Prezmyra—. Deja que me ría. ¿A quién otorgó vuestro alto tribunal examinador el título de más hermoso y más valiente?

—No se llegó a ninguna conclusión unánime, oh reina. Algunas preferían a mi

señor Gro.

—Por desgracia, es demasiado femenino —dijo Prezmyra.

—Otras, al rey nuestro señor.

—Ninguno hay más grande ni más digno de veneración —dijo Prezmyra—. Pero, como esposo, más valía casarse con una tempestad o con el mar devorador. Dime algunos más.

—Algunas optaban por el señor almirante.

—Ésas atinaron algo más —dijo Prezmyra—. No es ningún pisaverde ni cortesano blando y azucarado, sino un caballero valiente, alto y gallardo. Pero, ay, cuando nació, brillaba un planeta demasiado acuoso. Para ser hombre, se parece demasiado a una estatua. No, dueña, debes proponerme a otro mejor.

—En verdad, oh reina —dijo la dueña—, las más estuvieron de acuerdo conmigo cuando les propuse a mi elegido: el rey de Demonlandia.

—¡Ay de ti! —exclamó Prezmyra—. No nombres al que no tuvo fuerzas para defender de nuestros enemigos aquella tierra.

—Dicen las gentes que fue derrotado en la ladera de Krothering por artes oscuras y prácticas mágicas. Dicen las gentes que, cuando los demonios nos atacaron bajando la montaña, no iban montados en caballos, sino en espíritus.

—¡Dicen! —exclamó Prezmyra—. Te digo que ha encontrado más factible para su capacidad lucir su corona en Brujolandia que hacer que le humillasen la rodilla en Galing. Ante un buen rey, se humillan sinceramente los corazones y las rodillas. Pero éste, si le doblaron la rodilla, fue en el trasero, para volver a mandarlo a su casa.

—¡Oh, no, señora! —dijo la dama.

—Cuidado con lo que dices, dueña —dijo Prezmyra—. Estaría bien que os dieran a todas de latigazos, por ser un hato de yeguas necias que no distinguís un caballo de un asno.

La vieja, observándola en el espejo, juzgó mejor callarse. Prezmyra dijo entre dientes, como hablando sola:

—Conozco a un hombre que no lo hubiera hecho tan mal.

La vieja dueña, que no apreciaba al señor Córund por sus modos altivos y su manera de hablar grosera y su afición al vino, y además le parecía mal que un hombre tan rudo se adornase con una joya tan rica como era su señora, no comprendió lo que quería decir.

Al cabo de un tiempo, la vieja volvió a hablar suavemente y dijo:

—Estáis llena de pensamientos esta noche, señora.

Prezmyra la miró a los ojos en el espejo.

—¿Por qué no voy a estarlo, si se me antoja? —dijo.

La mirada de piedra de sus ojos hizo saltar, como de un golpe en el corazón de la dueña, un recuerdo de veinte años atrás: la pequeña doncella caprichosa, que se

resistía al castigo pero se dejaba guiar, asomándose al cabo de los años en aquel rostro de reina. Se arrodilló de pronto y rodeó con los brazos la cintura de su señora.

—¿Por qué tuvisteis que casaros entonces, querida mía —dijo—, si siempre quisisteis hacer vuestra voluntad? A los hombres no les gusta que sus esposas tengan la cara triste. Podéis tirar de las riendas a un amante, señora, pero, cuando os casáis con él, todo es diferente: todo debe hacerse a su manera, señora, y de nada sirve decir «si lo hubiera sabido».

Su señora la miró burlescamente.

—Esta noche hace siete años que me casé. Ya debería saber esas cosas.

—¡Y esta noche! —dijo la dueña—. Y sólo falta una hora para la medianoche, y sigue sentado a la mesa.

La señora Prezmyra se echó hacia atrás para volver a contemplar su propia belleza reflejada. Su boca orgullosa se ablandó en una sonrisa.

—¿Quieres enseñarme la sabiduría común de las mujeres? —dijo, y todavía temblaba más blandura voluptuosa en su voz—. Te contaré un cuento, como los que me contabas tú en tiempos pasados en Norvasp para arrullarme. ¿No has oído contar cómo el viejo duque Hilmanes de Maltraény, entre otras fantasías que se aparecen por la noche a muchos en diversos lugares, tenía una que era a semejanza de una mujer, vieja de rostro y de pequeña estatura corporal, que le fregaba los cacharros y le hacía todas las labores que hace una criada, gratuitamente y sin hacerle daño alguno? Y él sabía, por sus artes mágicas, que esta criatura sería criada suya, y le traería lo que quisiera, mientras le agradasen las cosas que le traía. Pero este duque, que era hombre necio y goloso, pidió a éste su espíritu familiar que le trajera de una vez todos los frutos del año, y los diferentes bienes y placeres y todas las cosas buenas de la tierra. Así, al cabo de seis meses, saciado de todas ellas, y cuando no le quedó cosa alguna que esperar o que desear, se ahorcó de puro fastidio. Yo nunca hubiera tomado marido, dueña, si no hubiera sabido que era capaz de darle un nuevo cielo y una nueva tierra cada vez, y nunca lo mismo dos veces.

Tomó las manos de la vieja entre las suyas y se las llevó al pecho, como para que aprendiesen, acunadas un rato en la dulzura infinita y generosa de aquel lugar, lo infundados que eran sus temores. De pronto, Prezmyra le estrechó con más fuerza las manos y tembló un poco. Se inclinó para susurrar al oído de la dueña:

—No me gustaría morir. Sin mí, el mundo sería un verano sin rosas. Sin mí, Carcë sería una noche sin el brillo de las estrellas.

Su voz murió como la brisa de la noche en un jardín en verano. En el silencio, oyeron el chapotear de remos fuera, en el río, la voz de alto del centinela, la respuesta del barco.

Prezmyra se levantó aprisa y se dirigió a la ventana. Veía la masa oscura del barco junto a la compuerta, e idas y venidas, pero nada claro.

—Noticias de la flota —dijo—. Recógeme el pelo.

Y, antes de que hubiera terminado de hacerlo, llegó corriendo un pajecillo a la puerta de la cámara y, cuando le abrieron, estaba sin aliento por la carrera, y dijo:

—Vuestro esposo el rey me mandó que os dijese, señora, y os suplicase, que bajaseis con él al gran salón. Me temo que puedan ser malas noticias.

—¿Lo temes, cara de papilla? —dijo la reina—. Haré que te azoten si me vienes con tus temores. ¿Sabes algo? ¿Qué sucede?

—El barco está muy maltratado, oh reina. El patrón está encerrado con el rey nuestro señor. Nadie osa hablar de otra cosa. Se teme que el alto almirante...

—¡Se teme! —exclamó ella, volviéndose para que la dueña le ciñese sobre los hombros blancos su manto de cendal y tejido de plata, que relucía en el cuello de amatistas púrpuras y estaba perfumado de cedro, gálbano^[311] y mirra.

Salió al corredor oscuro, bajó la escalera de caracol de mármol, cruzó el patio central y se apresuró a entrar en el salón de banquetes. El patio estaba lleno de gente que hablaba, pero no se sabía nada con certeza; nada más que expectación y dudas, rumores de un gran combate naval en el sur, de una gran victoria que había alcanzado Laxus sobre los demonios; que Juss y los señores de Demonlandia habían muerto y que los cautivos llegarían con la marea de la mañana. Y aquí y allá, como un rumor de fondo de estas nuevas triunfales, rumores contrarios, susurrados en voz baja, como el silbido de una víbora desde su guarida oscura: que todo no iba tan bien, que el señor almirante estaba herido, que había perdido la mitad de sus navíos, que la batalla había sido dudosa, que los demonios habían escapado. Así entró aquella señora en el gran salón; y los señores y capitanes de los brujos guardaban un silencio intranquilo y expectante. El duque Corsus estaba recostado hacia delante en su asiento, hacia el banco transversal; respiraba entre estertores; sus ojos pequeños estaban fijos, con mirada de borracho. Al otro lado estaba sentado Córund, enorme e inmóvil, con el codo apoyado en la mesa, la barbilla en la mano, sombrío y silencioso, mirando a la pared. Otros se reunían en corrillos, hablando en voz baja. El señor Corinius caminaba de un lado a otro por detrás del banco transversal, con las manos unidas a la espalda, chascando impacientemente los dedos de vez en cuando, con la pesada mandíbula levantada y la mirada alta y desafiante. Prezmyra se acercó a Heming, que estaba entre otros tres o cuatro, y le tocó el brazo.

—No sabemos nada, señora —dijo—. Está con el rey.

Se dirigió a su señor.

—Me has hecho llamar.

Córund la miró.

—Sí, eso he hecho, señora. Nuevas de la flota. Puede que haya algo, puede que no. Pero será mejor que las recibas aquí.

—Buenas o malas noticias, los muros de Carcë no temblarán por ellas —dijo ella.

De pronto, se acalló el sordo rumor de las conversaciones. El rey estaba de pie entre los cortinajes de la puerta. Todos se levantaron para recibirle, salvo Corsus, que estaba dormido en su asiento. La corona de Brujolandia arrojaba destellos siniestros sobre la oscuridad del rostro de fortaleza del rey Gorice, el brillo de sus ojos temibles, la línea mortal de su boca, la barba negra y cuadrada que asomaba por debajo. Estaba erguido como una torre, y tras él, en la sombra, estaba el mensajero de la flota, cuyo semblante tenía el color de la argamasa húmeda. El rey habló y dijo:

—Señores míos, hay noticias cuya veracidad he contrastado bien. Y me hablan de la perdición completa de mi flota. Ha habido una batalla en aguas de Melikaphkhaz, en los mares de Duendelandia. Juss ha hundido nuestros navíos, todos hundidos salvo el que me ha traído la noticia, con Laxus y sus hombres que iban con él.

Hizo una pausa. Después añadió:

—Son nuevas desdichadas, y quiero que las llevéis según la vieja costumbre de Brujolandia: cuanto mayor es el golpe recibido, mayor golpe devolvemos.

En aquel silencio extraño y deformado se oyó un pequeño grito jadeante, y la señora Sriva cayó desmayada.

—Que los reyes de Duendelandia y de Demonlandia se reúnan conmigo —dijo el rey—. Al resto os mando que vayáis a vuestras camas ahora mismo.

El señor Córund dijo al oído de su señora al pasar, rodeándole el hombro con la mano:

—¿Y qué, moza? Si se derrama el caldo, todavía queda la carne. Vete a la cama, y no dudes que nos vengaremos de ellos.

Y siguió al rey con Corinius.

Pasaba de la medianoche cuando se levantó el consejo, y Córund se dirigió a su cámara en la galería oriental sobre el patio interior. Encontró a su señora todavía sentada junto a la ventana, contemplando la falsa aurora sobre Trasgolandia. Despidiendo a los portadores de antorchas que lo habían acompañado, cerró con llave y atrancó la gran puerta con refuerzos de hierro. Cuando se dio la vuelta, sus anchos hombros casi llenaban el portal sombrío; su cabeza casi tocaba el dintel. Era difícil leer su semblante en la oscuridad incierta, mientras estaba más allá de la región luminosa que creaba la luz de las velas, pero los ojos de Prezmyra pudieron advertir la preocupación que tenía en el ceño, y en el porte de su pesado cuerpo había señorío y la fuerza de una determinación poderosa.

Ella se puso de pie, mirándolo como a un compañero con quien podía ser sincera siendo sincera a sí misma.

—¿Y bien? —preguntó.

—La mesa está servida —dijo él, sin moverse—. El rey me ha nombrado su capitán general en Carcë.

—¿Hemos llegado a tal situación? —dijo Prezmyra.

—Nos han cortado un miembro —respondió él—. Tienen entendimiento suficiente para saber que el golpe siguiente deberá apuntar al corazón.

—¿Es así en verdad? —dijo ella—. ¿Ocho mil hombres? ¿El doble de las fuerzas con las que ganamos Duendelandia? ¿Todos ahogados?

—Fue la diabólica maestría marinera de esos malditos demonios —dijo Córund—. Parece que Laxus era dueño del estrecho, por donde debían pasar si querían volver a sus casas algún día, con intención de combatirlos en el paso y aplastarlos con el peso de sus navíos como quien mata moscas, pues tenía gran ventaja de navíos y de hombres. Ellos, por su parte se quedaron esperando fuera, en el mar, intentando por todos los medios incitarlo a salir, para poder hacer sus ardidés de marineros en el mar abierto. Él esperó una semana, o más, hasta que el noveno día (el diablo lo maldiga por necio; ¿por qué no pudo tener paciencia?), la novena mañana, cansado de la inacción y viendo que el viento y la marea le favorecían un poco... —El señor Córund suspiró y chascó los dedos con desprecio—. Oh, te lo contaré por la mañana, señora. Estoy hartó de ello esta noche. En suma, Laxus se ahogó con todos los que estaban con él, y Juss se dirigió con su gran armada hacia el norte, rumbo a Brujolandia.

—Y es dueño del ancho mar. ¿Y esperamos que llegue aquí cualquier día?

—Hay vientos del este. Cualquier día —dijo Córund.

—Estuvo bien hecho darte el mando —dijo Prezmyra—. Pero ¿qué hay de nuestro joven e ilustre caballero que ostentó el cargo en su día? ¿Está dispuesto a aceptar la situación?

—Los perros hambrientos se comen los pasteles sucios —dijo Córund—. Creo que lo aceptará, aunque enseñó los dientes al principio.

—Que guarde los dientes para los demonios —dijo ella.

—El mismo navío que llegó fue capturado —dijo Córund—, y lo enviaron ellos como bravata para que nos contase lo que había sucedido: acto estúpido e insolente que les costará caro, porque nos ha puesto sobre aviso. El patrón tenía esta carta para ti; me la entregó con grandísimo secreto.

Prezmyra retiró el lacre y abrió la carta, y reconoció la letra. Se la entregó a Córund.

—Léemela, mi señor. Estoy cansada de velar; leo mal con esta luz vacilante de las velas.

Pero él dijo:

—No entiendo lo bastante de letras, señora. Te ruego que me la leas.

Y a la luz de las velas goteantes, afligida por un viento del este que soplaba antes del alba, leyó la carta, que estaba redactada en estos términos:

A la muy alta, poderosa y temida señora la reina de Duendelandia, el que fue vuestro servidor pero

ahora es un traidor, y un traidor varias veces perjuro, al que aborrece el cielo, detesta la tierra, y se avergüenzan de él el sol, la luna y las estrellas, y al que todas las criaturas maldicen y juzgan indigno de respirar y de vivir, y que sólo desea morir como penitente vuestro. Con gran dolor os envío estos avisos, que ruego humildemente a vuestra majestad que medite bien, pues de otro modo veo vuestra caída y vuestra ruina manifiesta. Y aunque estáis a salvo en Carcë, es cierto que allí estáis tan segura como el que cuelga de las hojas de un árbol al final del otoño, cuando las hojas empiezan a caer. Pues en esta última batalla en el mar de Melikaphkhaz, todo el poderío de Brujolandia por mar ha sido vencido y destruido, y el alto almirante de toda nuestra armada perdido y muerto, y los nombres de los grandes hombres de cuenta que fueron muertos en la batalla no puedo contarlos, y mucho menos los de la tropa, a causa de que la mayoría se ahogaron en la mar y no se les vio más. Pero Demonlandia no perdió ni II tripulaciones de navíos, y ponen rumbo a Carcë con gran poderío. Y llevan con ellos a Goldry Bluszco extrañamente liberado de su prisión más allá de la tumba, y un gran ejército de la gente más extraña y rara que he visto o de la que he oído hablar en mi vida. Así están las cosas de la guerra. Muy noble señora, no te hablaré con enigmas ni símbolos oscuros, sino claramente, para que no dejes escapar esta ocasión. Pues he soñado un mal sueño que profetizaba la ruina de Brujolandia; durmiendo la misma víspera de la batalla, me aterrorizó y me sobresaltó la visión de la armada de Laxus, que huía, con gritos altos y fuertes de «El fin, el fin, el fin de todo». Por lo tanto, ruego encarecidamente a vuestra majestad y a vuestro noble señor, que era mi amigo antes de que con mi traición ponzoñosa os perdiese a vos, a él y a todos, que toméis medidas para vuestra seguridad, y la cosa exige que vuestras majestades se den prisa. Y esto es lo que debéis hacer: dirigiros directamente a vuestro propio país de Trasgolandia, y allí reunir fuerzas. Poneos del lado de estos soberbios y obstinados de Demonlandia en su orgulloso intento de atacar Brujolandia, y así os ganaréis la amistad de los que con toda seguridad rodearán Carcë con un poderío invencible antes de que Brujolandia tenga tiempo de venceros. Os doy este consejo sabiendo plenamente que el poderío y el dominio de los demonios es ahora preeminente y que nadie se les puede oponer. De modo que no perdáis el tiempo en un barco que se hunde, sino haced como os digo, no sea que se pierda todo.

Una cosa más os digo, que quizá sirva para reafirmar el consejo que os doy; es la peor noticia de todas.

—Lo que es mala noticia es que un felón falso como éste haya sobrevivido a tantos hombres honrados —dijo Córund.

La señora Prezmyra extendió la carta a su señor.

—Tengo la vista cansada —dijo—. Lee tú el resto.

Córund la rodeó con su gran brazo, se sentó a la mesa ante el espejo y estudió la carta, siguiendo las letras con un dedo. No sabía leer bien, y tardó algún tiempo en entender claramente el significado del texto. No lo leyó en voz alta: antes de empezar, advirtió, por la expresión de su señora, que ésta ya lo había leído todo.

Ésta era la noticia que le daba la carta de Gro: que el príncipe, su hermano, había muerto en el combate naval, luchando por Demonlandia; muerto y ahogado en aguas de Melikaphkhaz.

Prezmyra se dirigió a la ventana. Empezaba a salir el alba, triste y gris. Al cabo de un rato, volvió la cabeza. Parecía una leona, orgullosa y con el peligro reflejado en los ojos. Estaba muy pálida. Su voz, regular y tranquila, hacía hervir la sangre como el redoble de un tambor lejano.

—El socorro de Demonlandia: tarde o nunca —dijo. Córund la miró, intranquilo.

—¡Los juramentos que nos hicieron, a él y a mí! —dijo ella—. ¡Lo que nos juraron aquella noche en Carcë! ¡Amigos falsos! Oh, me comería sus corazones con

ajo.

Él le puso las grandes manos en los hombros. Ella se las quitó de encima.

—Uno de los consejos de Gro es bueno —exclamó ella— que no debemos perder el tiempo en este barco que se hunde. Debemos reunir fuerzas. Pero no para apoyar a esos demonios perjuros, como quisiera él. Debemos marcharnos esta noche.

Su señor se había quitado el gran manto de piel de lobo.

—Vamos, señora —dijo—, nuestro próximo viaje es a la cama.

—No voy a acostarme —dijo Prezmyra—. Ahora se verá, oh Córund, si eres de verdad un rey.

Él se sentó en el borde de la cama y empezó a desatarse las botas.

—Bueno —dijo—, que cada uno haga según su gusto, como dijo el buen hombre que besaba a su vaca. Falta poco para que despunte el día; pronto deberé levantarme, y una noche sin sueño es mala para el ingenio.

Pero ella se quedó de pie junto a él, diciendo:

—Ahora se verá si eres un verdadero rey. Y no te engañes: si me fallas en esto, no querré tener nada que ver contigo nunca más. Debemos marcharnos esta noche. Debes poner en pie de guerra a Trasgolandia, que ahora es mía por derecho propio: reúne fuerzas en tu propio ancho reino de Duendelandia. Deja que a Brujolandia se la lleve el viento. ¿Qué me importa que se hunda o que salga a flote? Esto es lo único que importa: castigar a aquellos viles y perjuros demonios, enemigos nuestros y enemigos de todo el mundo.

—Para eso no hará falta ir muy lejos —dijo Córund, todavía quitándose las botas—. Pronto verás a Juss y a sus hermanos ante Carcë, seguidos de seis mil guerreros. Entonces se llevará el metal al yunque. Vamos, vamos, no debes llorar.

—No lloro —dijo ella—. Ni lloraré. Pero no me atraparán en Carcë como a un ratón en la ratonera.

—Me alegro de que no llores, señora. Ver llorar a una mujer es tan triste como ver a un ganso ir descalzo. Vamos, no seas tonta. No debemos dividir ahora nuestras fuerzas. Debemos capear este temporal en Carcë.

Pero ella exclamó:

—Pesa una maldición sobre Carcë. Hemos perdido a Gro, con sus buenos consejos. Querido señor mío, veo algo malvado que oscurece el cielo sobre nosotros como una sombra espesa y oscura. ¿Qué lugar no está sometido al poder y al gobierno del rey Gorice? Pero es demasiado orgulloso; todos somos demasiado insolentes en nuestras obras. Carcë se ha hecho demasiado grande, y hemos ofendido a los dioses. La vileza insolente de Corinius; el viejo chocho de Corsus, que todavía debe de estar delante de su copa; esto, y nuestras rencillas privadas en Carcë, deberá ser nuestra perdición. Por lo tanto, no quieras luchar contra la voluntad de los dioses; toma el timón en tus propias manos antes de que sea demasiado tarde.

—Basta, señora —dijo él—; ésas no son sino visiones. La luz del día hará que te rías de ellas.

Pero Prezmyra dejó de comportarse como reina y le rodeó el cuello con los brazos.

—Tú eres el hombre capaz de llevarlo todo acabo perfectamente. ¿Nos ves hundirnos en este remolino y no vas a ponerte a nadar antes de que sea demasiado tarde?

Y, con voz ahogada, añadió:

—Ya casi tengo roto el corazón. No me lo rompas del todo. Sólo me quedas tú.

La aurora helada, la estancia silenciosa, las velas que goteaban y su señora de corazón animoso, que había perdido por un momento su valor noble y firme y se refugiaba en sus brazos como un pajarillo: todas estas cosas fueron como un aliento helado que soprase sobre él y lo hiciera temblar un momento. La tomó de las dos manos y la sostuvo separándola de él. Ella volvió a levantar la cabeza, aunque tenía pálidas las mejillas; él sintió el apretón valeroso de camaradería de las manos de ella en las suyas.

—Querida moza —dijo él—, me comprometo a no dar tregua a ninguno de esos hijos de Demonlandia. Aquí está mi mano, y la mano de mis hijos, firme mientras nos quede aliento, contra Demonlandia y por ti y por el rey. Pero, ya que el rey me ha hecho rey, debemos soportar el temporal en Carcë, contra viento y marea. Pues es verdad eso que dicen: «No se hace un rey para que viva mucho tiempo, sino para que gane fama».

A Prezmyra le pareció que estas palabras eran de mal agüero. Pero ya había dejado de lado sus esperanzas y sus temores, y decidió dejar de dar coces contra el viento, y resistir con firmeza hasta verlo que quería hacer el destino.

LOS DEMONIOS ANTE CARCĒ

De cómo el rey Gorice, a pesar de ser un encantador tan poderoso, determinó que el resultado de tan graves cuestiones se decidiera de momento por la espada, y sobre todo por el señor Córund, su capitán general; y cómo aquellos dos, el rey y el señor Juss, hablaron por fin cara a cara; y de la batalla sangrienta ante Carcĕ, y de lo que se cosechó allí y de lo que maduró antes de la cosecha.



A decimotercera mañana después de que llegaran estas nuevas a Carcĕ, el rey Gorice estaba sentado en su cámara. Tenía bajo sus manos, sobre la mesa, papeles que eran informes y cuadros de efectivos de sus ejércitos y de su equipo. Córund estaba sentado a la derecha del rey, y al otro lado estaba Corinius.

Córund tenía unidas sobre la mesa las manos grandes y vellosas. Hablaba sin consultar apuntes, descansando su mirada sobre las nubes uniformes que iban desfilando por el cuadrado de cielo que se veía por la alta ventana que tenía ante sí.

—De Brujolandia y las provincias domésticas, oh rey, sólo buenas noticias. Todas las compañías de soldados convocadas en este lugar el décimo día del mes ya han llegado, salvo algunas partidas de peones del sur, y algunas de Estreganzia. A estas últimas las espero hoy; Viglus escribe que vienen con él, con las tropas pesadas de Baltary que le envié a reunir. Así, están completos los efectivos de estas partes: Thramné, Zorn, Permio, la tierra de Ar, Trace, Buteny y Estremerine. De los aliados feudatarios, no son tan buenas las noticias. Los reyes de Mynia y Gilta; Olis de Tecapan; el conde Escobrine de Tzeusha; el rey de Ellien; todos están aquí con sus contingentes. Pero echamos en falta a nombres más poderosos. El duque Maxtlin de Azumel ha roto su alianza y ha mandado cortar las orejas a vuestro emisario, oh rey; se cree que es por alguna supuesta ofensa que hicieron los hijos de Corsus a su hermana. Eso nos hace perder seiscientos guerreros fuertes. El señor de Eushtlan no nos envía respuesta, y Mynia y Gilta nos acaban de hacer saber la malicia y la franca traición de aquél, pues les impidió tercamente el paso por su territorio cuando se afanaban en cumplir las órdenes de vuestra majestad. Después están las levas de Ojedia, que deberían ser casi mil picas, y ya llevan diez días de retraso. Heming, que puso en pie de guerra a Trasgolandia en nombre de Prezmyra, los traerá consigo si puede. Y también tiene orden, pues le viene de camino, de poner en pie de guerra a Maltraény, de donde no tenemos noticias, y temo una traición por su parte: de ambos,

Maltraény y Ojedia, pues se han retrasado bastante. El rey Barsht de Toribia se ha negado abiertamente.

—Ya sabéis además, oh rey —dijo Corinius—, que el rey de Nevria llegó anoche, con muchos días de retraso sobre la fecha fijada y con sólo la mitad de sus efectivos justos.

El rey frunció los labios.

—No voy a desanimarlo acusándole ahora mismo. Más adelante, la cabeza de ese rey rodará por esto.

—Esto es todo —dijo Córund—. No; olvidaba que el Foliot Rojo con su gente, unos trescientos, habían llegado esta mañana.

Corinius sacó la lengua y dijo entre risas:

—Esa langosta apenas servirá de plato para este banquete.

—Es fiel —dijo Córund—, cuando hombres más fuertes se vuelven cobardes. Ahora se verá que estas alianzas forzadas son tan seguras como si hubieran sido selladas con mantequilla. Sin duda, vuestra majestad le concederá audiencia.

El rey quedó un rato en silencio, estudiando sus papeles.

—¿Qué fuerzas tenemos hoy en Carcë? —preguntó.

—Cerca de cuatro mil de a pie y mil de a caballo —respondió Córund—; cinco mil en total. Y lo que más valoro, oh rey, es que casi todos son muchachos de Brujolandia, grandes, anchos y fuertes.

—No hiciste bien, oh Córund —dijo el rey—, cuando mandaste a tu hijo que esperase a Ojedia y a Maltraény. Ya podía estar en Carcë con mil de Trasgolandia para aumentar nuestras fuerzas.

—Lo que hice —respondió Córund—, lo hice buscando nuestro bien, oh rey. Unos pocos días de retraso podían valernos mil picas.

—El retraso ha favorecido a mi enemigo —dijo el rey—. Esto es lo que deberíamos haber hecho: no haberle dado tiempo de pestañear en su primer desembarco, sino haber caído sobre él con todas nuestras fuerzas, y haberlo rechazado hacia el mar.

—Todavía podemos hacerlo, si la suerte nos acompaña —dijo Córund.

Las aletas de la nariz del rey se dilataron. Se inclinó hacia delante, mirando a Córund y a Corinius, con la mandíbula adelantada de modo que su barba negra e hirsuta barría los papeles que estaban ante él en la mesa.

—Los demonios han desembarcado esta noche en Ralpa —dijo—. Vienen hacia el norte a marchas forzadas. Llegarán aquí antes de que transcurran tres días.

Ambos se pusieron rojos como la sangre. Córund dijo:

—¿Quién os trajo esas noticias, oh rey?

—No te preocupes de eso —dijo el rey—. Bástete saber que lo sé. ¿Te ha tomado desprevenido?

—No —respondió él—. Llevamos diez días preparados para recibirlos con todas las fuerzas disponibles, vengan de donde vengan. Aun así, resulta que, mientras nos falten los refuerzos de Trasgolandia, Juss tiene alguna ventaja sobre nosotros, si, como creemos, le siguen seis mil hombres, y aliados además con algunos que deberían ser nuestros^[312].

—¿Querrías esperar a los de Trasgolandia y a los demás que pueda reunir Heming antes de presentar batalla? —preguntó el rey.

—Eso querría, oh rey —dijo Córund—. Debemos mirar más allá de la primera curva del camino, oh rey y señor mío.

—Yo no querría —dijo Corinius.

—Valerosas palabras, Corinius —dijo el rey—. Pero recuerda: en la ladera de Krothering tenías fuerzas superiores, y te derrotaron.

—Eso es lo que tengo presente, señor —dijo Córund—. Pues bien sé que, si yo hubiera estado allí, no me hubiera ido mejor.

El señor Corinius, cuyo ceño se había oscurecido al mencionarse su derrota, alegró el gesto y dijo:

—Os ruego que consideréis, oh rey y señor mío, que aquí en nuestra casa no cabe tal maña o ardid como el que usaron para vencerme en su propio país. Cuando Juss y Brándoch Dahá y sus mendigos apestosos nos hostiguen en tierra de Brujolandia, será el momento de darles una pera aceda. Y, con vuestra venia, señor, os prometo hacérsela tragar, o perder la vida.

—Dame la mano —dijo Córund—. Te hubiera elegido a ti entre todos los hombres para un día como éste, y para salir de avanzadilla contigo para este servicio sangriento, si hoyuviésemos que enfrentarnos a todo el poderío de Demonlandia alzado en armas. Pero oigamos las órdenes del rey: mande lo que fuere, nosotros lo haremos muy alegremente.

El rey Gorice se quedó sentado en silencio. Apoyaba una mano delgada en la cabeza de serpiente del brazo de su sillón; apoyaba la barbilla en la otra, con el dedo extendido sobre el pómulo saliente. Sólo en la sombra oscura de sus órbitas se movía una luz macilenta. Al cabo, tuvo un movimiento de sobresalto, como si su espíritu hubiera regresado en aquel instante a su morada mortal después de volar por mares insondables del tiempo o del espacio. Reunió los papeles en un montón y se lo pasó a Córund.

—Arriesgamos demasiado en ello —dijo—. El que tiene muchos guisantes puede poner más en el puchero. Pero ahora llega el día en que Juss y yo debemos arreglar cuentas, y uno de los dos encontrará su muerte y su perdición.

Se levantó de su sillón y miró a sus capitanes escogidos, grandes hombres de guerra que había elevado a reyes de dos de las cuatro partes del mundo. Ellos lo miraron como pajarillos bajo los ojos de una serpiente.

—En estas partes, el terreno no es bueno para cabalgar —dijo el rey—, y los demonios son grandes jinetes. Carcë es fuerte, y jamás podrá ser tomada al asalto. Además, mis hombres de Brujolandia se empeñarán en hacer las mayores hazañas cuando combatan ante mi vista. Por lo tanto, nos quedaremos aquí, en Carcë, hasta que llegue el joven Heming con sus levas de Trasgolandia. Entonces caeremos sobre ellos, y no cejaremos hasta que limpiemos completamente de ellos el país y matemos a todos los señores de Demonlandia.

—Oír es obedecer, oh rey —dijo Corinius. Con todo, y sin ánimo de contradeciros, yo optaría por caer sobre ellos inmediatamente, en lugar de dejar que descansen y que se refresque su ejército. La ocasión es una moza soberbia, oh rey, que está muy dispuesta a irse con otro hombre si el primero la mira con frialdad. Además, señor, ¿no podríais, por medio de vuestras artes, en breve tiempo, con ciertos compuestos...?

Pero el rey le interrumpió, diciendo:

—No sabes lo que dices. Aquí está tu espada; aquí están tus hombres; éstas son mis órdenes. Procura cumplirlas puntualmente cuando llegue el momento.

—Señor —dijo Corinius—, no encontraréis falta en mí.

Dicho esto, hizo una reverencia y salió de la presencia del rey.

—Has domado bien a este sacre^[313]. Existía el peligro de que le desagradase tanto estar sujeto a ti en estos actos de la guerra, que surgiese alguna disputa que fuera mala para nuestra empresa.

—No lo creáis, oh rey —respondió Córund—. Este año pasado ha sido tan fiel como un almanaque. Ahora me come en la mano.

—Porque te has portado con él con sencillez honrada y abierta —dijo el rey—. Sigue por ese camino, y no olvides que tienes en la mano la espada de Brujolandia y en ella he puesto mi confianza en esta hora crucial.

Córund miró al rey sus ojos grises y agudos, que brillaban como los de un águila. Golpeó con la palma de la mano su pesada espada, y dijo:

—Es un zorro duro, oh rey y señor mío; no fallará a su señor.

Después, alegre por las benévolas palabras del rey, le hizo una reverencia y salió de la cámara.

Aquella misma noche apareció en el cielo, suspendida sobre Carcë, una estrella ardiente con dos colas. Córund la vio cuando iba a acostarse, en un claro entre dos nubes. No dijo nada a su señora esposa, para no preocuparla; pero también ella había visto la estrella desde su ventana, y no dijo nada a su señor por el mismo motivo.

Y el rey Gorice, sentado en su cámara con sus libros maléficos, contempló aquella estrella y sus colas ardientes, y al rey le desagradó más que le gustó. Pues,

aunque no pudo determinar con certeza lo que significaba aquella señal, para uno tan versado como él en la necromancia y en los secretos de la astrología, quedaba claro que aquello era un signo fatal, y uno de aquellos prodigios y pronósticos ominosos que preceden a los finales trágicos de los nobles y a las ruinas de los Estados.

Tres días después, los vigías vieron desde las murallas de Carcë, entre la pálida mañana, los ejércitos de los demonios, que llenaban toda la llanura hacia el sur. Pero no había señales de los refuerzos de Trasgolandia. El rey Gorice, tal como había determinado, conservó todas sus fuerzas quietas y dentro de la fortaleza. Pero, para pasar el tiempo, y porque le agradaba la idea de hablar cara a cara con el señor Juss antes de que empezara aquella última prueba mortal de las armas entre los dos, el rey envió a Cadarus a las líneas de los demonios como heraldo suyo, con banderas de paz y ramas de olivo. Y por su embajada se acordó que los demonios retirarían a sus ejércitos a tres tiros de flecha de las murallas, y que los de Brujolandia quedarían todos dentro de la fortaleza; sólo el rey, con catorce de los suyos desarmados, y Juss con el mismo número, también desarmados, saldrían al centro del terreno despejado y hablarían allí reunidos. Y esta reunión se celebraría a la tercera hora después del mediodía.

Así, ambos grupos acudieron a la conferencia a la hora señalada. Juss iba con la cabeza descubierta, cubierto de su loriga reluciente con gorguera y hombreras damasquinadas con hilo de oro, y quijotes dorados, y mandiletes de oro rojo en sus muñecas. Su ciclatón era de tejido de seda color vino tinto, y llevaba la capa oscura que le habían tejido las sílfides, cuyo cuello estaba rígido por los bordados y por las figuras de bestias extrañas que tenía labradas con hilo de plata. Según el acuerdo, no portaba armas; tan sólo llevaba en la mano un bastón corto de marfil incrustado de piedras preciosas, y cuya cabeza era una bola de la piedra que llaman ojo de Belus, que es blanca y tiene dentro una manzana negra, cuyo centro se puede ver brillar como el oro. Se puso ante el rey muy altivo y señorial, alzando la cabeza como un ciervo que olfatea la mañana. Un paso o dos tras él se quedaron sus hermanos y Brándoch Dahá, con el rey Gaslark y los señores Zigg y Gro, y Melchar y Tharmrod y Styrkmir, Quazz con sus dos hijos, y Astar, y Bremery de Shaws: hombres de aspecto valiente y señorial, todos sin armas; y el brillo de las joyas que portaban era maravilloso.

Ante ellos, acompañando al rey, estaban éstos: Córund, rey de Duendelandia, y Corinius, que se hacía llamar rey de Demonlandia; Hacmon y Viglus, hijos de Córund; el duque Corsus y sus hijos Dekalajus y Gorius; Eulien, rey de Mynia; Olis, señor de Tecapan; el duque Avel de Estreganzia, el Foliot Rojo; Erp, rey de Ellien, y los condes de Thramné y Tzeusha; sin armas, pero con armaduras hasta los cuellos; hombres grandes y fuertes en su mayoría, pero ninguno digno de compararse con

Corinius ni con Córund.

El rey, cubierto de su manto de pieles de cobra y con su cetro en la mano, sacaba media cabeza a los más altos de los que lo rodeaban, amigos y enemigos. Se alzaba entre ellos, oscuro y delgado, como un pino hendido por el rayo visto contra la puesta del sol.

Así, en la tarde dorada de otoño, en medio de aquella triste llanura de marismas por donde el Druima, obstruido por la maleza, serpentea tortuosamente entre sus orillas cenagosas hasta el mar, se reunieron estos dos hombres, por cuya ambición y orgullo el mundo era demasiado pequeño para contenerlos a ambos con paz entre los dos. Y como un dragón somnoliento, del antiguo cieno, bajo, siniestro y monstruoso, la fortaleza de Carcë dormía sobre todos ellos.

Al fin, el rey habló y dijo:

—Te he hecho llamar porque creí que sería bueno que hablásemos los dos mientras todavía había tiempo de hablar.

—Eso no lo niego, oh rey —respondió Juss.

—Tú eres hombre sabio y sin miedo —dijo el rey, inclinando su frente sobre él—. Te aconsejo, a ti y a todos los que te acompañan, que te retires de Carcë. Bien veo que la sangre que bebiste en Melikaphkhaz no va a saciarte la sed, y que la guerra es tu perla y tu amante. Pero, aunque así sea, retírate de Carcë. Ahora estás en la cúspide de tu ambición; si quieres saltar más arriba, caerás en el abismo. Que los cuatro puntos cardinales del mundo tiemblen con nuestras guerras, pero no este centro. Pues aquí ningún hombre puede recoger fruto alguno como no sea la muerte; o bien, este único fruto, el zoacum, el fruto de amargura, que, cuando lo haya probado, le parecerán oscuras todas las luminarias del cielo, y todos los bienes de la tierra serán como cenizas en su boca durante todos los días de su vida, hasta que muera.

Hizo una pausa. El señor Juss estaba firme, sin temblar bajo aquella mirada temible. Tras él, sus compañeros se agitaban y murmuraban. El señor Brándoch Dahá, con la burla en los ojos, dijo algo entre dientes a Goldry Bluszco.

Pero el rey volvió a hablar al señor Juss.

—No te engañes. No te digo esto con intención de asustarte con cocos y espantos para que te apartes de tu propósito firme; demasiado bien conozco tu carácter. Pero he visto señales en el cielo: no claras, pero nos amenazaban a ambos, a ti y a mí. Por tu bien te digo, oh Juss, y te repito mi consejo (para que ésta nuestra última conversación te haga una impresión más firme); retírate de Carcë antes de que sea demasiado tarde.

El señor Juss escuchó con atención las palabras del rey Gorice, y, cuando éste hubo terminado de hablar, respondió y dijo:

—Oh rey, nos has dado un consejo bueno a maravilla. Pero ha sido a modo de acertijo. Y, mientras te oía, mis ojos no se apartaban de la corona que llevas, hecha a

semejanza de un cangrejo^[314]; y, como este animal mira hacia un lado y camina hacia otro, creo que representa bien el modo en que miras por nuestros peligros pero buscas al mismo tiempo tu propia ventaja.

El rey le miró torvamente, y le dijo:

—Soy tu señor supremo. A los súbditos no les cuadra hablar a su rey con tal familiaridad.

—Tú me tratas a mí de «tú»^[315] —respondió Juss—. Y en verdad que sería una locura que cualquiera de los dos humillase la rodilla ante el otro, cuando el señorío de toda la tierra espera al que venza en nuestra gran contienda. Rey de Brujolandia, has sido franco conmigo al hacerme saber que no deseas entrar en batalla con nosotros. Yo también seré franco, y te haré una oferta que es ésta: que nos vayamos de tu país sin hacer más actos de guerra contra ti (hasta que vuelvas a provocarnos); y tú, por tu parte, renuncies a tus pretensiones sobre toda la tierra de Demonlandia, y también sobre Tragolandia y Duendelandia, y que me entregues a tus servidores Corsus y Corinius para que yo pueda castigarlos por los actos bestiales que cometieron en nuestra tierra cuando nosotros no estábamos allí para defenderla.

Calló, y se contemplaron el uno al otro en silencio durante un rato. Después, el rey levantó la barbilla y sonrió con una sonrisa temible.

Corinius le susurró al oído en son de chanza:

—Señor, podéis entregarle a Corsus sin miedo. Creo que sería un trato barato, y pagado con falsa moneda además.

—Vuelve a tu lugar y calla —dijo el rey. Y dijo al señor Juss—. Tuya es la culpa de todos los daños que sobrevengan ahora; pues ahora estoy decidido a no volver a colgar la espada hasta que pueda hacerme una pelota con tu cabeza ensangrentada. Y ahora, tiemble la tierra y oscurezca Cintia su brillo; basta de palabras y callen las bocas. Que el trueno, la sangre y la noche asuman nuestros papeles, para culminar y rematar el desenlace de esta gran tragedia.

Aquella noche, el rey se paseaba solo por su cámara en la torre de hierro. Apenas había pasado por allá en los últimos tres años, y normalmente sólo lo había hecho para recoger alguno de sus libros a fin de estudiarlo en sus propios aposentos. Sus jarras, frascos y botellas de vidrio azul, verde y púrpura donde guardaba sus drogas y electuarios^[316] malditos de composición secreta; sus atanores, sus crisoles, sus retortas ventradas, sus alambiques y baños de María, estaban ordenados en estantes cubiertos de polvo y tenían colgaduras de telas de araña; el horno estaba frío; el vidrio de las ventanas estaba oscurecido por el polvo; las paredes tenían moho; el aire de la cámara olía a cerrado. El rey estaba absorto en su contemplación, con un gran libro negro abierto ante él en el facistol de seis caras: el más maldito de todos sus

libros, el mismo que le había enseñado en tiempos pasados lo que debía hacer cuando tuvo intención de hundir a Demonlandia y a todos sus señores en la muerte y en la ruina por los poderes maléficos de los encantamientos.

La página abierta bajo sus manos era de pergamino desteñido por el tiempo, y el texto de la página estaba escrito con caracteres anticuados y enrevesados, negros y pesados, y las grandes letras capitulares y los márgenes iluminados estaban pintados y dorados con tonos negros y rojos, representando rostros temibles, formas de serpientes, hombres con cara de sapo, simios, manticoras, súcubos e íncubos^[317], y representaciones y figuras obscenas de significado ilícito. Éstas eran las palabras del texto en la página que el rey estudiaba una y otra vez; a veces caía en una reflexión profunda, y luego volvía a estudiar estas palabras de una escritura profética antigua, sobre los destinos prefijados de la casa real de Gorice en Carcë:

Así vuestra casa permanecerá y durará
Por toda la eternidad.
Pero con cuidado andad,
Y sabed con certeza
Que, si algún impío entre vosotros
Practica la magia negra
Por segunda vez en el mismo cuerpo,
Será arrastrado
Por los diablos sutiles
Y perderá la vida
Y se romperá esta línea;
Quedaréis malditos eternamente
Y no volveréis a ver la tierra;
Ni los dioses os podrán rescatar
Del infierno, donde quedaréis
Por toda la eternidad.
Eso me dicen las estrellas^[318].

El rey Gorice se puso de pie y se dirigió a la ventana del sur. El pestillo estaba oxidado; lo forzó y se abrió con un chillido, un chasquido y una ligera lluvia de polvo y de arenilla. Abrió la ventana y se asomó. La noche pesada llegaba a su profundidad de silencio. Había luces lejanas en las marismas, las luces de los fuegos de campamento de los ejércitos del señor Juss, reunidos contra Carcë.

Le hubiera sido difícil contener un escalofrío al que contemplase a aquel rey de pie junto a la ventana; pues su constitución alta y delgada y su aspecto férreo tenían algo que no era propio de carne y sangre naturales, sino de algún elemento más duro y más frío; y su semblante, como la imagen de alguna divinidad oscura tallada hace siglos por hombres que murieron mucho ha, llevaba la huella de las antiguas cualidades de poderío implacable, desprecio, violencia y opresión, antiguas como la misma noche pero respetadas por el tiempo, jóvenes como cada noche cuando cae y antiguas y elementales como la oscuridad primigenia.

Pasó allí mucho tiempo, y después volvió de nuevo a su libro.

—Gorice VII —dijo para sí—. Ya lo he hecho una vez en este cuerpo. Y no me ha ido mal; pero tiene que irme mejor. Es demasiado arriesgado hacerlo por segunda vez y solo. Córund es hombre que no conoce el miedo en la guerra, pero es demasiado supersticioso, y tiembla ante todo lo que no tiene carne ni sangre. Las apariciones y las fantasmagorías son capaces de amilanarlo. También está Corinius, al que no le importan un ápice los dioses ni los hombres. Pero es demasiado precipitado e irreflexivo; sería una locura fiarme de él. Si estuviera aquí el goblin, podría hacerlo con él. Maldito villano traicionero, se ha ido de mi lado.

Recorrió la página con la vista como si sus ojos penetrantes pudieran atravesar las barreras del tiempo y de la muerte, y descubrir en aquellas palabras algún nuevo significado que encajase mejor con lo que deseaba su ánimo y le prohibía su juicio.

—Dice «malditos eternamente»; dice que se romperá la línea, y «no volveréis a ver la tierra». Dejémoslo.

Y el rey cerró lentamente su libro, y le echó tres candados, y volvió a guardarse la llave en el seno.

—Todavía no es necesario —dijo—. Córund y la espada tendrán su día. Pero, si me fallan, ni siquiera esto impedirá que vuelva a hacer lo que tengo que hacer.

En la misma hora en que el rey acababa de volver a sus aposentos, llegó un corredor de Heming para informarles de que éste llegaba de Trasgolandia con mil quinientos hombres por el camino de los reyes. Además, habían sabido que la armada de Demonlandia había fondeado aquella noche en el río, y que no era improbable que el ataque fuera por la mañana, por tierra y por el río.

El rey estuvo toda la noche en su cámara reunido en consejo con sus generales y ordenando todas las cosas para el día siguiente. No cerró los ojos ni un momento en toda la noche, pero hizo dormir a los demás por turnos, porque debían estar frescos y dispuestos para la batalla. Pues su acuerdo fue reunir a todo su ejército en la orilla izquierda, ante la puerta del puente, y presentar allí batalla a los demonios al despuntar el día. Ya que, si se quedaban dentro de la fortaleza y permitían a los demonios que cerrasen al joven Heming el paso hasta la puerta del puente, entonces estaba perdido, y, si caía el cuerpo de guardia del puente y el puente mismo, entonces los demonios podrían desembarcar las fuerzas que quisieran en la orilla derecha y cercarlos estrechamente en Carcë. No temían un ataque sobre la orilla derecha, pues sabían bien que podían quedarse dentro de la fortaleza riéndose de ellos, ya que las murallas eran inexpugnables. Pero, si se entablaba una batalla ante la puerta del puente, como esperaban, y si Heming se sumaba al combate por el este, había buenas esperanzas de que fueran capaces de dividir el ejército de los demonios, atacándoles por su centro por el oeste mientras Heming caía sobre ellos por el otro lado. Por lo

cual, caerían en gran desorden y confusión, y no serían capaces de escapar a sus barcos, sino que serían presa de los brujos en aquellas tierras pantanosas ante Carcë.

Cuando era la fría última hora antes del alba, los generales recibieron las últimas órdenes del rey antes de ir a hacer avanzar sus ejércitos. Corinius salió el primero de la cámara del rey, un poco antes que los demás. En el corredor lleno de corrientes de aire, las lámparas oscilaban y humeaban, emitiendo una luz incierta y vacilante. Corinius vio que junto a la escalera estaba de pie la señora Sriva, esperando para despedirse de su padre o llevada por una simple curiosidad. Fuera lo que fuese, a él no se le dio una higa, pero se llegó rápidamente a ella y la apartó a un rincón donde la poca luz apenas le dejaba ver el brillo pálido de su vestido de seda, de su cabello negro suelto en rizos oscuros, y de sus ojos oscuros y relucientes.

—Falsa y astuta mía, ¿ya te tengo? No, no te resistas. Te huele el aliento a canela. ¡Bésame, Sriva!

—¡No quiero! —dijo ella, luchando por escapar—. Mal hombre, ¿así me tratas? —Pero, al descubrir que no le servía de nada resistirse, dijo en voz baja—. Bueno, si esta noche vuelves habiendo rechazado a Demonlandia, entonces hablaremos.

—Escuchen a la traidora malvada —dijo él—, que la misma noche pasada me hizo desaires descorteses y ahora me viene con buenas palabras; y ¿por qué diablos lo hace? A fe que es porque cree que no voy a volver vivo del combate de este día. Pero volveré, señora besa-y-desaparece; sí, por los dioses, y me cobraré lo mío.

Sus labios se apoyaron profundamente en los de ella; sus manos fuertes y ansiosas la dominaron blandamente contra su voluntad, hasta que ella lo abrazó con un pequeño grito ahogado, apretando su suave cuerpo contra la armadura que llevaba él. Entre los besos, ella susurró: «Sí, sí, esta noche». Bien maldijo él a la fortuna maliciosa que no le había enviado este encuentro media hora antes. Cuando se fue, Sriva se quedó en la sombra del rincón para ordenar sus cabellos y sus vestidos, bastante desordenados en aquel cortejo fogoso. Y desde aquella oscuridad pudo ver cómo Prezmyra se despedía de su señor mientras bajaban por aquel corredor tortuoso y se detenían ante la escalera.

Prezmyra tenía su brazo sobre el de él.

—Yo sé dónde mete la cola el diablo, señora —dijo Córund—. Y reconozco a los grandes traidores cuando los veo.

—¿Cuándo te fue mal por seguir mis consejos, mi señor? —dijo Prezmyra—. Y ¿cuándo te he negado nada que me pidieses? Hace siete años que te entregué mi doncella; y veinte reyes me pedían en dulce matrimonio, pero te preferí a ti por encima de todos ellos, viendo que el halcón no debe unirse con papagayos, ni el águila con cisnes y avutardas. ¿Y vas a negarme esto?

Ella se volvió hacia él. Las pupilas de sus grandes ojos estaban dilatadas bajo la luz dudosa de las lámparas, hundiendo sus fuegos verdes en charcas profundas de

misterio y oscuridad. Los adornos ricos y espléndidos de su corona y de su cinturón parecían un pobre envoltorio para aquella belleza suya sin igual: su rostro, donde lo que es dulce y noble y todo lo que hay de deseable en la tierra o en el cielo habían dado su forma a cada rasgo; la gloria de su cabello, como la gloria del sol rojo; el porte y la prestancia de todo su cuerpo, como un ave majestuosa recién posada tras el vuelo.

—Aunque sea para mí como el ruibarbo —dijo Córund—, ¿voy a negártelo esta vez? Esta vez no, reina mía.

—Gracias, señor mío querido. Desármalo y redúcelo si puedes. El rey no nos negará el perdón a su locura cuando hayas alcanzado para él esta victoria sobre nuestros enemigos.

La señora Sriva no pudo oír más, por mucho que escuchó con gran curiosidad. Pero, cuando llegaron al pie de la escalera, Córund se detuvo un momento para comprobar los cierres de su armadura. Tenía el ceño ensombrecido. Al cabo, dijo:

—Ésta será una batalla mortal, feroz y dudosa para ambos bandos. Contra un adversario tan poderoso como el que tenemos aquí, es posible, nada más. Bésame, querida mozuela. Y si... calla; no sucederá; pero no dejaré de decirlo: si sucede lo peor, no quiero que desperdicies tu vida en lutos. Ya sabes que no soy uno de esos celosos amargados, que tienen tan mal concepto de sí mismos que no quieren que sus esposas se vuelvan a casar, por miedo a que el nuevo marido sea mejor hombre que fueron ellos.

Pero Prezmyra se acercó a él con semblante feliz y alegre.

—Deja que te haga callar, mi señor. Son pensamientos necios para un gran rey que va a entrar en batalla. Vuelve triunfante, y, mientras tanto, piensa en mí, que te espero como espera una estrella. Y no dudes nunca del resultado.

—El resultado —respondió él—. Te lo diré cuando acabemos. No soy astrólogo. Yo tajaré con mi espada, amor mío; echaré a perder algunas de sus predicciones, si puedo.

—Buena suerte, y vaya contigo mi amor —dijo ella.

Sriva salió de su escondrijo y se dirigió aprisa a los aposentos de su madre, y encontró allí a ésta, que acababa de despedirse de sus dos hijos y tenía el rostro lleno de lágrimas. En aquel mismo instante entró su esposo el duque para cambiar de espada, y la señora Zenambria le abrazó el cuello y quiso besarlo. Pero él se la quitó de encima, exclamando que estaba cansado de ella y de su boca babeante; además, la amenazó con espantosas imprecaciones, diciendo que la arrastraría tras él y la arrojaría a los demonios, que, puesto que aborrecían a las viejas feas y decrepitas, sin duda la ahorcarían o la destriparían, y así lo librarían a él de aquella carga duradera. Dicho esto, salió a toda prisa. Pero su esposa y su hija, llorando la una sobre los hombros de la otra, bajaron al patio, con intención de subir a la torre sobre las

compuertas para ver el ejército, reunido más allá del río. Y Sriva relató por el camino todo lo que había oído entre Córund y Prezmyra.

En el patio se encontraron con la propia Prezmyra, que marchaba con semblante alegre y pasos ligeros y tarareando una canción festiva, y les dio los buenos días.

—Soportáis estas cosas con más valor que nosotras, señora —dijo Zenambria—. Creo que nosotras tenemos el corazón demasiado tierno y piadoso.

—Así es, señora —respondió Prezmyra—. No tengo la debilidad de algunas de vosotras, damas de ojos tiernos y lloriqueantes. Y, con vuestra venia, conservaré mis lágrimas (que, además, estropean mucho las mejillas) hasta que las necesite.

Cuando la dejaron atrás, Sriva dijo:

—¿No te parece que es una zorra desvergonzada con el hígado de piedra, oh madre mía? ¿Y no son un escándalo sus risas y sus chanzas; como te he dicho, cuando le dijo adiós, pensando únicamente en la manera de convencerlo de que salvase la vida a aquel perro traidor e intrigante?

—Con el cual pensaba hacer cosas que me da vergüenza nombrar —dijo Zenambria—. En verdad, esta señora extranjera, con sus modos libres y descarados, es un escándalo para toda esta tierra.

Pero Prezmyra siguió su camino, alegre de que su señor no hubiera advertido, por un pelo, el miedo que tenía en el ánimo, después de haber visto, durante toda la amarga noche, visiones extrañas y crueles que anunciaban la perdición y la ruina de todo lo que ella más quería.

Cuando apareció la aurora^[319], todo el ejército del rey estaba dispuesto en orden de combate ante el cuerpo de guardia del puente. Corinius tenía el mando del ala izquierda. Le seguían mil quinientos hombres escogidos de Brujolandia, con los duques de Trace y Estreganzia, además de estos reyes y príncipes, con sus levadas extranjeras: los reyes de Mynia, el conde Escobrine de Tzeusha y el Foliot Rojo. Corsus mandaba el centro, e iba con él el rey Erp de Ellien y sus Honderos vestidos de verde; el rey de Nevria; Axtacus, señor de Permio; el rey de Gilta; Olis de Tecapan, y otros capitanes; mil setecientos hombres en total. El señor Córund había decidido quedarse con el ala derecha. Dos mil hombres de Brujolandia, los mejores y más escogidos de la guerra en Duendelandia y en Demonlandia y en las fronteras del sur, seguían su bandera, junto a la infantería pesada armada de picas de Baltary y los hombres de Buteny y Ar, armados de espadas. Allí estaba su hijo Viglus, y el conde de Thramné, Cadarus, Didarus de Largos y el señor de Estremerine.

Pero, cuando los demonios advirtieron aquel gran ejército ante el cuerno de guardia del puente, se pusieron ellos también en orden de batalla. Y sus barcos se dispusieron a subir el río hasta llegar bajo Carcë, por si podían atacar el puente por

algún medio y cortar así a los brujos la retirada.

La luz del sol era baja y luminosa, y el esplendor de las armaduras y de las sobrevestas multicolores y de las plumas que llevaban en los yelmos era maravilloso de ver. Éste era el orden de su formación: a su izquierda, junto al río, estaba una gran compañía de caballería, y el señor Brándoch Dahá iba al frente montado en un gran caballo pardo y dorado con ojos ardientes. Sus hombres de las islas, Melchar y Tharmrod, con Kamerar de Stropardon y Styrkmir y Stypmar, eran los principales capitanes que le seguían a la batalla. Junto a ellos estaban las tropas pesadas del este, y el señor Juss mismo era su jefe; montaba un caballo castaño, alto, feroz y de huesos pesados. Iba rodeado de su guardia de corps selecta de a caballo, con Bremery de Shaws como capitán; y entre sus tropas iban además estos jefes: Astar de Rettray, Gismor Gleam de Justdale y Peridor de Sule. El señor Spitfire mandaba el centro, y con él iba Fendor de Shalgreth, y Emeron, y los hombres de Dalney, poderosos con la pica; también el duque de Azumel, antes aliado de Brujolandia. Además iba con él el señor Gro, que seguía contemplando aquellas antiguas murallas con un peso en el corazón, pensando en el gran rey que estaba tras ellas, y en la poderosa inteligencia y voluntad con que gobernaba a aquellos hombres oscuros, turbulentos y sanguinarios que temblaban ante él; y pensaba en la reina Prezmyra. A su imaginación enfermiza, la oscuridad de Carcë, que no podía aclarar ninguna luz brillante de la mañana, ya no le parecía como antes la imagen y el emblema de la casa real de Brujolandia y de su alta magnificencia y poderío sobre la tierra, sino más bien la sombra que arrojaban el destino y la muerte, dispuestos a derrocar para siempre aquel poderío. Y no le importaba mucho que sucediera así o no, pues estaba cansado de la vida y de sus deseos, de sus apetitos desenfrenados y de sus afectos desmesurados, y juzgaba que había aprendido mucho de éstos: que a él, que, al parecer, siempre debía pasarse a sus enemigos dejando el servicio de los otros, la fortuna jamás podría llevarle una paz duradera, fueran cuales fuesen sus altibajos. En el ala derecha de los demonios, el señor Goldry Bluszco hacía ondear al viento su bandera, conduciendo al combate a los de las rías del sur y a la infantería pesada con picas de Mardardale y Throwater. Con él iba el rey Gaslark con su ejército de Goblinlandia, y refuerzos de Ojedia y Eushtlan, que acababan de romper su alianza con el rey Gorice. El señor Zigg, con su caballería ligera de Rammerick y Kelialand y de los valles del norte, cubría su flanco por el este.

El rey Gorice contemplaba esta disposición de los ejércitos desde su torre sobre las compuertas. Además, advirtió algo que los demonios no podían ver desde abajo, pues una pequeña elevación del terreno se lo ocultaba a la vista: hombres que venían del este por el camino de los reyes, muy lejos: el joven Heming con los vasallos de Trasgolandia y de Maltraény. Envió a un hombre de confianza para hacérselo saber a Córund.

Entonces el señor Juss hizo sonar el toque de batalla, y, entre el sonido estridente de las trompetas, las huestes de los demonios se lanzaron a la contienda. Y el ruido del encuentro de aquellos ejércitos ante Carcë fue como un trueno. Pero, como un gran acantilado marino que resiste pacientemente durante siglos la furia de los vientos tormentosos, y que los fuertes vientos y el embate de las olas no desgastan en una noche, ni en mil millares de noches, la fuerza de Brujolandia resistió el empuje, se mezcló con ellos, los rechazó y permaneció en su puesto. Los batallones de hierro de Córund llevaron la mayor carga en este primer encuentro, y la soportaron. En cuanto a los barcos, comandados por el joven Hesper Golthring, que les daba ánimos con gran porfía, subían por el río para forzar el puente, y, mientras Córund resistía por delante a la flor y nata de Demonlandia, tenía que soportar por su retaguardia los proyectiles de los barcos. Sus hijos, los jóvenes príncipes Hacmon y Viglus, tenían la misión de defender el puente y las murallas y de quemar y destruir los barcos. Y dos y tres veces limpiaron el puente de los demonios que habían conseguido subir al mismo, hasta que por último, combatiendo muy ferozmente y por largo tiempo ambos bandos, les fue muy mal a Hesper y a sus fuerzas: sus barcos ardieron, y la mayor parte de su gente murió abrasada, ahogada o por la espada; y él, después de sufrir muchas y graves heridas, quedó solo en el puente en el último intento de conquistarlo, y, cuando gateaba para escaparse, lo hirieron con una daga y murió.

Después de esto, los barcos que podían maniobrar retrocedieron por el río, y los hijos de Córund, que habían cumplido valerosamente su misión, acudieron con su gente a sumarse a la batalla principal. Y el olor del humo de los barcos que ardían era como incienso para el rey, que contemplaba estas cosas desde su torre sobre las compuertas.

Poco tiempo transcurrió entre este primer encuentro y el siguiente, pues Heming llegó del este, atacó a los jinetes de Zigg, que estaban inmovilizados en aquel terreno pesado, y cayó con ímpetu sobre el flanco derecho de los demonios. Los brujos atacaron con violencia por toda la línea de combate, desde el puesto de Córund junto al río hasta el flanco oriental, donde Heming se unía a Corinius; y la desventaja numérica que tenían en un principio se convirtió en una gran ventaja, y, bajo aquel gran golpe de costado sobre su flanco, ni la gran valía militar del señor Goldry Bluszco ni el temor a su poderío con las armas fueron capaces de hacer que se mantuviera firme la línea de batalla de los demonios. Retrocedieron ante los brujos paso a paso, sin romper la formación, con gran crédito para ellos, aunque los aliados extranjeros la rompieron y huyeron. Mientras tanto, en el flanco izquierdo de los demonios, Juss y Brándoch Dahá soportaban con gran firmeza aquel ataque, aunque tenían que habérselas con las tropas mejores y más escogidas de Brujolandia. En dicho encuentro se vieron los combates más sangrientos que se habían visto hasta entonces aquel día, y el fragor de la batalla era tan áspero y mortal, que se hacía

difícil comprender cómo podía salir vivo de ella hombre alguno, ya que ninguno de los combatientes de ambos bandos quería ceder una sola pulgada, sino que prefería morir en el sitio si no era capaz de matar al enemigo que tenía ante él. Así, los ejércitos pasaron una hora revolviéndose como luchadores asidos mutuamente en una presa, pero, al cabo, el señor Córund salió con su propósito y no cedió terreno ante la puerta del puente.

Romenard de Dalney llegó galopando hasta el señor Juss, y se detuvo a su lado jadeando por la violencia de la batalla; le llevaba, por orden de Spitfire, noticias del flanco derecho: le dijo que el mismo Goldry no era capaz de resistir más tiempo en tal desventaja; que el centro todavía resistía, pero que era fácil que cediera ante el próximo embate, o que el ala derecha fuera arrastrada sobre su retaguardia y superada.

—Si vuestra alteza no es capaz de rechazar a Córund, todo estará perdido.

En aquella pausa de pocos minutos (si se puede llamar pausa a un período en que la batalla no dejó de resonar como un mar, con un ruido constante de cascos de caballos, de heridas y de golpes de las armas). Juss tomó una determinación. El destino de Demonlandia y de todo el mundo dependía de su decisión. No tenía ningún consejero. No tenía tiempo para meditar pausadamente. En aquel momento, la imaginación, la entereza, la capacidad de decisión rápida, todos los altos dones de la naturaleza, no valen nada: son caballos veloces que se despeñan y se pierden en el pozo que el destino enemigo ha abierto en su camino; a no ser que el conocimiento exacto, adquirido pacientemente tras años de práctica, haya preparado un camino seguro y despejado para que sus cascos voladores los lleven en el gran momento del destino. Así ha sido siempre con todos los grandes capitanes; así fue con el señor Juss en aquel momento en que la ruina se cernía sobre sus ejércitos. Quedó en silencio durante dos minutos; después, envió a Bremery de Shaws galopando hacia el oeste como si quisiera partirse el cuello, con sus órdenes para el señor Bránoch Dahá, y a Romenard volvió a enviarlo a Spitfire, al este. Y el propio Juss, cabalgando hacia delante con sus soldados, gritó entre ellos, con una voz que era como una trompeta atronadora, que debían prepararse para la prueba más dura de todas.

—¿Está loco mi primo? —dijo el señor Bránoch Dahá cuando vio y comprendió toda la cuestión y sus consecuencias—. ¿O es que Córund le ha parecido tan poco duro de pelar, que puede habérselas con él sin mí y sin casi la mitad de sus fuerzas, y seguir resistiéndolo?

—Se suelta de su asidero para buscar otro más seguro —respondió Bremery—. Es una medida desesperada, pero cualquier otra nos llevaría a la destrucción. Nuestra ala derecha ha cedido; la izquierda resiste a duras penas. Pide a vuestra alteza que rompa su centro si le es posible. Han avanzado su ala izquierda de manera algo arriesgada, y ése es su peligro si nosotros actuamos con suficiente rapidez. Pero

recordad que aquí, en esta ala, está su mayor poderío ante nosotros, y si nos superan antes de que vosotros podáis rodearlos...

—Basta, digo que sí —dijo el señor Bránoch Dahá—. El tiempo corre al galope; nosotros debemos hacer igual.

En aquel mismo momento en que Goldry y Zigg, cediendo paso a paso ante fuerzas superiores, habían llegado casi a retroceder hasta tener el río a las espaldas, y Córund, sobre el flanco izquierdo de los demonios, los había contenido después de una dura batalla y ahora amenazaba con completar la perdición de todos ellos con otro gran golpe, Juss, eligiendo un medio desesperado para hacer frente al peligro que amenazaba con destruirlo, debilitó su ala izquierda, ya en grandes aprietos, para lanzar a Bránoch Dahá con casi ochocientos jinetes a que se sumaran a las fuerzas de Spitfire, y clavar así una cuña entre Corsus y Corinius.

Ya era mucho más tarde del mediodía. El fragor de la batalla, que había decaído un rato por puro cansancio, volvió a rugir de nuevo de flanco a flanco cuando Bránoch Dahá arrojó a sus jinetes sobre Corsus y las fuerzas aliadas de los países feudatarios, mientras, a lo largo de toda la línea de batalla, los demonios atacaban para rechazar al enemigo. Durante un rato angustioso, el resultado de la contienda fue indeciso; después, los hombres de Gilta y Nevria rompieron la formación y huyeron; Bránoch Dahá y su caballería entraron arrolladores por la brecha, giraron a derecha y a izquierda, y tomaron a Corsus y a Corinius por el flanco y por la retaguardia.

En este ataque cayó Axtacus, señor de Permio; los reyes de Ellien y Gilta; Gorius, hijo de Corsus; el conde de Tzeusha y muchos otros nobles y personas notables. Entre los demonios muchos cayeron heridos y muchos murieron, pero ninguno muy notable, salvo Kamerar de Stropardon, al que cortó limpiamente la cabeza Corinius de un golpe con su hacha de combate, y Trentmar, al que Corsus hirió en pleno vientre con una jabalina, de modo que cayó del caballo y quedó muerto en el acto. En el centro y en el ala izquierda de la formación de los brujos reinó una gran confusión, y casi todas las tropas aliadas cayeron en el desorden, y optaron por rendirse suplicando piedad. El rey, viendo el alcance de este desastre, envió a Córund un jinete al galope; éste envió a su vez a otros a Corsus y Corinius mandándoles que volviesen a entrar en Carcë con toda su gente con la mayor prisa posible, mientras todavía tenían tiempo. Por su parte, Córund, mostrando el mejor semblante en sus horas más bajas, tal como hace el sol, se dispuso a cortar con su cansado ejército el avance de Juss, que había reunido nuevas fuerzas contra él, y a proteger la retirada del resto de las fuerzas del rey hasta Carcë por la puerta del puente. Cuando Corinius lo comprendió, galopó hacia allí con una partida de hombres para ayudar a Córund, y lo mismo hicieron Heming, Dekalajus y otros capitanes de los brujos. Pero Corsus, dando el día por perdido y considerando que era viejo y que ya había combatido bastante, volvió a Carcë discretamente y con toda la prisa que pudo. Y en verdad que

estaba sangrando por muchas heridas.

Esta gran resistencia de Córund y de sus hombres permitió escapar a Carcë a la mayor parte del resto de su ejército. Y, cada vez que los brujos tenían que retroceder y perdían mucho terreno, el señor Córund animaba a su gente con su gran valor y su noble corazón, de modo que retrocedieron muy despacio, disputando palmo a palmo el terreno hasta la puerta del puente, para poder salvarse también todos los que pudieran entre ellos.

—Éste es el mayor hecho de armas que he visto en los días de mi vida —dijo Juss—, y tengo en mi corazón tan grande admiración y maravilla por Córund, que casi haría con él las paces. Pero he jurado no tener paz con Brujolandia.

El señor Gro estuvo en la batalla junto a los demonios. Atravesó el cuello a Didarus con su espada, de modo que éste cayó muerto. Córund, cuando lo vio, levantó su hacha, pero cambió de intención sobre la marcha, diciendo:

—Oh compendio de iniquidades, ¿vas a matar a mi lado a los hombres de mi casa? Pero mi amistad no está sentada en una veleta. Vive, y sigue siendo un traidor.

Gro, muy impresionado por estas palabras, y mirando al gran Córund con los ojos muy abiertos, como quien se acaba de despertar de un sueño, respondió:

—¿He hecho mal? Tiene fácil remedio.

Y, dicho esto, se volvió y mató a un hombre de Demonlandia. Y, cuando Spitfire lo vio, gritó con gran ira que Gro era un sucio traidor, y, cayendo sobre él violentamente, lo atravesó por el barboquejo^[320] hasta el cerebro.

De este modo, y por una venganza tan súbita, acabó el señor Gro muy desastrosamente los días de su vida. Él, que era filósofo y hombre de paz, y no se ocupaba de las cosas particulares de la tierra, había seguido firmemente y durante todos los días de su vida la misma estrella celestial; pero murió en la sangrienta batalla ante Carcë considerado por todos los hombres como un traidor, perjuro y desleal, que al final había recibido el premio a sus mañas.

Entonces llegó el señor Juss montado en su gran caballo y con la espada chorreando sangre, seguido de una gran hueste de hombres de armas, y la batalla se reavivó con todavía mayor ruido y fiereza, y hubo gran mortandad, y cayeron muchos hombres avezados de Brujolandia en aquella refriega, y los demonios casi los habían apartado de la puerta del puente. Pero el señor Córund, reuniendo a su gente, volvió a tomar la iniciativa en el combate, a pesar de que estaba en gran inferioridad numérica. Y en aquella lucha mortal no buscaba sino al propio Juss; y éste, cuando lo vio venir, no le hurtó el cuerpo, sino que se lanzó sobre él con gran fiereza, e intercambiaron golpes grandes y resonantes durante un rato, hasta que Córund partió en dos el escudo de Juss y lo derribó de su caballo. Juss volvió a saltar sobre el caballo y lanzó un tajo a Córund con su espada, y, con la violencia del tajo, atravesó la cota de malla de su loriga hacia la mitad de su cuerpo y le clavó la espada en el

pecho. Y Córund lo derribó a tierra con un gran tajo de arriba abajo sobre el yelmo, y quedó tendido sin sentido.

Seguía la batalla ante la puerta del puente, y se daban y se recibían grandes heridas por ambos bandos. Pero los hijos de Córund vieron que su padre había perdido mucha sangre y que estaba débil, y el resto de los suyos también lo percibieron, y, viendo que eran tan pocos contra tantos, empezaron a sentir temor. De modo que los hijos de Córund cabalgaron hasta él con un grupo de hombres y lo rodearon, y le obligaron a volver con ellos y a entrar por la puerta hasta Carcë, cosa que hizo como un hombre obnubilado que no sabe lo que hace. Y en verdad que era una gran maravilla cómo un tan gran señor, herido de muerte, era capaz de cabalgar.

Lo bajaron del caballo en el patio principal. Cuando la señora Prezmyra advirtió que tenía todos los arreos rojos de sangre, y cuando vio su herida, no cayó desmayada como podía haber hecho otra, sino que le rodeó el hombro con el brazo y sostuvo así, ayudada por sus hijastros, aquel gran cuerpo que no podía sostenerse a sí mismo, a pesar de que había resistido hasta entonces contra todo el poderío de armas del mundo. Vinieron físicos que había hecho llamar ella, y una litera, y lo llevaron al salón de banquetes. Pero, al cabo de poco tiempo, aquellos hombres doctos confesaron que la herida era mortal y que su ciencia era inútil. Al oír lo cual, el señor Córund, que tenía por vergonzoso morir en la cama y no en el campo de batalla luchando contra sus enemigos, mandó que lo pusieran en su sillón, todavía armado de pies a cabeza y con las manchas y el polvo de la batalla, para esperar así la muerte.

Cuando hubieron hecho esto, Heming fue a contárselo al rey, que contemplaba el final de esta batalla desde la torre que estaba sobre las compuertas. Los demonios habían tomado el cuerpo de guardia del puente. Había terminado el combate. El rey estaba sentado en su sillón contemplando el campo de batalla. Tenía sobre los hombros su manto oscuro. Se inclinó hacia delante apoyándose la barbilla en la mano. Los de su guardia de corps, nueve o diez, estaban apiñados a algunos pasos, como con miedo de acercarse a él. Cuando Heming se aproximó, el rey volvió la cabeza lentamente para mirarlo. El sol bajo que caía sobre Tenemos, de color sanguinolento, iluminaba de frente el rostro del rey. Y, cuando Heming miró al rey a la cara, se apoderó de él el miedo, de tal modo que no osó decir palabra alguna, sino que hizo una reverencia y volvió a marcharse, temblando como el que ha visto una visión tras el velo.

EL ÚLTIMO FIN DE TODOS LOS SEÑORES DE BRUJOLANDIA

Del consejo de guerra; y de cómo el señor Corsus, rechazado por el rey,
volvió sus pensamientos a otras cosas;
y del último conjuro que se pronunció en Carcë,
y del último vino que se bebió; y de cómo la señora
Prezmyra volvió a hablar con los señores de Demonlandia en Carcë.



El día siguiente de la batalla ante Carcë, el rey Gorice celebraba en su cámara privada un consejo de guerra. La mañana estaba cubierta de nubes tristes, y, aunque todas las ventanas estaban abiertas de par en par, el aire de la sala seguía cargado, como si estuviera demasiado impregnado del humor frío y oscuro que entorpecía los órganos vitales de los señores de Brujolandia como una droga somnífera, o como si las estrellas mismas quisieran soplar para infundir males mayores. Los rostros de aquellos señores estaban pálidos y tensos, y, por mucho que querían afectar gesto de valor ante el rey, les faltaba completamente el vigor y el aire bélico con que se habían adornado tan sólo un día antes. Únicamente Corinius conservaba algún resto de su antiguo valor y de su porte grandioso, sentado ante el rey con los brazos en jarras, con la pesada mandíbula echada hacia delante y las ventanas de la nariz dilatadas. Había dormido mal, o había velado hasta muy tarde, pues tenía los ojos inyectados en sangre, y el aliento que salía de sus narices estaba muy cargado de vino.

—Esperamos a Corsus —dijo el rey—. ¿No le han transmitido mi llamada?

—Señor, volveré a convocarle —dijo Dekalajus—. Me temo que estas desgracias le han afectado mucho, y, con la venia de vuestra majestad, creo que desde ayer ya no es el que era.

—Hazlo ahora mismo —dijo el rey—. Dame tus papeles, Corinius. Eres mi general desde la muerte de Córund, veamos lo que nos ha costado la batalla de ayer y el poderío que nos queda para aplastar a esas serpientes por la fuerza de las armas.

—Éstos son los números, oh rey —dijo Corinius—. Sólo tres mil quinientos guerreros, y casi la mitad de ellos demasiado estropeados por las heridas como para servir para algo salvo detrás de las murallas. Aventurarse a salir contra los demonios sería regalarles una victoria fácil, pues ellos están ante Carcë con cuatro mil hombres de armas sanos.

—¿Quién te ha dicho su número? —dijo el rey, resoplando desdeñosamente por la nariz.

—Sería peligroso contar con que son uno menos siquiera —respondió Corinius.

Y Hacmon añadió:

—Rey y señor mío, apostarí a la cabeza a que son más. Y no olvide vuestra majestad que están henchidos de orgullo y de osadía después de la batalla de ayer, mientras que nuestros hombres...

—¿Es que vosotros los hijos de Córund no erais sino ramas del tronco de vuestro padre —dijo el rey, interrumpiéndolo sin alzar la voz, pero mirándolo amenazadoramente—, de modo que, cuando lo derribaron a él, perdisteis vuestra fuerza vital, y ahora os marchitáis entre desatinos de necios? No consentiré que se pronuncien estas opiniones mujerieles en Carcë; no, ni que se piensen en Carcë.

—Cuando desembarcaron, tuvimos noticias ciertas, oh rey —dijo Corinius—, de que el grueso de su ejército constaba de seis mil guerreros; y la noche pasada hablé hasta con veinte de nuestros oficiales e interrogué a algunos pocos demonios que capturamos, antes de que fueran pasados por la espada. Cuando os digo que Juss está ante Carcë con cuatro mil hombres, no estoy exagerando la verdad. Sus pérdidas de ayer no fueron sino el bocado de una pulga comparadas con las nuestras.

El rey asintió secamente con la cabeza.

—En verdad —prosiguió Corinius—, si pudiésemos hallar la manera de recibir ayuda desde fuera de Carcë, aunque sólo fuesen quinientas lanzas, para distraerlos de nosotros por alguna otra parte, sólo las órdenes estrictas de vuestra majestad evitarían que me lanzase sobre ellos. Aun así, sería peligroso, pero jamás me habréis visto dejar sin coger una fruta por miedo a las espinas. Y, hasta que no se dé esa circunstancia, sólo vuestras órdenes estrictas podrían impulsarme a intentar una salida. Ya que bien sé que sería mi muerte, y la ruina vuestra, oh rey, y de toda Brujolandia.

El rey escuchó con semblante inalterable, con una cierta mueca de desprecio en su labio afeitado, con los ojos semicerrados como los de un gato recostado al sol en actitud de esfinge. Pero en aquella cámara del consejo no brillaba el sol. Fuera, el palio plomizo se oscurecía, mientras la mañana se acercaba al mediodía.

—Rey y señor mío —dijo Heming—, enviadme a mí. No es imposible burlar a sus guardias en la oscuridad. Hecho eso, os reuniría algunos hombres, los que bastasen para este propósito, aunque tuviese que recorrer los siete reinos para encontrarlos.

Mientras hablaba Heming, se abrió la puerta y entró en la cámara el duque Corsus. Tenía muy mal aspecto, con las mejillas más flácidas y los ojos más apagados que de costumbre. Le faltaba la sangre en el rostro; su gran panza parecía deshinchada, y sus hombros, más hundidos todavía desde el día anterior. Caminaba con pasos inciertos, y le temblaba la mano cuando separó el sillón de la mesa y tomó asiento ante el rey. El rey lo miró en silencio un rato, y a Corsus le salieron gotas de

sudor en la frente y le tembló el labio inferior bajo aquella mirada.

—Necesitamos tus consejos, oh Corsus —dijo el rey—. Así están las cosas: desde que las estrellas desfavorables dieron la victoria a los demonios rebeldes en la batalla de ayer, Juss y sus hermanos están ante nosotros con cuatro mil hombres, mientras que yo no tengo dos mil soldados sanos en Carcë. Corinius considera que somos demasiado débiles para arriesgarnos a una salida, a no ser que consigamos que acuda de fuera alguna fuerza para distraerlos por otra parte. Y no podemos contar con eso, después de lo de ayer. Reunimos todas nuestras fuerzas aquí y en lo de Melikaphkhaz, y los aliados feudatarios no siguieron nuestras banderas por amor nuestro, sino por miedo y por la codicia del botín. Estas orugas se dejan caer ahora. Pero, si no combatimos, se irán agotando nuestras fuerzas con las armas, y nuestros enemigos sólo tendrán que esperar ante Carcë hasta que nos muramos de hambre. Es una cuestión de gran dificultad, y de solución intrincada.

—Difícil en verdad, oh rey y señor mío —dijo Corsus. Recorrió la mesa con la vista, evitando la mirada constante que caía sobre él desde debajo de las cejas como aleros en la frente del rey Gorice, y por último quedó mirando el esplendor enjoiado de la corona de Brujolandia, sobre la cabeza del rey—. Oh rey —continuó—, me pedís mi consejo, y no os recomendaré ni aconsejaré nada que no sea bueno y beneficioso, tanto como pueda serlo en este trance en que estamos. Pues ahora nuestra grandeza se ha vuelto desdicha, dolor y tristeza. Y es fácil pasar por sabio hablando después de los hechos.

Se detuvo, y le dieron temblores y contracciones en la mandíbula.

—Sigue hablando —dijo el rey—. Estás balbuciendo naderías, a golpes y saltos, como un ganso con tercianas. Dime tu consejo.

—Ya sé, oh rey, que no lo aceptaréis —dijo Corsus—. Pues nosotros los de Brujolandia siempre hemos sido gobernados por la roca, y no por el timón. Preferiría callar. Nunca se ha escrito el silencio.

—¡Quieres y no quieres! —dijo el rey—. ¿De dónde has sacado esa cara de plato de suero con manchas de sangre^[321]? Habla, o me harás enfadar.

—Entonces, no me culpéis, oh rey —dijo Corsus—. Me parece que ha llegado la hora en que nosotros los de Brujolandia debemos mirar cara a cara a la calamidad y reconocer que nos hemos jugado el resto y lo hemos perdido. Los demonios son invencibles en la guerra, como hemos visto a nuestra costa. Pero sus ánimos están entontecidos con muchas fantasías necias sobre el honor y la cortesía; gracias a ello, podemos conseguir que no derramen las heces de la copa de nuestra fortuna, con sólo que renunciemos al orgullo inoportuno y busquemos nuestra ventaja.

—¡Charla, charla, charla! —dijo el rey—. ¡Que me condene si saco algo en limpio de ella! ¿Qué es lo que me recomiendas hacer?

Corsus miró por fin a los ojos al rey. Se preparó como para recibir un golpe.

—No arrojéis la capa al fuego porque se esté quemando vuestra casa, oh rey. Rendíos a Juss y someteos a su voluntad. Y, creedme, la necia blandura de estos demonios nos dejará libertad, y los medios para vivir en paz.

El rey estaba un poco inclinado hacia delante mientras Corsus, con la garganta algo seca pero cobrando valor mientras hablaba, profería su consejo de rendición. Ninguno de entre ellos miraba a Corsus; todos miraban al rey, y, durante un minuto, no se oyó sonido alguno en aquella cámara salvo el de sus respiraciones. Luego, un soplo de aire caliente cerró una ventana con un golpe, y el rey, sin mover la cabeza, recorrió lentamente su consejo con su temible mirada, clavándola sucesivamente en cada uno de sus miembros. Y dijo:

—¿A cuál de vosotros le parece aceptable este consejo? Que hable y nos lo haga saber.

Todos quedaron callados como animales. El rey volvió a hablar, diciendo:

—Está bien. Si hubiera habido en mi consejo alguna otra sabandija tal, tan embrutecida por el vino, tan pusilánime, como ésta que se ha descubierto a sí misma, yo habría quedado convencido de que Brujolandia era como una pera pasada, podrida por dentro. Y, en ese caso, habría mandado inmediatamente hacer una salida; y, para castigo suyo y deshonra vuestra, este Corsus habría tenido el mando de la misma. Y acabaríamos así, antes de que la mancha de nuestra vergüenza se haga demasiado sucia ante la tierra y ante el cielo.

—No me admiro de que me atacéis, señor —dijo Corsus—. Pero os ruego que consideréis cuántos reyes de Carcë han amontonado injurias indignas sobre los que han sido tan valientes como para darles sanos consejos antes de su caída. Aunque vuestra majestad fuera un semidiós o una furia de los abismos infernales, vuestra resistencia ulterior no podría liberarnos de esta red en la que nos han cazado y enredado los demonios. Ya no podéis tener gansos, oh rey. ¿Vais a hacerme matar porque os pido que os contentéis con tener ansarones?

—¡Sabandija monstruosa! —exclamó Corinius, golpeando la mesa con el puño—. Porque tú hayas salido escaldado, ¿debemos temer el agua fría todos nosotros?

Pero el rey se puso de pie con toda su majestad, y Corsus se encogió bajo la llama de su real ira. Y el rey habló y dijo:

—Se levanta el consejo, señores míos. En cuanto a ti, Corsus, te expulso de mi consejo. Debes dar gracias a mi clemencia porque no te hago cortar la cabeza por esto. Por tu seguridad (que ya sé que valoras más que mi honor), te recomiendo que no te cruces en mi camino hasta que hayan pasado estos días de peligro. Y a ti —dijo a Corinius—, te hago responsable, so pena de tu cabeza, de que los demonios no tomen la fortaleza, como pueden intentar movidos por su orgullo ardoroso. No me esperéis en la cena. Esta noche estaré en la torre de hierro, y que nadie me moleste allí, o le costará la cabeza. Vosotros, los miembros de mi consejo, debéis esperarme

aquí cuatro horas antes del mediodía de mañana. Cuídate bien, Corinius, de hacer nada ni aventurar de ninguna manera nuestras fuerzas contra los demonios hasta que recibas nuevas órdenes mías, si no es para defender Carcë de un asalto si llega el caso. Te hago responsable de ello con tu vida. Por lo que se refiere a los demonios, veremos si son más sabios que el que dice que ha sido un buen día cuando todavía no ha terminado la noche. Si mi enemigo está socavando una roca que cuelga sobre mi morada, quizá yo tenga bastante fuerza en las manos para llegar justo antes de que empiece a desplomarse para aplastar mi casa, y hacer que le caiga encima a él y lo deje hecho papilla.

Dicho esto, el rey se dirigió a la puerta con pasos poderosos y decididos. Allí se detuvo, con la mano sobre el picaporte de plata, y dirigió a Corsus una mirada de tigre.

—Tú ya estás advertido —le dijo—. No te vuelvas a cruzar en mi camino. Y, ahora que lo pienso, tampoco me vuelvas a enviar a tu hija, como hiciste el año pasado. No es mala para pasar un buen rato, y a mí me agradó bastante en su momento. Pero el rey de Brujolandia no cena dos veces el mismo plato, ni le faltan mozas frescas si las necesita.

Todos rieron al oírlo. Pero a Corsus se le puso el rostro rojo como la sangre.

De este modo se levantó el consejo. Corinius, con los hijos de Córund y los de Corsus, subió al adarve ordenándolo todo según lo que había mandado el rey Gorice. Pero el viejo duque Corsus se retiró a su cámara en la galería norte. No era capaz de estar en calma ni un momento; ora se sentaba en su sillón tallado, ora en el alféizar de la ventana, ora en su cama de amplio dosel, ora paseaba por la cámara retorciéndose las manos y mordiéndose los labios. Y no era de extrañar que estuviese muy turbado, pues se hallaba entre la espada y la pared: entre la ira del rey que lo amenazaba en Carcë y las huestes de Demonlandia que esperaban fuera.

Así transcurrió el día hasta la hora de la cena. Y en la cena vieron con gran sorpresa que Corsus estaba sentado en su lugar, y con él las señoras Zenambria y Sriva. Bebió copiosamente, y, cuando concluyó la cena, llenó una copa y dijo:

—Señor rey de Demonlandia y demás brujos, es bueno que nosotros, que tenemos ahora un pie en las fauces de la destrucción, estemos unidos. Y tampoco debemos ocultar nuestros pensamientos los unos a los otros, sino pronunciar abiertamente nuestros pensamientos y nuestros consejos, como hice yo esta mañana ante el rey nuestro señor. Y por eso reconozco sin vergüenza que anduve equivocado hoy cuando pedí al rey que hiciera las paces con Demonlandia. Me hago viejo, y los viejos solemos abrazar resoluciones medrosas; las cuales, si nos queda algo de sabiduría y de valor, pronto rechazamos arrepentidos cuando pasa el momento difícil y tenemos tiempo de meditarlas. Y está tan claro como la luz del día que el rey tenía razón, tanto

por sus reproches a mi valor enflaquecido como por sus órdenes a ti, oh rey Corinius, de que montases guardia sin hacer nada más hasta que pasase esta noche. Pues ¿no ha ido a la torre de hierro? Y ¿para qué otra cosa pasa la noche en aquella cámara temible si no es para hacer hechizos o artes mágicas, como hizo en otra ocasión, y así hundir en la perdición a esos demonios cuando están en la cúspide de su fortuna? Nunca ha necesitado Brujolandia nuestros buenos deseos más que los necesitará en esta medianoche, y os ruego, señores míos, que nos reunamos en este salón un poco antes para beber por el triunfo de los encantamientos del rey, uniendo nuestros corazones y nuestros ánimos.

Con unas palabras tan agradables y un propósito tan laudable, en un momento en que el vino había derramado un poco de alegría en los corazones, que estaban agobiados por los peligros y las fatigas de la guerra devastadora, Corsus recuperó la amistad de los señores de Brujolandia. Así, cuando se montó la guardia y se aseguró todo lo necesario para la noche, se reunieron en el gran salón de banquetes, donde, hacía más de tres años, el príncipe La Fireez había luchado contra los de Brujolandia después de celebrar un banquete con ellos. Pero ya se había ahogado entre las corrientes del estrecho de Melikaphkhaz. Y el señor Córund, que había luchado de manera tan valerosa aquella noche, yacía ahora en aquel mismo salón, armado de pies a cabeza como corresponde a un gran guerrero muerto, coronado con la corona de amatistas de Duendelandia. Los bancos laterales estaban vacíos, y nadie ocupaba los sitios de honor; y habían retirado el banco transversal a fin de dejar sitio para el féretro de Córund. Los señores de Brujolandia se sentaron a una mesa pequeña más abajo del estrado: Corinius en el asiento de honor, en el extremo más próximo a la puerta, y Corsus junto a él, y a la izquierda de Corsus, Zenambria, y a su derecha Dekalajus, hijo de Corsus, y después Heming; y a la izquierda de Corsus, su hija Sriva, y los dos hijos de Córund que quedaban estaban a su derecha. Todos estaban allí salvo Prezmyra, y nadie la había visto desde la muerte de su señor, pues no salía de su cámara. Había hachones encendidos en los soportes de plata, como en los viejos tiempos, que iluminaban los espacios solitarios del salón, y cuatro cirios temblaban alrededor del féretro donde dormía Córund. Había hermosas copas en la mesa, llenas hasta el borde de vino thramniano, dulce y oscuro, una para cada comensal, y una comida ligera de media noche a base de empanadas frías de tocino, botargas y cangrejos en salsa de hipocrás.

Y apenas habían llegado ante sus sitios, cuando los hachones palidecieron bajo una luz extraña que llegaba del exterior: un brillo maligno, pálido, maléfico, como el que había contemplado Gro en días pasados cuando el rey Gorice XII había hecho sus conjuros por primera vez en Carcë. Corinius se detuvo antes de tomar asiento. Parecía fuerte y valeroso, con su capa de seda azul y su loriga plateada. La hermosa corona de Demonlandia, con la que Corsus se había visto obligado a coronarlo aquella gran

noche en Owlswick, relucía sobre su cabello castaño claro y rizado. La juventud y la fuerza se advertían en todas las líneas de su cuerpo poderoso, y en sus brazos desnudos, regulares y poderosos, con sus brazaletes de oro; pero la palidez cadavérica de aquella luz sobre sus mejillas afeitadas tenía algo de espectral, y sus labios gruesos y burlones quedaban oscurecidos en aquella luz maligna, como los de un envenenado.

—¿No visteis otra vez esta luz? —exclamó—. Fue la sombra ante el sol de nuestra omnipotencia. El destino ha levantado su martillo para golpear. Bebed conmigo a la salud del rey nuestro señor, que lucha contra el destino.

Todos bebieron copiosamente, y Corinius dijo:

—Pasémonos las copas, para que cada uno vacíe la de su vecino. Es una vieja costumbre de buena suerte de Duendelandia; me la enseñó Córund. Aprisa, pues está en juego el destino de Brujolandia.

Y pasó su copa a Zenambria, que la apuró hasta el fondo. Y todos ellos, pasándose las copas, volvieron a beber copiosamente; todos, salvo Corsus. Pero Corsus tenía los ojos desencajados de horror mientras miraba la copa que le había pasado el hijo de Córund.

—Bebe, oh Corsus —dijo Corinius; y, viendo que todavía vacilaba, exclamó—. ¿Qué le sucede a este viejo chocarrero^[322] decrepito? Está mirando el vino con ojos tan espantados como los de un perro rabioso cuando mira el agua.

En aquel instante, el brillo sobrenatural se apagó como una lámpara en una ráfaga de viento, y sólo los hachones y los cirios funerarios arrojaron sobre los comensales su resplandor vacilante.

—Bebe —volvió a decir Corinius.

Pero Corsus dejó la copa sin probarla, y abrió la boca, como quien alberga de pronto una sospecha temible. Antes de que pudiera decir palabra, subió de la tierra al cielo un relámpago cegador, y el suelo firme del salón de banquetes tembló y se sacudió como en un terremoto. Todos salvo Corinius cayeron en sus asientos, asiéndose a la mesa, asombrados y pasmados. El horror que había escapado de las entrañas de la tierra retumbaba y azotaba Carcë, estampido tras estampido, hasta que el oído casi quedaba ensordecido por el estruendo. Por el aire torturado corrían risas como las de las almas condenadas que celebran banquetes en el infierno. Una centella partió en dos la oscuridad, casi cegando a los que estaban sentados alrededor de aquella mesa, y Corinius se asió al tablero con ambas manos mientras un último estampido sacudía los muros, y se alzaba una llama en la noche, iluminando todo el cielo con un resplandor lívido. Y, a la luz de aquella llama, Corinius vio por la ventana del suroeste la torre de hierro, reventada y partida en dos, y un momento después la vio caer en una avalancha de ruinas al rojo vivo.

—¡Ha caído la torre del homenaje! —exclamó. Y, sintiendo de pronto un cansancio mortal, se hundió pesadamente en su asiento. El cataclismo pasó como un

viento en la noche; pero ahora se oía un sonido como el del enemigo que corre al ataque. Corinius intentó levantarse, pero tenía muy débiles las piernas. Su vista cayó sobre la copa llena de Corsus, la que le había pasado Viglus, hijo de Córund, y exclamó—: ¿Qué obra diabólica es ésta? Siento en los huesos un extraño entumecimiento. Por los cielos, vas a beber esa copa o morirás.

Viglus, con los ojos desorbitados, agarrándose el pecho con las manos, intentó ponerse de pie, pero no pudo.

Heming casi se irguió, tambaleante, y buscó su espada a tientas, pero cayó hacia delante sobre la mesa, con un horrible estertor. Corsus se puso de pie de un salto, tembloroso, con sus ojos inexpresivos brillantes de malicia triunfante.

—El rey ha jugado y ha perdido —exclamó—, como bien creí. Y, ahora, los hijos de la noche se lo han llevado consigo. Y tú, Corinius maldito, y vosotros, hijos de Córund, no sois más que cerdos muertos ante mí. Todos habéis bebido ponzoña, y estáis muertos. Ahora entregaré Carcë a los demonios. Y Carcë y vuestros cadáveres, con mi electuario royéndoos las entrañas, será el don que me comprará el perdón de Demonlandia.

—¡Oh horror! Entonces, yo también estoy emponzoñada —exclamó la señora Zenambria, y cayó desmayada.

—Es una lástima —dijo Corsus—. La culpa fue del cambio de copas. Yo no podía hablar hasta que la ponzoña hubiera encadenado los miembros de estos diablos malditos y los hubiera dejado inofensivos.

Corinius apretó la mandíbula como un perro de presa. Rechinando los dientes, se levantó trabajosamente de su asiento, con la espada desnuda en la mano. Corsus, que pasaba cerca de él dirigiéndose a la puerta, advirtió demasiado tarde que no había contado con su anfitrión. Corinius, a pesar de que la droga mortal le ataba las piernas como una mortaja, fue con todo demasiado veloz para Corsus, que, huyendo ante él hacia la puerta, apenas tuvo tiempo de asir las pesadas cortinas antes de que la espada de Corinius se le clavase en la espalda. Cayó, y yació revolviéndose torpemente, como un sapo ensartado en un asador. Y el suelo de esteatita quedó resbaloso por su sangre.

—Está bien. Por las tripas —dijo Corinius.

No tuvo fuerzas de sacarle la espada, y vaciló como un borracho y cayó al suelo, apoyado en las jambas de la grandiosa puerta. Yació allí algún tiempo, escuchando el ruido de batalla que llegaba de fuera; pues la torre de hierro había caído sobre la muralla exterior, haciendo una brecha a través de todas las líneas de defensa. Y los demonios, a través de esa brecha, irrumpían en la ciudadela de Carcë, que ningún pie enemigo había hollado por la fuerza en todos los siglos pasados desde que la había construido Gorice I. Mal rato fue para Corinius yacer oyendo aquella batalla desigual, incapaz de mover una mano, con todos los que debían haber encabezado la defensa

muertos o moribundos ante sus ojos. Pero su respiración se tranquilizaba y su dolor se aliviaba un poco cuando contemplaba el grueso cuerpo de Corsus, retorciéndose en la agonía de la muerte ensartado en su espada.

Así pasó casi una hora. La fuerza corporal de Corinius y su corazón de hierro resistieron el poder de la ponzoña mucho después de que los demás hubieran exhalado el alma en la muerte. Pero acabó la batalla, con la victoria de Demonlandia, y los señores Juss, Goldry Bluszco y Brándoch Dahá entraron en el salón de banquetes con algunos de sus guerreros. Estaban cubiertos de sangre y del polvo del combate, pues la ciudadela se había ganado a costa de grandes heridas y de la muerte de muchos muchachos fuertes. Cuando se detuvieron en el umbral, Goldry dijo:

—Éste es el salón de banquetes de la muerte. ¿Cómo han expirado éstos?

A Corinius se le oscureció el gesto al ver a los señores de Demonlandia, y luchó poderosamente por levantarse, pero volvió a hundirse suspirando.

—Tengo un frío eterno en los huesos —dijo—. Aquel traidor infernal nos ha matado a todos con ponzoña; de otro modo, algunos de vosotros hubierais conocido la muerte a mis manos antes de llegar a Carcë.

—Traedle algo de agua —dijo Juss.

Y con Brándoch Dahá levantó suavemente a Corinius y lo llevó a su sillón, donde estaría más cómodo.

—Aquí hay una dama viva —dijo Goldry.

Pues Sriva, que, por haber estado sentada a la izquierda de su padre, había escapado de beber una bebida mortal al cambiarse las copas, se levantó de la mesa, donde había estado acurrucada, asustada y en silencio, y se deshizo en un mar de lágrimas y de súplicas aterrorizadas abrazando las rodillas de Goldry. Goldry mandó que la acompañasen al campamento y que allí la pusieran a salvo hasta el día siguiente.

Corinius estaba próximo a su fin, pero reunió fuerzas para hablar, y dijo:

—Me alegro de que no cayésemos bajo vuestras espadas, sino por una jugada injusta de la fortuna, cuyos instrumentos fueron este Corsus y el orgullo diabólico del rey, que quiso uncir a su carro al cielo y al infierno. La fortuna es una verdadera ramera: primero me acaricia el cuello y después me clava esto entre las costillas.

—No es la fortuna, mi señor Corinius, sino los dioses —dijo Goldry—, cuyos pies van calzados con lana.

Entonces trajeron agua, y el señor Brándoch Dahá quiso darle de beber. Pero Corinius no lo consintió; sacudió la cabeza y derramó la copa, y, mirando ferozmente al señor Brándoch Dahá, dijo:

—Vil sujeto, ¿has venido tú también a insultar la tumba de Brujolandia? Hace poco querías atravesarme con la espada, y más pareces una dama en un sarao que un soldado.

—¿Cómo? —dijo Brándoch Dahá—. Y si un perro me muerde la pantorrilla, ¿debo morderle yo en el mismo sitio?

Corinius cerró los párpados, y dijo débilmente:

—¿Qué aspecto tienen tus adornos femeniles de Krothering desde que los maltraté?

Y dicho esto, el veneno, que iba avanzando, llegó a su fuerte corazón y murió.

Entonces se hizo el silencio durante un rato en aquel salón de banquetes, y en el silencio se oyeron pasos, y los señores de Demonlandia se volvieron hacia la grandiosa puerta, que se abría como el arco de la boca de una caverna oscura; pues Corsus había arrancado los cortinajes en su agonía, y estaban en un montón en el dintel, con su cadáver entre ellos; tenía la espada de Corinius clavada en las costillas hasta los gavilanes, y dos palmos de hoja le salían del pecho. Y, mientras miraban, entró por aquel dintel, a la luz vacilante de los hachones, la señora Prezmyra, coronada y ataviada con sus ricas vestiduras y adornos de ceremonia. Tenía el semblante triste como la luna de invierno que vuela alta entre nubes ligeras en una medianoche ventosa que amenaza lluvia, y los señores, hechizados por su belleza triste y fría, se quedaron sin habla.

Al cabo de un rato, Juss, hablando como el que lucha por dominar su voz, y haciéndole una profunda reverencia, dijo:

—Oh reina, la paz sea con vos. Estamos a vuestro servicio para que nos mandéis lo que deseéis. Y, en dicho servicio, lo primero que haremos, antes de volver a navegar rumbo a nuestras casas, será reestableceros en vuestro legítimo trono de Trasgolandia. Pero estos momentos están demasiado marcados por el destino y por actos desesperados como para tomar resoluciones. Las resoluciones se toman mejor por la mañana. La noche pide descanso. Os ruego nos deis licencia para retirarnos.

Prezmyra miró a Juss, y mordía con los ojos, que relucían con un lustre verde metálico, como los de una leona en combate.

—Me ofreces Trasgolandia, mi señor Juss —dijo—, a mí, que soy reina de Duendelandia. Y crees que puedo descansar esta noche. Los que me eran queridos sí que descansan: mi señor y amante Córund; mi hermano el príncipe; el señor Gro, que era mi amigo. Harto mortales os han encontrado a vosotros, como amigos o como enemigos.

—Oh reina Prezmyra —dijo Juss—, el nido cae con el árbol. Estas cosas las trae el destino, y nosotros no somos sino trompos en manos del destino, que nos hace girar a su antojo. A ti no te hacemos la guerra, y te juro que sólo queremos reparar el daño.

—¡Oh, tus juramentos! —exclamó Prezmyra—. ¿Qué reparación puedes ofrecerme? Tengo juventud y algo de belleza. ¿Vas a resucitar a esos tres hombres que has matado? Creo que sería una tarea demasiado difícil, por mucha fama que

tengas de hechicero.

Todos callaron, mirándola mientras caminaba delicadamente a lo largo de la mesa. Con la mirada distante y, al parecer, sin comprender lo que veía, contempló a los comensales muertos y sus copas vacías. Vacías todas, salvo la que había pasado Viglus y de la que Corsus no había querido beber; ésta estaba a medio vaciar. Era de curiosa labor: estaba hecha de vidrio verde pálido, y su base estaba formada por tres serpientes trenzadas: una de oro, otra de plata y la tercera de hierro. Acariciándola descuidadamente, volvió a dirigir sus ojos brillantes hacia los demonios, y dijo:

—Siempre fue costumbre de vosotros los de Demonlandia comer el huevo y dar la cáscara como limosna.

Y, señalando a los señores de Brujolandia muertos en los brindis, preguntó:

—¿Han sido éstos víctimas también de vuestra montería de hoy, señores míos?

—Nos tratáis injustamente, señora —exclamó Goldry—. Demonlandia jamás ha usado tales artes contra sus enemigos.

El señor Brándoch Dahá dirigió una rápida mirada a Goldry y avanzó descuidadamente unos pasos hacia delante, diciendo:

—No sé dónde han labrado esta copa, pero se parece mucho a una que vi en Duendelandia. Aunque ésta es más hermosa y mejor proporcionada.

Pero Prezmyra evitó su mano extendida y apartó tranquilamente la copa hacia ella, poniéndola fuera de su alcance. La mirada de sus ojos verdes se cruzó con la de él como se cruzan dos espadas, y dijo:

—No creáis que os queda en la tierra un enemigo peor que yo. Fui yo quien envió a Corsus y a Corinius para que aplastasen a Demonlandia en el barro. Si tuviera yo alguna chispa de valor masculino, por lo menos alguna de vuestras almas saldría chillando hacia las sombras para servir a las de mis seres queridos, antes de que yo parta. Pero no la tengo. Matadme, pues, y dejad que me vaya.

Juss, que tenía la espada desnuda en las manos, la metió en la vaina y se acercó a ella. Pero la mesa estaba entre ellos, y ella se retiró hacia el estrado donde estaba expuesto el cuerpo de Córund. Allí se irguió ante ellos como una diosa triunfal, con la copa de veneno en la mano.

—No paséis de la mesa, señores míos —dijo—, o vacío esta copa para vuestra perdición.

—La suerte está echada, Juss —dijo Brándoch Dahá—. Y la reina ha ganado la partida.

—Señora —dijo Juss—, os juro que no os haremos fuerza ni os pondremos traba alguna, sino que os trataremos con honor y con veneración; y con amistad, si la queréis. Sin duda podéis creernos, en nombre de vuestro hermano.

Al oír esto, ella le dirigió una mirada terrible, y él añadió:

—Sólo os pido que no volváis vuestras manos sobre vos misma en esta noche

violenta. No lo hagáis, en nombre de ellos, que quizá nos contemplan ahora desde las tierras desnudas y no exploradas, más allá de la triste laguna.

Prezmyra, vuelta hacia ellos, con la copa todavía en la mano derecha, apoyó ligeramente la mano izquierda en las placas de bronce de la loriga de Córund, que encerraba los poderosos músculos de su pecho. Tocó con la mano su barba, y la retiró de pronto; pero un instante después volvió a apoyarla suavemente en su pecho. Su belleza peregrina pareció ablandarse un poco en la luz vacilante, y dijo:

—Me entregué joven a Córund. Esta noche dormiré con él, o reinaré con él entre las poderosas naciones de los muertos.

Juss se movió como si quisiera hablar, pero ella lo detuvo con una mirada, y las líneas de su cuerpo volvieron a endurecerse, y la leona volvió a asomarse por sus ojos sin igual.

—¿Es que vuestra altivez os ha sorbido tanto el seso —dijo—, que creéis que estoy dispuesta a consentir que me mantengáis, a mí, que he sido princesa de Trasgolandia, reina de la ancha Duendelandia, y esposa del mejor guerrero de esta fortaleza de Carcë, que ha sido hasta este día el terror y el azote del mundo? Oh señores míos de Demonlandia, necios y fatuos, no me volváis a hablar, pues vuestras palabras son desvaríos. Id, descubríos ante la cierva que corre por la montaña; rogadle con buenas palabras que viva con vosotros, en los rediles de vuestro ganado, después de haber matado a su compañero. ¿Dirá a la rosa la escarcha heladora, cuando ha podrido y matado de hambre a todas las dulces flores del jardín, «vive conmigo»? y ¿aceptará ella un pretendiente tan lobuno?

Dicho esto, bebió la copa; y, apartándose de aquellos señores de Demonlandia como se aparta una reina de la multitud que desdeña, se arrodilló suavemente junto al féretro de Córund, rodeándose la cabeza con los blancos brazos y apoyando la frente en el pecho de Córund.

Cuando Juss habló, tenía la voz cargada de lágrimas. Mandó a Bremery que tomasen los cuerpos de Córund y de Zenambria y de los hijos de Córund, y de Corsus, que estaban emponzoñados y muertos en aquel salón, y los enterrasen con reverencia a la mañana siguiente.

—Y al señor Corinius quiero que le hagáis un catafalco de honor y que yazga expuesto en este salón esta noche, y mañana lo enterraremos ante Carcë erigiendo un túmulo como corresponde a un capitán tan notable. Pero al gran Córund y a su dama, nadie los separará: yacerán en la misma tumba, lado a lado, en recuerdo de su amor. Antes de que partamos, he de levantarles un monumento, tal como merecen los grandes reyes y príncipes cuando mueren. Pues Córund era señorial y regio, y poderoso con las armas, y limpio en el combate, aunque mortal enemigo nuestro. Es de maravillar los lazos de amor con que ató a su lado a ésta su reina incomparable.

¿Quién ha conocido otra como ella, por su fidelidad y por su elevado corazón? Y, sin duda, jamás ha existido otra más desafortunada.

Y salieron al patio exterior de Carcë. La noche todavía conservaba señales de aquella conmoción de los cielos que había surgido y se había apagado hacía poco, y todavía flotaban por el rostro de los cielos algunos jirones de nubes de tormenta. Entre ellos, en las partes despejadas del cielo, temblaban algunas estrellas, y la luna, a la que faltaban pocos días para estar llena, caía sobre Tenemos. Se percibía alguna leve brisa otoñal, y los demonios, recién salidos del ambiente cargado del gran salón de banquetes, temblaron un poco. Las ruinas de la torre de hierro, que despedían una columna de humo que subía hacia el cielo, y los montones derruidos de escombros que la rodeaban, parecían monstruosos en aquella oscuridad, como restos del caos primigenio; y de ellos y de la tierra hendida bajo ellos surgían humos acres, como el del azufre ardiente. Las aves obscenas de la noche, inquietas, daban vueltas cansadamente a través de aquellos vapores sulfurosos; y, entre las tinieblas, los murciélagos de alas de cuero se veían confusamente, salvo cuando su vuelo los hacía pasar como sombras sobre la luna. Y, desde la lejana soledad de los pantanos melancólicos, flotaban lamentaciones en la noche: gritos como aullidos salvajes, sollozos y largos quejidos que subían, caían y se perdían temblorosamente en el silencio.

Juss puso la mano en el brazo de Goldry, diciendo:

—Estos lamentos no tienen nada de terrenal, y éstos a los que ves volar en círculo entre el humo no son murciélagos ni búhos. Son sus espíritus familiares, sin amo, que esperan a su señor. Muchos le servían: espíritus simples de la tierra, espíritus del aire y del agua, esclavizados por él con artes de encantamiento y brujerías; iban y venían, y hacían su voluntad.

—De nada le sirvieron —dijo Goldry—, ni tampoco la espada de Brujolandia, contra nuestra fuerza y valor, que la rompió en dos en sus manos y mató a sus hombres fuertes y de valía.

—Pero en verdad que no ha vivido nadie mayor en el mundo que el rey Gorice XII —dijo el señor Juss—. Cuando, después de estas largas guerras, lo tuvimos acorralado como a un ciervo, no temió intentar por segunda vez, y esta vez solo y sin ayuda, lo que ningún otro hombre ha llevado a cabo ni una sola vez sin morir en el intento. Y bien sabía que lo que invocase de las profundidades lo haría caer y lo destruiría completamente si cometía el más mínimo error, como lo cometió en otra ocasión, aunque su discípulo le socorrió. Mira ahora cómo se despide, con qué truenos poderosos, no vencido por ningún poder terrenal; con esta Carcë en ruinas, negra y humeante, como catafalco; con estos señores de Brujolandia y otros centenares de soldados nuestros y de los brujos como banquete funerario, y con espíritus que lloran en la noche para presidir el duelo.

Y volvieron de nuevo a sus reales. Y la luna se puso a su tiempo, y las nubes se fueron, y las estrellas silenciosas siguieron su camino eterno hasta la caída de la noche; como si esta noche hubiera sido como las demás: esta noche, que había visto el poderío y gloria de Brujolandia deshecho en pedazos por tal mazazo del destino.



El último conjuro en Carcë

LA REINA SOFONISBA EN GALING

De la recepción que ofreció en Demonlandia el señor Juss
a la reina Sofonisba, hija adoptiva de los dioses,
y de la circunstancia que la maravilló más que todas las maravillas
hermosas
y lindas de ver que le enseñaron en aquel país:
y un raro ejemplo de cómo, en un mundo afortunado,
llega un nuevo nacimiento totalmente inesperado en la primavera del año.



Con el paso de los meses, llegó la estación del año en que la reina Sofonisba, según su promesa, debía llegar a Galing para ser huésped del señor Juss. Y sucedió que, entre el silencio de un amanecer sin viento de abril, la carabela zimiamviana que llevaba a la reina a Demonlandia subió a remo por la ría hasta Lookinghaven.

Todo oriente era un emparrado para la aurora dorada. El Kartadza, cuyo perfil era tan nítido como si estuviera tallado en bronce, seguía ocultando el sol; y, bajo la gran sombra de la montaña, la bahía y las colinas bajas y los bosquecillos de pinos y madroños dormían en una oscuridad profunda de azules y púrpuras, sobre la cual las avenidas de flores rosadas de los almendros y los muelles de mármol blanco cobraban forma en el despertar de su belleza pálida, reflejados en la tranquilidad del mar como en un espejo. Hacia el oeste, al otro lado de la ría, toda la tierra ardía con el nuevo día. Todavía quedaba nieve en las cumbres más altas. Despejadas, bañándose en la luz dorada, se erguían sobre el fondo azul: Dina, la Horquilla de Nantreganon, el Pico de las Peñas, y todos los picos de la sierra de Thornback y el Neverdale. La mañana reía sobre sus altos riscos, y besaba los bosques que se agolpaban junto a sus estribaciones inferiores: bosques ondulantes donde ricos tonos marrones y rojizos daban a entender que todas sus ramas, decenas de miles, estaban cubiertas de yemas como si ardieran. Brumas blancas cubrían como colchas los prados marinos que están donde el Tivarandardale da al mar. En las costas de Bothrey y Scaramsey, y en la tierra próxima al gran acantilado de Thremnir y un poco al sur de Owlswick, los espacios despejados entre los bosques de abedules aparecían de un amarillo dorado: eran los narcisos primaverales en flor.

Remaron hasta el último embarcadero del norte y amarraron la carabela. La dulzura de los almendros era la dulzura de la primavera que estaba en el aire, y también estaba la primavera en el rostro de la reina cuando subió por los escalones reluciente con su séquito: sus pequeños martinetes, que volaban a su alrededor o se

posaban en sus hombros; la reina, a la que los dioses antiguos otorgaron la juventud eterna y la paz eterna en el Koshtra Belorn.

El señor Juss y sus hermanos la recibieron en el muelle, así como el señor Brándoch Dahá. Hicieron sendas reverencias uno tras otro, besándole las manos y dándole la bienvenida a Demonlandia. Pero ella dijo:

—No sólo a Demonlandia, señores míos, sino al mundo. Y ¿a qué puerto de toda la tierra iba a poner rumbo, y a qué tierra, sino a esta tierra, la de vosotros, que, con vuestras victorias, habéis traído la paz y la alegría a todo el mundo? En verdad que no descansaba más blandamente la paz en el Moruna en los tiempos remotos antes de que se oyeran en aquel país los nombres de Gorice y de Brujolandia, más que dormiré con nosotros en esta nueva tierra y en Demonlandia, ahora que sus nombres están ahogados para siempre bajo los remolinos del olvido y de la oscuridad.

—Oh reina Sofonisba —dijo Juss—, no quieras que los nombres de los grandes hombres se olviden para siempre. De esa manera, las guerras que rematamos de manera tan concluyente el año pasado para convertirnos en señores indiscutidos de la tierra se olvidarían junto a los nombres de los que lucharon contra nosotros. Pero la fama de estas cosas quedará en los labios y en las canciones de los hombres, de generación en generación, mientras dure el mundo.

Montaron a caballo y cabalgaron desde la bahía hasta el camino superior, y, atravesando pastos despejados, llegaron a la lengua de Havershaw. Había corderos pastando en los prados cubiertos de rocío junto al camino; los mirlos volaban de arbusto en arbusto; las alondras cantaban en el cielo sin límites; y, cuando bajaron a través de los bosques a Beckfoot, había palomas torcaces arrullándose en los árboles, y las ardillas fisgaban con ojos como cuentas de vidrio. La reina hablaba poco. Estas cosas y todos los demás seres tímidos de los bosques y de los campos la tenían cautivada, sumiéndola en un silencio encantado que sólo interrumpía de vez en cuando con una pequeña exclamación de alegría. El señor Juss, que también amaba estas cosas, contemplaba su delicia.

Recorrieron la subida empinada desde Beckfoot, y entraron en Galing cabalgando por la puerta de los leones. La avenida de tejos estaba cubierta a ambos lados por soldados de las guardias de corps de Juss, Goldry, Spitfire y Brándoch Dahá. Éstos, en honor a sus grandes señores y a la reina, alzaron sus picas, mientras los trompeteros tocaban tres fanfarrias con sus trompetas de plata. Después, con un acompañamiento de laúdes, tiorbas y bandolas^[323], sobre el ritmo de fondo de tambores sordos, un coro de doncellas cantó una canción de bienvenida, arrojando jacintos blancos y olorosos y flores de narciso por el camino que debían recorrer los señores de Demonlandia y la reina, mientras las señoras Mevrian y Armelina, más hermosas que ninguna reina terrenal, esperaban al final de la escalinata dorada, sobre el patio interior, para dar la bienvenida a Galing a la reina Sofonisba.

Sería difícil describir todos los placeres que los señores de Demonlandia habían preparado para la reina Sofonisba y para su deleite. El primer día lo pasó entre los parques y los jardines de recreo de Galing, donde el señor Juss le mostró sus grandes avenidas de limas, sus cabañas de tejo, sus huertos de frutales y sus paseos y emparrados privados; sus paseos de tomillo trepador, que envía dulces olores para refrescar al que los pisa, sus antiguos jardines acuáticos junto al arroyo de Brankdale, donde acuden las ninfas del agua en verano, y se las puede ver bajo la luna, cantando y peinándose el pelo con peines de oro.

El segundo día le mostró sus jardines de hierbas medicinales, revelándole las propiedades secretas de las hierbas, en las que estaba muy versado. Allí crecía el zamalenticion, remedio soberano para todas las heridas, bien machacado con grasa sin sal. Y el ditany, que, si se come, hace salir la flecha y cura la herida, y que no sólo rechaza a las serpientes cuando se acercan, sino que su mismo olor, llevado por el viento, las mata. Y la mandrágora, que, si se coloca en el centro de una casa, expulsa todos los males de la misma, y además alivia los dolores de cabeza y provoca el sueño. También le mostró en su jardín el acebo marino, que nace en lugares secretos y húmedos, y su raíz es como la cabeza del monstruo que los hombres llaman la Gorgona, y las ramificaciones de la raíz tienen ojos, nariz y color de serpiente. Le contó de esta planta cómo el hombre que arranca su raíz debe cuidar que no caiga sobre ella el sol, y el que quiere cortarla debe apartar la cabeza, pues no es posible a ningún hombre contemplar aquella raíz sin sufrir daño.

El tercer día, Juss mostró a la reina sus establos, donde estaban sus caballos de guerra y sus caballos de caza y para las carreras de carros, en establos con aparejos de plata, y ella se maravilló mucho al ver sus siete yeguas blancas, hermanas, tan parecidas que nadie era capaz de distinguirlas, y que en tiempos pasados le habían entregado los sacerdotes de Artemisa, en tierras más allá de la puesta del sol. Eran inmortales, y no llevaban sangre en las venas, sino icor, y su fuego se asomaba a sus ojos, que eran como lámparas encendidas.

La cuarta noche y la quinta, la reina estuvo en Drepaby, como huésped del señor Goldry Bluszco y de la princesa Armelina, que se habían casado en Zajë Zaculo en el equinoccio de invierno pasado; y la noche sexta y séptima las pasó en Owlswick, y allí Spitfire la recibió de modo señorial. Pero el señor Brándoch Dahá no quiso que la reina fuese todavía a Krothering, pues aún no había embellecido sus jardines y sus paseos, ni había restaurado como él sus tesoros ricos y agradables después de lo mal que los había tratado Corinius. Y no era su voluntad que ella contemplase el castillo de Krothering hasta que se volviese a restablecer en su antigua gloria.

El octavo día regresó a Galing, y el señor Juss le mostró su estudio, con sus astrolabios de oricalco^[324], con las figuras de todos los signos del zodiaco y con las

casas de la luna, tan altas como un hombre, y sus perspectivas^[325] y vidrios y espejos cóncavos, y grandes globos de cristal, donde conservaba homúnculos que había creado por procesos secretos de la naturaleza, hombres y mujeres de menos de un palmo, tan hermosos que no podían serlo más con sus ropillas, comiendo, bebiendo y haciendo su vida en aquellos grandes globos de cristal donde su arte les había dado el ser.

Todas las noches, ya estuviera en Galing, en Owlswick o en Drepaby, se celebraba un banquete en su honor, con música, bailes y fiestas y todo tipo de placeres, recitales de poesías y exhibiciones de destreza con las armas y de jinetes, bailes de máscaras y saraos como no se habían visto iguales en toda la tierra, por su belleza, su ingenio y su magnificencia.

Llegó el noveno día de la estancia de la reina como invitada en Demonlandia, y era la víspera del cumpleaños del señor Juss, cuando se reunían todos los grandes del país, como se habían reunido hacía cuatro años, para rendirle honores a él y a sus hermanos, como era su costumbre en épocas pasadas. El tiempo era bueno y luminoso, y de vez en cuando caía una llovizna que daba nueva dulzura al aire, color y fresco a la tierra y alegría a la luz del sol. Por la mañana, Juss paseó con la reina por los bosques de Moongarth Bottom, que se cubrían por entonces de hojas; y, después del almuerzo, le mostró sus cámaras del tesoro, talladas en la roca viva bajo el castillo de Galing; allí contempló las barras de oro y de plata apiladas como si fueran troncos de árboles; cristales en bruto de rubí, crisopacio y jacinto, tan pesados, que un hombre fuerte no podría levantarlos; montones de colmillos de marfil, apilados hasta el techo; cofres y jarrones llenos de perfumes y de especias costosas: ámbar gris, incienso, madera de sándalo de dulce olor, mirra y nardo; copas, frascos y jarras de vino con asas, lámparas y cofres hechos de oro puro, labrados y repujados con imágenes de hombres, mujeres, aves, bestias y seres que se arrastran, y adornadas con joyas sin precio, perlas y zafiros rosados y amarillos, esmeraldas, crisoberilos y diamantes amarillos.

Cuando la reina se cansó de contemplar estas cosas, la llevó a su gran biblioteca, donde tenía estatuas de las nueve musas alrededor de Apolo, y todas las paredes estaban cubiertas de libros: relatos y canciones de los tiempos antiguos, libros de filosofía, de alquimia, astronomía y artes mágicas, novelas, música, y las vidas de los grandes hombres pasados, y grandes tratados de todas las artes de la paz y de la guerra, con figuras y con letras iluminadas. Grandes ventanales daban al sur y dominaban el jardín desde la biblioteca, y alrededor de los ventanales se agolpaban los rosales trepadores, las madreselvas y las magnolias perennes. Grandes sillones y divanes rodeaban la chimenea abierta, donde ardía en invierno un fuego de troncos de

cedro. Había lámparas de piedras de la luna, con brillo propio y con pantallas de turmalina de color verde turbio, en candeleros de plata, en la mesa y junto a cada sillón y diván, para dar luz cuando se acabara el día; y el aire estaba perfumado con el aroma de hojas secas de rosas, que se conservaban en cuencos antiguos y jarrones de loza pintada.

—Señor mío —dijo la reina Sofonisba—, ésta es la que más me agrada entre todas las cosas hermosas que me has enseñado en tu castillo de Galing: este lugar, donde todo problema parece un eco olvidado de un mundo malvado que se ha dejado atrás. En verdad que se alegra mi corazón, oh amigo mío, de que tú y los demás señores de Demonlandia podáis disfrutar ahora de todos vuestros agradables tesoros y de vuestros días felices en vuestra querida tierra natal, con paz y tranquilidad durante todas vuestras vidas.

El señor Juss estaba junto a la ventana que daba al oeste y desde la que se veía el lago y, más allá, la gran pared del Scarf. En su semblante oscuro y suave flotaba cierta sombra de noble melancolía, mientras su mirada descansaba sobre una cortina de lluvia que barría la pared montañosa, ocultando en parte las altas cumbres rocosas.

—Pero pensad, señora —dijo él—, que somos jóvenes. Y los ánimos enérgicos se inquietan con el exceso de inactividad.

Y la acompañó a ver su armería, donde guardaba sus armas y las armas para sus guerreros, y toda la panoplia de la guerra. Allí le mostró sus espadas y sus lanzas, sus mazas, hachas y dagas, doradas y damasquinadas y engastadas de joyas; lorigas, rodela y escudos; hojas tan agudas, que cortarían en dos un pelo que empujara el viento contra ellas; yelmos encantados, que una espada ordinaria no podía hendir. Y Juss dijo a la reina:

—Señora: ¿qué os parecen estas espadas y estas lanzas? Pues debéis saber bien que son los peldaños por los cuales nosotros los de Demonlandia subimos hasta llegar al dominio y ascendencia que tenemos ahora sobre los cuatro puntos del mundo.

—Oh señor mío —respondió ella—, las tengo en noble estima. Pues malo sería que, mientras celebramos la cosecha despreciásemos las herramientas que prepararon la tierra y que la cosecharon.

Mientras ella hablaba, Juss tomó de su gancho una gran espada con el puño envuelto en alambres trenzados de oro y plata, y arriaces de latón con incrustaciones de amatistas, y una cabeza de dragón a cada extremo de la vaina, con almandinas por ojos; el pomo era una bola de ópalo de color ámbar oscuro, con líneas rojas y verdes.

—Con esta espada subí con Gaslark a las puertas de Carcë —dijo—, hará cuatro años este verano; tenía el juicio enturbiado por la resaca del enviado del rey Gorice. Con esta espada luché por espacio de una hora, espalda con espalda con Bránoch Dahá, contra Córund y Corinius y sus mejores hombres: la mayor pelea que sostuve jamás, y contra la desventaja más temible. El mismo rey de Brujolandia nos

contemplaba desde la muralla de Carcë, a través de la bruma acuosa y del resplandor, y se maravilló al ver que dos hombres nacidos de mujer pudieran hacer tales obras.

Desató las correas de la espada y la sacó de su vaina, cantando.

—Con esta espada he vencido a centenares de enemigos —dijo, mirando amorosamente a lo largo de la hoja—: Brujos, ghouls y gentes bárbaras de Duendelandia y de los mares del sur; piratas de Esamocia y príncipes del mar oriental. Con esta espada he alcanzado la victoria en muchas batallas, y la más gloriosa de todas fue la batalla ante Carcë, en septiembre pasado. Allí, luchando contra el gran Córund entre la confusión de la batalla, le hice con esta espada la herida que lo mató.

Volvió a meter la espada en la vaina; la sostuvo un momento como pensando si debía ceñírsela o no; después, la volvió a llevar pausadamente a su sitio en la pared y la colgó de nuevo. Tenía la cabeza erguida, como un caballo de guerra, y evitaba la mirada de la reina, cuando ambos salieron de su gran armería de Galing; pero no tan hábilmente que ella no percibiera un brillo en sus ojos que parecía una lágrima sobre su párpado inferior.

Aquella noche se sirvió la cena en la cámara privada del señor Juss: una refacción ligera, pero suntuosa. Se sentaron nueve a una mesa redonda: los tres hermanos, los señores Brándoch Dahá, Zigg y Volle, las señoras Armelina y Mevrian y la reina. Los vinos brillantes de Krothering y Norvasp corrían, y la conversación era alegre al parecer. Pero el silencio cubría con frecuencia la mesa, como un palio gris, hasta que Zigg o Brándoch Dahá o su hermana Mevrian lo rompían con una broma. La reina advertía el frío que había detrás de su alegría. Los intervalos de silencio se hicieron más frecuentes al avanzar la comida, como si el vino y el contento hubieran perdido sus virtudes naturales y se hubieran convertido en engendradores de ánimos negros y de meditaciones tristes.

El señor Goldry Bluszco, que había hablado poco hasta entonces, ya no hablaba nada; su rostro orgulloso estaba fijo, con expresión inmutable y pensativa. También Spitfire había quedado en silencio, con el rostro apoyado en la mano y el ceño fruncido; y a veces bebía, y otras veces tamborileaba en la mesa con los dedos. El señor Brándoch Dahá se recostaba en su sillón de marfil, bebiendo su vino a tragos cortos. Muy retraído, con los ojos semicerrados, como una pantera que sestea a mediodía, contemplaba a sus compañeros de mesa. Las luces del disfrute amable le recorrían el rostro como rayos de sol perseguidos por las sombras nubosas por una ladera de montaña un día de viento.

—Oh señores míos —dijo la reina—, me habéis prometido que me relataríais todas vuestras guerras en Duendelandia y en los mares de Duendelandia, y cómo llegasteis a Carcë, y la gran batalla que tuvo lugar allí, y el último fin de todos los

señores de Brujolandia y de Gorice XII, de execrable memoria. Os ruego me las relatéis ahora, para que nuestros corazones se alegren con el relato de grandes hechos, cuyo recuerdo perdurará en todas las generaciones, y para que volvamos a alegrarnos de que hayan muerto y desaparecido los señores de Brujolandia, por los cuales y por cuya tiranía la tierra ha suspirado y ha sufrido durante muchos años.

El señor Juss, en cuyo rostro, cuando estaba en reposo, había notado ella la misma melancolía que había advertido en él aquel mismo día en la biblioteca, escanció más vino y dijo:

—Oh reina Sofonisba, lo oirás todo.

Y pasó a relatar todo lo que había sucedido desde que se habían despedido de ella en el Koshtro Belorn: la marcha hasta Muelva, junto al mar; Laxus y su gran armada, destruida y hundida en aguas de Melikaphkhaz; la batalla ante Carcë y sus altibajos; la luz maléfica y los signos brillantes que aparecieron en el cielo, por los que supieron que el rey volvía a hacer conjuros en Carcë; su espera en la noche, armados de pies a cabeza, con amuletos y talismanes contra el engendro temible que pudiera surgir de los encantamientos del rey, la explosión de la torre de hierro y el asalto a la fortaleza en una oscuridad absoluta; los señores de Brujolandia que encontraron muertos en el banquete, y cómo al fin no quedó nada del poderío, de la pompa y del terror que había sido Brujolandia, salvo las ascuas mortecinas de una hoguera funeraria y unas voces que gemían en el viento, antes del alba.

Al finalizar el relato, la reina dijo, como hablando entre sueños:

—En verdad que se puede decir de los reyes y señores muertos de Brujolandia:

Estos desgraciados seres eminentes
No dejan tras ellos más fama que cuando uno
Se cae en la nieve, y deja su huella:
Cuando brilla el sol, pronto disuelve
La forma y la sustancia^[326].

Cuando dijo esto, el silencio volvió a caer como un palio sobre aquella mesa, más triste que antes y más lleno de pesadumbre.

De pronto, el señor Brándoch Dahá se puso de pie, quitándose de los hombros el tahalí dorado engastado de zafiros de color de melocotón, diamantes y ópalos que representaban rayos. Lo arrojó sobre la mesa, con la espada, que resonó entre las copas.

—Oh reina Sofonisba —dijo—, has pronunciado una buena oración funeraria por nuestra gloria, además de por la de Brujolandia. Esta espada me la dio Zeldornius. La llevé en la batalla de la ladera de Krothering, contra Corinius, cuando lo expulsé de Demonlandia. La llevé en Melikaphkhaz. La llevé en la última gran batalla en Brujolandia. Dirás que me trajo buena suerte y la victoria en las batallas. Pero no me ha traído la mejor suerte de todas, que sí gozó Zeldornius: que la tierra se abriese bajo

mis pies cuando estuvieran concluidos mis grandes hechos.

La reina lo miró sorprendida, maravillada de ver tan conmovido a uno al que siempre había visto bromista y despreocupado. Pero los demás señores de Demonlandia se pusieron de pie y arrojaron sus espadas enjovadas sobre la mesa, junto a la del señor Brándoch Dahá. Y el señor Juss habló, y dijo:

—Bien podemos arrojar nuestras espadas como última ofrenda sobre la tumba de Brujolandia. Pues ahora deben llenarse de orín; deben marchitarse la habilidad marinera y todas las grandes artes bélicas; y, ahora que están muertos y desaparecidos todos nuestros grandes enemigos, los que fuimos señores de todo el mundo debemos hacernos pastores y cazadores, no sea que nos volvamos simples gandules y pisaverdes, dignos compañeros de los beshtianos palaciegos o del Foliot Rojo. Oh reina Sofonisba, y vosotros, hermanos y amigos míos, que habéis venido para celebrar conmigo mi cumpleaños mañana en Galing, ¿qué hacéis vestidos de fiesta? Más os valdría llorar, y volver a llorar, y vestiros todos de negro, pensando que nuestros poderosos hechos de armas y el alto cenit de la estrella luminosa de nuestra magnificencia nos han de llevar a la ruina eterna. Pensando que nosotros, que peleábamos por el gusto de pelear, hemos acabado peleando tan bien, que ya no podemos pelear más; a no ser que peleemos los unos contra los otros en lucha fratricida. Y, antes de que suceda tal cosa, que la tierra se cierre sobre nosotros y perezca nuestro recuerdo.

La reina se conmovió mucho al ver una pena tan violenta, aunque no podía comprender sus motivos y sus raíces. Con la voz algo temblorosa, dijo:

—Mi señor Juss, mi señor Brándoch Dahá, y demás señores de Demonlandia: poco esperaba yo encontraron con tal pasión de amargo descontento. Pues vine a alegrarme con vosotros. Y resuenan extrañamente en mis oídos vuestros lamentos y vuestro duelo por vuestros peores enemigos, que derrotasteis al fin con gran peligro de vuestras vidas y de todo lo que os era querido. Yo no soy más que una doncella de corta edad, aunque mis recuerdos alcanzan doscientas primaveras, y no es propio que aconseje a grandes señores y guerreros. Pero me parece extraño que la paz no os traiga un disfrute pacífico y nobles hechos para toda vuestra vida, a vosotros que sois jóvenes, nobles y señores de todo el mundo, y ricos en todos los tesoros y en los altos dones de la sabiduría, y tenéis, como tierra natal querida, el país más hermoso del mundo. Y, si no queréis que se llenen de orín vuestras espadas, podéis alzarlas contra las razas groseras de Duendelandia y de otros países lejanos, para someterlos a vosotros.

Pero el señor Goldry Bluszco rió amargamente.

—Oh reina —exclamó—, ¿es que el sometimiento de débiles salvajes va a contentar a estas espadas, que han hecho la guerra a la casa de Gorice y a todos sus capitanes escogidos, que defendían el gran poder de Carcë y su gloria y su espanto?

Y Spitfire dijo:

—¿Qué contento nos pueden dar los blandos lechos y los platos delicados y todas las delicias que hay en Demonlandia, la de las muchas montañas, si somos como zánganos sin aguijón, sin actividad alguna que nos haga apreciar el descanso?

Todos quedaron en silencio un rato. Después, el señor Juss habló y dijo:

—Oh reina Sofonisba, ¿has visto alguna vez, un día lluvioso de primavera, el arco iris que atraviesa la tierra y el cielo, y has advertido cómo todas las cosas de la tierra que están tras él, los árboles, las laderas, los ríos, los campos, los bosques y los hogares de los hombres, se transfiguran por los colores del arco?

—Sí —dijo ella—, y muchas veces he deseado llegar hasta ellos.

—Nosotros hemos volado hasta más allá del arco iris —dijo Juss—. Y allí no hemos encontrado ninguna tierra fabulosa deseada por el corazón, sino sólo la lluvia húmeda y el viento, y las frías laderas. Y nuestros corazones están fríos a causa de ello.

—¿Qué edad tienes, mi señor Juss —preguntó la reina—, para hablar como podría hablar un viejo?

—Mañana cumpliré treinta y tres años —respondió él—, que es una edad joven según la cuenta de los hombres. Ninguno de nosotros es viejo, y mis hermanos y el señor Bránoch Dahá son más jóvenes que yo. Pero ya podemos contemplar nuestras vidas como viejos, ya que hemos perdido el bien de ellas. Tú, oh reina —añadió—, mal puedes conocer nuestro dolor, pues a ti los dioses benditos te concedieron los deseos de tu corazón: juventud eterna y paz. Ojalá nos concedieran a nosotros el don que más deseamos: la juventud eterna y la guerra, sin perder nunca las fuerzas y la destreza con las armas. Ojalá nos entregasen de nuevo a nuestros grandes enemigos, vivos y enteros. Pues sería mejor que corriésemos de nuevo el albur de la destrucción total que vivir así nuestras vidas, como ganado que engorda para el matadero, o como plantas del jardín sin juicio.

—¿Llegarías a desearlo? —dijo la reina, con ojos de asombro.

Juss respondió, y dijo:

—Bien dicen que «una tumba es muy mal cimiento». Si me anunciases ahora mismo que el gran rey está vivo de nuevo y que está en Carcë, convocándonos al gran dictamen de la guerra, presto verías que te digo la verdad.

Mientras Juss hablaba, la reina recorrió con la mirada los rostros de todos los que estaban sentados a la mesa. Cuando hablaba de Carcë, veía iluminarse en todos los ojos la alegría de la batalla, como si volviera la vida a hombres que están suspendidos en un enajenamiento mortal. Sentados alrededor de aquella mesa, parecían dioses, en la gloria de su juventud y de su orgullo; pero tristes y trágicos, como dioses desterrados de los anchos cielos.

Ninguno habló, y la reina bajó los ojos, sentada como sumida en sus

pensamientos. Después, el señor Juss se puso de pie y dijo:

—Oh reina Sofonisba, perdona que nuestras penas particulares nos hagan olvidar tanto nuestra hospitalidad que cansemos a nuestra invitada con una fiesta sin alegría. Pero se debe a que, como sabemos que eres nuestra amiga querida, no usamos ante ti de demasiadas ceremonias. Mañana nos alegraremos contigo, pase lo que pase después.

Y le dieron las buenas noches. Pero, cuando salieron al jardín, bajo las estrellas, la reina tomó aparte a Juss y le dijo:

—Señor mío, desde que mi señor Bránoch Dahá y tú fuisteis los primeros mortales que llegasteis al Koshtra Belorn y rompisteis el maleficio tal como estaba establecido, éste ha sido mi único deseo: ayudaros y mejoraros, y conseguir para vosotros lo que deseáis, en la medida de mis posibilidades. Aunque no soy sino una débil doncella, los dioses benditos se han servido ser amables conmigo. Una santa oración puede hacer cosas que apenas osamos soñar. ¿Queréis que les rece esta noche?

—Ay, reina querida —dijo él—, ¿es que las cenizas separadas y dispersas van a volver a reunirse? ¿Quién puede hacer volver atrás la marea de la fatalidad inalterable?

Pero ella respondió:

—Tienes vidrios y perspectivas que te pueden enseñar las cosas lejanas. Te ruego que me los traigas y que me lleves remando en tu bote hasta la cabecera del lago de la Luna, de modo que atraquemos allí hacia la medianoche. Y que vengan con nosotros mi señor Bránoch Dahá y tus hermanos. Pero que nadie más lo sepa. Pues sería burlarlos con una falsa aurora, si es que las cosas resultan al fin según tu juicio, oh señor mío, y no según mis oraciones.

De modo que el señor Juss hizo lo que le había dicho aquella hermosa reina, y subieron el lago remando a la luz de la luna. Ninguno habló, y la reina estaba sentada aparte, en la popa del bote, suplicando encarecidamente a los dioses benditos. Cuando llegaron a la cabecera del lago, bajaron a la orilla sobre un pequeño banco de arena plateada. La noche de abril estaba sobre ellos, suavizada por la luz de la luna. Las sombras de las colinas rocosas se alzaban contra el cielo, negras como la tinta e inconcebiblemente enormes. La reina se arrodilló un rato en silencio sobre el frío suelo, y los señores de Demonlandia se quedaron juntos de pie en silencio contemplándola.

Al cabo de un rato, alzó los ojos hacia el cielo; y he aquí que entre los dos picos principales del Scarf salió lentamente de la oscuridad y a través del cielo nocturno un meteoro, que dejaba un rastro de fuego plateado, y se perdió silenciosamente en la oscuridad. Quedaron mirando, y llegó otro, y otro, hasta que el cielo occidental sobre la montaña estaba ardiendo de meteoros. Venían de dos puntos del cielo: uno, entre

las garras delanteras de Leo, y el otro en el signo oscuro de Cáncer. Y los que venían del león chispeaban cómo los fuegos blancos de Rigel y de Altair, y los que venían del Cangrejo eran de un rojo soberbio, como el brillo de Antares. Los señores de Demonlandia, apoyados en sus espadas, contemplaron en silencio durante mucho rato aquellos portentos. Después, cesaron los meteoros viajeros, y las estrellas fijas brillaron, solitarias y serenas. Surgió una suave brisa entre los alisos y los sauces que estaban junto al lago. Las aguas rizadas, que lamían la orilla llena de guijarros, formaban una música callada. Un ruiseñor, en un soto sobre una pequeña colina, cantaba con una dulzura tan apasionada que parecía el canto de algún espíritu. Lo escucharon como arrobados hasta que dejó de cantar y cayó un silencio sobre las aguas, los bosques y los prados. Después, todo el oriente se iluminó un momento de relámpagos, y se oyó el bramido de los truenos, al este, más allá del mar.

Los truenos cobraron forma, de tal modo que hubo música en los cielos, que llenaba la tierra y el cielo como con trompetas que llamaban al combate; primero altas, después bajas, por último temblando hasta quedar en silencio. Juss y Brándoch Dahá reconocieron la gran llamada al combate que había sido el preludio de aquella música en la oscuridad ante su palacio, en el Koshtra Belorn, cuando habían llegado por primera vez ante su portal divino. La gran llamada volvió a recorrer el cielo y la tierra, como un desafío; y, tras ella, nuevas voces, que tantearon en la oscuridad, se alzaron en lamentos apasionados, flotaron y murieron en el viento, hasta que no quedó nada más que un redoble de truenos apagados, largo, bajo, callado, preñado de amenaza.

La reina se volvió al señor Juss. Sus ojos eran como dos estrellas que brillaban en la oscuridad. Dijo con voz ahogada:

—Tus perspectivas, mi señor.

Y el señor Juss hizo un fuego con ciertas especias y hierbas, y se alzó una espesa nube de humo, llena de chispas ardientes, con un olor dulce y penetrante. Y dijo:

—No miraremos nosotros, oh señora mía, por miedo a que nuestros deseos engañen a nuestros sentidos. Pero mira tú por mis perspectivas a través del humo, y dinos lo que ves en oriente, más allá del vinoso mar.

La reina miró, y dijo:

—Veo una ciudad junto a una bahía, y un río perezoso que baja hasta la bahía a través de una marisma, llena de ciénagas, y, más allá del mar, una gran región pantanosa. Tierra adentro, junto al río, veo un gran promontorio que domina los pantanos. Y el promontorio está rodeado de murallas, como si fuera una ciudadela. Y el promontorio y la fortaleza amurallada allí posada son negros como la noche antigua, y como la iniquidad entronizada posada en un lugar de poder, oscureciendo la desolación de los pantanos.

—¿Están derribadas las murallas? —preguntó Juss—. ¿Y está caída en ruinas

sobre las murallas la gran torre redonda del suroeste?

—Todo está tan entero y firme como las murallas de tu propio castillo, mi señor —dijo ella.

—Haz girar el cristal, oh reina —dijo Juss—, para que veáis si hay alguna persona dentro de las murallas, y nos podáis describir sus formas y sus semblantes.

La reina quedó en silencio un rato, mirando atentamente en el cristal. Después dijo:

—Veo un salón de banquetes con paredes de jaspe verde oscuro con motas rojas, y una gran bóveda que sostienen gigantes de tres cabezas tallados en serpentina negra; y cada gigante se inclina bajo el peso de un enorme cangrejo. El salón tiene siete lados. Hay dos mesas largas y un banco transversal. Hay braseros de hierro en mitad del salón, y hachones que arden en soportes de hierro, y comensales que beben sentados a las largas mesas. Algunos son hombres jóvenes y morenos, de rostro oscuro y de grandes mandíbulas, muy marciales; quizá sean hermanos. Hay otro con ellos de semblante rojizo, de aspecto más agradable, con bigotes largos y castaños. Hay otro que lleva una loriga de bronce y un ciclatón verde mar, es viejo; tiene bigotes ralos y grises y mejillas flácidas; es gordo y torpe; no es un viejo agradable de ver.

Dejó de hablar, y Juss dijo:

—¿A quién más ves en el salón de banquetes, oh reina?

—El resplandor de las antorchas me oculta el banco transversal. Volveré a hacer girar el cristal. Ahora veo a dos que se divierten jugando a los dados en la mesa que está ante el banco transversal. Uno tiene bastante buen aspecto; es hombre bien formado, de noble porte, con pelo y barba rizados y con los ojos penetrantes, como un marino. El otro parece más joven de años; más joven que cualquiera de vosotros, señores míos. Va completamente afeitado; tiene el semblante fresco y el pelo rubio y rizado, y lleva la frente coronada con una guirnalda de fiesta. Es un joven muy grande y fuerte, y hermoso. Pero algo hay en él que me inquieta al verlo; y, con toda la hermosura de su semblante y su porte soberano, me parece desagradable.

»También hay una damisela que los mira mientras juegan. Lleva bonitos vestidos, y tiene cierta belleza. Pero no puedo alabar su...

Y, turbada de pronto, la reina apartó súbitamente el cristal. Al señor Brándoch Dahá le brillaron los ojos, pero quedó en silencio. El señor Juss dijo:

—Más, te lo ruego, oh reina, antes de que se disipe el humo y se desvanezca la visión. Si esto es todo dentro del salón de banquetes, ¿no ves nada fuera de él?

La reina Sofonisba volvió a mirar, y al cabo de un rato dijo:

—Hay una terraza que da al oeste bajo los muros interiores de aquella fortaleza de la noche antigua, y por ella pasea un hombre coronado como rey. Es muy alto; delgado de cuerpo y de miembros largos. Lleva un jubón recamado de diamantes, y

su corona tiene la figura de un cangrejo, y las joyas de ésta ensombrecen al sol por su esplendor. Pero apenas soy capaz de advertir sus vestiduras, pues no puedo dejar de mirarle el rostro, que es más terrible que el de ningún otro hombre que yo haya visto jamás. Y todo el aspecto del hombre está lleno de oscuridad, de poder, de terror y de mando severo, de tal modo que parece que los espíritus de debajo de la tierra deben temblar ante él y cumplir sus mandatos.

—No quiera el cielo que esto no sea más que un sueño dulce y dorado —dijo Juss—, y que mañana nos despertemos para encontrar que se ha desvanecido.

—Camina con él —dijo la reina—, en conversación íntima, hablándole como habla un criado a su señor, uno con una barba larga y negra, ensortijada como el vellón de las ovejas y reluciente como el ala del cuervo. Es pálido como la luna de día, delgado, con rasgos delicados y ojos grandes y oscuros, y tiene la nariz curvada como una hoz; su aspecto es delicado y melancólico, pero noble.

—¿No ves a nadie, oh reina —dijo el señor Bránoch Dahá—, en los aposentos que están en la galería oriental, sobre el patio interior del palacio?

—Veo una alta alcoba decorada con tapices —respondió la reina—. Está oscura, salvo dos candelabros con varias velas que arden ante un gran espejo. Veo a una señora que está de pie ante el espejo, coronada con una corona de reina de amatistas púrpura, sobre sus largos cabellos, que son del color de las lenguas más altas de una hoguera. Entra un hombre por la puerta que está tras ella, apartando a izquierda y derecha las pesadas colgaduras. Es un hombre grande, y tiene aspecto regio, con su gran manto de piel de lobo y su ciclatón de terciopelo con adornos de oro. Tiene la cabeza calva, rodeada de rizos grises, y su barba hirsuta y con mechones grises indican que ya ha pasado su mejor edad; pero en los ojos penetrantes le arde la luz de la juventud, y el vigor de la juventud se advierte en sus pasos. Ella se vuelve para recibirlo. Es alta y joven, hermosa, y de rostro altivo, y de rostro tierno, y también es muy valiente de corazón, y también es alegre de corazón, si no me engaña su aspecto.

La reina Sofonisba se cubrió los ojos, diciendo:

—Señores míos, ya no veo más. El cristal se cuaja por dentro, como la espuma en un remolino bajo una fuerte lluvia. Se me cansan los ojos de mirar. Rememos a casa, pues la noche está muy avanzada y estoy cansada.

Pero Juss la detuvo y dijo:

—Déjame soñar un poco más. ¿Las dos columnas del mundo, una de las cuales destruimos nosotros, instrumentos ciegos del cielo inescrutable, restauradas de nuevo? ¿Mantenemos desde ahora, él y yo, los suyos y los míos, sin tiempo y sin muerte por siempre jamás, nuestra alta contienda, ya sea él o ya seamos nosotros los grandes señores de la tierra? Si éstos sólo son fantasmas, oh reina, nos habrás llevado con engaños hasta el mismo centro de la amargura. Podíamos habernos librado de ésta si no hubiéramos visto ni imaginado estas cosas; pero no ahora. ¿Cómo es

posible que se arrepientan los dioses y que vuelvan los años pasados?

Pero la reina habló, y su voz fue como las sombras de la tarde al caer, pulsando con un esplendor oculto, como con una sensación de luz de estrellas encendidas detrás del azul que se desvanece.

—Este rey —dijo—, en la maldad de su orgullo impío, llevaba en el pulgar la imagen de la serpiente Uróboros, como para decir que su reino no acabaría jamás. Pero, cuando llegó la hora señalada, cayó retumbando en las profundidades del infierno. Y, si ahora ha sido levantado de nuevo y continúan sus días, no es por su virtud, sino por vosotros, señores míos, a quienes aman los dioses todopoderosos. Por lo tanto, ruego que llenéis un rato de humildad vuestros corazones ante los altos dioses y no pronunciéis palabras ociosas. Rememos hacia casa.

Llegó la aurora de dedos dorados, pero los señores de Demonlandia se quedaron hasta muy tarde en sus lechos, después de haber velado tanto la noche pasada. Hacia la tercera hora antes del mediodía, el salón de audiencias estaba lleno de gente, y los tres hermanos se hallaban sentados en sus sitios de honor, como habían estado sentados hacía cuatro años entre los hipogrifos dorados, y junto a ellos habían puesto tronos para la reina Sofonisba y para el señor Brándoch Dahá. La reina había visto todas las demás bellezas y esplendores del castillo de Galing, pero hasta entonces no había visto aquel salón de audiencias; y mucho se maravilló al ver sus bellezas y rarezas sin igual, las colgaduras y los relieves en las paredes, las hermosas pinturas, las lámparas de piedras de la luna y de carbunclos con luz propia, los monstruos de las veinticuatro columnas, tallados en piedras preciosas tan grandes que apenas podían rodearlas dos hombres con los brazos, y las constelaciones que ardían en aquel firmamento de lapislázuli bajo el palio dorado. Y, cuando bebieron la copa por la gloria venidera del señor Juss, deseándole largos años de vida y alegría y grandeza para siempre, la reina tomó una pequeña bandola y dijo:

—Oh señor mío, cantaré un soneto, a ti y a todos vosotros, señores míos, y a Demonlandia, ceñida por el mar —y, dicho esto, pulsó las cuerdas y cantó con su voz cristalina, tan entonada y delicada, que todos los que estaban en aquel salón quedaron embelesados al oírla:

¿Te compararé con un día de primavera?
Eres más delectable y más apacible:
Los vientos violentos rasgan los tiernos capullos de mayo,
Y la primavera es un arriendo que vence muy pronto:

A veces brilla con demasiado calor el ojo del cielo,
Y a menudo se nubla su semblante dorado;
Y toda belleza pierde alguna vez su belleza,
Marchita por azar, o por el curso de la naturaleza;

Pero no se ajará tu eterna primavera,
Ni perderás la propiedad de la belleza que posees;
Ni la muerte se jactará de que vagas por su sombra,

Cuando en versos inmortales se acreciente tu nombre:
Mientras palpiten los corazones o vean los ojos,
Vivirán estos versos, y a ti te harán vivir^[327].

Cuando terminó de cantar, el señor Juss se puso de pie muy noblemente y le besó la mano, diciendo:

—Oh reina Sofonisba, hija adoptiva de los dioses, no nos avergüences con alabanzas que son demasiado elevadas para los mortales. Pues bien sabes lo único que nos puede dar contento. Y no hemos de creer que lo que se vio anoche en la cabecera del lago de la Luna era la pura verdad, sino más bien el sueño de una visión nocturna.

Pero la reina Sofonisba respondió y dijo:

—Mi señor Juss, no blasfemes de la generosidad de los dioses benditos, no sea que se enfaden y la retiren, ellos que os han concedido a los de Demonlandia, desde este día, la juventud eterna e incansable fuerza y destreza con las armas, y... Pero ¡escuchad! —dijo, pues se oyó una trompeta que daba tres tañidos estridentes en la puerta.

Al oír aquella trompeta, los señores Goldry y Spitfire saltaron de sus asientos asiendo sus espadas. El señor Juss se quedó rígido como un ciervo que ve al cazador. El señor Brándoch Dahá siguió sentado en su silla de oro, apenas alterando su postura de gracia descuidada. Pero todo su cuerpo parecía incendiado de acción a punto de nacer, de la misma manera que el espíritu activo de la luz palpita y crece en el cielo a la salida del sol. Miró a la reina, con los ojos llenos de extrañas conjeturas^[328]. A un gesto de Juss, un criado salió a toda prisa de la cámara.

No se oyó sonido alguno en el alto salón de audiencias de Galing, hasta que, al cabo de un momento, volvió el criado con el asombro en el semblante e, inclinándose ante el señor Juss, dijo:

—Señor, es un embajador de Brujolandia con su séquito. Solicita una audiencia ahora mismo.

LA SERPIENTE URÓBOROS



ARGUMENTO CON FECHAS

(Fechas Anno Carces Conditae. La acción del relato abarca exactamente cuatro años: del 22 de abril del 399 al 22 de abril del 403 A. C. C.).

.71 La reina Sofonisba nace en Morna Moruna.

.87 El rey Gorice III, devorado por las manticoras más allá del Bhavinan.

.88 Morna moruna saqueado por Gorice IV. La reina Sofonisba, hospedada por intervención divina en el Koshtra Belorn.

‡37 Gorice VII muerto a manos de espíritus malignos cuando hacía conjuros en Carcë.

‡41 Nacimiento de Zeldornius.

‡44 Nacimiento de Corsus en Tenemos.

‡53 Córund nace en Carcë.

‡54 Nacimiento de Zenambria, condesa consorte de Corsus.

‡57 Nacimiento de Helteranius.

‡60 Nace Volle en Darklairstead, en Demonlandia.

‡61 Nacimiento de Jalcanaius Fostus.

‡63 Nacimiento de Vizz en Darklairstead.

‡64 Nace Gro en Goblinlandia, en la corte de Zajë Zaculo, como hermano adoptivo del rey Gaslark. Nace Gaslark en Zajë Zaculo.

‡66 Laxus, alto almirante de Brujolandia y después rey de Trasgolandia, nace en Estremerine.

‡67 Nace Gallandus en Buteny.

‡69 Nace Zigg en Muchos Arbustos, en Amadardale.

‡70 Nace Juss en Galing.

‡71 Nace Goldry Bluszco en Galing. Dekalajus, hijo mayor de Corsus, nace en

Brujolandia.

- 172** Nace Spitfire en Galing. Nace Brándoch Dahá en Krothering.
- 174** Nace La Fireez en Norvasp, en Trasgolandia. Gorius, segundo hijo de Corsus, nace en Brujolandia.
- 175** Nace Corinius en Carcë.
- 176** Prezmyra, hermana del príncipe La Fireez, segunda esposa de Córund y después reina de Duendelandia, nace en Norvasp.
- 179** Nace Hacmon, mayor de los hijos de Córund. Mevrian, hermana del señor Brándoch Dahá, nace en Krothering.
- 180** Nace Heming, hijo segundo de Córund.
- 181** Nace Dormanes, tercer hijo de Córund.
- 182** Nacimiento de Viglus, cuarto hijo de Córund, en Carcë. Recedor, rey de Goblinlandia, envenenado en secreto por Corsus; Gaslark reina en su lugar en Zajë Zaculo. Sriva, hija de Corsus y Zenambria, nace en Carcë.
- 183** Armelina, prima hermana del rey Gaslark, después prometida y casada con Goldry Bluszco, nace en Carcë.
- 184** Cargo, hijo menor de Córund, nace en Carcë.
- 188** Goblinlandia invadida por los ghouls; evacuación de Zajë Zaculo; Tenemos quemada; Corsus aplasta el poder de los ghouls.
- 189** Zeldornius, Helteranius y Jalcanaius Fostus, enviados por Gaslark a Duendelandia con una armada, y quedan allí hechizados.
- 190** Los brujos arrasan Goblinlandia; su derrota en la batalla de Lormeron con la ayuda de Demonlandia; muerte de Gorice X a manos de Brándoch Dahá; Corsus, cautivo y humillado por los demonios. Gro abandona la causa de los goblins y vive exiliado en la corte de Brujolandia.
- 193** La Fireez, asediado por Fax Fay Faz en Lida Nanguna, en Duendelandia Exterior, liberado por los demonios: Goldry Bluszco rechazado por Corsus ante Harquem.
- 195** Córund se casa con la princesa Prezmyra en Norvasp.

98 Los ghouls se levantan con una ferocidad increíble; arrasan Demonlandia y queman la casa de Goldry en Drepaby.

99 Guerra santa de Brujolandia, Demonlandia, Goblinlandia y otras naciones corteses contra los ghouls; Laxus, con la aprobación de su señor Gorice XI y por consejo de Gro, deserta con toda su flota en la batalla en aguas de Kartadza (costa oriental de Demonlandia); no obstante, los demonios derrotan a los ghouls en el mar de Kartadza, y exterminan a toda su raza; Gorice XI pide homenaje a Demonlandia, lucha con Goldry Bluszco y perece en el combate. Gorice XII reemprende con mayor fortuna en Carcë las artes de Gorice VII, y captura a Goldry con un enviado mágico; Juss y Bránoch Dahá, privados en parte de su juicio, siguen imprudentemente a Gaslark hasta Carcë y son hechos prisioneros allí; su liberación por intercesión de La Fireez y su regreso a su propio país; el sueño de Juss; el consejo en Krothering; la primera expedición a Duendelandia. Venganza del rey contra Trasgolandia, ejecutada por Corinius, y La Fireez es desposeído de su trono y tiene que exiliarse; la gran marcha de Córund sobre Akra Skabranth; su irrupción repentina en Duendelandia Exterior y la conquista de dicho país; naufragio de la flota de los demonios; matanza en Salapanta; marcha de los demonios hacia Duendelandia Superior; trato amoroso de Bránoch Dahá con la señora de Ishnain Nemartra, que le arroja un sortilegio; Córund asedia y toma Eshgrar Ogo; Juss y Bránoch Dahá escapan a través del Moruna e inviernan junto al Bhavinan.

100 Llegan a Carcë noticias de Eshgrar Ogo: al oírlas, el rey honra a Córund con el título de rey de Duendelandia. Juss y Bránoch Dahá cruzan el paso de Zia; lucha con la manticora; subida al Koshtra Pivrarcha, entrada en el Koshtra Belorn y recepción por la reina Sofonisba; visión de Juss de Goldry preso en el Zora; la reina colabora en sus designios; nace el hipogrifo de su huevo junto al lago de Ravary, locura mortal de Mivarsh; Juss, a pesar de las advertencias de la reina, intenta subir a pie al Zora Rach, y está a punto de perder la vida. En Carcë, Prezmyra es coronada como reina de Duendelandia, y Laxus como rey de Trasgolandia; el rey envía una expedición para reducir a Demonlandia, mandada por Corsus; Laxus vence a Volle en el mar en aguas de Lookinghaven, y Corsus a Vizz en tierra en Crossby Outsikes; muere Vizz en la batalla; política cruel y soberbia de Corsus; diferencias entre Gallandus y él; gran mudanza de fortuna a manos de Spitfire, que parte en dos el ejército de Corsus en Rapes Brima, y asedia a los supervivientes en Owlswick; descontento en su ejército; Corsus mata con sus propias manos a Gallandus en Owlswick; Gro lleva noticias a Carcë; el rey degrada a Corsus, y envía a Corinius como rey de Demonlandia para que resuelva

la situación; batalla del acantilado de Thremnir, con la caída del poder de Spitfire; Corinius, coronado en Owlswick; Corsus y sus hijos, arrestados y enviados de vuelta a Brujolandia.

!01 Corinius reduce Demonlandia oriental, con excepción del castillo de Galing, que defiende Bremery con setenta hombres; se dirige hacia el oeste cruzando el Stile; su petición insolente a Mevrian; fracaso de la expedición de Gaslark para socorrer a Krothering; su derrota en Aurwath; retirada maestra de Corinius de Krothering ante fuerzas superiores; su emboscada y destrucción del ejército de Spitfire en las orillas del Switchwater, caída de Krothering y rendición de Mevrian; su huida según el plan de Gro, con ayuda de los hijos de Córund y con consentimiento de Laxus; su huida a Westmark y de allí hacia el este al Neverdale; Gro abandona la causa de Brujolandia para abrazar la de Demonlandia; Mevrian y él se encuentran con Juss y con Brándoch Dahá, cuando éstos regresaban a su casa al cabo de dos años; levantamiento de la región oriental y socorro de Galing; disposiciones maestras de Corinius y de los demonios para un encuentro decisivo; batalla de la ladera de Krothering, y expulsión de Demonlandia de los brujos.

!02 Segunda expedición a Duendelandia, en la que Gaslark y la Fireez se unen a los demonios; desembarco en Muelva, en el mar Didorniano; Juss, Spitfire, Brándoch Dahá, Gro, Zigg y Astar atraviesan el Moruna; Juss monta el hipogrifo hasta el Zora Rach y libera a Goldry; el rey envía a Laxus con gran fuerza de barcos para cerrar el estrecho de Melikaphkhaz a los demonios en su viaje de regreso; batalla en aguas de Melikaphkhaz; destrucción de la armada de Brujolandia; mueren Laxus y La Fireez; un único barco superviviente lleva la noticia a Carcë; Córund, nombrado capitán general de Carcë; reunión de los ejércitos de Brujolandia y los de sus aliados feudatarios; desembarco de los demonios al sur; conferencia ante Carcë; advertencia del rey a Juss; enemistad implacable entre ambos; señales y pronósticos en los cielos; decisión desesperada del rey si la batalla se vuelve contra él; batalla ante Carcë; muerte de Gro y de Córund; derrota de las fuerzas del rey; consejo de guerra en Carcë, y Corinius es nombrado capitán general por segunda vez; Corsus, que aconseja la rendición, cae en desgracia ante el rey, y éste lo avergüenza y lo despide; desesperado, intenta eliminar con veneno a Corinius y a los hijos de Córund, y, para su desgracia, mata también a su propio hijo y a la duquesa, su esposa; pero Corinius lo mata a él; revienta la torre de hierro al fracasar el último conjuro del rey; los demonios entran en Carcë; su encuentro allí con la reina Prezmyra; trágico fin y triunfo de ésta; con todo lo cual, se completa la caída del imperio y del reinado de la casa de Gorice en Carcë.

!03 La reina Sofonisba en Demonlandia: la maravilla de las maravillas, que restauró

el mundo el día del natalicio del señor Juss, cuando cumplía en Galing el año treinta y tres de su vida.



ERIC RÜCKER EDDISON, nacido en Adel, Leeds, en el norte de Inglaterra en 1882, fue muy conocido por su primera novela *The Worm Ouroboros* (El Gusano Ouroboros, ya que en la mitología de inspiración germánica, los británicos denominaban gusanos a los dragones) que se publicó en 1922, muy poco antes de su cuarenta cumpleaños. La serpiente Uróboros, como se tradujo el título al español, fue una tirada corta para bibliófilos. Esta edición fue seguida al poco tiempo por otras mayores en el Imperio Británico y en Norteamérica, y se formó cierta leyenda alrededor del libro.

El éxito del primer libro posibilitó que Eddison se dedicara al género fantástico en una serie de novelas que transcurrían principalmente en Zimiamvia, el paraíso legendario de La serpiente Uróboros. Según el autor, los libros de Zimiamvia «se escribieron hacia atrás» y, por lo tanto, se publicaron siguiendo el orden cronológico inverso de los sucesos: *Señora de señoras* (1935), *Cena de pescado en Memison* (1941) y *La puerta de Mezentia* (1958). Este último libro quedó inconcluso a la muerte de Eddison, pero sus notas eran tan completas que su hermano, Colin Eddison, y su amigo George R. Hamilton fueron capaces de completar el libro para su publicación. Aunque los libros se consideran actualmente una trilogía, Eddison los escribió como serie abierta.

Eddison adoptó el género fantástico con extraordinaria plenitud; en su ficción no existe el imperativo lógico, la concesión a las relaciones de causa y efecto; tan sólo las verdades elegantes de la vocación superior del mito. Los personajes recorren las distancias y los decenios en un abrir y cerrar de ojos, los mundos cobran forma,

engendran la vida, evolucionan durante miles de millones de años y son destruidos, todo ello durante una cena de pescado. Son sueños encarnados por mediación de un extraordinario soñador.

Cabe destacar también que Eddison escribió también otros tres libros: Poemas, cartas y recuerdos de Philip Sidney Nairn (1916), Styrbiorn el Fuerte (1926) y Egil's Saga (1930). El primero fue su homenaje a un amigo del Trinity College que murió en su juventud. Los otros dos se refieren a una saga de la literatura: el primero es un recuento sobre Styrbjarnar þátr Svíakappa, en alusión a la saga Eyrbyggja por ejemplo, mientras que la segunda Heimskringla, es una traducción directa del islandés de la saga de Egil, completada con amplias notas.

NOTAS A LA SERPIENTE URÓBOROS



Nota sobre las notas: Uso dos abreviaturas en todas las notas: «ERE», por E. R. Eddison, y «LSU» por La serpiente Uróboros.

He citado las fuentes cuando ha sido necesario, pero debo reconocer aquí la aportación de obras consultadas repetidamente. En 1928, la Oxford University Press publicó en la Clarendon Press el diccionario en diez volúmenes Oxford English Dictionary; en 1933 se volvió a publicar en doce volúmenes, con el título de The New English Dictionary, y en 1988 se publicó la segunda versión, corregida y aumentada, del Oxford English Dictionary. Estos volúmenes han sido mis compañeros constantes: casi todos los arcaísmos y palabras esotéricas se han explicado según las definiciones ofrecidas en la primera y segunda edición. Mis citas de Shakespeare siguen el método de «Números completos de líneas» adoptado por David Bevington en su tercera edición de las obras Completas de Shakespeare, publicada en 1951 por Scott, Foresman and Company en Glenview, Illinois. He tomado las citas de Webster de la edición John Webster Three Plays, al cuidado de d. C. Gunby y publicada en 1972 en Harmondsworth, Middlesex, por Penguin Books.

He intentado indicar, cuando me ha sido posible, las fuentes que tienen influencia tangible sobre el texto. Lo que me ha movido a hacerlo ha sido poner de manifiesto, con mayor precisión que en la introducción, las muchas obras literarias que encantaron a Eddison lo suficiente como para provocar su imitación o sus préstamos de las mismas, y poner de manifiesto algunos de los pensamientos que le surcaron la mente mientras escribía este libro. La mayoría de las fuentes indicadas han sido literarias, pues yo soy lego en otras materias; por ejemplo, he dejado de lado por completo la astronomía, ciencia que Eddison estudió con algún detalle. Incluso en mis esfuerzos por arrojar luz sobre las fuentes literarias, he sido negligente, pues las lecturas de Eddison fueron más profundas y más amplias que lo que han sido las mías hasta la fecha, y sé que se me han escapado algunas alusiones a causa de mi falta de observación fruto de la ignorancia. Los lectores cuyas mentes estén más ricamente surtidas de poesía que la mía verán cosas para las que yo he sido ciego, y a ellos les pido paciencia durante la lectura de mis notas.

P. E. THOMAS

NOTAS

[1] E. R. Eddison. The Mezentian Gate (Ballantine, Nueva York, 1969), pág. xi. <<

[2] E. R. Eddison. *Mistress of Mistresses* (Ballantine, Nueva York, 1967), pág. 356.

<<

[3] Mark Graubard estudia el uróboros en su libro *Astrology and Alchemy: Two Fossil Sciences* [Astrología y alquimia: dos ciencias fósiles] (Nueva York: The Philosophical Library, 1953). Este símbolo antiguo les resultará familiar a los estudiantes de filosofía moderna, pues lo han utilizado C. G. Jung y Erich Neumann en sus estudios del desarrollo y de la unidad de la personalidad. Ver *Symbole der Wandlung* [Símbolos de transformación], de Jung, y *The Origins and History of Consciousness* [Orígenes e historia de la consciencia], de Neumann. Los interesados pueden observar una fotografía de un antiguo manuscrito en papiro que contiene el dibujo de un uróboros en la página 103 de un catálogo de papiros griegos del Museo Británico (*Greek Papyri, the British Museum, Londres, impreso por encargo de los conservadores del Museo Británico, 1893*). El dibujo se comenta en otro volumen: *Greek Papyri in the British Milseurn Catalogue with Texts*, ed. F. G. Kenyon (Londres: William Clones and Sons, Ltd., 1893), ver página 103. <<

[4] Los antiguos alquimistas concebían el oro en un sentido metafórico, además de su sentido literal como nombre del más perfecto de los metales. Cualquier sustancia cuyas proporciones estuvieran ordenadas se podía llamar «dorada». <<

[5] Graubard, Astrology and Alchemy, pág. 200. <<

[6] Robert Steele, «Alquimia», en Shakespeare's England (Oxford: Clarendon Press, 1970),I:462-475. <<

[7] Eddison a K. Henderson, 5 de febrero de 1923, fol. 18, Ms. Eng. Letters, c. 231, Biblioteca Bodleian, Oxford. <<

[8] La mayoría de los lectores no especialistas en literatura escandinava no han oído hablar jamás de las sagas islandesas. El catedrático Gwyn Jones describe así las sagas en su libro *A History of the Vikings* (Londres: Oxford University Press, 1973), pág. 288: «El siglo XIII (...) fue la época clásica de la redacción de sagas (sagas familiares). Las ciento veinte o más sagas (sggur) y relatos breves (thaettir) nos aportan una historia del siglo X y del primer tercio del XI, en versión libre y muchas veces ficticia, a través de las vidas de hombres y mujeres notables y de las tradiciones de familias importantes cargadas de odios hereditarios, pero muy afectada por la imaginación creadora de los cuentistas, escritores y copistas, por los cambios a que está sujeta la tradición en un período de doscientos a trescientos años, y por las distorsiones inevitables cuando unas personas interesadas por las cosas antiguas y llenas de orgullo familiar retratan en parte una época en términos de otra». <<

[9] H. Rider Haggard a Eddison, 14 de mayo de 1922, fol. 13, Ms. Eng. Letters, c. 231, Biblioteca Bodleian, Oxford. <<

[10] Repito aquí palabras e ideas expresadas por, J. R. R. Tolkien en su ensayo «On Fairy Stories». [«Sobre los cuentos de hadas»], de la antología *Essays Presented to Charles Williams*, ed. C. S. Lewis (Grand Rapids, Michigan: Eerdmans, 1974), pág. 60. Éstas son las palabras de Tolkien sobre la capacidad del lector de creer en los elementos fantásticos de la literatura: «Se ha llamado “suspensión voluntaria de la incredulidad” a ese estado mental. Pero no me parece que sea una buena descripción de lo que sucede. Lo que sucede verdaderamente es que el cuentista resulta ser un buen “subcreador”. Crea un Mundo Secundario en el que puede entrar la mente del lector. Lo que relata es “verdadero” dentro del mismo: se ciñe a las leyes de ese mundo. Por lo tanto, el lector lo cree mientras está dentro de él, por así decirlo. En cuanto surge la incredulidad, se deshace el encanto; ha fracasado la magia, o, mejor dicho, el arte. El lector vuelve a estar en el Mundo Primario, contemplando desde fuera el pequeño mundo Secundario fracasado». <<

[11] Los nombres en el original son, respectivamente, Demons, Witches, Imps, Pixies, Goblins y Ghouls. La traducción de los cuatro primeros por «demonios», «brujos», «duendes» y «trasgos» es exacta, aun que hace en castellano el mismo efecto que comenta el prologuista en este párrafo sobre el original inglés. Dejo sin traducir Goblins (que es el nombre de un duende travieso, un sinónimo más de «duende» y «trasgo») y Ghouls (un ghoul es una criatura entre zombi y vampiro). (N. del T). <<

[12] Tolkien a Caroline Everett, carta 199, *The Letters of J. R. R. Tolkien*, ed. Humphrey Carpenter y Christopher Tolkien (Boston: Houghton Mifflin Company, 1981), pág. 258. <<

[13] Ransome a Eddison, 10 de septiembre de 1922, fol. 40, Ms. Eng. Letters, c. 231, Biblioteca Bodleian, Oxford. <<

[14] Arthur Ransome, *The Autobiography of Arthur Ransome* (Londres: Jonathan Cape, 1976), pág. 38. <<

[15] Eddison a E. Brinton, 6 de agosto de 1922, SRQ 823.91 ED23, correspondencia sobre Styrbiorn el Fuerte, departamento de Historia Local, Biblioteca de Referencia de la Biblioteca Central de Leeds. <<

[16] SRQ 823.91 ED23. Notas sobre Styrbiorn el Fuerte, departamento de Historia Local, Biblioteca de Referencia de la Biblioteca Central de Leeds. <<

[17] SRQ 823.91 ED23, correspondencia sobre La saga de Egil, departamento de Historia Local, Biblioteca de Referencia de la Biblioteca Central de Leeds. <<

[18] Esta cita, y todas las demás secundarias en este apartado («Contaré... sin adornos») están tomadas de las páginas xxviii-xxxii de la introducción de Eddison a su traducción de La saga de Egil (Egil's Saga. Cambridge: Cambridge University Press, 1930). <<

[19] Eddison, La saga de Egil, XIX. <<

[20] Gwyn Jones, Eirik the Red and other Icelandic Sagas, traducción al inglés de Gwyn Jones (Oxford: Oxford University Press, 1982), pág. IX. <<

[21] Magnus Magnusson y Hermann Palson, *Njal's Saga*, traducción al inglés de M. Magnusson y H. Palson (Harmondsworth, Middlesex: Penguin, 1986), pág. 25. <<

[22] Jones. Eirik the Red, pág. XIV. <<

[23] E. V. Gordon, An Introduction to old Norse (Oxford: Clarendon Press, 1927),
pág. xxxii. <<

[24] Eddison a la señora Ford, 24 de enero de 1923, fol. 9, Ms. Eng. Letters, c. 231, Biblioteca Bodleian, Oxford. <<

[25] Eddison, La saga de Egil, XXIX. <<

[26] Eddison a Henderson, 5 de febrero de 1923, fols. 18-21, MS. Eng. Letters, c. 231, Biblioteca Bodleian, Oxford. <<

[27] El palacio de Príamo, «construido a maravilla», estaba «construido con claustros de piedra pulida, y dentro de él había cincuenta dormitorios de piedra pulida hechos de modo que se pasara de unos a otros». (Iliada, canto VI: 242-245). <<

[28] H. Munro Chadwick, *The Heroic Age* (Cambridge: Cambridge University Press, 1917), pág. 387. <<

[29] Jones, *History of the Vikings*, págs. 279-287. <<

[30] Ilíada, págs. 327, 330, 331, 333 de la traducción de Richmond Lattimore (Chicago: University of Chicago Press, 1961). <<

[31] Otelo, acto II, escena III, versos 257-258. <<

[32] Se ha considerado a la Inducción el «defecto principal» de la novela, pero ERE pretende determinar en ella el tono y el ambiente de la novela. La palabra usada en el original, «Inducción», tiene varios significados, y casi todos ellos nos interesan aquí. En primer lugar, es un arcaísmo que quiere decir introducción, y, al empezar con esa palabra, el primero entre centenares de arcaísmos, ERE advierte inmediatamente del estilo peculiar de la novela: será una mezcla ecléctica de lo moderno y lo arcaico. La palabra también quiere decir «acción y efecto de inducir con persuasión», y, en estas pocas páginas de prosa, ERE intenta persuadirnos para que nos adentremos más en el relato propiamente dicho. Este método de ERE se parece al del poeta Thomas Sackville, del período de Isabel I. Las profundas lecturas de ERE en la literatura isabelina le harían conocer la famosa «Inducción». (1563) de Sackville, para el poema didáctico Espejo de magistrados, escrito por varios poetas y publicado en cuatro ediciones cada vez más amplias, entre 1559 y 1587. En esta «Inducción», basada en el libro VI de la Eneida, el Dolor personificado se encuentra con el sombrío narrador en un triste día de invierno y lo conduce desde el mundo conocido hasta el infierno. Detrás de las negras puertas, el Dolor muestra al narrador una sucesión de personificaciones terribles: el Remordimiento, el Temor, la venganza, la Miseria, la vejez, la Enfermedad, el Hambre y la Guerra. La Guerra personificada porta un enorme escudo en el que están retratados grandes generales de la antigüedad: Darío, Aníbal, Pompeyo, César, Sila y Mario. Sackville describe todas las personificaciones y los retratos del escudo con tantas imágenes detalladas, que convierte el infierno en un lugar de horrores sensuales y de tristeza profunda. Prepara así a los lectores para los temas y ejemplo concretos del Espejo, pues el infierno oscuro y siniestro de Sackville, al contrastar con las comodidades del mundo iluminado por el sol, recalca los mensajes del poema sobre los castigos que se sufren en el infierno por los pecados políticos cometidos en el mundo de los vivos. De una manera similar, el extraño carácter del mercurio imaginario de ERE necesita esta inducción suya, pero no es alegórica ni didáctica como la de Sackville. ERE debe provocar la fe en el mundo imaginario a base de contrastarla con las realidades terrenales. Así, ERE da al lector un compañero humano para el viaje más allá de «les barricades mystérieuses» hasta el mundo extraño de Mercurio. El éxito de la inducción estriba en su moderación y en sus sucesos argumentales no explicados: éstos producen misterio en el texto, y el misterio produce a su vez curiosidad en el lector. Lo extraño de la casa, sus nombres «Casa de la Paz» y «Casa de Postmeridian» y «Casa del Deseo del Corazón», la existencia del salón del loto, con su alusión al fruto del loto, extrañamente irresistible, que hace que el que lo coma se olvide de su patria (ver la odisea de Romero, canto IX, 83-104), las relaciones del salón del loto con Mercurio, la aparición del martinete, del

caballo alado y de su carro: ni ERE como narrador ni Lessingham como personaje principal explican estas cosas. Los sucesos de la inducción se limitan a suceder, y deben ser aceptados como en un argumento mítico tal como dice Keats de los misterios: «sin perseguir irritadamente los hechos y la razón» (de una carta a sus hermanos, 21-27 de diciembre de 1817). Hablando del título de la obra musical de Couperin *Les Barricades Mystérieuses*, Lessingham susurra a Mary: «Y sólo tú y yo sabemos lo que significa de verdad». Esto caracteriza a toda la inducción: ERE y sus personajes conocen las cuestiones misteriosas, pero el lector sólo recibe alusiones que espolean su interés mientras adormecen su incredulidad de las maravillas. «Como en un sueño», Lessingham sigue al martinete; y el lector, en una curiosidad onírica, sigue a Lessingham hasta las glorias del castillo de Galing. <<

[33] ERE empieza su novela a la manera de las sagas. Todas las sagas islandesas importantes empiezan de esta manera. La saga de Nial: «Había un hombre llamado Mord...» (traducción de *Sir* George Webbe Dasent. Londres, J. M. Dent & Sons, 1914); La saga de Egil: «Había un hombre llamado Wolf...» (trad. de E. R. Eddison. Cambridge University Press, 1930); La saga de Grettir el Fuerte: «Había un hombre llamado Onund...» (trad. de G. Hight. Londres, J. M. Dent & Sons, 1914); Saga de Laxdaela: «Había un hombre llamado Ketil el Chato...» (trad. De M. Magnusson y H. Palson, Harmondsworth, Middlesex, Penguin Books, 1969). Al comenzar LSU a la manera de las sagas, ERE muestra su deseo de anunciar su fidelidad hacia una de sus influencias más poderosas. <<

[34] A cualquier persona que haya caminado o escalado las cordilleras de Asia, Europa o el oeste de América del Norte, los picos de la región de los lagos inglesa le parecerán montañas enanas, pero en esos fells (colinas) de Cumbria existen bellezas no comparables con las de ninguna otra cordillera. ERE conocía y amaba la región de los lagos, y Wasdale resultaba uno de sus lugares favoritos por lo remoto que era. Este valle está en la zona oeste de la región de los lagos, y contiene el West Water, que es el más profundo de toda la región (80 metros). Wasdale está, a su vez, dentro del bosque de Copeland: Copeland abarca las montañas al oeste del West Water, y en su borde sur está el tranquilo pueblo de Nether Wasdale. Una carretera, que transcurre por la orilla occidental del West Water, une el pueblo de Nether Wasdale con Wasdale Head, pueblo que está en el extremo norte del valle. Andando hacia el norte por esta carretera, mirando hacia el este y por encima de la superficie límpida del West Water, se pueden contemplar los Screes, que se yerguen escarpadamente desde la orilla oriental del lago. Los Screes, vistos desde aquí, parece que transportan al espectador hasta lo más abrupto del último período glacial, pues parece que derraman en el West Water toneladas incalculables de fragmentos negros, grises, pardos y blancos de rocas volcánicas; de ahí el nombre de estos precipicios. Los Screes tienen una altura variable y se extienden entre dos picos: el Whin Rigg (535 metros) y el Illgill Head (608 metros). La casa de Lessingham debe de estar hacia el sur, cerca del pueblo de Nether Wasdale, pero probablemente esté al este del río Irt, pues la vista desde el jardín tiene el lago al nordeste, y se puede ver el Gable tras los Screes. El Gable, mejor llamado el Gran Gable, tiene 899 metros de altura. A. Wainwright, cuya guía en siete volúmenes Pictorial Guide to the Lakeland Fells es la biblia del excursionista por los fells, describe el Gran Gable, el «viejo y canoso favorito», con palabras mucho mejores que las que yo pudiera decir:

Es el señor indiscutible del grupo de colinas a que pertenece, y su altura superior queda tremendamente subrayada por el golfo profundo que lo separa de los Scafells y que permite una perspectiva impresionante que pone de manifiesto toda su altura de media milla como una pirámide continua e ininterrumpida: éste es el aspecto que dio nombre al fell.

(...) el Gran Gable tiene embrujo. Empieza siendo un adversario honorable y se convierte en un amigo. <<

[35] Mary, la esposa de Lessingham, está leyendo el capítulo 124 de la traducción muy admirada de Sir George Webbe Dasent de La saga de Njal. Fue publicada con el título *The Story of Burnt Njal*, en dos volúmenes, por la editorial Edmonston and Douglas en Edimburgo, en 1861. ERE consiguió los volúmenes en 1900; por ello, cuando ERE acudió a ellos para transcribir este pasaje en LSU, ya habían soportado veinte años de uso amoroso, y la «cubierta verde desvaída» del libro de Mary quizá sea una alusión directa al ejemplar propio de ERE. En las cubiertas adornadas aparecen grabados en oro dos refranes islandeses antiguos: «Sólo poco tiempo está la mano dispuesta al golpe» y «Desnuda está la espalda que no tiene hermano tras ella». La traducción de Dasent fue reimpressa en una edición más asequible dentro de la colección «Everyman's Library», por J. M. Dent en Inglaterra y E. P. Dutton en Estados Unidos.

Simplificándolo quizá demasiado, el gran tema de La saga de Njal se refiere a la sabiduría de encontrar soluciones pacíficas para conflictos potencialmente violentos. El sabio Njal siempre pugna por mantener los vínculos saludables de parentesco y amistad mientras otros hombres más iracundos pugnan por romper esos vínculos para satisfacer su ira. El complicado argumento de la saga habla de los intentos fallidos por sustituir la enemistad por la amistad, por aplacar la venganza por el perdón, por derrocar el orgullo por la humildad, y de disolver la terquedad por el compromiso. El «paseo del lobo» de mal agüero anuncia el derrocamiento final de Njal y el triunfo de la violencia. El hombre que ve el «paseo del lobo» se llama Hilidglum, pero su papel en la acción del relato es secundario. El hombre sobre el caballo gris cuyos ijares están «salpicados de escarcha» dice a Hilidglum que las «redes» (consejos o planes) de Flosi son como la antorcha ardiente que lleva. Flosi Thordarson, suegro de Hoskuld Hvitaness-Sacerdote, piensa atacar la casa de Njal y matar a sus hijos como venganza por haber matado ellos a Hoskuld. Flosi ataca la casa de Njal en Bergthorsknoll y quema viva a la familia que queda atrapada dentro de la casa. Es difícil decir con exactitud por qué decidió ERE citar este pasaje en concreto en su inducción. Las últimas palabras de Dasent, «grandes nuevas», podrían estar relacionadas con el viaje a Mercurio de Lessingham. El agüero podría aludir también a las grandes nuevas de guerra en Mercurio. Sabiendo que a ERE le desagradaban las alegorías, no me atrevo a sugerir ninguna relación entre los islandeses enfrentados y los demonios y brujos también enfrentados. <<

[36] Murciélagos halconeros: ERE quiere decir aquí que los murciélagos cazan insectos de la misma manera que los halcones cazan pájaros. Esta analogía no es correcta, porque los murciélagos localizan los insectos por medio del sonar, y los comen en pleno vuelo, mientras que los halcones matan a los otros pájaros cayendo en picado sobre ellos y golpeándolos a gran velocidad; pero la expresión es un ejemplo minucioso de la faceta isabelina del estilo de ERE. Shakespeare usa el verbo de la misma manera en Macbeth, cuando Ross y el viejo discuten las extrañas señales que aparecieron antes y después del asesinato del rey Duncan:

*El martes pasado,
Un halcón, que se cernía en su alto lugar,
Fue halconeo y muerto por un búho ratonero.
(II: IV: 11-13).*

Los búhos, cazadores nocturnos principalmente, caen en silencio sobre sus víctimas, que están en tierra. Aquí, un búho que suele comer ratones mata a un halcón que vuela alto con el sistema del mismo halcón. <<

[37] Les Barricades Mystérieuses: Breve rondó en sí bemol mayor de Francois Couperin (1668-1733), que debe ser tocado «vivement». <<

[38] Este término está relacionado con el sueño; se refiere a las horas después del mediodía (P. M.). <<

[39] Estos pájaros imaginarios no suelen tener patas, y, aunque en el capítulo doce aparece un ser volador sin patas, parece que el amiguito lacónico de Lessingham puede posarse. <<

[40] Las palabras del martinete pueden estar inspiradas por otras que pronuncia *Lady Mary Seraskier* en *Peter Ibbetson*, de George du Maurier, novela que ERE admiraba mucho. Peter Ibbetson se encuentra en un sueño con *Lady Mary*, y ambos viajan juntos al París de su infancia. Una vez allí, *Lady Mary* advierte a Peter:

Y recuerda otra cosa: debes tener cuidado de cómo tocas las cosas o a la gente: puedes oír, ver y oler; pero no debes tocar, ni coger flores u hojas, ni cambiar de sitio las cosas. Así se empaña el sueño, como cuando se arroja el aliento sobre un cristal de ventana. No sé por qué, pero es así. Debes recordar que aquí todo está muerto y pasado. Tú y yo somos diferentes: estamos vivos y somos verdaderos...

(George du Maurier, *Peter Ibbetson*).

ERE ha invertido la situación: en *Peter Ibbetson*, los viajeros soñadores son verdaderos y París es ilusorio, pero, en LSU, los viajeros soñadores parecen ilusorios mientras que Mercurio parece verdadero. <<

[41] Fue un poderoso y rico rey de los lidios, que reinó del 560 al 546 a. C. Conquistó Éfeso y sojuzgó a los griegos jónicos, pero no fue capaz de conquistar las islas jónicas, por lo que estableció con ellas una alianza. (La versión que da Heródoto del nacimiento de la alianza tiene encanto: ver La Historia, I: 27). Cuando le visitó Solón, arconte y legislador ateniense, Creso le preguntó quién era el hombre más feliz del mundo, y Solón le dijo: «Para mí, está claro que tú eres muy rico, y claro también que eres rey sobre muchos hombres; pero no puedo decir que eres lo que me preguntas hasta que no oiga que has acabado bien la vida». A Creso no le agradó nada la respuesta y despidió a Solón «sin volver a darle importancia, y juzgando que era sin duda un estúpido capaz de despreciar los bienes presentes llevando siempre todos los asuntos hasta el final». (Heródoto, La Historia). <<

[42] Mítico rey de Creta e hijo de Zeus; su mujer, Pasífae, dio a luz al Minotauro. Sacrificaba todos los años siete doncellas y siete jóvenes al Minotauro; llegó a ser el juez de los muertos en el Hades. <<

[43] Muchas leyendas rodean a esta antigua princesa asiria que vivió en el siglo IX a. C. Se le ha atribuido la construcción de Babilonia y de sus gloriosos jardines colgantes. Algunas leyendas la consideran encarnación de la diosa Istar y Astarté. <<

[44] En el año 1904, cuando ERE tenía veintidós años, adquirió la edición de John Ashton de *The Voiagearid Travayle* («Los viajes y trabajos») del caballero Sir John Maundeville (Londres; Pickering IV Chatto, 1887), cuya primera redacción se hizo en francés anglonormando en 1356-1357. Parece probable que el libro extraño y cargado de imaginación de Maundeville inspiró a ERE en su descripción del salón de audiencias de Galing. Maundeville dice lo siguiente del palacio del rey de Java:

El rey de esta tierra tiene un rico palacio, el mejor del mundo, pues todas las escaleras de su salón y de sus cámaras están hechas una de oro y la otra de plata, y todas las paredes están chapadas de oro y plata finos, y en esas chapas están escritas historias de caballeros y de batallas, y el suelo del salón y de las cámaras es de oro y de plata, y no hay hombre que crea estas riquezas que tiene si no las ha visto...

(Págs. 137-138).

Maundeville describe también el palacio suntuoso del Preste Juan:

(...) allí está su palacio principal, que es tan rico que es maravilla contarlo (...), y las puertas principales de este palacio son de las piedras preciosas que los hombres llaman sardónice, y los cantos de las puertas son de marfil, y las ventanas del salón y de las cámaras son de cristal de roca, y las mesas en que comen son algunas de esmeralda, otras de amatista, otras de oro y piedras preciosas, y las patas que sujetan las mesas son también de tales piedras, y los escalones por los que sube el emperador a su sitio donde se sienta en las comidas, uno es de ónice, otro de cristal de roca, otro de jaspe verde, otro de amatista, otro de sardónice, otro de calcedonia roja, otro de seuton (?), donde pone el pie es de crisólito, y todos esos escalones están orlados de oro fino, y muy engastados de grandes perlas y otras piedras preciosas...

(Págs. 205-206). <<

[45] Diferente del Pegaso de Ovidio, esta palabra fue usada por primera vez en italiano (ippogrifo) por el poeta italiano del siglo XVI Ariosto para designar una combinación de caballo y de grifo:

*El caballo no era ficción, sino que era
Hijo de un grifo y de una yegua.
Su plumaje, manos, morro, alas y cabeza
Eran como los de su padre.
El resto de él estaba heredado de su madre.
Se llama hipogrifo. Estas bestias, aunque raras
En las montañas rifeñas, mucho más allá
De las aguas heladas del norte se encuentran.
(Orlando furioso).*

Ariosto también advierte, humorísticamente, que el hipogrifo es un animal «natural», para distinguirlo del caballo alado del Orlando innamorato de Boiardo, poema y poeta que inspiraron en parte a Ariosto. El caballo alado que lleva a Lessingham a Mercurio se parece al animal de Ariosto, y resulta adecuado que el medio de transporte de Lessingham sea el símbolo de Demonlandia. <<

[46] Especie de anguila marina común en las costas de Gran Bretaña; alcanza de dos a tres metros de longitud y es comestible. <<

[47] ERE estudió a Virgilio en Oxford, y pudo recordar estas líneas de la Eneida cuando escribió acerca del monstruo chillón:

*Ningún monstruo
es más malévolos que éstos; ningún castigo
de los dioses, o peste más salvaje surgió jamás
de las aguas de la laguna Estigia. Estas aves pueden tener
rostro de vírgenes, pero de sus vientres emanan
excrementos repugnantes, y sus manos
son garras, y sus rasgos, pálidos y hambrientos.
(Libro 111, versos 281-287).*

Eneas, que relata sus viajes en el banquete de Dido, refiere después que las arpías atacan con «grito terrible» y con «chillido horrible y batir de alas». <<

[48] El dragón que mató Beowulf se llamaba «fyrdraca» (poema de Beowulf, verso 5371), y en el período isabelino se llamó así a los dragones que escupían fuego. <<

[49] monstruo pequeño pero mortal que nace de un huevo de gallina incubado por una serpiente. Su mirada puede matar, igual que la Gorgona (ver nota siguiente). ERE basa su descripción en las creencias populares de la época de Isabel I. La misma gentil Julieta habla de «el ojo de dardos mortales del basilisco». (Romeo y Julieta, acto III, escena II, verso 47). <<

[50] Gigante que tiene un único ojo en el centro de la frente. Solían vivir muchos en Sicilia, pero ya se han extinguido. <<

[51] Monstruos que escupen fuego, con cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de serpiente. <<

[52] En la antigua poesía hebrea, este nombre se aplicaba a un animal acuático gigantesco, real o imaginario. Para los ingleses del período isabelino, se refería a la ballena o a un monstruo marino imaginario. <<

[53] Variedad amarillenta del berilo precioso. <<

[54] Piedra transparente de un color verde pálido, a veces con tonos azules pálidos, amarillos o blancos. <<

[55] Piedra compuesta de manganeso y cuarzo, de un color púrpura transparente o violeta azulado. <<

[56] La palabra se refiere a cualquiera de varias piedras preciosas rojas; la más común es el rubí. Entre los siglos XIV y XVII, se aplicó el nombre de carbunclo a una piedra preciosa imaginaria que brillaba en la oscuridad. Podemos encontrar alusiones a la piedra luminosa en escritores tan notables como William Caxton y *Sir* Walter Raleigh, pero ERE encontró la piedra legendaria en el libro *Voiage and Travayle* de *Sir* John Maundeville. En su descripción del palacio del Preste Juan en Susa, Maundeville dice que «alrededor de la torre principal del palacio hay dos cornisas de oro que la rodean toda, y en cada una de ellas hay dos carbunclos grandes y cumplidos, que brillan con claridad por la noche...» (capítulo XCVIII).

En el capítulo LXXII, Maundeville describe el palacio del Oklar Kan, emperador de los tártaros: «Y tiene en su cámara una columna de oro que ilumina toda su cámara por la noche...». <<

[57] Silicato sulfuroso de un color azul brillante. <<

[58] Una tela cara que suele ir entretrejida con hilo de oro y de plata. Durante el reinado de Isabel I y de Jacobo I, se valoraba mucho. ERE pudo leerlo en John Webster. En el acto II, escena I, de El diablo blanco, el duque de Florencia reprende a Brachiano por sus sospechas de las relaciones adúlteras con Vittoria Corombona, y cree que Brachiano paga a Vittoria para que sea su amante:

*Su esposo es señor de poca fortuna,
Pero ella lleva tela de tisú. <<*

[59] Sedas o muselinas finas y transparentes. <<

[60] Collares cortos con joyas. <<

[61] Elena de Troya tenía tal belleza, que mereció la envidia de Afrodita. «Enorme es el parecido de su rostro con el de la diosa inmortal», dice uno de los consejeros de Príamo (Iliada, III: 158). <<

[62] ERE admiraba a Swinburne lo bastante como para adquirir sus obras completas en diecinueve volúmenes. En la Atalanta en Calydon de Swinburne, el príncipe de Calydon, Meleagro, ama y venera a la doncella de Arcadia:

*Por tu nombre y por el temor a tu casta cara,
Oh sagrada Atalanta, ningún hombre osa
Alabarte, aunque eres más hermosa que las que todos alaban,
Y divina por tu gracia de cabello santificado
Y por el hábito santo de tus ojos... <<*

[63] Fue una hermosa mujer griega del siglo IV a. C. Sirvió de modelo a Praxíteles para su «Afrodita de Gnido», que fue el primer desnudo femenino exento y de tamaño natural del arte griego clásico. <<

[64] Perséfone, hija de Zeus y Deméter, fue llevada a la fuerza por Hades al mundo inferior; allí probó la comida, por lo que se obligó a permanecer con Hades seis meses cada año. <<

[65] Espíritu que habita en el aire. <<

[66] Propiamente, es un fuego que se produce por causas naturales en las marismas y en las turberas; vaga con una luz atrayente y misteriosa, y por eso se aplica el nombre en sentido figurado a cualquier cosa que es atractiva pero engañosa. <<

[67] Tela fina y rica de seda; también, tela fina de lino. <<

[68] Esto sucedió en el 382; ver «Argumento con fechas». <<

[69] Según el «Argumento con fechas», esta guerra se inició en el 399. En una carta fechada el 16 de marzo de 1942 y dirigida a un amigo americano llamado J. M. Howard, ERE comparó la guerra contra Alemania con la guerra contra los ghouls. Distinguía entre «los enfrentamientos vivificadores», como las alegres guerras «de Galing contra Carcë, cuyo final dejó tan tristes y desocupados a Juss y a sus amigos», y la guerra dolorosa, odiosa, abominablemente destructora, contra la ideología de Hitler.

... ésta es la guerra contra los ghouls: una guerra de destrucción; una tarea pesada, inevitable, fea, cuyo fin y sanción es la extirpación de unas cosas que, hasta que no las extirpemos con nuestra propia fuerza y hombría, están interpuestas entre la humanidad y una vida que es la única que merece vivirse si queremos seguir siendo hombres.

(Fol. 124 de Ms. Eng. Lett., c. 231, biblioteca Bodleian). <<

[70] ERE basa este episodio en la institución islandesa del combate judicial llamado holmgang. Hasta el año 1006, tanto los demandantes como los demandados tenían derecho a exigir la celebración de un holmgang como método para resolver pleitos. Un ejemplo de holmgang aparece en el capítulo 65 de La saga de Egil. <<

[71] Túnica de malla metálica o hecha de cuero y recamada de escamas o anillos de metal. <<

[72] Espinilleras metálicas. <<

[73] Éstas son las últimas palabras de Lessingham. Orville Prescott opina que ERE introduce con torpeza al personaje de Lessingham:

Ya que ésta era una obra épica romántica sobre un mundo imaginario, a Eddison le pareció necesario preparar su escenario y explicar las cosas antes de emprender el relato propiamente dicho. Lo hizo de manera torpe, enviando a Mercurio a un caballero inglés para que observase allí los hechos. Es una idea que distrae y resulta desmañada; pero, dado que a Eddison se le olvidó todo lo referente a su observador terrenal después de las primeras veinte páginas, a ningún lector deberá inquietarle su presencia fugaz.

(De la «Introducción» a la edición de esta novela por Ballantine Books, 1967).

Lin Carter cita el pasaje anterior y dice que Prescott «señaló el defecto principal del libro». (Tolkien: a Look Behind the Lord of the Rings, Nueva York, ed. Ballantine, 1969, pág. 143). Es verdad que la intervención de Lessingham en la novela concluye abruptamente, pero la falta de explicación de esta conclusión repentina no es necesariamente un defecto. Quizá el silencio de Lessingham durante el resto de la novela es la expresión de su deseo de «no bailar a la música que tocan, sino esperar a que estas cosas se desarrollen». O quizá ERE quiera indicar, con la decisión de Lessingham, su adopción plena de un narrador como los de las sagas, que no interpreta la acción ni juzga a los personajes. Por otra parte, quizá esté la explicación en el mismo texto. El martinete explica cuidadosamente la situación de Lessingham en Mercurio: «Tú y yo viajaremos por aquí y por allá durante una temporada (...). Pero aquí no puedes tocar nada, ni hacer que las gentes te perciban (...). Pues tú y yo caminamos por aquí impalpables e invisibles, como si fuéramos dos sueños ambulantes». ERE afirma claramente que Lessingham está verdaderamente fuera de este mundo (como lo está el lector), aunque lo está observando, y, una vez establecida su presencia como observador constante, a ERE le pudo parecer innecesario hablar más de él. <<

[74] En el Libro de dibujos (ver «Introducción», apartado segundo), Gro se presenta como una figura complicada. Resulta mucho más heroico en los dibujos que en LSU. Un dibujo muestra a «el señor Gro cortando en dos la jabalina del hijo de Córund»: bonita hazaña con la espada, que sólo son capaces de realizar hombres como Gunnar y Kolskegg, de La saga de Njal. Otro dibujo lleva el texto: «Los demonios, intentando retener y desarmar al señor Gro hasta que haya escapado el hijo de Corsus». En este dibujo, Gro aparece como un héroe mayor y más fuerte que los demonios, y son precisos nada menos que tres demonios para retenerlo con dificultad. El momento culminante de Gro en el Libro de dibujos sucede cuando dirige una carga contra un ejército de brujos: «Gorice estaba venciendo con certeza, pero de pronto acudió al rescate el señor Gro con cincuenta hombres. Cargó sobre los brujos y, cuando llegó su jefe para abatirlo, sacó su revólver y lo mató». En LSU, Gro no hace ningún acto de heroísmo tan convencional, aunque combate en la batalla final ante Carcë. Además, en el Libro de dibujos, Gro está siempre del lado de los demonios; no tiene las tentaciones chaqueteras, consecuencia de su culto al héroe, que le asaltan en LSU. Pero Gro aparece dibujado en situaciones que hacen pensar que tiene algunas de las características del Maquiavelo astuto que es en LSU. Dos dibujos muestran a Gro disparando por la espalda a otro señor. Otro lleva el título: «El señor Gro apuñalando al señor Gandari cuando bebía». Desde luego, no son momentos de valor que iguallen al de su tremenda carga sobre Gorice. Otro dibujo lleva el título: «El señor Gro disparando a su antiguo cómplice». No sé por qué dispara Gro a este personaje, pero el dibujo representa al señor Gro revolviéndose contra algún antiguo aliado suyo. En vista de que los diversos dibujos de Gro muestran rasgos de conducta muy diferentes entre sí, creo que, incluso en esta etapa temprana, Gro ya empezaba a convertirse en el personaje más complicado dentro de la imaginación de ERE. <<

[75] ERE tiene en mente las figuras barbadas de las esculturas de bronce y de piedra y de los relieves de los antiguos Acad, Asiria y Babilonia. ERE creía poderosamente en la belleza de la barba, y proclamó su opinión en 1930 en un artículo no publicado y lleno de imaginación titulado «A Night Piece on Hair». («Pieza nocturna sobre el cabello»):

En la Inglaterra de hoy, la moda de afeitarse es tan universal, que es posible pasarse meses y años sin contemplar una barba natural. Entre la belleza nativa de una gran barba jamás tocada por la navaja (al decir esto, acaricié la suave negrura asiria de la mía propia) y las barbas recortadas, duras e hirsutas de hoy, que además son, por regla general, barbas de viejos, hay tanta diferencia como entre el olmo majestuoso y sus pobres hermanos podados de Kensington Gardens. Así que la barba ha pasado de ser el adorno principal de la virilidad a ser la insignia de una edad chocha que ya no usa la navaja por pereza: y aquella «flor de la juventud», la pelusa suave e incipiente de las mejillas de un joven que tanto gustaba a los griegos, está tan extinguida en este país como el quebrantahuesos y la avutarda.

ERE, en su personaje narrador, no puede evitar identificarse con las grandes esculturas barbadas de los asirios. ERE llevó bigote durante la mayor parte de su vida adulta. Durante un viaje a Islandia en 1926 se dejó la barba, y a su vuelta, su mujer Winifred y su hija Jean le suplicaron que se la afeitase. Se la afeitó, con alivio por parte de ellas, pero, no queriendo renunciar completamente a aquel adorno de la virilidad, conservó el bigote durante el resto de sus días (Ms. Eng. Misc., c. 456, biblioteca Bodleian). <<

[76] Planta trepadora de cuyas raíces se extraen pigmentos rojos para el tinte. <<

[77] Este habitante de Brujolandia posee algunos de los rasgos, aunque desde luego no todos, de su tocayo que aparece en la *Historia Regum Britanniae* de Geoffrey de Monmouth. El héroe de ficción de Geoffrey, Brutus, mientras dirige a su gente hacia Albión, se encuentra en Mauritania con Corineus, huido de Troya, «hombre de mente sobria, sabio en los acuerdos, pero de gran valor y audacia». Corineus y su gente se unen a Brutus, y todos navegan hasta Aquitania, donde Corineus, ya famoso luchador contra gigantes, impresiona a Brutus al dirigir a los soldados en la victoria sobre los aquitanos: «Corineus blandió su hacha de combate entre los batallones que se retiraban (...). De un solo golpe, cortó la cabeza a un hombre, y a otro le cortó las piernas». Es probable que ERE leyese a Geoffrey en su juventud. Aunque el héroe de ERE tiene el mismo valor del de Geoffrey, sin duda el joven juerguista de ERE no es «hombre de mente sobria». <<

[78] La raíz de esta planta aromática se usó medicinalmente contra enfermedades y venenos. <<

[79] La saga de Egil es la fuente del acto violento de Goldry. En el episodio que imita ERE, Skallagrim (Grim), padre de Egil, se crece con el frenesí de la ira durante un partido de un juego parecido al rugby, y su fuerza crece proporcionalmente:

Grim se volvió entonces tan fuerte, que agarró a Thord y lo derribó tan fuertemente que quedó todo quebrantado y feneció en el acto.

(Según la versión de E. R. Eddison, Cambridge. Cambridge University Press, 1930, pág. 76).

Ver la nota siguiente, en la que se describe la naturaleza de la furia momentánea del combate que padecen Skallagrim y Goldry. <<

[80] La inflamación repentina de ira de Goldry, su locura temporal («tocado de ira»), su rechinar de dientes y su boca llena de espuma, su violencia repentina y extraordinaria y la disipación simultánea de su ira y de su fuerza son algunas de las características de un berserk. Este antiguo término islandés se aplica a un guerrero cuya mente y cuerpo padecen la «furia de la batalla», o furor athleticus, como lo llamó Tácito al describirlo en las tribus germánicas. Todavía se discute el significado pleno de la palabra: algunos estudiosos creen que describía a los guerreros que entraban en combate vistiendo únicamente una camisa de piel de oso; otros creen que describía a los guerreros que entraban en combate sin brynny, es decir, cota de malla. ERE, consciente de esta polémica y quizá no dispuesto a tomar partido en ella, hizo que Goldry y Gorice XI lucharan desnudos. La saga de Egil describe con autoridad el berserk-gong o ataque de berserk:

Pues se dice que los hombres que eran poderosos de forma o los que tenían el berserk-gong, que no había resistencia posible ante ellos, pero que, en cuanto se les había pasado, eran más débiles que antes. Y así pasó con Kveldulf, que, en cuanto se le pasó la locura del berserk, entonces conoció su cansancio después de las muertes que había hecho, y entonces se quedó sin fuerza alguna, de modo que lo acostaron en su cama.

(Según la versión de E. R. Eddison, Cambridge, Cambridge University Press, 1930, pág. 53).

Se dice que un hombre es «poderoso de forma» cuando tiene la capacidad de cambiar de forma, normalmente para adoptar forma de lobo o de oso; así, Kveldulf, que era «poderoso de forma sobremanera» (pág. 1), tiene un nombre que quiere decir «lobo del anochecer». La tradición de los hombres poderosos de forma u hombres lobos suele ir relacionada con la de los ataques de berserk en la antigua literatura escandinava. En el folclore de casi todas las culturas existen creencias relacionadas con la licantropía.

(N. del T.: La palabra berserk ha pasado al inglés moderno con el sentido de «loco, alienado»). <<

[81] Esta palabra suele referirse a un funeral; aquí parece que se trata de un brindis funerario. <<

[82] Barril pequeño, con capacidad para ocho o nueve galones (36-40 litros). <<

[83] Laúd con dos mástiles con trastes y dos clavijeros; el mástil superior contiene las cuerdas tenores, y el inferior las bajas. <<

[84] Instrumento de viento hecho de madera, con lengüeta doble y tesitura aguda que abarca dos octavas y media; es antepasado del oboe moderno. <<

[85] Escala en la que se basaron algunos cantos gregorianos; es una adición tardía a los modos eclesiásticos y se usó en el siglo XVI. <<

[86] El miedo a la muerte me turba. <<

[87] William Dunban (finales del siglo xv); «Lamento por el marqués cuando estaba enfermo». <<

[88] Cierta baile de carácter majestuoso, en compás de 2/2 y tempo lento. <<

[89] Nombre que se da a diversos bailes de origen alemán. <<

[90] Baile español rápido en compás de 3/4. <<

[91] Las danzas desenfrenadas y embriagadas de las sacerdotisas de Baco. <<

[92] Cierta baile rápido en compás ternario. <<

[93] Cierta baile en compás de 6/8. <<

[94] Baile francés movido en compás ternario. <<

[95] Aves europeas grandes y sin vuelo, capaces de correr a gran velocidad. Las Avutardas son raras en Europa actualmente; la gran avutarda solía ser común en Inglaterra, pero ya se ha extinguido. <<

[96] Trombón de varas. <<

[97] Epigrama en recuero de William Parrie, «alto traidor», ejecutado en 1584; citado por Holinshed. <<

[98] Se refiere a las estrellas que se usan para la navegación, sobre todo la Polar. <<

[99] Compárese con las palabras de reproche de *Lady Macbeth* a su esposo cuando éste tiene miedo de devolver las dagas a la cámara de Duncan: «¡Débil de propósito! / Dame las dagas. Los durmientes y los muertos / Son como retratos». (*Macbeth*, II: II: 50-52). <<

[100] Lo que se llama popularmente «magia negra», en el sentido de invocación a los muertos. El sentido original del término es: «adivinación del porvenir por la comunicación con los muertos». <<

[101] Proyección de piedra que resalta de una pared para soportar el peso de una estructura superior; la ménsula de Carcè soporta la torre y el parapeto. <<

[102] Abertura entre dos ménsulas; por ella se puede verter plomo fundido o agua hirviendo. <<

[103] Recipiente de vidrio con cuello largo y estrecho doblado hacia abajo; sirve para destilar líquidos. <<

[104] Instrumento obsoleto que servía para calcular altitudes; adoptaba formas diversas, pero solía contener anillos de metal que correspondían a las órbitas planetarias. <<

[105] Recipiente en forma de calabaza que sirve para destilar. <<

[106] Recipiente plano que contiene agua hirviendo; se introducen en él otros recipientes menores, y el agua calienta su contenido. <<

[107] Ave negra de unos noventa centímetros de longitud; vive en las costas del hemisferio norte, y existe la creencia popular de que tiene una voracidad insaciable.

<<

[108] Del autor. <<

[109] Espectáculo a base de ilusiones ópticas. <<

[110] Es el basilisco, monstruo pequeño pero mortal que nace de un huevo de gallina incubado por una serpiente. Su mirada puede matar, igual que la Gorgona (ver nota siguiente). ERE basa su descripción en las creencias populares de la época de Isabel I. La misma gentil Julieta habla de «el ojo de dardos mortales del basilisco». (Romeo y Julieta, acto III, escena II, verso 47). <<

[111] Forcus, deidad marina, fue padre de las tres gorgonas, cuyas cabezas estaban recubiertas de serpientes y cuyos ojos convertían en piedra a los hombres. La más famosa fue medusa, a la que mató Perseo. <<

[112] Los términos citados son procesos alquímicos. La fijación es el proceso de reducir un espíritu volátil a una forma corpórea permanente; en la química moderna, es el proceso de combinar un gas con un sólido. La conjunción es el proceso de unir componentes de la materia. La deflagración es la combustión repentina de una sustancia con el fin de producir un cambio en su composición. La putrefacción es la descomposición o corrupción de una sustancia por medios químicos. La rubificación es el proceso de poner al rojo un metal básico. <<

[113] Pequeño bote de vidrio. <<

[114] Proceso de hervir en agua una sustancia para extraerle sus partes solubles. <<

[115] Pequeña ave rapaz del orden de las falconiformes. <<

[116] El pan de oro sirve para pintar o para escribir, y se guarda en conchas de mejillón. El azafrán de oro es un producto químico de color azafrán. El alumbre es un sulfato de aluminio. La mandrágora es una planta venenosa que se usa como narcótico. La sal amoniaco es el cloruro amónico. El napelo y el eléboro negro son plantas venenosas. La manzana de espino es una planta usada como narcótico y llamada así por su fruto redondo y sus ramas espinosas. La afroselmia, el asem, la stripteria de Melos y el vinum ardens son sustancias tan esotéricas, que desde el siglo XVI ha estado prohibido darlas a conocer al público. <<

[117] En alquimia se llama así al tan buscado elixir de la perfección, que alargaría la vida y proporcionaría una salud perfecta. <<

[118] Son recipientes usados en la alquimia. Un aludel es un recipiente de vidrio o de barro abierto por ambos extremos. Un baño de arena es un recipiente de arena calentada que sirve para calentar otros recipientes. Un matraz es un recipiente redondo de vidrio con cuello largo, que se usa para destilar. Un atanor es un horno con calor constante y reciclado. <<

[119] Túnica que a veces llegaba hasta las rodillas. Se solía llevar sobre la camisa y bajo la capa. <<

[120] Tiro, la tierra de donde escapó la gran reina cartaginesa Dido, era famosa por sus tintes de púrpura. Es poco conocido el hecho de que los antiguos pueblos mediterráneos comerciaban con los mercurianos. <<

[121] Una piedra de color acuoso mate que se cree que se encuentra en el buche de los gallos. <<

[122] Bránoch Dahá experimenta aquí la progresión emocional de un berserk, pero no le acomete el ataque. <<

[123] La flor del viento es la pulsátila. <<

[124] Las velas se ataban con cabos cortos y se enrollaban. <<

[125] Borrachos. <<

[126] Garduña. <<

[127] ERE apreciaba tanto las dos tragedias de tema italiano de John Webster, que su imaginación las abarcaba por completo y las tenía cerca de su corazón. Muchos versos de Webster flotaban por la imaginación de ERE, y aquí muestra la facilidad con que daba forma a sus pensamientos con expresiones propias del período isabelino, pues utiliza uno de los versos más famosos de Webster aplicándolo a un comentario relativamente intrascendente: Tapadle el rostro. Se me deslumbran los ojos: murió joven.

Fernando pronuncia estas palabras al contemplar el cadáver de la duquesa, su hermana gemela. (La duquesa de Malfi, acto IV, esc. II, v. 263). <<

[128] Nombre de varias especies de helechos. <<

[129] O asa fétida; goma resinosa con fuerte sabor parecido al del ajo; se obtiene de plantas de Asia central. <<

[130] Nombre común de diversos arbustos perennes. <<

[131] Planta venenosa, también llamada capello o capuz. <<

[132] De Thomas Carew (1598-1639). <<

[133] Toque de trompetas para anunciar la entrada de una persona importante; en las comedias del período isabelino, anunciaban la entrada de un actor. <<

[134] Llamada a las armas o toque de atención. <<

[135] Vino con especias. <<

[136] Grilletes, esposas. <<

[137] Ver el «Argumento con fechas», año 393 <<

[138] Figura femenina usada como columna para sostener un dintel o un entablamento.

<<

[139] Música de alguna de las provincias exteriores del imperio de Brujolandia. <<

[140] Variedad de anémona con flores púrpura en forma de campana; se ven en abril en las lomas calizas de la costa inglesa. <<

[141] Estas hermosas polillas tienen alas cuya forma recuerda a los aviones de combate modernos, y en sus colores entran muchos tonos de verde, con líneas onduladas blancas, amarillas, rosadas y algo de color lavanda. La oruga vive en la adelfa, que es un arbusto perenne venenoso con flores rojas y blancas. La polilla se encuentra en las regiones calurosas del Mediterráneo europeo, pero es más común en África. <<

[142] Cierta especie de patos silvestres. <<

[143] Pescado, carne o aves cortados en tiras y asados en una parrilla sobre carbón vegetal. <<

[144] La sustancia ligera y parecida a plumas que rodea las semillas del cardo, y que les permite extender la especie haciendo que sean arrastradas por el viento. <<

[145] Chaquetilla o jubón muy ceñido. <<

[146] La brionia es una planta trepadora común en el sur de Inglaterra. Sus tres variedades se llaman brionia roja, brionia blanca o nueza, y brionia negra. <<

[147] Planta con flores blancas y bayas negras y venenosas. <<

[148] Bebidas. <<

[149] Las más al norte de la Tierra. <<

[150] «Antídoto contra la melancolía». (1661). <<

[151] Paño de lana de menor calidad que la seda o el terciopelo; se hacía sobre todo en los Países Bajos, y se usó mucho en los siglos XVI y XVII. <<

[152] Especie pequeña de verderón; se encuentra en Europa, en el norte de África y en Asia occidental; se aprecia por su sabor. <<

[153] Anacreónica XXV. <<

[154] Huevas de pescado saladas; caviar italiano. <<

[155] ERE aprovecha hábilmente dos citas de algunos versos de Shakespeare y de Webster sobre la ambición. Cita primero los últimos pensamientos de Hamlet en el más famoso de sus parlamentos:

*Así nos hace cobardes a todos la conciencia
Y así la color natural de la resolución
Se aja y se cubre de la palidez del pensamiento,
Y empresas de gran empuje y momento
Con estas consideraciones desvían su corriente
Y pierden el nombre de hechos.*
(Hamlet, III, I, 84-88).

A Hamlet, la conciencia, el pensamiento y «el miedo de que haya algo después de la muerte». (III, I, 79) le «turban la voluntad». (III, I, 81), y le enferman la resolución hasta que sus planes ambiciosos «pierden el nombre de hechos». La propiedad de la cita por parte de ERE estriba en el contraste entre la conducta de Gaslark y la que describe Hamlet las ambiciones de Gaslark perdieron el nombre de hechos, no porque fuera demasiado circunspecto, sino porque no planificó bien. Juss dice que el plan de Gaslark para atacar Carcë es «una loca fantasía», y dice que Spitfire y Brándoch Dahá están «locos como las liebres en marzo» y que «intentan adquirir la sabiduría imitando su voz» cuando aceptan los planes de Gaslark. Cuando los planes pierden el nombre de hechos, se convierten, como dice el rey Gorice, «como en una nada». Con esta frase, ERE cita, por medio de Gorice, a Bosola, personaje de John Webster que carece de honor, amargado y que se odia a sí mismo, que, cuando se siente herido de muerte, sonrío tristemente por la satisfacción de saber que su golpe despachará al Cardenal, personaje de hielo y sin escrúpulos, culpable de varios negros pecados:

*Me glorio
De que tú, que te alzaste como una enorme pirámide
Asentada en una base grande y amplia,
Termine en una pequeña punta, como en una nada.*
(La duquesa de Malfi, V. v, 76-79).

Si bien Gaslark no tiene nada en común con el Cardenal de Webster, su herida, como la del cardenal, pone fin a sus planes ambiciosos de grandes hechos. <<

[156] Ésta y las siguientes «Baladas de Roxburgh», recopiladas en 1774 <<

[157] En tiempos de Isabel I, ni el estudio de los anfibios ni el de los arácnidos estaba lo suficientemente avanzado como para rechazar las creencias populares sobre las arañas y los sapos. Edward Topsell, en su *Historie of Serpents* (1608), clasifica tanto a los sapos como a las arañas dentro de la categoría de las serpientes venenosas, pues define a éstas como: «todas las bestias ponzoñosas, ya se arrastren sin patas, como las víboras y las serpientes, o con patas, como los cocodrilos y los lagartos, o ya tengan los cuerpos más compactos, como los sapos, las serpientes y las abejas». Robert Greene creía en 1592 que las arañas extraen su veneno de las flores. Shakespeare comparte esta creencia, pues su Ricardo II pide a su «tierra gentil»: «no alimentos al enemigo de tu soberano», y «que tus arañas, que absorben tu veneno, / y tus sapos de andares pesados se pongan en su camino». (Ricardo II, III, II, 12-15). Aunque el sapo «feo y venenoso, / lleva una joya preciosa en la cabeza». (Como gustéis, II, I, 13-14), es un sapo, cuya «ponzoña hinchada» producía durmiendo bajo una piedra fría durante treinta y un días, lo que las brujas echan al caldero (*Macbeth*, IV, I, 6-9). ERE, al mantener estas creencias en Brujolandia, no hacía más que añadir otra actitud isabelina a la cultura de su Mercurio. Sir Thomas Browne, con pragmatismo y experimentación baconianos, echó por tierra esta creencia isabelina, y su prosa es la fuente de ERE para el experimento práctico de Prezmyra:

Es muy celebrada la antipatía entre el sapo y la serpiente, y que se destruyen el uno al otro con veneno, y se cuentan con gran seriedad relatos de sus combates, en los cuales se suele dar por vencedora a la serpiente (...). Pero lo que hemos observado sobre esto no podemos ocultarlo en modo alguno; pues, habiendo encerrado en un recipiente de vidrio a un sapo con varias arañas, observamos que las arañas se le sentaban en la cabeza y le paseaban por el cuerpo sin resistencia alguna; y por fin, cuando tuvo ocasión, se las tragó, en pocas horas y en número de siete.

(Pseudodoxia Epidémica; libro tercero, cap. 27, sección 6).

ERE consiguió en 1916 tres volúmenes de las obras de Sir Thomas Browne, y las admiró durante toda su vida. Reconoció con frecuencia su deuda con Browne. <<

[158] Tu teoría se viene abajo rápidamente. <<

[159] Loco rematado, loco de atar. <<

[160] ERE pensaba seguramente en las sorprendentes líneas de la comedia de Shakespeare Enrique IV, primera parte, en las que Hotspur, en su primer parlamento, dice al rey que no ha entregado sus prisioneros porque «lo molestaba mucho un papagayo»:

*Vino un cierto señor, vestido con cuidado y aseo,
Fresco como un novio; y su barbilla recién segada
Parecía un rastrojal después de idos los segadores.
Iba perfumado como un guantero,
... y seguía sonriendo y hablando.
... Con muchos términos festivos y femeniles,
me preguntó...
(II: vi: 33-47).*

Corinius asiente al comentario de Heming de que «La Fireez es el más presumido de los hombres en cuanto a atavíos y alhajas costosas», pero el narrador nos dice que, cuando se burlan de él por sus atavíos, la cara de Corinius se puso «algo enrojecida en las mejillas y en la mandíbula afeitada, pues no había duda de que no había en el salón nadie más ricamente vestido que él». Papagayo equivalía a loro en la época isabelina, y era un término insultante en argot, con connotaciones de homosexualidad, que se aplicaba a los hombres delicados y afeminados que llevaban ropajes vistosos. <<

[161] ERE ha tomado esta amenaza de la comedia de John Webster El diablo blanco. Lleno de ira por su destierro, el conde Lodovico amenaza al duque de Florencia y al duque de Brachiano: «Les haré recortes italianos en las tripas / si alguna vez regreso». (II, I, 51-52). Los «recortes italianos» eran un tipo de bordados que se hacían en tejidos recortados o prensados, y fueron populares en Italia durante los siglos XVI y XVII. Con buen acuerdo, ERE cambió la patria de origen de este pasatiempo popular a un país de Mercurio. <<

[162] Gallo castrado. <<

[163] Antorchas hechas de varias mechas gruesas sumergidas en cera. <<

[164] Brándoch Dahá cita al fascinante, impetuoso, exuberante, despiadado y amoral Flamineo, de El diablo blanco. <<

[165] La mandrágora produce frutos venenosos que se han utilizado como narcóticos o en enemas, y desde tiempos antiguos se ha valorado como afrodisíaco. Prezmyra habla de la raíz de la mandrágora, a la que se asociaban muchas supersticiones en el período isabelino, debido a que tiene forma de rábano bifurcado y se parece a la mitad inferior de un cuerpo humano. F. L. Lucas comenta con detalle estas supersticiones:

De hecho, se trata de «un rábano bifurcado», que se parece a un hombre, del mismo modo que el juez Shallow se parecía a «un rábano bifurcado». De este parecido extraño surgió sin duda la estrambótica idea de que la planta crecía bajo las horcas, engendrada por los excrementos de los muertos; la mandrágora macho, de los hombres, y la hembra de las mujeres. Y también la idea, aún más extraña, de que, por ser semejantes a seres humanos, «daban un grito al ser arrancadas»; «que viene quizá —sigue diciendo Sir Thomas Browne— de un pequeño ruido estridente que produce al dividirse sus partes cuando está bien arraigada. Y como el que arrancaba esta planta mágica moría, siempre se usaba a un perro para esta labor, que moría en el acto; y, para evitar la locura que causaba el grito al oírlo, el recolector se tapaba los oídos.

(F. L. Lucas, obras completas de John Webster, 4 vols. Londres, ed. Chatto & Windus, 1928; vol. 1, págs. 227-228).

El «dolor» de que habla Prezmyra sería la locura que resulta al arrancar la planta de la mandrágora. <<

[166] En este pasaje se aprecian ecos del poema de Coleridge *The Rime of the Ancient Mariner* («El poema del antiguo marinero»), quizá la obra de Coleridge que más admiró ERE:

*Soplaba la hermosa brisa; volaba la blanca espuma;
Seguía libremente el surco del barco;
Éramos los primeros que irrumpíamos
En aquel mar silencioso.*
(Texto de 1834, versos 103-106).

*Las estrellas estaban apagadas, y la noche densa,
El rostro del piloto brillaba, blanco junto a su lámpara;
Goteaba el rocío de las velas,
Hasta que subió sobre el horizonte oriental
La luna bicornes, con una estrella luminosa
junto a la punta inferior.*
(Texto de 1843, versos 206-211). <<

[167] El azabache es una variedad de lignito negra. La serpentina es un mineral verde. El jacinto oscuro es una piedra preciosa azul oscura. La sanguinaria es un jaspe u otra piedra preciosa con puntos o rayas rojas. <<

[168] Variedad de perro de presa. <<

[169] Un bargueño es un armario o mueble con cajones que cumplía la función de las cajas fuertes modernas; el de Juss está «herrado», es decir, reforzado, con oro. <<

[170] ERE conocía las flores silvestres de primera mano. La margarita de ojo de buey es la margarita común blanca y amarilla que se encuentra en los campos entre junio y agosto. La campánula puede ser cualquiera de varios tipos de hierbas silvestres con hojas grandes y flores pequeñas en forma de campanilla y de color de lavanda; la barba de chivo amarilla es una flor de tallo liso que florece durante todo el verano; bajo su flor, de muchos pétalos, tiene hojas verdes como de hierba, y los pétalos amarillos centrales tienen motas negras. La flor de cuchillo es una variedad de *lychnis*, una planta muy ramificada con flores blancas y cáliz hinchado. Las gencianas azules oscuras son las gencianas de flecos, poco comunes, que florecen en otoño; los pétalos divididos en flecos de sus flores en forma de trompetas se curvan hacia fuera. La agrimonia es una planta con hojas compuestas y grupos como varillas de flores pequeñas y amarillas. La mejorana silvestre es una planta común en las regiones calizas; es una hierba muy apreciada en la cocina. La enredadera es una planta trepadora con flores en forma de embudo, rosadas con listas blancas; se parece al dondiego de día. Cuando ERE era niño, vagaba por las colinas cubiertas de árboles de Adel, su pueblo natal, que ahora es un barrio de Leeds. Cuando era joven, recorría los valles de Yorkshire y los de la región de los lagos. Después visitó Islandia, Canadá y Suiza. En una carta fechada el 15 de mayo de 1983, la hija de ERE, Jean G. R. Latham, me hablaba del amor que había sentido por la naturaleza: «Le gustaba mucho la vida y el arte, y aprendí mucho de él; disfrutaba también mucho de los animales, de los pájaros, de las flores y de las vacaciones en las montañas». <<

[171] Variedad de cuarzo que refleja muchos colores en sus planos cristalinos internos; está relacionado con el ágata. <<

[172] Diáfano como el vidrio. <<

[173] Parte del vestido que cubre desde el cuello y los hombros hasta la cintura. <<

[174] Lugar de residencia o de reunión temporal. <<

[175] Hileras de columnas rematadas por una baranda, para formar una pared ornamental al borde de un balcón o terraza. <<

[176] La parte más alta de la espalda, entre los omóplatos. <<

[177] Frambueso. <<

[178] En este pasaje sobre las manticoras, ERE descubre una parte de su método de redacción: la consulta habitual del diccionario The Oxford English Dictionary para asegurarse del uso correcto de los arcaísmos. Aquí recoge las citas del diccionario, tomadas de John Skelton, G. Wilkins y James Howell. Skelton (de Phyllyp Sparowe): «Las manticoras de las montañas pueden comerte los sesos». Wilkins (de Las miserias del matrimonio forzoso, bello título que nos llena de curiosidad por el contexto de la cita siguiente): «Manticoras, bestias monstruosas, enemigas de la humanidad, que tienen hileras dobles de dientes en las bocas». Howell (de Lustra Ludovici): «La bestia manticora tiene color rojo, la cabeza de un hombre y un aguijón agudo por detrás». <<

[179] El jugo ácido de las uvas no maduras; se usa como condimento y como medicina. <<

[180] Montones de estiércol o de compost. <<

[181] Lanza con una banderola en la punta que se despliega al viento cuando se eleva la lanza. <<

[182] Magnetita o piedra imán. <<

[183] Casco. <<

[184] En la Teogonía de Hesíodo, Erebo es la oscuridad primigenia, hijo de Caos. Su hermana, la Noche, y él, son los padres del Éter y del Día. Normalmente, el nombre Erebo se aplica a la región infernal. <<

[185] Herrick (1591-1674), «Hespérides». <<

[186] Zeldornius se refiere al impaciente e insolente Carón, barquero de la laguna Estigia, cuya tarea es llevar a los Campos del Dolor a los muertos enterrados. Virgilio lo describe en el libro VI de la Eneida, cuando la sibila lleva a Eneas por los infiernos para que se reúna con la sombra de su padre, Anquises:

*El torvo Carón es el sórdido barquero,
Guardián de estas corrientes, de estos ríos;
Tiene pelos blancos espesos y desordenados en la barbilla;
Ojos como fuegos que miran; un manto sucio
Tiene atado al hombro. Él solo
Empuja la barca, tiende la vela y lleva
A los muertos en su barco oscuro, tan viejo como él...*
(Eneida, libro VI, vv. 394-400). <<

[187] En *El diablo blanco*, de John Webster, Flamineo, secretario de Brachiano y alcahuete suyo en sus relaciones con Vittoria, asegura a ésta que Brachiano acudirá a su cita: «Te encontrarás con él; está fijado con clavos de diamante a la necesidad inevitable». (I, II, 158-159). <<

[188] Cierta piedra preciosa verde amarillenta. <<

[189] Son perfumes. La mirra es una goma resinosa que se extrae del arbusto de su mismo nombre; procede de oriente medio. El nardo es un unguento aromático que se obtiene hirviendo la planta del mismo nombre. El ámbar gris es una secreción olorosa de los intestinos de las ballenas. <<

[190] Este episodio en Eshgrar Ogo está inspirado en parte y copiado también en parte de Los viajes y trabajos del caballero Sir John Maundeville (1357):

Y de allí los hombres atraviesan la Armenia menor, y en aquel país hay un viejo castillo que está sobre una roca, y que los hombres llaman el castillo de los Espíritus, y allí los hombres encuentran un halcón posado en una alcándara muy bien hecha, y hay una hermosa dama llena de belleza que lo cuida, y al que mantenga despierto al dicho halcón siete días y siete noches, y otros dicen que no son sino tres días y tres noches, solo y sin compañía y sin dormir, se le aparecerá aquella dama al cabo de los VII días o de los III días, y le otorgará lo primero que le pida de entre las cosas terrenales, y eso se ha probado muchas veces. Y así sucedió una vez que un hombre que era por entonces rey de Armenia, y que era hombre esforzado, estuvo allí velando, y, al cabo de los siete días, se llegó a él la dama y le invitó a que le pidiera lo que quisiera, por haber hecho bien su deber, y el rey respondió y dijo que era un gran señor, y con paz, y que era rico, de modo que no quería pedir nada, sino el cuerpo de la bella dama, y hacer su voluntad con ella. Entonces la bella dama respondió y le dijo que era un necio, y que no sabía lo que pedía, y que no podía poseerla, porque él no podía haber pedido más que cosas terrenales, y ella no era terrenal. Y el rey dijo que no quería otra cosa, y ella dijo que, pues no quería pedir otra cosa, le otorgaría tres cosas y todas las que cayeran sobre él, y le dijo: «Señor rey, tendréis guerra sin paz hasta la novena generación, y quedaréis sometido a vuestros enemigos, y os veréis en gran carestía de bienes y de ganado», y, desde aquel tiempo, todos los reyes de Armenia han tenido guerras y carestías, y han estado pagando tributos a los sarracenos.

(Según la edición de John Ashton, publicado por Pickering & Chatto, Londres, 1887, págs. 110-112).

Eddison reduce la vela de siete noches con el halcón a una sola noche, pero toda la aventura con la dama dura siete noches, mientras duermen Juss y Spitfire. Al permitir a Brándoch Dahá que hiciera el amor con la mujer, Eddison concede el deseo que Maundeville niega al pobre rey de Armenia. <<

[191] Aquí, Córund, en un momento distendido con Gro, habla con una ironía jocosa alterando algunos versos que dirige Macbeth, el Macbeth de «furia valiente» del quinto acto, a un mensajero trémulo que viene a avisarle de que se acerca el ejército inglés: «¡El diablo te pinte de negro, bobo con cara de nata! / ¿De dónde has sacado esa cara de ganso?». (v, III, 11-12). El epíteto bobo con cara de nata sugirió probablemente a ERE el requesón, que, por supuesto, no tiene nada de negro. <<

[192] La medicina europea medieval y renacentista clasificaba los temperamentos y los caracteres según cuatro humores o complexiones. En el humor sanguíneo predomina la sangre, y produce una persona de rostro rojo, alegre, esperanzada, valiente y amorosa. En el humor flemático predomina la flema, y produce una persona reservada, fría y con autodomínio, o bien una persona perezosa, ociosa y torpe. En el humor colérico predomina la bilis amarilla, y produce una persona biliosa, irascible, apasionada, agresiva, iracunda. En el humor melancólico predomina la bilis negra, y produce una persona triste, abatida y deprimida. Los médicos intentaban templar los humores descontrolados por medio de sangrías, dietas y medicamentos. <<

[193] Ave que hace sus nidos en la arena. <<

[194] Fraudes y obstáculos. <<

[195] Protección, salvoconducto. <<

[196] Aquí, ERE usa un pasaje de Otelo en el que Iago intenta mostrar su fidelidad a Cítelo hablándole de sus deseos de asesinar a Brabantio: «Nueve o diez veces / Pensé en apuñalarlo aquí, bajo las costillas». (Otelo, I, II, 4-5). <<

[197] La parte más adelantada de un ejército. <<

[198] Esta imagen, común en la poesía épica, tiene un horror especial para los héroes y para sus familias, porque una parte importante de la gloria final de un héroe y de su reputación dependía de que fuera enterrado o quemado debidamente, y si su cuerpo quedaba en el campo de batalla para que lo devorasen los animales carroñeros, se le negaba esta última gloria. Los primeros versos de la *Iliada* se refieren directamente a este horror. La odiosa consecuencia de la ira del inexorable Aquiles es que:

*causó múltiples males a los aqueos,
arrojados en multitud a la casa de Hades; almas fuertes
de héroes, pero dieron sus cadáveres para los banquetes
delicados de los perros, de todas las aves...*

(*Iliada*, I, 2-5). <<

[199] En el acto III, escena XIII, de Marco Antonio y Cleopatra, el bullicioso Marco Antonio decide desafiar a Octavio César a combate singular, «espada contra espada, nosotros solos». (III, XIII, 27-28). Al oír esto Enobarbo, oficial y amigo de Marco Antonio, ya muy defraudado por el último fracaso de éste en la batalla naval contra Octavio, dice en un aparte irónico:

*Sí, ¡es muy probable que el gran batallador César
Se juegue su felicidad, y salga a la palestra
Contra un diestro!*

Enobarbo concluye el aparte dudando de las dotes de mando de Marco Antonio: «César, también has abatido su juicio». (III, XIII, 28-37). <<

[200] El nombre procede de una tragedia escrita en 1606 por John Marston. Lo más probable es que ERE encontrase el nombre y la obra a través de John Webster, que admiraba las obras de Marston. <<

[201] Tartarus, región infernal en la mitología romana, en la que se castigaba a los espíritus o sombras de los mortales pecadores. <<

[202] Pyriphlegethon es más conocido por Phlegethon, que es uno de los ríos infernales de la mitología romana, y cuyo nombre quiere decir, literalmente, «ardiente»; el prefijo pyri añade simplemente la palabra latina, que quiere decir «hoguera». Aqueronte es el río del dolor en los infiernos de los romanos, pero también se utiliza como nombre de todos los infiernos. El Fausto condenado de Christopher Marlowe, entre rica retórica escolástica, jura por ambos ríos: «Ahora, por los reinos de los dominios infernales, / de la Estigia o Aqueronte, y por el lago ardiente / del Phlegethon de fuego eterno, juro / que deseo ver los monumentos / y la disposición de la brillante y esplendorosa Roma». (La tragedia del doctor Fausto, III, II, 47-0). Es posible que ERE tuviera en mente estos versos cuando escribió este capítulo, pues admiraba mucho a Marlowe. ERE adquirió en 1904 la edición de las obras de teatro de Marlowe en la colección Mermaid Series, y la conservó hasta su muerte. <<

[203] Ésta es la primera alusión al lugar que, años más tarde, cuando se escribió *Mistress of Mistresses* («Señora de Señoras»), sería el nombre del «cielo privado» de los personajes de ERE Edward Lessingham y Mary Scamside Lessingham. Estos personajes, al aparecer en la «Inducción» de LSU, sirven de vínculo entre ambas novelas, que se publicaron con catorce años de diferencia. La situación geográfica de Zimiamvia en Mercurio, que aquí queda tan clara, resulta más difusa en los libros ulteriores, en los que no se habla nunca de Mercurio. <<

[204] Por médico; persona que practica la curación. <<

[205] Nacidas de las gotas de sangre que salían de los genitales de Urano, herido, las tres Furias se convirtieron en criaturas aladas con serpientes retorcidas por cabellos. Se relacionan con el odio, la ira y la venganza. Juno convoca a la Furia Allecto para incitar a las tribus italianas nativas a hacer la guerra a los troyanos inmigrantes de Eneas:

*Y del hogar de las Furias espantables
Y de la oscuridad infernal, convoca a la temida
Allecto, en cuyo corazón hay guerras horribles,
Violencias, fraudes e injurias...*
(Eneida, libro VII, 429-432). <<

[206] Es probable que el nicor sea un tiburón o una orca, pero algunos han considerado que es una morsa o incluso un hipopótamo. Para los anglosajones, eran monstruos marinos, y Beowulf combate con algunos de ellos sufriendo grandes dolores (ver Beowulf, versos 422-423). A mí, personalmente, me atrae la imagen de una manada de hipopótamos ajustándole las cuentas a Beowulf. <<

[207] En las leyendas griegas, los sueños verdaderos vienen por la puerta de cuerno, y los falsos por la puerta de marfil. <<

[208] Algo de cobarde o mezquino. <<

[209] Ver las palabras de Macbeth antes de su ataque sangriento al castillo de Macduff en Fife: «Nada de alardear como un necio; / Haré esta obra antes de que se enfríe mi decisión». (IV, I,153-154). <<

[210] El «nadir» es el punto más bajo. En 1916, ERE adquirió las obras *Pseudodoxia Epidémica. Rehgio Medici e Hydriotaphia*, de *Sir Thomas Browne* (1605-1682). En este pasaje, ERE está citando la opinión de Browne sobre la providencia divina, en el párrafo 43 de *Religio Medici*: «Por lo tanto, existe un nadir secreto o fondo de nuestros días: Su sabiduría fue determinarlos, pero Su providencia perpetua y despierta es la que los cumple y los ejecuta...». <<

[211] ERE cita la obra de Robert Greene La Historia honorable de fray Bacon y fray Bongay (1594). <<

[212] Excelente, supremo. <<

[213] Así se llama la Tierra que habitan los hombres. El término original inglés (middle earth) procede de la palabra de inglés antiguo middangeard, que quiere decir «la Tierra», o «el mundo». Citaré el poema The Wanderer («El vagabundo»), poema lírico compuesto en el siglo VII (para describirlo de manera sencilla pero inadecuada, podría decir que este hermoso poema es una elegía conmovedora que relata las meditaciones invernales de un hombre solitario y desolado, sin amo y sin lugar en la sociedad): «... thes middangeard / ealgra dogra gehruam dreoseþ ond fealle». (62-63). («Esta Tierra media perece y cae en ruinas todos los días»). J. R. R. Tolkien nos ha familiarizado con el término, pero no lo divorció de sus connotaciones terrenales:

Por cierto, «tierra media» no es el nombre de una tierra soñada sin relación con el mundo en que vivimos (como el Mercurio de Eddison). No es más que una aplicación del término inglés medieval middle-erde (o ertbe), alteración del término de inglés antiguo Middangeard: nombre de las tierras habitadas por los hombres «entre los mares». Y si bien no he intentado relacionar las formas de las montañas y de las masas terrestres con lo que puedan decir o suponer los geólogos sobre un pasado próximo, en la imaginación, esta «historia» se supone que transcurre en un período del antiguo mundo verdadero en nuestro planeta.

(Las cartas de J. R. R. Tolkien, ed. Humphrey Carpenter y Christopher Tolkien, publicado por Houghton Mifflin, Boston, 1981; pág. 220).

Era esencial para Tolkien mantener las relaciones con la Tierra, pues quería que sus leyendas mantuvieran un vínculo con la historia inglesa, a través del nombre anglosajón Aelfwine («amigo de los elfos»), que da Tolkien a un marino que navega hacia el oeste y aprende la historia de los elfos en la isla solitaria de Tol Eressea. <<

[214] Una gema de color verde, silicato de magnesio y hierro. <<

[215] Mercado por el destino. <<

[216] Donne (1573-1631). <<

[217] Haciendo travesuras y burlas. Quínolas, juego de naipes popular en los siglos XV-XVI. En el original, gleeke, juego de naipes popular en la Inglaterra de los reinados de Jacobo I e Isabel I, mencionado por John Webster en El pleito del Diablo, II, I, 57.

<<

[218] Vid supra. <<

[219] Merry Drollerey (1691). <<

[220] Una pieza pequeña de corcho rodeada de un círculo de plumas, que se usaba en un juego que es el antecesor del moderno badminton. <<

[221] La que se utilizaba para golpear el volante. <<

[222] Merry Drollerey (1691). <<

[223] Anacreónica II. <<

[224] Un mármol laminado, con color lustroso verde pálido. <<

[225] Un tejido costoso, con figuras en relieve o briscadas. <<

[226] «Buen vestido», eufemismo italiano por «amante». <<

[227] El halcón cazador asciende trazando círculos hasta una gran altura, antes de caer a gran velocidad sobre su presa; cuando está volando a gran altura, se dice que «se cierne». <<

[228] Seda delgada o muselina. <<

[229] Las palabras de Prezmyra son una paráfrasis del Tamerlán de Christopher Marlowe:

*¿No es gran cosa ser rey, Techelles?
Usumcasane y Theridamas,
¿No es muy gran cosa ser rey,
Y cabalgar en triunfo por Persépolis?*
(El gran Tamerlán, primera parte, II, v, 51-54). <<

[230] Especie de halcón grande y de alas cortas. <<

[231] Galope alegre, vivo y con mucho brío. <<

[232] En equitación, una corveta es un salto en el que el caballo alza las manos y luego salta con las patas traseras antes de que las manos le lleguen al suelo. Una cabriola es un salto seguido de un giro lateral de las patas traseras. <<

[233] Halconeros. <<

[234] Halcón europeo pequeño pero muy arrojado; también llamado esmerejón. <<

[235] Águila silvestre, capturada tras haberse hecho adulta en libertad. Cuando las aves rapaces han pasado su primera muda en libertad, resultan más fieras y más difíciles de amaestrar para la caza. <<

[236] En cetrería, las pihuelas son las correas con que se atan las patas del ave a la alcándara (o percha). Los arillos son de metal, y van unidos a las pihuelas y a correas más largas. La caperuza es un pequeño saco de cuero que se pone en la cabeza del ave para que esté tranquila. <<

[237] Provincia cuyas rentas se destinan al mantenimiento de un infante. <<

[238] Cosa muy pequeña o insignificante. <<

[239] Belladona, planta de veneno mortal. <<

[240] Hacha de combate o jarrete cóncavo terminado en una pica y con astil largo. <<

[241] Del autor. <<

[242] Cierta mármol verdoso. <<

[243] Cuando se calienta la piedra calcárea hasta que se descompone, desprende ácido carbónico, y permanece el óxido de calcio o cal viva, que se debe hidratar o apagar con agua. La cal viva tiene un color amarillo pálido. <<

[244] Nombre genérico de los escarabajos que se supone que se reproducen entre los excrementos y se alimentan de ellos. <<

[245] Es apropiado que, después de un asesinato muy parecido a los de Macbeth, Corsus emplee una de las expresiones de éste. Ya coronado, pero lleno de miedos angustiosos, Macbeth dice a su esposa que se deben cometer más crímenes antes de estar a salvo: «Hemos burlado a la serpiente, no la hemos matado». (III, II, 55). <<

[246] Término del tenis antiguo. Los puntos ganadores eran tres lugares de la pista; si se metía la pelota en uno de ellos, se ganaba un punto. <<

[247] Cuarzo verde con puntos o rayas rojas. <<

[248] Aunque Gro había murmurado, en el capítulo anterior, que el hecho de que el águila montesina sacara los ojos al perro de caza «era de mal agüero», no presentó ninguna interpretación del mismo al rey, y, al parecer, Gorice olvida el incidente. Aquí, es posible que el rey hable sin referirse conscientemente al ave desobediente; pero la metáfora del rey confirma que el incidente había sido un mal presagio: el águila montesina representa a Corsus; el perro, a Gallandus; el jabalí, a Demonlandia, y el acto de sacar los ojos, el asesinato de Gallandus por Corsus. Las palabras del rey también reflejan las que pronuncia Otelo cuando la «medicina» de Iago empieza a hacerle efecto: «Si demuestro que es montesina...». (III, III, 266). <<

[249] Éste era en principio el nombre de la provincia próxima a Samarcanda donde se encuentran los rubíes. <<

[250] En la Noruega del siglo x, se hacían circular por el país flechas simbólicas de hierro y de madera cuando un señor tenía que reunir en poco tiempo un ejército. Ver La saga de Egil, capítulo 3. <<

[251] Esta breve escena es una más de las combinaciones eclécticas de ERE. Parece que el viejo es Odin, pues su apariencia recuerda a la de éste en La saga de los volsunga, salvo por el hecho de que tiene dos ojos. Odín aparece cinco veces en este relato, y siempre es «un viejo de larga barba», «de aspecto desconocido para todos los hombres», y lleva «un sombrero torcido en la cabeza», «es tuerto», y desaparece de forma repentina (ver la historia de los volsunga y los nibelungos, traducción al inglés de William Morris y Eiríkr Magnússon). Pero el encuentro del viejo con Spitfire se parece más a la dramatización por Shakespeare del adivino que se acerca a Julio César y le dice las palabras: «Guárdate de los Idus de marzo». (Julio César, I, II, 18). <<

[252] Aquí, ERE toma prestado un verso de *El diablo blanco*, de John Webster. El cardenal Montecelso, que reprende a Vittoria por el sarcasmo que había manifestado en su juicio por adulterio, dice: «vamos, vamos, / después de tu banquete agradable y orgulloso, / te daré una pera aceda». (III, II, 231-233). Una «pera aceda» es cualquier pera verde, dura y amarga. <<

[253] Un manto de color azulado. <<

[254] El primero es una hierba labiada cuyas hojas están cubiertas de un vello o pelusa; la segunda es una hierba que crece junto a los caminos y tiene un tallo duro y grisáceo, hojas finamente divididas en segmentos profundos, y flores agrupadas en cabezuelas pequeñas de color blanco mate. <<

[255] Ijadas, cavidades entre las costillas falsas y los huesos de las caderas. <<

[256] Diamante. <<

[257] Seda delgada y lustrosa. <<

[258] Género de plantas con cuatro flores que crecen en forma de cruz. <<

[259] El humo ese vapor de la sangre humana caliente, derramada en una mañana fría. En la batalla con la que se inicia Macbeth, combatida sin duda bajo las nubes, en el aire frío de Escocia, Macbeth se gana una fama dorada por su heroísmo «blandiendo su acero, que humeaba con la matanza sangrienta». (I, II, 19-20). <<

[260] En el sentido de ira que surge de un estómago cargado de malos humores. <<

[261] Medios perversos o indecorosos. <<

[262] En Grecia, la diosa Artemisa; en Roma, Diana. <<

[263] El viejo y marcial Ravnor tiene un rasgo inesperado de ligereza al descubrir que ha jugado al croquet. <<

[264] Roca de cuarzo con muchos colores. <<

[265] Pedestal continuo a modo de pared que soporta columnas. <<

[266] Es posible que, cuando ERE escribió este pasaje, recordase el Prometeo liberado de Shelley:

*Prometeo miró, y despertó la legión de esperanzas
Que duermen en las flores cerradas del Elíseo,
Nepente, moly, amaranto, capullos inmarchitables...*
(II, IV, 59-61).

El amaranto es una flor imaginaria cuyos capullos jamás se marchitan. El nepente es una planta famosa por la droga que se extrae de sus hojas, más que por su flor, pero ERE alaba sus flores, como Shelley; la droga nepente da dolor y olvido. Hermes dio moly, una hierba con flores blancas, a Odiseo, para protegerlo de Circe. El asfódelo del Elíseo recibió su nombre de Homero, que, en la Odisea (XI, 539), afirmó que el asfódelo cubre los prados del Elíseo. <<

[267] Antigua balada inglesa: los tres cuervos. <<

[268] Demódoco el de la clara voz canta «el amor de Ares y Afrodita, la de la bella corona», y cómo quedaron atados a la cama por Hefaisto, y la risa sonora de los demás dioses al ver a Ares y Afrodita (Odisea, VIII, 266-366). <<

[269] Acampó muy cerca de la fortaleza para que nadie del bando de Mevrian pudiera entrar o salir sin ser visto. <<

[270] Un confite es un dulce de fruta conservada en azúcar; la caja contiene el azúcar.

<<

[271] Ambos son tejidos finos y suaves de seda. <<

[272] Compárese con la reprensión de *Lady Macbeth* a su esposo durante el ataque de gritos histéricos de éste cuando ve el fantasma de Banquo en el banquete: «¿Cómo, rebajado por la locura?». (Macbeth, III, IV, 74). <<

[273] Es decir, «con la armadura puesta». Compárese con la furia valerosa de Macbeth cuando oye decir que se ha visto mover el bosque de Birnam hacia la colina de Dunsinane: «¡Tocad la campana de alarma! ¡Sople el viento! ¡Venga la destrucción! / Al menos, moriremos armados de todas armas». (Macbeth, v, vii, 50-52). <<

[274] En el poema épico oral francés del siglo XII La Chanson de Roland («La canción de Rolando»), la más notable de las chansons des gestes (canciones de gesta) francesas, Oliveros y Rolando eran buenos amigos, y los dos mejores caballeros entre los del emperador Carlomagno. En nombre de la causa del heroísmo franco y del cristianismo franco, el poeta adorna y da altura épica a un incidente pequeño pero sangriento que tuvo lugar en los Pirineos, cerca de Roncesvalles, el 15 de agosto del año 778: unos campesinos gascones tendieron una emboscada, mataron y saquearon a varios caballeros franceses de la retaguardia del ejército de Carlomagno, que se retiraba hacia el norte, a Francia, después de luchar contra los sarracenos en España. En el poema, Rolando y Oliveros, con otros diez grandes caballeros, mueren defendiéndose de casi cuatrocientos mil sarracenos. <<

[275] Era la mayor de las Parcas, las diosas que determinan el destino humano en la mitología griega (a veces, sus decretos también vinculan a los dioses). <<

[276] Robert Greene (1560-1592): «Alfonso, rey de Aragón». <<

[277] Gallo silvestre pardorrojizo. <<

[278] Que tienen patas de cabra. <<

[279] Ninfas de las montañas. <<

[280] Montaña de Grecia consagrada a Apolo. <<

[281] Un milano es un ave de presa que tiene las alas largas y la cola bifurcada. Parece que Mevrian compara a Gro con el milano, que no matará al buen halcón, que es ella misma. <<

[282] Compárese con el Bosola de Webster. Bosola, al que han llegado a repugnarle las villanías que ha hecho en el bajo oficio de espía del Cardenal y de su hermano lobuno Ferdinand, se vuelve contra sus amos: «Oh, mi destino corre aprisa, / ya tengo a este Cardenal en la fragua; / ahora lo llevaré bajo el martillo». (La duquesa de Malfi, v, iv, 77-79). <<

[283] Ánade silbón, especie de pato de plumaje de color vivo. <<

[284] Este hombre, con su hija y su hijo, son el único reconocimiento por parte de ERE en la novela de la existencia de los labriegos como clase, y sus únicos personajes que no son aristocráticos. En vista de que el hombre es granjero pero también es un antiguo guerrero, y de que su hijo lucha por su señor Bránoch Dahá, la familia se parece a una familia islandesa de la época de las sagas. <<

[285] Ave parecida a la alondra. <<

[286] Tipo de casco del siglo XVI, sin visera. <<

[287] Son las cabañas de madera usadas por los pastores como residencia temporal durante el verano. <<

[288] Pica de astil largo con hojas laterales además de la punta; se usó en los siglos XVI y XVII. <<

[289] Cuando ERE escribió este párrafo, debió de rondarle la cabeza la primera parte de la arenga del rey Enrique V el día de San Crispín, ya que ha sido, durante cuatrocientos años, el texto más celebrado de los que exaltan el patriotismo militar inglés:

*Más bien, proclama entre mis huestes, Westmoreland,
Que el que no tenga estómago para esta pelea,
Puede irse; se le dará pasaporte
Y se le llenará el bolsillo para el viaje.
No querríamos morir en compañía de tal hombre
Que teme morir a nuestro lado.
(Enrique V, IV, III, 34-38).*

(N. del T.: Las palabras «Nosotros pocos..., una cuadrilla de hermanos», que encabezan un apartado de la «Inducción», proceden de este mismo pasaje de Shakespeare, en el que el rey inglés se dirige a su pequeño ejército antes de la batalla de Azincourt). <<

[290] Preguntaba. <<

[291] Crecida repentina de un río, causada por el deshielo de la nieve. <<

[292] Sólo los mayores héroes, como Rolando, son capaces de hacer estas proezas. En este pasaje, el conde Rolando mata al príncipe sarraceno Grandoyne:

*El conde lo golpeó con tan fiero valor,
Que hasta las narices el yelmo le partió;
La nariz y los dientes y el paladar le tajó;
La loriga de malla, espinazo y esternón;
De la silla de oro, el arzón de plata en dos;
Caballero y caballo limpiamente los cortó;
Muertos deja los trozos, no se pueden unir, no.
(Canción de Rolando, tirada 124). <<*

[293] En este pasaje, ERE se hace eco de la famosa balada escocesa de «Sir Patrick Spens»:

*Oh largo, largo tiempo se sienten las damas
Con sus abanicos en la mano,
esperando que vuelva a su tierra
Sir Patrick Spens en su barco.
Oh largo, largo tiempo estén de pie las damas
Con sus alfileres de oro en el pelo,
Esperando a sus señores queridos,
Pues no volverán nunca a verlos.*

El capitán Spens y sus hombres naufragan en una tormenta, y se hunden con su barco «a la mitad del camino» de Aberdeen. <<

[294] Este pasaje, con su descripción detallada y comparativa, parece un símil homérico, pero también se hace eco de algunos versos de Macbeth, en los que el capitán ensangrentado y herido describe al rey Duncan la batalla contra Macdonald y los suyos:

*Estuvo dudosa,
Como dos nadadores cansados que se agarran mutuamente
Y ahogan su arte. <<*

[295] Equipados y con las quillas limpias. <<

[296] Respectivamente, Artemisa y Afrodita. <<

[297] La Fireez modifica el significado de algunas palabras que dice Otelo a Desdémona. Otelo, contemplando la mano de su esposa, que tiene entre las suyas, dice: «Los corazones antiguos entregaban las manos; / pero nuestros nuevos saludos son de manos y no de corazón». (III, IV, 46-47). Otelo quiere decir que, en tiempos pasados, la gente se daba la mano para indicar que se entregaba el corazón, pero que, en los tiempos modernos y corrompidos, la gente se da la mano sin entregar el corazón. La Fireez cuenta a su hermana entre el número de los sinceros y fieles que entregan el corazón al dar la mano. <<

[298] Desazón, disgusto. <<

[299] Piedra semipreciosa verde dorada, de la familia del berilo. <<

[300] En el sentido de idea expresada de manera oscura o ingeniosa. <<

[301] La gorguera es la pieza de la armadura que rodea la garganta y la protege; el tahalí es una tira de cuero que pasa por el hombro y sirve para llevar la espada. <<

[302] En el libro III de la Ilíada, Paris y Menelao se preparan para enfrentarse en combate singular por Elena. Antes del combate, el viejo rey Príamo pide a Elena que se siente a su lado en una de las torres del palacio, para que ella le muestre y le diga los nombres de los héroes griegos que evolucionan por el campo de batalla, bajo ellos. Elena y el rey Príamo conversan en los versos 161-242, y Elena identifica y describe a Agamenón, Odiseo y Ajax, antes de concluir su lista diciendo: «Los veo / a todos ahora, al resto de los aqueos de ojos penetrantes, / a todos los conozco bien de vista, y podría decirte sus nombres». (III, 233-245). Aunque no existe una correspondencia simbólica, Gro ocupa en esta escena el lugar de Príamo, y Mevrian el de Elena. ERE imita otra vez más la escena, haciendo que Mevrian ocupe el lugar de Príamo, y Ravnor el de Elena. Ver también, en el capítulo XXXI, un comentario sobre los catálogos épicos. <<

[303] Ropaje de tejido rico que se llevaba sobre la armadura. <<

[304] Poseidón. <<

[305] Hades.<<

[306] Zeus. <<

[307] Rayos, centellas. <<

[308] Premio, recompensa. <<

[309] Nombre poético del ruiseñor. <<

[310] *Sir* Henry Wotton (1568-1639), versos a Isabel, reina de Bohemia. <<

[311] Goma resinosa que procede de árboles de Persia. <<

[312] Macbeth, que ha tenido noticias de la llegada del ejército conjunto inglés y escocés, mandado por Malcolm y Macduff, ha perdido la fidelidad de muchos de sus aliados con sus ejércitos, que se han pasado a Macduff, y sabe que sus pequeñas fuerzas tendrán que resistir a los invasores apoyándose en la inexpugnabilidad del castillo de Dunsinane, exclama amargamente, con aliteraciones que recuerdan el choque de la espada sobre el escudo: «Si no estuvieran sumados con algunos que deberían ser nuestros, / podríamos recibirlos con valor, barba con barba, / y batirlos y hacer que volvieran a sus casas». (Macbeth, v, v, 5-7). <<

[313] Halcón parecido al gerifalte. <<

[314] Esta frase procede de *La Arcadia*, de *Sir Philip Sidney*. Webster la admiró lo suficiente como para imitarla él también. Ver obras completas de John Webster, edición inglesa de F. L. Lucas (publ. por Chatto & Windus, Londres, 1928), 2:137.

<<

[315] Juss se refiere a la distinción entre los pronombres de segunda persona formales e informales; los formales son «you (nominativo y acusativo)» y los informales son «thou (nominativo), thee (acusativo)». Estos últimos han desaparecido prácticamente en el inglés moderno. En las lenguas romances modernas se mantiene esta diferencia entre tratamientos formales y familiares.

(N. del T.: Entre ellas, el castellano. En los textos ingleses en que existe esta diferenciación arcaica de tratamientos, «you» equivale a «vos, os», y «thou, thee», a «tú, te»). <<

[316] Pastas medicinales compuestas de un polvo mezclado con miel o con alguna otra base dulce. A veces se alude a ellos como afrodisíacos. «Estas sabias envolturas de cordero mezquino producen una rebelión de la carne mayor que todos los electuarios provocadores que han compuesto los doctores desde el último jubileo». (John Webster, El diablo blanco, I, II, 96-98). <<

[317] Espíritus que tienen relaciones sexuales con los mortales; los súcubos son femeninos, y los íncubos, masculinos. <<

[318] Del autor. <<

[319] Al presentar la lista de los jefes y de las tropas de los brujos y de los demonios, ERE imita las convenciones de la épica heroica, que parte de la *Ilíada*. En el libro II de la *Ilíada*, Homero presenta un catálogo de los barcos y de los ejércitos de los aqueos (los dánaos, los argivos, los mirmidones y otros), en los versos 494-759, y otro de los troyanos y sus aliados en los versos 816-877. Siguiendo a Homero, Virgilio ofreció la lista de ejércitos italianos que se enfrentaron a los troyanos de Eneas, en los versos 854-1072 del libro VII de la *Eneida*. Los imitadores de Virgilio (Tasso, Milton, T. E. Lawrence) también incluyeron catálogos en sus obras épicas, respectivamente, *La Jerusalén liberada*, canto 1, estrofas 37-64; *El paraíso perdido*, libro I, vv. 392-521; *Las siete columnas de la sabiduría*, libro II, capítulo 25. Por su uso constante, se ha considerado que el «catálogo de ejércitos» es uno de los elementos convencionales que definen la obra épica clásica, o aristotélica (obra con «unidad de acción», es decir, que narra un relato único desde el principio al final, por oposición con la épica de aventuras, con varios argumentos entremezclados y episódicos). La forma clásica sólo requiere un único catálogo, pero ERE ha escrito otros dos además de éste: la lista de unidades del ejército de Brujolandia que parten para la invasión de Demonlandia, en el capítulo XVII, y la de unidades de la flota aliada de Demonlandia para el viaje hacia Duendelandia en el capítulo XXVII. <<

[320] La correa del casco, que pasa por debajo de la barbilla. <<

[321] Con estas frases, el rey recuerda al Macbeth furioso del acto v, que riñe al criado asustado que le habla de Malcolm y del ejército inglés que se aproxima:

MACBETH: ¡El diablo te pinte de negro, bobo con cara de nata!

¿De dónde has sacado esa cara de ganso?

CRIADO: Hay diez mil...

MACBETH: ¿Gansos, villano?

CRIADO: Soldados, señor.

MACBETH: Pellízcate la cara y píntate de rojo el miedo,

Chiquillo de hígado de lirio. ¿Qué soldados, patán?

¡Muerte de tu alma! Esas mejillas tuyas de lino

Delatan tu miedo. ¿Qué soldados, cara de suero?

(v, III, 11-17).

ERE también juega con estos versos cuando hace decir a Córund: «Que el diablo me pinte tan negro como el requesón» (capítulo XI). <<

[322] Bufón. <<

[323] La tiorba es un laúd de dos mástiles; la bandola o bandolina es un instrumento parecido a la guitarra, pero con cuerdas de metal que se puntean y no se rasguean. <<

[324] Mena amarilla o aleación de cobre; a veces se llama así al bronce. <<

[325] Nombre que se daba a los telescopios en el período isabelino. <<

[326] Webster (principios del siglo XVII), La duquesa de Malfi, acto v, escena v. <<

[327] Shaskepeare, soneto XVIII. <<

[328] En este pasaje, ERE se hace eco del famoso soneto de juventud de John Keats, «Al leer por primera vez la traducción de Homero por Chapman»:

*He viajado mucho por señoríos dorados
Y he visto muchos buenos Estados y reinos;
He rodeado muchas islas occidentales
Que ocupan los bardos leales a Apolo.
Mucho me habían hablado de un gran territorio
Que regía como propio Homero de ancha frente;
Pero nunca respiré su serenidad pura
Hasta que oí hablar a Chapman con voz fuerte y audaz:
Entonces, me sentí como un espectador de los cielos
Cuando entra un nuevo planeta en su vista;
O como el fuerte Cortés, cuando, con ojos de águila,
Contempló el Pacífico; y todos sus hombres
Se miraron entre sí con extrañas conjeturas,
Silenciosos, sobre un pico en Darien.*

La alusión es oportuna, pues el toque de trompeta devuelve a los demonios la vida, el significado, la aventura y el peligro que les es tan querido. Cuando conjeturan el significado de la trompeta, se quedan en silencio, como Cortés (Keats confundió a Cortés con Núñez de Balboa) y sus hombres en el pico, y ven cómo se reforma su mundo. <<